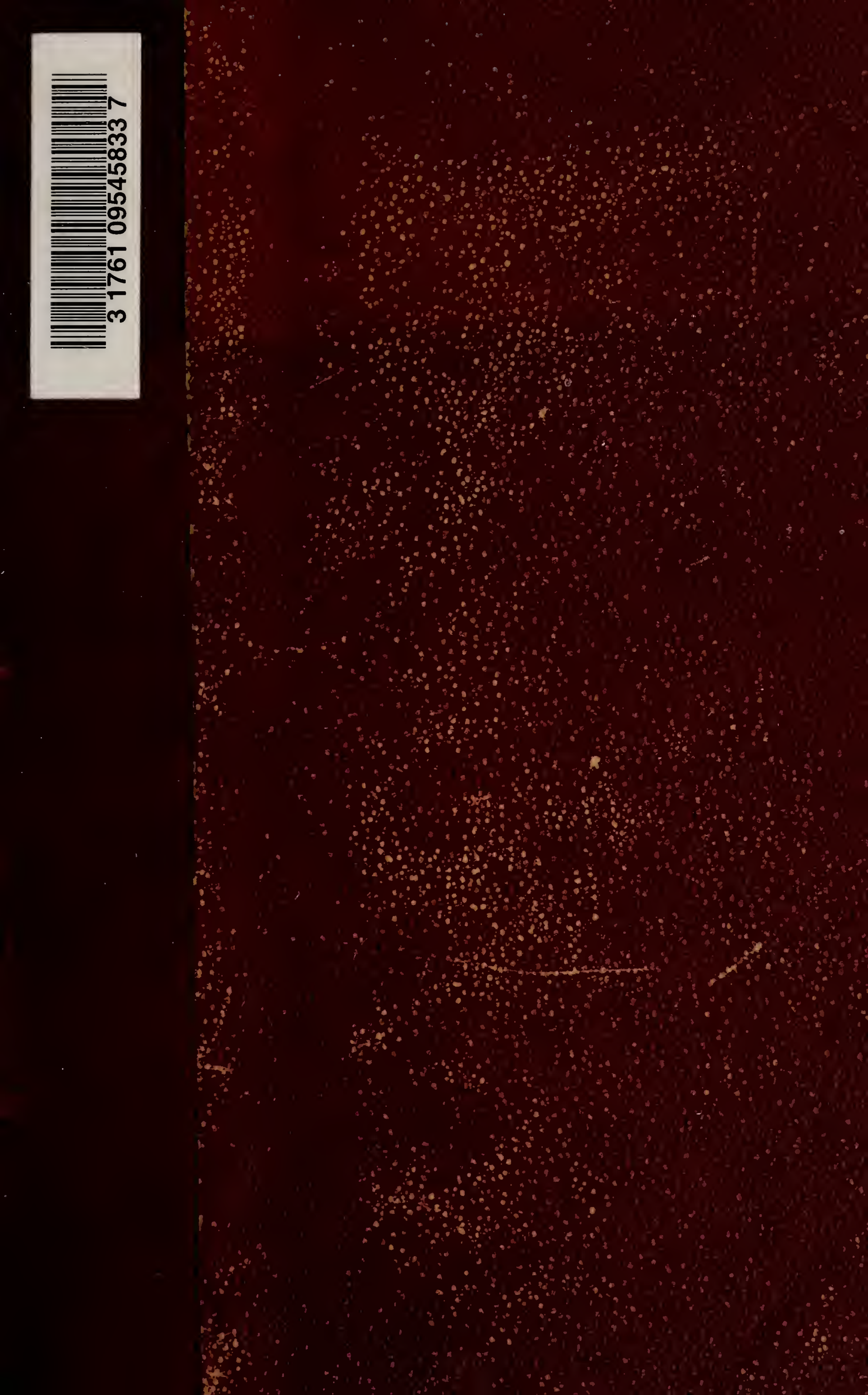
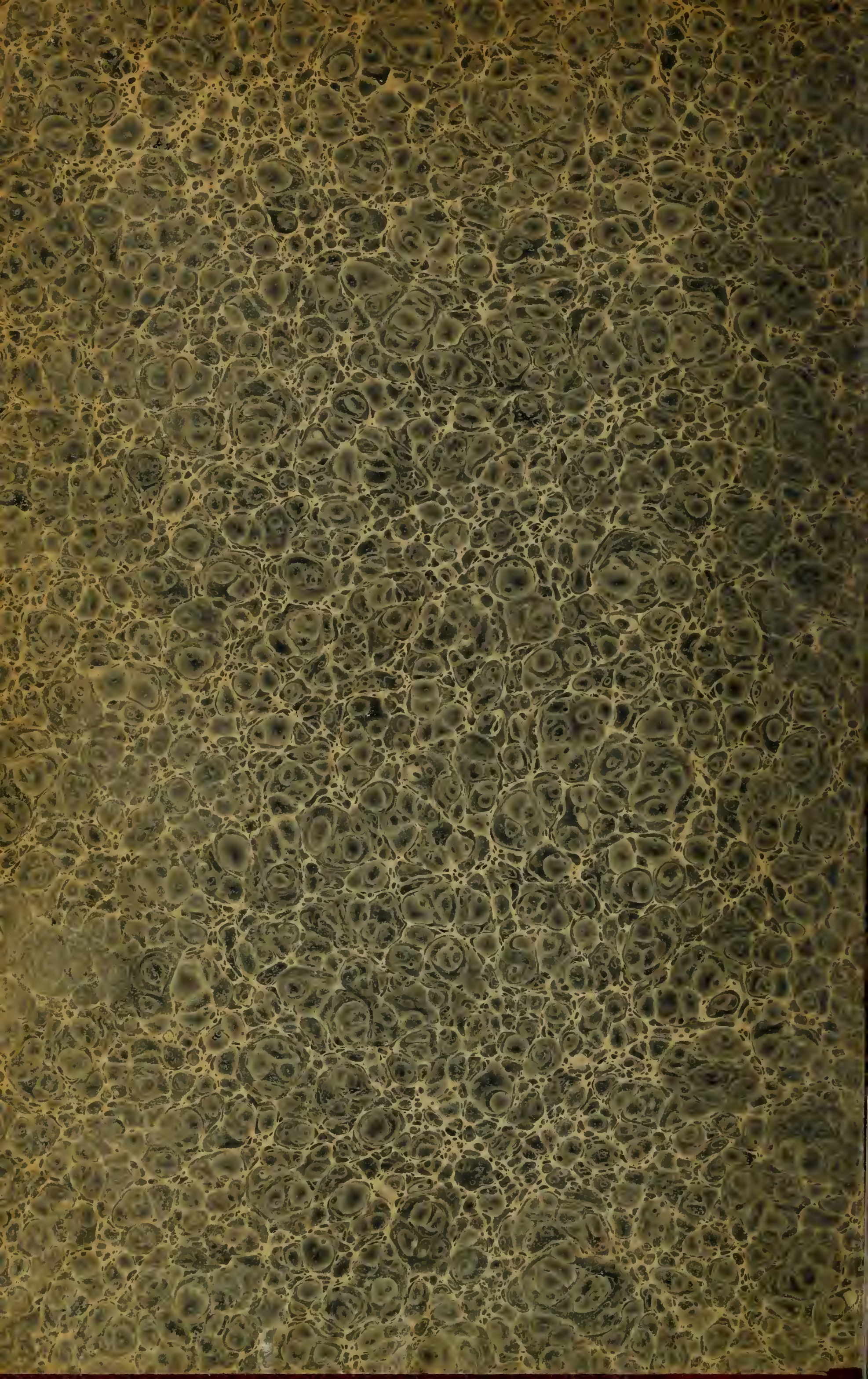

3 1761 09545833 7





LAS DOS REINAS.

LAS DOS REINAS

MEMORIAS

DE UN PAJE Y UN CAPUCHINO.

Novela histórica original

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

TOMO II.

MADRID.
Murcia y Martí, editores.
Calle de la Colegiata, 6.

HABANA.
Señores Molinas, hermanos.
Calle del Rayo, 30.

CAPITULO XI.

A ciegas

Ya no quedaba mas luz que la dudosa del crepúsculo que era demasiado débil para penetrar por las cortinillas de seda azul del coche donde iban don Alfonso y el capuchino.

En el interior del pesado vehículo era, pues, de noche, y no fijando bien la atencion, cuando hubiesen atravesado algunas calles, era imposible que el caballero supiese donde se encontraba.

No era menester mas que entretenerlo hablándole de cualquier asunto, y así se conseguiría fácilmente que don Alfonso perdiese el tino.

El sordo ruido que producian los coches al rodar era el único ruido que se percibia por aquellas calles, en aquella época, bastante solitarias.

Diez minutos tardaron en llegar á la embocadura de la de San Onofre.

Los cocheros, obedeciendo con toda exactitud la órden que se les habia dado, refrenaron las mulas.

Los dos carruajes quedaron inmóviles.

Dos hombres, que estaban ocultos en un portal, salieron, y cada uno de ellos se acercó á uno de los coches, subiendo al pescante y tomando el látigo y las bridas mientras que los cocheros bajaban y hacian bajar á los lacayos.

—¿Hemos llegado ya?—preguntó don Alfonso cuando se detuvieron.

Y para ver donde se encontraba, porque ya no lo sabia, extendió un brazo y quiso levantar una de las cortinillas.

—No,—contestó el capuchino, poniendo una mano sobre el brazo de don Alfonso,—y si se han detenido no han hecho mas que obedecer mis órdenes, pues desde este sitio al convento hay peligro de que intenten apoderarse de la mujer misteriosa, y se han adoptado las precauciones convenientes para evitarlo.

—¿Tampoco puedo asomarme?

—Tampoco, porque donde menos se piensa suele haber ojos que miren, y si os reconocen creerán que se os ha revelado el terrible secreto y Dios sabe lo que puede suceder.

El caballero retiró vivamente la mano.

—Entonces,—dijo,—no debemos hablar mucho.

—Podeis hacerlo si no levantais la voz.

—Os juro por quien soy que tengo muchas ganas de que se termine pronto este asunto, porque la verdad, no estoy completamente tranquilo.

—Mientras no conozcais el secreto...

—Pero ello es, padre mio, que muchos vecinos de la calle del Barquillo han visto los coches, y á mí tambien, y todos me conocen en aquel barrio, y como esa mujer ha salido de la casa de Tocame-Roque...

—Esa mujer es un misterio para toda aquella gente, puesto que aún no hace tres horas que entró sigilosamente en aquella casa, y al salir no le ha visto nadie el rostro. Dirán que vos habeis estado allí, pero nada más. ¿Qué entienden esos infelices de negocios de Estado? Lo sospecharán todo menos la verdad.

—Si esa mujer es jóven...

—No temais por vuestra reputacion, amigo mio,—replicó el fraile.

Los coches se pusieron otra vez en movimiento.

Por la calle de la Puebla iban cuando al señor de Guevara se le ocurrió decir:

—Es de noche, hace mucho calor aquí dentro, y sin temor á que nos mirasen creo que podriamos descorrer siquiera una de las cortinillas.

—Las dos si os parece bien,—dijo el capuchino que ya nada temia, porque estaba convencido de que el caballero no sabia donde se encontraba.

La luna no se habia dejado ver, y por consiguiente la oscuridad era casi absoluta, pues en aquella época era muy raro que en un portal se encendiese luz y las tiendas se cerraban casi todas al anochecer.

Corrió el fraile las cortinillas.

El señor de Guevara, aunque temerosamente, dirigió una mirada á la calle; pero no vió claramente nin-

gun edificio, sino masas informes y blanquecinas que se levantaban á uno y otro lado.

De la anchura de la calle nada podia deducir.

El capuchino reanudó la conversacion.

¿Y Angélica?

No se habia movido.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho, dejaba que el llanto corriese por sus pálidas mejillas.

Primero habia pensado solamente en su padre.

Luego pensó tambien en Felipe.

Despues quiso discurrir sobre la que parecia noble y generosa conducta de fray Fulgencio.

A los veinte minutos sus ideas eran vagas y confusas.

Pensaba en todo sin pensar en nada.

Cuando los coches salieron de la calle de la Puebla, la infeliz jóven apenas tenia conciencia de su situacion.

Era forzoso que sucediese así.

En pocos momentos habia sufrido mucho, habia experimentado muchas y muy distintas emociones y debia sentirse aturdida.

Las fuerzas físicas empezaban tambien á desaparecer.

La energía que hasta entonces la sostuvo, habia sido demasiado violenta, y la enervacion debia ser profunda.

Lo que pasaba tenia todas las apariencias de un suceso afortunado; pero debia trastornar á la jóven siquiera fuese por lo inesperado y extraño.

¿Qué sucederia cuando conociese su verdadera situacion?

Tal vez no podria soportarlo, porque todo lo que habia sufrido era muy poco en comparacion de lo que debia sufrir.

Los carruajes siguieron adelantando por la corredera de San Pablo, llegaron al convento de Maravillas, y en vez de detenerse, avanzaron algo más, volvieron á la derecha y entraron en la calle que entonces se llamaba de San Pedro.

Allí quedaron parados junto á una pequeña puerta.

—Hemos llegado,—dijo el fraile.

Y él mismo abrió la portezuela, bajó de un salto, y haciendo las veces de lacayo, desdobló el estribo de escalerilla para que su amigo pudiese salir con toda comodidad.

Así lo hizo don Alfonso mientras decia:

—¿Y en qué piensan mis lacayos que no han encendido luces, ni acuden como deben?

—Obedecen mis órdenes.

—Eso es otra cosa.

—Aquí,—dijo el capuchino, acercándose á la puertecilla y dando algunos golpes con la mano.

Don Alfonso miró á su alrededor.

No reconoció el sitio.

Buscaba un convento y tenia junto á sí un edificio cuya apariencia era la de una casa pobre.

—¿Pero dónde estamos?—preguntó sin poder contenerse.—¿No os habeis equivocado, padre Fulgencio? Porque me parece que esto no es convento, ni otra cosa que una pobre vivienda.

—Es un convento y os convencereis bien pronto.

—Esta calle...

—Silencio.

La puerta se abrió, apareciendo un hombre de elevado estatura, muy flaco y amarillento, todo vestido de negro y la cabeza cubierta con un gorro de forma cónica de punto de lana negra tambien.

Tenia en la mano izquierda una palmatoria con cabo de vela, y al ver á nuestros personajes, dilatóse su grandísima boca para sonreir y se inclinó humildemente.

El señor de Guevara examinó de piés á cabeza al hombre del gorro negro, diciendo para sí:

—Parece un fantasma.

—Buenas noches,—dijo el capuchino con grave tono.

Y entró.

Don Alfonso lo siguió.

El hombre flaco cerró la puerta.

Atravesaron un pasillo, subieron una escalerilla, pasaron por dos habitaciones, y al llegar á la tercera detúvose el del gorro, volvió á inclinarse con muestras de profundo respeto y se alejó sin pronunciar una palabra.

El capuchino levantó una cortina que cubria una puerta, y él y don Alfonso dieron algunos pasos, encontrándose en un aposento amueblado modestamente y frente á un hombre de sesenta años tipo opuesto del otro, pues era de escasa estatura y muy obeso.

No habia que preguntar quién era, porque claramente lo decia su negra sotana y el solideo que cubria la parte posterior de su cabeza.

Sin embargo, como saber que era un sacerdote no es

bastante para el lector, añadiremos que era el capellan de las Maravillas, que gozaba reputacion de hombre virtuoso y sencillo quizá en demasia, aunque no de sábio.

La expresion de su semblante revelaba la más completa tranquilidad de espíritu.

Debia ser uno de esos hombres que no se alteran sino cuando ven que alguien sufre, que nunca se creen ofendidos por nada y que todo les parece muy bien.

El padre Remigio, porque este era su nombre, tenia la costumbre de buscar el lado bello de todas las cosas, y á esto se debia su felicidad tan completa, que solo puede compararse á la bienaventuranza que le esperaba tal vez en la otra vida.

El padre Remigio no tenia que sonreir, porque su gesto habitual era una continua sonrisa.

Vivia modestamente, y sobre todo muy castamente, pues ni siquiera un ama de gobierno vieja tenia, sino que las veces de esta las hacia el sacristan, que no era otro que el hombre flaco, bilioso y sombrio á quien hemos presentado ya.

Los caracteres de ambos eran completamente opuestos; pero por esto quizá se avenian perfectamente.

A todas horas murmuraba y se enfadaba el sacristan, pero no habia miedo de que riñesen, porque aquellos arrebatos de cólera no encontraban oposicion, sino que por el contrario, apagábanse en la dulcísima blandura del sacerdote.

Este, como todo le parecia bien, no habia tenido nunca motivo para reconvenir á su dependiente y criado, de lo cual resultaba que los dos eran completamente

felices, si bien el hermano sacristan, y á la vez demandadero, aseguraba que era el hombre más desdichado del mundo.

Apenas se presentaron don Alfonso y el capuchino, el anciano sacerdote se puso en pié, dejando sobre la mesa su breviario y saludándolos afablemente.

El señor de Guevara estaba cada vez más sorprendido sin acertar á explicarse lo que veia.

Esperaba entrar en la morada de las esposas de Jesucristo, y hasta entonces no habia encontrado más que hombres.

No pronunció don Alfonso más que algunas palabras mientras dirigia á su alrededor miradas de extrañeza.

—Sentaos,—dijo el capellan,—que inmediatamente voy á dar aviso á la muy reverenda madre; pero entretanto,—añadió dirigiéndose al señor de Guevara,—permitidme, caballero, que os exprese la pena que me hace sentir vuestra situacion. Dios lo ha querido así y nuestro deber es resignarnos; pero Dios se dignará tambien escuchar nuestras fervientes súplicas y devolveros del todo restablecida...

—Confiemos en la misericordia divina,—interrumpió el capuchino para evitar que el padre Remigio concluyese la frase, pues si la hubiese concluido, habria cambiado completamente y en un instante la situacion.

Y sin dar tiempo á que don Alfonso respondiese, prosiguió diciendo el fraile:

—Mi buen amigo don Alfonso se resigna, aunque es imposible que deje de sufrir.

—¡Ya lo creo!—repuso el capellan.—Como que se-

mejante desgracia es mucho peor que la muerte, y cuando se trata de un hijo...

—No renovemos la llaga,—volvió á interrumpir el capuchino.

No entendió don Alfonso lo que el padre Remigio queria decir y lo miró con más sorpresa que nunca.

—Pero aquí,—añadió el capellan,—con los tiernos cuidados de las buenas madres, y sobre todo con la ayuda de Dios...

—Compañero,—dijo el fraile,—os ruego que aviseis á la superiora, porque conviene concluir cuanto antes.

—Es verdad.

Salió el padre Remigio.

Algunos momentos despues don Alfonso preguntó en voz baja á fray Fulgencio:

—¿Quereis decirme lo que esto significa?

—Está bien claro: el respetable sacerdote á quien acabais de conocer es el capellan del convento: ya nos esperaba, sabe quien sois y os ha dado el pésame por la muerte de vuestra hija.

—Todo eso está bien, padre; pero no entiendo lo demás que ha dicho.

—Os lo explicaré y así poco á poco ireis conociendo el secreto de Estado hasta que nada ignoreis.

El caballero tembló, palideció y se apresuró á decir:

—No, no quiero saberlo... Supongo que se trata de esa misteriosa mujer... ¡Oh!... Siento que su majestad no haya determinado llevarla lejos de Madrid, muy lejos.

El capuchino sacó su caja de rapé y la presentó al señor de Guevara.

No hablaron entonces más.

Cinco minutos despues volvió el padre Remigio diciendo:

—La superiora os aguarda.

En aquellos momentos sonó en la calle el ruido de uno de los coches que se alejaba.

No se atrevió don Alfonso á preguntar.

Salieron los tres de la habitacion, llevando el capellan una luz.

Atravesaron muchas habitaciones y pasillos, bajaron una escalera, pasaron por la sacristía, dejaron atras nuevos aposentos y al fin entraron por una puertecilla, encontrándose con una monja.

Esta, que no tendria menos de cincuenta años, hizo poco más ó menos lo que habia hecho el sacristan, es decir, se inclinó respetuosamente sin pronunciar una palabra, y con la mirada fija en el suelo, adelantó en compañía de los tres.

El señor de Guevara se sorprendia más y más al ver cuán fácilmente se quebrantaban las severas reglas de la comunidad, permitiendo que allí penetrasen á tales horas tres hombres de los cuales uno era completamente desconocido y extraño á la comunidad y no tenia en su favor el sagrado carácter religioso.

En todo ello veíase la influencia poderosísima de doña Isabel de Farnesio.

Adelantaron sin pronunciar una palabra.

El ruido de sus pasos se repetia en los elevados techos.

Cinco minutos despues se detuvo la monja como an—

tes se habia detenido el hermano sacristan, y levantó una cortina.

Estaban á la puerta de la celda de la superiora.

Don Alfonso sintió que le temblaban las piernas como si le hubiese amenazado algun peligro.

¿Iba á comprender lo que hasta entonces habia sido para él incomprensible?

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

¿Iba á conocer contra su voluntad el terrible secreto de Estado?

El señor de Guevara se hizo estas preguntas y siguió temblando y sudando.

¿Y á dónde habia ido uno de los coches?

Esto tambien era inexplicable para el caballero.

El capuchino se acercó á don Alfonso y le dijo al oido y con voz apenas perceptible:

—No olvideis mis advertencias, porque el olvido puede costaros muy caro. Pocas preguntas, pocas palabras... Cuanto más pronto concluyamos, mejor.

—Descuidad,—murmuró el caballero.

—Entrad,—dijo el padre Remigio, levantando la cortina.

—¡En nombre de Dios!—exclamó fray Fulgencio.

Y los tres penetraron en la celda en tanto que la monja se alejaba discretamente.

CAPITULO XII.

Siempre tinieblas para don Alfonso.

La superiora de las Maravillas era una anciana de más de setenta años, enferma, aniquilada y medio ciega.

Siempre habia tenido un carácter dulce y habia sido indulgente y entonces lo era mucho más.

Su inteligencia era escasa y su instruccion casi nula, pues toda su sabiduría no iba más allá de leer pésimamente el latin.

Era hija de padres distinguidos; pero á los ocho años quedó huérfana, y su tutor, único pariente que tenia, para evitarse molestias la encerró en el convento de Maravillas, pretestando que allí estaria mejor guardada y seria educada más cristianamente, pues él no tenia esposa que hiciese esto.

La huérfana no conoció, pues, otro mundo más que

el convento, y claro es que cuando tuvo quince ó diez y seis años mostró deseos de ser monja, con tanto más motivo cuanto que su tio y tutor habia muerto y ella creia que sin él no era posible vivir en medio del bullicio del mundo, que le espantaba tanto como le era desconocido.

Sus deseos se cumplieron y profesó.

Habíase acostumbrado á vivir entre aquellos muros y á rezar á todas horas, y rezaba y vivia y era feliz.

Siempre cumplió sus deberes con la más escrupulosa exactitud; fué para sus compañeras la mejor amiga, una verdadera hermana, no dió motivo para que la envidiasen y así conquistó el cariño de todas, resultando de esto que al fin y á la edad de treinta años fuese elegida superiora, es decir, que cuando la presentamos á nuestros lectores llevaba ya cuarenta años de ejercer en el convento la autoridad suprema.

Su muerte debia ser llorada sinceramente por la comunidad, pues no era posible que ninguna otra se mostrase tan indulgente como ella.

Tal era la superiora de las Maravillas en la época en que tuvieron lugar los sucesos que nos ocupan.

No habia nada más fácil que engañar á la anciana, sobre todo cuando se trataba de ciertas intrigas que ni siquiera hubiera podido concebir.

Más de una conferencia habia tenido los dias anteriores con el capuchino, que siempre se habia presentado en nombre de la reina doña Isabel de Farnesio, de modo que estaba ya preparada y sin sospecharlo iba á ser instrumento de las ambiciones del fraile, á representar

un importante papel en el drama verdaderamente horrible que entonces daba principio.

¡Pobre mujer!

Toda su vida separada del mundo y despues de practicar por tantos años la virtud, iba á ser juguete de Satanás, porque satánico era el plan del capuchino.

Cuando éste, el caballero y el capellan entraron en la celda, la anciana levantó la cabeza y fijó su mirada débil en el estúpido caballero.

—Reverenda madre,—dijo éste con voz insegura,—su majestad la reina doña Isabel de Farnesio nuestra muy piadosa soberana, á quien Dios conceda largos años de felicidad...

—Amen,—dijo la superiora.

El caballero, que habia comenzado brillantemente su discurso, turbose al ser interrumpido.

Su elocuencia habia sido un relámpago; pero como mal ó bien le era preciso continuar, tosió dos ó tres veces y dijo:

—Traigo una carta de su majestad para vos y voy á tener el honor de entregárosla, haciéndoos presente al mismo tiempo que en uno de mis coches ha quedado esa infeliz...

—Comprendo,—dijo tristemente la superiora.—Más afortunada hubiera sido la pobre criatura si se hubiese muerto; pero Dios lo ha dispuesto así.

—Soy de la misma opinion, reverenda madre, porque para andar en estos enredos...

—Sí, debe ser para vos muy doloroso, porque vuestro corazon de padre...

—No, eso no: mi corazon de padre...

—Todo lo sufre con resignacion, ya lo sé; pero si hubiese muerto...

—Señora,—interrumpió bruscamente don Alfonso,—no entiendo una palabra de este asunto.

—Pero afortunadamente hay hombres que han dedicado su vida á la ciencia y con la ayuda de Dios todo se conseguirá.

El señor de Guevara estaba sofocado hasta el punto de que apenas podia respirar.

Acordóse de que el fraile le habia recomendado que economizase las palabras, y por temor de que el secreto de Estado se le viniese encima como si el techo se desplomase, calló, sacó su pañuelo, limpióse el sudor que corria por su frente y presentó la carta de la reina á la superiora.

Esta la tomó y dijo:

—Su majestad habrá de perdonarme si hasta despues no la leo, porque no me lo permite mi escasa vista.

El capuchino creyó llegado el momento de tomar parte en la conversacion para terminarla de una vez y felizmente y dijo:

—En el estado en que se encuentra esa desgraciada no es prudente hacerla esperar, y con vuestro permiso, reverenda madre, nos retiraremos, pues ya mi amigo don Alfonso de Guevara ha cumplido su delicada mision, y además así evitaremos hacerle sufrir, como su rostro dice que sufre, que el mal no ha de remediarse ocupándose de él.

La anciana exhaló un triste suspiro.

El capellan permanecia silencioso, porque no tenia que hacer allí más que presenciar la escena.

—Soy de vuestra opinion,—dijo la superiora despues de algunos momentos.

Y añadió, dirigiéndose al señor de Guevara:

—El buen padre Fulgencio tiene razon: no hay para qué renovar ciertas llagas; pero me permitiré una observacion para vuestra tranquilidad y para que quedeis convencido de que, ni se me oculta la situacion, ni dejo de apreciar en lo que debo vuestros sentimientos nobles.

Don Alfonso miró al capuchino como preguntándole si debia escuchar, pues la anciana parecia dispuesta á dar explicaciones que tal vez equivaldrian á una revelacion completa del terrible secreto de Estado; pero el fraile habia inclinado la cabeza y miraba humildemente al suelo.

—No hay duda,—añadió la superiora,—de que la desgracia de esa pobre mujer se debe en gran parte á un exceso de sensibilidad y á un gran fondo de ternura que Dios ha querido poner en su corazon, pues de otro modo el golpe que sufrísteis no hubiera producido en ella tan profundo trastorno.

El caballero fijó en la anciana una mirada estúpida, porque más que nunca estaba confuso.

La superiora prosiguió diciendo:

—Pagais una deuda de gratitud, una deuda de corazon al interesaros como os interesais por esa desgraciada, y esto prueba más y más vuestras virtudes; pero reconozco que no podeis tenerla más tiempo á vuestro lado,

porque debe destrozaros el alma su extravio, y porque pueden sobrevenir compromisos muy graves, pues Satanás aprovecha todas las ocasiones para inspirar á los mal intencionados, que nunca faltan para hacer sufrir á los buenos.

—Eso es, eso es,—dijo maquinalmente el señor de Guevara.

—Descuidad, que la pobrecita encontrará entre nosotras todos los cuidados imaginables, y ya que perdió á su madre, yo procuraré sustituirla.

—Gracias.

—Ahora mismo voy á dar las órdenes convenientes para que todo quede arreglado.

—Y yo, con vuestro permiso, voy á buscar el reposo que me hace tanta falta.

—Dios nos ayudará,—dijo la superiora.

Ya no hablaron más que para dirigirse algunas frases de despedida.

Don Alfonso, seguido del fraile y del capellan, salió con pasos vacilantes.

No hubiera podido decir si lo llevaban por las mismas habitaciones que antes habia atravesado.

Para sus ojos todo era vago y confuso en aquellos momentos.

Muchas veces dudó si estaba soñando; pero desgraciadamente era una realidad cuanto sucedia.

Algunas de las indicaciones de la superiora eran sobradamente claras para que se comprendiese que le habian hecho creer que la desdichada jóven habia perdido la razon; pero don Alfonso no lo entendió así; pensaba

en el secreto de Estado, recordaba las palabras de doña Isabel de Farnesio y tambien las suposiciones del capuchino, empeñándose en armonizar todo esto con lo que acababa de decirle el capellan y la superiora, resultando que en vez de deducir lo que se acercase á la verdad, confundíanse sus ideas, produciéndole mayor aturdimiento.

Confusamente llegó á sus oidos otra vez el ruido sordo de un coche, ruido de que quizá no se hubiese apercibido á no retemblar las paredes del convento.

Sin que él supiese cómo, encontróse otra vez en la habitacion del padre Remigio.

—Sentaos,—dijo éste,—y descansad siquiera algunos momentos.

—Aún tenemos mucho que hacer,—respondió el capuchino.

—¡Todavía!—murmuró con espanto el caballero.

—Sí,—repuso el fraile,—aunque lo más penoso está ya terminado.

—Vamos, vamos, porque... ¡Oh!... Estoy sofocado y me parece que me falta aire para respirar.

—¡Padre infeliz!—murmuró en voz baja el capellan.

Don Alfonso y el fraile se despidieron.

El sacristan volvió á presentarse con la palmatoria y los acompañó hasta la puerta.

Salieron.

El señor de Guevara apenas podia guardar el equilibrio.

Se habia oscurecido su mirada y menos que antes pudo reconocer el sitio donde se encontraba.

Para sus ojos el carruaje no era más que una masa informe y negra.

El capuchino lo miró con inquietud.

Entraron en el pesado vehículo sin decir una palabra al cochero.

Partieron las mulas al trote.

El otro carruaje habia desaparecido.

—Tranquilizaos,—dijo el fraile,—que ya hemos concluido; pero no he querido detenerme en la habitacion del padre capellan, porque he supuesto que desearíais volver cuanto antes á vuestra casa.

—Sí, sí,—respondió el caballero con voz ronca.

—Parece que estais muy agitado...

—No sé lo que me pasa, estoy confuso, aturdido y parece que todos estos enredos se me han metido en la cabeza y se han convertido en plomo, pues siento un peso y... Aquí,—añadió llevando una mano á su cerebro.

—La alteracion es natural. Yo tambien estoy conmovido... La empresa era peligrosa; pero Dios ha querido favorecernos y todo ha terminado felizmente. Ahora olvidad lo que ha sucedido, sed dichoso y gozad con la satisfaccion de haber prestado un gran servicio á vuestra pátria.

—Sí,—repuso don Alfonso;—pero es el caso que me siento bastante mal.

—Veamos como está el pulso: ya sabeis que no soy extraño á la ciencia de curar.

Y efectivamente, el capuchino pulsó á don Alfonso.

Si la oscuridad no hubiese sido completa, habríase

visto que fray Fulgencio hacia un gesto de disgusto en tanto que decia para sí:

—¡Diantre!... Esto es serio... Una congestion... Me interesa mucho que viva este hombre.

Y luego añadió en voz alta:

—Esto no vale nada... Con la agitacion, los temores, los esfuerzos que ha hecho vuestra imaginacion, haciendo trabajar demasiado al cerebro... Pero no es nada, no es nada... Con desahogar los vasos quedareis perfectamente bien... Una pequeña sangría... Como media libra de sangre... Yo mismo la haré y mañana estareis mejor que nunca.

El señor de Guevara guardó silencio.

Ya no era menester distraerlo para hacerle perder el tino, pues el desdichado no se ocupaba en averiguar por donde iba.

Quince minutos despues llegaron á la Puerta del Sol, deteniéndose junto á la fuente.

Allí estaba el otro coche.

Tambien esperaban los cocheros y lacayos de don Alfonso, que se colocaron en sus puestos despues de haberles dicho el capuchino:

—A casa.

Cuando el señor de Guevara estuvo en su vivienda, se encontraba en un estado verdaderamente grave; pero aún era tiempo de salvarle la vida si se aprovechaban los minutos.

No solamente habia estudiado medicina el fraile, sino que era un buen médico y muy hábil cirujano, y sin detenerse sacó los instrumentos de que siempre iba pre-

venido, tomó una lanceta, pidió agua caliente y poco despues corria la sangre del señor de Guevara.

Las pupilas de este, que se habian dilatado, empezaron á contraerse á medida que salia la sangre.

El capuchino lo observaba con la más escrupulosa atencion.

—Se ha salvado,—dijo para sí el fraile mientras colocaba la venda.

No se equivocaba.

Diez minutos despues habria sido tarde quizá.

El señor de Guevara se acostó.

Ya habian dado las doce de la noche cuando el fraile volvió á su convento.

Volvamos nosotros al de Maravillas.

CAPITULO XIII.

La nueva situacion de Angélica.

Mientras el padre de Angélica salia de la celda de la superiora y se volvia á la habitacion del capellan, abríase un postigo de la iglesia y salia el hermano sacristan, acercándose al coche en que la jóven se encontraba y que se habia situado allí, y diciendo:

—Vamos, señora, vamos.

Y abrió la portezuela y bajó el estribo, pues ya habia recibido instrucciones de lo que tenia que hacer.

La jóven obedeció maquinalmente y entró en el templo alumbrado solamente por la luz que llevaba el sacristan y por la de una lámpara.

El postigo volvió á quedar cerrado.

Atravesaron la iglesia y la sacristia, internándose luego en un largo pasillo.

Los pasos de Angélica eran vacilantes.



—¡Madre mia!—murmuró la jóven.

El sacristan la miró con disimulo más de una vez; pero no pudo ver más que los magníficos y negros ojos de la infeliz, cuya mirada era dolorosamente triste.

—Si lo demás se parece á los ojos,—dijo para sí el sacristan,—no hay en la comunidad una... ¡Jesús me perdone!

Llegaron á la puertecilla por donde poco antes habia salido el señor de Guevara.

Allí estaba otra vez la monja.

El sacristan se alejó.

Angélica entró.

—Bien venida,—dijo la religiosa con dulzura.

—Dios os guarde,—respondió Angélica.

Sin hablar más siguieron por el pasillo, atravesaron una y otra habitacion y llegaron á la celda de la superiora.

Angélica echó á la espalda su manto, dejando ver su rostro encantador y su hermosa cabeza.

Otra vez las lágrimas se escaparon de sus ojos, inundando sus pálidas mejillas.

—¡Ah!—exclamó la anciana con tanta sorpresa como admiracion.

—¡Madre mia!—murmuró la jóven.

Y cayó de rodillas, estrechó entre las suyas temblorosas y ardientes las débiles manos de la monja y las cubrió de besos y de lágrimas.

Ambas guardaron silencio por algunos minutos.

La anciana estaba profundamente conmovida y tambien se humedecieron sus ojos.

—¡Desgraciada!—murmuró al fin.

—Sí,—dijo Angélica,—soy muy desgraciada, he sufrido mucho, y cuando conozcais mi triste historia...

—La conozco,—replicó la superiora, que creia de buena fé que la jóven habia perdido el juicio.

—Para vos, que no conoceis el mundo, que entregada al amor divino apenas podeis tener idea de lo que son las pasiones humanas, son inconcebibles las espantosas borrascas del corazon y...

—Sosegaos, que vuestra delicada salud exige mucha tranquilidad... Levantaos... Voy á disponer que os lleven á vuestra celda y mañana hablaremos, y con mi ternura os convenceré de que deseo ser vuestra segunda madre.

Púsose en pié la jóven, enjugó sus lágrimas y miró á su alrededor, vacilando algunos instantes y decidiéndose al fin á preguntar temerosamente:

—¿Y mi padre?

La religiosa hizo un gesto que significaba:

—Ya empieza con su mania.

Y luego dijo:

—Ya lo vereis.

—¡Se ha ido!—murmuró con acento de amargura la jóven.

—Lo esperaban y no ha podido detenerse.

—¡Cuánto sufro!...

—Es preciso resignarse...

—Me resigno; pero mi corazon está destrozado... ¡Ah!... Puesto que conoceis mi historia, madre mia, decidme si mis faltas son tan graves que merezcan tan duro castigo. Si mi padre no me rechaza, por lo menos...

—Vuestro padre os ama.

—Sí, me ama; pero en vez de recibirme en los brazos, de estrecharme contra su corazon cuando me encuentra viva despues de haberme creido muerta...

—¡Infeliz!... Esto es horrible...

—Sí,—repuso la jóven,—muy horrible para mí, doblemente horrible, porque creo que se me trata con demasiada severidad.

—Tranquilizaos.

—¿No comprende mi padre que así justifica mi proceder? Si no corrí á buscarlo cuando milagrosamente salí del ataud donde me encerró la torpeza de los médicos...

—Hija mia,—interrumpió la anciana,—os dejais llevar de alucinaciones... Olvidad todo eso del ataud, que no fué más que una pesadilla, y en cuanto á vuestro padre, que desde el cielo os bendice...

—¿Qué estais diciendo?—replicó Angélica, fijando una mirada de extrañeza en la religiosa.

—Digo que vuestro padre...

—¿Acaso ha muerto?... Hace pocos minutos que se encontraba aquí...

—Sí, es verdad,—dijo la monja pensando que no hay nada peor que contradecir á los locos, porque en vez de convencerlos, se les excita más.

Y á la mirada intensa de la jóven correspondió la superiora con una mirada compasiva.

—Comprendo que mi padre lleve hasta el último extremo su rigor; pero lo que no se me alcanza es que haya podido dominar los impulsos de su corazon de padre y permanezca indiferente al acercarse á mí despues de

haberme creido muerta. ¿Cómo se explica esto, madre mía?

—Ya os he dicho que vuestro padre no podia detenerse.

—Pero cuando fué á buscarme, cuando me vió salir de la casa de mi generoso protector... ¡Ah!... ¡Dios mio, perdonadme!... Tres meses han trascurrido desde aquella noche horrible en que ví llorar á mi padre porque me creyó muerta, tres meses que han sido para mí un siglo de mortal angustia, y durante este tiempo he luchado constantemente, porque me era imposible ahogar mis sentimientos filiales, y más de una vez he decidido arrostrarlo todo á trueque de abrazar á mi padre. Y ahora que al fin me encuentra...

—Os haceis mucho mal,—interrumpió la superiora.— Esta noche estais muy agitada; descansad y mañana hablaremos y mis razones os harán comprender que no es tan desesperada vuestra situacion.

—La esperanza sostiene mi vida...

—Y esa esperanza se realizará.

—Si quereis ayudarme lo mismo que el virtuoso padre Fulgencio...

—El padre Fulgencio es un santo.

—Sus palabras han sido para mí muy consoladoras y sus promesas...

—Las cumplirá, no lo dudeis.

La anciana queria poner término á la conversacion, porque no podia ver con tranquilidad á la infeliz, que segun se le habia hecho creer, habia perdido el juicio.

Llamó, pues, presentáronse dos monjas y les dijo:

—Llevad á su celda á la hermana Francisca...

—No es ese mi nombre,—replicó la hija de don Alfonso.

—¡Ah!... Es que...

—Me llamo Angélica.

—Sí, pero...

—Si á las que entran en esta santa casa para tener la honra de ser esposas de Jesucristo se les cambia el nombre...

—Eso es.

—Yo no he de profesar y quiero que se me llame Angélica, porque mi virtuosa madre, que mora en el cielo, quiso que Angélica me llamase, y solo obligada por las circunstancias y para poder guardar el secreto de mi existencia tomé el nombre de María desde que salí del ataud.

—Bien, bien.

—Perdonad si hago estas observaciones.

—Os llamaremos Angélica, es igual; pero si alguna hermana se olvida de que así lo deseais y os llama Francisca...

—Le advertiré que se equivoca.

La anciana cruzó una mirada de inteligencia con las dos religiosas.

Una de ellas dijo á la hija de don Alfonso:

—Venid, si os place.

Angélica besó respetuosamente la diestra de la anciana.

Pocos momentos despues se encontraba sola en la celda que debia ocupar.

Le habian encargado que apagase la luz apenas se

desnudase, porque así estaba dispuesto; pero ella, en vez de acostarse, sentóse, inclinó sobre el pecho la cabeza y se entregó á las tristes reflexiones á que daba lugar su situacion.

¿Por qué la superiora habia dicho que don Alfonso estaba en el cielo?

¿Por qué le habian cambiado el nombre sin hacerle antes ninguna advertencia?

A la infeliz jóven no le sucedia lo que á su padre, sino que por el contrario, estaba dotada de clarísima inteligencia, y ni se aturdia fácilmente, ni le era difícil comprender lo que para don Alfonso era incomprensible.

Cuanto la superiora habia dicho lo encontró muy extraño Angélica.

La anciana vacilaba al hablar, divagaba, se contradecia, y más de una vez habia mirado con cierto temor á la jóven.

¿Cuál era la causa de todo esto?

Entre otras cosas habia dicho la anciana que no era más que una alucinacion, una pesadilla todo aquello del ataud, y como suprema razon al hablar de la conducta del señor de Guevara, habia dicho que éste tenia mucho que hacer y no se habia detenido por esto á dar un abrazo á su hija, y por último las miradas que cruzaron las monjas, eran suficiente para despertar sospechas muy desagradables.

Por espacio de media hora pensó en todo esto la hija del señor de Guevara.

—No parece,—dijo al fin,—sino que yo sea un sér ex-

traño ó que abriguen temores de que se haya extraviado mi razon.

Al pronunciar estas últimas palabras se extremeció la infeliz, levantó la cabeza, su mirada se tornó sombria y su frente se contrajo.

Desde aquel momento no se pintó el dolor en su rostro.

Repentinamente recobró la energía de que tan raras pruebas habia dado en situaciones graves.

Por su mente atravesó una sospecha horrible, espantosa.

—¡Oh!—murmuró.—No, no es posible... Pronto me convenceré.

Pocos minutos despues se abrió la puerta, presentándose una monja y diciendo:

—¿Por qué no os habeis acostado, hermana?

—Ahora me acostaré,—respondió Angélica.

—¿No teneis sueño?

—No,—porque los que sufren mucho, duermen poco ó nada.

—Pero no dormir á ninguna hora...

—Os equivocais.

—Yo creia que vuestra enfermedad no os permitia dormir...

Interrumpióse la monja porque Angélica la hizo callar con una mirada.

—¿Sabeis cuál es mi enfermedad?—preguntó despues de algunos momentos la hija de don Alfonso.

—No,—respondió temerosamente la religiosa;—pero...

—Mi enfermedad está aquí,—repuso Angélica poniendo una mano sobre su corazon.

—Bien; pero acostaos y apagad la luz.

—Pronto lo haré.

—Os advierto que durante la noche vigilamos dos hermanas.

—¿Y para qué me lo advertís?

—Para que no os sorprendais si se nos ocurre andar por aquí, pues como dormís poco...

—Está bien.

—Si quereis tomar algun alimento...

—Gracias.

—Sobre todo os encargo que guardeis silencio, porque en esta santa casa está prohibido hacer ruido alguno durante la noche.

—Forzosamente he de guardar silencio, porque no tengo con quien hablar.

—Que Dios os dé alivio,—dijo la monja.

Y volvió á salir, cerrando la puerta.

—¡Mi enfermedad!—murmuró entonces Angélica.—Yo no he dicho á nadie que esté quebrantada mi salud... Y suponen que no duermo... ¡Oh!... Dios mio, dadme fuerzas para dominarme y no perder la calma.

La infeliz jóven apagó la luz y se acostó sin que le fuese posible conciliar el sueño hasta el amanecer, lo cual fué causa de que al dia siguiente se levantase muy tarde.

No la habian despertado y esta consideracion probaba más y más que allí se creia que estaba enferma.

La superiora le habia prometido hablar sobre su si-

tuacion aquel dia, y Angélica aprovechó los momentos que le parecieron más oportunos para entrar en explicaciones; pero su sorpresa fué grande cuando oyó que la anciana decia:

—Sí, sí, hablaremos despacio; pero mañana, porque ahora necesitais reposo, y ciertas conversaciones os hacen mucho mal.

—¡Mañana!...

—Eso es, ya os lo he prometido.

—Anoche me dijísteis...

—¡Anoche!... Es verdad, os dije que mañana, y mañana no ha llegado.

Evidentemente á la jóven la trataban como á un niño ó como á un loco.

Angélica no insistió.

Se habia propuesto observar y recorrió el convento, habló con algunas religiosas y asistió al coro, advirtiendo que todas la miraban con cierta curiosidad inexplicable, que ninguna tomaba sus palabras en consideracion y le contestaban maquinalmente y diciendo á todo que sí, y como si esto no fuese bastante, sorprendió algunas señas inequívocas que unas á otras se hacian las buenas madres.

La hija de don Alfonso, preocupada y sombria, se retiró á su celda.

—¡Dios mio!—exclamó con acento de terror profundo.—¿Será verdad que he perdido la razon?

Todos sus miembros temblaron convulsivamente.

¿Quereis hacer perder el juicio á la persona de cabeza más firme?

Tratadla como á un loco, indicadle que todos creen que ha perdido la razon.

A esta prueba no hay cabeza que resista; porque el que es objeto de ella empieza á dudar, se examina, cavila, la idea se fija al fin y se declara la demencia.

Hé ahí por qué tememos que la desdichada hija de don Alfonso se vuelva loca, acabando por ser verdad lo que habia principiado por ser invencion de fray Fulgencio.

¿No habia previsto éste las horribles consecuencias de su plan?

Si lo habia previsto, no le importaba, pues para él no habia nada interesante más que la herencia de Felipe, y sino toda la herencia, por lo menos los tres ó cuatro millones que habia pensado exigir al señor de Covadonga.

Angélica podia volverse loca ó morirse: esto no tenia ningun valor para el capuchino.

A las monjas se les habia dicho que la infeliz jóven era una desdichada que habia dado en la manía de creerse hija de don Alfonso despues de haber resucitado milagrosamente, y que con su locura habia producido ya más de un grave escándalo.

Esto debia justificarlo Angélica con su conducta, con sus palabras.

Fray Fulgencio sabia muy bien que no hay nada más fácil que hacer pasar por loca á una persona que sufre.

Así se explican las palabras dirigidas á don Alfonso por el padre capellan y por la superiora.

Estos no eran cómplices en la horrible intriga, y habian hablado con la mayor buena fé del mundo.

¿Cómo habian de suponer que fray Fulgencio era un miserable?

¿Cómo habian de poner en duda la rectitud de intenciones de doña Isabel de Farnesio?

Ya conocemos la situacion de Angélica y la dejaremos para volver á la humilde morada de Marcelo.

CAPITULO XIV.

Marcelo y sus vecinos.

Volveremos al punto en que los carruajes partieron. Los vecinos curiosos que se habian aglomerado en la calle, en vez de volver á sus viviendas, permanecieron allí, formando grupos y haciendo comentarios sobre lo que acababan de ver.

Por muchas razones debia considerarse sorprendente y extraño el suceso, y natural era que los vecinos quisiesen adivinar algo más de lo que habian visto.

Si todos no conocian á don Alfonso de Guevara, lo conocián algunos y estos pronunciaron bien pronto el nombre del caballero.

¿Pero por qué iba otro coche además del que ocupaba el padre de Angélica?

¿Y qué papel representaba en aquella escena el fraile capuchino?

¿Y la jóven, para todos los vecinos misteriosa y de quien se habia dicho que era huérfana y sobrina de Marcelo?

Los coches se habian detenido allí; don Alfonso habia asomado la cabeza por una de las ventanillas; el capuchino habia entrado en la casa, y luego habia salido con la jóven rubia y de ojos negros á quien apenas habia conseguido ver algunos de los más curiosos de la vecindad.

Ella se recataba con el manto, y como triste y dolorida entró en el coche que estaba vacio; allí la dejó el fraile y se fué al otro coche; luego habian partido y nada más.

Esto era mucho y no era nada.

¿Qué relaciones habia entre aquella jóven y don Alfonso?

¿Por qué habian ido á buscarla?

¿A dónde la llevaban?

¿Por qué habia partido ella cuando estaba Marcelo ausente?

Y por último, ¿se hacia todo esto de acuerdo con el honrado sacristan?

Estas preguntas y muchas otras hiciéronse los vecinos, pero ninguno pudo satisfacer la curiosidad de los otros, pues lo único que con seguridad se sabia era el nombre del caballero.

En cuanto al fraile, nadie lo conocia.

La noticia del suceso empezó á cundir rápidamente, y pocos minutos despues era conocida de todos los habitantes de la casa de Tocame-Roque.

Los que no habian presenciado aquella muda y extraña escena, salieron á la calle para contemplar el sitio como si las huellas estampadas por los coches hubieran de haberles revelado algun secreto.

Era la hora en que los trabajadores regresaban á sus viviendas, y de esta circunstancia resultó que se aumentase el número de los curiosos y de los que hacian comentarios.

Cien veces se dijo una misma cosa; cien veces fueron y vinieron para señalar con toda exactitud el sitio en que cada coche habia estado colocado, y los que querian relatar mejor el suceso, movíanse, imitando la actitud del capuchino y de la jóven.

Acababa de anochecer y el toque de las campanas los interrumpió.

Los hombres se quitaron sus sombreros.

Las mujeres inclinaron la cabeza.

Todos quedaron inmóviles como estátuas y empezaron á rezar.

Esta tregua les hizo entrar en razon y comprendieron que con permanecer allí nada conseguian.

Además los esperaba la cena y dejaron la satisfaccion de su curiosidad para cuando pudiesen conseguir que Marcelo les diese explicaciones.

La calle quedó desierta en pocos minutos.

Esparciéronse las tinieblas.

Un cuarto de hora despues llegó un hombre vestido de negro y entró en la casa de Tocame-Roque.

Era Marcelo que volvia de la iglesia, preocupado como siempre, como siempre taciturno; pero tranquilo

en cuanto á su protegida, porque no habia motivo para que temiese nada por ella.

Ya era hora de que se hubiese cerrado la puerta de la casa, pero no se habia hecho así, por no haber dado la casualidad de que ningun vecino saliese en aquellos momentos.

No hay que decir que el portal estaba completamente oscuro.

Marcelo, como otras muchas noches, subió á tientas la escalera, adelantó por el corredor y se detuvo junto á la puerta de su cuarto.

Nadie habia por allí.

Por las ventanas que daban al patio escapábanse destellos de luz.

Entonces cenaban todos los vecinos, es decir, todos los que tenian qué cenar, pues en aquella época dichosa en que se apuntalaban los pisos de las tesorerías para que pudiesen soportar el peso de los millones acumulados por el gobierno, en aquella época de abundancia, de bienaventuranza según sus panegiristas, tambien habia muchos desdichados que no tenian un pedazo de pan, muchos que sufrian, que lloraban y morian silenciosamente en los oscuros rincones de sus miserables tabucos.

Marcelo dió algunos golpes en la puerta de su cuarto.

Excusado es decir que nadie le respondió, puesto que nadie habia.

Esto le pareció extraño al buen sacristan, y llamando otra vez, esperó algunos minutos.

Tampoco entonces le respondieron.

—¿Es posible que se haya dormido?—murmuró.

Angélica dormia muy poco.

Por tercera vez llamó Marcelo con más fuerza.

Entonces se abrió la puerta del cuarto de la beata, y ésta, con un candil en una mano y una llave en la otra, asomó la cabeza, diciendo:

—Buenas noches, vecino.

—Buenas noches,—respondió el honrado sacristan.

—He oido que llamábais...

—Sí, y me sorprende que mi sobrina no me responda.

—¿Cómo ha de responderos si ha salido?

—¡Que ha salido!—replicó Marcelo con la sorpresa que era consiguiente.

—¿Pues no lo sabíais?

—Hermana, si quereis explicaros...

—La mejor explicacion es la llave, que me ha dejado vuestra sobrina para que os la entregue por si ella no volvia antes que vos.

Instintivamente comprendió Marcelo que habia sucedido una gran desgracia.

El infeliz sintió como si se helase su sangre, y en algunos minutos no le fué posible moverse sin articular una sílaba.

La beata, tambien inmóvil, extendia el brazo, presentando la llave.

—¡Se ha ido!—murmuró al fin Marcelo.—¿Cuándo?... ¡Oh!... Esto es incomprensible...

—¡Ah!—exclamó la beata, exhalando un doloroso suspiro.—No quiero mezclarme en asuntos agenos; pero ya se vé, lo que estais diciendo es bastante para ponerme

en cuidado... ¿Conque vuestra sobrina ha salido sin vuestra licencia?... ¡Jesús!... ¿Quién lo hubiera creido?... Es verdad que la acompañaba una persona respetable; pero al fin...

—¿Qué estais diciendo?

—Ni más ni menos que lo que oís.

Esforzóse Marcelo, dominó su turbacion, volviendo á ser lo que siempre habia sido, acercóse á la vieja y dijo mientras fijaba en ella una mirada penetrante:

—Quiero saber lo que ha sucedido en mi casa desde que yo salí, y quiero saberlo con detalles... Explicaos pronto y claramente.

—¡Ay, señor Marcelo de mi alma, y en qué aprieto tan grandísimo me poneis! porque yo no puedo decir más que lo que he visto, lo que me han dicho, y esto ha sido muy poco, y como soy muy amiga de la verdad, porque ántes que mentir dejaria que me cortasen la lengua...

—Basta de observaciones,—interrumpió con creciente impaciencia Marcelo.

—Ya hace algunos años que me conoceis, y á Dios gracias...

—Quiero saber lo que ha sucedido.

—Yo he vuelto á casa bastante tarde, porque me detuve en Santo Tomás, rezando las cuarenta horas, y luego tuve que ir á ver...

—Nada de eso me importa.

—Me metí en mi cuarto, y como nada tenia que hacer, cumpliendo mis deberes de buena cristiana me puse otra vez á rezar.

—Repito, hermana, que lo que quiero es saber lo que ha hecho mi sobrina.

—Al oscurecer llamaron á mi puerta, abrí y me encontré con vuestra sobrina, cobijada y en compañía de un fraile de la comunidad de Capuchinos de la Paciencia.

—¡Un fraile!...

—No lo dudeis.

—No lo dudo, proseguid.

—Vuestra sobrina me dió la llave y me suplicó que os la entregase cuando viniéseis por si ella no volvia temprano. No me dió más explicaciones, ni estaba bien que yo se las pidiese, y se fué y yo me quedé al cuidado y nada más.

De esto no podia deducir nada Marcelo.

¿Quién era aquel fraile?

¿Por qué Angélica se habia ido?

Gravísimos sucesos debian haber tenido lugar; pero no era posible adivinarlos.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la pálida frente del honrado Marcelo.

Un misterio más complicaba y hacia más difícil su ya difícil situacion.

La vieja no podia decir otra cosa de lo que habia dicho; pero era bien poco.

—Dadme la llave,—dijo despues de algunos momentos el sacristan.

—Y luz tambien,—respondió la vieja,—porque ya sabeis que me complazco en serviros.

Con mano trémula abrió Marcelo la puerta de su

cuarto, encendió un belon, despidió á la beata y volvió á cerrar.

Como si aún dudase, recorrió las pocas habitaciones de su morada, miró en los rincones y, preciso es consignarlo, miró debajo de las camas.

Cuando ya no le quedó duda, dejó la luz, sentóse y miró á su alrededor.

Le parecia que estaba en un desierto.

—¡Oh!...—exclamó mientras se pasaba las manos por la frente.—Preciso es meditar, porque Angélica ha desaparecido sin dejar huella alguna, y no volverá, no volverá, me lo dice el corazon... ¡Dios mio!... ¿Qué ha sucedido?

La carta escrita por la jóven no estaba sobre la mesa, porque la beata, cumpliendo las órdenes de fray Fulgencio, la habia recogido y guardado.

Marcelo apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, oprimiéndose las sienes.

Media hora pasó.

En vano cavilaba aquel hombre honrado y de privilegiada inteligencia, en vano, porque el talento no sirve para adivinar, sino todo lo más para deducir.

¿Obedecia la conducta de Angélica á un plan meditado?

No, porque la desdichada hubiera muerto mil veces antes que engañar al hombre que generosamente la habia protegido.

Marcelo acabó por creer que la hija de don Alfonso habia sido víctima de alguna intriga, que se le habia tendido algun lazo.

Ya sabemos que no se equivocaba.

¿Pero quién, por qué, con qué fin?

Lo que para Marcelo era inexplicable, lo que no podia concebir era que la jóven hubiese desaparecido sin dejar alguna señal, sin hacer á la beata alguna indicacion que hubiera servido para hacer deducciones y adivinar lo que callaba.

Era imposible que Marcelo no hiciese justicia á los nobles sentimientos de Angélica, era imposible que creyese que la jóven lo abandonaba por su propia voluntad y sin dirigirle siquiera una palabra de gratitud ó de ternura.

La infeliz habia caido en un lazo, esto no debia dudarse y por consiguiente era preciso protegerla, correr á salvarla.

El abatimiento y la inaccion fueron considerados en aquellos momentos críticos por Marcelo, como una falta grave.

Tal vez perdia un tiempo precioso.

Quizá acudiendo en seguida al remedio conseguiria salvar á la jóven.

¿Y qué le era posible hacer?

Poco, muy poco.

—Basta de reflexiones,—dijo, poniéndose en pié con toda la energía de su primera juventud,—basta de cálculos aventurados, basta de vacilaciones, porque quizá se pierda todo por un minuto.

Y volvió á tomar su sombrero, y sin cuidarse de apagar la luz, cogió las llaves y salió.

Rápidamente bajó la escalera como si tuviese luz;

pero al atravesar el portal, tropezó con una vecina que tambien salia.

—¿Quién vá?—preguntó la mujer con tono de mal humor.

—Soy yo, perdonad, no os habia visto... Buenas noches.

—¡Ah!... Buenas las tengais, señor Marcelo... Ya se vé, como os tratais con gente tan principal y vienen coches á la puerta de vuestra casa, atropellais á los pobres como yo.

El sacristan, que ya habia salido, detúvose repentinamente y replicó:

—¿Qué es eso de coches?

—Nada, los de esta tarde... Vamos, que vuestra sobrina se arrellanó como una señorona y ni siquiera nos dijo una palabra.

—¡Un coche!—murmuró Marcelo.

—Eran dos, uno para vuestra sobrina, que bien ancha podia ir, y el otro...

—Señora Josèfa,—dijo el sacristan acercándose á su vecina y esforzándose para verla en medio de la oscuridad,—no entiendo una palabra...

—Señor Marcelo, á quien Dios se lo dé, que San Pedro se lo bendiga. Ya sabeis que nunca me he metido en la vida de nadie, porque cada cual hace de su capa un sayo; pero eso de decirme que miento, no lo consentiré. Si yo os hubiese preguntado alguna cosa, podríais negar; pero no os pregunto, porque nada me importa vuestra sobrina, y si ha hecho fortuna, con su pan se lo coma. Bastante ha visto la vecindad, y no necesita saber otra

cosa. Lo que sí me extraña mucho, es que en esos enredos se meta un padre capuchino como si fuese... ¡Jesús, Dios me perdone!... En fin, lo dicho y hasta otro dia, que voy á ver á la madre Anastasia por si quiere sacarme de un apuro, y no he de dejar mis negocios por los agenos.

—Señora Josefa, ni soy reservado, ni tengo nada que ocultar. Cuanto estais diciendo es nuevo para mí. ¿Qué ha sucedido en mi casa? Lo único que sé es que mi sobrina ha desaparecido.

—Y bien acompañada.

—¿Quereis explicaros y os lo agradeceré como el más señalado favor?

—¿Os chanceais, señor Marcelo?—replicó la vecina.—Un hombre tan formal como vos...

—¡Oh!... Si pudiéseis comprender cómo en estos momentos está mi alma...

—No hableis así.

—No me negueis lo que os pido...

—Pues señor, ahora lo comprendo todo. ¡Miren el viejo!... Quién lo habia de creer... Y por fuerza el capuchino no era tal capuchino, sino algun bribon que se ha puesto unas barbas y los hábitos para que no le conozcan, porque hay gente en el mundo para todo, y cuando se paga bien... Vamos, señor Marcelo, os digo que estoy atontada, y si lo hubiéramos sospechado, el tal fraile se hubiera dejado aquí los hábitos, la barba y hasta el pellejo.

—Acabad.

—Pero ya se vé, nadie lo hubiera creido de vuestra

sobrina que parecia una santa... Bien dice el refran, vivir para ver.

—Mi sobrina no es capaz de olvidar los deberes que le impone su honor, y si su propia generosidad y nobleza le ha hecho caer en algun lazo...

—Fiaos del agua mansa.

—¡Señora Josefa!...

—No os enfadeis, porque si hablo es porque quereis que hable, porque á mí nada me importa mas que de lo mio.

—Os he suplicado que me digais lo que ha sucedido esta tarde...

—Pues nada, que vinieron dos coches, y que uno se paró aquí delantito de la puerta, y el otro allí, junto á la esquina, y por una ventanilla de aquel otro, asomó la cabeza de ese señoron, de ese viejo verde...

—¿Pero quién es ese hombre?

—Un vecino.

—¿Lo conoceis?

—El señor don Alfonso de Guevara, y no hay que decir que nos hemos equivocado, porque...

—¡Don Alfonso!—exclamó Marcelo con acento de profundo terror.

—El mismo en cuerpo y alma. Ya se vé, como está viudo necesita compañía...

—Proseguid.

—Del coche salió el fraile y entró en nuestra casa, y luego salió con vuestra sobrina, y vuestra sobrina se metió en este otro coche y el capuchino en el otro, y los dos coches se fueron y nada más. Me parece que el ne-

gocio está bien claro, y como no sé más, nada más puedo deciros.

Marcelo se sintió anonadado.

No podia explicarse lo que habia sucedido; pero sí comprendió que don Alfonso de Guevara habia descubierto el secreto de la existencia de su hija.

Sin embargo, esto no era una razon para que Angélica se fuese como se habia ido.

¿Y el fraile?

El papel que representaba no estaba claro.

¿Y por qué don Alfonso no habia entrado en la casa ni habia hecho entrar en su coche á su hija?

Tampoco tenia esto explicacion.

Creyó Marcelo que la situacion variaba y pensó si él tambien debia cambiar de plan.

Habia decidido ir á palacio para ver á la reina ó por lo menos á doña Margarita, y dudó si antes debia ir en busca de don Alfonso.

¿Qué suerte esperaba á la infeliz jóven?

Esto era lo que mas atormentaba á Marcelo.

Largo rato permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos cerrados y sin apercibirse de lo que á su alrededor pasaba.

No es posible que se comprenda lo que en aquellos momentos sufria.

Cuando levantó la cabeza ya habia desaparecido la vecina.

¿Contaba el fraile con la indiscrecion de los curiosos?

Tal vez no.

Por primera vez en su vida habia dejado el capuchino un cabo suelto.

Marcelo decidió al fin poner en práctica su primer plan, y con pasos desiguales se alejó, dirigiéndose á la calle de Alcalá.

Veinte minutos despues llegó al palacio del Buen-Retiro.

No era posible que consiguiese ver á la reina y solicitó hablar con doña Margarita, lo cual era tambien muy difícil para un pobre como Marcelo.

Empero una voluntad firme puede mucho, y despues de sufrir respuestas ofensivas y miradas desdeñosas, consiguió encontrar quien quisiese pasar recado á la noble doncella.

Habia triunfado y seguramente no le harian esperar.

Así sucedió.

El criado volvió bien pronto diciéndole:

—Venid, que os aguarda la noble doña Margarita.

CAPITULO XV.

Cómo Marcelo se encontró sin saber cómo donde menos esperaba encontrarse.

Marcelo siguió al criado, que le hizo atravesar muchas habitaciones y pasillos, subir y bajar algunas escaleras, deteniéndose al fin en un aposento donde no habia nadie.

—Aquí habreis de esperar algunos minutos,—dijo el criado,—porque á mí no me está permitido llegar hasta la misma habitacion de doña Margarita.

—Esperaré.

—Decís que os llamais Marcelo y que sois el sacristan de la parroquia de San José.

—Sí.

-Está bien... Sentaos que pronto vendrá quien ha de conduciros.

Desapareció el criado.

Marcelo empezó á recorrer distraidamente la habitacion.

No conocia el interior de palacio y por consiguiente no podia saber donde se encontraba.

Tampoco le llamó la atencion la circunstancia de que apenas pronunció su nombre se habia mostrado afable y complaciente hasta el último extremo el criado.

¿Como habia de pensar en nada de esto el honrado sacristan?

Su pensamiento único era la desaparicion de su protegida, aquella desaparicion inexplicable que tenia todas las apariencias de un nuevo abuso.

Sin conciencia del tiempo que pasaba, esperó Marcelo.

Cerca de un cuarto de hora trascurrió cuando sonaron pasos y se presentó un caballero ricamente vestido.

Marcelo se apartó á un lado para dejarle el paso libre; pero el otro, en vez de seguir, detúvose y dijo:

—Vos sois el sacristan de San José, ¿no es verdad?

—Para serviros.

—¿Y solicitais ver á doña Margarita?

—Sí.

—Esta hora no es la mejor y convendría que volviéseis mañana de diez á once, á menos que el asunto sea de tal naturaleza que no os permita esperar,—repuso el caballero, fijando en el sacristan una mirada escudriñadora.

—Es urgente, sí.

—Tal vez para vos; pero en cuanto á doña Margarita...

—Creo que tambien.

—Sentiré que exagereis, porque luego las reconvenciones serian para mí.

—Caballero,—dijo con grave tono el protector de Angélica,—á fé de hombre honrado os juro que si no veo á doña Margarita inmediatamente, pueden sobrevenir grandísimos males.

—No pongo en duda vuestras palabras.

—Doña Margarita no ha de disgustarse, sino que por el contrario os agradecerá que no me pongais inconveniente para verla, y yo suplico...

—Basta... Venid, que vuestra agitacion prueba claramente que os encontrais en una situacion muy angustiosa.

Fácil era conocerlo así, porque el rostro de Marcelo estaba cadavéricamente pálido.

Salieron de la habitacion, dejaron atrás una galería, atravesaron una antecámara donde habia tres ó cuatro gentiles-hombres, y el que guiaba á Marcelo levantó una cortina y le dijo:

—Entrad.

El sacristan se detuvo y vaciló.

Instintivamente tuvo miedo.

¿Era aquella la habitacion de la jóven?

Más parecia la cámara de la reina.

—Entrad,—volvió á decir el caballero,—volved á la derecha y encontrareis lo que buscais.

Marcelo entró, deteniéndose á los pocos pasos.

Estaba en un aposento amueblado con gran lujo y profusamente iluminado.

A nadie vió.

Le habian mandado volver á la derecha, y despues de un momento se volvió, encontrándose entonces frente á frente con un jóven que lo miraba y parecia esperar.

Era el rey.

No pudo Marcelo contener una exclamacion de sorpresa y de miedo, y turbado y confuso, quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

No era la primera vez que veia al monarca, pues ya sabemos que este habia querido oir de los lábios del sacristan la negra historia de los crímenes de don Iñigo.

Empero las circunstancias habian cambiado.

La primera vez que Marcelo estuvo en palacio, fué llamado por el rey, que queria poner en claro un crímen para hacer justicia, y recibió al honrado sacristan benévolamente y animándolo con las más cariñosas palabras.

Marcelo no tuvo entonces motivo para turbarse; no tenia tampoco nada que temer, pues se le llamaba para que dijese la verdad y cumplia con decirla; pero en esta segunda entrevista el monarca habia dado á su rostro una expresion de severidad la más imponente, y aun cuando así no hubiese sucedido, comprendió Marcelo que la situacion era muy grave, que algun nuevo peligro amenezaba, que algo, en fin, extraordinario sucedia, algo que él no acertaba á explicarse.

¿Por qué lo habian llevado á la cámara del rey cuando solamente habia solicitado ver á doña Margarita?

Y sobre este punto no era posible que hubiesen cometido un error los criados del monarca, porque el

nombre de la ilustre doncella se habia pronunciado muchas veces.

¿Y por qué no le habian dicho que lo llevaban á la cámara real?

No era, pues, aquello un error, estaba meditado, preparado.

Pero, ¿sabian acaso que Marcelo habia de ir en busca de doña Margarita?

Forzosamente debian suponerlo y se habian dado las órdenes oportunas para llevarlo á presencia de su majestad.

Luis I permaneció tambien inmóvil y mudo y con la mirada fija en el sacristan.

Este murmuró al fin:

—¡El rey!...

—Sí,—dijo entonces don Luis.

—¡Ah!... Perdóneme vuestra majestad... La culpa no ha sidó mia, sino de la persona que equivocadamente me há traido aquí.

—No te han traido por equivocacion, sino cumpliendo mis órdenes.

Estas palabras no daban ya lugar á duda.

Marcelo era esperado.

¿Y se le consideraba delincuente?

El infeliz no se atrevió á pronunciar una palabra.

¿Qué habia de decir?

La situacion no podia ser más difícil.

Era de suponer que el rey le pidiese explicaciones sobre el asunto que lo habia llevado á palacio.

¿Debia Marcelo decir la verdad?

Para hacerlo así tenia que revelar el secreto de la existencia de Angélica.

Tal vez no habia ya inconveniente en decir que la hija de don Alfonso vivia, puesto que el secreto habia sido descubierto por el severo padre que se habia llevado á su hija y en el asunto habia tomado parte otra persona, el misterioso capuchino de la Paciencia.

Sin embargo, todo ello podia ser una intriga de que no tuviese conocimiento el monarca, pues posible era que don Alfonso hubiese decidido de la suerte de su hija sin decir nada al rey.

Una palabra pronunciada ligeramente podia producir las más tristes consecuencias.

Esforzóse Marcelo para dominar su turbacion; reflexionó en cuanto le era posible reflexionar y decidió dejar que el rey se explicase y hablar él lo menos posible.

—No es esta la primera vez que te encuentras en presencia de nuestra augusta persona,—dijo el rey despues de algunos momentos.

—Señor, esta es la segunda vez que me veo tan honrado.

—¿A qué has venido á palacio?

—A ver á doña Margarita.

—¿Y por qué á estas horas y no mañana?

—Porque durante el dia apenas puedo separarme de la parroquia.

—¿Y qué tenias que decirle á doña Margarita?—preguntó don Luis, cuyo acento iba siendo cada vez más duro.

—Señor,—balbuceó Marcelo,—no ignora vuestra ma-

jestad que hace algun tiempo conozco á doña Margarita...

—Eso no es responder á mi pregunta.

—Señor...

—Acaba y no olvides que al rey se le dice la verdad y hay que obedecerlo instantáneamente, porque las vacilaciones ó las mentiras son en semejante caso un grave delito.

—Perdone vuestra majestad.

—¿Qué tenias que decir á doña Margarita?—volvió á preguntar el monarca con creciente impaciencia.

—Deseaba,—respondió el sacristan,—hablarle de don Iñigo de Covadonga...

—Mientes.

El rostro de Marcelo enrojeció como si fuese á brotar sangre.

—Basta de intrigas,—añadió Luis I,—basta de farsas indignas y criminales... ¡Oh!... No ignoras que estoy decidido á que se haga justicia.

—Señor, ignoro en qué he podido ofender á vuestra majestad...

—Contigo vivia una mujer jóven.

Marcelo se extremeció.

—Esa mujer,—añadió el rey,—tiene los cabellos rubios y los ojos negros.

El pálido rostro del sacristan se tornó lívido.

—Hay muy pocas mujeres con ojos negros y cabellos rubios... Yo no he conocido más que á la hija de don Alfonso de Guevara.

Marcelo continuó silencioso.

Sintió un escalofrio y como si se erizasen sus cabellos.

El monarca prosiguió:

—Esa mujer no es la hija de don Alfonso de Guevara; pero dentro de un año ó de dos, cuando las facciones de Angélica se hayan borrado un poco de la memoria de sus amigos ó cuando Guevara haya muerto, no seria imposible hacer que á esa desdichada se le tomase por Angélica.

—¡Señor!...

—Tú eres el sacristan de la parroquia de San José; están á tu disposicion los nichos donde reposan los feligreses que han dejado de existir...

—¡Oh!—exclamó Marcelo sin poder contenerse.

Y levantó la cabeza y fijó en el rey una mirada profunda y casi provocativa ó por lo menos irreverente.

Todo lo habia comprendido: se le acusaba del criminal intento de sacar partido de la semejanza de una mujer cualquiera con la infeliz Angélica de Guevara.

En un instante sintió el honrado Marcelo renacer toda su energía.

Habia trabajado constantemente en favor de la justicia; por espacio de diez y siete años no habia tenido otro pensamiento; habia salvado á la hija de don Alfonso y para hacer un beneficio no habia vacilado en echar sobre sí la más grave responsabilidad.

Y el resultado de todas estas buenas acciones, el premio que recibia por su generoso proceder era verse acusado y maltratado.

¿Cómo se defenderia?

De su honradez no podia presentar más pruebas que sus afirmaciones.

¿Debia decir que efectivamente vivia la hija de don Alfonso?

¿Pero cómo lo probaria despues de haber desaparecido Angélica?

La circunstancia de estar vacio el ataud que la jóven habia ocupado, no era prueba, pues fácilmente Marcelo podia haber cometido el abuso de hacer que desapareciese el cadáver

Acudir á don Alfonso, era tambien inútil, pues á juzgar por lo que el monarca acababa de decir, el despiadado padre tenia empeño en no reconocer á su hija.

No habia más que la declaracion de la reina y de doña Margarita; pero ambas eran sospechosas para el rey, que desconfiaba de su esposa más que de nadie, lo cual no ignoraba Marcelo.

¿Qué hacer en tan apurada situacion?

Ante todo el generoso protector de Angélica quiso rechazar la acusacion, y con toda la energía de quien tiene tranquila su conciencia, dijo:

—Señor, ya que me calumnian los cobardes enemigos de doña Angélica de Guevara y del desgraciado paje, de la infeliz víctima de don Iñigo de Covadonga...

—Silencio,—interrumpió el rey.

—Tengo derecho á defenderme...

—Ante nos ningun derecho tienen nuestros vasallos.

—Doña Angélica...

—Silencio,—volvió á decir el monarca, fijando una mirada terrible en el sacristan.—No necesito explica-

ciones porque todo lo sé. Intentais desacreditar á don Iñigo y haceros dueño de las riquezas de don Alfonso... Basta, basta, que yo haré cumplir la justicia, y si de tu crímen no hay pruebas para que fallen los tribunales, es suficiente mi conviccion para que sufras el castigo que mereces y acabes tu vida en un calabozo, donde á solas con tu conciencia y con Dios podrás arrepentirte y que se salve tu alma.

Marcelo sintió afluir á su cabeza toda su sangre convertida en fuego.

En vez de acobardarse y de temblar, acrecentóse su raro valor.

Se le negaba el derecho de defenderse: ¿qué le importaba?

Hablaria y se defenderia mal que pesase á la augusta y casi infantil persona de don Luis I.

Con la cabeza erguida y ardiente la mirada, dió un paso Marcelo hácia el rey, diciendo:

—Señor, ya que aquí se me ha traido para calumniarme y acusarme...

—¡Silencio he dicho!—gritó el monarca.

Y extendió un brazo, tomó una campanilla de oro que habia sobre un velador y la hizo resonar con mano convulsa por la ira.

Era quizá la primera vez que se encolerizaba el rey niño, y quizá seria tambien la última.

No bien hubo sonado la campanilla presentáronse dos gentiles-hombres.

—Llevadlo,—les dijo el rey, señalando á Marcelo,—que se le encierre en las cuevas, que se le amordace si se

empeña en hablar mucho, y decid al capitan de la guardia que me responde con su cabeza del preso.

Marcelo rugió desesperadamente y quiso separarse de los gentiles-hombres que lo asieron por los brazos.

Aún insistió en hablar para defenderse; pero el rey, lanzándole una última mirada amenazadora, levantó una cortina y desapareció.

—No me moveré de aquí,—no me llevareis sino despues de haberme quitado la vida,—gritó fuera de sí Marcelo.

Resistir era una locura, porque los otros, creyendo que se trataba de un loco ó de un grán criminal tuvieron miedo, pidieron auxilio, acudieron otras personas de la servidumbre y en pocos momentos se vió el sacristan rodeado por diez ó doce hombres y amenazado por otras tantas espadas.

Era forzoso entregarse.

No tenia Marcelo miedo á la muerte; pero tampoco queria dejarse matar como se mata á una fiera.

El sacrificio de su vida en aquellos momentos hubiera sido completamente estéril.

Si su muerte hubiera de haber producido algun beneficio para Angélica de Guevara ó para Felipe, no habria vacilado un solo instante Marcelo, cuya abnegacion conocemos ya.

—Guardad los aceros,—dijo,—que no haré resistencia, porque mi vida es necesaria para dos infelices criaturas y para que se castigue al miserable don Iñigo de Covadonga.

—Callad y obedeced.

—Callaré despues de deciros para que todo el mundo lo sepa que doña Angélica de Guevara vive...

—Silencio, sino quereis que se os ponga una mordaza,—dijeron algunos.

—¡Pobre hombre!—murmuraron otros.—No es un criminal, sino un loco.

Seguro estaba Marcelo de que cumplirian la amenaza de amordazarlo, y aun cuando no hubiese sucedido así, ningun valor tenian sus palabras desde el momento en que se empezó á creer que estaba loco.

Calló, pues, dejó que le atasen los brazos á la espalda y que lo sacasen de la cámara para entregarlo al capitan de la guardia.

Cinco minutos despues se encontraba el infeliz en uno de los departamentos de los subterráneos de palacio, desde donde era probable que se le condujese á los calabozos del alcázar de Segovia, que era lo mismo que enterrarlo en vida, porque rara vez salian de allí los que entraban como reos de Estado sin que se les hubiese formado causa, ni casi nunca se les dijese por qué se les privaba de la libertad.

Este abuso incalificable se cometió raras veces despues de sentarse en el trono el primer borbon; pero se cometió alguna vez, repetimos, y esto basta para justificar las amenazas de Luis I y los temores del protector de Angélica.

En palacio cundió la voz del suceso, asegurándose que un pobre demente se habia introducido en la cámara real, habia intentado matar al rey y hablaba de don Iñigo de Covadonga, llamándole criminal, y lo que era

más extraño, decia que no habia muerto Angélica de Guevara.

Esto se decia y era escuchado sin darle importancia alguna, puesto que se trataba de un loco.

La noticia iba cundiendo y bien pronto de las habitaciones del rey llegó á las de la reina, y Margarita oyó el relato.

La jóven palideció, escuchó afanosamente, hizo algunas preguntas, afectando indiferencia en cuanto le fué posible y concluyó, no por explicarse con claridad lo que habia sucedido, sino por adivinar que el supuesto loco era Marcelo.

No tardó Margarita en adoptar una resolucion.

Los minutos eran tesoros.

Se separó de sus compañeras, y aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, fué de habitacion en habitacion, hablando del extraño suceso con cuantos encontraba, hasta que al fin dió con el criado que tan afable se habia mostrado con el sacristan, y supo por éste que desde el oscurecer el rey habia dado órden de que se llevase á su presencia á un hombre que debia presentarse, diciendo que se llamaba Marcelo y solicitando ver á doña Margarita.

No necesitaba ésta más explicaciones; pero aún no adivinó para qué Marcelo habia ido á palacio, ni cómo el rey lo sabia desde aquella tarde, ni por qué habia mandado que lo llevasen á la cámara real y que despues lo encerrasen en las cuevas.

¿Cómo averiguar todo esto?

Era casi imposible.

Por de pronto lo que más interesaba era devolver la libertad al protector de Angélica.

¿Era posible conseguirlo?

El preso estaba bien guardado, como que al capitan de la guardia se le habia dicho que respondia con su cabeza.

Además no habia tiempo de que disponer, pues era lo más probable que á la mañana siguiente fuese Marcelo trasladado al alcázar de Segovia ó á otra prision cualquiera, puesto que para el caso no era lugar á propósito las cuevas de la morada real.

Y entretanto Margarita, escuchando solamente la voz de su noble corazon, no pensaba que ella tambien corria peligro.

La visita de Marcelo habia dado lugar á la desgracia; aquella visita se habia considerado criminal, era por lo menos sospechosa ó desagradable para el rey, y éste debia tambien descargar el peso de su enojo sobre la persona á quien Marcelo iba á visitar, pues si él era delincuente, ella debia ser considerada cómplice.

No, la noble Margarita no pensó en nada de esto en aquellos instantes.

Separóse del criado, corrió hasta una solitaria galería, detúvose allí, y se oprimió las sienes.

—¡Oh!—murmuró.—¿Acaso tengo miedo?... No; pero... Estoy aturdida y no sé que hacer... ¿Dónde está mi inteligencia?... Pierdo lastimosamente el tiempo... ¡Dios mio, Dios mio!

Pasóse las manos por la frente.

—Ahora necesito calma como nunca,—dijo.—¿Qué

será de Angélica?... ¿Tiene parte don Iñigo en esta intriga?... No tardaré en saberlo... Todo esto debe ser obra de doña Isabel de Farnesio.

Profundamente agitada salió de la galería y corrió hasta llegar á la cámara de la reina.

Esta ignoraba el suceso.

CAPITULO XVI.

El rey se aturde tambien, se desespera y todo va de mal en peor.

Margarita entró en la cámara de la reina sin cuidarse de pedir permiso.

Doña Isabel, sentada junto á un velador, leia ó parecia leer, pues tal vez su pensamiento estaba muy distante de lo que el libro decia.

Desde que se habia recibido la carta de Felipe, habíase visto á la jóven reina mucho más preocupada que de costumbre, y sobre todo mucho más melancólica.

Algunos dias no habia salido de su habitacion sino á las horas de comer y se habia negado á recibir á cuantos solicitaban verla.

Esto se explica fácilmente, ó más bien no necesita explicacion para nuestros lectores, que conocen ya el estado del corazon de doña Isabel.

Su voluntad no era siempre bastante para dominar

sus sentimientos, y algunas veces su pasion fatal levantábase ardiente y devoradora como nunca.

Cuando esto sucedia se preguntaba la infeliz sino habia ido demasiado lejos en sus actos de abnegacion al favorecer á la hija del señor de Guevara, y dudaba tambien si completamente abandonada por su esposo, abandonada hasta el punto de no ser esposa más que en el nombre, no tenia derecho para amar á otro hombre que fuese capaz de comprenderla y de corresponder á su ternura.

Empero afortunadamente estos vértigos pasaban, triunfaba la voluntad y dominaban nuevamente los sentimientos generosos y puros.

Entonces en el fondo de su alma pedia doña Isabel perdon á la desdichada Angélica y decidia sacrificarse en bien de ésta y de Felipe.

Interrumpió la reina la lectura, levantó la cabeza y miró sorprendida y con temor á doña Margarita, que al entrar allí no hizo ningun esfuerzo para dominar ni ocultar su violenta agitacion.

No era menester que la doncella dijese que habia ido para tratar de un asunto muy grave, pues la expresion de su rostro lo anunciaba así.

—¿Qué sucede?—preguntó doña Isabel.

—Perdóneme vuestra majestad; pero ni debemos perder un minuto, ni he podido evitaros el disgusto que vais á experimentar al escucharme.

—Habla, Margarita... Me pones en gran cuidado...

—Y con sobrado motivo.

—¿Otra desgracia?

—Y muy grande.

—¿Te refieres tal vez á nuestra querida Angélica?

—Sí; pero más bien á su generoso protector.

—Acaba,—repuso afanosamente la reina.

—Marcelo acaba de ser encerrado en las cuevas ...

—¿Qué dices?

—Por órden del rey...

—¡Margarita!...

—Escuchadme con calma; seré breve... ¡Oh!... ¿Quién será el autor de esta intriga horrible?

—Explícate, porque no te comprendo.

—Os diré lo que he sabido y despues...

—Sí, sí.

—Marcelo vino á buscarme, mostrando gran empeño en verme; pero el rey, que ya sabia que esto habia de suceder, habia dado órden para que lo condujesen á su presencia.

—El rey lo sabia... ¡Oh!...

—Obedecieron, entró Marcelo en la cámara de su majestad y... nadie sabe lo que allí sucedió; pero á los pocos minutos llamó el rey, mandó que encerrasen á Marcelo y que lo amordazasen si se empeñaba en hablar, y él, que estaba fuera de sí, gritó á pesar de tan terribles amenazas, diciendo que don Iñigo de Covadonga era un miserable criminal y que Angélica de Guevara no habia muerto.

—¡Dios mio!—murmuró la reina, mirando con estupor á Margarita.

—¿Para qué queria verme Marcelo? No lo adivino. ¿Cómo sabia el rey que ese desgraciado habia de venir á

buscarme? ¿Por qué ha mandado que lo encierren y que lo amordacen si quiere hablar?... Esto es incomprensible.

Doña Isabel permaneció inmóvil con la mirada fija y cubierto el rostro de nerviosa palidez.

Margarita guardó tambien silencio.

Trascurrieron algunos minutos.

La reina se pasó las manos por la frente y murmuró:

—Dudo si estoy soñando.

—Desgraciadamente no sucede así.

—Mis ideas son confusas...

—Yo tambien me sentia aturdida en los primeros momentos.

—Sigue explicándote...

—No sé más, y por consiguiente nada más puedo deciros.

—Lo que sospeches, lo que adivines, lo que te parezca probable.

—Angélica debe haber sido víctima de algun abuso, porque de otro modo no hubiera venido Marcelo á estas horas á buscarme.

—Pero en ese caso el rey debia ya tener noticias de esa desgracia y suponer que el honrado Marcelo habia de acudir á tí en demanda de auxilio... No, eso no puede ser, porque el rey ignoraba la existencia de Angélica, y porque... Estoy trastornada, no acierto á discurrir.

—Pues algo es preciso hacer.

—De todo necesitamos conocer la verdad.

—Ante todo me parece que debemos hacer lo posible

para devolver la libertad á Marcelo, porque segun todas las apariencias, no pasará el dia de mañana sin que lo lleven á un calabozo del alcázar de Segovia, de donde no saldrá con vida.

—¿Acaso es algun reo de Estado?

—Así lo creen algunos, mientras que otros suponen que está loco; pero ello es que su majestad no quiere que el desdichado pronuncie una palabra sobre la suerte de Angélica.

—¿Y cómo hemos de sacarlo de su encierro?... Eso es imposible. Estará bien guardado, mis órdenes para devolverle la libertad no han de obedecerse, y de aquí á mañana tampoco hay tiempo para acudir á ningun medio ingenioso.

—Todo eso es verdad; pero yo no puedo permanecer en la inaccion.

—Margarita, tú estás menos aturdida y debes aconsejarme.

—Pues bien, señora, mi opinion es que os presenteis á su majestad el rey pidiéndole explicaciones, y si quiere dároslas, determinaremos.

—No lo hará.

—En cualquiera de los dos casos yo iré esta misma noche á la vivienda de Marcelo, hablaré con Angelica, y ella me dirá lo que ha sucedido y le ha obligado á él á buscarme.

—Pienso que tú tambien estás en peligro.

—Sí; pero, ¿qué me importa? Lo que quiero ante todo es que Angélica se salve del peligro que ahora le amenaza y que desconocemos, y despues cuando Felipe envie

su segunda carta segun ha prometido, le diré á la persona que la traiga que Angélica no ha muerto.

—Eso bastará para que el infeliz mancebo abandone su retiro y vuelva á nuestro lado.

—¿Os decidís á pedir explicaciones al rey?

—No es prudente, debes comprenderlo así.

—No, no es prudente; pero es preciso.

—Lo haré.

—No debeis perder un instante.

—Ahora mismo le enviaré recado.

—Y entretanto yo...

—Me esperarás, porque puede suceder que tu presencia sea necesaria, y si te has ido no tendré razones para justificar tu ausencia.

—Teneis razon; pero...

—Aguarda, Margarita, aguarda.

—Os obedeceré.

Doña Isabel estaba ya tan agitada como su doncella, y no menos aturdida.

Sin detenerse llamó y dispuso que fuesen á dar aviso á su esposo, rogándole que la escuchase algunos minutos.

Doña Margarita salió de la cámara y se fué á su aposento para entregarse allí libremente á las reflexiones á que daba lugar la situacion.

Cinco minutos despues volvió la dama que habia ido á llevar el recado y dijo:

—Señora, su majestad el rey se complacerá en venir inmediatamente.

—Está bien,—contestó la reina.—Dejadme.

Aún pasaron otros cinco minutos, durante los cuales doña Isabel esforzóse para recobrar la calma en cuanto le fuese posible, y sobre todo para desaturdirse, pues de otro modo podia cometer toda clase de torpezas.

A poco que reflexionó adivinó que cuanto sucedia era obra de doña Isabel de Farnesio, la cual, siguiendo su costumbre, habria hecho que Felipe V escribiese á su hijo.

Lo que no pudo adivinar fué cómo la astuta italiana habia llegado á tener noticia de la existencia de Angélica.

En cuanto al capuchino, ni siquiera pensó la reina en él.

Levantóse la cortina de la puerta y su majestad el rey fué anunciado.

La jóven se extremeció y se puso en pié.

Habia recobrado la energía y estaba dispuesta á luchar hasta el último extremo sin más consideraciones que las que aconsejaba la prudencia.

Luis I se presentó grave y sombrio, saludó ceremoniosamente á su esposa, se sentó y le indicó que hiciese lo mismo.

Contempláronse ambos por algunos momentos, durante los cuales hubieran podido contarse los latidos del corazon de doña Isabel.

Era muy difícil y hasta peligroso dar principio á la conversacion; pero ello era preciso hacerlo así.

—Señora,—dijo al fin el rey con grave tono,—deseábais hablarme y aquí me teneis.

—Ante todo,—dijo doña Isabel mientras fijaba en su

esposo una mirada escudriñadora,—deseo saber si vuestra majestad ha tenido noticias de la corte de San Ildefonso.

—¡La corte!... En España no hay más que una, que está en Madrid, porque en Madrid está el rey.

—Quise decir real sitio... Perdonad mi equivocacion.

—Noticias he tenido de mi augusto padre.

—Serán recientes...

—Esta mañana las recibí.

—Os hablará de negocios de Estado, como por ejemplo el viaje á Italia de vuestro hermano don Cárlos...

—No.

—Entonces...

—¿No era más que eso lo que teníais que decirme?

—Es de otro asunto del que quiero tratar.

—Vuelvo á escucharos, señora,—dijo el rey, haciendo lo posible para no mirar frente á frente á su esposa.

—Corre por palacio una noticia bien extraña.

—Sí, se dirá que he mandado prender á un hombre que habia entrado en mi cámara, atreviéndose á faltarme al respeto.

—No es eso precisamente lo que se dice, sino que vuestra majestad habia mandado que á ese hombre...

—Se le llevase á mi presencia.

—Y ese infeliz...

—Es el sacristan de la parroquia de San José, el mismo que habló de los supuestos crímenes de don Iñigo de Covadonga.

—Señor, lo que acaba de suceder es incomprensible. El honrado Marcelo...

—Escuchadme,—interrumpió el monarca,—porque es mejor que desde luego hablemos con claridad y así nos evitaremos el disgusto de prolongar esta conversacion y de perder un tiempo precioso.

—Parece que vuestra majestad quiere explicarme lo que no comprendo.

—Sí.

—Eso es precisamente lo que yo deseaba.

—Pues voy á complaceros.

Doña Isabel fijó su mirada intensa en el rey.

Este dijo:

—Ese hombre es un impostor que ha intentado desacreditar á don Iñigo, y lo que es mucho peor, hacerse dueño de la inmensa fortuna de don Alfonso de Guevara.

—Señor, sino estoy soñando, debo haberme vuelto loca. ¡Marcelo un impostor!... Y sobre todo, eso de apoderarse de las riquezas de don Alfonso... ¡Oh!... Os lo suplico, decidme si he perdido la razon.

—No la habeis perdido; pero es posible que os la hagan perder los intrigantes y aduladores que os rodean.

—¿Acaso sabe vuestra majestad el importante papel que Marcelo representa en la vida de don Alfonso de Guevara?

—El que representa el ladron con respecto á su víctima.

—Señor...

—Ese miserable ha querido hacer creer que la hija de don Alfonso vivia, y para probarlo así pensaba aprovecharse de una semejanza...

—Permitidme que os interrumpa,—replicó enérgicamente la reina.—La noche que salí de palacio y que me esperásteis en esta habitacion mientras poníais en duda mi honra, os dije que se me habia confiado un secreto de la mayor importancia, que me era forzoso guardar aun á costa de la vida.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Y ese secreto no era otro que el de lo sucedido con la infeliz Angélica de Guevara, á quien se le creyó muerta, y que por una casualidad salió con vida del ataud, siendo amparada por el honrado Marcelo. Este descubrimiento lo hizo mi doncella Margarita, que fué á la casa de Tocame-Roque para adquirir noticias de la buena mujer que habia criado á mi paje Felipe.

El monarca desplegó una sonrisa de incredulidad.

—Señor,—añadió ásperamente doña Isabel,—en estos momentos y cuando se trata de la vida y de la suerte de dos nobles criaturas, no me parece que sientan bien las sonrisas.

—¿Me reconvenís?... No importa, continuad, que para escucharos he venido y os escucharé.

—Dios quiso que Margarita se encontrase con su desdichada amiga y la reconociese, y aquella noche salí de palacio, no precisamente para escuchar el relato espantoso de los crímenes de don Iñigo, sino para convencerme de que Angélica existia, para verla, para abrazarla y adoptar la resolucion más conveniente.

—¿Y la vísteis?

—Sí.

—¿Y era ella misma?

—Ella.

—Señora, fuísteis víctima de un engaño.

—No era posible el error, tratándose de una persona que habia vivido mucho tiempo á mi lado.

—Habian preparado vuestro ánimo, la imaginacion puede mucho...

—Puesto que ya no hay misterio, vos mismo os convencereis.

—¿Y para qué? ¿Acaso tengo algo que ver con la hija de don Alfonso? ¿Qué me importa que esté viva ó muerta? La verdad es que se trama una intriga horrible contra don Iñigo de Covadonga, que se atenta contra el reposo de don Alfonso de Guevara, y que yo debo poner coto á tantos abusos. Si Angélica vive, ya se entenderá con su padre, y si don Iñigo es criminal, los tribunales cumplirán con su deber. ¿Hemos de rebajar nuestra dignidad hasta el punto de mezclarnos en esta clase de intrigas? Señora, es preciso concluir de una vez, porque la mision de un rey es más elevada. Ese hombre ha venido á palacio para producir un escándalo, y si le devuelvo la libertad, cobrará aliento y Dios sabe las consecuencias que todo esto podrá producir.

—Señor, divagamos.

—No es culpa mia.

—No es ahora del caso aclarar si Angélica de Guevara vive.

—¿Qué quereis entonces?

—Deseo saber por qué ha mandado vuestra majestad que se encierre á Marcelo.

—Así me lo aconsejaba la prudencia, porque ya os he

dicho que ese hombre venia para producir un escándalo.

—¿Pero cómo sabíais que Marcelo habia de venir esta noche?

El monarca se puso en pié.

—Señora,—dijo severamente,—os he concedido esta entrevista para escucharos; pero no para que me pidais cuentas de mi proceder. Ese hombre ha olvidado el respeto que debe á su rey, lo he castigado...

—Yo probaré que no es un impostor,—replicó enérgicamente la reina,—lo probaré porque esta misma noche vendrá á palacio la infeliz Angélica de Guevara, y la pondré en vuestra presencia, y entonces vos...

—Os haré una advertencia,—replicó el rey.—Si os atreviéseis por segunda vez á cometer la locura de salir ocultamente de palacio para andar por esas calles como una aventurera...

—¡Señor!—exclamó doña Isabel levantándose, irguiendo con altivez la cabeza y fijando una mirada ardiente en su esposo.

—Ya lo habeis hecho otra vez,—repuso con fria calma don Luis,—y como lo habeis hecho, tengo sobrada razon para recordároslo.

—Me ofendeis...

—Lo que ha sucedido una vez, puede suceder dos. Saldreis de palacio sin mi licencia; pero os juro que no entrareis, y no entrareis jamás, porque si fuí demasiado indulgente para perdonaros en otra ocasion, ahora seré tan severo como lo exige mi dignidad de esposo y mi autoridad de rey. No os mezcleis en asuntos agenos, dejad

que cada uno arregle sus intereses como más le convenga, os lo aconsejo por vuestro bien, y sino quereis escucharme, peor para vos y peor tambien para la gente que os rodea y que con sus consejos os conduce al precipicio.

Convencióse la reina de que nada conseguiria.

Las respuestas del rey eran vagas, y su resolucion parecia irrevocable.

Nunca habia mostrado tanta firmeza el jóven monarca.

—Señor,—dijo la reina, que quiso hacer el último esfuerzo,—pensad que nadie está tan obligado como vos á proteger al inocente y castigar al culpable, y os juro...

—Hemos concluido.

—¡Oh!...

—No quiero que se me hable más de este asunto.

—Si no escuchais mis razones, atended mis súplicas...

—No, no,—dijo el rey.

Y luego añadió:

—Que el cielo os guarde.

No pronunció una palabra más y salió de la cámara, dirigiéndose á la suya seguido de dos gentiles-hombres que lo habian acompañado.

La reina quedó inmóvil y silenciosa.

Parecia háberse petrificado.

Su mirada quedó fija en la puerta por donde el rey habia salido, como si contase las oscilaciones de la cortina, que aún se agitaba.

No sabemos cuanto tiempo hubiera permanecido en semejante estado, á no ser interrumpida por su donce-

lla, que se presentó con el rostro pálido y contraido y la mirada sombría.

—¡Margarita!—exclamó la reina.

—Señora, he escuchado y nada tiene vuestra majestad que decirme.

—Puesto que has escuchado...

—Veo en todo la mano hábil de doña Isabel de Farnesio.

—¡Oh!... ¿Por qué esa mujer ambiciosa y sin conciencia no ha evitado que su marido abandone el trono? Si así lo hubiese hecho, ella estaría satisfecha y yo sería feliz.

—¿Pero quien secunda aquí sus planes? Esto es lo que no puedo adivinar.

—Tiene á don Iñigo de Covadonga, que para engañarnos mejor finge ser contrario á la corte de San Ildefonso.

—Don Iñigo debe ser ageno á esta intriga, y lo que es más, debe ignorar que Angélica vive, pues si así no fuese, dominando la pasion que ahora siente por mí, haria todo lo posible para que Angélica fuese reconocida por su padre y se le diese por esposa.

—Preciso es ponerlo todo en claro.

—Se pondrá, porque no descansaré.

—Ante todo sepamos cómo se encuentra Angélica, y por qué el honrado Marcelo ha venido á palacio y ha descubierto el secreto que tan cuidadosamente guardábamos todos.

—Voy á la casa de Tocame-Roque.

—¿Quién te acompañará?

—Nadie,—respondió Margarita sin vacilar.

—¡Sola!

—No tengo miedo.

—Pero á estas horas...

—Preciso es arriesgarse, porque así lo exige la situacion.

—Tiemblo...

—No tiemble vuestra majestad. ¿Qué ha de sucederme?

—Tu valor es temerario...

—Dejadme, señora, dejadme, que no debemos perder un minuto.

—Haz lo que quieras y que Dios te proteja.

Doña Margarita no dijo más y salió de la cámara.

Doña Isabel se sentó, inclinó tristemente la cabeza y quedó inmóvil.

Entretanto el rey meditaba tambien, recordando los consejos que últimamente le habia enviado su padre por medio del capuchino, ó lo que es igual, los consejos de doña Isabel de Farnesio, y comparaba los razonamientos del fraile con las afirmaciones del honrado sacristan y de la reina.

Una hora despues concluyó el monarca por reconocer que lo que sucedia era inexplicable y que no lo entendia; pero esto no le hizo cambiar de resolucion.

Lo dejaremos para seguir á doña Margarita.

CAPITULO XVII.

Averiguaciones y deducciones.

Ya lo hemos dicho al principio de esta historia: doña Margarita estaba dotada de una energía muy rara en su sexo, y así lo prueba la determinacion imprudente de atravesar las calles de Madrid despues de las nueve de la noche, hora en que los vecinos honrados se recogian mientras salian los criminales, los enamorados rondadores ó los calaveras que se divertian en molestar á cuantos transeuntes encontraban.

Ni una mujer de mala vida se hubiese atrevido á lanzarse á las calles en medio de las tinieblas de la noche, por que si no encontraba ladrones y asesinos, habia de dar con jóvenes alegres que la tomasen por objeto de diversion.

Empero esto, que no era ignorado por la noble doncella, no la hizo vacilar un instante y fué á su aposento,

se envolvió en un ancho manto, tomó una llave y por las solitarias habitaciones y oscuros pasillos que ya hemos recorrido una vez, adelantó rápidamente hasta llegar á una puertecilla, que abrió, saliendo de la real morada.

El horizonte estaba despejado; pero no brillaba la luna y la claridad dudosa de las estrellas era demasiado escasa para distinguir un bulto, particularmente en las calles.

Detuvóse algunos momentos la doncella para escuchar.

Ni el ruido mas leve llegó á sus oidos.

Los árboles del Prado se levantaban como sombras informes.

Las casas no se distinguian desde allí.

Una luz le hubiera sido muy útil á la jóven; pero tambien podia ser peligrosa, porque hubiese llamado la atencion.

—Cuando es preciso cumplir un deber,—dijo,—no se vacila.

Y avanzó resueltamente mientras miraba á todos lados y escuchaba.

Con paso firme atravesó el Prado, llegó al Puente Verde, lo pasó y entró en la calle de Alcalá.

Allí volvió á detenerse para examinar el terreno en cuanto la oscuridad se lo permitia, y bien pronto se tranquilizó, porque ni oyó ruido alguno, ni descubrió alma viviente.

—Adelante,—dijo.

Y otra vez avanzó dispuesta á ocultarse ya tras una

esquina, ya en el hueco de una puerta apànas se apercibiese de que alguien se acercaba.

Afortunadamente no tuvo que hacerlo así.

Llegó á la calle del Barquillo.

Aunque no habia andado mucho estaba muy agitada.

Su corazon latia con violencia.

Era la primera vez que se veia solà y de noche en medio de las calles, sola y sin mas defensa que su temerario valor.

¿Qué seria de ella si llegaban á descubrirla?

Se dudaria de su virtud y perderia para siempre su reputacion.

Este era el mayor peligro que le amenazaba, peligro tanto más probable cuanto que en caso de àpuro y para hacerse respetar, no tendría más recurso que darse á conocer, es decir, que para librarse de un mal le seria forzoso caer en otro no menor.

En medio de la oscuridad brillaban como dos luciérnagas los negros ojos de la jóven.

Sus manos temblaron más de una vez.

Entró en là calle del Barquillo, que era más peligrosa, porque habia que atravesar la pàrte sombría siempre del arco que sostenia el pasadizo que arrancaba de la casa de los condes de Chinchon y terminaba en la tapia de la huerta del convento de Carmelitas.

En aquel sitio se habia cometido más de un crímen, pues los transeuntes eran fácilmente sorprendidos por los que se emboscaban en la estrechísima calle que en forma de escuadra rodeaba la cerca del convento y desembocaba en la calle de las Infantas.

Hoy no existe el arco, ni la huerta, una parte de la cual es el terreno que forma la plaza del Rey.

Tampoco existe el convento de Carmelitas.

En aquel trozo de calle no habia siquiera una de las luces que en aquel tiempo encendian los devotos ante las imágenes de santos colocadas en nichos y en muchos sitios de la poblacion.

Tampoco allí pensó retroceder Margarita, sino que avanzó, pasó el arco y siguió rápidamente hasta llegar á la casa de Tocame-Roque.

Cuando se encontró allí le pareció que respiraba con más libertad.

Habia pasado la mitad del peligro.

Ni un solo destello de luz se escapaba por las rendijas de las ventanas y balcones de la casa, ni en su interior resonaba el más leve ruido.

Probablemente dormian ya todos sus habitantes; pero Angélica no debia dormir, porque aguardaría á su protector.

Así lo pensó Margarita y se acercó á la puerta, asió el aldabon y dió algunos golpes, que resonaron en toda la calle y á larga distancia.

Nadie respondió.

La jóven volvió á llamar con más fuerza, pensando entonces que ignoraba cuántos golpes debia dar para que contestasen de la habitacion de Marcelo.

Tambien pensó que este debia haberse llevado la llave y que Angélica, como á nadie más esperaba, no acudiría para abrir; pero en fuerza de llamar, algun vecino despertaría y concluiría por responder, accediendo á los

ruegos de la jóven y haciéndole el favor de franquearle la entrada.

El inconveniente era demasiado pequeño comparado con la gravedad de la situacion.

Margarita volvió, pues, á llamar, dando muchos y muy fuertes golpes, y como tampoco así consiguió su deseo, empezó á levantar y á dejar caer el aldabon decidida á no interrumpirse hasta que alguien le contestase.

El medio fué eficaz, porque al fin una vecina, que tenia el sueño ligero, despertó, y siquiera porque la dejasen dormir, abandonó el lecho y entreabrió una ventana, preguntando con tono de mal humor:

—¿Quién llama?

—Perdonad,—respondió la jóven,—pero me es absolutamente preciso entrar para ver á uno de los vecinos de esta casa.

—Pues llamad á su cuarto y no alboroteis así, que los que estamos cansados de trabajar todo el dia necesitamos que nos dejen descansar.

—Vuelvo á pediros perdon, buena mujer,—repuso dulcemente Margarita,—pero como no me responde la persona á quien necesito ver...

—¿A quién buscais?

—Al sacristan de la parroquia de San José.

—Pues ya podeis iros, porque al anochecer salió y no ha vuelto; y aun me parece que no volverá en toda su vida.

—Pero estará su sobrina...

—Tampoco, y esa sí que de seguro se ha ido para no volver.

—¿Qué estais diciendo?

—¿No hablo claro?

Tembló Margarita y sintió que un sudor frio inundaba su rostro.

—Vaya, buenas noches,—dijo la vecina.

—Esperad un momento.

—¿Qué quereis?

—Supongo que sois pobre...

—¿Y qué os importa?

—Podeis fácilmente ganar un doblon sin más trabajo que el de bajar y darme las noticias que deseo sobre el sacristan y su sobrina.

—¿Y quién sois?

—No puedo decíroslo, porque si alguien nos escucha, me comprometería.

—Pobre soy; pero...

—Si un doblon os parece poco, os daré dos, ó tres...

—Os advierto que no se me engaña fácilmente, y que no estoy sola...

—Descuidad.

Cerróse la ventana.

Margarita esperó.

Cinco minutos despues vió luz á traves de las rendijas de la puerta y sintió ruido de pasos en el portal.

El corazon de la jóven palpitó como si fuese á saltar del pecho.

Rechinó la llave al girar en la cerradura y la puerta se abrió, presentándose la misma mujer que habia hablado pocas horas ántes con Marcelo, mirando á la noble doncella y exclamando sorprendida:

—¡Ah!...

—¿Os habeis tranquilizado?—preguntó la jóven, dejando ver su hechicero y pálido rostro.

—¡Una grán señora!...

—Silencio, que pueden escucharnos.

—Pero...

—Permitidme entrar, os daré lo que os he prometido y hablaremos.

—¿Nadie os acompaña?

—Nadie.

—¡Jesús!... Vamos, hoy es dia de cosas extraordinarias,—repuso la mujer, en tanto que Margarita entraba en el portal;—los coches, el caballero, el fraile, luego ella, luego el señor Marcelo temblando y aturdido y ahora una dama...

—¿Qué quereis decir?

—Mi noble señora, venid á mi pobre habitacion, os sentareis y luego os acompañará mi marido, que es un hombre muy honrado y muy discreto.

—Sí, entraré, porque no es prudente que hablemos aquí.

Y al decir esto la jóven sacó algunas monedas de oro y se las entregó á la vecina habladora.

—Esto es más de lo prometido...

—Guardadlo, y mucho más os daré si me complaceis y sabeis callar.

—Sobre ese punto podeis estar descuidada.

La mujer cerró la puerta, dirigiéndose luego á su habitacion que estaba en el piso principal.

Margarita la siguió.

El marido honrado y discreto no habia despertado: dormia y roncaba estrepitosamente.

No hay para qué hacer una pintura detallada de aquella pobre vivienda.

Margarita se sentó sin cuidarse de ocultar el rostro, pues mientras no pronunciase su nombre, nada tenia que temer.

La vecina habladora estaba aturdida y una y otra vez se habia restregado los ojos y contemplado las brillantes monedas.

Nunca habia tenido, ni siquiera habia visto tanto dinero junto.

—Mandadme, noble señora,—dijo,—que dispuesta me teneis á serviros en todo.

—Deseo noticias de Marcelo y de la jóven que vive en su compañía.

—Pues señor, os diré todo lo que ha pasado y quedáreis completamente servida.

—No olvideis ningun detalle, ninguno por insignificante que os parezca.

—Para eso me pagais muy largamente, y yo soy agradecida como puede decirlo toda la vecindad y todo el barrio.

—Ya os escucho,—dijo afanosamente Margarita.

—Pues habeis de saber que esta tarde vinieron dos coches y uno se paró allí junto á la esquina de la calle de Belen, y el otro aquí delante de la puerta, y del coche que estaba más allá salió un fraile, un capuchino de la Paciencia, aunque me parece que no tenia de fraile más que la ropa y las barbas, y por eso yo me acordé de

aquello que suele decirse de que el hábito no hace al monje.

—¡Un fraile!—murmuró Margarita.—¡Un capuchino!...

—Eso es.

—¿Era delgado, moreno, y con los ojos negros y muy brillantes?

—¡Ay, señora mia, y que pronto lo habeis acertado!

—Proseguid, proseguid,—dijo la jóven con creciente afan.

—El fraile ó lo que fuese entró en el cuarto del señor Marcelo, y mientras por una de las ventanillas del coche que estaba junto á la calle de Belen, asomó la cabeza de un caballero muy noble y muy rico, á quien conozco muy bien y á quien conocen muchos vecinos de este barrio, porque es persona muy principal.

—¿Quién es?... Su nombre, su nombre...

—El señor don Alfonso de Guevara.

—¡Don Alfonso!—exclamó la doncella con reconcentrada voz.—¡Don Alfonso y el capuchino!...

—¿Conoceis al señor don Alfonso?... ¡Ya lo creo!... Una dama como vos debe conocerlo muy bien.

—¿Y luego?...

—El fraile volvió á salir con esa jóven que decian era sobrina del señor Marcelo, y que Dios sabe lo que será...

—Dejad los comentarios y concretaos á referir los sucesos.

—Ella entró en el coche que estaba junto á la puerta, y el capuchino en el otro, y los dos coches se fueron y...

Nada más sino que el señor Marcelo volvió despues de anochecido, y cuando no encontró á su sobrina ó lo que sea, se puso pálido como un difunto, y empezó á preguntar, y yo le conté todo lo que habia pasado y se fué corriendo.

Puede comprenderse el efecto que este relato produciria en la jóven.

La vecina no habia olvidado ningun detalle; pero todo lo que acababa de decir no era bastante para explicarse el suceso.

No dudó Margarita ni un solo instante que el capuchino en cuestion era fray Fulgencio; pero, ¿qué significaba la presencia de don Alfonso?

El severo padre debia haber descubierto el secreto de la existencia de su desgraciada hija, pero, ¿por qué habia ido á buscarla con aquel misterio, y por qué se habia hecho acompañar del fraile?

Otra circunstancia habia que dió mucho que pensar á la doncella: segun el relato de la vecina, el buen Marcelo, al encontrarse sin Angélica, habíase sorprendido y habia preguntado á unos y á otros, lo cual probaba que la hija de don Alfonso se habia ido sin decir á dónde ni por qué.

Esto, segun todas las apariencias, significaba una ingratitud.

¿Y era posible que Angélica fuese ingrata?

Si no le habian permitino escribir á su protector, á su salvador, podria muy bien al salir haber hecho una indicacion á cualquiera de las vecinas, y esto hubiera bastado para que se explicase el suceso.

Claro estaba ya el motivo por qué Marcelo habia ido á palacio; pero nada más, porque él mismo no hubiera podido decir sobre la desaparicion de Angélica sino lo que contaban los vecinos.

El hecho no era simple y sencillamente el de haber ido don Alfonso de Guevara á buscar á su hija. Habia más, mucho más: á la infeliz Angélica se le habia tendido un lazo con fines que era imposible adivinar, como así lo probaba el hecho de tener con anticipacion el rey noticias de que Marcelo habia de presentarse en palacio buscando afanosamente á Margarita.

¿Pero no era fray Fulgencio un sacerdote virtuoso y ajeno completamente á las mundanas pasiones y á toda clase de intrigas?

Así lo creian todos, aunque la doncella no habia tenido nunca mucha fé en las aparentes virtudes del capuchino.

Cuanto más reflexionaba la jóven, más confusas eran sus ideas y se convenció de que concluiria por no darse cuenta ni aun de su propia situacion.

Guardó silencio Margarita y reflexionó.

Una sola idea la tranquilizó: si el señor de Guevara se habia llevado á su hija, la situacion no era tan mala como al pronto parecia.

Nuevamente insistiria el caballero sobre el proyectado matrimonio con don Iñigo de Covadonga, pero contra esto tenia un recurso la doncella, el recurso de sus encantos, que habian encendido el corazon del señor de Covadonga, ó lo que es igual, la pasion que tenia trastornado al miserable criminal.

Despues de cinco ó seis minutos levantó Margarita la cabeza y dijo:

—Habeis visto los coches.

—Desde que llegaron.

—Vísteis entrar al capuchino.

—Tambien.

—Estábais á la puerta cuando salió la sobrina de Marcelo.

—Allí estábamos muchos y todos dirán lo mismo que yo.

—¿A dónde se dirigieron los coches?

—Entraron por la calle de Belen y siguieron como para ir á la de San Anton, y cuando llegaron á la revuelta que hay en la calle, los perdimos de vista.

—¿Estais segura de que el caballero no volvió á su casa?

—¡No he de estar segura de lo que he visto!

Hasta que dijo esto la vecina no comprendió la doncella toda la gravedad de la situacion.

Angélica no habia vuelto á su casa.

¿A dónde la habian llevado?

Inútil era hacer nuevas preguntas, porque la vecina no podia decir más que lo que habia visto.

Sin embargo, la jóven repuso:

—¿Habrá quien pueda darme noticias más detalladas?

—Nadie, porque nadie sabe una palabra de la sobrina del señor Marcelo.

—¿Habeis observado si ese fraile ha venido otras veces á esta casa?

—No.

Margarita se puso en pié.

—Gracias,—dijo.

—¿Ya no quereis saber más?

—Sí, pero no podeis decírmelo.

—¿Estais satisfecha de mí?

—Completamente, y quizá no será esta la última vez que nos veamos.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—Esperad, despertaré á mi marido y que os acompañe, porque las calles están llenas de gente de mala vida.

—He de andar poco.

—No importa.

—Me iré sola,—replicó resueltamente Margarita.

La mujer la miró con asombro, insistió nuevamente ofreciéndole la compañía de su marido, y quedó aturdida cuando vió que la hermosa jóven estaba decidida á irse sola.

Salieron del cuarto, bajaron la estrecha escalera y pocos momentos despues se alejaba la atrevida jóven rápidamente.

Entonces no se cuidó de mirar si alguien la seguia ó se le acercaba.

Habia olvidado los peligros que corria, porque su pensamiento único era Angélica.

Empeñábase Margarita en adivinar el objeto de aquella intriga horrible; pero cuanto más cavilaba confundíase más, sentíase doblemente trastornada.

Cuando llegó al Prado, apenas podia respirar y tuvo que detenerse.

¿Por qué se apresuraba?

Las noticias que llevaba no podian ser peores; y sobre todo, el mal parecia irremediable por entonces.

¿No se convencería el rey de que lo engañaban abusando de su credulidad?

Si esto no se conseguia, sería imposible luchar con buen resultado.

Despues de algunos minutos atravesó la jóven el puentecillo, y al cabo de un cuarto de hora se encontró en la morada real.

Doña Isabel la esperaba con una ansiedad indescriptible y le preguntó:

—¿La has visto?

—Ni la he visto, ni es posible verla, porque ha desaparecido, se la han llevado no sé adonde...

—¡Que há desaparecido, que se la han llevado!...

—Sí, al oscurecer há ido don Alfonso de Guevara con dos coches.

—¡Margarita!...

—Y con don Alfonso iba un fraile, un capuchino con barba negra y ojos relucientes, enjuto de carnes, moreno.

—¡Ah!...

—¿Adivinais?

—¡Dios mio!...

—Fray Fulgencio,—dijo Margarita.

—Explícate, explícate.

—Lo he dicho todo: don Alfonso quedó en uno de los

coches, el capuchino entró en la casa y luego salió con Angélica, se fueron por la calle de Belen hácia la de San Anton... Nada más, señora, nada más... ¡Oh!... Estoy desesperada... ¿A dónde han llevado á mi desgraciada amiga? ¿Cómo ha descubierto el secreto el señor de Guevara? ¿Qué tiene que ver en todo esto el capuchino? ¿Qué se proponen?... Cuando nos sea posible respondernos á estas preguntas, podremos tambien luchar, podremos hacer algo, podremos salvar á la desdichada Angélica cuya situacion debe ser más horrible que nunca.

—¿Y quién te ha dicho que ese fráile era fray Fulgencio?

—Me han dado las señas y lo he adivinado. Además, hace muchos dias que el capuchino no ha estado en palacio. ¿Quién sabe si ha hecho un viaje á San Ildefonso? Otra vez ha sido fray Fulgencio portador de cartas del rey don Felipe, y aunque aparentando interesarse por vuestra suerte, ser vuestro mejor amigo, vuestro más ardiente defensor, trabaja tal vez para conseguir vuestra ruina y la de todos los que verdaderamente os aman.

—Margarita, dime cómo has podido averiguar todo eso.

La doncella refirió detalladamente su conversacion con la vecina de la casa de Tocame-Roque.

Escuchó la reina con atencion profunda y luego quedaron ambas silenciosas.

—Señora,—dijo al fin Margarita,—tenemos que entregarnos á las suposiciones y á las deducciones.

—¿Y si nos equivocamos?

—Tendremos paciencia, pues de todos modos no puede suceder nada peor de lo que ha sucedido.

—Empieza á suponer y á deducir, que te escucho.

Margarita se pasó las manos por la frente.

Sus negros y magníficos ojos brillaron como nunca.

—Empecemos por Felipe,—dijo.

—Felipe,—murmuró la reina extremeciéndose.

—Hemos convenido en que esa desgraciada criatura se ha refugiado en una celda.

—Así debe ser.

—Allí ha conseguido averiguar que el señor de Covadonga es un miserable que ha cometido muchos crímenes, y esto no ha podido averiguarlo sino escuchando alguna conversacion.

—Hasta este momento me parecen acertadas tus suposiciones.

—Pues bien, ahora se presenta en la escena un fraile capuchino, que toma parte activa en un terrible golpe preparado y descargado contra la infeliz Angélica de la cual está enamorado Felipe, que al mismo tiempo es la víctima de don Iñigo, y como Felipe está en un convento y de un convento ha salido ese fraile, y como ese convento puede ser el de Capuchinos de la Paciencia...

—Comprendo.

—¿Qué deduce vuestra majestad?

—Deduzco que fray Fulgencio tiene las pruebas de los crímenes de don Iñigo, y lo que es más interesante, que el desgraciado Felipe se encuentra en el convento de Capuchinos, y que si no se le saca pronto de allí, profesará.

—¿Y luego?

—Cuando sepa que Angélica vive, el infeliz morirá desesperado, y cuando Angélica tenga noticias de que el hombre á quien ama há pronunciado los sagrados votos que lo separan para siempre del mundo...

—Perdonad, señora, perdonad,—interrumpió Margarita.

—¿Qué quieres?

—Eso sucederá; pero me parece que no es eso lo más importante.

—No te comprendo.

—¡Oh!—exclamó la doncella, cuyas ojos brillaban con más intensidad cada vez.—Cuando Felipe profese, fray Fulgencio acusará á don Iñigo de Covadonga, y la comunidad de Capuchinos de la Paciencia reclamará los bienes que pertenecieron á don Felipe...

—¡Todo lo comprendo ahora!

—El indivíduo que haya prestado este gran servicio á la comunidad, tendrá mucho adelantado para ser su jefe, y una vez que lo sea se encontrará en camino de un obispado, se acercará á la púrpura cardenalicia, y aun noverá muy lejos la silla pontifical.

Doña Isabel miró con asombro á su doncella.

Una vez que habia empezado á remontarse la ardiente y fecunda imaginacion de Margarita, no era posible saber hasta donde iria á parar.

Afortunadamente fué acertada la primera suposicion, y ya no necesitó más la jóven para deducir con tal acierto que no parecia sino que el capuchino le habia revelado sus intenciones más ocultas.

¿Era posible que fuese tan lejos la ambicion del astuto fraile?

Sí.

¿Pero qué habia conseguido Margarita con adivinar?

Muy poco, porque nada le sería posible hacer mientras el rey escuchase los consejos inspirados á Felipe V, por doña Isabel de Farnesio y mientras continuase teniendo ciega confianza en el desinterés y virtudes del capuchino.

¿Quién se atrevia á decirle al monarca que fray Fulgencio era un intrigante ambicioso, capáz de cometer toda clase de abusos?

Si el rey aseguraba que eran calumnias cuanto se decia de don Iñigo de Covadonga, debia estar más dispuesto á creer en las virtudes del fraile, cuya habilidad para fingir conocemos ya.

¿Y no podria conseguirse nada emprendiendo la lucha con don Alfonso?

Mucho menos, pues el señor de Guevara era partidario fanático de Felipe V y de Isabel de Farnesio, y por consiguiente uno de los enemigos más encarnizados de la jóven reina.

Esto no habia quien lo ignorase, pues el estúpido caballero no lo ocultaba á nadie y más de una vez habia dicho en presencia de muchos cortesanos, que contra toda su voluntad estaba su hija al servicio de la esposa del rey don Luis, felicitándose sin reserva cuando la jóven fué despedida y volvió á su casa.

Don Alfonso debia experimentar una complacencia en mortificar á doña Isabel, y defenderia tenazmente á

don Iñigo, porque sabia ya que éste era uno de los partidarios de la corte de San Ildefonso.

De todo esto hablaron la reina y Margarita y decidieron no hacer nada hasta el dia siguiente en que debian conferenciar otra vez con más calma y adoptar una resolucion definitiva.

Por de pronto creyeron que les seria muy fácil encontrar á Felipe y sacarlo del convento, lo cuál para doña Isabel era una dicha sin igual.

A las doce se separaron.

Ni la una ni la otra pudieron conciliar el sueño hasta la madrugada.

¿No habia previsto todo esto el astuto fraile?

Suponemos que sí.

CAPITULO XVIII.

Otro golpe.

¿Qué hacia Felipe?

Esperaba.

Habia prometido á la reina decir quién poseia los documentos que probaban los crímenes de don Iñigo, y estaba resuelto á cumplir su promesa.

Habia dejado pasar algunos dias para que se creyese que no se encontraba cerca de fray Fulgencio, evitando así que fuesen á buscarlo al convento de Capuchinos.

Y entretanto el infeliz mancebo observaba con el mayor disimulo, empeñado en averiguar donde el fraile ocultaba los papeles.

Tal vez lo habria conseguido si fray Fulgencio no hubiese tenido motivos para desconfiar; pero el astuto capuchino, fingiendo que nada sabia, disimulando tam-

bien, no se habia dejado sorprender, no habia cometido ninguna torpeza que diese á conocer el sitio donde ocultaba su tesoro.

Más tiempo debia Felipe haber dejado pasar; pero creyó que los dias trascurridos eran bastante, y pidiendo licencia á las siete de la mañana, salió del convento y fué á la humilde vivienda de su protectora.

El desgraciado jóven continuaba más animado y como si no le agoviase tanto el dolor, y esto consistia, no en que hubiese disminuido su sufrimiento, sino en que su pensamiento se distraia mientras se ocupaba de don Iñigo de Covadonga y se empeñaba en averiguar lo que hasta entonces no habia podido saber.

Cuando esto sucedia, que era con frecuencia, descansaba el espíritu del mancebo y recuperaba las fuerzas para soportar el peso enorme de sus negros recuerdos y de su dolor.

Felipe, en fin, sin que de ello se hubiese él mismo apercibido, era otra vez lo que habia sido siempre, la criatura enérgica y dispuesta á luchar, puesto que para la lucha habia nacido.

Sin embargo, ni por un solo instante pensó en cambiar de resolucion y salir del convento, sino que por el contrario estaba más decidido que nunca á pronunciar los sagrados votos, lo cual nada tenia que ver con que trabajase para favorecer la justicia, deseáse el castigo del señor de Covadonga, y sobre todo que se salvase la inocente víctima.

No podia sospechar el jóven que trabajaba en pró de su causa, que aquella víctima era él mismo y que es-

trechos lazos de familia lo unian al depravado criminal.

—Madre mia,—dijo el mancebo despues de abrazar á María,—dadme el tintero y papel y preparaos para llevar la segunda y última carta á la noble doña Margarita.

—Me haces temblar, hijo mio.

—¿Y por qué?

—Segun me has indicado se trata de un asunto muy grave.

—De un crímen y de una inocente criatura que probablemente es muy desgraciada debiendo ser dichosa.

—Pues bien, por lo mismo que el negocio es de tal naturaleza, me parece peligroso...

—Mi querida madre, cuando hay que cumplir un deber no se vacila, no se retrocede ante ningun peligro. Don Iñigo de Covadonga es un miserable, se ha hecho dueño de unas riquezas que no le pertenecen, ha cometido asesinatos...

—¡Dios mio, Dios mio!

—Yo sé todo eso, sé tambien que fray Fulgencio tiene las pruebas del crímen, y guardar este secreto será lo mismo que hacerme cómplice. ¿Quién sabe si puedo evitar mayores desgracias de las que han sucedido? ¡Oh!... No, no quiero que mi conciencia me acuse algun dia, porque harto sufro ya con mis desgracias.

María suspiró tristemente y guardó silencio.

El novicio tomó la pluma, y sin detenerse á meditar, porque ya lo habia hecho, escribió lo siguiente:

«Señora, no he podido ser más diligente, porque he

tenido que vencer muchas dificultades, entre ellas la de encontrarme completamente separado del mundo; pero Dios ha querido ayudarme y he conseguido mi deseo.

»En los dias que han pasado desde que tuve la honra de escribir á vuestra majestad, he abandonado más de una vez mi retiro, lanzándome en medio del mundo, que tanto me hace sufrir; pero doy por bien empleado este sacrificio, pues el resultado no ha podido ser mejor.

»Repito que don Iñigo de Covadonga es ladron y asesino, ha robado las riquezas que disfruta y sumido en la miseria á un inocente.

»Las pruebas de estos crímenes están en poder de fray Fulgencio, capuchino de la Paciencia, á quien vuestra majestad conoce demasiado bien.

»¿Por qué fray Fulgencio guarda estas pruebas?

»A lo que he podido entender, no hace mucho tiempo que se las ofreció á don Iñigo á cambio de una crecida cantidad; pero ahora ya no quiere entregárselas aunque el señor de Covadonga está dispuesto á pagarlas bien.

»Lo que se propone fray Fulgencio no lo adivino; pero lo interesante es que tiene esas pruebas, y lo que tambien interesa mucho averiguar és donde se encuentra la víctima.

»Su majestad el rey es justiciero y supongo que inmediatamente obligará al capuchino á que entregue esos documentos y manifieste cuanto sepa sobre este asunto, pudiéndose así castigar como merece al criminal.

»Nada más puedo decir, porque ahora nada más sé,

pero, si algo me fuese posible averiguar, otra vez me honraria dando aviso de todo á vuestra majestad.

»Agradezco á doña Margarita la escrupulosidad con que cumplió su promesa de respetar á la persona que le entregó mi carta, y espero que ahora hará lo mismo.

»Yo, que nunca he mentido, que miro con la más fria indiferencia todo lo que se llaman bienes en este mundo, os juro por la santa memoria de mis padres, que fray Fulgencio no es lo que parece, no es lo que yo mismo creia, pues ahora he tenido ocasion de convencerme de que bajo la máscara de austeridad con que se presenta, oculta grandes ambiciones, grandes pasiones que lo arrastran á toda clase de intrigas, y que le harán cometer todos los abusos imaginables.

»De mi dolor no os hablo, porque no quiero aumentar la tristeza que constantemente oprime vuestro sensible corazon. Sufro lo mismo que el dia en que se desvanecieron todas mis ilusiones y mis risueñas esperanzas se convirtieron en realidades espantosas. Vivo con mis recuerdos, y en lo porvenir no veo nada grato más que el reposo de la eternidad. Mi sufrimiento es un roedor que mengua mi existencia, pero la mengua lentamente, y esta lentitud es mi mayor desgracia, porque no hay nada tan horrible como la vida cuando no hay esperanzas ni ilusiones.

»Miro á mi alrededor y no descubro más que la inmensidad de un desierto árido, donde ni crece una flor que me ofrezca su aroma, ni surca un arroyo que me brinde el consuelo de la frescura de sus líquidos cristales. Y en el espacio tambien la inmensidad desierta, por-

que ni el ave estiende sus alas, ni el sol se deja ver sino entre negras y densas nubes.

»Si algo debo esperar en este desierto es el soplo abrasador del huracan, que deshace montañas de arena para levantar otras montañas, ó todo lo más la música espantable de la tempestad rugiente.

»Dios es mi consuelo; en Dios fijo constantemente la mirada, á su misericordia sin fin dirijo mis fervientes súplicas y de su amor sin igual espero el consuelo para cuando tenga á bien llevarme al mundo eterno de la verdadera justicia, al mundo donde deben morar las almas de mis padres y donde el espíritu puro de Angélica habrá encontrado el consuelo incomparable, la inefable bienaventuranza prometida á los que sufren y lloran en este mundo de miserias y desdichas.

»Ya hace algun tiempo que mis ojos niegan lágrimas á mi dolor intenso, y mi corazon se abrasa, y vértigos espantosos trastornan mi cerebro y...

»¡Dios mio, Dios mio!...

»Perdonad, señora, perdonad si á despecho de mi voluntad exhala mi dolor angustiosos lamentos.

»Me amais y yo os hago sufrir...

»Olvidadme, no penseis en mí sino como se piensa en los que han dejado este mundo, porque ya no pertenezco sino á la eternidad.

»He hecho llegar hasta vuestra majestad mi voz, porque he creido que así cumplia un gran deber, el deber que toda criatura tiene de favorecer á la justicia.

»Adios, quizá para siempre...

»¡No puedo más!...

»El Omnipotente os conceda tanta dicha como ha negado al pobre huérfano, cuya vida os pertenece.»

Firmó el mancebo, cerró y selló la carta, poniendo en el sobre el nombre de doña Margarita.

Los negros ojos de Felipe se habian humedecido; pero á los pocos minutos consiguió dominar aquella emocion de dolorosa ternura y dijo á María.

—Nada tengo ya que advertiros, madre mia.

—¿Crees que ahora tambien me dejará salir doña Margarita sin obligarme á decirle quién soy y dónde te encuentras?

—Descuidad, que una vez que prometió respetar el secreto, cumplirá su promesa.

—¿Y qué sucederá despues de todo esto?

—Que el criminal quedará castigado y mi conciencia dormirá tranquila.

—Si don Iñigo de Covadonga averiguase que tú has descubierto el secreto de sus crímenes...

—El ódio que siempre me ha profesado, no tendria límites entonces.

—Querria vengarse.

—Sí, madre mia,—repuso Felipe, cuyos negros ojos volvieron á brillar como dos luciérnagas.

Y se puso en pié como si repentinamente hubiese recobrado la energía, levantó la cabeza y exclamó:

—¡Oh!... Si don Iñigo de Covadonga quisiera vengarse, yo arrojaria lejos de mí este sayal, abandonaria el claustro por algunas horas, empuñaria otra vez la espada...

—¡Felipe!...

—Sufro, pero no he perdido el valor; todo lo miro con indiferencia; pero si me provocasen...

—Así, hijo mio,—interrumpió vivamente María,—así quiero verte, pero no agoviado por el dolor...

—No puedo detenerme,—replicó Felipe, comprendiendo que se habia dejado arrebatar demasiado.—Llevad la carta á la hora oportuna y no dejeis de verme hoy mismo para decirme cómo os ha recibido doña Margarita, para repetirme sus palabras, que os suplico guardeis en la memoria.

—No las olvidaré.

—Adios, madre mia: para vos es siempre mi corazon el mismo.

Abrazó el mancebo á la virtuosa mujer y salió, volviéndose al convento.

Al atravesar el primer claustro quiso la casualidad que se encontrase con el astuto capuchino.

Cruzaron algunas palabras.

Felipe se dirigió á su celda.

El fraile salió del convento mientras decia para sí:

—Esto vá cada vez peor. El tiempo pasa, el dolor se templa... ¡Oh!... El atrevido mancebo ha dormido y empieza á despertar... Preciso será concluir de una vez.

Tomó el capuchino calle de las Infantas arriba, y despues de algunos minutos dijo para sí:

—Debe haber escrito la segunda carta que con tanta ansiedad espera la reina. Irá á palacio María, doña Margarita le dirá que no ha muerto la hija de don Alfonso, y la buena mujer se apresurará á traer la noticia al mancebo... ¡Oh!... Hé ahí lo peor que puede suceder, lo

que es preciso evitar á toda costa, aunque estorbarlo es muy difícil.

Desde aquel momento María era para el capuchino tan peligrosa como Marcelo.

No podia el fraile hacer que á la protectora de Felipe la encerrasen como al salvador de Angélica.

¿De qué medio se valdria el astuto capuchino para evitar que el mancebo supiese que Angélica existia?

No lo adivinamos, ni tampoco podemos saber si podria conseguirlo.

CAPITULO XIX.

María se encuentra sin saber cómo con la dicha de Felipe.

A las diez fué María á la morada real.

Aquel dia no le costó tanto trabajo llegar á la habitacion de la noble doncella, que la recibió inmediatamente, porque supuso que la persona que le anunciaban era la portadora de la carta prometida por Felipe.

—¡Ah!—exclamó Margarita apenas vió á la buena mujer.

Y acercándose á ella, le tomó cariñosamente las manos, le hizo sentar y le dijo:

—No he faltado á la promesa que os hice, bien lo sabeis; pero he adivinado que sois la que con tanta generosidad y amor amparó á Felipe y le ha servido de madre. Si así me lo hubiéseis dicho entonces, yo habria tenido en vos la confianza que mereceis, os habria revelado un secreto y ya Felipe seria dichoso, y se hubiesen evitado las desgracias que despues han sobrevenido.

María fijó una mirada de estrañeza en la hermosa jóven.

¡Felipe dichoso!

Esto era imposible, puesto que la dicha del mancebo dependia de la existencia de una criatura que ya habia muerto, y como los muertos no resucitan, no habia medio de devolver la tranquilidad al destrozado corazon del antiguo paje.

María sospechó que se le tendia un lazo con el fin de averiguar donde se ocultaba el mancebo.

—No,—dijo para sí la buena mujer,—no me engañarán, y aunque me pusiesen en un tormento no me arrancarian una sola palabra.

—Sois portadora de tristes nuevas,—añadió Margarita,—y tristes las llevareis tambien; pero compensadas con la más risueña que puede imaginarse. Aún tendremos que luchar mucho; pero ya no deseamos un imposible, ya no necesitamos arrancar á la muerte su presa.

—No os entiendo, señora.

—En vuestro semblante leo la desconfianza que en estos momentos os inspiro.

—¡Desconfianza!... Eso no; pero...

—Negad que sois la noble mujer que ha criado á Felipe; guardad en todo la mayor reserva, que esto no será obstáculo para que lleveis la dicha al infeliz que os llama madre, no será obstáculo para que Felipe abandone su retiro, vuelva á nuestro lado, luche con nosotros...

—Perdonad, pero ignoro donde Felipe se encuentra y tampoco puedo aseguraros que llegarán hasta él vuestras palabras, porque...

—Nada me digais, nada quiero saber, escuchadme nada más.

—Os traigo una carta...

—Ya me la dareis.

—Tengo que irme...

—Idos cuando bien os parezca,—repuso Margarita, que estaba muy agitada,—idos; pero no será sin que sepais que Angélica de Guevara no ha muerto....

—¡Ah!—exclamó María poniéndose en pié como impulsada por un resorte.

Y su rostro se tornó lívido y se desfiguró.

Y sus ojos se abrieron como si fuesen á saltar de sus órbitas, fijando en doña Margarita una mirada de sorpresa, de estupor profundo.

—Mi querida Angélica vive,—dijo la doncella.

—¡Vive!—murmuró con voz sorda María.

—La creyeron muerta; pero un hombre generoso la sacó del ataud, la amparó y ocultó este secreto hasta que Dios quiso que yo lo descubríese.

Por la pálida frente de María corrieron algunas gotas de frio sudor.

¿Era posible que para engañarla cometiese la noble doncella el incalificable abuso de suponer que Angélica vivia?

No, no era posible semejante cosa.

Empero lo que decia Margarita era tan extraordinario, que rayaba en lo inverosímil.

En algunos minutos no acertó la pobre mujer á pronunciar una palabra.

Margarita prosiguió diciendo:

—Vos debeis conocer al hombre generoso que salvó á mi desgraciada amiga.

—¡Yo!...

—Sí, porque no es otro que el honrado Marcelo, el sacristan de la parroquia de San José.

—¡Marcelo!—repitió la pobre mujer con esa voz que parece un eco.

—Y antes de que Felipe adoptase su desesperada resolucion, Angélica estaba ya en la misma casa donde vos habitábais.

—¡Allí!...

—Y ella vió un dia á Felipe que entraba en vuestro aposento, sin duda el mismo dia que fué á despedirse de vos y desapareció.

—¡Lo vió y lo dejó!...

—Entonces ignoraba Angélica que era correspondida.

—Imposible, señora, todo eso es imposible.

—Y vos, que buscábais quién pudiera deciros el nombre del padre de Felipe, vos que buscábais las pruebas del crímen, cuyo resultado fué verse Felipe despojado de su nombre y de su herencia...

—Yo no, yo no,—replicó María con acento de terror.

—Todo eso lo teníais muy cerca, porque el secreto lo conocia el honrado sacristan, porque en su poder estaban las pruebas del crímen, y porque Dios permitió que al fin descubriese al criminal.

Sintió María que sus piernas se doblaban y se dejó caer pesadamente en la silla.

Si le hubiesen preguntado, hubiese dicho sin vacilar que soñaba.

—¿No sospechais quién es el criminal?—preguntó Margarita despues de algunos momentos.

—No entiendo lo que me decís.

—Vais á ver la mano del Omnipotente.

—Señora,—balbuceó la pobre mujer,—callad... Tomad la carta...

—Felipe ha conseguido averiguar que don Iñigo de Covadonga es ladron y asesino: pues bien, don Iñigo de Covadonga es el que despojó de su nombre y de su herencia á Felipe...

—¡Dios misericordioso!

—Porque el padre de Felipe era el hermano de don Iñigo, que se habia casado en secreto, era don Felipe de Covadonga, y Marcelo, cuando el crímen se cometió, era criado del escribano de vuestro pueblo...

—Sí, sí,—dijo María sin poder contenerse,—ahora recuerdo... Sus facciones... ¡Dios mio!... ¡Todo lo comprendo!... ¡Ah!...

La infeliz se extremeció violentamente, sus ojos se cerraron y quedó inmóvil.

Habia perdido el conocimiento.

Margarita la contempló un instante, corrió luego, trajo agua fresca y un pomito, cuyas esencias hizo aspirar á la pobre mujer, rociándole además el rostro con el agua.

Cinco minutos despues María recobraba el sentido, suspiraba penosamente y miraba con extrañeza á su alrededor.

—Tranquilizaos,—le dijo la doncella:—vais á llevar la dicha á Felipe y vos tambien vais á ser dichosa.

No creyó Margarita oportuno decir en aquellos momentos que Angélica habia desaparecido misteriosamente y que Marcelo estaba encerrado, pues esto hubiera producido un nuevo trastorno en la pobre mujer.

—No debemos perder un instante,—dijo la doncella: —dadme la carta, la llevaré á la reina mientras os tranquilizais y luego determinaremos lo que debe hacerse.

María sacó el pliego y con mano convulsa lo entregó á la jóven.

Esta miró el sobrescrito viendo que la letra era de Felipe, y desapareció para ir á la cámara de doña Isabel.

María se pasó las manos por la frente.

Sus ideas eran confusas.

Esforzóse para reunir sus recuerdos.

Al fin se convenció de que no la engañaban.

Angélica vivia, Felipe podia ya ser dichoso y robarle un solo minuto de aquella dicha inmensa le pareció un crímen á la buena mujer.

Ya habia entregado la carta, sabia cuanto interesante podia saber, y por consiguiente nada tenia que hacer allí.

¿Para qué habia de esperar á que volviese la doncella?

Tiempo tendria para verla despues y excusarse por no haber aguardado.

Tal vez la reina no podria en aquellos momentos leer la carta, se pasarían quizás dos ó tres horas, y al fin, por primera resolucion, no habia de adoptarse otra

que la de llevar á Felipe la noticia de la existencia de Angélica.

Si esto habia de hacerse ante todo, ¿para qué esperar?

Felipe sufria y evitarle algunos minutos de sufrimiento era hacerle el mayor de los beneficios.

Era imposible que aquella pobre mujer, cuyo corazon era todo ternura, se detuviese un instante.

Siquiera por respeto á la reina, debió esperar; pero no habia para ella respetos ni consideraciones ni nada, cuando se trataba de llevar á su querido Felipe el consuelo y la dicha.

La voluntad le devolvió las fuerzas, púsose en pié, salió del aposento, atravesó corriendo galerías y habitaciones y en breve se encontró fuera de la morada real.

Cuanto más adelantaba sentíase la virtuosa mujer más enérgica.

Mientras atravesaba el Prado exhalaba suspiros, pronunciaba frases de ternura ó de júbilo, y unas veces sonreia, y otras el llanto corria en abundancia por su pálido rostro.

Los que pasaban por su lado la miraban con curiosidad y extrañeza; pero ella á nadie veia, no se apercibia de nada de lo que sucedia á su alrededor, se habia olvidado de todo, todos sus pensamientos se habian concentrado en uno, y para ella el mundo era Felipe, la dicha de su querido Felipe.

El cielo estaba despejado, el sol brillaba y el calor era sofocante.

Cuando María llegó á la calle del Barquillo, apenas podia respirar.

Su rostro estaba cubierto de sudor.

Pero no se detuvo, hizo el último esfuerzo y continuó con la misma rapidez.

Bien pronto llegó al convento de capuchinos y entró en la calleja donde daba la portería.

Entonces fué cuando empezaron á faltarle las fuerzas.

Su corazon latia como si amenazara saltar del pecho roto en mil pedazos.

—¡Hijo mio!—murmuró con voz ahogada por los sollozos y la fatiga.

Le fué preciso detenerse para tomar aliento.

Apoyó la espalda en la pared del sombrío edificio.

Limpió el sudor que seguia corriendo en abundancia por su rostro y quedó inmóvil.

Pocos minutos despues debia ser dichoso Felipe sin que pudiera evitarlo fray Fulgencio, porque no tenia tiempo de que disponer para descargar el golpe que sin duda preparaba.

Por esta vez, nos parece que ha de quedar vencido el fraile.

CAPITULO XX.

Otro golpe.

Cerca de la portería del convento habia dos hombres de los que, con permiso del lector nos ocuparemos en tanto que María recobra el aliento y vuelve á correr para llevar á Felipe la nueva feliz de la existencia de Angélica.

Uno de aquellos dos hombres era de elevada estatura, muy flaco, rostro bastante moreno, nariz afilada y ojos pequeños, redondos y hundidos con pupila negra y reluciente.

El otro era un tipo completamente opuesto, de escasa estatura, bastante grueso, facciones abultadas, ojos grandes salientes y azules, cabellos rubios y semblante de tranquila espresion.

Ambos estaban vestidos de negro de piés á cabeza y ceñian sendas espadas á pesar de que no parecian ser de



Luego cruzaron entre ellos una mirada.

noble calidad, ni tampoco ricos, pues su ropaje de paño estaba raido, tenia más de un zurcido y aun algun remiendo.

¿A qué clase pertenecian, qué papel representaban en la sociedad?

Vamos á saberlo muy pronto.

Cuando María entró en la calle y se detuvo, el hombre flaco y de semblante taciturno, fijó una penetrante mirada en la pobre mujer y luego arrugó el entrecejo.

El otro la contempló y desplegó una sonrisa leve y dulce.

Luego cruzaron entre ellos una mirada.

Estaban separados, se acercaron y dijeron algunas palabras que no pudieron entenderse.

María perdió bien poco tiempo, no más que algunos minutos, y separándose de la pared, se dirigió hácia la portería; pero cuando hubo dado cuatro ó cinco pasos, los dos hombres se le pusieron delante, diciendo el rechoncho:

—Esperad.

—¿Qué quereis?—preguntó la pobre mujer, mirándolos distraidamente.

—No podeis seguir.

—¡Que no puedo seguir!...

—Habeis de venir con nosotros,—dijo el flaco con voz cavernosa.

—¡Con vosotros!—exclamó María, retrocediendo un paso y mirándolos con terror.

—Sí, con nosotros y silenciosamente, á menos que tengais el capricho de que os pongamos una mordaza.

María exhaló un grito.

—¿Acaso no conoceis lo que somos?

—¡Dios mio!...

—Pues á nadie se le ocultaría que obedecemos las órdenes del santo tribunal de la Inquisicion.

—¡Yo presa!...

—Vos misma.

—¿Y por qué?

—Eso se lo preguntareis á vuestros jueces.

—Sin duda os equivocais, me tomais por otra persona...

—Os llamais María, ¿no es verdad?

—Sí.

—Vuestro apellido es Robledo.

—Ciertamente.

—Vivís en aquella casa,—dijo el esbirro flaco señalando hácia la vivienda de María.

—Todo eso es verdad.

—Entonces no nos hemos equivocado.

—Yo tengo quien responda de mi buena conducta y de mis sentimientos religiosos, y aquí mismo, en el convento de capuchinos...

—No podeis entrar.

—Pero...

—Basta...

—No os seguiré.

—Os llevaremos á la fuerza, y si gritais se os tapará la boca, y peor para vos, porque la rebeldía será un cargo más que os harán vuestros jueces.

No ignoraba María lo que era la Inquisicion y sabia

muy bien que la resistencia sería considerada como el mayor de los crímenes.

Le era, pues, forzoso obedecer.

Su conciencia estaba tranquila y esperaba que se reconociese su inocencia, pero en aquellos momentos le horrorizaba la idea de que la detuviesen, estorbándole llevar á Felipe las noticias que habian de hacerlo dichoso.

—Si me han calumniado,—dijo,—yo probaré mi inocencia.

—Sois razonable.

—Os seguiré; pero antes es preciso que me dejeis entrar en el convento, decir una palabra á mi hijo, una sola palabra...

—Imposible.

—Podeis acompañarme, le hablaré en vuestra presencia.

—No.

—De lo que he de decir á mi hijo, depende su reposo, su felicidad, tal vez su vida.

—Concluyamos.

—Al menos permitidme que hable con el hermano portero...

—Tampoco.

—No le diré que me llevais presa...

—Basta ya.

Quiso María seguir hablando y suplicando aunque sabia que era inútil intentar conmover á los esbirros de la Inquisicion; pero la interrumpieron y el de rostro taciturno sacó una mordaza para probar que no habia

amenazado en vano, y en tanto el otro sacó una cuerda.

No pasaba en aquellos momentos por la calle alma viviente.

María se convenció de que sus esfuerzos serian inútiles.

La infeliz se sintió nuevamente desfallecer.

—Vamos,—dijeron los esbirros, señalando hácia la calle de las Infantas,—y no olvideis que os hemos recomendado el silencio, porque si cometeis la imprudencia de gritar, os trataremos sin compasion.

Obedeció María y con pasos vacilantes siguió calle abajo entre los dos esbirros.

A los pocos minutos tuvieron estos que sostenerla.

Cuando llegaron á la Red de San Luis y la atravesaron para entrar en la calle de Jacometrezo, ya la pobre mujer apenas tenia conciencia de su situacion.

Entonces los dos esbirros cruzaron una mirada de inteligencia.

El de menos estatura exhaló un lánguido suspiro, contempló compasivamente á María y dijo con melíflua voz:

—¡Pobre mujer!... Sufrís mucho, ya lo veo.

—Sí,—murmuró débilmente la infeliz,—sufro mucho no porque temo, pues mi conciencia está tranquila, sino porque me separais del hijo de mi alma en los momentos en que voy á llevarle el consuelo, la felicidad, la vida.

—Está visto, no sirvo para estas cosas, y me parece que pronto dejaré de servir al santo tribunal, porque es preciso que sepais que mi corazon no es de piedra, y por

más que me esfuerzo no puedo ver con tranquilidad lo que estoy viendo ahora.

María se detuvo para recobrar el aliento.

—Si mi dolor os conmueve,—replicó,—¿por qué no me habeis dejado llevar la felicidad á mi hijo?

—Porque tenemos órden terminante de no dejaros hablar con persona alguna; pero si mi compañero se decide á complacerme os probaré que no tengo entrañas de tigre.

—¿Qué quieres hacer?—preguntó el otro esbirro con aspereza.

—Hermano, ya sabes que de esta mujer nos ha dado la vecindad los informes más honrosos y debemos creer que la órden de prision se ha dado á consecuencia de alguna delacion falsa.

—¿Y qué?

—Me parece que esta mujer es inocente.

—Ya lo probará.

—Sí, pero si entra en los calabozos del Santo Oficio sin que la hayan escuchado, Dios sabe si pasarán muchos meses antes de que le digan por qué la tienen encerrada.

—Todo eso es verdad.

—Debes ser compasivo, porque quién sabe si algun dia necesitarás tambien compasion.

—Yo no entiendo más que del cumplimiento de mis deberes,—replicó el esbirro taciturno,—y por consiguiente nada puedo hacer.

El otro volvió á suspirar tristemente.

La pobre María creyó que se le presentaba una bue-

na ocasion para suplicar y que tal vez conseguiría algo con el apoyo del que parecia conmoverse.

—Si teneis hijos,—dijo la infeliz con acento desgarrador,—si amais...

—Algo podemos hacer si mi compañero se ablanda,—interrumpió el esbirro de la mirada dulce.

—¿Pero qué hemos de hacer?—preguntó el otro.—Por de pronto perdemos el tiempo y nada más.

—Hemos cumplido nuestro deber y no podrán acusarnos porque empleemos algunos minutos en entrar en casa del padre Ruperto.

—¿Y qué hemos de hacer con el padre Ruperto?

—Que hable con esta pobre mujer, que la escuche, que se interese por ella como se interesa por todos los desgraciados, y tal vez hoy mismo le devolverán la libertad, porque no es la vez primera que el padre Ruperto ha salvado á un inocente víctima de falsas delaciones.

—Si tu te empeñas...

—Sí, sí.

—Vamos, pues.

—Me parece, buena mujer, que podeis consideraros libre para dentro de pocas horas, porque el padre Ruperto es uno de los secretarios del santo tribunal y todos los señores lo respetan mucho, y cuando él dice una cosa, aquello es lo que vale, y como él sabe muy bien por qué se os lleva presa, podrá juzgar mejor que nosotros y obrará como corresponda.

María pronunció algunas frases de gratitud y se sintió más animada.

Continuaron por la calle de Jacometrezo, pero en vez de seguir hasta la plaza de Santo Domingo, volvieron á la derecha por la calle de Hita, atravesaron una parte de la de Tudescos, entraron por la del Perro y llegaron al fin á la de la Justa.

Allí se detuvieron ante una de las miserables casas que más ó menos reformabas se conservan todavía.

Ni siquiera se le ocurrió á María mirar á su alrededor para reconocer el sitio en que se encontraba.

—Por aquí,—dijo uno de los esbirros.

Entraron en un portal muy estrecho, húmedo y lóbrego, llegaron al fondo y dieron algunos golpes en una puertecilla que era preciso buscar á tientas.

Inmediatamente la puerta se abrió, y antes de que María tuviese tiempo de hacer ninguna observacion, empujáronla los esbirros violentamente, obligándola á dar tres ó cuatro pasos.

No podia ser más extraño el modo de entrar en la morada del padre Ruperto.

Instintivamente comprendió la infeliz mujer que habia caido en un lazo, y exhaló un grito pidiendo socorro; pero al mismo tiempo los dos esbirros y el hombre que habia abierto la puerta, cayeron sobre la desdichada, la amordazaron, la sujetaron y le dijeron:

—Si os empeñais en resistir os ahogaremos.

¿Qué resistencia habia de oponer la infeliz?

El sitio en que se encontraban estaba completamente oscuro.

Sintió María que la levantaban y la llevaban como se lleva un fardo.

Siempre entre tinieblas adelantaron aquellos hombres por espacio de tres ó cuatro minutos.

No se percibia más ruido que el de sus pasos.

Detuviéronse.

Resonó un crugido como el de una puerta al abrirse, luego empezaron á bajar una escalera y al fin la desdichada mujer sintió que la dejaban en el suelo sobre un monton de paja.

Entonces le quitaron la mordaza.

—Ahora,—dijo uno de aquellos miserables,—podeis hablar ó gritar cuanto se os antoje, porque nadie ha de oiros, aunque si os mostrais muy rebelde, es posible que nos dé la tentacion de retorceros el pescuezo, y así concluiremos más pronto.

—¿Donde estoy?—dijo María con débil voz é incorporándose trabajosamente.

—En una cueva, ¿no lo adivinais?

—Pero esta no es la Inquisicion...

—Ni nosotros somos esbirros.

—¿Por qué me habeis traido aquí?

—Ya os lo dirá quien lo sabe.

—¿Y á quién obedeceis?

—Basta de conversacion.

—¡Miserables!...

—Somos unos bribones, esa es la verdad; pero, ¿qué os importa? Se os traerá comida y agua, y aquí estareis hasta que se nos mande otra cosa.

Quiso María hacer nuevas preguntas; pero los tres hombres se alejaron.

Pocos momentos despues se oyó el ruido de la pesa-

da compuerta que se cerraba y del cerrojo que se corria.

Luego reinó un silencio absoluto.

María extendió los brazos.

Una de sus manos encontró la fria pared.

Volvió á todos lados la cabeza, pero en todos lados encontró la misma oscuridad profunda.

La atmósfera era húmeda y pesada.

Vivir en aquel lugar muchos dias, era imposible.

Los dos miserables que habian representado el papel de esbirros de la Inquisicion, salieron de la casa y se alejaron en distintas direcciones.

Media hora despues el de menos estatura, con la misma ropa que antes, pero sin espada, entró en la portería del convento de capuchinos, solicitando humildemente tener la honra de hablar al padre Fulgencio.

El fraile lo recibió afablemente.

El criminal se arrodilló apenas entró en la celda, y cruzando las manos, dijo:

—Reverendo padre, todo se ha hecho segun vuestra merced dispuso y me parece que merezco vuestra bendicion y la absolucion de mis pecados.

—Levanta,—dijo gravemente el capuchino.

—¿Está vuestra merced satisfecho?

—Sí, con tal que tus compañeros sean tan discretos como tú.

—Lo serán, sino por virtud, por conveniencia.

El fraile sacó algunas monedas de oro y se las entregó al criminal, diciéndole:

—Ya te avisaré.

—Gracias, padre mio,—dijo el miserable.

Y besó las monedas y salió.

Fray Fulgencio quedó inmóvil y silencioso.

Despues de algunos minutos levantó la cabeza y murmuró:

—¡Oh!... Tal vez voy demasiado lejos, pero ha sido preciso.

¿Y Felipe?

Entretanto esperaba con creciente ansiedad á María y empezaba á temer que doña Margarita la hubiese detenido.

Volvamos á la morada real.

CAPITULO XXI.

Cavilando y esperando.

Doña Margarita habia aprovechado la ocasion de que la reina se encontraba sola, y despues de convencerse de que nadie habia de escucharlas ni interrumpirlas, sacó la carta y la presentó á doña Isabel.

Las manos de esta temblaron convulsivamente, y por algunos momentos su rostro se tiñó de púrpura.

Rompió el sello, fijó en el escrito una mirada intensa y con voz insegura empezó é leer.

La doncella escuchó con el afan que era consiguiente.

Tres ó cuatro veces se interrumpió la reina, porque apenas podia respirar.

Margarita continuaba silenciosa y no parecia sorprenderse, porque ya no le sorprendia nada de cuanto le dijesen sobre la conducta del capuchino.

Concluyó la lectura.

—¡Ah!—exclamó doña Isabel.—¡Horrible trama!

—Ya lo veis, señora,—dijo entonces la doncella,—no me equivoqué, fray Fulgencio es un miserable, y Dios me perdone si me expreso así al ocuparme de uno de sus ministros.

—No, no te has equivocado.

—Esos papeles fueron robados á Marcelo. ¿Por quién? No se sabe; pero ello es que han ido á manos del capuchino, que ha querido explotarlos y que ahora se niega á vendérselos al señor de Covadonga, sin que Felipe adivine la causa de este cambio; pero yo la adivino.

—Sí, mi desgraciado paje es el hijo de don Felipe de Covadonga y tú no te equivocabas al suponer que fray Fulgencio quiere toda la herencia para la comunidad.

—¿Aún dudará el rey?

—Sí,—respondió con amargura la reina.

—¡Oh!...

—Mi querida Margarita, preciso es que disimulemos como nunca y trabajemos secretamente, hasta que esas pruebas estén en nuestro poder, porque si antes damos un solo paso cerca de mi esposo, nos inutilizaremos para siempre.

—Es verdad.

—Por de pronto hemos conseguido mucho, puesto que ya sabemos donde se encuentra Felipe, y sobre este punto te hubieses equivocado en tus deducciones...

—Nada importaría el error, porque hoy mismo Felipe vendrá sin que nos tomemos la molestia de ir á buscarlo.

—¿Quién ha traido la carta?

—La misma mujer que trajo la otra.

—¿Y le has dicho?...

—Sí, se lo he dicho todo: ya sabe que vive Angélica, y la noticia le ha producido un efecto inexplicable. La pobre mujer se desmayó, y despues de hacerle recobrar el sentido, la he dejado suplicándole que espere mientras con vuestra majestad...

—Quiero verla.

—Fácil es, porque puedo hacerla venir por la parte del dormitorio.

—Pues no pierdas un momento, porque estamos robándole á Felipe el consuelo y la felicidad.

Salió Margarita mientras la reina fijaba otra vez una mirada ardiente en la carta.

La doncella llegó á su aposento.

María no estaba allí.

Quedó Margarita inmóvil por algunos instantes.

—¡Ah!—exclamó.—¡Se ha ido!

Corrió de un lado para otro, fué á la habitacion inmediata, siguió por un pasillo y al fin se detuvo.

Ya no podia dudar de que la pobre mujer se habia ido.

¿Sospechaba la infeliz que habian querido engañarla?

Tal vez; pero aun cuando así fuese era de suponer que participase á Felipe lo que habia sucedido.

Y Felipe, que conocia demasiado bien á la doncella, no abrigaria duda alguna, no sospecharia.

Esto pensó la jóven y se tranquilizó, porque en últi-

mo caso lo que más le interesaba era que el mancebo supiese que Angélica no habia muerto.

Despues de reflexionar se explicó Margarita fácilmente y con acierto la determinacion de la protectora de Felipe, adivinando que esta no habia querido perder un momento.

Volvió la doncella al lado de doña Isabel, diciendo:

—Se ha ido mientras yo estaba aquí.

—¡Que se ha ido!

—Supongo que ha querido aprovechar los minutos, y si es que ha sospechado que yo la engañaba, el resultado sería el mismo, puesto que Felipe sabrá que Angélica vive, y apenas lo sepa, abandonará el convento y vendrá á pedirme explicaciones.

—Debemos esperar.

—Esa es mi opinion.

Continuaron hablando por espacio de media hora.

Nada podian hacer antes de que se presentase Felipe.

Doña Margarita volvió á su aposento.

Poco despues tuvo que salir la reina de su cámara para ir al comedor.

Aquella tarde no quiso pasear doña Isabel, porque esperaba de un momento á otro que se presentase el mancebo.

Empero las horas pasaban y Felipe no parecía.

¿Cómo se explicaba esto?

La reina y Margarita empezaron á temer alguna nueva intriga de fray Fulgencio.

El sol tocaba á su ocaso.

Margarita se asomó á una ventana desde donde descubria una gran parte del Prado.

Su afan y sus temores crecian.

En palacio entraban muchas personas; pero ninguna era el infeliz mancebo.

Empezó á ocultarse el sol.

El corazon de la doncella latió violentamente.

No hubiera podido decir si el tiempo le parecia breve ó largo.

Desapareció al fin el astro del dia.

En Occidente se extendió la dorada y vaporosa faja del crepúsculo.

Muy pronto las tinieblas invadirian el espacio.

Y entretanto la jóven reina, sola en su cámara, se oprimia el pecho y contaba los latidos violentos y desiguales de su corazon.

Habíase sentado cerca de un balcon y tambien miraba con afan indescriptible hácia las avenidas del palacio.

La débil claridad del crepúsculo hubiera sido bastante para que doña Isabel reconociera desde lejos á Felipe, porque sus ojos de mujer enamorada veian mucho más que los de su doncella.

Unas veces se veia palidecer como el de un cadáver el rostro de la reina, mientras que otras se cubria de carmin.

Entreabríanse sus lábios para exhalar lánguidos suspiros, y con frecuencia se contraia y se nublaba su frente.

El fuego de su pasion escapábase de vez en cuando

por sus pupilas, que otras veces se empañaban con el llanto, un llanto que lo mismo podia ser de ternura que de dolor, de desesperacion que de alegría.

Imposible es explicar los sentimientos opuestos que agitaron durante aquella tarde el alma de la esposa de Luis I más digna de compasion que de censura.

Como siempre sucedia, los nobles sentimientos, la generosidad, la abnegacion alcanzó el triunfo.

Entonces el dolor más intenso se apoderó de su alma.

El crepúsculo desplegó su postrera sonrisa, palideció y se disipó.

Ennegreció el espacio.

Empezaron á brillar las estrellas.

Doña Isabel no distinguió ya más que sombras informes.

Sin darse cuenta de lo que hacia exhaló un grito.

Se pasó las manos por la frente, que sentia abrasada, y volvió á quedar inmóvil.

Un céfiro fresco y consolador acarició el rostro de la infeliz.

Lo mismo que el resplandor del crepúsculo, empezaron á desvanecerse las esperanzas de doña Isabel.

Doña Margarita se habia separado de la ventana y sola en su aposento se habia entregado á las más desconsoladoras reflexiones.

No habia querido presentarse á la reina.

¿Para qué si nada agradable podia decirle?

Algo extraordinario sucedia, alguna nueva desgracia habia tenido lugar.

¿No era posible que hubiesen hecho con el mancebo lo mismo que con Angélica?

¿No podia tambien suponerse que Felipe, vivamente impresionado al saber que Angélica vivia, hubiese sufrido algun trastorno y estuviese enfermo?

La alegría cuando sorprende y es demasiado intensa, mata lo mismo que el dolor.

Comprendió entonces la jóven que decirle á Felipe la verdad sin haber preparado su ánimo, era una imprudencia, y tal vez arrebatada, trastornada María, no habia pensado esto y habia principiado por revelar el secreto sin otra preparacion.

Lo más agradable que podia suponerse era que Felipe se encontraba enfermo, y esto, que era lo más agradable, no dejaba de ser una desgracia.

A pesar de todo, la doncella no se desalentó, sino que por el contrario sintióse más enérgica y más dispuesta á luchar.

Era forzoso dejar que pasase la noche y una parte del siguiente dia.

Si Felipe estaba enfermo ó habia desaparecido, su segunda madre se presentaria para dar explicaciones.

Ya sabemos que María no debia presentarse, puesto que se encontraba en poder del capuchino.

Despues de la cena se retiró doña Isabel á su aposento, pretextando un dolor de cabeza y mandando que nadie la molestase.

Para ella y doña Margarita fué interminable aquella noche.

Ninguna de las dos pudo conciliar el sueño.

Brilló lo aurora.

Dejáronse ver los primeros rayos del sol, que se levantaba en un horizonte puro y trasparente.

Madrid despertó.

Principió el ruido y el movimiento, principió nuevamente la vida...

El mancebo no habia despertado, porque tampoco habia dormido.

Solo en su celda habíase dejado caer sobre el lecho, pensando en María.

¿Por qué no habia vuelto su protectora?

Sin cesar se hacia esta pregunta.

No debia creer que la habian detenido en palacio, porque Margarita no era capaz de cometer semejante abuso.

¿No habia tenido ocasion de entregar la carta?

Si hubiese sucedido así, habria vuelto para decirlo.

Lo mismo que doña Isabel y la doncella, Felipe cavilaba, esforzábase por adivinar; pero en vano.

¿Qué sucedia?

Aquellas tres criaturas habian pasado la noche haciéndose la misma pregunta.

A la hora de maitines acudió Felipe al coro.

Su rostro estaba cubierto de nerviosa palidez y tenia todas las señales del insomnio.

Era sombria su mirada y su frente estaba contraida.

Fray Fulgencio lo contempló disimuladumente y dijo para sí:

—Se impacienta, cavila, teme... ¿Le ocurrirá tomar alguna resolucion desesperada?... En todo caso no se

ocupará más que de buscar á su segunda madre; pero por lo que pueda suceder, estaré sobre aviso, y si intenta salir del convento, se lo prohibiré, y si se obstina, le amenazaré, y si se rebela, se le encerrará por haberme faltado al respeto, y una vez encerrado, arreglaré fácilmente lo demás.

El capuchino no estaba dispuesto á detenerse ante ningun obstáculo.

Habia dado el primer paso y daria tambien el último sin vacilar, y si á pesar de todo se veia perdido, apelaria al recurso de entablar nuevamente negociaciones con el señor de Covadonga, entregándole los documentos por una crecida cantidad.

Despues de maitines volvió el novicio á su celda.

—Preciso es esperar,—dijo.

Esto lo habian dicho tambien doña Isabel y Margarita.

Y los tres esperarian sin conseguir más que perder el tiempo.

María tambien esperaba en vano.

¿Y Angélica?

Continuaba preguntándose si era verdad que habia perdido la razon.

La intriga se complicaba, la situacion habia llegado á su más crítico punto.

¿Bastaria la astucia y la habilidad de fray Fulgencio para vencer todas las dificultades?

¿Bastaria el ingenio de la noble doncella para luchar y triunfar?

A las diez de la mañana se contrajo la frente de

Margarita, brillaron con intensidad sus negros ojos y dijo:

—Es preciso hacer algo.

Y su cabeza se inclinó sobre su palpitante pecho, y quedó inmóvil.

Mucho debia esperarse de su fecunda imaginacion; pero era demasiado temible el enemigo con quien tenia que luchar.

CAPITULO XXII.

De cómo Felipe oyó pronunciar el nombre de Angélica.

El rey tambien habia pasado dos noches bastante agitadas, durmiendo poco y cavilando mucho.

No debe olvidarse que Luis I era al fin un niño ó poco más, y como niño, poco juicioso y demasiado impresionable.

Solo así se explican sus vacilaciones, sus inconsecuencias, aquel no hacer nada, queriendo hacerlo todo, que caracterizó su breve reinado, ó que más bien, y permitásenos la frase, dió á su reinado un carácter incoloro.

Ya lo hemos dicho más de una vez: el desdichado Luis I, porque desdichado puede llamársele, no fué rey más que en el nombre, ni hubiera podido serlo de otro modo.

Escuchando los consejos de todos y sin seguir nin-

gunos, meditando para decidir con acierto y sin decidir jamás, vióse sorprendido por la muerte y no supo al fin hacer otra cosa que devolver la corona á su padre, y aun esto porque le hicieron comprender que era preciso y conveniente.

Nada, pues, debe extrañar al lector de cuanto le digamos al relatar los sucesos de esta historia.

¿Por qué no habia dormido el monarca?

Las palabras de su esposa al tratar de la arbitraria prision de Marcelo, hirieron por de pronto la susceptibilidad de don Luis; pero pasados aquellos primeros momentos, empezó á cavilar, queriendo explicarse cuanto sucedia.

No se lo explicó satisfactoriamente, y entonces su curiosidad de niño se excitó hasta el último grado.

La reina le habia prometido presentarle á la mujer objeto de la intriga, á la infeliz de quien decian los unos que era la misma Angélica, y á quien los otros acusaban de criminal embaucadora.

Empero doña Isabel no habia cumplido su promesa.

La noche habia pasado, tambien el dia siguiente y otra noche, y el monarca, impulsado por su creciente curiosidad, estuvo más de una vez para ir á ver á su esposa y preguntarle por qué no le habia presentado la mujer en cuestion; pero se contuvo, pensando que esto no cuadraba bien á su dignidad.

Por ver á la protegida de Marcelo, hubiera hecho el monarca cualquier sacrificio; pero su esposa se habia encerrado en la más absoluta reserva y no parecia dispuesta á provocar nuevas explicaciones.

Luis I pensó que le quedaba un recurso, que consistia en hacer hablar á fray Fulgencio.

La paciencia del rey, paciencia de niño, estaba agotada al siguiente dia de la prision de Marcelo, y no pudiendo ya contenerse, mandó que fuesen al convento de Capuchinos y dijesen á fray Fulgencio que cuanto antes se presentara en palacio.

Eran las diez de la mañana y el gentil-hombre que recibió la órden, tomó su sombrero y se encaminó presurosamente á la calle de las Infantas, entrando muy luego en la portería y diciendo con altivez al donado que la guardaba:

—Necesito ver inmediatamente al padre Fulgencio.

Miró el donado de piés á cabeza al caballero, y despues de sonreir cándidamente, le respondió:

—Si hubiéseis llegado un cuarto de hora antes no habríais podido cumplir vuestro deseo, y aún ahora es posible que tampoco, porque tengo entendido que la comunidad iba á reunirse en capítulo, y si ha sucedido así...

—Vengo en nombre del rey nuestro señor,—replicó el caballero con aspereza y en tanto que llevaba la diestra á su sombrero.

—¡Oh!—murmuró el donado, inclinándose humildemente.—¡El rey nuestro señor!... ¿Acaso sois de la real servidumbre?

—Gentil-hombre de cámara.

—Perdone vuestra excelencia,—repuso el donado.—Esto es otra cosa...

—Concluyamos.

—Yo no puedo moverme de aquí; pero sereis conducido á la celda del reverendo padre.

Y esto diciendo, fué el portero hasta el claustro, donde algunos frailes y novicios paseaban, y dirigiéndose al que más cerca tenia le dijo:

—Hermano, sin perder un instante, llevad á este caballero, que es gentil-hombre de su majestad el rey nuestro señor, á quien Dios conceda muchos años de vida y de felicidad...

—¡El rey!—interrumpió el novicio, levantando vivamente la cabeza y fijando la mirada en el caballero.

Pero apenas la hubo levantado, volvió á inclinarla más que antes y de manera que era muy difícil verle el rostro, y quedó inmóvil como una estátua.

Si el gentil-hombre no hubiese estado preocupado con la idea de cumplir pronto la órden de su majestad, habria visto que el novicio era muy jóven y que sus grandes ojos, negros como el azabache, se habian iluminado repentinamente con extraño fulgor.

No tenemos que decir que habia querido la casualidad que el novicio fuese Felipe.

—A la celda de fray Fulgencio,—dijo el donado acabando la frase.

Felipe, que habia reconocido sobradamente al gentil-hombre, no pronunció una palabra, dió media vuelta y con lentos pasos se dirigió hácia la escalera principal.

El caballero lo siguió sin sospechar que tan cerca tenia al célebre paje, misteriosamente desaparecido, objeto de todas las conversaciones y protagonista de las

historias que se habian referido y escuchado con tanta atencion.

Y en verdad que el caballero se hubiese alegrado mucho de saber que el antiguo paje era la persona que se ocultaba bajo el pardo y tosco sayal, y decimos que se hubiese alegrado, porque era uno de los que más sinceramente amaban al desgraciado niño y lo admiraban, y por consiguiente uno de los que habian hecho mayores esfuerzos para encontrarlo.

Silenciosamente adelantaron, llegaron á la puerta de la celda, abrió Felipe, y extendiendo un brazo, señaló hácia la segunda puerta.

El caballero dijo entonces.

—Gracias.

Y atravesó la primera habitacion, entrando luego en la segunda, ó sea la verdadera celda de nuestro capuchino.

Allí estaba éste, leyendo como casi siempre hacia, ó meditando y combinando alguna nueva intriga.

Cuando el mancebo quedó solo, levantó la cabeza.

Sus negros ojos brillaron.

—¿Qué significa esto?—se preguntó.—¿Por qué vienen á buscar á fray Fulgencio de parte del rey? ¿Qué sucede en palacio?... A palacio fué ayer mi madre, no ha vuelto á pesar de que sabe que la espero ansiosamente... ¡Oh!... No, mi dolor no me hará olvidar mis deberes, ni tampoco ha entiviado ni entiviará mis afecciones.

Y esto diciendo, adelantó hasta la puerta de la celda, inclinándose y poniendo el oido junto al agujero de la

cerradura, como habia hecho el dia que estuvo allí don Iñigo de Covadonga.

El capuchino y el caballero no habian hecho todavía más que saludarse, cruzando algunas palabras corteses, y cuando Felipe se puso á escuchar, el fraile decia:

—Aunque no sea más que algunos momentos, podeis descansar.

—Su majestad me espera,—replicó el caballero.

—Entonces decidme á qué debo la honra de esta visita.

—El rey desea que os presenteis inmediatamente en palacio.

—Precisamente en estos momentos me teníais pensando en ir á solicitar la honra de saludar á su majestad, de manera que aun cuando no hubiéseis venido, más ó menos tarde se hubiesen cumplido los deseos de nuestro buen rey.

—Pues si os parece bien...

—Iré con vos; pero sentaos mientras dejo el libro y arreglo los hábitos.

—Os espero.

—¿Y qué novedades hay por la corte?

—Nada de particular á no ser el disgusto que anteanoche nos dió un pobre loco que se introdujo en la cámara de su majestad, ó que segun dicen otros fué introducido allí por órden del mismo rey y para evitar un escándalo.

—Y sin duda ese infeliz faltó al respeto debido á su rey...

—Y hubo que encerrarlo y encerrado está, aunque quiso resistirse y gritó diciendo mil desatinos, hablando unas veces de la difunta hija de don Alfonso de Guevara, á quien supone viva, y otras llamando asesino á don Iñigo de Covadonga.

—¡Desgraciado!—repuso el fraile con tono compasivo.

—Yo no doy ninguna importancia al suceso, porque tampoco la tiene ese infeliz; sin embargo, como ya sabeis que de todo se saca partido para hacer comentarios y murmurar, han creido algunos que se trata de algun gravísimo secreto de Estado.

—Por eso su majestad ha hecho muy bien en mandar que lo encierren, y seria una imprudencia devolverle la libertad.

—En las cuevas de palacio está todavía, y segun he podido entender, un dia de estos se le trasladará al alcázar de Segovia.

—Muy bien pensado, muy bien, porque con semejante manía de resucitar muertos y llamar asesinos á hombres honrados, ese loco es mil veces más peligroso que el cuerdo más criminal.

—¿Ya estais?

—Dispuesto me teneis á seguiros.

Iban á salir.

Felipe, que no habia perdido una sola palabra, enderezóse como si tuviese que hacer un gran esfuerzo.

Su rostro estaba lívido y desfigurado y por su frente corrian gruesas gotas de frio sudor.

En su mirada habia algo de febril extravío.

No era posible que adivinase la verdad por las pocas palabras pronunciadas por el gentil-hombre; pero á los oidos del infeliz mancebo habia llegado el nombre de Angélica, y tambien con la calificacion de asesino, se habia hecho mencion de don Iñigo de Covadonga.

Verdad es que todo esto se referia á las palabras de un loco; pero el loco habia dicho la verdad al acusar á don Iñigo.

El trastorno de Felipe fué tal, que no se dió cuenta de lo que sentia ni de lo que pensaba.

Excepto el dia que entró en el convento y que la fiebre extravió su razon, nunca sus ideas habian sido tan confusas.

Instintivamente puede decirse que comprendió la necesidad de separarse de la puerta para no ser sorprendido, y como el que hace el último esfuerzo para salvar la existencia, un esfuerzo sobre natural, alejóse de allí con pasos vacilantes, y apoyándose en las paredes pudo llegar á su celda, donde se dejó caer en el lecho.

Entretanto el gentil-hombre y el capuchino salieron del convento.

—Angélica, Angélica,—murmuró el novicio con sorda voz.—¿Quién es ese hombre, ese pobre loco?... ¡Dios mio, Dios mio!... Y mi buena madre no viene.

El infeliz guardó silencio y quedó inmóvil.

CAPITULO XXIII.

Felipe hace más descubrimientos.

Las palabras del gentil-hombre no habian sido para Felipe una verdadera revelacion del secreto de la existencia de la hija de don Alfonso, sino un rayo de luz que le hizo adivinar graves intrigas en palacio, intrigas en que fray Fulgencio debia representar un importantísimo papel.

El mancebo hubiera mirado con indiferencia aquellas intrigas, porque para él no tenian ya interés alguno las luchas mundanas; pero tal vez la mujer virtuosa que le habia servido de madre, era una de las víctimas de fray Fulgencio, y así debia presumirse, puesto que el dia anterior habia ido María á palacio y no habia vuelto.

Dos noches antes, segun el caballero habia dicho, habíase encerrado á un pobre demente que hablaba de los crímenes de don Iñigo y de Angélica de Guevara, y á la

mañana siguiente habia ido María á palacio y habia desaparecido.

Esta coincidencia tenia mucho valor, y para darle más, el rey enviaba en busca de fray Fulgencio.

Aun cuando Felipe no hubiese estado trastornado, pudiendo discurrir como nosotros lo hacemos, sus ideas habrian sido confusas, y aventurados, inseguros, vagos todos sus cálculos.

¿Debia prolongarse mucho su trastorno?

No, porque aunque profundo, no estaba entonces agoviado por el dolor, ó mas bien por el dolor no era producido, sino por un rayo de esperanza, que aunque muy débil, era esperanza risueña al fin.

Desde que entró en el convento, aunque no habia dejado un solo instante de pensar en Angélica, no habia oido pronunciar el nombre de ella, y al oirlo sintió lo que no podemos explicar, ni nadie puede concebir.

Esto no significa que Felipe hubiese llegado á creer que la hija de don Alfonso vivia, que habia resucitado.

Otra razon habia para que Felipe hiciera toda clase de esfuerzos hasta conseguir dominar su trastorno; los momentos eran preciosos, fray Fulgencio habia salido dejando en libertad al jóven, y de esta libertad podia sacarse gran provecho.

No pasaron más de cinco minutos cuando Felipe sintió que en su espíritu se operaba una revolucion completa, y repentinamente se incorporó, saltó del lecho, se pasó las manos por la frente, apretó los puños, arrugó el entrecejo y exclamó enérgicamente:

—¡Vive el cielo!

Mal cuadraba esta frase en boca de un novicio, de una criatura que se habia separado voluntariamente del mundo, dedicándose á Dios, y ansiando el dia del eterno descanso.

—Se trata de mi madre,—dijo,—y para protegerla volveré á ser lo que he sido siempre, sabré dominar mi dolor y lanzarme en medio del mundo para luchar, y cuando haya triunfado, cuando haya cumplido mi deber, buscaré nuevamente el silencio del claustro y esperaré con tranquilidad la muerte.

No pensaba abandonar inmediatamente el convento y cambiar de vida, sino que estaba decidido á hacerlo así si preciso fuese para proteger á la virtuosa María.

—¿Quién es ese hombre calificado de loco?—dijo despues de algunos instantes.—¿Por qué á pesar de su locura se presenta en palacio para acusar á don Iñigo? ¿Por qué pronuncia el nombre de Angélica y dice que no ha muerto la infeliz?... ¡Oh!... Basta, pensamiento mio, basta que si de todo me ocupo á la vez, acabaré por confundirme y nunca como ahora he necesitado de toda mi inteligencia, nunca como ahora he necesitado la calma.

Poco tiempo perdió en reflexionar el mancebo, pues aún no habian pasado otros cinco minutos, cuando salió de su celda y fué á la del superior, solicitando que se le concediese la gracia de permitirle salir del convento para ir á ver á la que le habia servido de madre, pues temia que estuviese enferma.

El superior no ignoraba los lazos de ternura y de gratitud que unian á Felipe con aquella buena mujer, y

considerando muy justa la peticion, concedió la licencia.

Salió Felipe del convento, atravesó la estrecha calle y llamó á la puerta de la morada de María.

Nadie le respondió.

El mancebo volvió á llamar con toda su fuerza, y tanto repitió los golpes, que al fin una vecina de la casa inmediata se asomó, preguntando:

—¿A quién buscais?

—A la señora María,—respondió Felipe levantando la cabeza.

—¡Ah!—repuso la vecina, que era muy curiosa, y como estaba siempre en observacion de cuanto sucedia en la calle, habia visto al jóven las dos veces que éste habia ido á visitar á su protectora y lo reconoció al instante.—Ya sé quién sois y me extraña sobremanera que vengais á buscar á mi vecina, pues debíais saber que no está en casa.

—¡Que no está!... A estas horas...

—A estas horas la ví salir ayer por la mañana.

—Es cierto.

—Y como dos horas despues, me asomé por casualidad y la ví que volvia por el lado de la calle de las Infantas: pero ya se vé, como los otros la detuvieron y se fué con ellos...

—¿Con quién?—preguntó el mancebo afanosamente.

—¡Ay, hermano!... Yo nada puedo deciros, porque nada sé, y no quisiera que se dijese que me ocupo de la vida de nadie, metiéndome en lo que no me importa. Me preguntais por la señora María y os digo que no ha

vuelto desde ayer; pero nada mas, porque no conozco á los dos hombres que hablaron con ella y en cuya compañía se fué, ni puedo adivinar qué clase de asunto trataron, porque ya veis, desde mi ventana no pude oir.

Entonces fué cuando verdaderamente quedó Felipe aturdido.

María habia ido á palacio, habia vuelto, y sin entrar en su casa habló con dos hombres y con ellos se fué.

Sospechaba la vieja, porque vieja era la vecina, que aquellos dos hombres vestidos de negro y con largas espadas eran esbirros de la Inquisicion; pero no estaba dispuesta á decirlo por temor de que la acusasen de meterse en los asuntos del Santo Tribunal, haciendo con ella lo que habian hecho con su vecina.

Todo esto era misterioso á más no poder.

—Al menos,—repuso Felipe,—podreis decirme qué trazas tenian esos hombres.

—No eran caballeros.

—Y observaríais tambien los gestos y ademanes mientras hablaban.

--No hicieron nada de particular.

—Pensad, buena mujer, que vengo angustiado porque ignoro lo que ha sido de la desgraciada á quien debo la existencia.

—Os compadezco; pero no sé mas.

Inútil era perder más tiempo.

No era posible adivinar la verdad: pero sí estaba claro que se habian apoderado de María abusando de su sencillez para engañarla.

¿Y de quién habia partido el abuso?

Felipe reflexionó, convenciéndose de que ante todo le era preciso hablar con doña Margarita, única persona que podria darle explicaciones que al menos le sirviesen de guia.

Quizá la noble doncella ignoraba lo que habia sido de María; pero en cuanto á lo demás estaria al corriente de todo.

Pero el novicio no podia presentarse en palacio, y sin la ayuda de su segunda madre no podia tampoco enviar una carta á doña Margarita.

Ni siquiera tenia el recurso inmediatamente de sobornar á uno de los criados de la comunidad, porque sobre ser esto difícil, no contaba con dinero.

Le era forzoso volver al convento sin dar un paso más, esperando nueva ocasion, que tal vez tardaría mucho en presentarse.

¿Y qué seria entretanto de la pobre María?

Esperar era lo mismo en aquella situacion que abandonarla.

La prudencia aconsejaba á Felipe volver á su celda y disimular; pero su corazon no se lo permitia.

El infeliz dudó, sostuvo una lucha desgarradora y estuvo muy cerca de cometer en aquellos momentos toda clase de locuras; pero al fin consiguió dominarse, y aunque de muy mala gana, volvió al convento.

No habia perdido la energía, ni era posible que la perdiese, porque estaba desesperado y la desesperacion le daba fuerzas y valor para todo.

—Disimularé, esperaré,—dijo:—llegará el dia de la justicia y la reparacion, y entonces, ¡ay de los que me

han herido el alma, de los que me han destrozado el corazon!

Desde aquel momento puede decirse que el capuchino tenia muy cerca de sí un enemigo verdaderamente terrible.

Dejaremos al mancebo para ir á palacio y ver cómo el astuto fraile satisfacia la curiosidad del rey.

CAPITULO XXIV.

Cómo se explica el fraile.

A fray Fulgencio le bastó una mirada para conocer que Luis I estaba preocupado, disgustado y hasta intranquilo.

La causa de la preocupacion la adivinó fácilmente el fraile, pues conocia muy á fondo al jóven monarca.

—Padre,—dijo este apenas vió al capuchino,—dos dias os he esperado con verdadera ansiedad, y al fin he tenido que llamaros.

—Señor,—respondió fray Fulgencio con su tranquilidad inalterable,—no ignora vuestra majestad que á todas horas me ocupan graves asuntos, y esa ha sido la causa de no haber tenido la honra de venir.

El rey miró por algunos instantes al capuchino, preguntando luego:

—¿Qué sucede?

Fray Fulgencio miró á su vez con extrañeza al monarca y respondió:

—No tengo noticias de que suceda nada de particular.

—¿Sabeis para qué os he llamado?

—Supongo que vuestra majestad quiere honrarme otra vez, preguntándome cuál es mi opinion sobre algun negocio de importancia.

—Lo que quiero son explicaciones.

El fraile se encogió de hombros, haciendo un gesto que quería decir:

—No entiendo.

Luis I añadió:

—He seguido los consejos de mi augusto padre y los vuestros; pero despues de haberlos puesto en práctica, dudo si he cometido una injusticia, y sobre todo, me pregunto qué significa este enredo y no acierto á explicármelo.

—Perdone vuestra majestad mi torpeza; pero aún no comprendo...

—¿Habeis olvidado al sacristan de San José?

—¡Ah!...

—¿No os acordais ya de esa mujer que pretende ser la hija de don Alfonso de Guevara?

—Para mí era ese un asunto concluido.

—Vino Marcelo á palacio, dispuse que lo encerrasen, y encerrado está.

—Así ha evitado vuestra majestad que se produzcan grandes escándalos.

—Pero ese hombre insiste en que no ha muerto la hija de don Alfonso.

—¿Y la prueba?

—Mi esposa asegura tambien que ha visto á la pobre Angélica y que me la presentará para que no me quede duda.

—Señor, se han empeñado en hacer de vuestra majestad un alcalde de casa y corte. Supongamos que Angélica de Guevara no ha muerto.

—Ella debe presentarse á su padre.

—Y sin embargo no lo hace, sino que huye, se oculta.

—Y mi esposa, despues de exigirme explicaciones que no le he dado y de echarme en cara que me dejo dominar por los partidarios de doña Isabel de Farnesio, se ha encerrado en la reserva más absoluta.

—Lo cual significa que no puede presentar ninguna prueba.

—De cualquier modo, yo quiero ver á esa mujer.

—¿No está encerrado Marcelo?

—Sí.

—Pues ella, que sin duda teme un terrible castigo...

—¿Qué ha hecho?

—Ha desaparecido.

—¡Padre!...

—Eso me han dicho, sin que yo pueda responder de la verdad.

—¿No habeis visto vos á esa mujer?

—De lejos y medio á oscuras, de modo que no puedo negar ni afirmar. Este asunto, señor, me parece muy sencillo, y si vuestra majestad me hubiese exigido antes explicaciones, yo se las habria dado satisfactorias.

—Eso es lo que quiero.

—A nadie defiendo ni á nadie acuso, porque mi sagrado carácter me prohibe mezclarme en cierta clase de intrigas. Dicen que don Iñigo de Covadonga es dueño de unas riquezas que no le pertenecen, fundándose en que su hermano don Felipe se casó y tuvo un hijo, que es el legítimo heredero. ¿Dónde está la prueba de ese matrimonio y de la existencia de esa criatura? Todo ello podrá ser verdad, pero necesita justificacion. Hay un hombre que dice era dueño de esas pruebas y que se las han robado. ¿Qué ha de hacer vuestra majestad? Y ese mismo hombre aparece además como salvador de la hija de don Alfonso de Guevara.

—Me confundo,—interrumpió el rey.

—Algo sé que no puedo revelar, porque se me ha confiado bajo el secreto impenetrable de la confesion, y algo sabe tambien el augusto padre de vuestra majestad, algo que no ha querido decirme; pero de lo que sé y de lo que sospecho, de lo que veo y de lo que adivino, deduzco que ese hombre es un impostor.

—Además mi esposa cree que el hijo de don Felipe de Covadonga no es otro que su antiguo paje.

—Y como el paje estaba enamorado de doña Angélica, se ha enlazado así la historia de ésta con la de don Iñigo, complicándose de tal modo, que si alguien la entiende, no puede ser nadie más que yo que conozco secretos de muchísima importancia. ¿Qué más he de decir á vuestra majestad? ¿Qué he de aconsejarle? Falsa ó verdadera la acusacion que se ha lanzado contra don Iñigo, ha llegado hasta este lugar respetable para servir de pas-

to á la murmuracion y el resultado ha sido, y permítame vuestra majestad que lo diga con franqueza, el resultado ha sido que las augustas personas que ocupan el trono español, desciendan para tomar parte en una intriga como el último de sus vasallos.

Se contrajo por un momento la frente del rey.

—Señor,—prosiguió diciendo el fraile,—yo estoy obligado á decir la verdad sin miramiento alguno.

—Eso quiero.

—Cuando su augusto padre ceñia la corona...

—No sucedia nada de esto.

—Si don Iñigo de Covadonga es criminal, tribunales hay para que lo castiguen, y si doña Angélica de Guevara vive, que acuda á los tribunales pidiendo amparo y en reclamacion de sus derechos. Y en cuanto al paje, no me parece que debe tomársele en consideracion. Desesperado huyó el infeliz, y si se ha refugiado con su dolor en una celda, justo es que lo dejemos en paz.

—Pero Marcelo...

—Acusa sin presentar pruebas, y mientras no las presente, debe vuestra majestad considerarlo un impostor.

—Todo eso está bien, padre; pero aún me queda una duda.

—Muchas veo que agitan á vuestra majestad.

—Mi esposa será capaz de cometer cualquier locura, pero no es una mujer degradada hasta el punto de hacerse cómplice de cierta clase de gente, y ella afirma, jura...

—Porque ha sido engañada.

—Dice que ha visto...

—Sí, de noche, en un aposento lóbrego, vió disfrazada á la supuesta hija de don Alfonso. Y allí fué vuestra esposa bajo una presion de ánimo que la turbaba, fué con la conviccion de que habia de encontrar á doña Argélica, y encontró una mujer jóven y hermosa, con los cabellos rubios y los ojos negros, una mujer que suspiraba tristemente, que lloraba sin cesar...

—Comprendo.

—Sin sospechar un engaño, la abrazó, la consoló, y se puso despues á escuchar la horrible historia contada por Màrcelo. Esto no significa malicia, sino demasiada buena fé. Si otra vez la hubiese visto á la luz del dia y hubiese entablado con ella conversacion, tal vez se habria convencido de que era víctima de un abuso.

El monarca guardó silencio.

Habia deseado vivamente hablar con el capuchino, y ya no sabia qué preguntarle.

Era inútil continuar aquella conversacion, porque el fraile, cuando se trataba de cierta clase de explicaciones, aseguraba que no podia revelar secretos que se le habian confiado en confesion.

El rey con todo su poder no era bastante para obligar al capuchino á violar aquellos secretos.

De cuanto el fraile habia dicho no se deducia nada, puesto que ni habia negado ni afirmado.

Si algun dia se probaban los crímenes de don Iñigo y la existencia de la hija de don Alfonso, el astuto capuchino quedaria fuera de toda responsabilidad, puesto que ya habia dicho que á nadie acusaba ni defendia.

El silencio del rey tranquilizó á fray Fulgencio en lo único que en aquellos momentos temia, pues se convenció de que la segunda carta de Felipe la habia guardado la reina.

—Pues bien,—dijo al fin el monarca,—ya que no explicaciones, dadme consejos.

—Antes será preciso que vuestra majestad me manifieste lo que ha determinado con respecto á ese hombre.

—Pensé enviarlo á Segovia; pero me he detenido hasta conocer vuestra opinion.

—Há pasado vuestra majestad bastantes malos ratos.

—No os equivocais.

—La atencion de vuestra majestad ha estado fija en este asunto cuando lo reclaman otros más graves.

—Ciertamente.

—Yo aconsejo, pues, á vuestra majestad, que cualquiera que sea la resolucion que adopte, no escuche á Marcelo, porque este es el único modo de concluir de una vez.

El consejo no le pareció bien al rey, porque ante todo queria satisfacer su viva curiosidad; pero disimuló y se concretó á decir:

—Ese hombre irá á Segovia.

—Si vuestra majestad lo escucha...

—No lo escucharé.

—Así quedará todo terminado, y vuestra esposa acabará por desengañarse y olvidarse de este asunto.

—Y entretanto el paje...

—Hará lo que mejor le parezca, sin que de sus acciones pueda ser responsable vuestra majestad. Si se ha en-

cerrado en un convento, asegurará la salvacion de su alma, mientras que en el mundo tal vez se hubiera perdido. Esta es mi opinion, y ahora vuestra majestad determinará lo que mejor le parezca.

—Ante todo quiero que me dejen tranquilo.

—Tranquilo quedareis, señor, si os negais á tomar en este asunto la parte que corresponde á los tribunales.

Muy poco más hablaron.

Luis I, arrepentido ya de haber llamado al capuchino, lo despidió con alguna frialdad.

Fray Fulgencio se encogió de hombros y salió de la cámara mientras decia para sí:

—Nada me importa tu enojo, pobre niño, porque mal que te pese, las riquezas de don Iñigo irán á la comunidad, ó por lo menos algunos millones que tomaremos á cambio de los papeles.

Y echando bendiciones y dando á besar la diestra á los devotos cortesanos, salió de la real morada y se encaminó á su convento.

CAPITULO XXV.

Lo que determinó el rey niño.

Entretanto el rey, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, dió algunos paseos por la cámara.

Cinco minutos despues se detuvo, llamó y dijo á un gentil-hombre.

—Haced que el preso que está en las cuevas venga inmediatamente aquí con lás precauciones debidas, y que en la antecámara queden algunos soldados por lo que pueda ocurrir.

El gentil-hombre se inclinó y salió.

El rey volvió á pasearse.

No desistia de satisfacer su curiosidad, y esta era precisamente el mayor enemigo del capuchino, porque las palabras de Marcelo debian ser como un rayo de luz para el jóven monarca.

Preparábase una escena bien extraña por cierto, y cuyos resultados nadie hubierapodido adivinar.

Más de un cuarto de hora pasó y al fin en una de las puertas de la cámara apareció el honrado sacristan entre dos gentiles-hombres.

Por un exceso de precaucion habian atado las manos del infeliz.

Su rostro estaba pálido y desfigurado y su mirada era profundamente sombria y se fijó en el rey con indiferencia, casi con desden.

No estaba abatido Marcelo, sino que por el contrario nunca se habia sentido con más valor para arrostrarlo todo, nunca habia estado tan dispuesto á llevar la audacia hasta el último punto.

¿Qué le importaba cuanto pudiera sucederle si conseguia el castigo del criminal y la salvacion de las inocentes víctimas?

Cuando le dijeron que el rey habia mandado que lo llevasen á la real cámara, Marcelo se encogió de hombros, desplegó una amarga sonrisa y dijo:

—Vamos.

Estas eran las únicas palabras que habia pronunciado en su encierro, y no porque tuviese miedo á las mordazas, sino porque no se dignaba hablar.

Luis I hizo una seña á los gentiles-hombres y estos salieron de la cámara; luego contempló al sacristan y le dijo:

—Acércate.

Marcelo dió algunos pasos, se detuvo, levantó la cabeza y volvió á fijar su mirada sombria en el monarca.

Este preguntó despues de algunos momentos y con toda la gravedad que le permitian sus pocos años:

—¿Deseabas verme?

—Sí,—respondió con breve acento Marcelo.

—¿Acaso puedes justificarte?

—Señor, ya estoy justificado ante mi conciencia, y en cuanto á los hombres, no me importan sus injusticias, porque todo lo espero de Dios.

—Sin embargo, cuando el mundo acusa, es preciso rechazar la acusacion.

—A mí no se me acusa de nada.

—Has producido un grave escándalo, diciendo que vive la hija de don Alfonso de Guevara y que don Iñigo de Covadonga es un ladron.

—Y un asesino.

—Hace algunos meses me referiste una historia.

—Dije la verdad.

—Nada me hablaste entonces de Angélica de Guevara.

—No me estaba permitido revelar ese secreto.

—Voy á darte una prueba de que soy justo.

—La espero, señor,—dijo con calma el honrado Marcelo.

—¿Por qué aseguras que Angélica vive?

—Porque no murió y yo la saqué del ataud y la llevé á mi pobre casa accediendo á sus ruegos.

—Verdad ó mentira quiero conocer todos los detalles de ese suceso extraño.

—Ya no tengo motivos para guardar reserva, porque el secreto fué conocido al fin por don Alfonso de Gue-

vara, que se ha llevado á su hija con intenciones que no puedo adivinar.

Cuanto hasta entonces habia sucedido no produjo en el rey el efecto que las últimas palabras del sacristan.

¿Era posible que éste mintiese con tanto descaro?

La curiosidad de Luis I llegó hasta el último punto.

Angélica vivia, lo sabia su padre, habíase apoderado de ella y la ocultaba, haciendo un misterio de lo que debia ser el suceso más público.

Algunos minutos trascurrieron sin que el monarca acertase á replicar.

Su mirada permaneció fija en Marcelo, y al fin exclamó:

—¡Ah!... ¿Qué estás diciendo?... ¡Don Alfonso, don Alfonso!... ¿Cuándo ha sucedido eso?... Habla, habla pronto, y si intentas engañarme...

—No sé mentir.

—Todo quiero saberlo, y quiero tambien las pruebas, porque necesito hacer justicia.

—Señor, las pruebas son muy difíciles en estos momentos, porque ya he dicho que doña Angélica ha desaparecido...

—Bien, bien... Ante todo díme cómo se salvó esa desgraciada.

—Como se han salvado otros en su misma situacion. Los médicos se equivocaron y la creyeron muerta. El ataud quedó en las bóvedas, y cuando llegó la noche fuí á colocarlo en el nicho...

—Pero el ataud estaba cerrado.

—Sí, cerrado estaba; pero rompí la cerradura cuando

me apercibí de que en su interior sonaba ruido, y doña Angélica de Guevara me pidió amparo, porque tenia la seguridad de que al volver al lado de su padre intentaria éste por segunda vez obligarla á casarse con don Iñigo de Covadonga.

—Tu deber era dar parte de todo al cura de la parroquia, y él hubiera adoptado la resolucion más justa y conveniente.

—Es verdad, señor, ese era mi deber y no se me ocultaba; así quise hacerlo, y así lo hubiera hecho á no detenerme las súplicas desgarradoras de aquella infeliz y la circunstancia de que en el trascurso de sus explicaciones ví clara y distintamente la mano de Dios. ¡Oh!... Ya que vuestra majestad quiere explicaciones, nada le ocultaré, ni en cuanto á los sucesos, ni en cuanto á los sentimientos de doña Angélica y los mios.

El rey empezó á sentirse vivamente impresionado.

Volvió á contemplar el noble semblante de Marcelo y le dijo:

—Espera.

Luego tomó la campanilla, haciéndola sonar y diciendo al gentil-hombre que se presentó.

—¿Por qué habeis atado las manos á este hombre?

—Señor, así lo hemos creido prudente, porque...

—Desatadle.

—Obedeció el gentil-hombre.

—Salid,—añadió el rey,—que se alejen los soldados, que nadie quede en esa antecámara, absolutamente nadie, y que nadie tampoco entre aquí sin que yo llame.

Esta órden se cumplió con toda exactitud.

Volvieron á quedar solos el monarca y Marcelo.

Ya no debian temer que nadie los escuchase, ni mucho menos que los interrumpiesen.

Acomodóse el rey en su sillon y dijo:

—Ya te escucho.

—No habrá olvidado vuestra majestad los espantosos sucesos que le referí, dándole á conocer los crímenes de don Iñigo de Covadonga.

—No lo he olvidado.

—Tambien sabe vuestra majestad que estaban en mi poder las pruebas de esos crímenes, y que despues de la muerte de mi amada esposa, ví que me las habian robado sin que me haya sido posible sospechar quién ni cómo.

—Prosigue.

—Saqué del ataud á doña Angélica, escuché conmovido sus tiernas súplicas y le pregunté quién era el hombre que tanto horror le inspiraba y á quien querian unirla con el lazo indisoluble del matrimonio, y cuando ella me dijo que ese hombre era el señor de Covadonga, el mismo á quien yo habia buscado tantos años, el mismo á quien reconocí por su rostro y por la cicatriz de su siniestra mano, cuando esto me dijo, creí que Dios habia dispuesto que los médicos se equivocasen y que la desdichada jóven se pusiese bajo mi proteccion y me demandase socorro.

—Extraña coincidencia,—murmuró el rey.

—Las virtudes de doña Angélica son conocidas de todos y me horroricé á la sola idea de que una mujer de sentimientos tan nobles, una criatura verdaderamente

angelical, estuviese unida á un miserable como don Iñigo, cuyos crímenes no tienen comparacion. Mi deber era dar parte del suceso, es verdad; pero, ¿no era tambien mi deber evitar que se uniesen y confundiesen en una sola el alma pura de doña Angélica y el alma ennegrecida del señor de Covadonga? Permitir eso cuando me era fácil estorbarlo, me pareció un crímen, creí que era oponerme á los decretos de la justicia divina.

—Tal vez.

—No pude resistir y prometí á la desdichada el socorro que me pedia. Estábamos solos, nadie podia estorbarme cumplir mi noble propósito, y no perdí más tiempo que el preciso para consignar por escrito lo que acababa de suceder, haciendo que la resucitada añadiese algunas líneas declarando que todo era verdad.

—Y ese papel...

—Lo coloqué en el ataud, tapié la cripta y guardé el secreto como habia prometido. Doña Angélica, gracias á mis cuidados ó más bien á la divina misericordia, recobró las fuerzas. Entonces comprendimos todas las dificultades de nuestra situacion extraña. No se me ocultaba la responsabilidad que habia echado sobre mí; pero ni por un solo instante me arrepentí de mi buena obra.

—¿Y cómo pudo suceder que la reina conociese el secreto?

—Otro suceso de mayor importancia tuvo antes lugar.

—Sepamos.

—Doña Angélica estaba enamorada y acabó por con-

fiarme el secreto de su amor. Ignoraba ella si era amada tambien, y esto fué motivo para que creciesen mis temores.

—Sí, enamorada de un paje que ha desaparecido.

—Y ese paje es el hijo de don Felipe de Covadonga, el rival de su tio...

—Así lo sospechais.

—Y al pobre huérfano lo habia criado una virtuosa mujer que tambien habitaba en la casa de Tocame-Roque, muy cerca de mí, como si Dios hubiera querido ponerla á mi lado... ¡Oh!—exclamó Marcelo, apretando desesperadamente los puños.—Una mañana fué Felipe á visitar á la que le habia servido de madre, y doña Angelica lo vió, y Felipe no volvió más, y la honrada María desapareció aquella noche sin que nadie haya podido averiguar su paradero.

—Más misterios.

—Una doncella de vuestra augusta esposa...

—Sí, doña Margarita.

—Fué á la casa de Tocame-Roque en busca de María, por si esta le daba noticias del paje, y llamó á la puerta de mi cuarto, y se encontró con doña Angélica...

—Ahora comprendo.

—Felipe amaba tambien, era preciso encontrarlo á toda costa...

—Se le buscó inútilmente.

—Vuestra majestad sabe que el desgraciado escribió, hablando de los crímenes de don Iñigo y manifestando la esperanza de descubrir donde se encontraban las pruebas que me habian sido robadas.

—Y despues de todo eso, cuando esperábamos una segunda carta del paje...

—Ha sucedido lo que no acierto á explicar.

—Continúa.

—Hace tres dias volví á mi casa despues de anochecido; segun costumbre llamé á mi cuarto, y una vecina me entregó la llave que le habia dado doña Angélica al salir poco antes. Quedé aturdido, pregunté á la vecina y me respondió que no sabia más sino que la infeliz jóven se habia ido al oscurecer con un fraile de la comunidad de Capuchinos de la Paciencia.

—¡Un capuchino!—exclamó el rey.

—Hice nuevas preguntas á otros vecinos y entonces supe que habian llegado dos coches, que el capuchino habia entrado en la casa y que entretanto por una de las ventanillas del coche que se habia colocado á la embocadura de la calle de Belen, asomó la cabeza de un caballero.

—¿Nadie lo conoció?

—Sí, porque es bien conocido en la calle y aun en todo el barrio.

—¿Y era?...

—Don Alfonso de Guevara.

—¿Y su hija?...

—Salió con el capuchino, que entró en el coche donde estaba el caballero mientras ella se acomodaba en el otro. Y se fueron por la calle de Belen, y desaparecieron, y yo vine á buscar á doña Margarita...

—Un capuchino, un capuchino,—murmuró el rey como si hablase para sí.

Y su frente se contrajo, y su mirada se tornó sombria como la de Marcelo.

Y como si hubiese estado solo, continuó diciendo en voz baja.

—Hé ahí los secretos... Parece imposible... ¡Fray Fulgencio!... No, no... Y nada se ha dicho... ¿Es verdad que Angélica vive? ¿Y por qué la oculta su padre?... Y entretanto Felipe... Bien, bien... ¡Oh!... Soy un niño, es verdad; un niño... ¿No seré hombre siquiera por un dia, por algunos minutos?

Luis I habia inclinado la cabeza y permaneció largo rato inmóvil y silencioso.

Por fin habia llegado un rayo de luz á su inteligencia; pero, ¿qué resolucion adoptaria?

Esto es lo que no podemos adivinar.

¿Con qué fin se proponia ser hombre siquiera por algunos minutos?

Marcelo, tranquilo como antes, permaneció tambien inmóvil.

El rey levantó por fin la cabeza.

Su rostro se habia cubierto de palidez nerviosa.

Algo extraordinario sucedia en el alma de aquel niño.

—Escucha,—dijo mientras fijaba una mirada ardiente en el sacristan,—escucha y no olvides ni una sola de mis palabras.

Marcelo se concretó á mover la cabeza en señal de asentimiento.

—Aunque tengo pocos años,—añadió el rey,—mi cólera es terrible. Podrá mi enojo ser pasajero; pero

por pocos intantes que dure, sobran para aniquilarte.

—Mi conciencia está tranquila.

—No sé si me engañas; pero Dios te libre de hacerlo.

—El tiempo lo dirá.

—Te devuelvo la libertad.

—¡Señor!—exclamó Marcelo con profunda sorpresa.

—Sí, ahora mismo vas á salir de aquí completamente libre; pero te prohibo volver á palacio, si bien podrás, del modo que mejor te parezca, ponerte en comunicacion con doña Margarita.

—¿Nada más exige de mí vuestra majestad?

—Te prohibo tambien volver á la casa de Tocame-Roque, ni pasar siquiera por la calle del Barquillo, á menos que lo hagas disfrazado á favor de las tinieblas de la noche, ó de manera, en fin, que nadie pueda reconocerte.

—Juro por mi alma obedecer á vuestra majestad.

—Aún quiero más: no te presentarás tampoco en la iglesia de San José, buscarás albergue donde te se antoje, vivirás oculto...

—Sí; pero buscaré al paje y á doña Angélica...

—Y las pruebas de los crímenes de don Iñigo.

—Comprendo, señor: cuantos me conocen creerán que he desaparecido para siempre, y si se habla del suceso que tuvo lugar la otra noche en este sitio, supondrán que estoy encerrado en un calabozo.

—Y si cometes una torpeza...

—No la cometeré.

—Te espera el alcázar de Segovia, no lo olvides.

—No lo olvidaré, señor.

—Si es verdad que Angélica de Guevara vive y algun dia descubres su paradero, si es verdad que don Iñigo de Covadonga despojó á su sobrino de las riquezas que le pertenecian, y alguna vez encuentras las pruebas que te robaron...

—Entonces olvidaré las prohibiciones de vuestra majestad, y volveré á este sitio.

—Tal vez,—repuso el monarca,—una casualidad cualquiera me dará á conocer el lugar en que te ocultas.

—Es probable que suceda así,—dijo Marcelo.

No habló más el rey.

Levantóse, abrió uno de los cajones de una preciosa papelera, sacó un bolsillo que contenia bastantes monedas de oro, y dándoselo al sacristan, le dijo:

—Te prohibo que vuelvas á la iglesia de San José donde ganas para vivir; pero no te condeno á morir de hambre.

—Señor, nada necesito más que mi libertad...

—El dinero se necesita siempre y sirve para todo. Cuando este te se concluya, creo que no te abandonará mi esposa.

—Señor...

—Adios,—replicó el monarca.

Y otra vez hizo sonar la campanilla.

Entró un gentil-hombre.

El rey señaló hácia Marcelo y dijo:

—Este hombre queda en libertad: guiadlo hasta las puertas de palacio y que nadie se atreva á dirigirle una sola pregunta.

Y pronunciadas estas palabras, acercóse Luis I á una puerta, levantó la cortina y desapareció.

El gentil-hombre miró con extrañeza al sacristan, que ya habia guardado el bolsillo; pero no se atrevió á preguntarle.

Cinco minutos despues se encontraba Marcelo fuera de la morada real.

Ante todo necesitaba reflexionar.

¿A dónde iría?

Tomó hácia la izquierda, atravesó una parte del Prado de San Gerónimo, buscó un sitio solitario y se sentó en el suelo entre la espesura y á la sombra de los árboles.

CAPITULO XXVI.

El fraile sigue adoptando precauciones.

A su tiempo daremos á conocer las meditaciones de Marcelo, y ahora, si el lector no lo lleva á mal, nos ocuparemos de don Alfonso de Guevara, á quien dejamos enfermo á consecuencia de las violentas conmociones que habia experimentado aquel dia inolvidable.

Las personas de escasa inteligencia tienen una gran ventaja sobre las demás para dominar las enfermedades, pues la parte moral influye poderosamente sobre nuestra organizacion, agravando el mal y estorbando que los medicamentos produzcan sus efectos beneficiosos.

La parte moral, es decir, las cavilaciones y el terror habian producido en la parte física del caballero una alteracion peligrosa; pero desde que le dijeron que era cosa completamente concluida el asunto de la misteriosa mujer, se tranquilizó y con facilidad pudo volver su organizacion á su estado normal.

El dia en que tuvieron lugar las escenas que acabamos de referir, pudo el señor de Guevara dejar el lecho sin que sintiese mas que una ligera debilidad que para nada le estorbaba.

A las siete de la mañana lo habia visitado el capuchino dándole licencia para tomar alimento, aunque con prudencia, y á las ocho el caballero tuvo la satisfaccion de comerse un capon cebado, acomodándose en un sillon y durmiéndose á las nueve.

Cerca de dos horas estuvo entregado al más dulce de los sueños, y cuando abrió los ojos encontróse frente á frente de la severa ó más bien sombría figura del capuchino, que se habia sentado y esperaba entretenido en aspirar con delicia el aromático rapé.

El señor de Guevara miró con sorpresa al fraile.

Este desplegó una dulce sonrisa y dijo:

—Sueño tranquilo, señal inequívoca de que la enfermedad ha desaparecido completamente.

—¡Vos aquí!

—Ya lo veis.

El caballero se restregó los ojos, cambió de postura y exclamó:

—¡Y no me han despertado!... Os aseguro, padre mio, que toda la paciencia de Job no basta para sufrir á los bellacos que me sirven.

—Yo les he prohibido que os despierten, porque si bien vuestra enfermedad ha desaparecido, estais en el período de la convalecencia y estos momentos de reposo os hacen mucho bien.

—Sois mi mejor amigo.

—Además, el asunto que me trae no es urgente, ni tengo nada que hacer ahora y por consiguiente no me importaba esperar.

—Vuestra visita me sorprende y casi me pone en cuidado...

—Pues nada temais, porque nada de particular ocurre.

—Me alegro mucho.

—Conoceis mi carácter, sabeis que me gusta vivir prevenido.

—Sí, sí, el hombre prevenido vale por dos.

—Y me ha parecido conveniente haceros algunas advertencias, porque solo Dios sabe lo que puede suceder el dia de mañana.

—¿Qué temeis?

—Las murmuraciones, los chismes de vecindad... Esto no tiene importancia; pero bueno es no olvidarlo.

—No os comprendo.

El capuchino volvió á sacar su caja de rapé, la presentó á don Alfonso y le dijo:

—Tomad, que esto despeja la inteligencia.

—Gracias... ¡Oh!... Es exquisito.

—Pues como os decia, puede suceder que los vecinos de la casa de Tocame-Roque se ocupen más de lo que deben de si fueron ó no fueron dos coches para llevarse á cierta mujer que para ellos es misteriosa.

El señor de Guevara se extremeció.

—No tembleis,—añadió el capuchino,—que con la ayuda de Dios triunfaremos.

—No lo dudo; pero es el caso...

—¿No contais con la proteccion de nuestros muy

amados reyes don Felipe V y doña Isabel de Farnesio?

—Creo que sí.

—Entonces podeis dormir tranquilo.

—¿Y cómo hemos de contener las lenguas murmuradoras?

—Contra la afirmacion de los unos, hay el remedio de la negativa de los otros, y debeis suponer que una palabra vuestra vale mucho mas que cuanto digan los vecinos de la casa de Tocame-Roque.

—Claro es que sí; pero ahora caigo en la cuenta de que alguno de esos villanos puede haberme reconocido la otra tarde, porque en este barrio me conoce mucha gente, y si ha sucedido así y se atreven á pronunciar mi nombre...

—Vos respondereis que se han equïvocado.

—Jurarán que me han visto.

—Y vos jurareis que los han engañado sus ojos, confundiéndoos con cualquiera que se os parece.

—Padre Fulgencio, eso de jurar...

—Yo os autorizo para hacerlo así,—replicó gravemente el capuchino.

—Mi conciencia...

—Debe estar tranquila desde el momento que os absuelve un sacerdote.

—Es verdad,—murmuró el señor de Guevara, esforzándose para ocultar sus nuevos temores.

—Sobre este punto,—repuso friamente el reverendo, —no me es posible daros más explicaciones, á menos que os hayais decidido á conocer el gravísimo secreto de Estado...

—No, no,—interrumpió vivamente el caballero.

—El rey don Luis es un niño...

—Desgraciadamente.

—Su esposa...

—Loca, indigna de sentarse en el trono.

—Mientras él se deja llevar de cualquiera impresion, ella sin miramiento alguno y olvidando algunas veces hasta las leyes del pudor, se mezcla en toda clase de intrigas.

—No exajerais.

—Bien puede suceder que de todo esto resulte...

—¿Qué?—preguntó don Alfonso, fijando en el capuchino una mirada de afan y temor.

—Nada mas sino que os hagan preguntas, evoquen ciertos recuerdos, hieran ciertas fibras delicadas de vuestro corazon... En fin, no os digo más, porque no necesita más explicaciones vuestra clarísima inteligencia.

—No me hagais tanto favor, padre mio, no os empeñeis en sostener que tengo mucho talento.

—Si es verdad...

—No lo es.

—Esa modestia es una prueba más de que os hago justicia; pero de cualquier modo, os daré un consejo y si quereis seguirlo, no os arrepentireis.

—Sí, aconsejadme, porque la verdad, cuando se trata de ese asunto no sé lo que me sucede.

—Suponed que no hubiéseis ido á la casa de Tocame-Roque.

—Pero es el caso que fuí.

—Pues bien, suponed que á consecuencia de vuestra

enfermedad no os acordais ni poco ni mucho de lo que hicísteis aquel dia, y habiéndolo olvidado, claro es que á nadie podríais decírselo, y si alguien os hablaba de semejante asunto, negaríais y juraríais que se equivocaban.

—Ciertamente.

—Figuraos que de nada os acordais, negad y jurad.

—¿Y los testigos?

—Se equivocan, creyendo que fuísteis vos cuando era otra persona que se os parece.

—¿Y si preguntan á mis criados?

—¡Báh!—repuso el capuchino con indiferencia.—A vuestros criados les vendrá muy bien que mejoreis su posicion, colocándolos fuera de Madrid en vuestras propiedades, y así podreis hacer á otros un beneficio.

No se convenció el señor de Guevara; pero tampoco se atrevió á discutir más, porque temia que el capuchino le amenazara con la revelacion del secreto de Estado.

Renovar la servidumbre era demasiado trastorno, y sobre este punto solamente hizo algunas observaciones á las que respondió el fraile con la mayor sencillez:

—Nadie se ocupará de interrogar á vuestros criados.

—Entonces...

—Os he dicho que podeis cambiar de servidumbre para disipar vuestros temores exagerados; pero esto no es un consejo. En cuanto á lo demás es distinto, pues importa mucho que negueis, y si no lo haceis así, las camarillas que rodean á don Luis I, tendrán motivo bastante para acusaros, para acusar tambien á doña Isabel

de Farnesio y para producir escándalos y graves complicaciones políticas, porque no se os ocultará que hay muchos ambiciosos que protegen á la desdichada que quedó en el convento, y sobre vos descargarán todo el peso de su ira, si saben que habeis ayudado á nuestro rey don Felipe. Es de gran importancia el servicio que habeis prestado á la pátria y aun á nuestra santa religion; pero tanta importancia como tiene para los buenos españoles, tiene de odioso para los que no piensan mas que en satisfacer su ambicion. Habeis desbaratado un plan horrible; los enemigos de doña Isabel de Farnesio no adivinan quién ha dado tan terrible golpe, y si consiguen averiguarlo, si vos sois bastante débil para darles á conocer el secreto...

—¡Jamás!—exclamó el señor de Guevara con acento de terror.

—Ya os he dado el consejo: ahora vos...

—Lo seguiré, descuidad.

—Si sois débil y sucumbís á vanas amenazas, os abandonaré y os perdereis solo, porque en último resultado diré que he sido engañado por vos...

—¡Padre!...

—Sí, ese sería justo castigo á vuestra debilidad,—repuso el capuchino con firmeza.

—Pero dejarme solo en los momentos de apuro...

—No os abandonaré mientras tengais valor para cumplir lo que me habeis prometido y lo que prometísteis á la reina doña Isabel de Farnesio; pero si olvidais los deberes que os impone vuestra promesa, si descubrís el secreto, si comoteis en fin, lo que no podria calificar-

se sino de traicion, os abandonaré, os abandonarán todos vuestros amigos y solo tendreis que arrostrar las iras de esa gente sin conciencia, que en nada repararian para satisfacer su devoradora sed de venganza.

El rostro del caballero empezó á palidecer.

Como algunos dias antes, empezó á sentirse trastornado.

—Supongo,—dijo con voz insegura,—que nadie me hablará de mi hija, que á nadie le ocurrirá hacer aquellas suposiciones...

—No soy adivino.

—Lo digo porque si eso sucediera...

—No son las suposiciones las que deben infundiros terror, sino las realidades. ¿Os hablan de vuestra hija? Responded como padre dolorido. ¿Suponen tal ó cual cosa para el caso de que vuestra hija hubiese resucitado? Exigid severamente que respeten la memoria de los que reposan en el sepulcro, y que respeten vuestro corazon de padre, pues derecho teneis á exigir ese respeto aun al mismo rey.

—Lo confieso, esas suposiciones me espantan, me llenan de pavor.

—Ese pavor es supersticioso.

—No lo niego; pero es el caso que cuando me hablan de la posibilidad de que resucite mi hija, siento frio en los huesos, y los cabellos se me erizan, y por todo mi cuerpo... En fin, lo que siento no sé explicarlo; pero ello es que sufro mucho.

—Ya sabeis que la supersticion es un gran pecado.

—Pero si todo eso me sucede contra mi voluntad, y

mientras me sucede invoco á Dios, y rezo... ¡Oh!... Y cuanto más rezo más me repiten los escalofrios.

—Pasareis un mal rato, no lo niego; pero despues os tranquilizais y todo concluirá, porque vuestra hija continúa donde está, y vos en vuestra casa.

—Sufriré, tendré paciencia...

—Pronto llegará el dia de la recompensa, el dia de la justicia, y si no habeis sido débil...

—No lo seré.

—Y si lo sois, peor para vos, porque ya os he dicho que os veríais solo para luchar y que vuestros enemigos os aniquilarian mientras vuestros amigos os volvian la espalda desdeñosamente.

—Padre mio...

—Yo nada tengo que ver en este asunto: me han exigido un sacrificio y no he vacilado para hacerlo; mi conciencia está tranquila y su tranquilidad me infunde valor para todo.

El señor de Guevara sacó su pañuelo y se limpió el sudor que empezaba á correr por su frente.

Fray Fulgencio se puso en pié.

—¿Tan pronto os vais?—preguntó el caballero.

—Os dejo reflexionar.

—¡Reflexionar!... No tengo que hacer mas que seguir vuestros consejos.

—Hermano, Dios os bendiga como yo lo hago en su santo nombre,—dijo el capuchino, extendiendo la diestra y haciendo la señal de la cruz.

El señor de Guevara se levantó, acompañó al fraile hasta la escalera y luego volvió jadeante á su gabinete,

se dejó caer en un sillon, agitó su pañuelo á guisa de abanico y exclamó con voz ronca:

—¡Esto es insufrible!... Cuando creí que todo habia concluido empezamos de nuevo... Falta la segunda parte, la peor quizá, la mas horrible... ¡Oh!... Otra vez me hablarán de mi hija, otra vez supondrán que ha resucitado, dirán que si resucita sucederá esto, lo otro, ó lo de más allá... ¿Qué tienen que ver los muertos con las intrigas de los ambiciosos? ¿Qué tiene que ver mi hija, que reposa en el panteon de San José, con la casa de Tocame-Roque? ¿Qué tengo yo que ver con aquel convento?...

Interrumpióse el señor de Guevara, reflexionó y luego dijo:

—Un secreto de estado es peligroso; pero no tanto cuando uno lo averigua sin que nadie lo sepa. Yo tambien quiero hacer suposiciones, y ahora supongo que consigo saber qué convento es aquel donde estuvimos la otra noche, y una vez conocido el convento... No, no quiero ir mas allá, no quiero saber mucho; pero siquiera el convento, no mas que el comvento... ¡Ah!... esto pude saberlo aquella noche... Pronto saldré de dudas.

Y llamó don Alfonso.

Presentóse un criado.

—¿Y Nicolás?

—Debe estar en la cochera.

—Que venga inmediatamente.

Nicolás era uno de los dos cocheros.

El señor de Guevara no se habia ocupado hasta entonces mas que de recuperar la salud, pensando en las delicias de los suculentos manjares con que se alimen-

taba y del sueño que le proporcionaba dulcísimo reposo, y por consiguiente no habia preguntado á los cocheros adonde habian ido desde la casa de Tocame-Roque con la misteriosa mujer.

El llamado Nicolás no tardó en presentarse deteniéndose en actitud respetuosa junto á la puerta.

—Acércate,—le dijo el caballero.

El sirviente dió algunos pasos más.

—No habrás olvidado que la otra noche fuímos con dos coches á una casa de esta misma calle.

—A la casa de Tocame-Roque.

—Eso es.

—No lo he olvidado, señor.

—Pues dime todo lo que hicimos como si yo no hubiese estado allí.

—El reverendo fray Fulgencio iba en uno de los coches con vuestra señoría, y nos detuvimos frente á la casa, donde fray Fulgenció entró.

—¿Y luego?

—El padre salió con una mujer: ella entró en el otro coche...

—¿Y esa mujer?...

—Se recataba con su manto.

—Prosigue.

—Recibimos órden de ir á la calle de Fuencarral y detenernos á la entrada de la de San Onofre.

—Es verdad,—repuso don Alfonso,—nos detuvimos; pero no sé donde.

—Allí fué.

—¿Y qué más?

—Vuestra señoría nos habia mandado obedecer ciegamente á fray Fulgencio.

—Y desdichados de vosotros si no hubiéseis cumplido mi órden con exactitud.

—Allí dejamos nuestros puestos á otros hombres que se presentaron.

—¡Vuestros puestos!...

—Lo habia dispuesto así el reverendo padre, y le obedecimos, y sin detenernos ni volver la cabeza atrás, fuímos á la Puerta del Sol y nos situamos junto á la Mari-blanca.

—Pero los coches, los coches...

—Ignoramos adonde fueron.

—Y entonces, ¿cómo volvísteis con ellos á casa?

—Ya sabe vuestra señoría que los coches fueron á buscarnos á la Puerta del Sol, y allí ocupamos otra vez nuestros puestos, y nos vinimos, y vuestra señoría se puso malo...

—¡Oh!—exclamó desesperadamente don Alfonso.—¡No puedo saberlo!

Estas palabras eran una imprudencia, y así lo comprendió el caballero despues de algunos minutos.

—Bien,—dijo,—muy bien: estoy satisfecho de tu lealtad; pero aún necesito más pruebas.

—Señor...

—Todo cuanto acabas de decir es mentira.

—¡Mentira!...

—Sí, lo has soñado.

—Pero...

—¿Estimas en algo tu pellejo?... Repito que es men-

tira,—gritó el señor de Guevara con terrible acento,—es mentira, entiéndelo bien y así debes decirlo á tus compañeros.

—Pues es mentira,—respondió el criado, que empezaba á sospechar si su señor se habia vuelto loco.

—Y como es mentira, lo negareis, y yo recompensaré largamente vuestra lealtad; pero de otro modo... Ya me entiendes.

—Descuide vuestra señoría que seremos discretos.

—Mejor para vosotros.

—¿Y si alguien nos preguntase?...

—A todas las preguntas respondereis que no, sin vacilar.

—Así lo haremos.

—Déjame ya.

No esperó segunda órden el sirviente, porque conocia demasiado bien el carácter del señor de Guevara.

Cuando éste volvió á quedar solo, exhaló un penoso suspiro y murmuró:

—Nada podré averiguar, absolutamente nada... ¿Qué significa todo esto?... No lo adivino, ni me importaria sino fuese porque no me deja este endiablado enredo un instante de tranquilidad.

Don Alfonso caviló; pero se tranquilizó cuando vió que pasaba todo el dia sin que nadie fuese á incomodarlo.

CAPITULO XXVII.

Mas sustos y torpezas.

Don Alfonso sufria, se trastornaba, enfermaba, y todo en fin podia sucederle menos perder el apetito.

Aquel dia comió como si se hubiese propuesto compensar la dieta de los dias anteriores, cenó lo mismo y durmió como siempre dormia, y á la mañana siguiente se sintió regenerado y no encontró motivo para menguar el almuerzo, que devoró á las ocho, disponiéndose á reposar á las nueve; pero cuando empezaba á dormir, un criado lo despertó sin miramiento alguno, diciéndole:

—Señor, perdone vuestra señoría; pero como vienen de órden de su majestad...

—¡Su majestad!... ¡Bergante!... ¿Qué estás diciendo? —repuso el señor de Guevara restregándose los ojos.

—Qué vienen de parte del rey nuestro señor...

—El rey, el rey... ¿Pero qué diablos te ocurre ahora?

—Vuelvo á pedir perdon á vuestra señoría.

—No lo mereces y te moleré á palos.

Por lo que pudiera suceder, el criado retrocedió hasta la puerta y desde allí y en tanto que levantaba la cortina, dijo:

—Que han venido de palacio con órden de que vuestra señoría se presente á su majestad, y eso ha de hacerlo ahora mismo, muy pronto.

—¡Ah!—exclamó el señor de Guevara, aún aturdido por el sueño.

—Por eso he despertado á vuestra señoría.

—El coche, el coche.

—Se necesita un cuarto de hora para enganchar...

—Mi sombrero, mi espada, mi baston,—dijo don Alfonso, poniéndose en pié.—Y esta casaca... Pronto... ¿Qué esperas?

Desapareció el criado y pocos momentos despues volvió con las prendas que su señor pedia.

—¡El rey!—murmuraba sin cesar el caballero mientras cambiaba presurosamente de ropa.—¿Pero qué diablos quiere el rey?... No me agrada que se acuerde de mí... Y pronto, muy pronto... ¿Tendremos otra vez suposiciones?... Tiemblo, tiemblo... No en vano me aconsejaba fray Fulgencio... Verdad es que puedo jurar en falso, porque se me absolverá... A pesar de todo no me tranquilizo.

Acabó de vestirse el señor de Guevara, púsose los guantes, tomó su largo baston con puño de oro, mandó que lo siguiese un lacayo con librea de gala y salió, di-

rigiéndose hácia la morada real con cuanta prisa le permitia su obesidad.

El rey lo esperaba efectivamente, y lo esperaba con la impaciencia de niño.

Cuando entró en la real cámara, estaba amoratado y cubierto de sudor el rostro del caballero.

—Señor,—dijo con voz ahogada por la fatiga,—acabo de recibir la órden con que me ha honrado vuestra majestad, y me apresuro á venir.

El rey, cuyo rostro estaba ligeramente contraido, miró al señor de Guevara y le dijo con frialdad:

—Así cumplís vuestro deber y os felicitaré si seguís haciendo lo mismo.

—Líbreme el cielo de dar motivo alguno para que vuestra majestad ponga en duda mi lealtad nunca desmentida, porque antes que ser desleal á mi rey, quiero morir.

—No, los Guevaras no han desmentido nunca su lealtad, y sobre todo han tenido siempre el valor de sus acciones. Aunque soy jóven, he procurado conocer la historia de las familias ilustres, y en cuanto á la vuestra...

—Lealtad, siempre lealtad.

—Y si algun Guevara se ha extraviado en un momento de ofuscacion, no lo ha negado, ha aceptado desde luego toda la responsabilidad de su conducta.

—Un noble no puede hacer otra cosa, señor.

—Un noble no puede mentir, ya lo sé, y por eso vos respondereis la verdad á cuanto yo os pregunte.

El señor de Guevara sintió que le temblaban las piernas.

—Señor,—dijo,—dispuesto estoy á obedecer á vuestra majestad.

Volvió á guardar silencio el jóven monarca, se contrajo más su frente, su mirada se fijó con insistencia en don Alfonso, y despues de algunos segundos preguntó repentinamente.

—¿Dónde está vuestra hija?

El señor de Guevara extremecióse como si hubiese oido un cañonazo, retrocedió, abrió desmesuradamente los ojos y quedó inmóvil.

Entonces empezó á sentir los escalofrios de que hablaba á fray Fulgencio.

Quiso responder y no pudo.

Su rostro palideció y se desfiguró.

—Responded,—dijo el monarca con imperioso tono.

—Señor,—balbuceó el caballero,—señor...

—¿Dónde está vuestra hija?

—¡Mi hija!...

—Acabad... ¿No me habeis entendido?—repuso con creciente impaciencia el jóven monarca.

—Sí, entiendo perfectamente á vuestra majestad, entiendo.

—Entonces contestad terminantemente.

—¡Ah!... ¡Mi pobre hija!... ¡Desdichado de mí!... La perdí para siempre y vuestra majestad sabe que el cuerpo frio de mi malograda Angélica...

—¡Mentís!—gritó el monarca, que niño al fin no sabia siempre dominarse.

—¡Qué miento!...

—¿Dónde teneis á vuestra hija?... Quiero saberlo.

—¡Dios mio!... Esto es horrible... Tenga vuesta majestad lástima de mí... ¿Qué he de decir de mi hija?... Murió y me parece que de los muertos no debe nadie ocuparse sino para rezar.

—Habeis estado enfermo.

—Y sangrado.

—¿Qué hicísteis pocas horas antes de enfermar?

—¡Qué hice!... Nada de particular... No recuerdo..

—Don Alfonso, empezais á olvidar que os llamais Guevara, desmentís el valor de vuestros abuelos.

—Señor, os juro...

—¡Tambien jurais!

—Sí, juro y juraré que apenas entiendo lo que vuestra majestad me pregunta, que nada de particular hice el dia que caí enfermo.

—¿Qué médico os ha asistido? Decídmelo, porque deseo conocer la gravedad de vuestra dolencia.

Sobre este punto no podia mentir el caballero, porque la mentira habria sido descubierta bien pronto, y se vió obligado á decir:

—Señor, por casualidad se encontraba en mi casa fray Fulgencio, y como entiende de medicina y el caso era urgente, él mismo me sangró y me ha curado sin que yo pueda decir qué clase de enfermedad he tenido.

—No se encontraba fray Fulgencio por casualidad en vuestra casa, sino porque habia ido en vuestra compañía en busca de una mujer, y esa mujer...

—Han engañado á vuestra majestad.

—Os han visto.

—Se han equivocado.

—Las personas que os vieron os conocen perfectamente...

—¿No puede haber un hombre que se me parezca?

Esta contestacion era verdaderamente pueril, y tanto que el rey, á pesar de ser un niño, no creyó que debia tomarla en consideracion y desplegó una sonrisa, que lo mismo podia ser de lástima, que de burla ó de profundo desden.

Luego fijó en don Alfonso una mirada de indignacion profunda

Un sudor copioso y frio inundó el rostro del caballero.

Su trastorno llegó á el último grado.

Resuelto estaba á insistir en sus negativas, jurando una y otra vez, puesto que contaba con la absolucion prometida por fray Fulgencio.

Empero esto no era bastante, porque el monarca no parecia dispuesto á ceder.

Sin embargo, todo lo hubiera soportado el señor de Guevara, para todo hubiera tenido valor; pero le faltaba para oir hablar de su hija.

¿Por qué Luis I habia empezado por preguntar dónde se encontraba Angélica?

Esto no era ya una suposicion como las que habia hecho el capuchino, sino una afirmacion terminante.

Cuando se pregunta dónde está una persona, es porque aquella persona vive.

¿Acaso habia resucitado la infeliz jóven?

Don Alfonso habia visto muerta á su hija, guardaba la llave del ataud y habia pagado en buenas monedas el

valor de la lápida de mármol blanco con letras de oro colocada en el nicho.

Otro cualquiera hubiera hecho deducciones y habria concluido por adivinar la verdad; pero el estúpido caballero no tenia inteligencia para tanto. Sentíase poseido de pavor, se aturdia, sufria y nada más.

No habia olvidado los consejos del capuchino; pero no acertaba á ponerlos en práctica.

La frente del rey se contrajo más y más.

La ira, en su último grado, hizo que su rostro se cubriese de palidez nerviosa.

Apretó los puños con fuerza convulsiva, y se puso en pié, dando un paso hácia el caballero.

Brillaron como dos luciérnagas los azules ojos del monarca.

Entonces no era el rey, era el hombre ciego por la cólera.

Su mirada se fijó ardiente y amenazadora en don Alfonso, diciéndole con reconcentrada voz:

—La cuchilla del verdugo ha hecho rodar cabezas más nobles que la tuya... ¡Oh!... No me temes porque soy un niño; pero yo te probaré que siquiera por algunas horas puedo ser un hombre temible.

El señor de Guevara cruzó las manos, se dejó caer de rodillas y exclamó con acento suplicante:

—Piedad, señor, piedad...

—¿No sabes lo que cuesta engañar al rey?

—Todos me amenazan, y los unos me mandan callar, y los otros me mandan hablar, y yo nada puedo decir, nada sé, porque no entiendo lo que pasa, porque ya no



—Piedad, señor, piedad.

estoy seguro ni aun de que vivo... ¡Señor, compadecedme!...

—Acabas de delatarte, acabas de reconocer que has mentido. ¿Quién te manda callar? ¿Quién te exige revelaciones? ¿Qué es lo que pasa y qué no entiendes?... Responde sin vacilar, responde ó de aquí saldrás para ser enterrado vivo en el más lóbrego calabozo del alcázar de Segovia. No reflexiones, no medites, no inventes nuevas mentiras, no discurras, que para decir la verdad no es necesario discurrir.

Un gemido de mortal angustia fué la contestacion del caballero, que para sostenerse tuvo que extender un brazo y apoyarse en una mesa que cerca de sí tenia.

Luis I permaneció en pié, erguido, imponente, amenazador.

No, no era entonces un niño.

La expresion de su rostro desfigurado y lívido por la cólera, era terrible, aterradora.

—Nadie nos escucha,—dijo,—y al rey puede decírsele todo como al confesor. Si la revelacion de este secreto puede ser un peligro para tí, nadie sabrá que lo has revelado, yo lo guardaré.

Al señor de Guevara le parecieron mucho más terribles las amenazas del rey que las del capuchino, porque era para infundir terror lo del calabozo, y no menos espantable lo de la cuchilla del verdugo, que habia hecho rodar cabezas tan ilustres como la de Lanuza, tan elevadas como la de don Rodrigo Calderon.

¿Qué importaba que el rey fuese un niño?

Niño y todo no tenia más que pronunciar una pala-

bra para que el atribulado caballero fuese inmediatamente encerrado en un calabozo.

Los papeles se trocaban y el padre de Angélica encontrábase en la crítica situacion en que se habia encontrado Marcelo pocos dias antes.

Si el rey, bajo su real palabra prometia guardar el secreto, ¿por qué no decirle siquiera una parte de la verdad?

El señor de Guevara aguzó su ingenio, si es que ingenio tenia, diciendo al fin:

—Señor, nada sé, absolutamente nada.

—¿Pero no es verdad que fuísteis con dos carruajes á la casa de Tocame-Roque? ¿No es verdad que te acompañaba fray Fulgencio?

—Verdad es; pero ignoro para qué fuimos allí.

—¡Otra mentira!... ¿No habia en aquella casa una mujer?

—Sí.

—¿Y esa mujer?...

—No la conozco, ni siquiera me tomé la libertad de volver la cabeza para mirarla.

—¿A dónde llevásteis á vuestra víctima?

—Pero, señor, yo no sé que haya víctima alguna... Esa mujer, á lo que entiendo, dejó su casa voluntariamente, porque queria retirarse del mundo.

—Entiendo: la llevásteis á un convento...

—Todo lo sabe vuestra majestad, es decir, vuestra majestad sabe mucho más que yo.

—Pero ignoro á qué convento llevásteis á vuestra inocente víctima.

—Pues yo tambien lo ignoro, porque mis cocheros fueron despedidos y sustituidos con otros, y los coches dieron vueltas y revueltas mientras yo hablaba con fray Fulgencio, y como ya era de noche no pude reconocer el lugar donde nos detuvimos.

—Todo eso es inverosímil.

—Aún me parece que estoy soñando, sufrí mucho, señor, me sentí trastornado de tal modo, que todo era para mí confuso.

—¿Qué hicísteis en el convento?

—Entramos en la vivienda de un sacerdote, que debe ser el capellan, y desde allí fuimos á la celda de la superiora.

—¿Y la mujer que iba con vosotros?

—No entró ni sé lo que ha sido de ella. Yo hablé con la superiora y le dije que allí quedaba aquella desdichada, y ella me respondió que descuidase, porque la cuidaria muy bien, y además me habló de mi pobre hija, y el capellan hizo lo mismo... ¡Ah!... Compadecedme, señor, porque creo que voy á volverme loco. Yo no sé el tiempo que estuvimos allí, ni por qué calles volví á mi casa. He creido hacer una obra de caridad, no me he metido en más averiguaciones y mi mayor dicha será que no me hablen de este asunto.

El señor de Guevara habia agotado todas sus fuerzas y guardó silencio.

El rey se convenció de que entonces decia la verdad el caballero y de que éste nada sabia más que lo que el astuto copuchino habia querido darle á conocer de aquella horrible intriga.

Don Alfonso habia sido un instrumento y nada más, una máquina que obedece al que la maneja.

Pero de todo ello resultaba que Angélica vivia y que fray Fulgencio estaba interesado en hacer que desapareciese la infeliz.

¿Era prudente decir toda la verdad á don Alfonso?

El rey opinó que convenia dejar al caballero en su triste ignorancia.

Guardó el monarca silencio y volvió á sentarse.

Despues de algunos minutos empezó á recobrar la calma y dijo á don Alfonso, que permanecia de rodillas:

—Alzad.

—Perdone vuestra majestad; pero no me moveré sin haber escuchado una palabra de perdon, de compasion siquiera.

—Levantaos, que os perdonaré si me obedeceis.

—Os juro, señor...

—Escuchadme.

El señor de Guevara hizo un esfuerzo y se puso en pié, sintiéndose algo más tranquilo, porque el rey no hablaba ya de calabozos ni de verdugos.

Luis I preguntó:

—¿Sabe fray Fulgencio que os he llamado?

—Lo ignora, á menos que despues de salir yo de mi casa, haya ido él y se lo hayan dicho mis criados.

—Si ha sucedido así le direis que os he pedido explicaciones sobre lo que se murmura entre los vecinos de la casa de Tocame-Roque, que habeis negado y he quedado convencido.

—Vuestra majestad me devuelve la vida, porque la

verdad, desde hace algunos dias me infunde terror fray Fulgencio y no quisiera tenerlo por enemigo.

—Y si no sabe que habeis venido á verme...

—Nada le diré.

—Solo así os librareis de un encierro para toda vuestra vida.

—Descuide vuestra majestad, que cumpliré lealmente, siquiera por lo que conviene á mi reposo.

—Nada teneis que temer si me obedeceis.

—¡Ay, señor!... No viviré tranquilo mientras no sepa por qué los unos y los otros me hablan á todas horas de mi pobre hija, y muchas veces lo hacen, suponiendo que ha resucitado ó que puede resucitar.

—Una suposicion no es nada.

—Eso mismo dice fray Fulgencio; pero es la verdad que esas suposiciones me hacen cavilar mucho y me quitan el reposo.

—¿Quereis que yo os descubra el misterio?

—No, señor;—respondió el señor de Guevara vivamente,—no, porque tengo entendido que para darme explicaciones sobre ese punto, es necesario revelarme un secreto de Estado, y los secretos de Estado son muy peligrosos.

—¿Y por qué suponeis que puede haber secretos de Estado en los asuntos de que se ocupa un pobre fraile?

—¡Señor!... Lo digo porque... No es mas que una sospecha, una suposicion como las otras y...

—Adivino el motivo, que no debe ser otro que el de algunas indicaciones que os hayan hecho en San Ildefonso...

—Cuando fuimos á San Ildefonso...

—¿Y cuándo fuísteis?—preguntó el rey, fijando una mirada escudriñadora en el caballero.

Este, que cometia torpeza tras torpeza, no se atrevió á mentir ya y respondió:

—Fuimos pocos dias antes de suceder eso que no entiendo.

—Y allí hablaríais con mi buen padre...

—No tuve ocasion de ver mas que á la reina su augusta esposa.

Volvió á contraerse la frente de don Luis, que sin poder contenerse, cometió la inconveniencia de decir á media voz:

—Mi madrastra.

Porque hay que advertir que doña Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, no era madre de don Luis.

Este dió nuevo giro á la conversacion despues de algunos momentos, y dijo:

—En cuanto á don Iñigo de Covadonga, ya sé que como buen amigo de fray Fulgencio...

—Me parece que es completamente ageno á este asunto, porque fray Fulgencio no lo nombra para nada, ni lo he visto hace bastante tiempo, ni tengo noticias de que haya ido á San Ildefonso.

—Pero la recomendacion que llevásteis para la superiora del convento...

—Nada tenia que ver don Iñigo con esa recomendacion, ni yo hice mas que entregar la carta de la reina doña Isabel de Farnesio, carta que fué recibida por la

superiora con el respeto debido, aunque no la leyó en seguida, porque como es anciana, vé poco, y la guardó.

Poco á poco y sin que él mismo se apercibiese, iba don Alfonso diciendo mucho más de lo que se le habia preguntado, y aun más tal vez de lo que deseaba saber el rey.

Lo que no tenia explicacion era el interés que impulsaba al capuchino á cometer semejantes abusos.

Sobre este punto nadie habia conseguido adivinar mas que doña Margarita.

Reflexionó el monarca y despues de algunos minutos dijo:

—Retiraos á descansar, no os ocupeis más de esta intriga y esperad tranquilamente mi resolucion.

Hubiera querido el señor de Guevara que se le diesen mas explicaciones sobre la pavorosa suposicion de la existencia de su hija; pero ni le estaba permitido hacer preguntas al rey, ni quiso arriesgarse á que la conversacion, al tomar nuevo giro, diese lugar á la amenaza del calabozo que ya parecia olvidada.

—Señor,—se concretó á decir el caballero mientras se inclinaba respetuosamente:—suplico á vuestra majestad que este secreto...

—Lo guardaré, ya os lo he prometido.

—Mi vida es de vuestra majestad.

—Adios,—dijo el monarca.

Y alargó su mano derecha, que besó respetuosamente el caballero, saliendo despues, saludando maquinalmente á los gentiles-hombres que encontró al paso y abandonando la morada real.

Su lacayo lo siguió.

El señor de Guevara aspiró con avidez el aire libre.

—Esto es horrible,—decia mientras se alejaba.—De nada me ha servido negar, y mis falsos juramentos me han puesto en mayor compromiso. ¡Un calabozo!... ¡Quién habia de creer que este niño se atreviese á tanto con una persona de mi calidad?... Está visto que el rapáz es un tiranuelo que ha de darnos mucho que hacer dentro de pocos años. Y la verdad, entre las amenazas del rey y las de fray Fulgencio, no es dudosa la eleccion. ¿Pero por qué desde luego y como cosa muy segura me ha preguntado dónde está mi hija? Y esto sucede despues que fray Fulgencio supuso que Angélica hubiera resucitado. No lo entiendo, ¡no lo entiendo, y si cavilo mucho, concluiré por volverme loco. Mientras dejen á los muertos en paz, todo vá bien, pero la sola idea de que puedo encontrarme el dia menos pensado frente á frente con el esqueleto de mi hija, que viene á pedirme cuentas... ¡Oh!...

Extremecióse el señor de Guevara y se esforzó para desechar sus tristes pensamientos.

Un cuarto de hora despues entraba en su casa y volvia á cambiar de ropa, y á los pocos minutos le anunciaron la visita de fray Fulgencio.

El capuchino se presentó como siempre, no quiso sentarse y se concretó á preguntar:

—¿Teneis algo que decirme?

—Nada de particular,—le respondió el caballero con voz insegura.

—¿Habeis estado en palacio?

Creyó don Alfonso que el fraile lo habia espiado y no se atrevió á negar.

—Sí,—dijo,—he ido á palacio, porque me ha llamado su majestad.

—Comprendo.

—A oidos del rey han llegado las murmuraciones de los vecinos de la casa de Tocame-Roque.

—¿Pero vos?...

—He seguido al pié de la letra vuestros consejos.

—¿Habeis negado?

—Y he jurado.

—¿Y el rey?...

—No era posible que pusiese en duda los juramentos de una persona como yo.

El capuchino fijó una mirada penetrante en don Alfonso de Guevara y luego desplegó una leve y maliciosa sonrisa.

—Es decir,—repuso,—que su majestad ha quedado satisfecho y que ya nada teneis que temer.

—Me recibió con muestras de disgusto; pero concluyó por darme á besar su real mano y despedirme con las mas cariñosas palabras.

—¿Se ha ocupado de mí?

—No.

—Como los vecinos de la casa de Tocame-Roque hablan tambien de un fraile capuchino...

—No habrá sospechado su majestad que el fraile sois vos, y si lo sospecha, calla, disimula... En fin, no ha sucedido mas.

—¿Ha nombrado á vuestra hija?

El señor de Guevara, que se habia tranquilizado, volvió á palidecer.

—Me ha dicho,—respondió,—que se hablaba de una mujer misteriosa; pero nada mas.

—Bien,—dijo el fraile despues de algunos momentos, —si ha sucedido así, ó lo que es igual, sino habeis sido débil, podeis contar con la proteccion de nuestro amado rey don Felipe y con la mia.

—¿Poneis en duda mis palabras?

—Hago suposiciones, porque pudiera haber sucedido que el rey don Luis en un arrebato de cólera os hubiese amenazado con un calabozo ó cosa parecida.

—No, no.

—Y si el miedo os hubiese aturdido hasta el punto de decir lo que os conviene callar...

—¿Qué me habria sucedido?

—Al rey no le quedaria ya duda de que conocíais el secreto de Estado, y aparentando que os perdonaba, pensaria mas que nunca en el calabozo, á través de cuyos muros no pueden revelarse los secretos.

Tembló el señor de Guevara, tornóse livido su rostro y miró espantado al capuchino.

Este añadió con fria calma:

—Pero como no ha sucedido así, nada teneis que temer.

Creyóse perdido el desdichado don Alfonso y su primer impulso fué decir la verdad, pidiendo perdon y socorro al capuchino; pero se contuvo, porque pensó que aquel dia fatal cometia torpeza tras torpeza, y que para cometer la última siempre era tiempo.

No necesitaba el astuto fraile que el caballero le dijese la verdad, porque la adivinó fácilmente y volviendo á sonreir, sacó su caja de tabaco, tomó un polvo y dijo:

—Hermano, Dios os bendiga.

—¡Tan pronto os vais!...

—Me esperan.

—¿Cuándo volvereis?

—Mañana si no estoy muy ocupado.

El capuchino salió.

Don Alfonso de Guevara no pensó siquiera en acompañarlo hasta la escalera como siempre hacia, y cuando estuvo solo, dijo:

—Pero esto es una injusticia espantosa. ¿Por qué han de meterme en estos endiablados enredos? Ahora me parece que he cometido una gran torpeza al decir la verdad al rey, porque lo del calabozo y el verdugo no eran más que amenazas para obligarme á decir lo que yo queria callar, y si yo hubiera seguido negando y jurando como me aconsejó fray Fulgencio... ¡Dios mio!... ¿Qué he de hacer para que me dejen en paz?... Hace algunos minutos me parecia que el rey era el enemigo más temible, y ahora me infunde mas terror fray Fulgencio.

Mas de una hora pasó don Alfonso cavilando sin conseguir mas que atormentarse, y al fin exclamó:

—¡Sea lo que Dios quiera!

Para sufrir es menester fuerzas, y para tener fuerzas es preciso comer.

Este razonamiento se lo hizo el señor de Guevara en tanto que miraba el relój.

Iban á dar las doce.

—Me siento muy débil,—murmuró el caballero.

Y llamó, ordenando que le sirviesen la comida.

Esta y una hora de sueño despues, debian tranquilizarlo completamente.

No menguó su apetito el trastorno producido por sus temores, sino que por el contrario comió aquel dia como ninguno.

CAPITULO XXVIII.

Marcelo vuelve á trabajar.

Dejamos á Marcelo sentado á la sombra de los árboles del Prado de San Gerónimo y es justo que volvamos á reunirnos con él, porque de otro modo no podemos saber lo que pensó y lo que determinó.

En su crítica situacion lo más fácil, lo que más le convenia era alejarse de Madrid, olvidándose de lo pasado y viviendo tranquilamente; pero Marcelo no miraba su conveniencia y ni por un solo instante pensó alejarse de la corte y abandonar á las inocentes víctimas de don Iñigo de Covadonga y de fray Fulgencio.

Sabemos ya que aquel hombre honrado y valeroso estaba dotado de una inteligencia nada comun, y en más de una ocasion lo hemos visto discurrir admirablemente.

¿Cuál debia ser su conducta?

Por de pronto tenia que ocultarse, desaparecer para cuantos lo conocieran.

Esto no era difícil; pero tampoco era bastante.

Ante todo necesitaba averiguar adonde habian llevado á la infeliz Angélica.

Dos personas habian cometido el abuso: la una era don Alfonso de Guevara, y la otra un fraile capuchino.

¿Tenia medios Marcelo de saber quién era el fraile de la intriga?

Fácilmente lo adivinó.

El rey, tal vez involuntariamente, habia exclamado: «¡fray Fulgencio!» Y esto fué para Marcelo un rayo de luz.

Si en el convento de Capuchinos habia algun fraile que se llamase Fulgencio, quedaba averiguado quién era el que se habia presentado en la casa de Tocame-Roque.

¿Y luego?

Para luego nada podia decidirse, porque seria preciso obrar segun las circunstancias.

Por de pronto Marcelo creyó que habia hecho un gran descubrimiento: las palabras pronunciadas por el rey á media voz eran las más importantes de toda la conversacion.

Repasó Marcelo su memoria y creyó haber oido pronunciar alguna vez el nombre del capuchino, lo cual probaba que no era este un pobre fraile oscuro como casi todos, sino alguna de las notabilidades que en aquel tiempo habia, y que por cierto eran bien pocas en com-

paracion del crecido número de individuos que llenaban los conventos.

Marcelo no conocia á fray Fulgencio, pero era lo más probable que éste conociese al otro, porque no se habria metido en aquella intriga sino despues de adquirir todas las noticias posibles sobre las personas que podian ponerle dificultades.

En tal concepto era imprudente presentarse en el convento de Capuchinos sin adoptar ninguna precaucion.

Muy cerca de una hora pasó Marcelo entregado á esta clase de reflexiones que no podemos seguir minuciosamente, porque fatigaríamos al lector, y que tampoco necesitamos dar á conocer ahora, porque hemos de ver sus resultados. A nuestro propósito basta recordar que Marcelo no habia perdido nada de su energía, sino que por el contrario estaba más dispuesto que nunca á luchar, y pasados los primeros momentos de arrebato cuando el rey mandó que lo encerrasen, recobró la calma fria que lo caracterizaba y que era en él mil veces más terrible que la cólera, aquella calma con la que no podia competir otra más que la inalterable de fray Fulgencio.

El semblante de Marcelo habia recobrado su expresion habitual: su mirada volvió á ser como siempre profunda y casi sombria, y como siempre, inclinóse su cabeza sobre su pecho.

Ya era otra vez el hombre que pensaba y callaba, el hombre que caminaba lentamente hácia el fin que se habia propuesto y que no retrocedia ante ningun obstáculo

ni peligro, ni tampoco se apresuraba en los momentos en que encontraba menos espinoso el camino ó llegaba á distinguir en el horizonte un rayo de halagüeña esperanza.

—Basta de reflexiones por ahora,—dijo, poniéndose en pié.

Y levantó la cabeza mirando al sol y añadiendo:

—Cerca de las doce... Ahora los frailes están comiendo ó rezando, y al entrar en el convento no debo encontrar más que al hermano portero, que de seguro no ha de ser el autor de la criminal intriga.

No pronunció más palabras Marcelo, y mirando á uno y otro lado, tomó Prado arriba con paso igual y firme.

Muy pocas personas transitaban por las calles, porque era la hora en que comian los habitantes de Madrid.

Así lo pensó Marcelo y esto le dió la seguridad de que no encontraria quien lo reconociese.

Entró en la calle de Alcalá, y aunque el camino más corto para ir al convento de Capuchinos era la calle del Barquillo, no tomó por ésta, sino que siguió, dejando atras el convento del Cármen y subiendo por la calle de San Miguel, hasta que sin temor alguno pudo volver á la derecha y salir á la calle de las Infantas.

Pocos minutos despues llegaba á la portería del convento.

No se habia equivocado, pues á nadie encontró allí más que al portero, que se paseaba esperando con impaciencia que fuesen á sustituirlo, dejándolo ir á comer.

Marcelo lo miró mientras decia para sí:

—Este tiene poco entendimiento para meterse en cierta clase de intrigas, y sobre todo no es fraile, sino un pobre donado.

El portero se detuvo, miró á Marcelo y le preguntó:

—¿Qué se le ofrece?

—Hermano, habreis de perdonarme la molestia; pero tengo que cumplir un encargo.

—Perdonado estais.

—¿No hay en esta santa comunidad un padre que se llama Fulgencio?

—¡El padre Fulgencio!...

—Eso es.

—¡Ya lo creo!... El padre Fulgencio es la honra de esta santa casa, y extraño que no lo hubiéseis oido nombrar, porque no hay en Madrid quien no lo conozca, no hay quien haya dejado de admirar su elocuencia, no hay quien no tenga noticia de sus virtudes.

—Debe ser el mismo, porque esas son las señas que me han dado.

—No hay otro con quien pueda confudirse.

—Me han dicho que el rey nuestro señor...

—No exagero si digo que fray Fulgencio, más que vasallo es amigo del rey.

—¡Oh!...

—A palacio vá con frecuencia.

—El mismo, el mismo.

—Pero si quereis verlo...

—¿No podrá ser ahora?

—No, porque la comunidad está en el refectorio.

—Volveré más tarde, pues el negocio no es urgente.

—Si quereis aguardar...

—Gracias.

—Pues que Dios os guarde, hermano.

Marcelo se alejó.

Por entonces no necesitaba saber más.

Ya estaba seguro de que el capuchino de la intriga era el llamado fray Fulgencio, que tenia gran reputacion de sabio, clemente y virtuoso y que iba con frecuencia á palacio.

Fray Fulgencio no era, pues, un fraile cualquiera, sino un verdadero personaje.

Angélica debia conocerlo perfectamente y tambien Margarita.

El primer paso estaba dado felizmente.

El segundo debia consistir en ponerse en comunicacion con la noble doncella.

Esto era más difícil, porque Marcelo, para cumplir lo dispuesto por el rey y tambien por prudencia, no debia volver á palacio; pero si era difícil, no era imposible.

Detúvose Marcelo en la calle de las Infantas y volvió á reflexionar.

A los pocos minutos creyó haber encontrado el medio que buscaba, y tomando hácia la Red de San Luis, bajó por la calle de la Montera y poco antes de llegar á la Puerta del Sol, entró en una casa de regular apariencia.

Era una hostería de las más pobres que por entonces habia en Madrid.

En el piso bajo habia un comedor y tenia el hostelero

su despacho, y en el principal habia tambien algunas habitaciones destinadas para comer además de las reservadas para los viajeros.

Subió Marcelo sin detenerse, atravesó dos aposentos y se detuvo en otro de poca extension, pobremente amueblado y donde no habia más que una mesa.

Poco despues se presentó el único criado de la hostería, miró de piés á cabeza á Marcelo y le preguntó con cierto desden.

—¿Qué quereis?

No esperaba otra cosa Marcelo, porque su vestido era el de un pobre; pero miró de soslayo al sirviente, desplegó luego una irónica sonrisa y se sentó junto á la mesa sin responder.

El doméstico, colocado en el dintel de la puerta, hizo un gesto de disgusto.

Como si estuviese solo, el antiguo sacristan sacó el bolsillo de seda que le habia entregado el rey, lo vació y empezó muy despacio á contar las monedas, que eran todas de oro y de valor de cuatro duros.

Habia cincuenta.

Esta cantidad era de mucha importancia en aquellos tiempos, y de mucha más importancia para un pobre como el protector de Angélica.

Por falta de dinero no podia, pues, detenerse.

El semblante del criado cambió de expresion.

Sus ojos empezaron á brillar con el fuego de la codicia.

Tal vez no habia visto nunca tanto dinero junto.

—¿Quién es este hombre?—se preguntó.—Si no es un

bandido que acaba de cometer un abuso, es un caballero, ó por lo menos un hidalgo rico y disfrazado Dios sabe con que fin.

De cualquier modo, ello es que aquel hombre pobremente vestido tenia dinero, mucho dinero, y al contarlo, no lo miraba con afan, sino con esa indiferencia del que tiene la costumbre de manejar grandes cantidades.

El sirviente examinó el rostro de Marcelo, y luego dijo para sí:

—No, no tiene cara de bandido: parece un hombre honrado y tal vez todo esto sea cuestion de amorosas intrigas ó de otra clase de asuntos que nada tengan de criminal.

Hecha esta reflexion, cambió de postura, colocándose en actitud más respetuosa.

Acabó de contar Marcelo, guardó el bolsillo, se quitó el sombrero y lo arrojó sobre una silla.

Despues apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil y como absorto en meditaciones profundas.

No se atrevió el sirviente á interrumpirlo.

¿Cómo habia de atreverse, tratándose de un hombre que llevaba doscientos duros y los contaba y miraba con desden?

En todos tiempos el oro ha hecho prodigios.

Cinco minutos permaneció Marcelo en su meditabunda actitud.

Al fin levantó la cabeza, miró al criado como los grandes miran á los pequeños y le dijo:

—¿Hay que comer en esta casa?

—¡Que si hay que comer!..., Mucho y muy bueno como todo el mundo sabe.

—Pues yo tengo buen apetito... Servidme.

—¿Qué he de traeros?

—Todo lo mejor de que se pueda disponer en seguida.

—¿Y vino tambien?

—Claro es que sí; pero vino que pueda beberse, ¿lo entiendes?

—Entiendo bien.

—Y mientras cómo te hablaré de otra cosa que necesito, y si quieres servirme no te pesará.

No perdió un instante el criado.

Convencido de que se trataba de algun personaje, corrió, dió parte del acontecimiento al dueño de la hostería, limpió la mejor vagilla, sacó de la cueva el vino más añejo y puro, y diez minutos despues humeaban sobre la mesa tres ó cuatro platos con perdices, chuletas y truchas, que para Marcelo, mal alimentado los dias anteriores, exhalaban el olor más agradable.

—Además de esto,—dijo el criado,—tenemos riquísimo jamon y capones cebados.

—No necesito mas que algunos postres.

—Hay frutas, queso, dulces...

—Trae lo que quieras.

Por segunda vez salió el criado.

Empezó Marcelo á comer ávidamente, bebió un vaso de vino y acabó de recuperar todas sus fuerzas.

El mozo esperaba siempre en actitud respetuosa y cuidando de echar vino cuando el vaso se vaciaba.

—¿Eres curioso?—preguntó el protector de Angélica.

—¡Dios me libre!

—El que no es curioso, es discreto.

—De discreto tengo fama y puedo justificarlo fácilmente.

—Además eres pobre y no te desagradará ganar un par de doblones sin hacer nada malo.

—¡Oh!...

—Escúhame.

El criado se inclinó.

—Necesito dejar estos harapos,—dijo Marcelo con desden,—porque ya para nada me sirven; pero no quiero que me vean así en una ropería, porque puede suceder que me encuentre con alguien que me conozca.

—Pues todo eso es muy fácil hacerlo,—se apresuró á decir el sirviente.

—Sí, es muy fácil si tú quieres ir á comprarme ropa.

—¿Y por qué no?

—Bien, lo harás y así quedaré satisfecho en cuanto á una de las cosas que tenia que pedirte.

—Podeis mandar, que os serviré con la mejor voluntad del mundo.

—Todo lo que he de comer lo has traido y por consiguiente no tengo necesidad de tí.

—Iré ahora mismo á la ropería.

—Pero antes me traerás todo lo necesario para escribir y cerrar una carta.

—Pedís bien poco.

—Tienes poco más ó menos mi estatura y mis carnes, y por consiguiente basta con que tú te pruebes la ropa sin que haya necesidad de que venga el sastre.

—Pero necesito saber qué clase de vestidos quereis.

—Figurate que soy un hidalgo rico; pero no más que un hidalgo.

—Comprendo.

—Esto no es más que una suposicion...

—No os molesteis en darme más explicaciones.

—El color de la ropa ha de ser verde oscuro, y en cuanto á los adornos, sérios y los que permite mi clase.

—Muy bien.

—La tela fina, bastante fina, porque no quiero economizar.

—Así debe ser para un hidalgo rico.

—Ponte mi sombrero.

El criado obedeció diciendo:

—Está como si lo hubiesen hecho para mí.

—Entonces llevas la medida en tu cabeza.

—Descuidad, que todo será á vuestro gusto.

Sacó Marcelo otra vez el bolsillo, echó sobre la mesa unas cuantas monedas de oro y dijo:

—Creo que con eso tendrás bastante para todo.

—Sobrado.

—Pues dame el papel y el tintero y vete, que despues hablaremos de lo demás.

El sirviente llevó todo lo necesario para escribir; tomó las monedas y desapareció, frotándose las manos en señal de alegría.

Bien pronto acabó de comer Marcelo, y tomando la pluma escribió lo siguiente:

«Aún no sé si yo mismo os entregaré esta carta. Si puedo hacerlo así, tengo esperanzas de que me reconoz-

cais á pesar de que he cambiado de ropa; pero en caso contrario, haced lo que voy á deciros, porque importa mucho.

»Alguna vez habeis salido á ciertas horas de la noche, si bien acompañada, y ahora es preciso que tengais valor para hacerlo completamente sola y atravesar el Prado viejo hasta el Puentecillo, donde os saldrá al encuentro un hombre.

»De esto depende la salvacion de vuestros dos mejores amigos, de dos criaturas muy desgraciadas y por quienes siempre habeis estado dispuesta á toda clase de sacrificios.

»No puedo ir á vuestra morada, y por consiguiente tengo que privarme del honor de dar explicaciones á vuestra señora.

»Tal vez no os sorprenda esta carta, porque es posible que á vuestra señora le hayan hablado del asunto que á todos nos preocupa.

»Hace pocas horas que he recobrado la libertad.

»¿Adivinais quién soy?

»Creo que sí, porque os sobra inteligencia y mas de una vez habeis probado que podeis adivinar.

»No estampo aquí vuestro nombre, ni tampoco el mio, porque un papel se pierde y las palabras escritas no se las lleva el aire.»

Marcelo no escribió mas.

Cerró la carta y la selló sin poner una sola letra en el sobre.

A los pocos minutos se presentó el criado con un lio de ropa bastante grande, dejándolo sobre una silla, de-

senvolviéndolo y presentando una por una las prendas que habia comprado.

Marcelo las examinó, quedando satisfecho, y en seguida se despojó de su traje humilde, poniéndose el otro y quedando trasformado hasta el punto de que era casi imposible reconocerlo.

Sabemos ya que ni por la expresion de su rostro, ni por sus maneras parecia el aldeano un hombre grosero, y fácilmente podia pasar por un hidalgo de mediana fortuna y de buena educacion.

—¿Estais complacido?—preguntó el sirviente convencido más y más de que trataba con un caballero.

—Sí.

—Os daré la cuenta...

—¿Te ha faltado dinero?

—Me ha sobrado bastante.

—Entonces no quiero saber lo que has gastado.

—Gracias, mi noble señor, gracias...

—Escúchame y veamos si quieres prestarme un nuevo servicio.

—Ya escucho.

—¿Puedes disponer de tu persona por una ó dos horas?

—Creo que el amo me dará licencia, porque nunca me la ha negado cuando he tenido necesidad de ocuparme de algun asunto mio.

—Pues si te dá licencia y tú eres callado, además de no ser curioso, podrás con poco trabajo ganar otros tres doblones.

—¿Qué debo hacer?

—Entregar una carta.

—A una mujer, ¿no es verdad?—preguntó maliciosamente el criado.

—Sí, á una mujer jóven y bella; pero no hay de por medio marido ni amante, ni padre siquiera, puesto que no vive con su familia.

—Entonces...

—Algun trabajo te costará llegar hasta ella: pero lo conseguirás si haces con exactitud cuanto yo te diga.

—¡Vaya si lo haré!... Segun os explicais, la comision no ofrece ningun peligro, porque si no hay padres ni hermanos, ni marido ni amante...

—No.

—Voy á pedir licencia al amo.

—Escucha todavía.

—Decid.

—La dama á quien has de ver habita en palacio.

—¡Oh!...

—¿Tienes miedo?

—Ninguno.

—Has de entregarle la carta á ella misma, y si alguien es bastante curioso para preguntarte quién te envia...

—Se quedará con la gana de saberlo.

—Si la dama no está sola, le dirás que tienes que hablarle reservadamente de parte de uno de sus más intimos amigos á quien no puedes nombrar.

—¿Querrá escucharme?

—Sí.

—¿Y qué he de decirle?

—La verdad, lo que has visto, pues así comprenderá ella quién soy.

—¿Y luego?

—Le entregarás la carta y nada más, á menos que ella te mande otra cosa.

—¿Vos me esperareis aquí?

—Iré contigo hasta el Prado y allí nos separaremos, y por si la carta tiene contestacion, y para darte los tres doblones volverás á buscarme.

—¿Y qué he de hacer de esta ropa que os habeis quitado?

—Puedes servirte de ella ó venderla, porque no la necesito.

—Sois muy generoso...

—Dime otra cosa.

—Mandad.

—Si se me ofrece, ¿tendré en esta casa un aposento independiente donde poder habitar sin que me moleste nadie?

—Hay una habitacion completamente aislada en este mismo piso.

—Está bien. Pide licencia á tu amo, y si te la concede nos iremos en seguida.

El mozo era antiguo en la casa, fiel y leal, y el hostelero no podia negarle tan sencillo favor, mucho más cuando la hostería era poco concurrida y podia suplirse fácilmente por un par de horas la falta del criado.

Obtenida la licencia, tomó éste su capa y su sombrero y se puso á disposicion del antiguo sacristan.

Sin temor ya de que lo reconociesen, salió Marcelo

seguido del mozo y llevando en un bolsillo la carta que acababa de escribir.

Sin pronunciar una palabra atravesaron la Puerta del Sol, bajaron la calle de Alcalá y llegaron al Prado.

Apenas se veia por allí alguna persona, porque el calor se dejaba sentir bastante, y hasta que el sol estaba cerca de su ocaso no paseaban por aquel sitio los habitantes de la coronada villa.

Pasaron el Puente Verde y se detuvieron entre los árboles.

Entonces dijo Marcelo, sacando la carta.

—Aquí no he puesto nombre alguno, pero debes saber que la dama en cuestion pertenece á la servidumbre de la reina y se llama doña Margarita de Cienfuegos.

—No olvidaré el nombre.

—Para entrar en palacio no encontrarás ningun inconveniente.

—¿Y hácia qué lado he de dirigirme?

—Atravesarás el primer patio y subirás una escalera que verás á la izquierda, luego seguirás por un largo pasillo, y en las primeras habitaciones que encuentres, te darán razon de doña Margarita, que es jóven y muy hermosa, con los ojos grandes y negros, tan negros como el azabache, y el rostro ligeramente moreno.

—Jóven, morena, con ojos negros...

—A otra que no tenga estas señas no le entregues la carta aunque te asegure llamarse Margarita.

—Descuidad.

—Vete.

A buen paso se encaminó el sirviente á la morada

real, donde entró sin que nadie se cuidase de él, atravesando el primer patio, subiendo una escalerilla que encontró á la izquierda, siguiendo por un pasillo y encontrándose al fin en una habitacion donde habia muy pocos muebles.

Una vez allí, preguntó á la primera persona que le salió al encuentro y que le respondió, diciéndole que fuese más allá.

De aposento en aposento llevaron al criado, preguntando los unos qué queria y de parte de quién iba y concretándose otros á responder.

Un cuarto de hora despues consiguió llegar hasta la dueña de doña Margarita.

La vieja, á quien ya hemos visto una vez, despues de muchas observaciones y de muy mala gana, pasó aviso á su señora.

El recado tenia algo de misterioso, y esto hizo que palpitase violentamente el corazon de la jóven.

¿Le llevaban otra carta de Felipe?

Hé ahí lo primero que sospechó.

—Que entre ese hombre,—se apresuró á decir.

Afortunadamente la doncella estaba sola en su aposento.

Bien pronto se presentó el mozo de la hostería, que antes de pronunciar una palabra examinó atentamente el rostro de la jóven para convencerse de que era la misma á quien buscaba, y luego preguntó:

—¿Sois vos doña Margarita?

—Sí.

—¿Quereis decirme vuestro apellido?

—Cienfuegos.

—Está bien... Y las señas son las mismas...

—¿Qué quereis?

—Señora, habreis de escucharme algunos momentos, si es que puedo hablar descuidadamente.

—Nadie os interrumpirá.

—Yo sirvo hace catorce años en la hostería de San José, y hace como dos horas entró un hombre todo vestido de negro y pobremente, un hombre del pueblo bajo, á juzgar por su ropa; pero su rostro lo desmentia.

—¿Qué edad tiene ese hombre?

—Unos cuarenta años ó poco más: es moreno, con los ojos negros y la mirada un tanto osca.

—¿Y ese hombre os envia?

—Primeramente pidió de comer como un gran señor, y luego dijo que queria tirar los harapos que llevaba.

—Continuad.

—Me mandó ir á comprarle un vestido propio para un hidalgo, y me apresuré á complacerlo, mientras él escribia una carta para vos.

—¿Y esa carta?

—Aquí está, señora.

La doncella tomó el papel que le presentó el criado, lo desdobló y leyó afanosamente.

No conocia la letra del generoso protector de su amiga; pero apenas hubo concluido de leer, sospechó que aquella carta estaba escrita por Marcelo.

Margarita ignoraba lo que habia sucedido en la cámara del rey, porque éste, á pesar de que parecia inclinado en favor de la justicia, decidió guardar por enton-

ces la más profunda reserva, y de sus determinaciones no habia dado parte á su esposa.

La doncella creia, pues, que el honrado Marcelo permanecia encerrado.

Fácilmente comprendió que eran Angélica y Felipe los amigos desgraciados de quienes se hablaba en la carta; pero, ¿quién sino Marcelo podia ocuparse de este asunto?

Reflexionó la jóven.

¿No podia ser tambien el capuchino el autor de aquella carta?

¿No podia ser la carta un nuevo lazo tendido por el astuto fraile?

La doncella era un estorbo para los planes de fray Fulgencio, y tal vez éste intentaba hacer con ella lo que habia hecho con la desgraciada hija de don Alfonso de Guevara.

Se le decia que saliese de noche y sola, atravesando así uno de los sitios más solitarios y peligrosos, muy á propósito para una emboscada, para cometer impunemente un crímen.

Sin el ejemplo reciente de lo acontecido con Angélica, tal vez Margarita, dejándose llevar de los impulsos de su corazon, hubiera decidido desde luego acudir á la extraña cita; pero esto le pareció una imprudencia que podia costarle muy cara.

Sin embargo, podia muy bien suceder que la carta no fuese un lazo de fray Fulgencio.

¿Cómo poner en claro la verdad?

La jóven adoptó bien pronto una resolucion.

—Bien,—dijo,—estoy enterada.

—¿Teneis algo que mandarme?

—Deseo saber si la persona que os ha entregado esta carta espera la contestacion en la hostería.

—Ha venido en mi compañía hasta el Prado Viejo y me espera cerca del Puente Verde.

—Nada más os ha dicho que mi nombre?

—Me ha mandado que os obedezca, haciendo inmediatamente cuanto dispongais.

—Pues aguardad algunos minutos,—dijo Margarita.

Y salió del aposento.

El mozo quedó inmóvil.

Poco despues volvió la doncella cobijada con un manto y seguida de su dueña.

—Venid,—dijo al mozo.

Los tres salieron de palacio sin hablar más, y cuando llegaron al Prado, se detuvieron, diciendo Margarita al criado:

—Id delante, y cuando llegueis donde está ese hidalgo, decidle que he leido su carta y que le daré la respuesta si quiere seguirme y reunirse conmigo en la calle del Turco.

—Así lo haré.

—Yo no me detendré, ni haré demostracion alguna de que lo conozco, sino que pasaré por su lado y lo miraré como se mira á cualquiera.

El criado obedeció mientras decia para sí:

—Está visto, asunto de amor. Ella es jóven y hermosa, él no es viejo, debe ser rico; pero, ¿por qué se disfraza? Allá se entiendan: lo que me importa son los tres

doblones, que con lo que me ha sobrado al comprar la ropa, hace una buena cantidad.

Recatábase la doncella el semblante cuanto le era posible.

La dueña la seguia en tanto que á media voz murmuraba.

Entre los álamos y rosales que por aquel tiempo poblaban el Prado habíase situado Marcelo.

El mozo se le acercó, diciéndole:

—He desempeñado mi comision.

—¿La has visto?

—Y entregué la carta, y la leyó determinando venirse conmigo.

—¡Contigo!—exclamó Marcelo, fijando entonces la mirada en las dos mujeres.

—Si quereis la respuesta, seguid á la dama hasta la calle del Turco.

—¿Ella lo ha dispuesto así?

—Ni más ni menos, y me parece que no podeis quejaros de la fortuna.

—En aquel momento pasó á seis ó siete pasos de distancia Margarita, que disimuladamente miró al fingido hidalgo.

Como la doncella no se detuvo, no pudo reconocerlo.

—¿Quién es ese hombre?—se preguntó.—Si me tienden algun lazo, se convencerán bien pronto de que han sido torpes.

Margarita y su dueña llegaron al puente y lo atravesaron, dirigiéndose á la calle de Alcalá.

—Toma, toma,—dijo entonces Marcelo.

Y sacó tres monedas de oro, se las entregó al criado y añadió:

—No me sigas, no te cuides de averiguar quien soy olvidate de lo que acaba de suceder, si es que en algo estimas tu pellejo.

—Descuidad, descuidad, que ni soy curioso ni tampoco ingrato. Si alguna vez me necesitais, contad conmigo.

Esto diciendo el criado, alejóse presurosamente y sin volver la cabeza atrás.

A buena distancia siguió Marcelo á las dos mujeres, que entraron en la calle del Turco.

Entonces él apresuróse y en breve les dió alcance.

Ellas se detuvieron.

Levantó él la cabeza y fijó su expresiva mirada en la jóven.

Entonces esta ahogó un grito.

—¿Me conoceis?—preguntó Marcelo.

—¡Ah!

—Temíais que os engañasen...

—¡Vos aquí!...

—¿Por qué os sorprendeis?

—¿Cómo habeis conseguido salir de vuestro encierro?

—¿Acaso,—replicó Marcelo,—ignorais que me han devuelto la libertad?

—Lo ignoraba...

—No hace muchas horas que ha sucedido así, y he procurado aprovechar el tiempo.

—Estoy aturdida.

—Es preciso que hablemos, señora, porque tengo que deciros cosas de grandísima importancia.

—Yo tambien.

—Nadie sabe que se me ha puesto en libertad, ni nadie debe saber donde me encuentro.

—Nos veremos esta noche.

—¿A que hora?

—A las once.

—Os esperaré.

—Saldré como decís en vuestra carta.

—Podeis hacerlo descuidadamente, que yo vigilaré.

—Ahora ya nada temo.

—Me parece prudente que volvais á palacio.

—Sí, sí... ¡Dios nos proteja!

—Nos ayudará, no lo dudeis.

No hablaron más.

Separáronse.

Marcelo siguió por la calle del Turco hácia la carrera de san Gerónimo.

Doña Margarita retrocedió.

—¿Pero que significa esto?—le preguntó su dueña.

—¿Y qué os importa?—replicó la jóven, que estaba muy agitada.

—Me importa mucho, porque yo soy responsable de vuestro decoro y porque ya llueve sobre mojado.

—No puedo daros explicaciones.

—Aun me acuerdo de aquel dia que os acompañé á la casa de Tocame-Roque...

—Ya os recompensé.

—Sí; pero aquello...

—Ahora tambien sereis recompensada.

—No lo dudo; pero...

—Escoged entre mi dinero y mi enojo.

Esta razon fué la más convincente para la dueña, que guardó silencio.

Llegaron á palacio, quitóse el manto la jóven y corrió á la cámara de la reina.

CAPITULO XXIX.

El asunto se complica.

Doña Margarita cumplió con toda exactitud su promesa y á las once de la noche salió de la morada real, encontrándose en el Prado con Marcelo.

Desde allí fueron á la casa de Tocame-Roque, donde á semejante hora podian entrar sin temor de que los observase ningun vecino curioso.

Ya sabemos que el protector de Angélica tenia en su poder las llaves de su habitacion.

No es menester que demos cuenta detallada de la conversacion de estas dos personas, pues no se ocuparon mas que de darse explicaciones sobre los sucesos que conocemos ya.

Era cerca de la una cuando se separaron.

Acompañó Marcelo á la doncella hasta el palacio real, y luego volvió á su antigua morada para descansar

y con intencion de abandonarla antes de que amaneciese y pudiesen observarlo.

Tal era la situacion al dia siguiente, es decir, la mañana en que Luis I exigió explicaciones á don Alfonso, y ahora daremos cuenta de lo que sucedió en el convento de capuchinos en tanto que el señor de Guevara cometia torpeza tras torpeza, diciéndole al rey todo lo que se habia propuesto callar.

Así comprenderá el lector la tranquilidad de fray Fulgencio cuando fué á visitar al padre de Angélica.

Eran las nueve de la mañana.

Azúladas nubes de aromático incienso elevábanse en espirales hasta la cúpula del templo de capuchinos de la Paciencia.

Resonaba la voz grave de la comunidad, que en el coro entonaba sus cánticos monótonos, y las elevadas bóvedas extremecíanse y repetian los armoniosos sonidos del órgano..

Celebrábanse los divinos oficios.

Las naves del templo estaban casi vacias, porque no era dia festivo, y por consiguiente, muy pocos fieles, que nada tenian que hacer, eran los que habian acudido aquella mañana.

La luz del sol penetraba en la iglesia trabajosamente á través de los vidrios de colores ó de las cortinas azules que cubrian las ventanas.

Algunos de los buenos padres entonaban maquinalmente el rezo, otros dormitaban, y pocos eran los que con fervor verdadero dirigian al Omnipotente las súplicas por el bien de la humanidad.

La costumbre tiene una gran fuerza, una fuerza tal vez incontrarrestable, y los que uno y otro dia, uno y otro año rezan, no impulsados por el sentimiento religioso, sino para cumplir un deber muchas veces aceptado inconscientemente, concluyen por rezar con los lábios, ó lo que es lo mismo, rezan sin rezar.

Los padres, es decir, los que habian pronunciado ya los sagrados é irrevocables votos, los que habian recibido todas las sagradas órdenes sacerdotales, ocupaban los sillones del coro, y con las manos cruzadas y la cabeza inclinada, permanecian inmóviles.

Detrás se veian los legos y los novicios en pié, rezando los unos y ocupados los otros en volver las hojas de los grandes libros colocados en el facistol, ó bien en agitar las campanillas en los momentos en que debian hacerlo así.

Junto al altar mayor estaban los que oficiaban.

En los momentos en que callaban los unos y los otros el silencio era tan absoluto, que hubiera podido apercibirse el vuelo de una mosca.

Todo era en aquel lugar imponente y grave.

Envuelto en la sombra proyectada por el arco y las paredes de una de las capillas, habia un hombre arrodillado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, encorvado y de manera que era muy difícil ver alguna parte de su rostro.

Tenia las manos cruzadas y entre ellas un largo rosario.

Una capa de paño fino, color verde oscuro, envolvia su cuerpo.

El sombrero lo habia dejado en el suelo y junto á sus rodillas.

A juzgar por su ropa debia ser un hidalgo de mediana fortuna.

Movia los lábios como si rezase; pero su pensamiento debia estar muy distante del acto religioso, porque en vez de mirar al pavimento ó hácia el altar, tenia los ojos vueltos hácia el coro y fija allí toda su atencion.

Entre los novicios se encontraba Felipe, con la cabeza humildemente inclinada y los ojos casi completamente cerrados.

Su rostro estaba pálido y su frente contraida.

No necesitamos decir que tampoco rezaba, que ni siquiera pensaba en lo que sucedia á su alrededor, y que tal vez se habia olvidado de que se encontraba en el templo.

El pensamiento de Felipe estaba en el mundo del que poco tiempo antes habia querido huir.

Grabadas en su alma habian quedado las frases pronunciadas por el gentil-hombre que el dia anterior habia ido á buscar á fray Fulgencio.

Un loco aseguraba que Angélica vivia, un loco que tambien acusaba de ladron y asesino á don Iñigo de Covadonga.

Y precisamente cuando esto sucedia, al ir á palacio á llevar á doña Margarita la carta ó al volver con la contestacion, habia desaparecido María despues de hablar con dos desconocidos.

No era posible que el mancebo olvidase nada de esto ni por un solo instante.

¿Qué habia sido de la cariñosa mujer que le habia servido de madre?

¿Por qué el loco aseguraba que la infeliz Angélica de Guevara vivia?

Lo que dicen los locos no debe tomarse en consideracion; pero ello es que aquel pobre demente decia tambien una gran verdad al acusar á don Iñigo.

Felipe sufria horriblemente, como nunca habia sufrido, y las dudas y la incertidumbre eran quizá su mayor tormento.

Empero no estaba abatido, sino que por el contrario, habia recobrado su antigua energía y estaba resuelto á luchar en todos terrenos, lo mismo en el de la astucia que en el de las violencias, puesto que de toda clase de armas parecia que fray Fulgencio hacia uso.

Nuestro capuchino no dormitaba, si bien rezaba maquinalmente como otros muchos.

Lo mismo que sus compañeros, tenia la cabeza inclinada; pero lo mismo tambien que el devoto que estaba arrodillado á la sombra de la capilla, fray Fulgencio tenia la mirada fija en el desgraciado Felipe.

Este era, pues, objeto de la observacion constante de dos personas.

Las nubes de incienso hiciéronse más densas.

Resonaron las campanillas.

Torrentes de armonía se escaparon del órgano, confundiéndose con la voz profunda y solemne de los frailes.

Cinco minutos despues habia terminado la ceremonia.

Del incienso no quedaba en la atmósfera mas que el suave perfume.

Apagáronse las luces rojizas de los cirios.

Los padres que oficiaban habian vuelto á la sacristia.

Levantábanse los fieles, tomaban agua bendita y abandonaban el templo.

No quedó allí mas que el hidalgo de quien hemos hecho mencion y en quien nuestros lectores habrán reconocido á Marcelo.

Los frailes se pusieron en pié, y formando dos hileras empezaron á salir del coro, colocándose tras ellos los legos y novicios.

Entonces Marcelo se levantó, santiguóse devotamente, guardó su rosario, y siempre con la cabeza inclinada, salió de la iglesia; pero en vez de irse á la calle tomó por un anchuroso pasillo y bien pronto se encontró en el claustro.

Por allí debia pasar la comunidad, y por allí se situaban con frecuencia muchas personas para contemplar la silenciosa procesion y saludar de paso con una mirada ó un movimiento de cabeza á sus amigos ó parientes.

Desde el claustro iban los frailes á un largo pasillo, que se dividia en dos, y en este pasillo entró Marcelo en vez de quedarse bajo las bóvedas del claustro.

Probablemente intentaba algo peligroso; pero no sin arrostrar muchos peligros podia llevar á cabo su difícil obra.

No hay que decir que el protector de Angélica obra-

ba en todo de acuerdo con Margarita, ó lo que es igual, con la reina.

Antes que los frailes entró Marcelo en el pasillo, y al llegar al otro que cruzaba, volvió á la derecha, situándose junto á una de las esquinas.

No era fácil verlo allí donde apenas llegaba alguna luz.

La comunidad, grave y silenciosa, atravesó el claustro.

Fray Fulgencio, mientras adelantaba, volvia de vez en cuando la cabeza y miraba hácia atrás como distraidamente; pero siempre su mirada iba á fijarse en el mismo objeto, en su desdichada víctima, que en calidad de novicio no podia permitirse la libertad ni siquiera de levantar los ojos en público so pena de ser castigado severamente.

Entraron en el pasillo.

Fray Fulgencio continuó volviendo la cabeza con admirable disimulo, y á pesar de la escasez de la luz pudo apercibirse de que un hombre se encontraba allí, y que aquel hombre miraba afanosamente á los que pasaban como si quisiese aprovechar la ocasion para dirigir secretamente la palabra á uno de los indivíduos de la comunidad.

¿Cuál de ellos era el objeto de las miradas de aquel hombre?

Fray Fulgencio, como buen fraile, le daba importancia á todo, porque así evitaba verse nunca sorprendido por ningun suceso.

Ni remotamente sospechó el capuchino que aquel

hombre pudiera ser el temible Marcelo; pero sí le ocurrió pensar que podia ser alguno enviado por la reina ó por doña Margarita para buscar entre los novicios al antiguo paje.

Cualquiera determinacion era menester adoptarla sin perder un momento, y así lo hizo el astuto fraile, pues no bien habia dado seis ó siete pasos despues de apercibirse del que aguardaba, cuando fingió que se resbalaba y un pié se le torcia, y saliendo de la fila, apoyóse en la pared mientras hacia un gesto doloroso.

Esto no era bastante para que sus compañeros se detuviesen, y continuaron sin volver siquiera la cabeza.

Acabaron de pasar los frailes y llegaron los legos y novicios.

Los negros ojos de fray Fulgencio relumbraron como dos carbunclos y su mirada se fijó con afan indescriptible en el desgraciado mancebo.

Este iba detrás de todos, porque era el más moderno.

Llegó al sitio donde Marcelo se encontraba y se extremeció al sentir que asian su hábito tirando violentamente.

Tuvo que detenerse el mancebo, volvió la cabeza y se encontró con un hombre que le era completamente desconocido; pero aquel hombre, inclinándose, reconcentrando cuanto le fué posible la voz y con tono apenas perceptible, dijo:

—Silencio... Ni una palabra, ni un gesto...

Iba á replicar Felipe y Marcelo le interrumpió diciéndole:

—Os perdereis... Nos perderemos todos... la reina... doña Margarita...

El desdichado jóven volvió la cabeza á uno y otro lado y vió que sus compañeros se alejaban y desaparecián al extremo del pasillo.

Fray Fulgencio no estaba ya junto á la pared; tambien se habia ido.

Nadie observaba, pues, á Felipe, ó por lo menos así parecia.

El infeliz se preguntó quién era aquel hombre que se le presentaba tan misteriosamente y pronunciaba los nombres de la reina y de Margarita, imponiéndole silencio y advirtiéndole que la más leve imprudencia podia perderlos á todos.

Era preciso á toda costa aclarar el misterio.

—¿Quién sois?—preguntó á media voz Felipe y mientras fijaba una mirada ardiente y penetrante en Marcelo.

—No,—murmuró éste,—no me equivoco... Dos veces no mas os he visto; pero os reconozco por los ojos...

—¿Quién sois?

—Es preciso que me escucheis.

—Ahora nadie nos observa; pero dentro de algunos minutos...

—Pues bien, no perdamos un instante... Llevadme á donde podamos hablar.

—¿Pero quién sois?

—Lo sabreis.

—¿Por qué habeis nombrado á la reina?

—Porque ella me envia.

—¿Venís á darme noticias de mi madre?

—¡Vuestra madre!... No sé.

—Sois un impostor, me tendeis un lazo...

—Escuchadme en nombre de doña Angélica...

—¡Angélica!—exclamó Felipe.

Y dos centellas se escaparon de sus negros ojos.

Y extendió el brazo derecho, asiendo al desconocido por una muñeca, que le oprimió con fuerza convulsiva.

Luego, mas que conducirlo, lo arrastró por el pasillo sin detenerse hasta llegar á una pequeña habitacion completamente desamueblada y donde no habia mas que una puerta.

Entretanto habia pensado Marcelo cómo dar las explicaciones con pocas palabras aprovechando así los minutos de que podia disponer, y apenas se detuvieron, dijo:

—No abandoneis el convento, disimulad, fingid... Yo era dueño de los documentos que probaban los crímenes de don Iñigo de Covadonga...

—¡Ah!...

—Me los robaron y ahora están en poder de fray Fulgencio...

—¿Quién sois, quién sois?...

—Vuelvo á deciros que no abandoneis el convento.

Aún dudó Felipe si se le tendia un lazo, y asiendo otra vez á Marcelo y sacudiéndole rudamente, le dijo con el acento de la desesperacion:

—La cólera me ciega y soy capáz de todo.

—Escuchadme...

—Quiero saber quién sois.

—El que ha buscado á don Iñigo por espacio de diez y siete años, al miserable don Iñigo que fué la causa de que muriese la infeliz esposa de su hermano don Felipe, á don Iñigo, que hizo desaparecer el testamento de su hermano para desheredar á su sobrino... ¿No sabeis que don Felipe de Covadonga tenia un hijo, que ese hijo desapareció y que ha vivido milagrosamente...

—¿Dónde está, dónde?

La agitacion de Felipe llegó á ser tan violenta, tan profunda, que Marcelo temió cometer una imprudencia descubriéndole repentinamente el secreto de su existencia misteriosa, así como la de Angélica de Guevara.

Y sin embargo no habia tiempo que perder, pues de un momento á otro podian ser sorprendidos.

Quedó Marcelo silencioso y pensando cómo seguiria aquella difícil conversacion sin producir un trastorno de consecuencias fatales en el desdichado mancebo.

Nosotros tambien queremos aprovechar los instantes y mientras Marcelo reflexiona, retrocederemos para averiguar lo que habia hecho el capuchino, pues debe suponerse que no se contentó con mirar al hombre que estaba en acecho en el ángulo del pasillo.

De cualquier modo y por pronto que quisiese evitarlo el fraile, suponemos que Felipe conocería el secreto de su existencia y el no menos misterioso y extraño de lo que podria llamarse resurreccion de la hija del señor de Guevara.

Para esto no era menester más sino que Marcelo pronunciase algunas palabras.

La situacion no podia ser más crítica, pues como vamos viendo, todo dependia de un solo instante, un instante que bastaba para que Marcelo dijese: «Angélica vive y vos sois el hijo de don Felipe de Covadonga.»

No era menester más, repetimos; pero, ¿aprovecharía el sacristan aquellos instantes?

CAPITULO XXX.

Lo que puede suceder en el interior de un convento.

Fray Fulgencio, oculto tras las dos filas de legos y novicios que avanzaban lentamente, pudo ver cómo Felipe se detenia precisamente en el sitio en que se encontraba el hidalgo.

Ya no dudó el fraile de que aquel desconocido se habia colocado allí para hablar con el antiguo paje, y tampoco dudó de que era un enviado de la reina y de doña Margarita.

Por un momento se contrajo violentamente el rostro del capuchino, y su mirada se tornó sombría.

No era posible que se dejase vencer cuando le sobraban medios para estorbar que los otros entraran en explicaciones.

El hidalgo tenia que inspirar confianza dándose á conocer ó probando que iba de parte de la reina, y esto

le haria perder algunos minutos, minutos que eran un tesoro y que el capuchino no dejaria de aprovechar.

Tambien era posible que aquel hombre llevase alguna carta en cuyo caso le bastaba un momento para cumplir su mision.

Empero fray Fulgencio encontraba remedio para todo: si el desconocido se iba inmediatamente, no debia dudarse que hábia entregado un papel, y entonces era preciso detener á Felipe antes que leyese, registrarlo y castigarlo por haberse permitido recibir una carta que no se le entregaba abierta y por conducto del prior.

Todo esto lo calculó en pocos segundos el capuchino, cuya viveza de imaginacion conocemos ya, y antes de que acabaran de pasar los legos, acercóse á uno de ellos y le dijo en voz baja:

—Hermano, bajo santa obediencia, venid.

Y volviendo la cabeza, dirigió á otro las mismas palabras.

Los dos interpelados separáronse de sus compañeros, siguiendo al buen padre, que abrió una puertecilla y entró en un aposento donde no se veia mueble alguno.

Allí se detuvo.

Los dos legos quedaron inmóviles, teniendo buen cuidado de callar, porque la mas sencilla pregunta hubiera sido considerada en aquellos momentos como falta gravísima y digna del más severo castigo.

—Hermanos,—dijo con grave tono fray Fulgencio,—si os mando que os apodereis de un hombre que habla con uno de los novicios, lo hareis inmediatamente bajo santa obediencia, sin pronunciar una palabra, luchando

con él y sujetándolo si es bastante atrevido para resistir, y sobre todo tapándole la boca para evitar que pronuncie palabras, que ni pueden llegar á oidos de nadie, ni deben sonar en este sagrado recinto. Despues os llevaré para que escucheis la aprobacion de nuestro muy reverendo y amado prior.

Los dos legos se inclinaron humildemente.

—Venid,—dijo fray Fulgencio.

Y sin que sus pasos produjesen el más leve ruido, como tres fantasmas, avanzaron por habitaciones y pasillos, deteniéndose al fin junto á una puerta que estaba cerrada aunque sin echar la llave.

El capuchino se inclinó, miró por el ojo de la cerradura y sus negras pupilas relumbraron como las de un tigre.

Luego contuvo la respiracion y escuchó.

¿Llegaba á tiempo?

Llegaba precisamente cuando Marcelo callaba y pensaba cómo seguiría dando las interesantes y gravísimas explicaciones.

Si fray Fulgencio se empeñaba en seguir escuchando para satisfacer su curiosidad, Marcelo haría las importantes revelaciones, lo cual hubiera sido equivalente á desbaratar en gran parte el bien combinado plan del capuchino.

Pero si éste no seguia escuchando, sino cometia la torpeza de empeñarse en conocer la mision del hidalgo, todo se perdería para nuestros amigos.

Felipe habia fijado en Marcelo una mirada profunda, ávida, angustiosa, una mirada indescriptible.

Y las manos del infeliz mancebo temblaban convulsivamente.

Y su rostro se habia tornado lívido.

En aquella situacion no era posible la calma.

Por fin el fingido hidalgo rompió el silencio para decir:

—Nunca habeis necesitado tanto valor como en estos momentos, á pesar de que son momentos de suprema dicha, porque con algunas palabras pondré termino para siempre á vuestro mortal dolor, á vuestros horribles sufrimientos.

—Acabad, acabad,—dijo ansiosamente Felipe.

—Os he hablado de un hijo de don Felipe de Covadonga, y he pronunciado tambien el nombre de doña Angélica de Guevara.

—¡Oh!... Concluid de una vez.

—Preparaos á experimentar una alegría que puede haceros perder el juicio...

—Me sobra valor para todo.

—Pues bien...

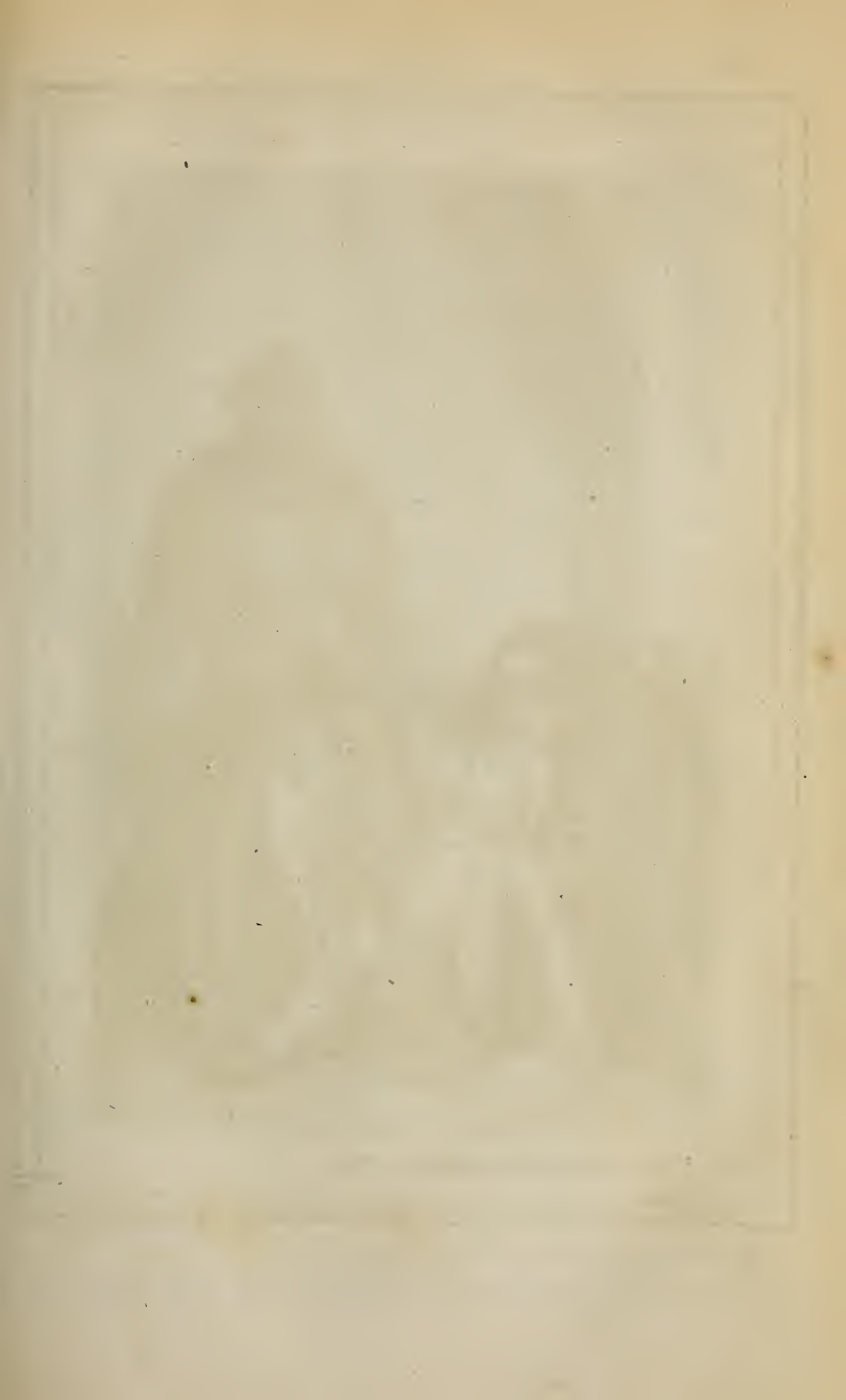
Iba Marcelo á revelar los secretos, pero se interrumpió porque en aquel instante se abrió la puerta y apareció la sombría figura de fray Fulgencio.

Felipe exhaló un grito de sorpresa y de rabia.

El capuchino se detuvo terrible como la estátua del Comendador, extendió un brazo hácia Marcelo y dijo:

—Ese.

Y no bien hubo pronunciado esta palabra cuando los dos legos, que eran jóvenes y robustos, cayeron sobre el protector de Angélica, asiéndolo el uno por el cuello y





Por de pronto no pudo sostenerse y cayó.

oprimiéndolo tan fuertemente que apenas lo dejaba respirar, y abrazándosele el otro á las piernas, tirando y haciéndole perder el equilibrio, sin que el desdichado tuviera tiempo para defenderse.

La lucha era desigual; sin embargo Marcelo estaba dotado de una fuerza nada comun y era posible que consiguiese desembarazarse de sus acometedores.

Por de pronto no pudo sostenerse y cayó.

Entretanto fray Fulgencio cogió por un brazo á Felipe, lo apretó como hubiera podido apretar un torniquete, y aprovechando aquellos primeros instantes de sorpresa, aturdimiento y confusion, tiró violentamente, sacó del aposento al novicio, cerró la puerta, echó la llave y la quitó.

Sucedió todo esto en mucho menos tiempo del que se necesita para referirlo.

Pocos segundos tardó el mancebo en desaturdirse, intentando resistir y retroceder para acudir en ayuda del mensajero de la reina; pero ya era tarde, porque acababa de cerrar el capuchino.

—Seguidme á la celda del prior,—dijo severamente fray Fulgencio.

—No,—gritó enérgicamente el novicio.

—Quedaos en buen hora,—repuso el fraile.

Y de un salto se puso fuera del aposento por otra puerta que tambien cerró con llave.

Marcelo no se dió por vencido; resistióse y luchó con la inmensa fuerza de la desesperacion.

Si hubiese sabido que Felipe habia quedado allí cerca, habria gritado, revelando el secreto de la existencia

de la hija de don Alfonso; pero creyó que el novicio estaba lejos y no se cuidó más que de desasirse para huir antes de que acudiesen más enemigos, ni de que lo reconociesen.

Ni acometedores ni acometido articulaban una sílaba.

Revolvíanse los unos y los otros y no se percibia mas ruido que el de las respiraciones violentas y el sordo de aquella lucha tenaz.

¿Conseguiría Marcelo salvarse?

Creyó que sí, porque hubo un momento en que consiguió colocarse sobre el cuerpo del que lo habia cogido por las piernas, y para desembarazarse del otro, echábale mano á su vez al cuello, decidido á oprimir sin compasion.

Empero fray Fulgencio lo habia previsto todo y, cuando esto sucedia, llegó por el pasillo con cuatro donados de formas hercúleas.

En manos de uno de ellos veíase una mordaza.

Ya habian recibido instrucciones y no tenian necesidad de detenerse, así que, tambien cayeron sobre la desdichada víctima, logrando bien pronto sujetarlo y ponerle la mordaza.

La lucha era ya completamente inútil.

Marcelo dejó de hacer resistencia.

No podia pronunciar una palabra; pero eran demasiado elocuentes sus ojos encendidos, que se habian inyectado en sangre, demasiado elocuente su mirada que se fijaba terriblemente amenazadora en fray Fulgencio, porque ya no podia dudar de que este era el misterioso

capuchino que se habia llevado á la infeliz Angélica.

El fraile aparecia completamente tranquilo.

Su mirada no era ya sombría.

Su rostro no expresaba ni alegría ni disgusto.

Al verlo hubiérase dicho que ningun interés tenia en aquel suceso, que se concretaba á cumplir una órden con la más fria indiferencia.

Hubo algunos minutos de silencio y quietud.

El capuchino se acercó á su nueva víctima, diciéndole con dulzura:

—Señor Marcelo, si quereis venir por vuestro pié os evitareis el disgusto de que os lleven bien ó mal, pues ello es que habeis de quedar encerrado hasta que nuestro reverendo superior determine lo que tenga por conveniente.

El protector de Angélica movió la cabeza indicando que iria adonde se le mandase.

—Dejadlo que se levante,—dijo entonces fray Fulgencio.

Obedecieron los otros.

Marcelo se puso en pié.

Salieron y atravesaron lenta y silenciosamente galerías y habitaciones, bajando tambien algunas escaleras.

Parecia que Marcelo iba recobrando su calma terrible, aquella calma que no habia perdido en diez y siete años; pero aún continuaba agitado, respiraba trabajosamente y en sus negros ojos veíase un fulgor que tenia mucho de siniestro.

Los sucesos de la negra historia de don Iñigo, los

recordó Marcelo como si hubiesen tenido lugar aquel mismo dia, y volvió á sentir vivo y ardiente el deseo de venganza ó más bien de inexorable justicia.

No era posible que fray Fulgencio diese toda la importancia que verdaderamense tenia al protector de Angélica.

Despues de diez minutos y de bajar una tercera escalerilla casi perpendicular y que parecia conducir á los espaciosos subterráneos del edificio, detuviéronse junto á una puerta de roble con grandes clavos de hierro.

El capuchino sacó una llave y abrió.

Entraron todos.

—Registradlo,—dijo fray Fulgencio.

Uno de los legos obedeció.

En los bolsillos de Marcelo no encontraron mas que las monedas de oro que le quedaban del dinero que habia recibido del rey, y dos llaves, pero ningun papel ni cosa alguna que tuviese importancia.

Fray Fulgencio vació el bolsillo en una de sus manos, contó las monedas y desplegó una sonrisa maliciosa como queriendo significar que adivinaba la procedencia de aquel oro.

Luego miró detenidamente las llaves, y las guardó en una de las mangas de su hábito, colocando otra vez el dinero en el bolsillo y devolviéndoselo á Marcelo mientras le decia:

—Tomad que esto para nada lo necesita nuestra santa comunidad. En cuanto á las llaves, es distinto, porque tienen bastante valor.

El protector de Angélica permaneció inmóvil, y no

tenemos que decir que tambien silencioso, puesto que ya sabemos que le era imposible hablar.

—Salid y esperadme en la escalera,—dijo el capuchino á los legos y donados.

Salieron estos como autómatas que obedecen á sus resortes.

Entonces el capuchino, acercándose á su víctima, le dijo tranquilamente:

—No quiero ser severo mas que hasta donde lo exigen las circunstancias y el cumplimiento de mis deberes; pero de ningun modo me complaceré en mortificaros sin necesidad, y como prueba de esto, voy á quitaros la mordaza para que esteis cómodamente; pero os advierto que aunque no importa mucho que griteis en este sitio, si alborotais demasiado, se os amordazará nuevamente, y en último apuro ireis al *in pace*, donde callareis para siempre.

Y al decir esto, el fraile quitó la mordaza al protector de Angélica.

Este rompió al fin el silencio, pero en vez de prorumpir en quejas ó amenazas, se concretó á decir:

—¿Con qué derecho me privais de la libertad?

—Dentro de esta santa casa no hay más autoridad que la de mi reverendo superior, que es quien castiga al que aquí delinque.

—¿En qué consiste mi delito?

—Hablaremos despues tranquilamente, y abrigo la esperanza de que llegaremos á entendernos, porque pareceis un hombre bastante razonable; pero ahora no puedo detenerme. Si algo necesitais, decidlo, porque quiero

que esteis todo lo bien que es posible estar en este sitio.

—Nada necesito.

—Por lo demás, excuso advertiros que cualquier intento de fuga...

—No lo intentaré.

—Hay en el convento calabozos donde no penetra la luz.

—Lo supongo.

—Y además, como ya os he dicho, el *in pace*...

—Lo sé; pero no tiemblo.

El capuchino fijó una mirada penetrante en Marcelo y salió cerrando la puerta.

Sin detenerse mas que á dar las órdenes oportunas para que se vigilase al preso, fué á la celda del superior.

Lo que sucedió allí no lo sabemos y lo único que podemos decir, es que el capuchino salió despues de media hora pudiendo apenas disimular su alegría.

Adivinó todo lo que habia sucedido, porque no era difícil adivinarlo, volvió á su celda, meditó, y luego salió del convento para ir á visitar á don Alfonso de Guevara, á quien encontró, como ya sabemos, cuando este habia vuelto de palacio.

Así se explica la tranquilidad de fray Fulgencio, y mas que tranquilidad la indiferencia con que habló de la entrevista del rey con el caballero.

Volvió á su convento el capuchino y al entrar le dieron la noticia de que el anciano prior se habia puesto repentinamente bastante malo.

—Dios nos ayude,—dijo el fraile exhalando un triste suspiro.

Y luego añadió para sí:

—Nada puedo pedir á la fortuna. Si el superior se agrava en disposicion de no poder ocuparse de los asuntos de la comunidad, á mí me toca sustituirle, y por consiguiente podré hacer cuanto se me antoje sin licencia de nadie.

¡Pobre Felipe!

¿Qué suerte esperaba al honrado Marcelo?

No saldría de su nueva prision tan fácilmente como habia salido de las cuevas de palacio.

CAPITULO XXXI.

Proposiciones del fraile.

Lo primero que Marcelo hizo fué lo que hace todo el que se vé encerrado, es decir, reconocer el sitio donde se encuentra.

En el convento de Capuchinos, lo mismo que en todos, habia departamentos destinados á servir de cárcel, los unos de mejores condiciones que los otros, ya para la mayor ó menor comodidad de los presos, ya en cuanto á la seguridad de los mismos.

Generalmente las prisiones de los conventos eran de tres clases, cómodas, ventiladas y poco seguras las primeras, donde eran encerrados los que no habian cometido más que alguna falta leve y no merecian otro castigo que el de verse privados de la libertad por algunos dias.

Las segundas estaban en la planta baja de los edifi-

cios, eran más oscuras y estrechas y de puertas y muros más gruesos, y las otras se encontraban siempre en los subterráneos, sin luz, con una átmosfera insalubre y sin ninguna clase de comodidad.

No hablamos ahora del *in pace*, porque este más que prision era un verdadero sepulcro, un nicho más ó menos espacioso, que se tapiaba despues de encerrado al sentenciado, dejándole por todo socorro y consuelo un pan y un cantarillo con agua, agua y pan que muy rara vez llegó á tocar alguno de los infelices que sufrieron tan horrible martirio.

Además y para que no se nos acuse de apasionados ó poco verídicos, advertirémos que no en todos los conventos hubo *in pace*.

Marcelo habia sido encerrado en la prision que hemos clasificado de segunda clase, lo cual probaba que fray Fulgencio no era cruel.

Su pavimento estaba bastante mas bajo que el piso de todos los demás del primer cuerpo del edificio, de lo cual resultaba que una ventanilla con reja de hierro, que habia en uno de los muros y cerca de la techumbre, estuviese á unos dos piés de elevacion no más sobre el suelo del patio adonde daba.

No habia mas ventana que aquella, sin vidrios ni otro resguardo aunque en su mayor parte cubierta de telarañas.

Junto á la pared opuesta habia una parte saliente como un banco de piedra y ladrillo donde se veia un monton de paja puesta allí para hacer mas cómodo el lecho de los presos.

En la misma pared habia una pequeña argolla, que tal vez no habia servido nunca.

El suelo estaba cubierto con grandes losas, y el techo formado por gruesas vigas y tablas.

No hay que decir que era escasa la luz, y la átmosfera era humeda y fria; pero un hombre de buena organizacion podia vivir allí mucho tiempo sin que se quebrantase su salud.

Las paredes se habian blanqueado cuando se hizo el convento; pero despues no habian sido tocadas en el trascurso de unos dos siglos que contaba ya de existencia aquel edificio levantado sobre el mismo solar que ocuparon las casas de unos judios quemados por la Inquisicion.

Despues de doscientos años, la humedad, la mano del tiempo y la de algunos presos tambien, habia desconchado en muchas partes las paredes, dejando al descubierto la piedra y los ladrillos.

Pocos minutos necesitó Marcelo para examinar su nueva morada, donde debia permanecer mucho mas tiempo que en las cuevas de palacio, y tal vez no salir sino para el sepulcro.

Hecho esto, sentóse y empezó á reflexionar sobre su triste situacion.

Si alguna duda habia tenido, ya no le quedaba en cuanto á que Felipe era el sobrino de don Iñigo de Covadonga.

El mancebo ante todo habia preguntado por María, y aunque sobre este punto no dió explicaciones, sobradamente comprendió Marcelo que alguna desgracia ha-

bia sufrido la honrada mujer, desgracia que debia ser obra del intrigante capuchino.

Esto aumentó el disgusto del generoso protector de Angélica.

Luego se preguntó cuál habria sido la suerte del infeliz jóven y por último pensó si encontraría medio de recobrar la libertad.

Esto era muy difícil por no decir imposible, y además peligroso, porque al primer intento de fuga de que se apercibiese fray Fulgencio, el preso seria trasladado al lugar más seguro, ó se cumpliria la amenaza de encerrarlo en el *in pace*, para lo cual no tendrian muchos miramientos los frailes.

A la prision no llegaba ruido alguno.

El tiempo pasó con lentitud penosa para el desdichado Marcelo.

Por fin oyó el sonido de las campanas.

Era el medio dia.

Pasó otra hora.

El preso se levantó y empezó á pasearse con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Meditaba; pero, ¿que le era posible hacer desde su encierro?

Su esperanza más risueña era la de que respetasen su vida, que en último caso miraba Marcelo con indiferencia, porque ya hacia diez y siete años que no vivia por vivir; que no vivia para él, sino para cumplir la mision de hacer brillar la justicia.

Si nada le era posible hacer, la existencia no tenia ningun atractivo para el honrado Marcelo.

No desaparecia la palidez nerviosa de su contraido rostro.

Su mirada continuaba siendo sombría, siniestra en algunos momentos; pero habia recobrado la calma, ya lo hemos dicho, una calma verdaderamente glacial y terrible.

Dieron las dos de la tarde.

Marcelo se detuvo porque oyó ruido en la puerta; el ruido de una llave que entraba en la cerradura y rechinaba.

Luego crugieron los goznes.

Fray Fulgencio se presentó con la cabeza envuelta en su capucha.

Aquellos dos hombres se contemplaron un minuto con mirada penetrante como si cada cual midiese las fuerzas del otro.

Ambos parecian completamente tranquilos, sobre todo el fraile, en cuyo rostro no se advertia contraccion ni palidez.

Marcelo esperó á que le dirigiesen la palabra.

—¿Quereis que hablemos?—preguntó al fin el capuchino.

—Me es indiferente, —respondió el protector de Angélica con frio tono.

Esta calma desagradó mucho al religioso; pero no hizo ni el más leve gesto que revelase su disgusto.

—Nos sentaremos si os parece,—dijo.

Hiciéronlo así, volviendo á quedar silenciosos por algunos instantes.

—Hasta hoy,—dijo fray Fulgencio,—no os he cono-

cido completamente; pero ahora hago justicia á vuestra inteligencia, reconozco en vos un espíritu enérgico, fuerte y levantado, y abrigo la esperanza de que nos entenderemos para bien de todos.

—Tal vez,—respondió Marcelo.

—Cada cual, segun su posicion, tiene sus deberes que cumplir, y los cumple mal que pese á sus sentimientos ó á sus ideas, ó de otro modo dá derecho al mundo para que lo desprecie. ¿No opinais lo mismo?

—Lo que opino es que el hombre debe cumplir sus deberes á costa de todo, pues para cumplirlos no hay sacrificios que tengan importancia.

—Para mí no hay mas deberes que el bien de la santa comunidad á que pertenezco.

Por toda contestacion, Marcelo entreabrió los lábios y desplegó una sonrisa irónica.

—¿Lo dudais?—añadio el capuchino.

—Hace diez y siete años que ando entre gente de iglesia...

—Cuidado con lo que decís.

—He conocido dos virtuosos sacerdotes en la parroquia de san José, he tenido que entenderme algunas veces con frailes de distintas órdenes....

—Me parece,—interrumpió el capuchino,—que os separais del asunto.

—Es verdad.

—¿Para que hemos de discurrir ahora sobre lo que no nos interesa?

—Estamos de acuerdo y os probaré que pienso lo mismo que vos,—dijo Marcelo.

Y mientras su frente se contraía más y se iluminaban sus ojos con fulgor siniestro, añadió:

—Fray Fulgencio, á pesar de vuestro sagrado carácter y mal que pese á los que os dan fama de virtuoso...

—¿Qué?

—Sois un miserable.

El capuchino se encogió de hombros y replicó:

—Justo es permitiros algun desahogo; pero si hemos de continuar así, no nos entenderemos.

—¿Qué quereis?

—Nada mientras no aprecieis vuestra situacion debidamente.

—¿Creeis que no la conozco bien?

—Si la conociéseis hubiéseis empezado por mostraros dispuesto á transigir.

—Entre nosotros no hay transaccion posible, porque yo estoy resuelto á cumplir mis deberes, mientras que vos no quereis renunciar á los proyectos que han de dar por resultado la satisfaccion de vuestras locas ambiciones. Conozco secretos de grandísima importancia; soy para vos un estorbo...

—Podeis dejar de serlo.

—Sí, pero no á costa de sacrificar á dos criaturas inocentes. ¿Qué habeis hecho de doña Angélica de Guevara? ¿Qué pensais hacer con ese desdichado mancebo? Responded, manifestad claramente vuestras intenciones... Pero no, no es menester que me digais nada, por que conozco el objeto de vuestros planes, porque á pesar de vuestra astucia, vuestras intenciones han sido adivinadas. Murió doña Angélica ó se creyó que habia muer-

to; desesperóse el paje, quiso huir del mundo y desapareció.

—Y yo, accediendo á sus ruegos, le ofrecí los consuelos dulcísimos de nuestra santa religion, á cambio del mundo que abandonaba, de los goces fugaces á que renunciaba, y le ofrecí ponerlo en camino de los eternos goces de otro mundo mejor. ¿No sois cristiano? ¿No dais valor alguno á la eternidad?

—Vos sabíais que el paje era el hijo de don Felipe de Covadonga.

—No, ni lo sabia ni lo sé, como vos tampoco lo sabeis, puesto que sobre este punto no hay mas que sospechas y aventuradas deducciones.

—Tambien habíais descubierto el secreto de la existencia de doña Angélica.

—¡Yo!—exclamó el fraile con el acento de conviccion profunda del inocente á quien se le acusa de un crímen que no ha cometido.

—Sí, sabíais que doña Angélica estaba donde era muy fácil que se encontrase con ese infeliz jóven...

—Os equivocais.

—Y por último vos, á pesar de vuestro sagrado carácter, de vuestras virtudes, de vuestra santidad, habeis hecho que me sean robadas las pruebas de los crímenes de don Iñigo de Covadonga, y esas pruebas están en vuestro poder.

Sonrió el capuchino y repentinamente cambió de espresion su rostro.

—Veo,—dijo,—que es preciso hablar con franqueza. Ahora nadie nos escucha, nadie mas que Dios, y sea

cual fuere el resultado de esta entrevista, ni vos ni yo perderemos nada por habernos presentado tal como somos, por haber dejado ver nuestros sentimientos. Ya no dudo sobre un detalle que es para mí de mucho interés: acabais de revelarme un secreto de gran importancia, y con mi franqueza os probaré que soy agradecido.

Marcelo fijó una mirda de extrañeza en el religioso mientras cavilaba en vano para comprender qué clase de secreto habia revelado.

—Una cosa es la sospecha,—añadió el fraile,—una cosa es el convencimiento más ó menos profundo que uno pueda tener, y otra es la seguridad, porque entre las convicciones, producto de los razonamientos y las pruebas palpables, y las deducciones, hay tanta diferencia como entre la luz que se divisa á través de un espeso velo y la que hiere nuestros ojos.

—No os comprendo.

—El pobre Felipe escribió á la reina, diciéndole que habia averiguado que don Iñigo de Covadonga era un criminal y que averiguaria quién tenia las pruebas de los crímenes del caballero.

—La reina enseñó esa carta á su esposo...

—Y el rey cometió la torpeza de hablarme de este asunto.

—Vos lo sabíais, y por consiguiente ningun secreto os he revelado, no os he dado la seguridad de nada que ya no sospecháseis.

—Felipe ha escrito una segunda carta.

—Es verdad.

—La carta fué llevada á palacio...

—Por la virtuosa mujer que ha servido de madre al mancebo.

—Yo he supuesto que el novicio decia en esa carta quien tenia las pruebas de los crímenes del señor de Covadonga; pero esto no era mas que una suposicion, yo podia equivocarme, y vos acabais de decirme que no me equivoco.

—Entiendo.

—La reina sabe, pues, que en mis manos está el testamento de don Felipe.

—Y la partida de su casamiento, y la del bautismo de su hijo...

—Es verdad.

—Ese testamento está escrito de mi letra.

—Es lo que menos importa.

—Y se os obligará...

—A nada, porque soy fraile,—replicó tranquilamente el capuchino.

—¿Acaso no es bastante la autoridad del rey para obligaros á entregar esos documentos?

—Contra las afirmaciones de Felipe, están mis negativas, y palabra por palabra, tanto vale la mia como la suya, y aun puedo decir que vale mucho más. No hay autoridad que se atreva á penetrar en esta santa casa para buscar esos papeles, y aunque se atreviesen nada conseguirían, porque están ocultos donde es imposible encontrarlos. Se murmuraria, se escandalizaria, cada cual opinaria lo que mejor le pareciese, y entretanto yo permaneceria tranquilamente en mi convento, y don Iñigo de Covadonga disfrutaria sus riquezas, y Felipe...

—Pobre ó rico, seria dichoso con el amor de doña Angélica.

—Estais ofuscado.

—Ella no ha muerto...

—Ha desaparecido.

—Tambien desapareció el paje y lo hemos encontrado al fin.

—Don Alfonso de Guevara no consentirá jamás que su hija se case con quien no tiene nombre ni fortuna, y aun cuando lo consintiese, ¿qué me importaria? Nada, porque en último apuro don Iñigo de Covadonga me daria tres ó cuatro millones por esos papeles y todo quedaria concluido.

Fray Fulgencio decia la verdad.

—Pues bien,—replicó Marcelo,—ya que estais convencido de que nadie puede obligaros á entregar esos documentos, ya que teneis la seguridad de satisfacer vuestra ambicion sin que pueda ser un estorbo la dicha de doña Angélica y Felipe, dejadlos en completa libertad.

—De vos depende.

—Explicaos.

—¿Teneis esperanza de salir de este encierro?

—Ninguna.

—Pensais cuerdamente, y por si alguna duda os queda, os advertiré que nuestro reverendo superior está gravemente enfermo, morirá tal vez dentro de pocos dias, y yo seré elegido para ocupar su puesto, ya porque ejerzo gran influencia en la comunidad, ya porque prometeré aumentar nuestros recursos con algunos millones, de modo que mi autoridad dentro de esta casa,

es suprema, no tiene límites, y haré de vos lo que se me antoje sin que nadie se atreva á pedirme cuentas de mi conducta. Por de pronto estoy sustituyendo al superior y á nadie tengo que obedecer.

—¿Qué habeis hecho de Felipe?

—Ahora está encerrado, y despues determinaré lo que más me convenga.

—Esa desgraciada criatura no ha pronunciado voto alguno que lo sujete.

—Es novicio, ya lo sé.

—Y puede dejar de serlo cuando quiera, abandonando el convento.

—Pero estando aquí, como está, mientras sea novicio, como lo es, la comunidad tiene el derecho de castigarlo por las faltas que aquí cometa, infringiendo nuestras severas leyes, que es precisamente lo que acaba de hacer. ¿Comprendeis ahora?

—Comprendo.

—Vos conoceis el secreto de mis planes, podeis hacer revelaciones de mucha importancia, y en cuanto á los asuntos de don Iñigo de Covadonga, sois un testigo muy temible; pero estaís en mi poder, y Angélica tambien lo está, y en cuanto á Felipe, si sospechan que se encuentra aquí, yo sabré ocultarlo y tampoco podrá hacerme mal ninguno. Esta es la verdadera situacion y me alegro que la aprecieis con exactitud, porque así no creereis que con vanas amenazas me propongo obligaros á entrar en transacciones.

—¿Hay transaccion posible?

—Sí.

—Sepamos,—dijo Marcelo como si empezara á darse por vencido.

—Ni vos ni vuestros amigos podreis salvaros.

—Me importa bien poco la vida.

—Pero os importa mucho la felicidad del paje y de la hija de don Alfonso, y para que ellos sean felices estareis dispuesto á cualquier sacrificio.

—A todos.

—¿Y tambien al sacrificio de algunos de vuestros sentimientos?

—Segun.

—Escuchadme con atencion.

—Acabemos.

—Yo deseo ser dueño de todas las riquezas que al morir dejó don Felipe de Covadonga.

—No lo ignoro.

—Pero ya que esto no es posible, me contentaré con algunos millones, y esto mismo haria todo hombre de sano juicio, porque es una locura violentar las situaciones y renunciar al todo cuando puede conseguirse una parte. Imitad mi conducta y hareis un gran beneficio á esas dos criaturas, ó lo que es igual, ya que no podeis conseguirlo todo, contentaos con algo.

—Continuad, que vuestra proposicion no es bastante clara.

—Permitiré que Felipe conozca el secreto de la existencia de la mujer á quien ama.

—Bien.

—Haré tambien de modo que don Alfonso de Guevara encuentre á su hija y la reconozca, quedando en

libertad los dos jóvenes para amarse y para luchar hasta conseguir que el severo padre los una.

—¿Y que más?—preguntó Marcelo fijando su penetrante mirada en el capuchino.

—Os devolveré la libertad.

—¿Por completo?

—Con ciertas condiciones.

—Veamos si me convienen.

—Asegurareis á Felipe que conoceis al huérfano víctima de don Iñigo, y que vais á buscarlo; pero no le dareis sobre este punto más explicaciones.

—Proseguid.

—Vereis á doña Angélica, le hareis comprender vuestra situacion y le direis que vuestra salvacion depende de que ella jure no hablar jamás á nadie, absolutamente á nadie de la parte que yo he tomado en esta intriga, ni del lugar donde ha permanecido desde que salió de vuestra casa, ni de nada que pueda comprometerme ó comprometer á otras personas.

—¿Y en cuanto á la reina y á doña Margarita de Cienfuegos?

—Ni siquiera las vereis.

—¿Y el rey?...

—No lo vereis tampoco.

—¿Qué he de hacer entonces?

—Os daré dinero sobrado para vivir con decoro y aun con lujo, os alejareis de Madrid, y con nombre supuesto os establecereis donde mejor os parezca sin dar noticias de vuestro paradero á ninguna de las personas que os conocen, absolutamente á ninguna.

—Y vos entretanto...

—Me arreglaré con don Iñigo de Covadonga.

—Suponed que yo acepto..

—Lo deseo así.

—Pero si una vez en libertad no cumplo lo que os he prometido, ¿qué habreis adelantado?

—Suponeis lo que no puede suceder, y por consiguiente no tengo para qué tomar en consideracion esas observaciones.

—¿Y por qué no puede suceder?

—Por la sencilla razon de que es imposible que vos dejeis de cumplir una promesa.

—Bien habeis dicho antes que me habeis conocido.

—Jurád que hareis lo que os propongo, y ahora mismo se abrirá esa puerta y quedareis en completa libertad.

—¡Oh!—exclamó Marcelo, lanzando al fraile una mirada de ódio y de desden profundo.—No, no me rebajaré hasta el punto de hacerme vuestro cómplice, porque antes sabré morir y dejaré que mueran esas desgraciadas criaturas.

—¿No quereis hacerlos felices?

—No quiero la dicha para ellos á costa de un crímen. Decís que me conoceis, y debíais haber esperado esta respuesta: estais seguro de que no puedo faltar á mis juramentos, y os advertiré que hace diez y siete años juré no descansar hasta que quedase castigado el miserable asesino que atentó contra la existencia del hombre virtuoso que habia sido un padre para mí, hasta que quedase castigado el ladron, que abusando de la debili-

dad de una mujer, despojó á una criatura inocente de su nombre y de su herencia, dejándola á la vez sin madre y en el mas horrible desamparo, y ese juramento lo cumpliré á menos que Dios quiera poner término á mi triste vida.

—Yo puedo acabar con ella.

—Hacedlo,—dijo Marcelo tranquilamente,—hacedlo y habreis cometido un crímen más esterilmente, porque Dios ayudará á vuestras víctimas y más ó menos tarde la justicia triunfará. ¡Oh!... ¿No habeis visto aún en todo esto la mano del Omnipotente? ¿Creeis acaso que todas las raras coincidencias que han tenido lugar son casualidades sin ningun valor?

El fraile volvió á sonreir irónicamente y dijo:

—En todo esto no veo otra mano que la mia.

—¡Impio!—dijo con acento de indignacion Marcelo.

—Cuidaos de la salvacion de vuestra alma y dejad la mia.

—¿Quién sino Dios llevó cerca de mí á María, y despues á la desgraciada hija de don Alfonso?

—No parece sino que os habeis propuesto enseñarme á predicar...

—¡Miserable!

—Buen Marcelo, no perdamos más la calma; porque nada conseguiremos con dirigirnos palabras injuriosas.

—Hemos concluido.

—Reflexionad...

—No reflexiono para cumplir mi deber.

—Pensad que está en mi poder Felipe.

—Dios lo protegerá.

—Pensad que doña Angélica de Guevara...

—Basta,—replicó Marcelo.—Yo tambien estoy en vuestro poder, haced de mí lo que se os antoje; pero no espereis obligarme á cambiar de resolucion.

Y al decir esto, empezó á pasearse.

Fray Fulgencio hizo un gesto de disgusto y lo contempló.

Acababa de convencerse de que era imposible vencer la firmeza de Marcelo.

Calma tenia el capuchino, pero no podia luchar con la calma del protector de Angélica, porque éste, antes de cambiar de resolucion, se dejaría matar y veria morir á las criaturas á quienes tanto amaba.

No, no era posible que retrocediese el hombre que en el espacio de diez y siete años no habia tenido mas que un solo pensamiento, el hombre que no vivia sino para cumplir una mision y que deseaba morir una vez que la hubiese cumplido, porque este era el único goce, el único encanto que para él tenia la existencia.

Reflexionó fray Fulgencio.

¿Qué le era posible hacer?

Ni remotamente habia pensado atentar contra la vida de Marcelo, porque esto era demasiado comprometido, y el astuto fraile no hacia nada que lo comprometiese.

Por de pronto era bastante tener encerrado al infeliz; pero, ¿y despues?

La situacion seria insostenible.

Tal vez en el trascurso de algunos dias y entre las negras paredes de la prision acabaría Marcelo por sen-

tirse abatido, pues los espíritus más fuertes pierden la energía alguna vez con la última esperanza.

Despues de algunos minutos púsose el fraile en pié.

—Yo mismo,—dijo,—os traeré la comida, yo vigilaré á todas horas, y dentro de algunos dias, si aún os obstinais...

—Dejadme.

Sin pronunciar una palabra mas salió el capuchino.

La puerta se cerró.

Volvió á reinar un silencio absoluto.

Marcelo continuó paseándose sin que cambiase la expresion de su rostro.

Entretanto fray Fulgencio atravesaba galerías y habitaciones diciendo para sí:

—¡Oh!... Este hombre vale mucho, vale quizá tanto como yo, al menos en cuanto á su energía, á la firmeza de sus resoluciones, y en verdad que me pone en grandísimo aprieto negándose á transigir. He querido halagarlo con lo único que le halaga, que es la dicha de Angélica y el término de los sufrimientos de Felipe; pero le sucede lo que á mí, lo quiere todo ó no quiere nada, es uno de esos espíritus elevados que extienden el vuelo y no se contentan sino se remontan hasta el sol. Yo haría lo que él hace. Veamos cómo se presenta el otro: abrigo alguna esperanza, porque al fin es un niño.

CAPITULO XXXII.

El novicio decide imitar al fraile.

Retrocedamos para saber cómo se encontraba Felipe.

Por espacio de más de una hora, estuvo el infeliz dominado por la desesperacion, y dejándose llevar de los arrebatos de la ira, corrió de un lado para otro, golpeando las puertas y esforzándose para abrirlas: pero las puertas eran demasiado fuertes y no cedieron.

La habitacion en que se encontraba no tenia ventana alguna, y por consiguiente el infeliz estaba envuelto en la más densa oscuridad.

Alguna vez gritó; pero sus gritos se ahogaron entre aquellas paredes sin que acudiera nadie.

Al fin se agotaron sus fuerzas, y con la enervacion empezó á recobrar la calma de que tanta necesidad tenia en su difícil situacion.

Habian sido demasiado rudas las conmociones que en pocos minutos habia experimentado Felipe, y tanto moral como físicamente necesitaba reposo.

La debilidad de su cuerpo fué en aquellos instantes un gran beneficio.

La oscuridad, por más que fuese triste, lo favorecia tambien, porque hacia mas fácil el recogimiento del espíritu, la concentracion de las ideas.

Decidido á esperar y queriendo meditar sobre su situacion, detúvose en uno de los rincones del aposento, se apoyó contra la pared, y contrayéndose su cuerpo poco á poco y resbalando, concluyó por quedar sentado sobre el pavimento.

Allí no habia sillas ni mueble alguno, porque mas que habitacion era aquello un ancho pasillo, un hueco que habia quedado para hacer la distribucion de otros muchos aposentos.

Felipe se cubrió el rostro con las manos, apoyando así la cabeza en las rodillas.

Ya para nada necesitaba la luz, puesto que habia cerrado los ojos, tapándoselos además.

Un momento despues quedó completamente inmóvil, tan inmóvil como si no hubiese tenido vida, pues de esta no daba otras señales que la de su respiracion algo trabajosa.

Una y otra hora trascurrió sin que el desdichado jóven hiciese el más leve movimiento.

Hubiérase dicho que rendido por la fatiga se habia quedado dormido profundamente.

Ocioso es decir que nunca habia estado tan despierto

y que aunque hubiera deseado dormir, le habria sido imposible conciliar el sueño.

Repasaba en su memoria todos los sucesos que habian tenido lugar desde que don Alfonso de Guevara decidió casar á su hija con don Iñigo de Covadonga, y los repasaba con órden admirable, detenidamente, examinándolos hasta en sus más insignificantes circunstancias, y apreciándolos con la más escrupulosa exactitud.

¡Cosa rara! Nunca habia sido tan severo, tan recto, tan frio el juicio de Felipe, nunca tanto como en aquellos momentos de trastorno profundo, nunca como entonces que habia motivos sobrados para que hubiese perdido la razon.

Entonces fué cuando Felipe dió un valor inmenso á lo que habia dicho el gentil-hombre refiriéndose al supuesto loco preso en palacio, comparando además la conducta del demente con la observada por el desconocido hidalgo que se le habia presentado en nombre de la reina y de doña Margarita.

Por más que el mancebo no pudiese adivinar la verdad, acabó por comprender que representaba un papel importantísimo en las intrigas de fray Fulgencio y que éste tenia muchísimo interés en separarlo del mundo, en incomunicarlo particularmente cuando se trataba de los que habian sido sus amigos.

¿Sabia fray Fulgencio que Felipe habia escrito á la reina?

Debia saberlo, pues de otro modo no se explicaba lo que acababa de suceder.

¿Habia sospechado la reina que su antiguo y querido

paje estaba en el convento de Capuchinos de la Paciencia?

Debia creerse que habia sucedido así puesto que habia enviado al hidalgo que acababa de ser preso.

¿Y por qué la reina hacia un misterio de los avisos que enviaba á su antiguo paje?

Si todo esto no se explicaba, era bastante para que Felipe creyese más y más que en aquella tenebrosa intriga representaba y habia representado siempre sin saberlo el más importante papel y que algo extraordinario habia sucedido para que unos y otros se ocupasen de Angélica.

¿Qué tenian que ver los muertos en aquella lucha callada, misteriosa, tenaz y encarnizada de los vivos?

¿En qué podia influir el nombre de Angélica, que ya no existia, para que triunfasen los unos ó los otros?

El loco habia dicho que vivia la hija del señor de Guevara.

El desconocido hidalgo habia invocado tambien el nombre de Angélica, y con el acento de seguridad del que no teme equivocarse ni ser desmentido, habia dicho al mancebo que le llevaba la dicha, poniendo término de una vez á sus dolores y sufrimientos.

Sin Angélica no podia Felipe ser dichoso; no podia dejar de sufrir mientras Angélica estuviese encerrada en el sepulcro; para su dolor no habia consuelo si Angélica no se levantaba, obedeciendo como Lázaro el mandato divino.

Y á pesar de que esto era absolutamente preciso para la dicha de Felipe, el hidalgo aseguraba que iba á lle-

varle la dicha por más que fuese imposible que la hija de don Alfonso resucitase.

Y entretanto un hombre tenido por loco decia que Angélica de Guevara no habia muerto.

Y el loco, á pesar de su locura, decia tambien una gran verdad y acusaba á don Iñigo de Covadonga, llamándolo asesino y ladron.

Cuando llegó á este punto de sus raflexiones, un vértigo trastornó nuevamente al desdichado mancebo; pero el vértigo pasó en pocos minutos, volviendo la razon á recobrar su imperio.

Poco, poquísimo faltó para que Felipe concluyese por adivinar la verdad, comprendiendo que los médicos se habian equivocado al creer que habia muerto Angélica, así como tambien que él era la víctima de don Iñigo de Covadonga.

Mucho se acercó á estas dos verdades; de deduccion en deduccion, acertadas todas, le faltó muy poco, repetimos, para adivinar; pero es el caso que desgraciadamente no adivinó, y aun cuando así hubiera sucedido, la prudencia le aconsejaba que no adoptase ninguna resolucion fundado solamente en sus sospechas, porque como fray Fulgencio habia dicho muy bien, habia una gran diferencia entre la seguridad ante pruebas palpables, y las sospechas ó convicciones, que son producto no mas que de la reflexion.

Quedaba para Felipe lo más difícil, lo más peligroso que era trazarse una línea de conducta, pues de su acierto al hacerlo así dependia todo.

La menor torpeza, una ligereza la más insignificante

era suficiente para perderlo y perder quizá á sus queridos amigos.

El mancebo empezó á discurrir sobre este punto y pensó que cuando la reina y doña Margarita obraban misteriosamente, no convenia declararse en abierta lucha con fray Fulgencio.

Todas las dudas podia disiparlas Felipe, abandonando el convento y yendo á presentarse y pedir explicaciones á la noble doncella; pero el desconocido hidalgo habia dicho: «Es preciso que permanezcais aquí; no hay salvacion posible sin el disimulo y el fingimiento.»

Esto significaba que la lucha, mas que de fuerza, era de astucia.

Razones sobradas debia tener el hidalgo para dar este consejo.

Y ya no debia dudarse de que aquel hombre era un amigo, pues así lo probaba lo que con él habia hecho el fraile.

El mancebo se encontraba solo, no podia por consiguiente pedir á un amigo sincero la ayuda de la luz de su inteligencia, no podia inspirarse en la opinion de otra persona y le era forzoso arriesgarse á decidir por sí solo y bajo su exclusiva responsabilidad.

¿Dónde encontrar la inspiracion que en tan críticos momentos necesitaba?

Esta pregunta se hizo Felipe y una hora despues levantó la cabeza y exclamó.

—¡Ah!... En medio de las tinieblas que me rodean, encuentro luz, luz para mi alma, luz para mi inteligencia.

Y los negros ojos de Felipe relumbraron como dos carbunclos.

—Seguiré el ejemplo de mi enemigo, haré lo mismo que él hace,—dijo despues de algunos momentos.

No pronunció una palabra más, otra vez inclinó la cabeza y apoyó la frente en las rodillas.

No tenia ya que meditar, porque habia decidido.

La resolucion era la más sencilla, pues consistia solamente en seguir el ejemplo del fraile, disimulando, fingiendo, mintiendo, engañando.

¿Quién tendria más habilidad para engañar al otro?

Todo consistia ya en esto.

La lucha iba á ser desde aquel dia como nunca, una lucha de inteligencia, de astucia, de perspicacia, de habilidad, una lucha de verdadera hipocresía, lucha indigna, lucha ruin y alevosa opuesta á los sentimientos nobles de Felipe; pero necesaria, absolutamente necesaria, porque solo así era posible el triunfo de la justicia, era posible la salvacion de todos.

No quiso el mancebo empeñarse en adivinar lo que no estaba bastante claro, porque semejante empeño, sobre ofrecer el peligro de equivocarse, ofrecia tambien el de aturdirse, y nunca como entonces habia necesitado que su inteligencia estuviese despejada.

Tal fué el resultado de aquellas horas de soledad y meditacion.

El desdichado niño se habia levantado á grandísima altura.

El capuchino iba á encontrar un nuevo adversario quizá más temible que todos.

Por fin oyó Felipe el ruido estridente que producia una llave al ser introducida en la cerradura de una de las puertas.

El mancebo se extremeció ligeramente.

Habia llegado el momento terrible, el momento quizá decisivo.

CAPITULO XXXIII.

¿Quién engaña á quién?

Abrióse la puerta y fray Fulgencio entró, deteniéndose, volviendo á uno y otro lado la cabeza y esforzándose para distinguir al novicio en medio de la oscuridad no tan densa como antes, porque alguna claridad penetró allí.

Las pupilas del capuchino fueron dilatándose y brillando como las de los animales de la raza felina.

Por fin se apercibió de un bulto informe que en uno de los rincones habia.

Era Felipe que continuaba acurrucado y con la cabeza sobre las rodillas.

—Hijo mio,—le dijo fray Fulgencio con dulce y cariñoso tono,—si habeis recobrado la razon, venid, me escuchareis, conocereis vuestra situacion y os daré otra prueba del interés que me inspiran vuestras desgracias.

Un gemido angustioso fué la contestacion de Felipe.

—¿Qué significa esto?—murmuró el fraile con extrañeza.—¿Os hace llorar el dolor ó la ira, la desesperacion ó el arrepentimiento?

El novicio se puso en pié y adelantó hácia el capuchino trabajosamente con pasos vacilantes como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

—¿Estais dispuesto á seguirme?

—Disponed de mí,—respondió el mancebo con débil voz.

Salieron de la oscuridad y mientras lentamente atravesaban algunos pasillos y habitaciones, la mirada escudriñadora de fray Fulgencio se fijó en el novicio.

El rostro de este se veia cubierto de palidez cadáverica.

Su mirada era profundamente triste, desgarradoramente dolorosa.

No era menester más que mirarlo para comprender que sufria horriblemente, y que no era la desesperacion lo que en aquellos momentos lo trastornaba, sino el dolor mas angustioso, un dolor mortal.

Si esto no era así, así por lo menos lo creyó el capuchino, esperando convencerse bien pronto, pues fácilmente averiguaria si se habia equivocado.

Llegaron á la celda de fray Fulgencio.

—Siéntate,—dijo este,—porque á juzgar por las apariencias, debes estar quebrantado.

Felipe exhaló un penoso suspiro, y mientras permanecia con la mirada fija en el suelo, respondió.

—No lo sé... Sufro... Esto es cuanto puedo decir.

—Siéntate y escuchame, hablemos con calma, examinemos la situacion y así será posible encontrar el remedio.

La voz del capuchino iba siendo mas dulce cada vez; su acento era de ternura, de una ternura verdaderamente paternal.

El novicio se sentó y con la cabeza inclinada esperó como el reo confeso y convicto espera la sentencia.

La mirada del fraile seguia escudriñadora y tenazmente fija en el pálido rostro del mancebo.

Algunos minutos permanecieron ambos silenciosos.

Fray Fulgencio, siempre con dulzura, dijo al fin:

—Satanás no descansa, estás pasando por pruebas durísimas y debes sufrir mucho; pero si tu fé no se ha entibiado, si cierras los oidos á los consejos del mundo, triunfarás y asegurarás la salvacion de tu alma.

—Padre mio, disipad mis dudas.

—¿Y en qué consisten esas dudas?

—¿Qué me sucede, qué tengo yo que ver con el mundo que he abandonado voluntariamente?

—¿Acaso no lo sabes?

—¡Ah!... La culpa es mia, lo reconozco... ¿Quereis escucharme?

—Es mi deber.

—Pero no quiero que me escucheis como amigo, sino como el sacerdote escucha al penitente, porque es muy grave lo que tengo que deciros, es tan grave que no debo revelarlo sino bajo el secreto impenetrable de la confesion.

—¡Pobre criatura!—murmuró el capuchino.

Y sonriendo levemente y fijando una mirada compasiva en el mancebo, añadió:

—Te escucharé como deseas; pero despues que tú me hayas escuchado, porque adivino lo que vas á decirme, y para que mis palabras tengan valor y reconozcas sinceridad en mis consejos, es menester que sepas lo que yo hubiera querido que siempre ignorases.

—Obedezco.

—Hay un hombre de cuya honradez nadie duda y que es sin embargo un gran criminal.

—Padre mio...

—Escucha.

Felipe inclinó respetuosamente la cabeza.

El fraile prosiguió diciendo.

—Yo tengo las pruebas de los crímenes de ese hombre, pero esas pruebas no pueden presentarse sin otras que han de justificar la inocencia y los derechos de la víctima del miserable criminal. Todo esto es completamente ageno á tí: pero los cómplices del que puedo llamar asesino, han creido que tú puedes servirles de instrumento para llevar á cabo sus planes tenebrosos, y sin respeto á tu dolor ni á este retiro sagrado...

—¡Dios mio!—exclamó Felipe como sino pudiera contenerse y elevando al cielo una dolorosa mirada.

—Se empeñan en que vuelvas al mundo y para conseguirlo no han reparado en los medios, llegando su audacia hasta la horrible impiedad de hacer resortes de sus intrigas la memoria de los que reposan en el sepulcro.

—¡Padre mio, padre mio!...

—Valor y fé.

—No puedo mas, no puedo mas...

—Sí podrás, porque la divina misericordia no abandona jamás á los que sufren con santa y heróica resignacion, á los que con ardiente fé lo esperan todo de la justicia Omnipotente.

—¡Todo lo comprendo ahora!

—¿Qué comprendes?—preguntó fray Fulgencio con acento de extrañeza.

—Escuchadme, escuchadme,—exclamó Felipe con acento de súplica desgarradora.

—Espera.

—No, padre mio: no puedo esperar, porque ante todo necesito descargar mi conciencia.... ¡Ah!... ¡Compadecedme!—murmuró el mancebo con voz ahogada.

—Tu conciencia,—exclamó sorprendido el fraile.

—Sí.

—¿Qué puede pesar sobre tu conciencia, niño infeliz? Por el crisol de todos los dolores está pasando tu virtud...

—Escuchadme, padre mio... ¿No es vuestro deber escuchar al pecador?... Tal vez el mundo me habia olvidado, y si se acordaba de mí, los enemigos de mi salvacion eterna no podian encontrarme, no hubieran conseguido jamás descubrir mi paradero si yo...

—¿Qué has hecho?... Pero no, no me digas nada; porque quiero que antes me escuches.

—Que sufro mucho, padre mio.

—Puesto que así lo quieres, habla.

—La fatalidad...

—No existe;—interrumpió el capuchino.

—La casualidad, Dios ó las maquinaciones de Satanás, hizo que un dia viesen mis ojos en este santo recinto á un hombre á quien odié en el mundo, al hombre que destrozó el corazon de la desdichada Angélica al querer robármelo, al que fué indudablemente la causa de que Angélica dejase de existir...

—¡Felipe!—exclamó fray Fulgencio con acento de profunda sorpresa y como si no pudiera contenerse.

—No necesito pronunciar el nombre de ese miserable...

—¡Don Iñigo, don Iñigo!...

—Sí, don Iñigo de Covadonga.

—¡Oh!...

—Os buscaba, entró en vuestra celda...

—El soplo de Satanás llegó á tus oidos, se infiltró en tu espíritu...

—Sí, padre mio, caí en la tentacion, me pregunté por qué os buscaba ese hombre odioso para mí, quise saberlo...

—¡Desdichado!...

—Me coloqué junto á esa puerta y escuché...

—¡Horror, horror!—exclamó el fraile como si nunca hubiese sospechado que el mancebo conocia ciertos secretos.

—Vuestra voz severa acusó á don Iñigo, llamándole asesino y ladron.

—Sí, lo acusé; pero mi voz no debió ser escuchada por nadie mas que por el criminal y por el Omnipotente. Tú has penetrado en la conciencia de un pecador; sin

dar importancia á lo que hacias has sorprendido un secreto, has cometido un pecado equivalente al de la violacion del secreto impenetrable de la confesion.

—Yo no sé lo que en aquellos momentos sentí. Un vértigo espantoso trastornó mi razon. Pensé en el mundo, me sentí agitado por las pasiones de que poco antes se habia desprendido mi alma, y en mi turbacion llegué á creer que no me era posible desentenderme de este asunto sin faltar á mis deberes.

El capuchino levantó al cielo los ojos y exclamó:

—¡Compadecedlo, Dios misericordioso, compadecedlo, porque sus pocos años excusan su ligereza y porque ha sufrido y sufre mucho!

—Aún hay más,—repuso Felipe arrebatado por fébril exaltacion.

—¡Más aún!...

—Sí, padre mio, muchísimo más.

—¡Infeliz!...

—Llegué á dudar de vuestras virtudes.

Fray Fulgencio hizo un gesto compasivo, sonrió levemente y murmuró:

—Estás perdonado.

—Quise favorecer la justicia, haciendo cuanto me fuese posible para que el criminal quedase castigado.

—¿Qué hiciste?

—Cometí la imprudencia de escribir una carta...

—¿A quién, á quién?

—A la reina.

—Satanás habia esclavizado tu espíritu.

—No le dije que estaban en vuestro poder los docu-

mentos que prueban los crímenes de don Iñigo de Covadonga, pero prometí una segunda carta...

—Que debes haber escrito.

Felipe inclinó la cabeza como si le faltase el valor para seguir confesando sus graves faltas.

—Ahora me lo explico todo fácilmente,—dijo el capuchino despues de algunos momentos.—Sin duda esa segunda carta la llevó á palacio la virtuosa mujer que te ha servido de madre.

Fray Fulgencio cruzó las manos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

La expresion de su semblante era en aquellos momentos la del que está dolorosamente conmovido.

El mancebo esperó.

Trascurrieron algunos minutos durante los cuales no se percibió el ruido más leve.

Por fin el fraile abrió los ojos, levantó la cabeza, y dijo:

—Los enemigos de tu reposo y de la salvacion de tu alma, no han reparado en los medios. Prepárate á conocer nuevas desgracias, de las que tal vez abrigues ya sospechas.

—Por de pronto mi segunda carta ha dado lugar á que adivinen dónde me encuentro.

—¿No volvió tu madre á traerte la respuesta de su majestad?

—No, padre mio, no volvió y yo fuí á buscarla, aprovechando los momentos en que vos habíais salido.

—No la encontrarias, y probablemente habrá llegado á tu noticia lo que yo tambien he podido averiguar.

—Sí, cuando mi pobre madre volvia, se encontró con dos hombres...

—Y con ellos se fué.

—No dudo que la infeliz ha caido en un lazo y Dios sabe lo que á estas horas habrá sido de ella; pero no acierto cual es el motivo que ha impulsado á mis enemigos á cometer semejante abuso. A nadie podia estorbar una criatura como ella.

—Todos los virtuosos estorban á los criminales. Además, esto pueden haberlo hecho con el fin de que tú, pensando solamente en cumplir tu deber, abandonases el convento para salvar á esa desgraciada. Saben que la amas como si fuese tu madre, que eres noble y generoso y que te sería imposible dominar los impulsos de tu corazon.

—No se equivocaban.

—Y por si esto no era bastante, han apelado á otros medios, medios de segurísimos resultados.

—No,—replicó vivamente Felipe,—no son seguros porque vos no me abandonareis, y mientras yo escuche vuestros consejos se esforzarán vanamente para engañarme.

—¿Crees que es imposible hacerte salir de esta santa casa?

—Sí, padre mio, absolutamente imposible, porque mi resolucion es irrevocable, porque la soledad es mi único consuelo, porque ódio al mundo que se empeña en perseguirme, y desesperado abandoné ese mundo, pensando solamente en la salvacion de mi alma mientras Dios quería poner término á mi triste existencia. No,—aña-

dió con firmeza el mancebo,—no conseguirán que abandone este retiro, porque como nada ambiciono, como nada deseo, como no hay nada que me sea grato, con nada pueden halagarme.

—Tienes pocos años y aún no comprendes hasta dónde pueden ir las criaturas extraviadas por una pasion. Si tus enemigos se empeñan, te harán volver al mundo.

—Imposible.

—¿Quieres una prueba de que no me equivoco?

—Sí, porque esa prueba será un aviso que me dé á conocer los peligros que no he podido sospechar.

—Supon que vienen y te dicen...

Interrumpióse el capuchino, fijó su mirada intensa en el mancebo y despues de algunos instantes, le dijo:

—Si te dicen que no ha muerto Angélica de Guevara...

—¡Padre mio!—exclamó Felipe, extremeciéndose violentamente.

—Si te dicen que con Angélica de Guevara y en el mundo que has abandonado te espera la dicha...

—¡Oh!—murmuró el jóven con voz ahogada y pudiendo apenas respirar.

Y sus negras pupilas se iluminaron con fulgor febril.

Y su corazon latió con desigual violencia.

El infeliz no pudo articular una silaba mas.

El capuchino prosiguió diciendo:

—Abandonarás este santo retiro, volverás al mundo con la ansiedad de ver á la mujer á quien adoras; pero

como te engañan, como esa mujer no existe, porque los muertos no resucitan...

—Entonces,—replicó al fin el novicio, poniéndose en pié y apretando los puños con fuerza convulsiva,—entonces á los miserables que hubiesen profanado la santa memoria de Angélica...

—Esos miserables te engañarian muy fácilmente por segunda vez.

—Mi sed de venganza seria insaciable...

—Te dirian que Angélica de Guevara habia desaparecido por segunda vez y que era preciso buscarla, y tú la buscarías y entretanto ellos...

—Me respondería don Alfonso.

—Don Alfonso es completemente ageno á esta intriga y él seria quien indignado te pediria cuentas porque ibas á recrudecer su dolor.

Felipe volvió á sentarse como si hubiese desaparecido su pasagera energía, y repuso desdeñosamente:

—Esa intriga es demasiado torpe.

—Por de pronto nuestros enemigos conseguirian su deseo.

—¿Es decir que ese hidalgo á quien no conozco y se me ha presentado en nombre de la reina y de doña Margarita?...

—Ese hidalgo, que no lo es sino en apariencia, venia decidido á tocar todos los resortes para obligarte á salir de esta santa casa, y como prueba de que sus fines son criminales, tienes el misterio con que se ha presentado. ¿Qué necesidad tenia la reina de enviarte avisos ocultamente? Ninguna, porque ni siquiera debia temer el eno-

jo del rey, que ha hecho todos los esfuerzos imaginables para averiguar donde te encuentras.

—Sí, seguro estoy de que el rey se interesa vivamente en mis desgracias.

—Dios ha querido protegernos y yo he llegado á tiempo para salvarte. Ese fingido hidalgo te hablaba de don Iñigo de Covadonga y de una inocente víctima, y á la vez pronunciaba el nombre de doña Angélica de Guevara.

—Es verdad.

—Si yo lo hubiese dejado concluir, arrebatado, trastornado, loco, no habrias podido contenerte y ya te encontrarías fuera de esta santa casa, en medio del mundo cuyo bullicio te atormenta, luchando y sufriendo como no has sufrido nunca, siendo instrumento inconsciente de las intrigas mas criminales...

—¡Padre mio, padre mio!—exclamó Felipe levantándose, dando un paso y cayendo de rodillas á los piés del capuchino.—¡No me abandoneis, no me abandoneis!... Reconozco mi debilidad, lo mismo que reconozco mis pecados...

—Tranquilízate.

—No me abandoneis, os lo suplico en nombre de la divina misericordia.

—No te abandonaré.

—Los inmensos beneficios que habeis hecho á mi alma, os los he pagado con ingratitud; he cometido grandes pecados; pero estoy arrepentido...

—Levantate, recobra la calma...

—Vuestra bendicion, padre mio,—dijo Felipe con voz

ahogada y como si apenas pudiese respirar,—vuestro perdon y vuestra bendicion... ¡Ah!...

Y el desgraciado novicio ocultó el rostro entre las manos.

El fraile levantó la suya derecha, la colocó sobre la cabeza del mancebo y con voz grave y solemne dijo:

—En el nombre sacrosanto de Dios Omnipotente, misericordioso y justiciero, en el nombre de Dios padre, Dios hijo y Dios Espíritu Santo, te perdono y te bendigo.

Y haciendo la señal de la cruz, murmuró luego á media voz el *ego te absolvo* y algunas otras palabras.

Felipe permaneció inmóvil.

Despues de algunos minutos dijo el fraile:

—Tu conciencia debe estar ya tranquila, porque acaba de purificarse tu espíritu. Levántate; recobra la calma y escúchame, porque aún no hemos concluido.

El mancebo se puso en pié, descubriéndose el rostro.

En sus pálidas mejillas viéronse algunas señales que parecian ser de lágrimas que aún no se habian secado.

—Gracias, padre mio,—dijo:—ahora soy dichoso con toda la dicha que es posible para mí.

—Siéntate, que voy á darte explicaciones sobre tu situacion y sobre el plan de conducta que me ha parecido conveniente seguir.

—Nada me digais, nada quiero saber, nada quiero más que vuestra proteccion, vuestro cariño, la luz de vuestros consejos.

—No sabemos lo que puede suceder y por eso conviene que estes al corriente de mi plan.

Felipe inclinó respetuosamente la cabeza.

—Ese hombre, que no es lo que parece, ha sido encerrado, porque ante todo conviene conocer la verdadera cabeza que dirige esta intriga y el objeto que se proponen. Cuando hayan trascurrido algunos dias y ese desdichado se convenza de que no puede salir de su encierro, hará revelaciones de mucha importancia para el esclarecimiento de la verdad y el triunfo de la justicia.

—Me parece acertada esa resolucion.

—En cuanto á tí, siquiera para satisfaccion de la comunidad, pues ha sido público el suceso, habia que adoptar alguna resolucion; pero afortunadamente no hay ahora en el convento mas autoridad que la mia, porque nuestro reverendo y virtuoso superior se encuentra postrado y tan grave que nos hace temer por su vida.

—¡Otra desgracia!

—Dios pone á prueba nuestra resignacion.

—Padre mio, he quebrantado las reglas de la comunidad y sin quejarme sufriré el castigo que merezco.

—No te impondré ninguno, pues me concretaré á mandar que te vigilen, diciendo que tus pocos años te excusan, que estás arrepentido y que seria crueldad adoptar otra resolucion á menos de que dieses pruebas de que tu arrepentimiento era falso, para convencerse de lo cual, basta que te se observe á todas horas.

—Sois demasiado indulgente.

—En nombre de Dios, te he perdonado, y sobrado castigo es el dolor de tu arrepentimiento.

—Solo una cosa me falta para mi tranquilidad.

—Saber lo que ha sido de tu pobre madre...

—Sí.

—¿Quieres dejar ese asunto á mi cuidado?

—¡Cuán bueno sois!

—La buscaré sin descanso y la encontraré, porque las revelaciones del preso me servirán de guía. Descuida, hijo mio, que no pasarán muchos dias sin que vuelvas á ver á la que te ha servido de madre, á la que siempre ha estado dispuesta á sacrificarlo todo por tí.

Las explicaciones de fray Fulgencio no podian ser mas vagas ni mas oscuras, y sin embargo, Felipe pareció comprenderlo todo y quedar completamente convencido.

¿Era verdadero el arrepentimiento del novicio?

Debia serlo, puesto que expontáneamente confesó cuanto habia hecho desde que escuchó lo que hablaron el fraile y don Iñigo de Covadonga.

Felipe parecia muy debilitado, pues se le veia esforzarse para mantenerse en actitud respetuosa.

—Necesitas descansar,—le dijo fray Fulgencio.

—Apenas puedo sostenerme...

—Vuelve á tu celda, reposa y hablaremos despues. Entretanto veré cómo se encuentra nuestro superior, atenderé á los intereses de la comunidad y veré tambien al preso.

Felipe besó cariñosa y respetuosamente la diestra del capuchino y salió con pasos vacilantes.

Cuando fray Fulgencio quedó solo, reflexionó y dijo, despues de algunos minutos:

—¿Es que el leon se ha convertido en zorro?... No,

no puede ser eso, sino que el niño ha sucumbido al fin. Su razon está trastornada, no ha podido discurrir, y así he conseguido triunfar. Duerme otra vez, duerme como cuando vino desesperado á buscar los consuelos de la religion, y aunque no es imposible que tambien otra vez despierte, yo cuidaré de que sea tarde. ¡Oh!... Sí, he conseguido engañarlo.

Entretanto el mancebo entraba en su celda, y sin temor ya de que nadie lo observase, levantaba la cabeza y dejaba que por sus ojos se escapase el fuego de su alma.

Por algunos momentos cambió su rostro de expresion, revelando la mayor energía.

—¡Oh!—exclamó.—Veremos quién triunfa... Tambien él me habla de Angélica, ha supuesto que vive la infeliz, ha dicho poco más ó menos lo que decia el loco... Yo aclararé todos los misterios. Ya no soy el niño que se deja arrebatar, soy el hombre, tengo calma... No, padre Fulgencio, no direis que no os imito, no direis que no sé aprovechar vuestras lecciones... ¿He conseguido engañarlo?... Creo que sí, aunque desconfia y hará lo posible para convencerse; pero yo tambien desconfio, y no caeré en los lazos que han de tenderme para averiguar si mi arrepentimiento es una farsa. Por de pronto meditaré: ya sé que el desconocido hidalgo está preso, y ante todo he de hacer lo posible para ponerme en relaciones con él. Una sola torpeza ha cometido fray Fulgencio, la de decirme que ese hombre queria hacerme salir del convento, siendo así que empezó por suplicarme que no me moviese de aquí, advirtiéndome que

todo se perderia si yo no disimulaba con habilidad... ¿Y qué es lo que puede perderse?

La frente del mancebo se contrajo.

Habia empezado á creer que Angélica de Guevara vivia.

No se explicaba cómo podia suceder esto; pero ello era que en palacio un hombre, un pobre loco, lo aseguraba así, que el desconocido hidalgo habia pronunciado el nombre de la hija de don Alfonso, añadiendo que con una sola palabra podia devolver el reposo y la dicha al desdichado novicio, y por último, que fray Fulgencio habia manifestado el temor de que los misteriosos intrigantes apelasen al medio de decir que la jóven existia.

¿Qué significaba todo esto?

Alguna vez habia sucedido que una persona se levantase del ataud, y aunque esto fuese raro, era posible.

Pronunció el novicio con acento indefinible el nombre de la bellísima y desgraciada Angélica.

La sangre de Felipe pareció convertirse en fuego, afluyendo á su cabeza y trastornándolo como nunca.

No latió su corazon, sino que puede decirse que se revolvió convulsivamente en su pecho.

La sospecha de que vivia la jóven era tan espantosa como grata.

La mitad de su existencia hubiera dado el novicio por disipar sus dudas, y esto no podia conseguirlo sin ponerse en comunicacion con el preso.

Tambien pensó Felipe en la circunstancia de que Angélica hubiese desaparecido despues de resucitar.

No, el jóven no era tan torpe como don Alfonso de Guevara, porque sabia discernir, y en fuerza de hacer deducciones, debia necesariamente adivinar la verdad.

Para la inteligencia de Felipe bastaba un rayo de luz, un solo rayo por débil que fuese, mientras que para la de don Alfonso no era bastante toda la luz del sol.

Dejóse el novicio caer en el lecho, ya porque estaba trastornado, ya porque temia que se presentase el capuchino con pretexto de preguntarle si se sentia mejor.

¿Era más ventajosa la situacion para nuestros amigos?

Por el contrario, era más crítica que nunca, porque fray Fulgencio no dejaria escapar su presa y estaba dispuesto á todo.

Dia y noche debia ser observado el novicio, y por consiguiente habia de encontrar dificultades invencibles para ponerse en comunicacion con Marcelo.

Sin embargo, no debia darse por vencido y continuaria fingiendo y luchando hasta triunfar ó morir.

¿Quién habia engañado á quién?

Por de pronto el engañado era el capuchino; pero esto no bastaba.

Así terminó aquel dia, cuyos sucesos debian producir las mas graves consecuencias.

CAPITULO XXXIV.

La loca.

No podemos estar en muchas partes á la vez, y por eso nos hemos visto precisados á dejar abandonada á la bellísima Angélica, despues que la llevamos al convento de Maravillas.

Preciso era que fijásemos bien la situacion de fray Fulgencio, Marcelo y Felipe, así como tambien la en que respectivamente se habian colocado el monarca y su esposa.

Ahora podemos ya ocuparnos de la hija de don Alfonso, y en cuanto á la ingeniosa y audaz Margarita, iremos despues conociendo sus planes, de que no hemos dado ni la mas ligera idea todavía.

Dejamos á la bellísima Angélica de Guevara presa de sospechas las más horribles, pues habia empezado á comprender que la comunidad la tenia por loca.

Afortunadamente, y aunque sufrió mucho, no se dejó arrebatar la jóven, sino que se propuso aclarar sus horribles dudas con cuanta calma le fuese posible.

Segun habia dicho el capuchino, la jóven no debia estar en el convento mas que el tiempo preciso para que don Alfonso llenara ciertas formalidades y se tranquilizara, concluyendo por perdonar á la hija infeliz acusada sin motivo alguno.

No se le habia dicho á la hija de don Alfonso que iba al convento para que fuese monja, sino que entraba allí como pupila, y quedaba en la mas completa libertad de volver á su casa cuando llegase el momento oportuno.

Y sin embargo, el papel que representaba allí era el de una desgraciada que ha perdido la razon.

Despues de tres dias, que fueron tres siglos para la desdichada Angélica, se preguntó:

—¿Por qué no ha venido á verme fray Fulgencio?

Y luego añadió:

—La ausencia de mi padre me la explico fácilmente, porque conozco su carácter violento; pero el capuchino se habia declarado mi protector y me prometió visitarme y traerme noticias.

No tuvo que reflexionar mucho Angélica para convencerse de que fray Fulgencio la habia engañado, y que las promesas de éste tuvieron por objeto el conseguir que la jóven abandonase sin resistencia la morada de su generoso protector.

Tampoco Marcelo se habia presentado, y en vano Angélica cada dia y más de una vez preguntó:

—¿No ha venido nadie á buscarme?

—Nadie,—le respondieron siempre.

—Es extraño,—murmuraba la infeliz.

—Ya vendrán, ya vendrán,—le decian con ese tono que se habla á los que han perdido la razon, por decirles algo que no les contraríe.

¿Era posible que Marcelo hubiese abandonado á la que poco antes protegia, sin reparar en obstáculos ni peligros?

No, no era posible.

Angélica comprendió bien pronto que su carta de despedida no habia llegado á manos de Marcelo, y esto probaba más y más que la infeliz habia caido en un lazo, habia sido víctima de un horrendo abuso, abuso relacionado con alguna intriga de misteriosos y criminales fines, cuyo autor no podia ser otro que el fraile.

Por fin el tercer dia se preguntó Angélica:

—¿Debo sufrir y esperar?

No vaciló para responderse, decidiendo luchar, siquiera fuese para salir de dudas.

Le sobraba valor para todo, y su valor se duplicaba con los sufrimientos propios de su situacion.

¿Qué le ere dado hacer?

Meditó la infeliz y á las once de la mañana, precisamente cuando su padre cometia torpeza tras torpeza al hablar con el rey, ella decidió pedir á la superiora terminantes expliciones.

—Ni un instanto más,—dijo.

Brillaron sus negros ojos, levantó enérgicamente la cabeza y sin vacilar se dirigió á la celda de la anciana superiora, entrando sin pedir licencia, lo cual debia per-

donársele porque todo se le perdona al infeliz que ha perdido el juicio.

Rezaba en aquellos momentos la anciana, interrumpióse y miró, no con sorpresa, sino con cierto temor á la jóven, porque á los locos, por pacíficos que sean, se les mira siempre con miedo.

—Perdonad, reverenda madre,—dijo la hija de don Alfonso, con voz grave y reposada.

—Perdonada estais,—respondió la noble anciana dulcemente.

—¿Podeis prestarme atencion por algunos minutos?

—¿Qué quereis?

—Madre mia, quiero ocuparme de mi extraña situacion, quiero que seais bastante bondadosa para darme explicaciones, quiero en fin, disipar las dudas horribles que me atormentan hasta el punto de que concluirian más ó menos tarde por hacerme perder la razon.

La anciana hizo un gesto de compasion y dijo como si hablase para sí:

—¡Desgraciada!

—Sí,—repuso Angélica, cuya frente se contrajo,—soy muy desgraciada; tengo como nadie derecho á quejarme de la fortuna, porque sin haber hecho mal alguno, soy víctima de la maldad de mis encubiertos enemigos.

—Tranquilizaos, hija mia, que en esta santa casa nada teneis que temer, porque vuestros enemigos ignoran dónde os encontrais, y aunque lo supiesen no podrian tampoco hacer nada contra vos.

La jóven guardó silencio por algunos instantes, fijó

su mirada intensa en la superiora y luego dijo enérgicamente:

—Madre mia, os han engañado miserablemente, han abusado de vuestra credulidad, y sin respeto alguno á vuestro sagrado carácter, ni siquiera á vuestras virtudes...

—Sosegaos, que vuestra salud está quebrantada...

—No, no está quebrantada mi salud, no es verdad nada de lo que os han dicho, han sorprendido vuestra buena fé y es preciso que todo lo sepàis, y preciso tambien que me deis explicaciones, porque estoy resuelta á poner término de una vez á esta situacion.

Tembló la débil anciana, porque empezó á temer que la jóven se dejase llevar de algun arrebato de furor.

Los razonamientos eran completamente inútiles con una persona fuera de juicio.

Si alguna duda hubiera tenido la superiora en cuanto á la locura de Angélica, se habria disipado, pues creyendo de buena fé cuanto le habia dicho fray Fulgencio, y creyendo aún mucho más de lo que se expresaba en la carta escrita por la reina dona Isabel de Farnesio, lo que en aquellos momentos decia la hija de don Alfonso era una prueba más del estado de su cabeza.

¿Cómo habia de sospechar la sencilla anciana que Angélica era víctima de una intriga horrible?

¿Cómo habia de creer que fray Fulgencio era capaz de cometer semejantes abusos?

Y en cuanto á la esposa de Felipe V., ni siquiera debia suponerse que tuviese parte en intrigas de tal naturaleza.

Siquiera suponer esto debia ser considerado una locura.

Angélica acusaba al capuchino y tal vez concluiría por acusar tambien á su padre; pero ignoraba que sus acusaciones alcanzaban antes que á nadie á la reina doña Isabel de Farnesio.

La infeliz jóven no conseguiria poner en claro su situacion, ni siquiera hacerse escuchar.

Nada de lo que dijese debia ser tomado en consideracion.

La superiora guardó silencio por algunos minutos mientras pensaba lo siguiente:

—No hay mas que dos caminos que seguir, ó apelar á la fuerza, lo cual ofrece algunos inconvenientes y peligros, ó dejarla decir cuanto se le antoje, respondiéndole á todo que le sobra razon.

Angélica, aunque no se le habia ofrecido, sentóse frente á la anciana y preguntó:

—¿Estais dispuesta á darme las explicaciones que nenecesito y á escuchar las que yo tengo que daros?

—Luego, luego, porque ahora...

—Precisamente ahora nada teneis que hacer. Siempre me habeis contestado lo mismo, ya no me cabe duda de que quereis evadir esta cuestion.

—Os probaré lo contrario,—repuso la anciana cada vez mas intranquila.

—Me lo probareis si me escuchais.

—Hablad, hija mia; pero repito que vuestra salud delicada exige mucho reposo...

—¿Acaso estoy enferma?

—No de gravedad; pero...

—¿En qué consiste mi enfermedad? ¿Por qué no me asiste un médico?

—El médico ha dicho ya lo que debe hacerse y cuando sea necesario vendrá.

—Bien, madre mia, eso es lo que menos me interesa.

—Entonces...

—¿Quién ha dispuesto que se me traiga á este retiro silencioso?

—Las personas que os aman.

—Nadie en el mundo mas que mi padre tiene derecho para disponer de mi persona, y quiero saber si es mi padre quien ha dispuesto que se me encierre aquí, porque en semejante caso...

—¿Qué hareis?

—Averiguar lo que mi buen padre ha determinado con respecto á mi porvenir.

La anciana cambió de postura como quien se encuentra muy mal, y replicó:

—Ante todo será preciso que me digais quién es vuestro padre.

—¡Señora!...

—¿Acaso os ofende mi pregunta?

—¿Quién sino mi padre me trajo aquí hace tres dias, quién sino él, acompañado de fray Fulgencio, me confió á vuestros cuidados?

—Siempre lo mismo,—murmuró la anciana con voz apenas perceptible.

Y añadió con acento de súplica y dirigiendo al cielo una mirada:

—¡Dios mio!

—Basta de rodeos,—replicó enérgicamente Angélica,—basta, reverenda madre... He observado y he llegado á comprender todo lo horrible de mi situacion. Por eso he dicho antes que os engañaban, que abusaban de vuestra buena fé... Escuchadme, escuchadme, porque no me moveré de aquí sin que todo se haya puesto en claro.

Tembló la anciana y fijó una mirada de terror en Angélica.

—Nada temais, madre mia, nada temais, que no he perdido la razon, como os han hecho creer. Estoy indignada, la ira me trastorna...

—Hija mia, os suplico...

—No, no estoy loca como han debido decir los miserables que abusan de vuestra credulidad.

—Ya sé que no estais loca...

—Me habeis preguntado quién es mi padre; y esto ha sucedido despues de darme aquí un nombre que no es el mio, lo cual prueba que se ha hecho algo más que calumniarme, asegurando que he perdido la razon.

—Si os llamamos María, fué por equivocacion; pero despues...

—Sí, me habeis complacido, dándome el nombre de Angélica, porque á los locos no se les contraría.

La desgraciada jóven no podia discurrir más juiciosamente; pero la anciana se aturdia más y más y creia que el extravio de Angélica iba en aumento.

—Me parece,—pensó la superiora,—que tendré que concluir por llamar para que la saquen de aquí á la fuerza y la encierren.

Y miró hácia la puerta.

Entretanto la jóven prosiguió diciendo:

—Don Alfonso de Guevara es mi padre y puedo probarlo con mis criados que me reconocerian apenas me viesen, puedo probarlo con las declaraciones de su majestad la reina, que conoce el secreto de mi triste vida, el secreto de lo que pudiera llamar mi resurreccion.

—Todo eso está bien, muy bien y nos ocuparemos de ello cuando sea oportuno.

Angélica desplegó una sonrisa desgarradoramente amarga y repuso:

—Los médicos me creyeron muerta, fuí encerrada en el ataud y Dios quiso que un hombre generoso, el mismo que habia de darme sepultura se apercibiese de que yo estaba viva y me salvase.

—Sí, y en vez de llevaros á vuestra casa...

—Yo le supliqué que me amparase, que guardáse el secreto para evitar que mi padre insistiese en darme por esposo á un hombre de cuya virtud nadie ha dúdado, pero que es un criminal, es un ladron que ha robado la inmensa fortuna que posee, un asesino...

—La hija de don Alfonso debió casarse con....

—Don Iñigo de Covadonga.

—Nada de eso os importa, porque don Iñigo no se ocupa de vos, y en cuanto á sus crímenes, la justicia entiende en el asunto.

Comprendió Angélica que la superiora se habia propuesto no contradecirla; pero no por esto dejó de proseguir su relato.

—Los meses que han trascurrido desde entonces, los

he pasado en la vivienda humilde de mi generoso protector.

—Allí no estábais bien, hija mia.

—Ignoro cómo mi padre ha podido descubrir el secreto de mi existencia; pero ello es que fué á buscarme con fray Fulgencio, que solo éste entró en mi pobre morada, lo seguí despues de ver que mi padre aguardaba en la calle y en uno de nuestros coches...

—Os vinísteis...

—Sin que mi padre me dirigiese una palabra, sin que yo me acercase á él, porque fray Fulgencio me advirtió que en aquellos momentos era conveniente hacerlo así. El carácter de mi buen padre es bastante violento y esto justificaba su extraño proceder.

—Estamos de acuerdo en todo, y por consiguiente...

—No estamos de acuerdo en nada.

—¿Quereis obedecer á vuestro padre?

—Sí.

—Permaneced entonces aquí, esperad y...

—No.

—¿Quereis volver á vuestra casa?

—Lo que quiero es escribir á mi padre, pidiéndole perdon, aunque ninguna falta he cometido, y suplicándole que venga á verme.

—No hay ningun inconveniente: escribid, pues, dadme la carta y yo haré que llegue á sus manos, y cuando tenga á bien contestar ó quiera venir á veros...

—Es inútil,—replicó Angélica.

—No os comprendo, hija mia.

—Mi carta no llegará á manos de mi padre, porque

continuais creyendo que he perdido la razon y mientras suceda así me tratareis como se trata á los locos.

—Os equivocais.

—Viéndolo estoy, puesto que no me contradecís, que os revelo secretos de grandísima importancia y me escuchais con indiferencia, y ningun efecto ha producido en vos las acusaciones que he dirigido contra los que os han engañado. Estoy loca, ¿no es verdad? Pues bien, adoptaré la resolucion que me parezca mas conveniente. No teneis derecho para obligarme á permanecer aquí; pero teneis la fuerza y abusareis, sirviendo así de instrumento á los planes de mis enemigos.

—Sí, tengo derecho, puesto que vos misma reconoceis que obedezco á vuestro padre.

—Sin embargo...

—Os contradecís, hija mia,—interrumpió la anciana; —quereis escribir al respetable don Alfonso, os lo permito y ofrezco enviarle vuestra carta, y luego decís que es inútil y cambiais de parecer... ¿Cómo he de arreglarlo? ¿Quereis vos misma entregar la carta al demandadero? No hay ningun inconveniente; pero si vuestro padre no accede á vuestras súplicas, sino quiere tampoco contestaros, no será la culpa mia, y vos tendreis que sufrir y resignaros, dando así una prueba de que sabeis cumplir vuestros filiales deberes. Enojado está vuestro padre y con sobrada razon; pero más ó menos tarde pasará su enojo, os perdonará y os abrirá sus brazos.

—Madre mia, hay detalles muy sospechosos.

—Sepamos, porque no quiero que digais que no os escucho hasta el fin.

—Cuando salí del ataud tuve que abandonar la mortaja, y como habia de vivir con mi protector, diciendo que era su sobrina, y él es de condicion humilde, vestí esta pobre ropa.

—Era necesario si habíais de ocultaros bien.

—Descubre mi padre el secreto de mi existencia y dispone traerme á este convento.

—Eso es.

—¿Por qué no me ha enviado mi ropa para que me vista como corresponde á mi clase?

—Porque nadie ha de veros aquí, y es enteramente igual.

—Esa no es explicacion satisfactoria.

—Otra no puedo daros; pero vuestro padre os sacará de dudas. Quizá no ha pensado en esa pequeñez, lo cual no es extraño, porque en estos momentos lo preocupan más graves pensamientos.

—A todas horas me dicen que estoy enferma; he sorprendido miradas de compasion; se me escucha con frialdad y se me responde maquinalmente y diciéndome á todo que sí. ¿Qué significa esto?... ¡Oh!... Significa que todos creen que estoy loca y que mi manía consiste en hablar de don Alfonso de Guevara y en apropiarme el nombre y la personalidad de su desgraciada hija, y cuando acuso á fray Fulgencio, cuando digo que es un intrigante...

—Cuidado, hija mia,—interrumpió la anciana,—que hablais de un sacerdote...

—Sí, fray Fulgencio ha abusado de vos y de mí, soy su víctima, puedo probarlo...

—Basta, basta: la persona de fray Fulgencio es sagrada...

—Basta, sí,—replicó Angélica, poniéndose en pié.

—Volved á vuestra celda, sosegaos...

—¿No decís que os interesais por mi suerte?

—No lo dudeis, hija mia.

—Pues bien, escribid vos á don Alfonso de Guevara, decidle cuanto acabo de deciros, suplicadle que venga, que me permita verlo un instante, no mas que un instante, y luego que decida de mi porvenir, que yo sufriré resignada si de sus lábios escucho la sentencia.

—Os complaceré.

—¿Me lo prometeis?

—Sí.

—Jurad, madre mia, jurad que lo hareis así.

Aunque hablaba con una pobre loca no se atrevió la anciana á pronunciar un juramento y replicó severamente:

—Hacedme la justicia de dar á mis promesas más valor.

—No he querido ofenderos, reverenda madre, pero...

—No se pronuncian juramentos sino cuando hay una necesidad absoluta.

Angélica, que no estaba dispuesta á guardar muchas consideraciones, repuso:

—La prueba de que habeis cumplido vuestra palabra, la tendré en la conducta de mi padre.

—¿Quereis hacerme responsable de sus acciones?

—No.

—Repito que os tranquiliceis.

Convencióse Angélica de que nada conseguiría.

Cuanto más hablase, más firmemente habia de creer la anciana que estaba loca la supuesta hija de don Alfonso.

Proseguir la conversacion no habia de dar otro resultado que el de mortificarse.

Ya no era posible que Angélica abrigase dudas.

Todos creian que estaba loca.

La superiora habia sido engañada por fray Fulgencio.

¿Habia sido engañado tambien don Alfonso de Guevara?

Esto era lo que la infeliz no podia adivinar.

Tampoco podia decirlo la sencilla anciana.

Era indudable que la hija de don Alfonso estaba en su derecho de irse del convento cuando mejor le pareciese; pero todos se habian colocado en el terreno de la fuerza y de los abusos, y el derecho de nada servia.

Tenia la jóven demasiada inteligencia y demasiado buen juicio para no discurrir con acierto en aquella ocasion.

Estaba dispuesta á luchar, pero no á cometer ninguna locura.

La razon estaba de su parte, pero la razon de nada servia entonces.

Era preciso aceptar la situacion y pensar solamente en sacar de ella el mejor partido posible.

Precisamente esta misma reflexion se habia hecho Felipe aquella mañana y ya hemos visto su resultado.

Inmóvil y muda, y discurriendo así permaneció An-

gélica algunos minutos, que fueron para la anciana siglos de terror y de agonía.

—Reverenda madre,—dijo al fin la jóven,—puesto que estoy enferma y mi padre es rico...

—¿Quereis que venga el médico?

—Sí, que venga y veremos si con sus recetas me convence, porque no me hace falta mas que el convencimiento de que no soy la hija de don Alfonso de Guevara.

—Vendrá.

—Gracias, madre mia.

—Entretanto...

—Sumisa me encontrareis.

—Con tal de que luego no os negueis á obedecer al médico...

—Haré cuanto disponga, os lo prometo, os lo juro, porque sufro mucho, y si mi sufrimiento es consecuencia de mi desconocida enfermedad...

—Os pondreis buena y dejareis de sufrir.

—No os daré motivo de queja,—dijo la jóven.

Y salió de la celda.

—Gracias á Dios!—exclamó la anciana cuando estuvo sola.—Hoy está peor que nunca y he tenido miedo de que le dé un arrebato de furor. Siempre la misma manía de que es la hija de don Alfonso de Guevara, y como dicen que se parece algo á la difunta, si la dejásemos salir del convento, daría mil escándalos. Verdad es que no se hace nada para ver si se cura. La pobrecita me parte el corazon. Yo llamaría al médico; pero fray Fulgencio me dijo que no se hiciese nada sin avisarle... Le enviaré un recado.

Pocos minutos despues la superiora llamaba al sacristan y le decia:

—Hermano, es preciso que vayais inmediatamente al convento de Capuchinos de la Paciencia y le digais á fray Fulgencio que la enferma está peor hasta el punto de que parece muy cerca de dejarse llevar de algun furioso arrebato.

—Iré al momento, reverenda madre.

—Tambien le direis que solo he podido tranquilizarla prometiéndole que vendrá el médico; pero no he querido disponer nada hasta saber qué es lo más conveniente en este apuro.

—¡Lástima de criatura!—dijo el sacristan, haciendo un gesto compasivo.—¡Y tan jóven, y tan hermosa, porque la verdad!...

—Hermano,—interrumpió severamente la anciana.

—Mis pensamientos son puros, reverenda madre,—se apresuró á decir el sacristan mientras se ponia colorado como una cereza.

—No lo dudo.

—He querido decir, que cuando una criatura es jóven y hermosa, parece que infunde mas compasion, á pesar de que lo mismo los jóvenes que los viejos, los feos que los hermosos, son hijos de Dios, son nuestros hermanos.

—La pobrecita debe sufrir mucho y tal vez se encuentre remedio, pero si la dejamos abandonada se pondrá cada dia peor como está sucediendo, y llegará el caso tristísimo de tener que encerrarla y maltratarla.

—Seria un dolor.

—Nunca la hubieran traido aquí, porque todas las

hermanas tienen miedo, y la verdad, yo tampoco estoy tranquila, aunque confio que Dios nos ayudará.

—Así lo espero.

—No os detengais, hermano, y volved pronto con la respuesta de fray Fulgencio.

—Pronto me tendreis aquí.

Fielmente cumplió el sacristan, pero cuando fué al convento de capuchinos, encontróse con que el reverendo habia salido.

Volvió á dar parte á la superiora y otra vez á las dos de la tarde fué al convento.

—Hermano,—le dijo el portero,—suceden cosas muy graves, y aunque vengais por órden del mismo rey, no se os permitirá ver á fray Fulgencio.

—¿Pues qué pasa?—preguntó el sacristan que tenia mucho de curioso.

—Primeramente un novicio se ha permitido ciertas libertades, y un hidalgo poseido de Satanás ha cometido una profanacion, haciéndose necesario apelar á la fuerza y encerrarlo.

—¿Y qué tiene que ver con todo eso el reverendo padre á quien busco para un asunto muy urgente y de parte de la reverenda superiora de Maravillas?

—Tiene que ver mucho.

—Decidmelo, hermano, porque ambos pertenecemos á la iglesia y podemos hablar francamente.

—Fray Fulgencio tiene que entender en todo, porque es interinamente nuestro superior.

—¿Y por qué?

—Por la razon sencilla de que el superior verdadero

está enfermo gravemente, tan gravemente, que quizá deje de existir muy pronto.

—Ahora lo comprendo.

—Volved más tarde y podreis cumplir vuestra comision.

—Paciencia.

—Dios nos la dé á todos, hermano.

A las cuatro de la tarde preguntó Angélica por el médico.

—Otra manía,—dijo la superiora para sí.

Y mandó al sacristan que por tercera vez volviese al convento de capuchinos.

Al oscurecer consiguió por fin el demandadero ver al fraile, que lo escuchó atentamente, reflexionó y le dijo:

—Vuestra reverenda superiora puede hacer lo que mejor le parezca, con tal que no se avise á otro médico que al que siempre visita á las buenas madres.

—Y á ese se le avisará.

—Advertidle además que haga lo posible para que la enferma no hable mucho, pues sus palabras pueden ser peligrosas, ocasionadas por lo menos á que se hagan comentarios.

—Muy bien.

—¿Sigue siempre la enferma con su manía?

—Siempre, y lo peor de todo es que esta mañana empezó á enfurecerse, y faltó muy poco, segun he podido entender, para que acometiese á nuestra muy reverenda superiora, y ya os podeis figurar si esto nos pondria en grandísimo apuro.

—Por de pronto os encargo la mayor reserva.

—Descuidad, padre mio.

—Idos, pues, y que Dios os bendiga.

Habia cerrado la noche cuando el sacristan volvió al convento de Maravillas, y como Angélica habia preguntado una y otra vez por el médico, mandó la superiora que fuesen á buscarlo sin esperar á la mañana siguiente.

El sacristan obedeció de muy mala gana.

Media hora despues la hermana portera daba aviso de que el médico habia llegado.

Iba á entrar un hombre y todas las monjas se encerraron en sus celdas.

La superiora mandó que entrase en la suya el médico antes de ver á la enferma, porque queria decirle que se trataba de una loca, y por consiguiente no habia que hacer caso de lo que dijese la infeliz, sino recetar lo que más le conviniese.

Guiado por la hermana portera se presentó el médico á la anciana.

CAPITULO XXXV.

La opinion del médico.

¿No podia suceder que el médico hubiese alguna vez visto á la desgraciada Angélica y la reconociese?

Alguna esperanza tenia la jóven de que sucediese así; pero esta esperanza debia quedar bien pronto desvanecida.

El médico era un hombre de sesenta años, robusto y con semblante que expresaba una inteligencia poco más ó menos como la de don Alfonso de Guevara.

Hacia veinte años que visitaba á las monjas del convento de Maravillas, y ya entraba allí con toda la franqueza que era posible permitirse en semejante lugar.

Sobre su abultada nariz descansaban sus anteojos con armadura de acero, que no se quitaba sino para dormir, porque tenia la desgracia de ser miope.

Lo mismo que don Alfonso y el padre Fulgencio, y

lo mismo que muchos en aquella época, el médico tenia la costumbre de tomar muy á menudo rapé, y apenas entró en la celda, y mientras saludaba, sacó su caja, que era extremadamente grande, la golpeó y abrió, disponiéndose á tomar un polvo.

—Doctor,—le dijo la anciana,—me encuentro en un apuro muy grande.

—¿Quién es la enferma?

—Una infeliz á quien no conoceis.

—Ya, alguna novicia...

—No.

—Una de las criadas...

—Tampoco.

—Pues no adivino.

—Personas muy respetables me han obligado á admitir en clase de pupila, y mientras duren ciertas circunstancias, á una desgraciada jóven que ha perdido la razon.

—¡Diantre!—exclamó el médico, mientras aspiraba el rapé.

—¡Jesús!

—Perdonad, reverenda madre; pero á mí tambien me poneis en gran cuidado, porque una criatura loca es un peligro constante, y no sabeis lo que os habeis hecho.

—Ha sido preciso.

—¿Y quereis que yo la cure?

—Sí.

—Pues desde luego os digo que será milagro, porque de veinte mil locos, uno á lo más recobra la razon. La ciencia no ha podido todavía hacer muchos adelantos sobre este punto.

—Lo intentaremos, cumpliendo así nuestro deber y tranquilizando nuestra conciencia.

—¿Es loca pacífica?

—Sí; pero ya presenta síntomas de próximo enfurecimiento. Esta mañana vino á verme, empezó á exaltarse mientras me hablaba de su manía, y muchas veces le relumbraban los ojos como si fuesen los de un gato.

—Mala señal.

—La tranquilicé como pude.

—¿Y la manía es siempre la misma?

—Siempre; pero desde esta mañana empieza á tener otra que consiste en que ha de verla el médico y ha de curarla, y la curacion ha de ser convencerla de que ella no es la que dice, sino otra, pues se ha empeñado en que es la hija nada menos que del noble don Alfonso de Guevara.

—¡Oh!...

—Y habeis de saber...

—Ya sé quien es don Alfonso, porque no hay nadie que no lo conozca, y sé tambien que su hija única murió.

—Pues entonces...

—Cuando la hija de don Alfonso estuvo enferma y fué desahuciada, no hubo médico á quien el padre no acudiese, y se habló mucho de aquella enfermedad, porque las opiniones fueron distintas, aunque me parece que todos se equivocaron.

—Esta infeliz dice que no estaba muerta, que la sacaron del ataud, y que la han engañado para traerla á esta santa casa. Os lo advierto, porque cuando ella os vea...

—Entiendo, entiendo.

—Es menester escucharla como se escucha á los locos.

—¿Sabeis si hace mucho tiempo que perdió la razon?

—Tengo entendido que la perdió á consecuencia del trastorno que le produjo la muerte de la hija de don Alfonso de Guevara.

—¿Eran amigas?

—Era una de sus doncellas.

—No necesito mas antecedentes.

—Entonces venid y la vereis.

—Vamos.

Salieron mientras el doctor sacaba por segunda vez, su enorme caja.

Angélica tenia ya noticia de la llegada del médico, y esperaba con ansiedad indescriptible.

Por mas que el buen doctor tuviese una inteligencia escasa, y por poco que hubiese aprovechado los estudios, á su larga experiencia no podian ocultársele ciertas cosas, y en esto consistia precisamente el peligro para fray Fulgencio.

Entraron en la celda donde se encontraba la jóven arrodillada y rezando.

—Hija mia,—dijo dulcemente la anciana,—ya está cumplido vuestro deseo.

Angélica se puso en pié.

Su rostro estaba pálido; pero revelaba una tranquilidad completa, así como sus grandes, negros y magníficos ojos, espresaban una tristeza profunda.

Como si se hubiese encontrado en su casa, saludó benévolamente al hombre de la ciencia.

La actitud, el gesto y el tono con que pronunció algunas palabras de pura cortesía la hija de don Alfonso decian claramente que era una mujer de elevada clase, de educacion distinguida y acostumbrada al delicado trato del gran mundo.

Su ropa humilde no estaba en armonía con su continente de gran señora, ni mucho menos con su lenguaje.

El médico la miró sorprendido como si dudase que aquella jóven, vestida á usanza de las del pueblo, era la misma que hablaba, y quedó tan desconcertado que no acertó á responder.

Angélica desplegó una leve sonrisa, y dijo:

—Sentaos, caballero.

La superiora ocupó una silla, el médico hizo lo mismo aunque con cierto embarazo, y frente á él se colocó la hija de don Alfonso.

Por algunos momentos creyó el doctor que la jóven no era la enferma; pero allí no habia otra, y la miró atentamente, sorprendiéndose otra vez de no encontrar en aquellos ojos la mirada vaga é inequívoca de los que han perdido la razon.

Hubo algunos minutos de silencio, que rompió la superiora para decir:

—Mi estimado doctor, aquí teneis á nuestra enferma, que nos pone en gran cuidado, porque segun entiendo ha sido inútil cuanto se ha hecho para devolverle la salud.

—¿Con que es esta la enferma?... Pues la verdad, no me lo parecia, porque si bien está algo pálida, no presenta señales de mucho quebranto en su salud.

—Tal vez,—replicó Angélica, volviendo á sonreir con ligera ironía,—tal vez las apariencias engañan, y bien puede suceder que me encuentre en gran peligro, aunque yo no lo hubiera creido así sino me lo asegurasen personas tan respetables para mí como nuestra madre reverenda.

—Veremos, veremos,—dijo el doctor, sacando otra vez su caja, que era el recurso cuando se encontraba apurado,—volved un poco la cabeza... Así... Ahora os veo bien... Principiemos por el principio, porque cuando no se procede con órden, no puede hacerse nada.

A traves de los cristales de los anteojos viéronse brillar los pequeños ojos del doctor.

—¡Oh!—murmuró.—Sí, sí... En fin... Sepamos, porque necesito antecedentes, y nadie mejor que la misma enferma puede dármelos.

—¿Qué quereis que yo os diga?

—¿Desde cuándo os sentís indispuesta?

—Lo ignoro,—respondió la jóven.—Dicen que estoy enferma, y yo lo creo porque así lo aseguran personas que no pueden mentir.

—Es extraño.

—Sí, muy extraño; pero así es. ¿No os ha puesto en antecedentes la reverenda superiora?

—Sí, algo me ha dicho; pero...

—Pulsadme, examinadme despacio, preguntadme lo que siento, y así conocereis mi enfermedad, pues así he visto hacerlo siempre á todos los médicos.

El doctor se movió en la silla con muestras de inquietud.

Sin que hubiese sabido por qué, parecíale aquella situacion demasiado extraña, la encontraba desagradable.

Le habian dicho que iba á ver á una mujer loca, y la loca estaba tranquila y discurria juiciosamente.

Además encontraba, no á una ruda sirviente, sino á una dama de esmeradísima educacion.

El lenguaje de Angélica no era ciertamente el de una criada.

Sobre todo, el médico se enpeñaba en buscar en los ojos las señales del extravío mental, y aquellos magníficos ojos no espresaban mas que inteligencia, sentimentalismo, tristeza siempre, y alguna vez la más desgarradora amargura.

La mirada de Angélica, en vez de ser vaga, era intensa, profunda, verdaderamente fascinadora.

La mirada de los locos puede infundir terror; pero nada más.

La mirada de los locos es muchas veces amenazadora; pero nunca es dulce, no tiene atractivo, sino que por el contrario es repulsiva.

Y para decirlo de una vez, de una mujer loca no se enamora ningun hombre, porque al perderse la razon se pierde ese encanto inexplicable que conmueve, y el doctor, á pesar de sus sesenta años, sentíase conmovido y contemplaba con delicia aquel rostro pálido y de belleza singular, aquella rubia cabellera, aquellos ojos negros como el azabache y de ardiente pupila.

La locura hace en la organizacion grandes estragos, produciendo la demacracion y sobre todo envejeciendo rápidamente.

Angélica era jóven, casi una niña y no representaba mas edad de la que tenia verdaderamente.

¿Cómo no la habia envejecido la enfermedad?

Esto se preguntó el doctor, que aunque no tenia mucho mas entendimiento que don Alfonso, sabia bastante más que éste.

Sin embargo, para convencerse más y más, dijo despues de algunos minutos:

—¿Cuántos años teneis?

—Aún no he cumplido diez y ocho,—respondió la jóven.

—Esto es singular, muy singular.

—No recuerdo haber padecido mas que una enfermedad grave, enfermedad cuya causa fueron sufrimientos morales, que ahora no son del caso.

—¿Y que sentís?

—Nada de particular.

—¿Teneis apetito?

—Lo mismo que siempre.

—¿Dormís mucho?

—Tambien como siempre: cinco ó seis horas.

—¡Cinco ó seis horas!—murmuro el doctor.

Y añadió, dirigiéndose á la anciana:

—¿Habeis observado el sueño de esta jóven?

—Puedo deciros que muchas noches permanece levantada hasta las doce ó despues á pesar de que se le manda acostarse.

—¿Y luego duerme?

—Las hermanas que vigilan la han visto dormir; pero nadie puede decir cuánto tiempo.

—¿Os duele la cabeza?

—Nunca. Tengo motivos para sufrir mucho, á veces cavilo demasiado en mi situacion; pero afortunadamente no se resiente mi cabeza.

—¿Recordais haber tenido miedo alguna vez sin verdadero motivo?

—¡Miedo!... No lo he conocido.

—Las personas de organizacion delicada...

—¿Qué es el terror?... Lo ignoro, caballero, y de que el valor me sobra, he dado algunas pruebas, y mas daré si mis enemigos se atreven á presentarse frente á frente y á luchar con nobleza.

Esto lo dijo la jóven con perfecta calma, aunque con energía.

El médico hizo un gesto que significaba:

—No lo entiendo.

Y luego tomó el pulso á la supuesta enferma.

En el pulso no encontró nada de particular mas que las señales de un temperamento nervioso.

Esto no era una enfermedad.

—¿Quereis decirme vuestro nombre?—preguntó el doctor, que disimuladamente intentaba poner á la jóven en el caso de que hablase de su manía.

—Es inútil,—respondió Angélica,—primeramente porque el nombre no puede inflir en la salud...

—Sin embargo, deseo saberlo...

—¿No os lo ha dicho la reverenda superiora?—replicó la jóven.

—No.

—Yo creí que me llamaba Angélica, y aquí empezaron

por darme el nombre de María; pero si estoy loca, no debeis hacer caso de lo que digo.

—¡Loca!... ¿Quién ha podido pronunciar esa palabra terrible?

—Ningunos lábios; pero sí las miradas de compasion de todos, el lenguaje que conmigo se usa y las precauciones de que soy objeto. Cuando hice estas observaciones creí que me habian traido, no á un convento, sino á un hospital de locos y que locos eran cuantos me rodeaban; pero despues en vista de la respetabilidad de las personas que habitan en este sagrado recinto, me convencí de que la loca era yo, puesto que mas fácil es que yo sola me equivoque, que no todos los demás.

Se interrumpió Angélica para sonreir irónicamente, miró al doctor, encogióse de hombros y luego añadió con tono que tenia, aunque poco, algo de burla y de lástima á la vez:

—¿Qué quereis?... Tres dias hace que me encuentro aquí, y es tiempo suficiente para darme por vencida. No puedo hacer más. ¿Estoy enferma? Lo creo de buena fé y pido el auxilio de un médico, lo cual me parece justo. Aquí estais ya, caballero, me habeis examinado... Recetad, disponed.

El médico se movió en la silla con muestras de gran desasosiego, apeló nuevamente al rapé y despues de algunos momentos dijo:

—Está bien; pero es el caso que...

—¿Quereis mas antecedentes para apreciar con exactitud mi dolencia?

—Algunos más necesito, esta es la verdad.

Si fray Fulgencio hubiera estado allí, habria puesto en juego toda su habilidad para dar nuevo giro á la conversacion ó para terminarla; pero la sencilla religiosa, que obraba de buena fé, permaneció tranquila y sin poner estorbo alguno á las explicaciones de la víctima del capuchino.

—Pues bien,—dijo Angélica,—como mis palabras no deben tomarse en consideracion porque he perdido el juicio, debeis escuchar á otras personas, que sobre conservar su razon, son además personas reconocidamente honradas.

—La reverenda madre...

—Os ha dicho lo que sabia y no puede hacer más. Hace tres dias que me encuentro aquí, y es poco tiempo para que me haya conocido.

—¿Y qué personas son ésas?

—Os hago la justicia de creer que no reparais en molestia alguna cuando habeis de cumplir vuestra santa mision.

—Gracias, señora.

—Si os parece bien, antes de recetar podreis ir á la calle del Barquillo.

—Comprendo,—dijo el doctor, creyendo que la jóven iba á pronunciar el nombre de don Alfonso de Guevara.

—No ignorareis cuál es la casa llamada de Tocame-Roque.

—¿Y qué he de hacer allí?

—Buscar á un hombre que se llama Marcelo y es sacristan de la parroquia de San José.

—¿Y qué he decirle á ese hombre?

—Le preguntareis por mí, por Angélica de Guevara, por la que con el nombre de María y en concepto de sobrina suya ha vivido allí algunos meses, y el honrado Marcelo os hará comprender mi locura, y sino lo encontrascis, porque todo puede suceder, informaos entre los vecinos de la casa, que algo os dirán que pueda serviros de mucho para recetar con acierto.

—Os prometo que lo haré,—dijo el doctor, que empezaba á sentirse vivamente picado por la curiosidad y no acababa de convencerse de que Angélica estuviese loca.

Si aún deseais más noticias, podeis ir á visitar á don Alfonso de Guevara, que es mi padre.

—Vuestro padre...

—En esto consiste mi manía; pero bueno es que el respetable don Alfonso manifieste su opinion.

—Os conoce, segun me ha dicho la reverenda madre.

—Mucho y no creo que lo niegue.

El médico acabó por aturdirse.

No sabia qué hacer.

Irse sin recetar era poner en peligro su reputacion, y recetar irreflexivamente era una imprudencia no menos peligrosa.

—Cumpliré mi deber,—dijo despues de algunos minutos.—Dadme papel y pluma.

—Venid á mi celda,—dijo la superiora.

Púsose en pié el doctor, y dominado aún por la inexplicable influencia que sobre su ánimo ejercia la jóven, la saludó como hubiera podido saludar á la dama más elevada, saliendo luego con la anciana religiosa.

Cuando estuvieron en el aposento de ésta, contempláronse por algunos minutos sin pronunciar una palabra.

—Y bien,—dijo la monja al fin.

—Ya estais viéndolo, reverenda madre.

—Yo no veo nada.

—Pues yo tampoco, ó para hablar con más exactitud, diré que no entiendo lo que veo.

—¿Acaso no está loca esa infeliz?

—Vos lo asegurais.

—¿Y vos lo dudais?—replicó sorprendida la anciana.

—No lo niego; pero tampoco lo afirmo.

—Doctor, me aturdís.

—Si he de ser franco, aturdido estoy yo tambien.

—Ya habeis oido que se empeña en que es hija de don Alfonso de Guevara.

—Y como la hija de don Alfonso murió, claro es que esta debe haber perdido el juicio.

—Entonces...

—Pero el caso es que discurre tan juiciosamente como vos y yo, y he ahí lo que no entiendo.

—¡Dios mio!...

—Hay una circunstancia que debe tenerse muy en cuenta.

—¿Cuál?

—La persona que pierde la razon no dice que está loca, ni mucho menos se apercibe de que la tratan como se trata á los locos, y ya veis que esa jóven ha comprendido que la miraban compasivamente, que no tomaban en consideracion sus palabras, y en fin...

—Doctor,—imterrumpió la religiosa,—bien dicen que un loco hace ciento; y temo que esa desgraciada concluya por trastornarme la cabeza.

—Os la traen aquí personas respetables...

—Muy respetables en todos conceptos.

—Os dicen que os entregan á una criatura que há perdido la razon.

—Y debo creerlo así, pues es preciso que sepais que aquí estuvo el mismo don Alfonso de Guevara, y antes habia venido el virtuoso fray Fulgencio, de Capuchinos de la Paciencia, y me pusieron al corriente de... ¡Jesús!... Ya iba yo á decir lo que debo callar. En todo esto hay grandes intrigas; pero no puedo explicarme, porque cierta clase de secretos... ¡Dios nos ayude!

—¿En qué quedamos, reverenda madre?

—Que está loca no hay duda, puesto que se empeña en sostener que es hija de don Alfonso de Guevara.

—Y ella misma apela á don Alfonso.

—A quien no debemos hacer sufrir, recordándole su desgracia, recrudeciendo su dolor de padre.

—Sin embargo seria prudente...

—No,—replicó vivamente la superiora,—no podemos dar un solo paso con don Alfonso, porque se me ha prohibido por persona que tiene sobrada autoridad para prohibirlo.

—¿Y ese otro Marcelo?

—Un desalmado, un criminal debe ser.

—¿Quereis que recete?

—Sí.

—El papel.

—Ahí lo teneis,—dijo la anciana señalando hácia una mesa.

El médico tomó la pluma y escribió, diciendo luego:

—Una cucharada de esto cada cinco horas, y mañana veremos cómo se encuentra.

—Por Dios, no vayais á la casa de Tocame-Roque.

—¿Y por qué?

—Me comprometeríais, colocándome en la mas crítica situacion.

No comprendió la monja que con la prohibicion excitaba la curiosidad del médico.

Este creyó oportuno disimular, y dijo:

—Descuidad que no iré.

—No dejeis de volver mañana.

—Volveré.

—Entretanto consultaré con el padre Fulgencio.

No hablaron más que para despedirse.

El médico salió, y mientras se alejaba por la calle de San José, decia para sí:

—Aquí hay misterio. Esa encantadora jóven no está loca á pesar de que dice desatinos como el de asegurar que es hija de don Alfonso de Guevara. Sirvió en clase de doncella á la difunta; pero sus maneras y su lenguaje son de una gran señora. ¿Qué significa esto? Parece que se burla de las monjas, habla ella misma de su demencia, y luego lo de la casa de Tocame-Roque, y el capuchino, á quien por su fama conozco muy bien, y esas intrigas tenebrosas, y esos secretos trascendentales, y esas personas de gran autoridad... ¡Oh!... ¿Estaré yo loco?... Lo que es verdad, y muy verdad, lo que no puede ne-

garse, es que esa mujer tiene unos ojos capaces de encender un corazon de roca... Y el demonio de la curiosidad me quita el sosiego hasta el punto de que estoy por atreverme á ir mañana á la casa de Tocame-Roque y hablar con ese Marcelo y otros vecinos. La buena madre me lo prohibe; pero, ¿quién ha de saber lo que hago? Así satisfaré mi curiosidad; así me convenceré de que esa hechicera jóven está loca aunque no lo parece... Meditaré, meditaré esta noche y decidiré mañana.

La curiosidad es mala consejera y el doctor habia de concluir por decidirse á ir á la casa de Tocame-Roque y quizá tambien á la de don Alfonso de Guevara.

Entretanto la anciana superiora oraba fervientemente, suplicándole á Dios la sacase de aquel compromiso, haciendo que se llevasen pronto á la jóven misteriosa.

Angélica permaneció en su celda decidida á esperar.

Un nuevo peligro amenazaba á fray fulgencio; pero éste no se dejaria tampoco derrotar entonces.

CAPITULO XXXVI.

El doctor empieza á ver claro.

El doctor Cebollino, porque Mamerto Cebollino se llamaba el honrado médico, pasó la noche como quien echa de menos algo, y esto consistia en la pícara curiosidad que lo aguijoneaba incesantemente.

Aunque por regla general dormia ocho horas, minutos más que menos, salvo los casos excepcionales en que tenia que acudir al llamamiento de álgun paciente, aquella noche, despues de dormir tres horas escasas y soñar con la mujer misteriosa de los cabellos rubios y los ojos negros, despertó como sobresaltado, y para recobrar el sosiego se sentó en la cama, tomó el pedernal, la yesca y el eslabon, hizo fuego, encendió una mecha de azufre y luego el velon que tenia sobre una silla y junto á la cama, y por último acudió á su caja de rapé.

—Esto es otra cosa,—dijo.

Y miró á su alrededor como si buscase algo, ó quisiese reconocer el sitio donde se encontraba.

El buen doctor era pobre como lo eran todos los médicos en aquella época, y él mucho más, pues no habia conseguido hacerse reputacion entre la gente rica, y eran pocas las veces que el fruto de su trabajo pasaba de un mísero real por cada visita, de modo que no ganaba mas que lo extrictamente necesario para vivir muy modestamente, y aun esto porque habia tenido la prudencia de no casarse, evitando aumentar sus obligaciones.

Si en punto á entendimiento no aventajaba mucho á don Alfonso, no se parecia en lo demás, pues el doctor, sobre ser honrado, era de carácter pacífico y no podia mirar con indiferencia absoluta los sufrimientos agenos.

Ningun hombre ha merecido tanto como el honrado Cebollino el calificativo de bonachon, y esta circunstancia contribuyó poderosamente á su pobreza.

No era difícil engañarlo, porque todo lo creia de buena fé; pero si alguna vez desconfiaba, era el hombre más receloso del mundo.

Con todo esto habia contado fray Fulgencio para dar el permiso solicitado por la superiora de la comunidad de Maravillas; pero desgraciadamente para el fraile, los negros y fascinadores ojos de Angélica hicieron peligroso al hombre bonachon de quien nada debia temerse.

No queremos decir que en el pecho del doctor se habia encendido una hoguera, sino solamente, que se habia sentido impresionado, contribuyendo á que sucediese así la sorpresa que experimentó al ver las mane-

ras distinguidas y el lenguaje culto de la jóven vestida pobremente.

La anciana superiora habia principiado inocentemente á dar importancia á la enferma, y era forzoso que esta concluyese por aparecer como una mujer misteriosa, como la heroina de una historia muy interesante.

Despues de haber aspirado el rapé, pasóse el doctor Cebollino las manos por la frente, se restregó los ojos y suspiró.

El calor era sofocante en el dormitorio y nuestro médico arrolló la sábana, dejando en descubierto sus abotargadas formas, cubiertas apenas por la camisa.

—Nunca me ha sucedido esto,—dijo,—y empieza á ponerme en cuidado. ¿No he mirado siempre con la indiferencia mas fria á todas mis enfermas? Aún no hace una semana que me llamaron para la hija del señor Anacleto el curtidor, y aunque es hermosa como un querubin, ningun efecto me produjo. El sueño se me vá, cosa rara en mi organizacion, y lo peor de todo es que no puedo olvidar...

Interrumpióse para exhalar otro suspiro.

—El negocio es grave,—añadió despues de algunos momentos,—y nadie me convencerá de que en todo esto no hay una de esas intrigas que espantan. Dicen que la hechicera jóven está loca, y en su mirada no hay sin embargo el extravío de la falta de razon, discurre admirablemente, y habla como las grandes señoras. Preciso será poner en claro este misterio siquiera para evitar que algun dia me hagan partícipe de enredos peli-

grosos. He recetado para no infundir sospechas; pero haré lo que me conviene, disimularé y no permitiré que me conviertan en ciego instrumento de agenos planes. La reverenda superiora es una santa, pero en esta ocasion desconfío de todo el mundo. Bien pueden haber visto que la encantadora rubia no está loca á pesar de que se empeña en decir que es hija de don Alfonso de Guevara, y sin embargo me llaman para que la cure... ¡Oh!... Si han querido abusar de mi buena fé, se llevarán un grandísimo chasco, porque yo soy un hombre pacífico y enemigo de intrigas; pero cuando me provocan, cuando quieren hacer conmigo lo que la mona hace con el gato para sacar del fuego las castañas, entonces dejo de ser lo que soy siempre, y como á nadie le debo nada, me revuelvo contra todo el mundo. Lo peor de todo es que el asunto anda entre gente de iglesia, que sobre infundirme respeto como es debido, me hace temer ciertas consecuencias muy desagradables.

Mas de una hora pasó el buen doctor sentado en la cama, y como su desasosiego creciese, saltó al suelo y empezó á pasearse, presentando la más rara figura que imaginarse puede.

Allá para sus adentros dábase razones conque justificar los impulsos de su curiosidad insaciable, y en cuanto á las emociones que le hacia experimentar el grato recuerdo de los magníficos y abrasadores ojos de Angélica, justificábalo tambien empeñándose en convencerse á sí mismo de que todo ello no era más que pura compasion inspirada por aquella infeliz criatura.

Más de una vez pensó el atribulado Cebollino en que

la misteriosa mujer, siendo como era pobre y de humilde condicion, podia unir su suerte á un hombre de cierta clase, haciéndolo dichoso con una dicha sin igual; pero siempre que esto pensaba concluia por exhalar un suspiro lastimero y decir con tono de amarguísima tristeza:

—Tengo buen corazon; pero soy viejo, soy feo... ¡Si á lo menos fuese rico!...

Otra hora pasó.

El médico sintió frio.

—Veamos,—dijo,—si puedo conciliar el sueño. Probablemente mientras duermo la veré otra vez con los ojos del alma; pero, ¿qué he de hacerle?... Rezaré para que huya Satanás y me deje tranquilo.

Volvió á la cama el doctor, apagó la luz y arrebujóse, empezando á rezar, porque sus intenciones eran buenas, y no era suya la culpa si contra su voluntad experimentaba aquel desasosiego.

Venciólo al fin el sueño y no despertó hasta las siete de la mañana, que era despertar muy tarde segun su costumbre y en pleno verano.

El doctor tenia una criada bastante vieja y que hacia ya treinta años que lo servia, mirándolo como se mira á un padre ó á un hermano.

—¿Qué es eso, mi buen señor?—dijo la sirviente al ver al médico.—¿Habeis pasado mala noche?

—No muy buena y por eso no he madrugado.

—Estais ojeroso, mi buen señor.

—Tal vez.

—¿Quereis tomar alimento?

—Sí, como siempre, pues no creo tener cosa de cuidado, sino el calor, las cavilaciones... En fin, esto pasará.

—Si por acaso no teneis necesidad muy apremiante de salir...

—Me es absolutamente preciso, porque alguno de mis enfermos está grave, y ya veis, señora Pancracia, que el deber es antes que todo.

Con buen apetito almorzó el doctor, porque lo cortés no quita lo valiente, y el que se interesase por la suerte de Angélica, nada tenia que ver con su estómago.

Eran las ocho y media de la mañana cuando acabó de vestirse y salió, encaminándose sin vacilar á la calle del Barquillo.

Cebollino no habia querido hacerse más reflexiones sobre los peligros que podia ofrecerle la resolucion que habia tomado, porque reflexionando mucho tal vez habria retrocedido, y por nada del mundo queria retroceder.

Llegó á la puerta de la casa y se detuvo, dándose una palmada en la frente y exclamando:

—¡Ah!... Pues ahora caigo que el año pasado vine aquí para curar á una vieja beata, que no me pagó sino con la promesa de pedir á Dios que me diese fortuna y rezar por mi alma despues de mi muerte. Me debe, pues, un favor, puesto que la saqué de la sepultura á cuyo borde se encontraba, y el favor me lo pagará con noticias sobre la mujer misteriosa y sobre ese hombre llamado Marcelo, de quien la jóven dice que es honrado, y

á quien la reverenda madre califica de desalmado y criminal.

El doctor no se equivocaba, pues efectivamente hacia un año que la vieja á quien ya conocemos, habia sido asistida por él en una grave enfermedad, de la que salió gracias al médico y á los socorros de algunos caritativos vecinos.

De esto debia resultar una nueva complicacion probablemente favorable para fray Fulgencio.

—No recuerdo cómo se llama la vieja, pero sí el cuarto que habita ó que habitaba y fácilmente la encontraré, á menos que ya no exista.

Entró Cebollino en la casa, subió la escalera, atravesó una parte del corredor y se detuvo junto á la puerta del cuarto de la beata.

No pudo llegar más oportunamente, porque apenas llamó, abrió y se presentó la vieja, preguntando:

—¿Qué se os ofrece?

—¿No me conoceis, hermana? ¿Habeis olvidado ya al que con su sabiduría y sus sentimientos generosos ahuyentó la muerte, que se habia posesionado de vuestro lecho y levantaba sobre vos con mano implacable su destructora guadaña?

—¡Jesús me asista!—exclamó la vieja.—Perdonad, señor doctor, que como hace tanto tiempo que no os he visto y se debilitan mis ojos más cada dia...

—Perdonada estais, que la falta de memoria no es un delito.

—¿Y cómo vos por aquí?

—Porque necesito haceros algunas preguntas y he

creido que os alegraríais de tener ocasion de complacerme.

—¡Que si me alegro! Bendito sea Dios y su santísima madre nuestra señora... Pues á fé, á fé, que lo que más deseo es serviros, porque me sacásteis de las garras de la muerte y con nada del mundo podré pagaros. Entrad, honrareis así mi pobre vivienda y me direis lo que de mí necesitais.

Entraron y se sentaron.

—Ya os escucho,—dijo la vieja.

—En esta casa vive un hombre que se llama Marcelo y que es sacristan de la parroquia de San José.

—¡Jesús!—exclamó la vieja, mirando con cierto temor al buen Cebollino.

—¿De qué os asustais?

—De nada, pero es que el señor Marcelo...

—¿Lo conoceis?

—Vaya si lo conozco.

—¿Y es verdad que habita en esta casa?

—Casi no puedo decirlo.

—Hermana, eso es incomprensible.

—Señor doctor, habeis de saber que el señor Marcelo es un hombre sospechoso, que segun he podido entender anda metido en no sé qué clase de intrigas de muchísima importancia.

—¿Y qué clase de intrigas son esas?

—Lo ignoro.

—¿Entonces cómo podeis asegurar que es un hombre de dudosa honradez?

La vieja pensó en el capuchino y no supo qué res-

ponder para no comprometerse; pero reflexionó y al fin se convenció de que ninguna imprudencia cometería diciendo del sacristan lo que sabian todos, lo que todos los vecinos podian decir.

—Vamos,—dijo el doctor despues de algunos momentos,—responded si es que habeis de hacerlo con franqueza.

—Pues bien, al señor Marcelo lo hemos tenido siempre por el hombre más honrado del mundo; pero desde que hace pocos meses murió su mujer, hemos visto cosas, que aunque no tengan nada de particular, nos han infundido sospechas porque no hemos podido explicárnoslas.

—¿Y qué cosas son esas?

—Figuraos que de la noche á la mañana nos encontramos conque el señor Marcelo tenia en su casa una mujer muy jóven y muy hermosa, sin que nadie supiese cómo habia venido.

—¿Y esa mujer?...

—El señor Marcelo aseguraba muy formalmente que era su sobrina.

—Su sobrina... Es posible... ¿Era rubia?

—Como el oro.

—¿Y con los ojos negros?

—Como el azabache, y unas manos blancas y suaves como las de una princesa.

—¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...—exclamó el médico en tres tonos distintos.

Y su frente se contrajo.

La enferma no habia mentido, y era tambien una

mujer misteriosa para los vecinos de la casa de Tocame-Roque.

La circunstancia de haber vivido allí y en compañía de Marcelo, nada tenia de particular, pues al perder la razon y salir de la morada de don Alfonso, era natural que fuese á vivir con algun pariente ó amigo; pero, ¿por qué de esto se hacia un misterio?

Por algunos minutos reflexionó el doctor, y fijando luego una mirada escudriñadora en la vieja, le dijo:

—Esa mujer se llamaba María, ¿no es verdad?

—Sí.

—Parece que dudais de que fuese sobrina de Marcelo.

—Lo dudo, porque nadie tenia noticia de que viviese pariente alguno de nuestro vecino.

—¿Y antes de venir á esta casa, dónde se encontraba la jóven?

—Nadie lo sabe, señor doctor. ¿Pues no acabo de deciros que nos encontramos con ella como llovida del cielo? A media noche debió entrar en la casa, y despues, como no nos pusiésemos en observacion, no conseguíamos verla, y aun eso cuando entraba en la cocina, que tiene una reja que dá al corredor, pues no salia sino los dias de fiesta para ir á misa.

—Voy viendo que sé mucho más que vos.

—¿Pues qué sabeis? En verdad que os agradecería que me dijéseis algo,—repuso la vieja, que tambien empezaba á sentirse picada por la curiosidad.

—Esa jóven, antes de venir á esta casa, estuvo en la de un caballero que vive en esta misma calle, en la de

don Alfonso de Guevara, á cuya hija sirvió en clase de doncella.

La vieja abrió desmesuradamente los ojos y miró como aturdida al médico.

—Pero en fin,—añadió Cebollino,—esto nada tiene de particular, ni nos importa. Yo no he venido para satisfacer mi curiosidad, sino para buscar antecedentes sobre el deplorable estado de esa infeliz.

—No os comprendo.

—¿Acaso no habeis advertido que la sobrina de Marcelo está loca?

—¡Loca!...

—Sí, y á lo que parece su mania consiste en creer que es la hija de don Alfonso de Guevara.

—¡Dios mio!—exclamó la vieja temblando.

—No os asusteis que los muertos no resucitan.

—Ahora lo comprendo todo...

—¿Qué comprendeis?

—Nada, nada...

—Explicaos con claridad, ó de lo contrario creeré que sois una intrigante y que habeis abusado de la tristísima situacion de esa pobre mujer...

—Yo no, yo no, y toda la vecindad puede decir lo que ha sucedido.

—Me lo dirá el honrado Marcelo.

—Pero si ha desaparecido hace cuatro dias.

—¡Que ha desaparecido!...

—Y nadie ha podido averiguar dónde se encuentra.

—¿Y su sobrina?

—Tambien desapareció.

—Es decir que ambos...

—Primero ella se fué en un coche y en compañía de un caballero, que dicen es don Alfonso de Guevara.

Arrugóse más el entrecejo del doctor.

—Y cuando el señor Marcelo volvió de la iglesia y se encontró sin su sobrina ó lo que sea, echó á correr desesperado, y esta es la bendita hora de Dios que no ha parecido.

Ya no podia dudar el médico de que se trataba de un asunto muy grave y que si la jóven no era la hija de don Alfonso de Guevara, no era tampoco lo que parecia.

Por segunda vez reflexionó Cebollino, y queriendo dar el último golpe y sorprender á la vieja, le dijo repentinamente:

—¿Y qué tiene que ver en este asunto el padre capuchino fray Fulgencio?

—¡Dios mio!—exclamó la beata con acento de terror profundo.

—Hablad, hermana, hablad,—dijo el médico con tono amenazador.

—Pero si yo no sé más que lo que he visto, lo que han visto todos...

—Vos conoceis á fray Fulgencio...

—Dicen que aquella tarde vino con don Alfonso un capuchino; pero no puedo asegurarlo, porque me encontraba en esta misma habitacion con la puerta cerrada y de nada me apercibí.

—Intentais engañarme.

—¿Quereis una prueba de que no miento?

—Sí.

—Preguntad á todos los vecinos, que ninguno os dirá ni mas ni menos que yo, ninguno pronunciará el nombre de fray Fulgencio, puesto que nadie conoció al capuchino y aun creen que no era tal fraile, sino un hombre cualquiera que se habia puesto los hábitos y unas barbas.

—Y decís que todo eso sucedió...

—Hace cuatro dias.

—¿Y desde cuándo se encontraba aquí la sobrina de Marcelo?

—No recuerdo bien, pero ya hacia lo menos tres meses que vino.

Era inútil proseguir la conversacion.

El buen Cebollino habia empezado á perder la tranquilidad, y dijo para sí:

—¿Qué tal que me haya yo metido en algun diabólico enredo? De todo tiene la culpa la curiosidad, si bien parece que la encantadora rubia es muy desgraciada y cumplo mi deber de buen cristiano al favorecerla en lo que me sea posible. Veremos.

Hecha esta reflexion, que nada tenia de agradable, púsose en pié el honrado médico y se despidió de la vieja saliendo de la casa sin querer preguntar á otros vecinos, porque lo creyó completamente inútil.

Cuando la beata quedó sola, cruzó las manos, y exclamó:

—¡Dios mio!... No me llega la camisa al cuerpo... ¿Qué hará fray Fulgencio cuando llegue á descubrir que el doctor Cebollino ha estado conmigo en conversacion sobre este asunto?... Y lo descubrirá, porque fray Ful-

gencio lo averigua todo, y lo que no le dicen lo adivina, y creerá que yo he sido traidora, indiscreta y desleal, y para castigarme hará que me encierren en la Inquisicion... Esto es horrible... ¿Qué debo hacer, qué debo hacer?

La hipócrita vieja estaba poseida de terror, y despues de reflexionar en cuanto la turbacion se lo permitia, decidió ir á ver al padre Fulgencio, y decírselo todo salvando con esta prueba de franqueza su responsabilidad.

CAPITULO XXXVII.

El capuchino se pone en movimiento.

Cinco minutos despues, y envuelta en su negro manto de estameña, salió la beata y se encaminó al convento de Capuchinos de la Paciencia.

En las celdas de los frailes no entraban mujeres; pero en la de fray Fulgencio entraba quien él queria, tanto mas fácilmente, cuanto que se trataba de una vieja que hacia profesion de beata, y que el capuchino era entonces la autoridad suprema de la comunidad.

Acababa de entrar en su celda fray Fulgencio cuando le anunciaron la visita de la anciana, y pocos momentos despues se presentó ésta, en cuyo semblante se revelaba claramente su miedo y turbacion.

Miróla el fraile de piés á cabeza, hizo un gesto de disgusto, y luego preguntó:

—¿Qué sucede, hermana?

—¡Ay, padre mio, que ni lo que me sucede acierto á decir!

—Estais turbada...

—Mi conciencia no me acusa, porque he cumplido fielmente vuestros mandatos; pero...

—¿Acabareis?—replicó el fraile con impaciencia.

—¡Dios mio!...

—Dejad para despues los comentarios y los lamentos.

—¡Vírgen Santísima!...

—Hermana, concluid, porque me haceis perder la paciencia.

—Vuestra merced debe acordarse que el año pasado estuve entre la vida y la muerte.

—Me acuerdo.

—Por caridad me visitó un médico que se llama Cebollino.

—¡Cebollino!—murmuró entre dientes el fraile.

Y pensando que era el mismo que asistia á la comunidad de Maravillas, se contrajo su frente.

—Pues ese médico se me ha presentado, hace una hora.

—Y os ha preguntado por la sobrina de Marcelo, ¿no es verdad?

—Lo adivina vuestra merced como ha sucedido.

—Y vos le habeis dicho lo que saben todos los vecinos de la casa de Tocame-Roque, lo que hubieran podido decirle todos.

—Ni una palabra más ni una palabra menos.

—¿Y él?

—Me amenazó si lo engañaba.

—¿Qué más?

—Me dijo que la sobrina del señor Marcelo estaba loca, y que antes de que la conociésemos habia sido doncella de la hija de don Alfonso de Guevara.

—Siguen las intrigas.

—No entiendo lo que sucede.

—Ni necesitais entender en estos asuntos de Satanás, porque os veríais en grandes apuros y expuesta á que se perdiese vuestra alma.

—¡Jesús!

—¿Ha hecho el médico alguna indicacion sobre si tiene intenciones de hablar al noble don Alfonso?

—No, reverendo padre.

—¿Ha pronunciado el nombre de alguna otra persona?

—Tampoco.

—¿Ha dicho dónde se encuentra la sobrina del señor Marcelo?

—Ni lo ha dicho,—respondió la beata,—ni he querido preguntárselo.

—¿Es eso todo?

—Todo.

—Idos tranquila, hermana, que estoy satisfecho de vuestra lealtad y discrecion.

—Me volveis la vida...

—Mucho cuidado, porque los enemigos de nuestra santa religion, y de nuestro amado rey, os tenderán más de un lazo, y sino vivís prevenida...

—Descuidad.

—Dios os bendiga, hermana.

La vieja besó respetuosamente la diestra del capuchino y salió.

Entonces se tornó sombría la mirada de fray Fulgencio.

No podia ocultársele toda la importancia de lo que acababa de suceder.

El doctor Cebollino, á pesar de su honradez y de su carácter pacífico, á pesar de que era enemigo de toda clase de intrigas, y de que no contaba con una inteligencia superior, podia muy bien desbaratar los planes del capuchino.

—Hé ahí,—dijo éste,—el enemigo más temible, aunque sea el que menos vale.

Y efectivamente, el pobre médico era el más temible de todos los adversarios, porque habia menos medios de combatirlo.

Cruzó las manos fray Fulgencio, inclinó la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Cinco minutos pasaron.

La frente del capucbino se despejó.

Sus pupilas volvieron á brillar como siempre.

Sin duda habia encontrado los medios que buscaba para defenderse del inocente adversario que tanto temor le infundia.

—Calma, calma,—murmuró.

Y salió de la celda y luego del convento, tomando por la calle de las Infantas, y dejando atrás otras muchas hasta llegar á la de San José, entrando en la portería del convento de Maravillas, y preguntando por la reverenda superiora.

Era fray Fulgencio sobradamente conocido allí, y no debia encontrar ningun inconveniente para ser recibido sin demora.

A un hombre como él no se le hacia entrar en el locutorio, y desde luego fué conducido á la celda de la superiora, que al verlo exclamó:

—¡Loado sea Dios!

—Aquí me teneis, reverenda madre,—dijo el capuchino con su voz dulce y reposada,—aquí me teneis sin necesidad de llamarme, porque yo no olvido los asuntos de verdadero interés, ni mucho menos abandono á las personas á quienes amo y merecen toda mi consideracion y respeto.

—Gracias, padre, gracias, porque no podeis comprender el gran beneficio que me haceis con esta visita.

—Estais muy apurada, ¿no es verdad?

—Me encuentro atribulada...

—Pues tranquilizaos que lo que sucede, si bien puede ser mucho, aún no es nada, y no debe uno apurarse cuando llega á tiempo de remediar un mal.

—Por de pronto no entiendo lo que sucede.

—¡Que no lo entendeis!—dijo el fraile con acento de extrañeza.—¿Acaso no os dí muchas, muy claras y muy terminantes explicaciones? ¿Temeis algo, ó puede haber motivo de temor cuando se cumplen las órdenes de nuestra respetable soberana, cuando se tiene la más ámplia proteccion de nuestro monarca? ¿Qué os importan los ambiciosos intrigantes, que llevando la maldad hasta lo inconcebible, especulan con todo y ni la memoria de los muertos respetan?

—Pero eso es horrible, buen padre.

—Muy horrible; pero en este recinto sagrado, en este lugar inviolable, en está santa mansion, no puede penetrar el veneno de las humanas pasiones, y si Satanás intenta convertir en instrumento de sus planes á las castas esposas de Jesucristo, la mano de Dios se muestra patente y nos dá su ayuda. Si obrais bien, ¿qué temeis? ¿Seria posible que vaciláseis cuando se trata de la defensa de nuestra santa religion, sería posible que el valor os faltase porque se hubiese entibiado vuestra ardiente fé?

—No, eso no,—se apresuró á decir la superiora.—Indigna esposa de Jesucristo, la más humilde de todas sus siervas, decidida estoy á sacrificar, no solamente mi reposo, sino esta pasajera vida de durísimas pruebas.

—Sabeis que se trata de despojar de sus legítimos bienes á dos hombres honrados, sabeis que se trata de producir grandes conflictos en los negocios de Estado, apelando á supercherías criminales, y sabeis, en fin, que una casualidad... No, no ha sido la casualidad, sino la Providencia, la que ha querido iluminar y ayudar á nuestros soberanos para que descubran los planes tenebrosos de los enemigos de la religion y de la pátria.

—¡Horror, horror!

—Todo eso lo sabeis, reverenda madre.

—Es verdad,—dijo tristemente la monja.

—¿Por qué vacilais?

—No lo sé... Un momento de debilidad, de ofuscacion...

—El soplo de Lucifer...

—¡Jesús!

—¿Habeis olvidado mis advertencias?

—Ninguna.

—Entonces no se comprende vuestra tribulacion, no se conciben vuestras dudas.

—Esa mujer, — dijo tímidamente la anciana,—esa desdichada mujer...

—Escuchadme, pues por mas que lo negueis, veo que habeis olvidado lo más interesante de cuanto os dije.

—Olvidarlo no, aunque tal vez mi torpeza no me haya permitido entenderlo bien.

—Hemos supuesto que esa desdichada está loca, y esto era lo mejor que podia suponerse si habia de favorecérsela; pero tambien os advertí que quizá no habia semejante locura, y que el empeño en asegurar que es hija de don Alfonso de Guevara, podia muy bien ser malicioso y para secundar los planes de los que atentan contra el reposo del desgraciado padre, contra sus riquezas y contra la patria. Pues bien, una de dos cosas ha de ser forzosamente: ó esa mujer es criminal y cómplice de los otros intrigantes, ó está verdaderamente loca, y los otros quieren sacar partido de la locura.

—Comprendo.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Puso en duda la demencia.

—Entonces, habremos de inclinarnos á creer que esa jóven, con su rostro de ángel, tiene en el cuerpo el espíritu de Satanás, y que lo que parece locura, es malicia, y si de esto llegamos á convencernos, será preciso sacarla de aquí, para encerrarla, no en una celda, sino

en un calabozo, para entregarla, no á santas esposas de Jesucristo, sino al verdugo.

—¡Dios bendito!—exclamó con espanto la superiora.

—Yo soy amante de la justicia y no me opongo á que se castigue á los criminales; pero los criminales son tambien dignos de compasion...

—Sí, sí.

—Si puede evitarse el crímen, evitando tambien sufrimientos al desdichado que se extravia y olvida sus deberes, ¿por qué no hemos de hacerlo? Procuremos que el criminal se arrepienta, porque esto es más saludable que el castigo.

—Estamos de acuerdo.

—Tal ha sido la intencion y el deseo de nuestros augustos soberanos, y como hay ciertas cosas que ellos por sí mismos no podian hacer, me han confiado la ejecucion, han apelado á vuestros sentimientos nobles, y han quedado tranquilos porque no podian dudar de que sabríamos corresponder á la honra que nos han dispensado.

—Empiezo á tranquilizarme.

—Si esa pobre mujer no está loca, mejor, porque teniendo juicio podrá suceder que algun dia reconozca sus errores y se arrepienta, llorando sus culpas y dedicando el resto de su vida al servicio de Dios.

—Vuestras palabras son consoladoras, muy consoladoras,—dijo la superiora, fijando en el capuchino una mirada de admiracion.

—Los malvados cuentan siempre con la generosidad de sus víctimas, que es lo mismo que contar con la impunidad, y en esta ocasion no se han equivocado, pues

la generosidad de don Alfonso de Guevara ha llegado hasta el punto de que en vez de mirar con ódio á esa mujer, en vez de pedir que la castiguen, la mira con lástima, y no repara en hacer toda clase de sacrificios para proporcionarle bienestar.

—Yá lo estoy viendo.

—Si escuchais lo que esa mujer diga, con vuestra buena fé empezareis á creer que es inocente, porque nadie mejor que ella puede deslumbrar con sus razonamientos despues de haber vivido bastantes años al lado de la difunta hija del señor de Guevara. Preguntadle sobre la vida interior de palacio, y os dará razon como si ella misma hubiese estado al servicio de la reina, y claro es que puede hacerlo, puesto que constantemente acompañaba á su señora, y más de una vez pasó largas temporadas en la morada reál.

—Y por eso su lenguaje y sus maneras son distinguidás.

—La difunta Angélica y su criada se parecian en tener los cabellos rubios y los ojos negros, y de esta semejanza, que nadie pudo imaginar fuese peligrosa, se quiere ahora sacar partido, siquiera sea para producir el escándalo.

—¡Cuánta maldad!

—Loca ó criminal, no cabe duda de que esa mujer es peligrosa.

—¡Ya lo creo!

—¿Estais convencida?

—Completamente.

—Pues bien: dejad que el doctor opine como mejor le

parezca, que recete ó no recete segun se le antoje, aunque lo más conveniente para vos...

—Decid, padre, decid y se hará cuanto dispongais.

—El doctor Cebollino es honrado.

—Tal creo.

—Pero el más honrado puede ser curioso, y creyendo tal vez que en todo esto hay algun misterio, y queriendo descubrirlo...

—No os equivocais.

—Ahora que estais convencida de que no me equivoco, de que aprecio con exactitud la situacion, decidme lo que ha sucedido con el médico.

—La enferma, si enferma está, habló como quien conserva su juicio.

—Momentos de lucidez ó plan bien meditado.

—Con ironía dijo que se habia convencido ya del trastorno de su razon, y que creia conveniente que el médico, para recetar con más acierto, se enterase de todos los antecedentes, yendo á preguntar á un tal Marcelo, que habita en la casa de Tócame-Roque, y tambien al mismo don Alfonso de Guevara.

—Y vos, ¿qué habeis hecho?

—Le advertí al doctor que ese Marcelo es un desalmado, y le prohibí absolutamente que se metiera en semejantes averiguaciones.

—¿Y os prometió obedeceros?

—Sí, y segura estoy de que cumplirá su promesa porque es hombre de conciencia escrupulosa.

—La pícara curiosidad trastorna la cabeza más firme y suele ahogar todos los escrúpulos.

—A pesar de la curiosidad...

—Reverenda madre,—interrumpió fray Fulgencio,—sois demasiado buena.

—¿Dudais de la sinceridad del doctor?

—No dudo.

—Entonces...

—Digo que no dudo, porque tengo la seguridad de que no ha cumplido lo que prometió.

—¡Padre!

El capuchino desplegó una leve sonrisa, y replicó:

—Juzgais por vuestro corazon el ageno.

—Es tan grave lo que decís...

—¿Sabeis lo primero que ha hecho el doctor Cebollino esta mañana?

—Decid, porque...

—Salió de su casa, y olvidándose hasta de sus enfermos, fué á la casa de Tócame-Roque.

—Imposible.

—Tengo la prueba.

—¡Dios mio!...

—No pudo encontrar á Marcelo, porque ese miserable, cuando comprendió que sus planes eran conocidos, huyó y se ocultó.

—Me dejais aturdida.

—Pero el doctor, queriendo á toda costa satisfacer su curiosidad, acudió á otros vecinos de la casa, y le dijeron que la mujer misteriosa, que habia vivido en compañía del sacristan, se habia ido una tarde con don Alfonso de Guevara y con un fraile capuchino, de lo cual habrá deducido el buen doctor que el capuchino soy yo,

y que en todo esto hay una intriga criminal, intriga de que esa desdichada jóven es víctima inocente.

—Bien,—dijo la anciana con acento de profundo enojo,—muy bien.

—¿Qué opinais ahora?

—El doctor ha faltado á su promesa.

—Ha empezado á satisfacer su curiosidad; pero no la ha satisfecho completamente; dará otro paso, hará otro descubrimiento, verá un nuevo misterio, y querrá ir más allá, y así poco á poco, insensiblemente, casi sin conciencia de lo que hace, haciendo más de lo que quiere hacer, se encontrará cuando menos lo espere metido en las entrañas de la intriga, representando en la intriga un papel, y como se verá rodeado de peligros, querrá salvarse, y para conseguirlo tendrá que ponerse de parte de los unos ó de los otros, sin que nadie pueda responder de si ha de concluir por ser nuestro amigo ó nuestro adversario.

—Y cuando se produzca el conflicto...

—El monarca buscará la causa.

—Creerán que yo...

—Aunque inocente, la causa sois.

—Me haceis temblar.

—Y entonces la reina os dirá con sobrada razon que si el valor os faltaba ó desconfiábais, no debiérais haber aceptado la mision que se os ofrecia.

—Contra esa acusacion me seria imposible defenderme á pesar de mi inocencia.

—Tal es la situacion.

—Bien horrible por cierto.

—Ahora decidid.

—Decidida estoy.

—Si pecais, no será por ignorancia, y cuando se peca á sabiendas, el castigo es justo.

La tímida anciana se extremeció, suspiró angustiosamente y levantó los ojos al cielo con expresion suplicante.

—Todo esto,—añadió el capuchino,—concluirá bien pronto, porque ya comprendeis que semejante situacion es demasiado violenta para que pueda sostenerse mucho tiempo, y se adoptará una resolucion definitiva.

—Pero entretanto...

—Haced lo que os dicte vuestra conciencia y lo que parezca mejor á vuestro recto juicio.

—Aconsejadme, padre, os lo suplico...

—Reverenda madre, tengo por costumbre economizar los consejos, porque quiero tener sobre mí toda la menos responsabilidad posible.

—Aconsejar es un deber.

—Sí,—repuso el capuchino,—porque es lo mismo que enseñar al que no sabe.

—Vuestro entendimiento es superior al mio...

—Eso no.

—Conoceis mejor el mundo.

—Eso sí.

—Conoceis tambien mejor que yo todos los resortes de esa intriga.

—Ciertamente.

—No podeis, no debeis, pues, negarme los consejos que os pido.

—Os aconsejaré,—repuso el fraile como quien se decide á hacer un gran sacrificio.

—Os escucho.

—El doctor es indigno de entrar en esta santa casa, porque ha faltado á su promesa, ha cometido un abuso.

—No entrará.

—Así quedará conjurado el peligro, porque si insiste en hacer averiguaciones, la responsabilidad será suya, solamente suya.

—¿Y si esa mujer se empeña en que ha de visitarla un médico?

—Médico soy yo, ya lo sabeis.

—Pero como os acusa, como dice que sois un impostor...

—¿Eso ha dicho?—preguntó fray Fulgencio con la mas fria indiferencia.

—Jura que me engañan, que abusan de mi buena fé...

—Eso intentan, es verdad.

—¿Qué debo hacer?

—Escuchar y callar.

—Pero...

—Dejadla que hable, ¿qué os importa? Si grita, si escandaliza, si intenta huir...

—No lo conseguirá, y en cuanto á los escándalos, yo los evitaré, porque no olvido que tengo autoridad para ello.

—Ya no falta mas, sino que recobreis la calma, y el tiempo que habeis de emplear en entregaros á cavilaciones estériles, dedicadlo á dirigir al Omnipotente

súplicas para que favorezca la causa de la justicia.

—Estoy decidida.

—Cuando venga el doctor Cebollino...

—Le echaré en cara la fealdad de su proceder y le prohibiré terminantemente volver á este sagrado recinto.

—No sin razon ha depositado la reina en vos su confianza.

—A esa confianza corresponderé como debo.

—Hemos concluido.

—Me ocurre una idea.

—Decid.

—¿Por qué no hablais á esa infeliz?

—¿Y qué he de decirle?

—Parece que ella desea veros.

—Querrá acusarme cara á cara de impostor.

—¿Y qué os importa cuando vuestra conciencia está tranquila?

—Escucharé sus acusaciones sin alterarme.

—Tal vez vuestras palabras...

—No producirán ningun buen resultado; pero por complaceros...

—Sí, sí.

—Vamos á su celda,—dijo el capuchino con su inalterable calma.

CAPITULO XXXVIII.

Angélica dá mucho que pensar al fraile.

Ni por un solo instante se habia alterado la fria tranquilidad de fray Fulgencio, ni por un solo instante habia dejado de expresar su rostro lo que expresaba siempre.

Cuando entró en el convento habian dicho algunas religiosas:

—Ahí está fray Fulgencio.

Esto lo oyó Angélica, calló y se retiró á su celda.

Pasó media hora, la puerta de la celda se abrió, y la anciana se presentó seguida del fraile, cuyos negros ojos brillaban intensamente en medio de la sombra proyectada por la capucha.

La hija de don Alfonso encontrábase sentada y como absorta en la lectura de un libro religioso, interrumpiéndose y levantando la cabeza al oir el crugido de los goznes de la puerta.



La hija de don Alfonso encontrábase como absorta en la lectura.....

Su mirada se fijó por un instante, no más que por un instante en la sombría figura del capuchino; pero aquella mirada, aunque tan rápida, fué intensa, profunda, terrible hasta el punto de que fray Fulgencio, aunque muy ligeramente, se extremeció.

Luego la infeliz jóven púsose en pié, y sin cuidarse mas que de la superiora, dijo:

—Bien venida, reverenda madre.

—Sentaos, hija, sentaos,—dijo dulcemente la anciana.

—Gracias.

—Aquí teneis al padre Fulgencio, al que tal vez es vuestro mejor amigo, aunque vuestra ofuscacion os haya hecho creer lo contrario.

Angélica volvió los ojos y por segunda vez contempló al capuchino; pero mirándole de piés á cabeza como s lo midiese.

—¿No lo reconoceis?—preguntó la superiora con extrañeza.

La hija de don Alfonso, con una calma que nadie hubiera podido esperar de ella, ni mucho menos en aquella situacion, respondió:

—Lo he conocido, y para hablarle esperaba á que me dirigiese la palabra, porque creo que así debe ser.

El capuchino dió algunos pasos, colocóse frente á su víctima, y le dijo con dulzura:

—¿Cómo os encontrais aquí?

—Bien, padre mio, porque la reverenda madre me cuida cariñosamente y no tiene para mí mas que bondad.

—No he venido á veros antes, porque nuestro virtuo-

so y reverendo superior ha caido gravemente enfermo y á mí me ha tocado sustituirlo, aumentando esta circunscia el número de mis graves deberes.

—Os he aguardado con verdadera ansiedad,—repuso Angélica,—porque deseaba saber lo que ha sido de las personas que me son queridas.

—En cuanto á don Alfonso de Guevara puedo deciros que goza de perfecta salud; pero ignoro lo que ha sido de Marcelo, porque cuando volvió á su casa y leyó vuestra carta, salió y ha desaparecido.

La frente de Angélica se contrajo.

—Lo que esto significa podeis comprenderlo fácilmente,—añadió el fraile con una indiferencia verdaderamente horrible.

—Lo comprendo,—se concretó á decir la jóven.

—Si el estado de vuestra salud os ha permitido reflexionar...

—Sí, he reflexionado.

—¿Y os habeis convencido de que es de verdadera salvacion la senda que os tracé?

—Estoy convencida.

—He sabido que anoche vino el médico.

—Me parece que ya no lo necesito.

—En cuanto á la otra persona á quien no podeis haber olvidado...

—Felipe.

—Se ignora su paradero.

Angélica desplegó una sonrisa cuyo significado solo el capuchino podia comprender.

—¡Oh!—exclamó el fraile despues de un momento.—

Me felicito porque hoy os encuentro razonable como nunca.

—Decís que Marcelo ha desaparecido.

—Y eso prueba...

—Os lo diré.

—Sí, decidlo vos.

—Padre mio, eso prueba que ya es inútil luchar, porque la suerte de todos está decidida.

—Exactamente.

—Y si yo desisto...

—Sereis recompensada con lo que anhelais.

Los ojos de Angélica de Guevara brillaron, su rostro cambió repentinamente de expresion y dijo arrebatadamente:

—No lo creo, no lo creo...

—¿Por qué no?

—Eso sería demasiada felicidad.

—¿Acaso no os la prometí?

—Pero si no me engañais, puede engañaros vuestro buen deseo. ¿Cuál de esas dos cosas sucede?... ¡Oh!—exclamó la jóven con creciente exaltacion.—Pensadlo bien, padre Fulgencio, pensad bien lo que haceis.

—¿Qué significa esto?—preguntó sorprendida la superiora.

—Reverenda madre,—dijo Angélica,—el disimulo es ya inútil y diré con franqueza lo que siento.

El fraile fijó su mirada escudriñadora en la jóven.

Esta añadió:

—Creí que fray Fulgencio era mi mejor amigo y luego dudé de sus buenas intenciones; sospeché que me

engañaba y no vacilé para acusarlo de impostor; pero ahora...

—¿Qué?

—Dudo, porque algo sucede que no comprendo, porque empiezo á creer que se fingen amigos los que son mis enemigos encarnizados, y que para salvarme, mis mejores amigos fingen y representan el papel de enemigos.

—No os comprendo bien.

—Hay secretos que no puedo revelar, reverenda madre,—repuso Angélica con ese tono inequívoco que se emplea cuando se trata de lo misterioso.

—Con tal que os entienda el padre Fulgencio...

—Sí,—dijo el capuchino.

—¿Por qué ha desaparecido Marcelo?—dijo la hija de don Alfonso.—Esta circunstancia tiene para mí mucho valor. No es posible que á Marcelo lo hayan engañado, no es posible que le hayan hecho cambiar de resolucion con halagos ni con amenazas, porque ni es ambicioso, ni cobarde, porque su voluntad es tan firme que ante nada cede.

El capuchino desplegó una leve sonrisa y preguntó:

—¿Considerais una desgracia la dasaparicion de ese hombre?

—No lo sé.

—Entonces...

—Ha habido momentos en que os he odiado, y momentos en que he tenido la fé mas ciega en vuestra generosidad y vuestro deseo de hacerme feliz. Reconozco lo mucho que valeis, sé por esperiencia que no os

pareceis á ningun hombre, y bien puede suceder que para cumplir lo que me habeis prometido representeis ahora contra vuestra voluntad el papel de mi perseguidor, de mi verdugo; pero, ¿quién me garantiza esto? ¿Quién puede sacarme de dudas? Si confio y reconozco mi error cuando sea tarde para acudir al remedio, no me perdonaré jamás mi torpeza y moriré desesperada, y si hago lo contrario y trastorno vuestros planes...

—Perdonad,—interrumpió fray Fulgencio.

—¿Qué quereis?

—De mis buenas intenciones no puedo daros ninguna garantia, y si dudais de mis palabras...

—¿Quereis á lo menos darme explicaciones sobre lo que no puedo entender?

—Hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—No quereis dar á conocer ciertos secretos, y por consiguiente me es imposible hablar.

Angélica, que parecia cada vez mas exaltada, acercóse á la superiora, y le dijo con acento de dolorosa súplica.

—Madre mia, dejadnos, os lo ruego en nombre de lo que mas ameis, dejadnos que algun dia podré daros á conocer todos los secretos de mi pobre corazon.

—No es menester que me supliqueis,—respondió la anciana,—porque estoy dispuesta á todo con tal de que volvais al buen camino. Bien decia yo que fray Fulgencio concluiria por triunfar con su elevada inteligencia y su santa palabra.

Y la cándida religiosa se apresuró á salir de la celda.

Entonces se sentó fray Fulgencio y su rostro expresó la tristeza mas profunda.

—Ahora podemos hablar,—dijo la jóven.

—Sí.

—Sois mi mayor enemigo ó mi mejor amigo... ¡Oh!—exclamo Angélica con voz reconcentrada y lanzando al fraile una mirada terrible.—Desdichado de vos si me engañais, desdichado de vos... No sabeis lo que es el ódio de una mujer, no sabeis hasta qué punto la mujer es implacable cuando se hieren ciertas fibras de su sensible corazon.

—Lo sé, no por que ninguna me ha odiado, sino por que las he visto odiar á otros.

—Responded, responded.

—Os prometí la dicha, vos la rechazais...

—Por el contrario, deposité en vos la mas ciega confianza.

—Sí, por algunas horas, por algunos minutos... No me sorprende,—dijo el fraile con amargura,—no me sorprende, porque la mujer es impresionable. Pero estoy tranquilo porque he cumplido mi deber, seguiré cumpliéndolo, y si no consigo haceros feliz, la culpa no será mia, sino vuestra. Cuatro dias hace que vinísteis aquí, y en tan poco tiempo queríais que ya se hubiese templado la ciega cólera de vuestro padre, que hubiera parecido Felipe y que hubiese recibido el castigo que merece don Iñigo de Covadonga. No vengo, porque mis visitas hubieran sido sospechosas, y me condenais, me llamais impostor...

—Bien; pero Marcelo...

—El capuchino, como si temiese ser escuchado, levantóse, se acercó á la puerta y miró al pasillo.

Luego volvió á sentarse y dijo:

—Marcelo está oculto.

—¿Dónde?

—En mi convento.

—¡Ah!...

—Solo así ha podido librarse de la persecucion de que es objeto.

—¡Perseguido!... ¿Por quién?

—Por vuestro padre.

—¡Imposible!

—¿No lo conoceis?

—Mi padre, segun vos mismo me dijísteis, no veia en Marcelo sino al hombre generoso que habia salvado mi vida.

—Vuestro padre debe tener algun mál consejero, porque segun pasan los dias se enciende más su enojo.

La jóven miró con expresion de aturdimiento al fraile.

Este prosiguió diciendo:

—Vais á saber cómo vuestro padre discurre.

—Sí, sí.

—Cuando Marcelo iba á colocar el ataud en el nicho, se apercibió de que aún estabais viva y luego no hizo más que lo que hubiese hecho cualquiera.

—Pero me amparó, ha sido para mí un verdadero padre.

—En eso precisamente consiste su delito. El sacristan debió dar parte de lo que sucedia, porque habia de por

medio el derecho, la autoridad, y sobre todo el corazon de un padre que lloraba á su hija.

—Es verdad, Marcelo dejó de cumplir su deber; pero hay que tener en cuenta las circunstancias.

—El deber ante todo.

—Accedió á mis súplicas...

—No debió escucharlas, porque haciendo lo que ha hecho, ha dejado sumido en el dolor á un padre, y ha estorbado además que ese padre haga uso de sus incontestables derechos. Esta no es mi opinion, ya lo sabeis; pero alguien debe haber aconsejado á mi amigo don Alfonso, alguien le ha hecho discurrir así, resultando que su enojo acreciente y que todo le parezca poco para castigar al que en los primeros momentos quiso recompensar.

—Comprendo.

—Repito que esto no debe pareceros extraño, puesto que conoceis demasiado bien á vuestro padre.

La jóven inclinó tristemente la cabeza.

El capuchino prosiguió diciendo:

—En cuanto á Felipe, abrigo la esperanza de encontrarlo.

—¡Ah!...

—Y las pruebas de don Iñigo de Covadonga...

—¿Han parecido?

—Parecerán,—repuso el fraile,—y sino lo consigo así, se sustituirán con otras, porque no me faltan medios de probar que don Felipe se casó, y que tuvo un hijo, que es lo más importante, pues en este caso el testamento no se necesita.

—¿No me engañais?—dijo Angélica, fijando una mirada de indescriptible afan en el capuchino.

—No puedo convenceros mas que con mi palabra, porque las pruebas son imposibles.

—Esta es cuestion de fé, ya lo veo.

—Si fé teneis en mis buenas intenciones...

—No lo sé, no lo sé.

—Hago cuanto me es posible...

—¡Dios mio!—exclamó Angélica, cruzando las manos y elevando al cielo una mirada de súplica tierna y desgarradora.

Luego de sus negros ojos se escaparon dos lágrimas.

El fraile la contemplaba y meditaba.

Hubo algunos minutos de silencio, que rompió al fin la jóven para decir:

—Lloro de dolor, de desesperacion; pero no soy débil, no soy cobarde.

—Ya lo sé.

—Podeis engañarme, padre mio; pero...

—Dios me libre de cometer semejante torpeza.

—Mi ódio...

—Sin embargo, decidid lo que os parezca mejor, porque de vuestra suerte se trata, y justo es que la resolucion sea vuestra.

—¿No piensa mi padre sacarme de aquí?

—Por ahora no.

—¿Y con qué medios contais para favorecerme, para vencer la tenacidad de mi buen padre?

—Con uno muy poderoso, irresistible para él.

—No adivino...

—¿Os habeis olvidado de la reina doña Isabel de Farnesio?

Los negros ojos de Angélica brillaron con el fuego de la más viva alegría.

—Perdonadme, — exclamó, — perdonadme, padre mio... Os he ofendido...

—Sois muy desgraciada,—dijo con cariñoso tono el fraile,—sufrís mucho, y los sufrimientos trastornan la cabeza más firme.

—Doña Isabel de Farnesio no puede negaros nada, padre mio.

—Por eso me ha concedido cuanto la he pedido en vuestro favor.

—¡Ah!...

—Y á su vez vuestro padre no puede negar nada, absolutamente nada á la reina doña Isabel de Farnesio.

—Una sola indicacion de doña Isabel es para mi padre una ley...

—Que respeta, que obedece sin vacilar, porque su adhesion á la corte de San Ildefonso raya en fanatismo.

—No os equivocais.

—Vuestras dudas me obligan á deciros lo que quiero callar; pero ya que es preciso para convenceros, hablaré.

—Hacedlo con descuido.

—No temo indiscreciones de vuestra parte, porque sois la primera interesada en guardar cierta clase de secretos; pero al fin sois mujer, sufrís mucho, estais enamorada, y el amor y el sufrimiento pueden producir arrebatos...

—Sabré dominarme.

—La elevada posicion de vuestro padre y mi influencia, no hubiera sido bastante para admitiros en esta santa casa.

—¿Entonces...

—Ha sido necesario que así lo disponga otra persona.

—¿Y esa persona...

—¿No adivinais que es doña Isabel de Farnesio?

—Padre mio, vuestras palabras son un torrente de luz para mi ofuscada inteligencia.

—Yo traje de San Ildefonso una carta para la superiora de esta comunidad, y si desde luego no volvísteis á vuestra casa, si vuestro padre no se os presentó terrible para acusaros y castigaros, se debe á la prohibicion de doña Isabel de Farnesio.

—Basta, padre mio, basta...

—No es bastante.

—Sí, sí.

—Ya que he principiado, quiero concluir.

—Os escucho.

—La reina no podia proteger abiertamente á la hija de don Alfonso de Guevara, á la hija rebelde que habia huido de la casa paterna.

—No, no podia.

—Pero sí ha podido disponer que se vigile en este convento á una mujer misteriosa que se ha mezclado en cierta clase de intrigas tal vez porque su razon está trastornada.

—Todo lo comprendo, todo.

—Antes que consideraros criminal, la anciana superiora, que es una santa, ha querido creer que estábais loca, y así lo ha creido toda la comunidad, resultando que vos...

—Ya se han disipado mis dudas.

—Concluiré dándoos algunas noticias de doña Margarita de Cienfuegos.

—¿Qué piensa de mi desaparicion?

—Nada de particular, que yo sepa.

—¿Qué hace?

—Espera la segunda carta que Felipe prometió escribir á la reina, carta que ha de servirnos de mucho, no solamente para encontrar las pruebas del crímen de don Iñigo, sino para averiguar dónde se oculta el infeliz mancebo.

—Es decir que todo depende...

—De esa carta.

—Que puede tardar...

—Nadie lo sabe.

Angélica volvió á elevar al cielo la mirada, y exclamó:

—¡Gracias, Dios misericordioso!

Y nuevamente corrió por sus mejillas el llanto; pero ya no era el llanto del dolor y la desesperacion, sino de la ternura, de la alegría.

—Padre mio,—dijo la infeliz despues de algunos minutos,—aconsejadme lo que debo hacer.

—Esperar si teneis confianza en mí.

—Absoluta, ciega.

—A la reverenda superiora le direis lo que os parezca

mas conveniente, sin olvidar que los secretos que os he revelado...

—Los guardaré.

—Teneis sobrada inteligencia para necesitar que yo os señale punto por punto el camino que debeis seguir.

—No es menester.

—De vos depende todo.

—Si depende de mí, triunfaremos.

Levantóse el capuchino, y por última vez fijó su mirada escudriñadora en la jóven; pero la mirada de ésta no expresaba mas que la ternura y la gratitud.

La infeliz continuaba llorando y se oprimia el pecho como si quisiese contener los violentos latidos de su corazon.

—¿Qué pensareis,—preguntó el fraile,—sino vuelvo á veros en muchos dias?

—Esperaré con la tranquilidad que es posible en mi situacion.

—Me parece que hemos concluido.

—Padre mio...

—Dios os bendiga,—dijo el fraile.

Y salió de la celda, dirigiéndose á la de la anciana superiora.

Esta esperaba con tanto afan como temor.

—¿Qué ha resultado al fin, buen padre?

—Por esta vez, reverenda madre, habeis tenido mas acierto que yo, porque mucho me equivoco ó esa desgraciada está muy cerca de entrar en el buen camino.

—¡Bendito sea el Omnipotente por los siglos de los siglos!

—Amen,—dijo el capuchino con grave tono.

Y ambos se santiguaron.

—¿Qué he de hacer ahora?—preguntó la anciana.

—Si esa infeliz quiere daros algunas explicaciones, escuchadla.

—¿Y si nada me dice?

—Dejadla, que yo vendré cuando sea oportuno y conveniente.

—En vos confio para salir de esta situacion.

—Nada temais, que con la ayuda de Dios todo quedará bien arreglado.

—En cuanto al doctor Cebollino, mi resolucion es irrevocable.

—Sí, es prudente alejarlo de esta santa casa.

Algunas frases más cruzaron el capuchino y la monja y se separaron.

Cuando fray Fulgencio estuvo en la calle, dijo para sí:

—No quiero fiarme de apariencias, y aunque todo parece arreglado, proseguiré hasta el fin, que por exceso de precauciones no puede sobrevenir mal alguno.

CAPITULO XXXIX.

De susto en susto.

El pobre doctor estuvo muy pensativo toda aquella mañana, y fué tal su preocupacion, ó mas bien su aturdimiento, que para mas de un enfermo equivocó la receta, disponiendo lo contrario de lo que necesitaban.

A las doce en punto volvió á su casa á comer y no pronunció una sola palabra aunque su sirviente le dirigió mil preguntas.

Terminada la comida siguió meditando el buen doctor; pero al cabo de una hora se encontraba lo mismo que antes, es decir, indeciso entre ir y no ir á pedir explicaciones á don Alfonso de Guevara.

Que habia misterio, que habia intriga, y que esta tenia todas las apariencias de muy trascendental y peligrosa, no podia dudarse, y esto precisamente era lo que hacia vacilar al buen doctor.

¿Qué necesidad tenia de meterse en enredos que no le interesaban?

Muchas veces se hizo esta pregunta; pero no se respondió terminantemente, porque aún se sentia trastornado por el recuerdo de la encantadora rubia de negros, brillantes y fascinadores ojos.

Claro estaba que Satanás en un momento de ócio habia querido divertirse á costa del honrado Cebollino, y como Satanás no se divierte sino haciendo sufrir por lo menos á un desdichado mortal, el doctor sufria sin esperanzas de otro consuelo que el de la satisfaccion de ser útil á la bellísima jóven.

Muchas veces se miró al espejo el bonachon Cebollino, empeñado en encontrar gracias en su persona; pero el espejo le presentaba siempre el más triste desengaño, y el infeliz, lo mismo que la noche anterior, suspiraba penosamente y repetia con frecuencia:

—¡Si al menos yo fuese rico!

Casi, casi estamos por empezar á creer que el pobre doctor se habia enamorado.

¿Y por qué no?

En el mismo sitio que todos los hombres tenia Cebollino el corazon, y su corazon era de la misma materia que todos.

No aseguramos todavía que estuviera verdaderamente enamorado, pero si lo estaba...

¡Infeliz!...

Su amor debia ser inextinguible, caso de haberse encendido, porque las pasiones son doblemente violentas en los viejos.

Un viejo se enamora rara vez; pero cuando sucede no hay amor como el suyo.

Por eso se dice aquello de que cuando se incendia un pajar arde mejor la paja cuando es mas vieja.

Con buen apetito habia almorzado el doctor; pero no le sucedió lo mismo en la comida, y eso que la señora Pancracia se hàbia esmerado como nunca, presentándole un trozo de pezuña de vaca con salsa de ajo y pimienta, cuyo olor era bastante por sí solo para abrir el apetito del que estuviese más harto.

—¿Qué le sucederá á mi buen señor?—se preguntaba la sirviente.—Por fuerza debe estar enfermo, pues otra cosa no se comprende.

Y luego dirigía la palabra á su amo; pero éste en vez de contestar, callaba y suspiraba, porque pensaba en la jóven del vestido humilde y las maneras distinguidas, de los rubios cabellos y los negros ojos.

El tiempo pasó sin sentir para el doctor.

Acercábase el sol á su ocaso, y la criada preguntó:

—¿No habeis de salir esta tarde?

—¿Pues qué hora es?—dijo el médico, mirando su relój.—¡Ah!... Me olvidaba... Dadme mi sombrero.

Abandonó su morada; pero en la calle se detuvo, reflexionó y dijo para sí:

—Cualquiera que sea mi resolucion en cuanto á visitar á don Alfonso de Guevara, debo ir al convento.

Y al convento de Maravillas se dirigió.

No sospechabà el buen Cebollino lo que allí le esperaba.

Inmediatamente que llegó fué conducido á presencia

de la superiora, á la que saludó muy respetuosamente, diciéndole luego:

—Reverenda madre, habreis de perdonarme si he tardado en venir; pero me ha detenido un enfermo que por minutos se me iba de entre las manos.

La anciana fijó una mirada severa en el pobre Cebollino y replicó:

—Sí, ya sé que estais muy ocupado.

—¡Que lo sabeis!...

—Eso he dicho.

—Entonces, sin necesidad de justificarme...

—Es inútil que os tomeis esa molestia.

—Sois muy bondadosa.

—Y sobre todo justa.

—En cuanto á eso,—repuso sencillamente el doctor,—nadie puede ponerlo en duda.

—Por si acaso os daré una prueba.

—No os comprendo.

—Escuchadme.

—Tengo ese honor, madre reverenda.

—¿Creeis que los hombres honrados tienen obligacion de cumplir lo que prometen?

—¡Que si lo creo!... No hay nadie que opine lo contrario.

—Y aunque la promesa se haga á una débil mujer que no puede exigir la responsabilidad en cierto terreno...

—Eso ningun valor quita á la promesa.

—¿Y qué merece el hombre que falta á su palabra?—preguntó la monja.

—Por de pronto desprecio,—dijo Cebollino sin vacilar.

—¿Veis esa puerta?

El doctor miró á la puerta y á la superiora, empezando á creer que ésta habia perdido el juicio.

—La veo,—respondió,—porque aunque soy miope, con el auxilio de los cristales cóncavos, que cierran el ángulo formado por los rayos de la luz...

—Dejad esa explicacion para vuestros discípulos.

—Pues bien, me concretaré á decir que veo esa puerta...

—Por donde no sois digno de entrar.

—¡Madre!—exclamó el doctor, extremeciéndose y palideciendo.

—Salid.

—¿Qué estais diciendo?

—Vos mismo habeis pronunciado vuestra sentencia y os castigo con el desprecio,—repuso la anciana.—Ya veis que además de justa soy bondadosa, porque no llevo mas allá mi rigor.

Quedó anonadado Cebollino sin comprender aún en qué consistia la falta que tan duro castigo merecia.

—Salid,—repitió la superiora.

—Pero esto es horrible...

—Lo es.

—Se me condena...

—Como mereceis.

—¿Y por qué, reverenda madre, por qué?

—No necesito daros más explicaciones.

—Sí, debeis dármelas y permitirme la defensa, porque

vuestro enojo no puede ser sino hijo de un error ó de una calumnia.

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Pero de qué podeis acusarme?—replicó desesperadamente el médico.

—¿Tan torpe sois que no lo comprendeis?

—Torpe seré; pero ello es que no lo entiendo.

—¿Acaso no habeis faltado á la promesa que me hicísteis?

—¡Yo una promesa!...

—Pronto la habeis olvidado.

—Por Dios, reverenda madre...

—Terminantemente me prometísteis no ir á buscar á ese hombre que se llama Marcelo y habita en la casa de Tocame-Roque.

El desdichado Cebollino sintió que le faltaban las fuerzas hasta el punto de no poder sostenerse.

Su rostro se tornó lívido y un sudor copioso y helado inundó su frente.

Quiso hablar el infeliz, pero no pudo articular una sílaba.

—Lo sé todo,—añadió la anciana:—habeis ido á buscar á Marcelo, no lo habeis encontrado, y habeis preguntado á otros vecinos, escuchando el relato de un suceso que debíais ignorar y que no podeis comprender.

¿Quién habia podido dar noticias tan exactas á la superiora?

El médico se pasó las manos por la frente.

No era capaz de mentir, y en el colmo del aturdimiento y del terror, dijo:

—Todo eso es verdad;p ero mi intencion...

—Habeis querido satisfacer vuestra curiosidad, ya lo sé.

—¡Tambien conoceis mis intenciones!

—Sí.

—¡Dios me asista!...

—Ya estais viéndolo, soy justa.

—Os juro que...

—Basta.

—Reverenda madre...

—Si no salís inmediatamente, llamaré para que os hagan salir.

Y al decir esto la anciana, extendió el brazo derecho hácia la campanilla.

—Sed indulgente...

—Por vuestro bien os aconsejo que olvideis este asunto, pero salid.

—¡Ah!...

—Salid si no quereis por haberme faltado al respeto ir desde aquí á la Inquisicion.

Esta última palabra produjo en el médico un efecto mágico, y sin perder un instante corrió hácia la puerta y desapareció.

A pesar de que las rodillas se le doblaban, atravesó velozmente habitaciones y pasillos, salió á la calle y respiró como el que se siente libre de un enorme peso.

—Estoy perdido,—exclamó.—Y de todo esto es causa la pícara curiosidad, ó mas bien mi corazon noble, porque yo queria hacer un beneficio á esa infeliz criatura. ¡Oh!... necesito tranquilizarme y reflexionar, porque el

asunto es mucho más grave de lo que parece. ¿Cómo ha podido la superiora saber con tanta exactitud lo que yo hice esta mañana? Sin duda me espian, y cuando lo hacen así es porque me consideran peligroso. ¿Quién es esa mujer? ¿Qué clase de intriga es esta? ¿Debo olvidarla ó seguir adelante? Por de pronto he perdido lo que me daba la comunidad, y mis recursos disminuyen así considerablemente. Estoy sofocado.

El doctor Cebollino se dirigió á su morada.

En aquellos momentos sus ideas eran confusas, porque cavilaba y se empeñaba en adivinarlo todo, trastornándose así más y más.

Se habia puesto el sol y no quedaba mas luz que la del reflejo del crepúsculo.

Violentamente agitado entró el médico en su casa y se dejó caer en un sillon, cruzando los brazos, inclinando sobre el pecho la cabeza, y quedando inmóvil.

La señora Pancracia lo contempló y suspiró tristemente, atreviéndose luego á decir:

—No habrá quien me convenza de que no se ha quebrantado vuestra salud.

—Estoy bueno, completamente bueno,—replicó Cebollino.

—¿Pero es que ha sucedido alguna desgracia?... Perdonadme si os hago estas preguntas, porque ya sabeis que no tengo en el mundo mas parientes ni amigos que vos, y me espanta la idea de que vuestra salud se quebrante.

—Buena Pancracia,—repuso el doctor, levantando la cabeza y exhalando un suspiro lastimero,—no os miro

como á una criada, porque sois mas bien mi amiga, mi hermana, y me es muy grato el interés que os inspiro; pero no puedo daros explicaciones, porque hay asuntos que no están al alcance de vuestra cándida sencillez, y porque quiero evitaros disgustos.

—¿Estais bueno?

—Bueno estoy; pero trastornado por lo que me pasa.

—Si es alguna pérdida de intereses...

—De todo hay, de todo.

—Señor, sabemos vivir modestamente, y con un pedazo de pan podemos ser dichosos.

—¡Dichosos!—murmuró con amargura el doctor.—La dicha se acabó para mí.

La criada elevó al cielo una mirada dolorosa.

El médico añadió despues de algunos minutos:

—Todos trabajan, luchan y sufren durante la juventud para conquistar el reposo, la calma, la felicidad posible en la vejez; pero á mí me sucede lo contrario: en calma completa he pasado mi juventud: no he tenido ambiciones que me atormenten, ninguna pasion se ha encendido en mí hasta el punto de turbar la tranquilidad de mi espíritu, y ahora, que tengo sesenta años, me he creido libre de las borrascas que agitan el corazon de la humanidad, y haciendo bien en cuanto me era posible y cumpliendo todos mis deberes de cristiano, esperaba concluir mi existencia y alcanzar la bienaventuranza prometida á los justos.

—¿Y por qué no ha de suceder así?

—Porque no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—A Satanás le ha dado el capricho de ocuparse de mi humilde persona, y mal que pese á mi pacífico carácter, se ha empeñado en meterme en enredos que pueden conducirme al abismo de mi completa perdicion.

—¡Jesús!—exclamó espantada la vieja.

El pobre doctor, que en vez de tranquilizarse estaba cada vez más aturdido, púsose en pié y con desiguales pasos empezó á recorrer el aposento.

La anciana cruzó las manos y lo miró sin atreverse á pronunciar una palabra.

Trascurrieron algunos minutos.

Al fin se detuvo Cebollino, y mirando á la sirviente, le dijo:

—Ahora podemos hablar con franqueza, porque nadie nos oye y puedo depositar en vos toda mi confianza.

—Estoy asustada.

—¿Sabeis lo que quiere decir suposicion?

—No entiendo bien eso.

—Suponer es hablar de una cosa que no ha sucedido, que quizá no ha de suceder...

—Sí, sí, figurarse que ha sucedido.

—Eso es.

—Yo me figuro que se ha hundido la casa, y sin embargo no es así.

—Teneis más talento del que yo creia, señora Pancracia.

—Ya voy entendiendo.

—Pues bien, supongamos que yo veo una mujer jóven, bella como un querubin, con los cabellos rubios como el oro, y con los ojos negros y brillantes, unos

ojos de esos que miran y parece como que hacen cosquillas en el corazon.

—¡Dios nos libre!

—Todo esto son suposiciones.

—Pero como no puede suceder...

—No importa; escuchadme.

—Ya escucho.

—Miradme bien, señora Pancracia.

—Os tengo bien visto.

—Soy viejo.

—No teneis más que sesenta años.

—Soy feo, porque á esa edad es imposible la belleza.

—¿Qué os importa sino habeis de enamorar?

—¿Pero me seria posible si me empeñase en ello?

—No os empeñareis, bien lo sé, porque os conozco.

—Señora Pancracia,—replicó el doctor con impaciencia,—estamos haciendo suposiciones.

—Claro es que no podríais enamorar, sino á una mujer vieja, que antes que de vuestro cuerpo, se cuidase de vuestra alma, de vuestros sentimientos, de...

—No nos entenderemos.

—¿Pero á qué viene todo eso, mi querido señor?

—Todo esto lo digo para haceros comprender cómo por hacer un beneficio á una criatura inocente puede sobrevenirle á uno la desgracia más espantosa.

La vieja, completamente aturdida, miró á su amo.

—Dicen,—añadió éste,—que Dios dá ciento por uno; pero no dicen lo que dá, y ahora veo...

—Señor,—interrumpió la sirviente,—estais cometiendo un pecado.

—Lo que cometo es una gran torpeza en hablaros de estos asuntos.

Iba á replicar la anciana; pero fué interrumpida por algunos golpes dados en la puerta de la casa.

—Llaman,—dijo el doctor.

—Vendrán á buscaros para algun enfermo...

—Pues que vayan á otra parte.

—¿He de decir que estais enfermo?

—Sí.

—¿Y si vienen de parte de alguna persona rica?...

—¡Oh!... No puedo permitirme descanso... Mis recursos han disminuido... Abrid, señora Pancracia, y ved quién me busca.

La sirviente fué á la cocina, tomó un candil y la llave, bajó la escalera, atravesó el estrecho portal, y preguntó.

—¿Quién es?

—Abrid,—respondió una voz grave,—que necesito hablar con el doctor Cebollino.

—¿Es para que vaya á visitar á algun enfermo?

—El enfermo soy yo.

—¿Sois amigo de mi amo?

—No me conoce.

Dudó la vieja si abrir, porque tenia miedo, y despues de algunos instantes, dijo:

—Esperad.

Subió sin detenerse, dió parte de todo al médico, y éste dispuso que se franquease la entrada al desconocido.

No muy tranquila bajó otra vez la anciana y abrió,

encontrándose con un caballero de cuyo rostro, medio oculto por el sombrero y el embozo de la capa, no se veian mas que los ojos, negros y relucientes.

Si Angélica hubiese estado allí, habria exhalado un grito de terror y de sorpresa, porque el desconocido no era otro que fray Fulgencio con el mismo disfraz que ya le hemos visto otra vez, y sin la negra y larga barba.

—Buenas noches,—dijo al entrar.

—Buenas nos la dé Dios,—respondió la sirviente mientras cerraba la puerta.

Y subieron, entrando en la habitacion donde el médico se encontraba.

La sirviente se fué á la cocina.

El fraile se desembozó, quitóse el sombrero, dejando ver su empolvada peluca, y saludó cortesmente al desdichado Cebollino.

No sospechaba éste lo que le esperaba.

De buena fé creyó que el desconocido era un enfermo que iba á consultarle, y le ofreció una silla, dirigiéndole tambien algunas palabras corteses y preguntándole:

—¿En qué puedo serviros?

—Antes de explicarme,—respondió fray Fulgencio,—necesito saber si puedo hablar sin temor de que nadie me escuche.

—Con todo descuido, caballero.

—Así como hay enemigos ocultos,—dijo el capuchino mientras fijaba su mirada penetrante en el doctor,—hay tambien amigos de quienes ni siquiera noticia tenemos y que suelen ser los mejores.

—Es verdad,—murmuró el médico por decir algo,

puesto que no se le alcanzaba adonde queria el desconocido caballero ir á parar.

—Teneis enemigos á quienes no conoceis.

—Lo ignoro.

—Pero en cambio teneis tambien un amigo por lo ménos que se interesa mucho en vuestra suerte.

—Caballero, permitidme una observacion.

—Decid.

—¿Qué tienen que ver los amigos con las enfermedades?

—Nada.

—Entonces no comprendo vuestras palabras.

—No estoy enfermo, doctor, y en vez de venir á buscar vuestros servicios para recuperar la salud, he venido para prestaros uno muy grande, para haceros un gran beneficio.

El médico miró atónito al desconocido.

—¿Os sorprendeis?

—¿Para qué negarlo?

—Seguid escuchándome, que os conviene.

—¿Quién sois, caballero?

—No os importa mi nombre, sino el asunto de que hemos de tratar.

Cebollino miró hácia la puerta y la ventana como para convencerse por donde pedir socorro y huir.

Fray Fulgencio sonrió levemente y dijo con su fria calma:

—Nada temais, que no soy un asesino, ni un ladron.

—No, no temo; pero la verdad...

—No estais tranquilo.

—¿Y como he de estarlo? Os presentais, os negais á decirme vuestro nombre, hablais misteriosamente...

—Y además estais agitado, aturdido por lo que hace poco os sucedió en el convento de Maravillas, y cuando el ánimo no está tranquilo...

—¡Caballero!

—Desde anoche sois muy desgraciado.

Cebollino abrió desmesuradamente los ojos y miró al fraile sin saber qué decir.

El capuchino añadió:

—A mí me sucederia lo mismo, porque todo lo misterioso hace cavilar, y aquella mujer que tan juiciosamente discurre á pesar de que ha perdido el juicio, que habla como una gran señora, á pesar de que no lo és, que es tan bella...

—¡Caballero, caballero!...

—¿Acaso me equivoco?

—No entiendo lo que decís,—replicó el doctor con voz alterada.

—Hablo de la jóven de los cabellos rubios y de los ojos negros que está en el convento de Maravillas, de la que os rogó que füeseis á la casa de Tocame-Roque y visitáseis tambien á don Alfonso de Guevara...

—¡Oh!...

—Tranquilizaos.

—Basta, caballero, basta.

—¿No quereis escucharme?

—Repito que no os entiendo.

El capuchino se puso en pié, tomó su sombrero y dijo:

—Veo que me han informado mal... Perdonad.

—¿Os vais?

—Nada tengo que hacer aquí.

El doctor, sofocado y trastornado, levantóse tambien.

No era posible que dejase ir al caballero, porque este conocia un secreto de mucha importancia, el secreto de las desdichas y cavilaciones del pobre doctor.

¿Era el caballero un amigo ó un enemigo?

¿Qué papel representaba en la misteriosa intriga de la no menos misteriosa mujer?

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la pálida frente de Cebollino.

El desdichado sacó su pañuelo, quitóse las gafas, las limpió con mano trémula, y se las volvió á poner.

¿Debia negar?

Era completamente inútil, porque ya no podia dudar de que el caballero sabia todo lo sucedido desde el dia anterior, y lo sabia detalladamente.

Además con las negativas terminaria la conversacion y nada podria ponerse en claro.

—No,—dijo el infeliz,—no saldreis...

—Si estoy equivocado es inútil proseguir esta conversacion.

—Si quereis que yo hable con franqueza, ¿por qué ocultais vuestro nombre?

—Porque así me conviene.

—Esa conducta...

—Os inspira desconfianza, ¿no es verdad?

—Sí, caballero.

—Cuando á mí me hacen un beneficio respeto la voluntad del bienhechor si quiere permanecer oculto.

—Yo tambien; pero ahora...

—Doctor, hemos concluido.

—Pues bien,—dijo desesperadamente Cebollino,— en el convento de Maravillas hay una mujer jóven de quien se dice que está loca, lo cual no es cierto, y esa mujer me rogó que hablase con un tal Marcelo en la casa de Tocame-Roque, y con don Alfonso de Guevara...

—Porque la locura de esa mujer consiste en creer que es hija de don Alfonso.

—No os equivocais.

—La reverenda madre superiora os prohibió buscar á ese Marcelo...

—Pudo en mí mas la curiosidad, lo busqué, no lo encontré, acudí á los vecinos...

—Y esa curiosidad os ha costado perder la confianza de la reverenda madre, y una vez que ya no hay nada que os detenga, porque habeis creido que nada mas teneis que perder, pensais seguir averiguando y acabareis por ir mañana á visitar al respetable don Alfonso.

—Eso no.

—Eso sí.

—He sido muy desgraciado en mi primera tentativa...

—Y dudais, ya lo sé, lo mismo que dudásteis anoche, pero la curiosidad tambien podrá mañana en vos mucho más que todos vuestros temores.

—¿Quién sois, caballero, quién sois?

—Vuestro mejor amigo.

—Penetrais en mis pensamientos, adivinais mis intenciones, sabeis de mí tal vez mucho más de lo que yo mismo sé.

—Lo cual os prueba que es completamente inútil que negueis.

El doctor volvió á limpiarse el sudor copioso que por su frente corria.

—Concluyamos,—dijo despues de algunos momentos.

—Ya habríamos concluido si tuviéseis más confianza en mí.

—¿En qué consiste el beneficio que quereis hacerme?

—En daros un consejo.

—¿Nada más?

—En ciertas situaciones hay consejos que son un tesoro.

—No lo niego.

—Seguid escuchándome, buen doctor, que voy á terminar en breve.

—Ya escucho.

—Lo que os ha sucedido esta tarde en el convento y lo que sucede ahora mismo, os prueba claramente que se os espia con la más escrupulosa atencion y que no podeis dar un solo paso sin que sea conocido de ciertas personas, que ni en el interior de vuestra casa podeis hacer nada que quede oculto.

—Desgraciadamente veo que sucede así.

—Entonces no dudáreis de que si dais un solo paso más...

—No pienso darlo.

—Doctor, os aconsejo que olvideis á la jóven de la rubia cabellera.

El médico no pudo contener un penoso suspiro.

Por un momento se contrajo la frente del fraile que siguió diciendo:

—Los negros ojos de esa mujer os han trastornado y será difícil que la olvideis en seguida, así como será muy fácil que intenteis cualquiera locura, porque las pasiones ofuscan la razon...

—¿Qué es eso de pasiones?—replicó Cebollino brincando en la silla.

Y su rostro antes pálido, enrojeció como si fuese á brotar la sangre.

—Ya os he probado que para mí no hay nada oculto, —dijo el capuchino con su calma terrible.—¿Creeis que desconozco el estado de vuestro corazon?... Poco habeis dormido la noche pasada, y cuando de vuestros ojos huye el sueño...

—Esto es horrible, Dios mio.

—Hay otra cosa mas horrible aún.

—Nada, nada.

– Sí, es mucho más horrible el afilado puñal que á todas horas está sobre vuestra cabeza...

—¡Ah!—exclamó el desdichado Cebollino en el colmo del terror.

—El puñal que se hundirá en vuestro pecho si cometeis la imprudència de hablar á don Alfonso de Guevara, si directa ó indirectamente haceis algo para satisfacer vuestra curiosidad, para conocer un secreto de Estado, un secreto que...

—Basta, basta,—murmuró el médico, que se sentia desfallecer.

—Por lo que ha sucedido debeis ver que estas no son amenazas vanas.

—Estoy convencido.

—Y si el puñal no os alcanza, porque no siempre es fácil matar á un hombre, ireis á un calabozo del alcázar de Segovia, de donde no saldreis en lo que os queda de vida.

Todo esto lo decia el capuchino sin alterarse, sin que dejase de ser reposado y frio el tono de su voz; pero precisamente su calma inalterable era lo que mas pavor infundia al pobre Cebollino.

Este se encontraba tan aturdido que no sabia ya darse cuenta de lo que le pasaba.

Apenas podia respirar, sentíase medio ahogado, y haciendo un supremo esfuerzo, levantóse, se acercó á la ventana y la abrió de par en par.

Penetró una ráfaga de viento y apagó la luz del belon que ardia sobre la mesa.

El médico exhaló un grito y quedó inmóvil.

Sintió como si se helara su sangre y como si le atravesaran el corazon con un puñal.

Reinó el silencio mas profundo.

Cinco minutos despues se presentó con el candil la señora Pancracia.

Entonces pudo verse á Cebollino que permanecia como una estátua, con los ojos abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas y dilatadas las pupilas sin brillo ni expresion.

Tembló la sirviente y quedó tambien inmóvil por algunos segundos.

El cuadro no podia ser más extraño, porque tenia tanto de grotesco como de doloroso y conmovedor.

—¡Dios santo y bendito!—exclamó al fin la sirviente. —¿Pero qué pasa?

El médico se esforzó para suspirar, volvió la cabeza á uno y otro lado y murmuró con voz ronca:

—No está, no está.

Efectivamente, el desconocido caballero no se encontraba allí.

La señora Pancracia encendió otra vez el belon cuyo pábilo humeaba todavía.

El doctor dió algunos pasos y se dejó caer en una silla.

—No lo entiendo, no lo entiendo,—dijo la sirviente.

—¿Dónde está?—preguntó Cebollino, mirando siempre con espanto á su alrededor.

—¿De quién hablais?

—De ese hombre, de ese caballero, de ese demonio.

—¿Pues qué no sabeis que se ha ido?... Yo estaba en la cocina, sentí pasos y la voz de ese hombre que me decia: «¿Quereis abrirme la puerta?» Salí, lo acompañé y lo despedí cortesmente sin sospechar que fuese un demonio y...

La vieja, que se movia de un lado para otro mientras hablaba, interrumpióse y miró sorprendida hácia la mesa donde habia, cerca del belon, una bolsa de seda verde.

Luego añadió:

—Y me parece que no me equivoco, pues enfermo

debe ser y rico, cuando paga con tanta largueza.

—¡Dios mio!... Todos se han propuesto hacerme perder la razon, y vos tambien, señora Pancracia.

—Pues aquí está la prueba de lo que digo.

El doctor volvió maquinalmente la cabeza.

—¿Qué significa eso?—preguntó sorprendido.

—Ya lo veis, una bolsa... ¿No lo sabíais?

—Ni siquiera sé si estoy despierto.

—Debe ser una persona muy delicada y atenta, y ha dejado el dinero sin deciros una palabra.

—Dadme ese bolsillo, porque no tengo fuerzas para moverme.

La sirviente obedeció.

El médico abrió la bolsa encontrando algunas monedas de oro y un papel con dos líneas escritas.

Quiso leer Cebollino, pero no pudo.

Quitóse las gafas, acercóse el papel á los ojos y entonces consiguió leer lo siguiente:

«Importe de la anualidad corriente por los servicios que el doctor Cebollino presta á la comunidad de Maravillas.

»Cada año recibirá igual cantidad.»

—¡Me indemnizan!—murmuró el doctor.

Y aunque con gran trabajo, contó y examinó las monedas encontrando exacta la cantidad que cada año le daban las monjas.

Su curiosidad le habia costado perder la confianza de la comunidad de Maravillas, y además se le prohibia ocuparse de la mujer misteriosa; pero en cambio se le indemnizaba religiosamente.

La señora Pancracia esperaba explicaciones; pero su amo no estaba para darlas, porque cada momento se sentía peor.

—Estoy mal,—dijo,—muy mal... Necesito acostarme y creo que tendré que molestar á uno de mis compañeros para que me asista.

Púsose en pié y tambaleándose entró en su dormitorio.

La sirviente, á pesar de su pudor, tuvo que ayudar á su amo para que se desnudase y acostase.

Aún no habian pasado diez minutos cuando el desdichado médico se sintió devorado por una intensa fiebre.

Hasta entonces habia permanecido silencioso; pero la calentura le hizo hablar, extraviando además su razon.

Cebollino pronunciaba frecuentemente los nombres de don Alfonso y Angélica, hablaba de la comunidad de Maravillas, de la casa de Tocame-Roque, de Marcelo, de la beata, del caballero desconocido y de todo en fin, cuanto habia sucedido desde la noche anterior; pero sus explicaciones eran tan confusas que nada podia deducirse de ellas.

La señora Pancracia hizo cuanto le fué posible; pero á las nueve de la noche se convenció de que era grave el trastorno de su amo, y acudiendo á los vecinos, dispuso que se llamase á un médico.

Entretanto el capuchino entraba por un postigo en su convento, despojábase de su disfráz, poníase la barba y los hábitos y se dirigia á la celda del superior para saber cómo éste se encontraba.

¿Habia observado Felipe lo que acababa de hacer el fraile?

No lo sabemos, aunque suponemos que no, porque estaba el jóven espiado constantemente y no le era posible hacer todo lo que hubiese querido y le convenia.

El reverendo prior continuaba en el mismo grave estado que pocas horas antes.

Cuando fray Fulgencio volvió á su celda, sentóse, tomó un libro y se puso á leer ó á fingir que leía.

Lo dejaremos, porque tenemos que volver al convento de Maravillas para concluir de fijar la situacion de Angélica de Guevara.

CAPITULO XL.

Donde procuraremos averiguar si Angélica habia sido engañada por el fraile.

La hija de don Alfonso permaneció en su celda hasta la hora de comer, y puede decirse que por fórmula acudió al refectorio, pues apenas tomó alimento.

Su cabeza estaba inclinada como si no pudiese soportar un peso enorme.

Su rostro continuaba densamente pálido.

Su mirada era tan profundamente triste, que no podia contemplársela sin sentirse conmovidos.

Ni una sola palabra pronunció.

Despues de la comida volvió á su celda donde permaneció otras tres horas.

La superiora, decidida á seguir los consejos del capuchino, dejó á la jóven en la más completa libertad y sin dirigirle ninguna pregunta.

A las cuatro de la tarde se presentó la jóven en la celda de la anciana.

Esta la recibió con tranquilidad, porque empezaba á creer que no existia la locura y ya no tenia ningun acceso de furor.

—Madre mia,—dijo Angélica con voz dulce y doloroso tono,—tengo necesidad de hablaros y os suplico que me escucheis.

—Vaya si os escucharé—respondió la anciana con cariñoso acento,—sentaos y decidme cuanto os parezca, porque ahora nada tengo que hacer.

—Sois muy bondadosa, madre mia, tan bondadosa como pudiera serlo mi virtuosa madre si viviera.

—Aunque no conozco vuestra vida, por lo que he visto comprendo que sois muy desgraciada, que sufrís mucho y con los que sufren debemos todos mostrarnos cariñosos, compasivos é indulgentes.

Angélica se sentó.

Sus negros ojos se humedecieron y bien pronto dos lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

—Llorais,—dijo la anciana despues de algunos momentos,—sí, llorad, que con lágrimas riegan los justos el camino de la eterna salvacion.

—La salvacion eterna es ya mi única esperanza.

—No os pregunto cual es el motivo de vuestro llanto, porque quiero respetar los secretos de vuestra vida.

—He venido, madre mia, para revelaros esos secretos hasta donde me es posible, porque quiero que conozcais mi situacion, y sobre todo necesito tranquilizar mi conciencia reparando una injusticia.

—¡Pobre criatura!—murmuró la superiora que empezaba á sentirse comovida.

—Ayer os hablé de fray Fulgencio, lo acusé...

—Extravíos del dolor.

—No, con los extravíos del dolor no pueden nunca justificarse las malas acciones, porque el que es desgraciado tiene el deber de sufrir con resignacion y bendecir la mano del Omnipotente que pone á prueba la fé y la virtud.

La superiora contempló admirada á la infeliz jóven.

Esta prosiguió diciendo:

—Pero aunque el extravío del dolor no puede justificarme, cuando conozcais el estado de mi corazon comprendereis que me haya dejado arrebatar hasta donde á mí misma me parecia imposible. Ayer mi razon estaba ofuscada, dudé de todo y llegué á creer que no habia nadie que no fuese mi enemigo, que todos me perseguian, que el mundo entero se habia conjurado contra mí... ¡Ah!... Ayer me hacian sufrir mis desgracias, y ahora me hace sufrir mucho más mi conciencia y me creo digna de desprecio, porque no tuve valor para dominarme; pero vos sois buena, sois una santa, y en vez de despreciarme, me compadecereis, me ayudareis en aquello que os permita vuestra posicion, y me consolareis con vuestras dulces y cariñosas palabras.

—Sí, os compadezco, hija mia, y creed que si me fuese posible poner ahora mismo término á vuestras desdichas...

—No lo dudo.

—Tranquilizaos, pues.

—Sufro mucho; pero ya estoy tranquila, porque fray Fulgencio, á la vez que me ha infundido gratas esperanzas, me ha perdonado.

—Fray Fulgencio es un baron justo, modelo de virtudes y digno del más profundo respeto.

—Mas de una prueba me ha dado de su bondad.

La superiora elevó al cielo una tierna mirada, y exclamó.

—Gracias, Dios mio, porque habeis escuchado mis súplicas.

—Madre mia, yo he debido hablaros con franqueza desde el primer momento y ahora reconozco que he cometido un error, siendo reservada.

—¿Y qué importa? Vuestra reserva no puede ofenderme.

—Amo, reverenda madre, amo á un hombre con todo el ardor de mi alma, con una de esas pasiones que solo se extinguen con la vida.

—¡Ah!...

—Ese hombre me ama tambien, es bueno, de noble y generoso corazon, de espíritu elevado, de raras virtudes,

—Satanás, siempre Satanás encendiendo pasiones.

—Tan desgraciado es él como yo, desgraciado desde su más tierna niñez, porque perdió á sus padres sin que haya podido averiguar quienes son, ni siquiera si existen.

—Una criatura abandonada... ¡Horror!

—No se sabe si fué abandonada por una madre cruel ó si fué arrebatada al amor de su madre infeliz.

—No se conciben crímenes tan espantosos.

—Huérfano y pobre, sin nombre ni más amparo que el de una caritativa mujer que lo crió, no podia aspirar á que le fuese concedida mi mano por las personas que tienen el derecho de disponer de mi suerte.

La anciana miró con asombro á la jóven.

Las palabras de ésta dejaban traslucir un nuevo misterio.

Además del secreto de Estado, además de la intriga para apoderarse de la fortuna de don Alfonso y desacreditar á don Iñigo de Covadonga, habia de por medio un amante correspondido por la mujer amada y rechazado por los que ejercian autoridad sobre aquella infeliz.

¿Quiénes eran estos?

Lo mismo podian ser padres, que parientes cercanos ó simples protectores; pero de cualquier modo debian gozar de una fortuna siquiera mediana y de una regular posicion cuando les parecia poco un hombre que se encontraba en la pobreza.

¿Era tambien huérfana la jóven?

De lo que acababa de decir no podia deducirse.

Sin embargo de que la anciana deseaba saberlo, no se atrevió á preguntarlo, porque temió que su curiosidad le costase tan cara como le habia costado al doctor Cebollino la suya, y se concretó á decir:

—Empiezo á comprender.

—Fray Fulgencio conoce detalladamente la triste historia de mi fatal amor, y haciendo justicia á las nobles cualidades del huérfano infeliz, me ofreció protegerme.

—Cumplirá su palabra, no lo dudeis.

—Hay grandes obstáculos que vencer, hay que soste-

ner luchas muy peligrosas, hay que tomar parte en otra clase de cuestiones, porque la de mi amor está ligada íntimamente con secretas intrigas de que no me es permitido hablar. Ya me vísteis ayer nombrar á un hombre que se llama Marcelo, y constantemente me habeis visto sostener que soy la hija de don Alfonso de Guevara.

—En momentos de extravío...

—No, madre mia, no era extravío.

—Es decir,—replicó la anciana, que nuevamente empezó á perder la tranquilidad porque creyó que la jóven iba á volver á su manía,—es decir que todavía insistís...

—No.

—Como decís que no eran consecuencia del extravío vuestras afirmaciones sobre lo de ser hija de don Alfonso....

—Y lo repito, reverenda madre: no era extravío; pero tampoco puedo decir lo que era, porque para hacerlo me seria preciso revelar un secreto que he prometido guardar escrupulosamente. ¿Quién soy? Fray Fulgencio os lo habrá dicho, y si no os ha dicho bastante, yo no puedo deciros más sino que mi vida es un misterio y que el velo que el misterio encubre, no puede romperse hasta que las circunstancias permitan resolver la situacion de todos.

La curiosidad de la anciana iba en aumento; pero se dominó y no quiso hacer ninguna pregunta.

—El hombre á quien amo ha desaparecido,—prosiguió diciendo Angélica,—y su desaparicion está relacionada con el secreto que no puedo revelar, con ese secre-

to terrible, con esa intriga espantosa, cuyos resultados nadie puede prever.

—Pero al desaparecer vuestro amante os explicaria...

—Nada me explicó, porque no lo ví, ni aun cuando nos hubiésemos visto me habria dicho nada.

--Es extraño.

—Extraño os parece porque ignorais que yo amaba sin saber que era correspondida, y que el desgraciado Felipe, pues este es su nombre, me amaba tambien sin sospechar mi amor. No se atrevió él á declararme su pasion, porque huérfano y pobre, temia ser rechazado, y yo tambien tenia que guardar en lo más recóndito de mi alma el secreto de mi ternura.

—No he visto nada más complicado ni más raro.

—Raro es todo, extraordinario, y casi inconcebible en mi vida.

—¿Y cómo habeis podido saber que ambos érais correspondidos?

—Yo lo he sabido por fray Fulgencio y por otra persona á quien tambien Felipe habia hecho depositaria de su secreto.

—Pero él...

—Hasta este instante ignora que lo amo, y tal vez ignora que existo, puesto que yo tambien desaparecí, y el lugar donde me oculto no lo conoce nadie más que don Alfonso de Guevara y fray Fulgencio.

—¿Y ese Marcelo?

—En cuanto á Marcelo nada me está permitido decir.

—Segun parece, vuestro amante...

—Huyó desesperado, porque habia perdido hasta el último rayo de esperanza de ser amado por mí.

—¿Y qué tiene que ver eso con las demás intrigas?—replicó la superiora que contra su voluntad iba preguntando insensiblemente más de lo que le convenia.

—Felipe representa en esas intrigas un gran papel, y sin que él lo supiese favoreció á sus enemigos al desaparecer.

—No lo entiendo.

—Reverenda madre, tengo en vos la más ciega confianza.

—Gracias, hija mia.

—Pero tambien tengo la obligacion de cumplir la promesa de guardar esos secretos.

—Nada quiero saber más que lo que os sea posible decirme sin faltar á vuestra promesa, y sin hacer más crítica vuestra situacion.

—Como mis enemigos trabajan ocultamente, y en vez de la fuerza se sirven de la astucia, fray Fulgencio ha tenido que colocarse en el mismo terreno, y con una habilidad admirable, ha hecho creer á los unos y á los otros que favorece á mis adversarios, que es mi enemigo.

—Sí, con tanta habilidad, que vos misma lo habeis creido así.

—Por eso le acusé.

—Pero sus explicaciones os convencerian...

—Y además,—repuso Angélica,—me devolvieron la perdida esperanza.

—Loado sea Dios.

—Me asegura fray Fulgencio que esta situacion vio-

lenta no puede prolongarse, porque se encuentra en camino de descubrir dónde se oculta Felipe.

—Y lo descubrirá, no lo dudeis, porque el padre Fulgencio vale mucho, y no es hombre que en vano acometa ninguna empresa difícil.

—Tambien me aseguró que una persona muy respetable, á quien no debo permitirme nombrar, me protege, y esa persona dispone de gran poder.

—Y yo á mi vez os afirmo que es verdad, porque tengo pruebas palpables para creerlo así.

—¿Vos tambien teneis pruebas?...

—Cuidado, hija mia, que hay ciertos nombres que no se pueden pronunciar.

—Nadie nos escucha, reverenda madre, y puesto que sabeis...

—Sí, sí.

—Entonces permitidme que en vuestra presencia suplique á Dios que bendiga á esa persona augusta...

—Silencio.

La jóven, dejándose nuevamente arrebatar, levantóse, se acercó á la superiora, se arrodilló, le besó las manos, y exclamó con voz conmovedora:

—¡Madre mia, madre mia!..

—Tranquilizaos...

—Decid que me compadeceis, decid que me perdonais por haberme entregado ayer á la desesperacion, prometedme vuestra ayuda, vuestro cariño...

—Sí, os lo prometo.

—Gracias, madre mia, gracias.

Y el llanto volvió á correr en abundancia por las

mejillas de Angélica, yendo á caer sobre las descarnadas manos de la anciana superiora.

¿No triunfaba fray Fulgencio?

Parece que sí.

La hija de don Alfonso habia guardado la más completa reserva sobre todo lo que podia perjudicar al capuchino, y esto probaba que la infeliz creia que la extraña conducta de su padre, y la desaparicion de Marcelo, no reconocian otras causas que las que el fraile suponia.

Despues de las explicaciones de éste, manifestaba Angélica una tranquilidad que antes no habia podido conseguir.

La verdad es que el capuchino habia explicado su proceder sencilla y claramente.

¿Por qué no habia de ser un ardid la desaparicion de Marcelo?

En cuanto á la parte que en el asunto habia tomado la reina doña Isabel de Fernesio, todo se explicaba tambien muy verosímil y claramente.

Angélica habia dudado, en su alma habian luchado sentimientos opuestos; pero al fin habia decidido entregarse ciegamente á su astuto perseguidor, y si esto no habia decidido, si la infeliz no era torpe y se equivocaba, al menos así lo parecia.

Tal vez la jóven creyó que no era posible que el fraile se atreviese á arrostrar el ódio implacable, el ódio de mujer herida en el corazon, con que habia sido amenazado.

¡Pobre Angélica!

Si esto habia creido, habíase equívocado lastimosamente.

Fray Fulgencio era capaz de arrostrarlo todo, porque estaba dotado de una audacia sin igual, de ese frio valor que ante nada cede.

¿Qué le importaba el ódio de una desgraciada mujer?

No habia tenido miedo al de Felipe, ni al de Marcelo, ni siquiera á la cólera del rey, y lo que es más, burlábase, como ya hemos visto, de la ira de don Iñigo de Covadonga.

Largo rato permanecieron silenciosas aquellas dos mujeres.

La anciana enjugó el llanto que tambien habia brotado de sus ojos, y dijo al fin:

—No sabeis el bien que me habeis hecho.

—Os he dado una prueba de cariño y de confianza, y esto debe ser muy grato para vuestro corazon.

—Más que eso, mucho más.

—Os he convencido de que mi razon no estaba trasnada...

—Eso es.

Angélica, que se sentia mas aliviada con el desahogo del llanto, púsose en pié, volvió á sentarse, desplegó una triste sonrisa, y repuso:

—Ahora no negareis que vos, lo mismo que todas las respetables madres, me habeis mirado...

—No hablemos de eso, porque solo el recuerdo me hace extremecer. Tan jóven, tan bella, y...

La superiora se interrumpió: iba á decir «tan buena;» pero no se atrevió, porque pensó en la horrible in-

triga que tenia por objeto apoderarse de las riquezas de don Alfonso de Guevara, y desacreditar á don Iñigo de Covadonga.

—Acabad, madre mia.

—He dicho todo lo que iba á decir,—repuso con inseguridad la anciana.

Angélica adivinó lo que pensaba la monja, y dijo con acento de amargura:

—Hablais de mi juventud y de mi belleza; pero no os atreveis todavía á creer en mi virtud. Esto es justo y no me quejo.

—Os equivocais.

—No os he dado explicaciones sobre una intriga criminal en que represento contra mi voluntad un papel demasiado importante.

—Nada quiero saber.

—Pero os tranquilizaré con una sola razon. ¿Por qué fray Fulgencio se interesa tan vivamente por mí, y por qué me protege? No lo haria si de la rectitud de mis intenciones y de la bondad de mis sentimientos no estuviese convencido, porque fray Fulgencio es demasiado virtuoso y no puede proteger maldades, no puede hacerse cómplice de iniquidades. Tal vez yo he faltado alguna vez á mis deberes; pero la criatura suele encontrarse en tales situaciones...

—Comprendo.

—A veces las circunstancias son superiores á nuestra voluntad, son de tal naturaleza que para oponerse al mal no vale hacer el sacrificio de la vida. Valor tengo para morir, y no vacilaria si me encontrase en la alternativa

espantosa de sacrificar mi vida ó cumplir mis deberes; pero no se trata de eso, no ha sido eso lo que me ha obligado á transigir con ciertas cosas y ciertas personas.

—Algo hay que tiene más valor que la vida,—repuso la superiora.

—Sí, algo que no puede sacrificarse, como por ejemplo, el honor, la honra, la verdad. Estoy pronta á morir; pero no á mentir, á fingir, á ser hipócrita, ni mucho menos á manchar el honor de otra persona depositado en mí.

—Eso jamás.

—Pues ese es el sacrificio que yo hubiera tenido que hacer.

—Si no exagerais, habeis cumplido vuestro deber y mereceis la bendicion de Dios.

—Que responda por mí fray Fulgencio.

Como se comprende, Angélica hablaba de lo que hubiera tenido que hacer casándose con don Iñigo, á quien aborrecia, y amando al mismo tiempo á Felipe.

—Ya todo está claro,—dijo la superiora despues de algunos momentos,—y no falta más sino que os tranquiliceis.

—Tranquila estoy en cuanto es posible en mi situacion.

—Diré á la comunidad que vuestra razon no está trastornada, y bien pronto tendreis la satisfaccion de que se os mire y se os trate como mereceis.

—Gracias, madre mia.

—Todas las hermanas se conduelen de vuestra des-

dicha, y todas se complacerán al saber que conservais vuestro juicio.

—Yo seré en esta santa casa todo lo feliz que puede ser una criatura, y si Dios no tiene á bien ayudarnos y son inútiles los esfuerzos y los buenos deseos de mi protector, en este santo lugar concluiré mi vida, porque sin el hombre á quien amo, nada tengo que hacer en el mundo.

—Bien pensado, muy bien.

—En cuanto á los criminales que son causa de mis sufrimientos y de las desgracias de Felipe, ¿qué me importa que sean ó no castigados en este mundo? Ya recibirán lo que merecen de la justicia divina.

—Sí, dejadlos, que solo al Omnipotente le toca juzgar.

—Yo me resignaré, y aunque llorando constantemente...

—Bien aventurados los que lloran, ya lo sabeis.

Muy poco mas hablaron la anciana y Angélica, y se separaron despues de abrazarse tiernamente.

La comunidad se apercibió despues de que el doctor salió sin ver á la enferma; pero esto lo explicó la superiora muy sencillamente, y diciendo que no existia la enfermedad, pues todo habia sido efecto de un error, y por consiguiente no se necesitaban los auxilios del médico.

Angelica dejó desde entonces que le diesen el nombre de María y con su talento empezó á conquistarse la buena voluntad y el cariño de todas las monjas.

Pareció más tranquila y ya nadie la vió quedarse levantada y meditabunda hasta ciertas horas de la noche,

sino que se acostaba al mismo tiempo que las religiosas, y lo mismo que estas, acudia al coro y rezaba con fervor.

La noticia de que la jóven no estaba loca llegó hasta el padre capellan, que aun que sencillo y enemigo de meterse en asuntos agenos, caviló mucho, queriendo explicarse todo aquello.

Si no estaba loca, ¿por qué en concepto de loca la habian llevado al convento?

Si no estaba loca, ¿por qué aseguraba llamarse Angélica y ser la hija de don Alfonso?

A estas preguntas no acertó á contestarse el capellan y concluyó por decir:

—Aquí hay un enredo, y esto me desagrada mucho; pero en último caso, entiéndase la buena superiora, pues yo nada tengo que ver con lo que pasa en el interior del convento.

Tambien el sacristan supo que la jóven de los rubios cabellos estaba en su juicio cabal, que ya no se empeñaba en sostener que era hija de don Alfonso, ni tampoco llevaba á mal que le diesen su verdadero nombre de María.

—¿Quién es?—se preguntó el sacristan, que era más curioso que el sacerdote.—Nadie lo sabe, y nadie puede decir sino que esa mujer tiene unos ojos que parecen hechos por Satanás para que se condenen las almas. Segun su vestido debe ser de condicion humilde, y además pobre, es decir, una infeliz de mi clase, y como yo no he pronunciado voto de castidad, como un sacristan puede casarse segun se casan muchos... *¡Vade retro,*

Satanás!... Las mujeres me infunden terror, porque creo que todas tienen en el cuerpo al demonio; pero ya se vé, el demonio sabe presentarse con formas tan hechiceras, que para resistir es preciso tener la virtud y fortaleza de san Antonio Abad, y yo reconozco humildemente que estoy muy lejos de ser un santo, y podria suceder que andando el tiempo...

Interrumpióse el sacristan, arqueó las cejas, abrió cuanto pudo la boca y exclamó:

—¡Oh!... Dios me libre.

Santiguóse, que era cuanto podia hacer en aquellos momentos para ahuyentar al espíritu satánico y librarse de pecaminosas tentaciones; pero contra los encantos de Angélica no valian cruces ni conjuros, ni habia propósito duradero, ni voluntad firme, ni indiferencia posible.

¿Estaba el sacristan enamorado?

Diremos lo mismo que del doctor Cebollino: no lo sabemos.

La belleza de Angélica le agradaba más de lo conveniente y le trastornaba un poco.

¿Hemos salido de dudas en cuanto á lo que pensaba la hija de don Alfonso?

¿Habia sido engañada por el capuchino?

Todo es dudoso; pero á nosotros no nos es posible hacer más que referir los sucesos con exactitud, dejando que el lector deduzca lo que le parezca más acertado y prometiendo aclararlo todo cuando sea oportuno.

CAPITULO XLI.

Felipe vuelve á entregarse á sus antiguas travesuras.

El dia en que tuvieron lugar los sucesos que hemos referido, no pudo ser más fecundo en acontecimientos, y la noche pasó sin otra novedad que la del trastorno del infeliz doctor.

En el convento de Capuchinos no ocurrió tampoco nada de particular.

Llegó el siguiente dia.

El reverendo superior continuaba muy grave.

Fray Fulgencio parecia ocuparse solamente de la enfermedad del prior y de los intereses de la comunidad.

Felipe estaba triste y silencioso como el que sufre mucho.

La mayor parte del dia la pasó en el coro y en su celda, sentado unas veces y asomado otras á la ventana que daba á un patio.

Segun las apariencias, el novicio no se ocupaba mas que en dirigir al Omnipotente súplicas para que le perdonase sus pecados; pero nosotros sabemos que su pensamiento era otro, puesto que no le hàbia sucedido lo mismo que á la hija de don Alfonso, es decir, no se habia dejado engañar por fray Fulgencio.

Felipe meditaba, y desde el instante en que consiguió dominar el trastorno producido por la sospecha, por la casi seguridad de que Angélica vivia, desde aquel instante, repetimos, se ocupó en buscar medios de ponerse en comunicacion con el hidalgo desconocido.

Esto era muy difícil; pero no era imposible, y mientras fuese posible, no renunciaba el mancebo á la empresa.

Por de pronto se informó minuciosamente de la situacion que ocupaba el calabozo en que estaba el hidalgo y de las precauciones que para la seguridad del mismo se habian adoptado.

Ya hemos dicho dónde estaba situada la prision de Marcelo, y sabemos tambien que para llegar á su maciza puerta, habia que bajar una empinada escalerilla.

Por otra parte no era posible ir al calabozo.

Al terminar la escalera encontrábase un espacio de regulares dimensiones limitado por gruesos muros.

En uno de estos se veia la puerta de la prision.

Allí era inútil poner guarda alguna, pues aunque el preso consiguiese abrir la puerta, lo cual era imposible sin instrumentos á propósito y sin producir mucho ruido, se habria encontrado sin otra salida que la escalera, y subiendo por esta hàbria llegado á otra puertecilla muy

fuerte, con gruesos cerrojos y cerradura, practicada en una de las paredes de una habitacion de la planta baja, habitacion donde á todas horas habia dos robustos donados, que vigilaban y eran vigilados á su vez por un lego.

Y como si todas estas precauciones fuesen pocas, fray Fulgencio guardaba las llaves de las dos puertas, y él mismo, con un donado, iba á llevar la comida al preso.

Ni aun sobornando á los guardianes era posible devolver á Marcelo la libertad, pues faltaban las llaves para abrir las dos puertas, y faltaba tambien el tiempo y la ocasion para romperlas, todo esto sin contar que no podia llegarse adonde los guardianes estaban sin atravesar otras habitaciones donde siempre habia algunos frailes.

Felipe renunció á toda tentativa por aquel lado y solamente pensó en la ventana con reja por donde el calabozo recibia luz.

Pero la ventana, como ya sabemos, daba á un patio, y el patio no tenia entrada mas que por una puerta, guardada tambien á todas horas por dos donados, que tampoco tenian la llave.

Fray Fulgencio no se habia olvidado de nada y habia probado que su astucia no tenia igual.

Sin embargo, el novicio continuó pensando en aquella ventana y en aquel patio adonde quiso la casualidad, quiso la fortuna que diese la ventana de su celda.

Así se explica que no á todas horas estuviese en el coro rezando, ni descansando en una silla el mancebo,

sino que tambien pasase largos ratos apoyado sobre el marco de la ventana y como si distraidamente contemplase el puro y azulado horizonte, lo cual es muy propio de los que sufren como él sufria y se entregan y quedan absortos en melancólicos pensamientos.

No contemplaba Felipe el cielo donde se enseñoreaba el astro refulgente del dia, ni se entregaba á sus tristes recuerdos, ni lloraba sus perdidas ilusiones, sino que con mirada afanosa examinaba el patio y media la distancia que desde el pavimento de éste habia hasta la ventana de su celda.

Felipe intentaba una verdadera diablura; pero sin hacer diabluras no era posible que se cumpliesen sus deseos.

Mas de una vez brillaron sus negros ojos como los vimos brillar el dia en que tan audazmente se introdujo en la cámara real y se apoderó de la carta que de San Ildefonso habia llevado al rey fray Fulgencio.

Si éste hubiera visto entonces los ojos del novicio, habria adivinado la verdad, se habria convencido de que á pesar de toda su astucia no habia conseguido engañar al desgraciado mancebo; pero afortunadamente nada de esto vió el astuto fraile, y por consiguiente no pudo desconfiar más que lo que ya desconfiaba y que era bien poco, y continuó tranquilo.

Llegó el sol á su ocaso, luego se ocultó y extendióse en Occidente el resplandor del crepúsculo.

Cerró por fin la noche, recobrando su imperio las tinieblas.

El prior continuaba lo mismo, entre la muerte y la

vida, y de este desagradable suceso era de lo único que se ocupaban los frailes, porque éste suceso significaba la proximidad de una eleccion.

El nombre de fray Fulgencio se pronunciaba con frecuencia, y algunos hablaban de los medios que éste tenia para enriquecer la comunidad con algunos millones si llegaba á ser elegido superior.

Sobre este punto no se daban claras explicaciones; lo que se decia no era más que un rumor; pero rumor que tenia muchísima importancia.

Del preso no se ocupaba nadie mas que el astuto capuchino y los que tenian que vigilar á las puertas de la prision y del patio.

Felipe habia hecho la observacion de que á ninguna hora estaba solo, pues siempre y como por casualidad veia cerca algun donado ó lego.

Lo espiaban como sabian espiar los frailes, y no era posible que pasase desapercibo nada de lo que hiciese el infeliz.

Llegó la hora de recogerse y el novicio, como otras muchas noches hacia, acostóse en su dura cama sin desnudarse.

Una hora despues sintió que abrian cuidadosamente la puerta y que la cerraban un momento despues.

Era que observaban si el novicio dormia.

Felipe no se movió.

Habia dejado abierta de par en par la ventana, lo cual nada tenia de particular, pues el calor era sofocante y solo durante la noche se disfrutaba de alguna frescura.

Pasó otra hora.

Nuevamente se abrió la puerta.

Convencióse Felipe de que de hora en hora asomaría el encargado de espiarlo y dijo para sí:

—Lo mismo sucedió anoche, y por consiguiente puedo disponer de sesenta minutos de completa libertad en este sitio.

Dieron las once.

No hay que decir que el jóven continuaba despierto.

Asomó la cabeza del vigilante que á la escasa claridad que entraba por la ventana, pudo ver sobre el lecho el negro bulto de la persona del novicio.

Cerróse la puerta.

Entonces Felipe, sin perder un instante saltó de la cama y se quitó el hábito.

Hecho esto, cogió el cordon, que era bastante fuerte, atando uno de sus extremos á otro de la manta, que era la única ropa que en su cama tenia, pues á los novicios no se les permitia el uso de las sábanas.

Lo que intentaba se adivina fácilmente.

Luego volvió á tomar el hábito, lo colocó sobre el lecho, y ahuecándolo cuanto le fué posible para que abultase, lo dejó de modo que sin el auxilio de una luz no era posible ver que el sayal no ocultaba á una persona.

El vigilante al mirar desde la puerta debia creer que el novicio se encontraba allí y que continuaba durmiendo, que era cuanto interesaba.

Separóse de la cama el audaz mancebo, acercóse á la ventana llevando la manta y la cuerda, miró al patio y escuchó.

No se percibia el mas leve ruido.

La dudosa claridad de las estrellas apenas permitia distinguir las elevadas paredes del patio.

El corazon del novicio latió por algunos minutos con violencia.

—Adelante,—murmuró,—que cuanto mas tiempo deje pasar, mayor será el peligro.

Ató el cordon al gancho de la falleba, lo sacó al patio y dejó que cayese con la manta.

¿Llegaba esta cerca del piso del patio?

Felipe creeia que sí; pero no podia verlo porque no se lo permitia la oscuridad.

—Haré la prueba,—dijo,—y todo será perder una noche, porque para otra me ingeniaré y me habré prevenido de una cuerda suficientemente larga y fuerte.

Sin mas ropa que la camisa y los calzoncillos, saltó sobre el marco de la ventana, asióse al cordon y empezó á descender con la agilidad del gimnasta más hábil.

Pocos momentos despues llegaba al extremo inferior de la manta.

Detúvose y movió los piés mientras daba á su cuerpo toda la tension posible.

Sus piés no tocaron el suelo.

¿Le faltaba mucho para llegar á tierra?

No lo sabia.

Miró, pero no vió más que un fondo negro.

Saltar á tierra le era fácil, pero si la distancia era mucha, ¿cómo alcanzaria nuevamente la manta para subir?

En el patio no habia piedras ni nada que le pudiera servir para el caso.

Era indudable que habia calculado mal.

Dudó mientras se esforzaba en vano para apreciar con la mirada la distancia que habia desde sus piés al suelo.

Así pasaron algunos minutos.

Y mientras el mancebo dudaba, menguaban sus fuerzas.

Empezaba á sentir doloridos los brazos.

Sus manos, en fuerza de oprimir la manta, perdian la sensibilidad.

¿Le quedaban fuerzas para subir?

Era preciso decidir pronto, porque de la prontitud dependia la salvacion.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente.

Y de sus negros ojos se escaparon dos centellas.

—La vida ó la muerte,—murmuró con voz reconcentrada.

Y se dejó caer.

CAPITULO XLII.

Situacion desesperada y revelaciones interesantes.

Un solo momento permaneció Felipe inmóvil, contraido y con las piernas dobladas; pero luego se enderezó enérgicamente.

Aún no sabia si le seria posible alcanzar otra vez el extremo de la manta.

Esto era lo más interesante en aquella situacion, y por consiguiente de esto era de lo primero que debia ocuparse.

Acercóse á la pared y levantó un brazo, poniéndose de puntillas y estirándose cuanto le fué posible.

Sus dedos no tocaron la manta salvadora.

¿Le faltaba mucho?

Levantó la cabeza y miró con indescriptible afan.

Sus negras pupilas se dilataron y brillaron intensamente, consiguiendo descubrir al fin como una ráfaga

blanquecina que se destacaba informe y confusamente sobre el pardo muro.

Inmediatamente comprendió el mancebo que todos sus esfuerzos serian inútiles para volver á la ventana de su celda.

En el interior de su pecho resonó un rugido de desesperacion rabiosa.

Aún no se dió por vencido.

Reconcentró sus fuerzas y brincó mientras levantaba el brazo derecho.

Tampoco entonces pudo su mano tocar la manta.

Quiso hacer otra prueba, retrocedió algunos pasos, corrió hácia la pared y volvió á brincar.

Trabajo inútil.

A tientas examinó la pared buscando grietas y desconchados donde apoyarse para subir, ganando la distancia que lo separaba de la manta; pero en aquel sitio la pared estaba completamente lisa.

La situacion no podia ser más horrible.

El desdichado mancebo se encontraba encerrado allí y sin poder salir mas que por la puerta, cuya llave guardaba fray Fulgencio.

¿Qué le era posible hacer?

Nada, absolutamente nada.

Hablaria con el desconocido hidalgo; pero esto de nada le serviria.

Cuando fray Fulgencio viese que el jóven novicio disimulaba y fingia para engañar y realizar sus planes, adoptaria nuevas precauciones, y lo que era mucho peor, en uso de su omnímoda autoridad, encerraria tambien

al mancebo sorprendido *in fraganti* delito de escalamiento y complicidad con el delincuente que habia profanado aquella santa casa.

Sintió Felipe que toda su sangre, convertida en fuego, afluia á su cabeza.

Si no se hubiese tratado más que de arriesgar la vida, habria esperado la muerte con fria indiferencia; pero se trataba de la suerte de sus amigos y protectores, de la reina, de Margarita, de Angélica tal vez, y sobre todo de un inocente, de un hombre generoso que para hacer un beneficio y favorecer la justicia no habia reparado en nada.

Sobradas razonos tenia el mancebo para defenderse; pero sabia muy bien que no le darian lugar á la defensa, porque nadie mas que fray Fulgencio le escucharia, condenándolo sin dar á nadie explicaciones sobre su resolucion.

En el interior de los conventos sucedia poco más ó menos lo que en la Inquisicion: no habia defensa posible, cometíanse todos los abusos y todo quedaba envuelto en el misterio más impenetrable.

¿Quién estaba autorizado para pedir cuentas de su conducta al superior de un convento?

Nadie, y los indivíduos de la comunidad guardábanse muy bien de meterse en averiguaciones, porque sabian que la curiosidad y la indiscrecion eran severamente castigadas, tan severamente que con frecuencia este delito costaba la vida.

Bajo santa obediencia mandaba el prior guardar silencio y olvidar, y todos callaban, porque la rebelion en

semejante caso era considerada como el mayor de los crímenes.

Felipe sabia que Angélica de Guevara no habia muerto, y que él era el hijo de don Felipe de Covadonga, la víctima de don Iñigo, y conoceria en fin todas las intrigas de fray Fulgencio.

Empero, ¿de qué le serviria todo esto?

El resultado no seria mas que el de aumentar su desesperacion, y concluiria su existencia horriblemente atormentado.

Una y otra vez y con el angustioso anhelo consiguiente á su situacion espantosa, palpó Felipe la pared, buscando grietas que le sirviesen de punto de apoyo para su peligrosa ascension.

Perdia lastimosamente el tiempo.

El infeliz sintió que su corazon palpitaba con violencia.

Su cabeza se abrasaba por la fiebre.

Sus pupilas se dilataban más y más y brillaban como dos luciérnagas.

Temblaban sus manos, no á impulsos del miedo, sino de la ira más reconcentrada, de una desesperacion sin igual.

Todas las situaciones se aceptan cuando uno se convence de que son irremediables.

Rendido por la fatiga, detúvose al fin el jóven.

Vibró una campana, cuyos ecos perdiéronse en la inmensidad del horizonte.

Eran las once y cuarto.

Pasaba el tiempo y el peligro se acercaba.

Quince minutos perdidos eran un tesoro que se sumerge en las profundidades del Océano.

No es posible hacer comprender el efecto que produjo en el alma de Felipe el sonido de aquella campana.

Parecióle que nunca habia oido nada más entristecedor, más desgarrador, más espantablemente lúgubre.

—¡Oh!—exclamó.—Aquí me encontrará ese miserable y yo moriré; pero no podrá estorbarme aclarar mis dudas. Sí, todo lo sabré, y así mi ódio será más profundo.

Puesto que estaba perdido y habia de morir, queria por lo menos saberlo todo. Su muerte seria más dulce si tenia la seguridad de que Angélica vivia, porque tal vez Angélica recordaria alguna vez al desdichado huérfano, y derramaria por él alguna lágrima.

Desde que esto pensó no perdió ya un instante el novicio, y atravesando el patio, llegó junto á la reja de la prision de Marcelo, deteniéndose allí y escuchando.

El silencio era el mismo que antes.

Arrodillóse Felipe, se inclinó y dirigió la mirada al interior del calabozo.

Nada pudo ver.

Volvió á escuchar y percibió entonces muy leve y confuso el ruido de pasos.

Sin duda el preso recorría su habitacion porque le era imposible conciliar el sueño.

Esta circunstancia favorecia los deseos de nuestro jóven, porque no tenia necesidad de levantar la voz para despertar á Marcelo.

Felipe golpeó con las manos los hierros de la reja.

Los presos están atentos siempre al más leve ruido que cerca de ellos se produce.

Dejaron de sonar los pasos, señal de que Marcelo se habia detenido para escuchar.

—Señor hidalgo,—dijo entonces Felipe, pegando el rostro á los hierros y reconcentrando la voz.

Los pasos sonaron otra vez por algunos instantes.

—¿No me oís?—preguntó el jóven.

—¿Quién es?—dijo la voz grave del honrado sacristan.

— Debeis adivinarlo..... Soy el novicio á quien buscábais, soy Felipe... No os he olvidado, ni he reparado en peligros para acercarme á vos. Me vigilan, me espian á todas horas... Aproximaos cuanto os sea posible y aprovechemos el tiempo, porque antes de una hora me descubrirán y nos separarán para siempre.

Marcelo no podia tener desconfianza en hablar, porque ya no habia para qué guardar secreto sobre la existencia de Angélica, y ya no le importaba que esto lo supiese cualquier otro que no fuese Felipe.

Acercóse, pues, á la reja cuanto pudo, poniéndose sobre la punta de los piés, consiguiendo así asomar una parte de su rostro.

Felipe dejó escapar un grito de alegría.

Acostumbrados sus ojos á la oscuridad, pudo Marcelo reconocer al desgraciado jóven, y sin darle tiempo para hablar, le dijo:

—Calma, mucha calma.

—He seguido vuestros consejos,—replicó el novicio:— he disimulado, he fingido y empezado á inspirar confianza á fray Fulgencio, haciéndole creer que me arre-

piento de haberos escuchado y que miro con horror á los que quieren hacerme ciego instrumento de sus criminales intrigas; pero fray Fulgencio es demasiado astuto y para convencerse de la sinceridad de mis palabras, hace que me espien á todas horas.

—¿Cómo habeis conseguido llegar aquí?

—La ventana de mi celda dá á este patio y he aprovechado el intervalo de una hora que mis vigilantes tardan en ir á ver si continúo durmiendo; he dejado sobre la cama los hábitos de modo que parezca por el bulto que yo me encuentro allí, y con el auxilio del cordon y la manta he descendido y aquí me teneis.

—¡Oh!—exclamó Marcelo con acento de admiracion y sorpresa.

—Pero á pesar de todo esto, debo considerarme perdido para siempre.

—¿Y por qué?

—No calculé bien la distancia que hay de mi ventana al suelo...

—Comprendo, comprendo.

—Me he dejado caer; pero no puedo volver á subir. La única salida de este patio está bien guardada, y aquí me encontrarán sin que me haya sido posible conseguir otra cosa que escuchar vuestras explicaciones.

—¡Mis explicaciones!...

—No anhelo otra cosa. Necesito saber quién sois, necesito conocer la suerte de mis amigos y sobre todo quiero saber por qué habeis pronunciado el nombre de doña Angélica de Guevara, y por qué me habeis hablado de don Iñigo de Covadonga y de su inocente víctima.

Cuando me digais todo esto, quedaré tranquilo, miraré la muerte con indiferencia y tendré valor para responder con una sonrisa desdeñosa á las amenazas de fray Fulgencio. Hablad, pues, aprovechemos estos minutos preciosos, porque á las doce se apercibirán de que no estoy en mi celda, adivinarán fácilmente donde me encuentro y se apoderarán de mí para encerrarme en otro calabozo de donde no saldré sino para ir á ese sepulcro que se llama el *in pace*, y en cuanto á vos, quien quiera que seais...

—Nada temo,—interrumpió con calma el protector de Angélica.

—Lo que habeis hecho prueba un gran corazon, y los grandes corazones no se compran con oro. No es por consiguiente un interés mezquino el que os guia, sino la generosidad de vuestra alma.

—Os agradezco la justicia.

—Los hombres como vos no tiemblan.

—No tiembla quien tiene la conciencia tranquila.

—Por eso no os ocultaré el peligro de vuestra situacion, sabreis lo que os espera...

—¿Qué creeis que me aguarda?

—La muerte entre los muros de vuestro calabozo.

—Os equivocais.

—Si abrigais esperanzas...

—No son esperanzas, no son ilusiones, es la conviccion profunda de que triunfaré.

—Si la suerte no me hubiera sido adversa esta noche, si el dia de mañana no hubiera yo de estar encerrado como vos...

—¿Qué me importa?—replicó Marcelo con su tranquilidad inalterable.

—¡Oh!...

—Tengo otro protector más poderoso que vos; mucho más poderoso que nuestros enemigos; y ese protector me sacará de aquí, y entonces yo os salvaré, y triunfará la justicia y los criminales quedarán castigados como merecen.

—Ilusiones, ilusiones.

—¿Por qué desconfiais de la Providencia? ¿Por qué perdeis la fé en la divina justicia? Sin duda vos no habeis visto como yo la mano del Omnipotente, no habeis comprendido que esa mano me ha traido aquí, no adivinais una fortuna en lo que parece una gran desgracia.

—Bien, esperad, que así sufrireis menos; pero entretanto...

—Perdeis lastimosamente el tiempo.

—¡Vive Dios!...

—Noble mancebo, os dejais arrebatar fácilmente, os trastorna la desesperacion y os perderá vuestro trastorno.

—Concluyamos, el tiempo vuela.

—¿Qué quereis?

—¿Quién sois?

—Me llamo Marcelo... ¿Qué podeis deducir de mi nombre?

—¿Quién os envia?

—Vine despues de ponerme de acuerdo con doña Margarita, porque vuestra segunda carta nos hizo adivinar que os encontrabais en un convento, y que el convento

no podia ser otro que este, puesto que aquí está fray Fulgencio.

—¿Y qué queríais de mí? ¿No habeis comprendido que es firme mi propósito de vivir separado del mundo donde tanto he sufrido?

—Lo que queremos todos es que permanezcais aquí, disimulando, fingiendo y engañando al astuto capuchino hasta conseguir haceros dueño de los papeles que guarda, que me fueron robados y que prueban los crímenes de don Iñigo de Covadonga.

—¿Y qué me importa don Iñigo? Si los hombres no lo castigan, Dios lo castigará.

—Sí os importa, porque ese miserable, abusando de un secreto que conocia y de la debilidad de una mujer indefensa, de una madre desgraciada, robó á una criatura inocente sus riquezas y la privó de su nombre.

—No comprendo bien.

—Puesto que quereis saber, escuchadme.

—Os escucharé; pero ante todo decidme por qué pronunciásteis el nombre de Angélica, por qué me ofrecíais una dicha que es imposible para mí desde que Angélica murió.

—Antes es preciso que conozcais á la víctima inocente de don Iñigo de Covadonga.

—¿Quién es?

—Don Iñigo tenia un hermano.

—Sí, don Felipe, de quien alguna vez he oido hablar.

—Ese hermano se casó secretamente, tuvo un hijo y partió para Méjico.

—Y en Méjico murió.

—Y el miserable don Iñigo arrancó á la esposa desgraciada la copia del testamento de don Felipe, y la partida de casamiento y de bautismo del hijo.

—Pero quedarian los originales...

—Don Iñigo pensó en todo, asesinó al escribano que habia autorizado el testamento y prendió fuego al archivo...

—¡Miserable!...

—Pero Dios quiso que el original del testamento con otras partidas de casamiento y de bautismo se salvasen de las llamas y yo los recogí, y por espacio de diez y siete años he buscado al criminal, pues yo ignoraba que fuese el hermano de don Felipe.

—¿Pero el hijo, el hijo?...

—Tiene el deber de vengar á su madre, que murió en pocos dias, dejándolo en el más horrible abandono.

—Sí, ese hijo tiene el deber de vengar á su madre, y para vengarla debe vivir.

—Pero no la vengará si se sepulta en un claustro.

—¿Qué estais diciendo?—preguntó Felipe con voz ahogada y empezando á temblar.

—Vos sois el hijo de don Felipe de Covadonga.

El mancebo exhaló un grito y quedó inmóvil.

No es posible pintar su trastorno.

Largo rato pasó sin que articulase una sílaba.

Volvió Marcelo á pensar que era una imprudencia revelar sin mas preparacion el secreto de la existencia de Angélica.

Y para preparar el ánimo de Felipe no habia tiempo, pues ante todo era preciso ocuparse de los medios de

salir del patio y volver á su celda el infeliz jóven.

—¡Madre mia!—exclamó por fin el mancebo.

Y algunas lágrimas brotaron de sus negros ojos.

—Valor, valor,—le dijo Marcelo.

—¡Ah!... He sido un momento débil; pero ya me sobran fuerzas para todo. Miradme y os convencereis.

El desdichado jóven se limpió los ojos, que volvieron á brillar, y añadió enérgicamente:

—Quiero vengar á mi madre, y la vengaré; quiero vivir para vengarla y viviré... ¡Oh!... Necesito salir de aquí, necesito salvarme...

—¿Otra vez perdeis la calma?

—Estoy desesperado...

La campana del relój volvió á sonar.

—¡Las once y media!..

—No os queda más que el tiempo preciso para reconocer las paredes que en muchas partes tienen anchas grietas y grandes desconchados.

—¿De qué me servirán?

—Si no podeis trepar hasta la ventana de vuestra celda, buscad salida por otra.

—Lo intentaré.

—Cuando tengais la seguridad de que podeis salir, volved y os daré explicaciones de lo que aún no comprendeis...

—¡Madre mia, madre mia!—interrumpió el mancebo.

Y sin escuchar más, separose de la reja y empezó á recorrer el patio, reconociendo á tientas las paredes.

La operacion exigia bastante tiempo y podemos decir que era completamente inútil.

De bien poco le serviria encontrar huecos donde apoyar las manos y los piés si aquellos huecos no se repetian hasta alguna de las ventanas, y despues de todo esto era preciso ver si por la ventana adonde pudiese llegar era prudente introducirse, pues casi todas correspondian á celdas que estaban ocupadas.

Pero no por esto desistió de su propósito.

El que tiene necesidad de salvarse no retrocede con facilidad.

Ya no consideraba Felipe su existencia como una carga enojosa, ya no miraba con ódio el mundo, ya no pensaba con desden en don Iñigo, porque tenia que vengar á su madre, y la satisfaccion de esta venganza, era para él un atractivo sin igual, un goce tan anhelado como los que hubiera podido ofrecerle el amor de Angélica.

Si alguno de los frailes hubiera estado en observacion desde la ventana de su celda, habria creido que en el patio vagaba un fantasma.

La figura de Felipe apenas se destacaba del pardo fondo de la pared y aparecia informe y semejante á un espectro envuelto en su blanco sudario, pues no debe olvidarse que el mancebo no llevaba mas ropa que los calzoncillos y la camisa.

Así pasó otro cuarto de hora.

No le quedaban mas que quince minutos, aunque abrigaba la esperanza de que el bulto de los hábitos sobre el lecho engañase á los que vigilaban.

Llegó junto á la puerta.

Allí se detuvo, inclinóse y mientras contenia la res-

piracion y escuchaba, miró por el ojo de la cerradura, viendo que al otro lado brillaba una luz.

Era la que tenian los guardianes de aquella puerta.

La luz, aunque escasa, parecióle á Felipe que era tan refulgente como el sol.

Hasta entonces no habia encontrado sitio á propósito para escalar la pared.

Casi instintivamente pasó las manos sobre la puerta apercibiéndose entonces de las grandes y salientes cabezas de los clavos que la puerta tenia.

¿No podian estos, sino para las manos, servirle de apoyo para los piés?

Sí: pero al subir por allí era preciso producir algun ruido.

Sin embargo, Felipe continuó su exámen, levantó los brazos, estirándolos cuanto pudo y se esforzó para distinguir las señales de la pared sobre la puerta.

Tanto tiempo habia permanecido en la oscuridad que no le fué imposible distinguir algunas señales como manchas ó sombras, que debian ser grietas ó desconchados.

Sobre la puerta, aunque á bastante distancia, habia una ventana.

Calculó el mancebo á qué habitacion correspondia la ventana, y murmuró contrariado:

—¡Vive el cielo!

A pesar de todo no retrocedió; pero necesitaba tener la seguridad de que podria subir por aquel lado, y una vez que la tuviese, podia continuar su conversacion con Marcelo.

Y para que no le quedase duda de que podia subir, era menester que hiciese una prueba, y hacer la prueba equivalia á llegar hasta la ventana.

¿Debia bajar una vez que hubiese subido?

Esto seria imprudente.

Reflexionó algunos momentos el novicio.

—Veamos,—murmuró.

El calzado era un estorbo, se lo quitó y lo guardó bajo su camisa.

—En nombre de Dios,—dijo.

Y afirmó los dedos en una profunda grieta, y apoyando los extremos de los piés en las cabezas de los claros, empezó á subir muy trabajosa y lentamente.

Aún no habia llegado á la parte superior de la puerta cuando sintió que sus fuerzas se agotaban y que otra vez sus dedos, despues de experimentar vivos dolores, perdian la sensibilidad.

Entonces comprendió que le era imposible llevar á cabo su empresa.

El infeliz hizo esfuerzos desesperados y consiguió subir algo más; pero luego buscó en vano nuevos desconchados ó grietas que le sirviesen de punto de apoyo.

Y para llegar á la ventana le faltaba mucho.

Tuvo que interrumpir nuevamente su ascension.

Sus negros ojos brillaban cada vez más con el fuego de la fiebre y de la ira.

En su trastorno invocó el desdichado mancebo al Omnipotente y pidió auxilio á Satanás, pronunció terribles juramentos é imprecaciones, y el dulce nombre de madre salió mas de una vez de sus lábios.

Puede decirse que entonces estaba loco.

En aquellos momentos terribles tuvo lugar un nuevo incidente.

Cuando el mancebo inmóvil, sin poder apenas respirar, fijaba alternativamente la mirada en el suelo y en la ventana que habia sobre su cabeza, llegó á sus oidos rumor de voces.

Su corazon dejó de latir por algunos momentos.

¿Se habia equivocado?

No.

Al otro lado de la puertecilla hablaban algunas personas.

Felipe no podia entender lo que decian; pero creyó reconocer la voz grave y reposada de fray Fulgencio.

¿Habian echado de menos al pobre niño?

Fácil era que hubiese sucedido así, y que fuesen á buscarlo.

¿Debia el infeliz permanecer en el sitio en que se encontraba?

Si el escalamiento no hubiese presentado tantas dificultades, lo más conveniente era continuar subiendo, y desaparecer antes de que abriesen la puerta; pero esto era imposible.

Ante todo quiso el mancebo salir de dudas en cuanto á si era el astuto capuchino una de las personas que hablaban.

Para esto necesitaba escuchar, y sin perder un instante dejóse caer, se acercó al ojo de la cerradura y miró.

No se habia equivocado.

Aunque muy confusamente vió á fray Fulgencio con una llave en la mano derecha.

Era evidente que pensaba abrir.

Felipe acercó el oido á la cerradura y escuchó lo siguiente:

—Hermanos,—decia el capuchino,—en las graves situaciones nunca se peca por ser demasiado precavidos. Ya sé que nadie ha penetrado en el patio.

—A nadie se le ha ocurrido tampoco acercarse por aquí,—respondió uno de los vigilantes.

—Pero el que quiere recobrar su libertad, hace imposibles, porque la astucia y el ingenio de los presos no tiene igual. Sin saber cómo, el que está preso se proporciona una lima ó un instrumento cualquiera para romper las puertas y hierros que le cierran el paso, y nada se pierde por reconocer de vez en cuando la prision. Esto no significa desconfianza de vosotros, pues ya sé que cumplís vuestros deberes con toda exactitud.

—Procuramos hacerlo, reverendo padre.

—Encended ese farol y venid.

Habia llegado el momento terrible.

La puerta no debia tardar en abrirse más tiempo que el que los donados tardasen en encender el farol, para lo cual no necesitaban más que algunos segundos.

—¡Oh!—murmuró Felipe con voz reconcentrada.—¿Y he de dejar que me cojan aquí como á una pobre liebre se le coge en un lazo?... No.

Instantáneamente sintió renacer sus fuerzas, unas fuerzas casi sobrenaturales, y sin vacilar, volvióse hácia la pared donde aún suponia que estaban pendientes la

manta y el cordon, y guiado solamente por el instinto, lanzóse á traves del patio con la velocidad de una centella.

El impulso de la carrera aumentó la energía de sus músculos, y brincando cuando le pareció que era conveniente, consiguió asirse á la manta.

—¡Ah!—exclamó.

Dios lo habia protegido.

Mientras abrian la puerta, el novicio podia llegar á la ventana.

Aún no habian dado las doce y nada tenia que temer del vigilante.

Se habia salvado, ó por lo menos así lo creyó.

Nosotros lo dudamos.

Haciendo el último esfuerzo, empezó Felipe á subir con prodigiosa agilidad.

Rechinó la llave al introducirse y dar vuelta en la cerradura.

Al mismo tiempo el novicio conseguia dar alcance al cordon.

Ya le faltaba muy poco para llegar á la ventana, ó por lo menos poco debia considerarse en aquella situacion.

Empero despues del chirrido de la llave, percibióse otro ruido, el de la puerta que crugía al girar sobre los enmohecidos goznes, y además...

¡Pobre mancebo!

Percibióse tambien otro ruido sordo y apagado como el que producen dos cuerpos blandos al chocar fuertemente.

¿De qué procedia este nuevo ruido?

El cordon no pudo soportar el peso del cuerpo de Felipe y se rompió.

El desdichado cayó pesadamente y medio envuelto en la manta.

Quedó inmóvil.

Tal vez habia dejado de existir.

Ni el más leve quejido se escapó de sus lábios.

En el patio penetró alguna claridad.

Luego asomó un farolillo en cuyo interior brillaba una pequeña luz rogiza.

Tras el farol salió un brazo.

Luego se dejó ver la negra figura de uno de los guardianes, que dió un paso y se detuvo para aguardar á que saliesen fray Fulgencio y el otro donado.

Si el mancebo no habia dejado de existir, estaba perdido.

Ya no habia salvacion posible.

CAPITULO XLIII.

Aumentan los peligros.

Fray Fulgencio entró en el patio.

El otro vigilante lo siguió.

Felipe, vivo ó muerto, no hizo el movimiento más leve.

Contraido, encogido, acurrucado contra la pared, medio envuelto en la manta, no presentaba más que un bulto informe y confuso.

La luz del farol apenas se extendia á cinco ó seis pasos de distancia.

La reja de la prision estaba situada en la pared opuesta al lado en que se encontraba el novicio.

—Vamos,—dijo fray Fulgencio.

Y se dirigió hácia la reja en compañía de los vigilantes, volviendo los tres la espalda al desdichado mancebo.

Entonces éste se movió, descubriendo su cabeza.

Sus ojos brillaban más que la luz.

Volvió á quedar inmóvil y miró con afan indescriptible á los que se acercaban lentamente hácia la ventana del calabozo.

El silencio era profundo, porque no sonaban los pasos sobre la húmeda tierra.

Llegaron á la ventana.

Fray Fulgencio se arrodilló.

Los donados hicieron lo mismo.

—Alumbrad,—dijo el fraile.

Los tres formaron un grupo y fijaron la mirada en los barrotes de la reja, que empezaron á examinar excrupulosamente.

—No,—pensó Felipe,—no me dejaré coger. Preciso es jugar el todo por el todo.

Y sin dejar la manta ni levantarse, sin separarse de la pared, se arrastró silenciosamente, avanzando como el tigre que paso entre paso se aproxima á su presa.

Así llegó á uno de los ángulos del patio, giró hácia la derecha y continuó avanzando con el mismo silencio.

Entonces mas que nunca parecia un sér fantástico.

Un minuto despues se encontró junto á la puerta que fray Fulgencio no se habia cuidado de cerrar, porque no tenia para qué hacerlo así.

El capuchino terminaba en aquel instante el reconocimiento, levantábase, sonreia con incomparable satisfaccion, y murmuraba:

—Está bien.

Iba á volverse, y para esto no necesitaba más que un solo momento.

Desde allí, más ó menos claramente, podia distinguir la puerta y el informe bulto del novicio.

Empero éste, comprendiendo lo que aquel instante valia, deslizóse sobre el umbral y se encontró inmediatamente fuera del patio y en una habitacion donde no habia más muebles que un banco y una mesa, sobre la que ardia un belon, iluminando los restos de la modesta cena de los dos vigilantes.

Púsose en pié Felipe, atravesó rápidamente el aposento sin soltar la manta, llegó á la mesa, dió un soplo á la luz, y la apagó.

Así los otros tendrian que perder algunos segundos para encenderla otra vez, y entretanto era probable que se detuviese el capuchino.

Ya nada pudo verse allí.

Dejóse oir por algunos momentos un rumor leve producido por el cuerpo del jóven al rozar contra la pared, buscando á tientas la salida.

Fray Fulgencio y los guardianes no tardaron en aparecer.

—¿Qué es esto?... La luz apagada...

—El aire, porque hemos dejado abierto.

—Encended y dádme el farol.

—Al momento, reverendo padre.

Felipe, que conocia perfectamente el interior del convento, se alejaba entretanto, atravesando con la misma rapidez los pasillos y habitaciones donde habia luz que los que estaban á oscuras.

En aquellos momentos no podia pensar en otra cosa que en llegar á su celda.

Despues de cinco minutos tuvo que detenerse para escuchar.

Luego avanzó; pero más despacio, con el oido atento y excudriñadora la mirada.

Dieron las doce cuando el infeliz llegaba al extremo de un largo pasillo, en una de cuyas paredes se veian muchas puertas.

La moribunda luz de unfarol exclarecia muy escasamente aquel sitio.

Felipe quedó inmóvil antes de entrar en el pasillo, adonde asomó una parte de la cabeza, viendo que á la puerta de su celda se detenia un lego.

El peligro no habia desaparecido todavía completamente.

El lego abrió la puerta, miró al interior de la celda, y preguntó:

—¿Dormís, hermano?

Como era consiguiente nadie le respondió.

Extremecióse el mancebo.

Bien podia suceder que el lego, ya por curiosidad, ya porque quisiese cumplir demasiado excrupulosamente su deber, entrase en la celda y llegase hasta la cama.

En semejante caso todo se perderia.

El jóven esperó y miró con el más angustioso afan.

No tuvo el lego por conveniente penetrar en la celda y volvió á cerrar, procurando hacer el menor ruido posible.

Luego, paso entre paso, dirigióse hácia el sitio en que Felipe se encontraba.

Este respiró como el que logra desasirse de una mano que lo ahoga.

Retrocedió algunos pasos y volvió á quedar inmóvil.

Llegó el lego al extremo del pasillo, giró sobre sus talones como un centinela, y se dirigió hácia el extremo opuesto.

Debia permanecer en el pasillo hasta que lo relevasen.

¿Cómo volver á la celda?

—Arrostraré el último peligro,—dijo resueltamente Felipe.

Y envuelto en la manta entró tambien en el largo pasillo, adelantando sin vacilar detras y á poca distancia del lego.

Como el jóven estaba descalzo, no producian sus pasos el más leve ruido.

La sombra que su cuerpo proyectaba en el pavimento confundíase con la sombra proyectada por el cuerpo del vigilante.

Bastaba que éste volviera la cabeza para que se apercibiese de que lo seguian, y esto era muy fácil y hasta probable que sucediese, porque una persona que nada tiene que hacer más que estar en un sitio algunas horas, se pasea en todas direcciones, se sienta, se levanta, se vuelve á todos lados, y contempla distraidamente todos los objetos y hasta las paredes desnudas.

Sin darse cuenta de lo que hacia, era posible que el lego retrocediese antes de llegar á la celda de Felipe.

La situacion era quizá más comprometida que en el patio.

Contaba el mancebo los pasos y contaba los instantes.

Y tambien se empeñaba en adivinar las intenciones del lego.

Y contenia el infeliz en cuanto le era posible la respiracion.

Aquellos momentos no podian ser más angustiosos, parecian interminables.

La suerte de tres inocentes y nobles criaturas dependia de una casualidad.

El castigo de crímenes horrendos, la salvacion de víctimas las más desgraciadas, el triunfo de la justicia, en fin, todo, absolutamente todo, dependia de que al lego se le antojase retroceder á la mitad del pasillo, ó volver la cabeza.

Por fin, y al cabo de lo que á Felipe le pareció un siglo, el vigilante llegó á la puerta de la celda.

Y pasó y siguió.

El mancebo se detuvo, puso una mano en el picaporte y quedó como una estátua.

Trascurrieron algunos minutos.

Cuando el lego estuvo al extremo del pasillo, nuestro jóven movió la mano que en el picaporte tenia, lo levantó y empujó la puerta, penetrando en su celda al mismo tiempo.

Aunque poco, la puerta crugió.

Y al volver á cerrarse volvió á crugir.

El ruido no pasó desapercibido para el lego, que se

detuvo repentinamente y dió media vuelta mirando á lo largo del pasillo.

—No hay nadie,—murmuró.

Escuchó, y despues de algunos momentos, dijo:

—El ruido habrá sonado en otra parte, porque si el novicio hubiera salido de su celda, no hubiera tenido tiempo para irse mientras yo me volvia. Sin embargo, veamos.

Entretanto Felipe llegó á su lecho, donde arrojó la manta, púsose el hábito y se acostó sin querer entonces detenerse á recoger el trozo de cordon que aún pendia de la ventana.

Hizo bien, porque aún no habian pasado dos minutos cuando se abrió la puerta de la celda, asomó la cabeza del lego, que lo mismo que antes, preguntó:

—¿Dormís, hermano?

Felipe respondió con algunos sonoros ronquidos.

Esto tranquilizó completamente al vigilante, que volvió á cerrar y se alejó.

—Tengo otra hora de libertad,—pensó el jóven,—y sabré aprovecharla.

Y saltó del lecho, se acercó á la ventana, quitó el trozo de cordon, lo anudó al otro, que desligó de la manta, lo colocó en su cintura, calzóse luego, y se sentó.

Ya se habia salvado por aquella noche.

El lego podia presentarse.

¿Qué le importaba á Felipe que lo viesen sentado ó acostado?

No tenia sueño y necesitaba meditar siquiera para darse clara cuenta de su extraña situacion.

Un cuarto de hora necesitó para recobrar un tanto la calma.

Parecíale que sus sentimientos habian cambiado, que era otro hombre.

Ya tenia un nombre, ya podia pronunciar con orgullo el de sus padres.

No habia sido víctima de falsos sentimientos de honor de una madre descorazonada, sino de la depravacion de un miserable á quien podria castigar.

—¡Covadonga!—exclamó el mancebo como si saborease con indecible satisfaccion esta palabra.—¡Me llamo Covadonga y mi padre fué un hombre ilustre y virtuoso, y mi madre una santa, un mártir de su virtud y de su amor!... ¡Oh!... Yo te vengaré, madre mia, yo te vengaré si Dios no pone fin á mi existencia.

Pensó Felipe en todo lo que le habia dicho Marcelo y murmuró:

—Sí, la mano del Omnipotente se deja ver clara. Yo soy el hijo del noble don Felipe de Covadonga, y Dios ha querido que yo sea quien descubra que están en poder de fray Fulgencio las pruebas del crímen de don Iñigo.

Aunque las explicaciones del protector de Angélica no habian sido muy detalladas en cuanto á los sucesos que habian tenido lugar diez y siete años antes, fueron suficiente para que Felipe comprendiera cuanto habian hablado el capuchino y el señor de Covadonga y él escuchó.

Aún necesitaba explicarse por qué fray Fulgencio mostraba empeño tan tenaz en hacerle pronunciar los

votos que para siempre habian de separarlo del mundo; pero lo adivinó á poco que caviló, como lo habia adivinado algunos dias antes la hechicera Margarita.

Si la celda no hubiese estado á oscuras, habríase visto que los lábios del mancebo se entreabrian para sonreir burlonamente.

¿Y Angélica?

No era posible que Felipe la olvidase.

Recordó cuanto habia sucedido y muy particularmente las palabras del loco que se introdujo en palacio, y lo dicho por fray Fulgencio al suponer los medios de que debian valerse los enemigos del jóven para obligarlo á salir del convento.

El novicio hizo deducciones.

Antes sospechaba que Angélica vivia, y concluyó por creerlo así.

Este secreto no debia ser desconocido para Marcelo, y por consiguiente Felipe saldría bien pronto de dudas, pues ya conocia el camino para llegar hasta la reja del calabozo y hablar con el preso.

Para hacer esto todas las noches le bastaba tener una cuerda suficientemente larga y fuerte.

No le era fácil encontrarla; pero tampoco le era absolutamente imposible á pesar de que á todas horas estaba espiado.

Para devolver la libertad á Marcelo tenia la mitad del camino andado, porque la posibilidad de llegar una y otra vez hasta el calabozo sin ser visto de nadie era una gran ventaja.

Por de pronto no podia Felipe trazar plan alguno de

evasion, y dejando de pensar en esto, pensó en la virtuosa mujer que le habia servido de madre.

¿Qué habia sido de ella?

Debia haber caido en un lazo tendido por el astuto fraile.

Esto no debia ya ponerse en duda.

¿Cómo salvarla?

Hé ahí lo más difícil para el jóven, puesto que no podia salir del convento ni aun con autorizacion del capuchino, so pena de infundir sospechas.

Tal vez Marcelo le comunicaria algunas noticias sobre la infeliz mujer.

Esta esperanza tranquilizó á Felipe, que empezó á ocuparse de los papeles que probaban la legitimidad de su nacimiento y los crímenes de don Iñigo de Covadonga.

Tenia, por consiguiente, que ocuparse de muchas cosas á la vez: la libertad de Marcelo, Angélica, los papeles, María y don Iñigo.

Esto era demasiado y mucho más para quien no es dueño de sus acciones y está espiado á todas horas.

Sin embargo, al atrevido jóven le pareció muy poco y creyó que procediendo con calma y con órden todo lo conseguiría con facilidad.

Criaturas como Felipe no retroceden, no se dan por vencidos mientras les queda un débil resto de vida.

Calma y astucia: esto era lo que mas necesitaba el desdichado mancebo: calma y astucia para luchar ventajosamente con la astucia sin igual y la calma inalterable del capuchino.

Pensando en su desgraciada madre y en Angélica. pasó el resto de la noche Felipe.

Las estrellas empezaron á palidecer.

Una faja cenicienta se extendió en Oriente.

Luego los resplandores del crepúsculo desplegaron sus sonrisas.

En el interior del convento resonó una campana.

Era el llamamiento para que la comunidad acudiese al coro á entonar el rezo de maitines.

El novicio estaba obligado á ir y bajó del lecho, se pasó las manos por la frente, que aún sentia abrasada, y salió de la celda, dirigiéndose al coro.

Allí encontró á fray Fulgencio.

La mirada penetrante de éste se fijó en el rostro pálido del jóven y dijo para sí:

—Poco ha dormido. ¿Sufre el dolor del arrepentimiento ó finge para engañarme?... No, no creo que un niño pueda ser tan constante para fingir. De cualquier modo, observaré y continuaré adoptando precauciones.

La grave voz de los frailes resonó en las bóvedas del templo.

Cuando asomaba el primer rayo de sol, la comunidad salia del coro.

Los frailes volvieron á sus celdas disponiéndose á comunicar con el alimento del chocolate algun calor á sus estómagos.

La noche habia pasado sin novedad en cuanto al reverendo superior, cuya agonía se prolongaba más de lo que habian creido los médicos.

La luz penetró en el calabozo.

Marcelo estaba sentado y en actitud meditabunda.

Tampoco habia dormido.

Desde que vió que Felipe se habia salvado, creyó mas firmemente que Dios los protegia.

—Triunfaremos,—murmuraba con frecuencia,—y los criminales quedarán castigados.

CAPITULO XLIV.

Un socorro inesperado.

En los detalles es donde se encuentran siempre las dificultades mayores para llevar á cabo toda empresa, porque los detalles son como cada una de las piezas de una máquina, y faltando la que más insignificante parece, la máquina queda inútil.

Una pequeñez, un movimiento inoportuno ó el desórden de unos cuantos soldados es bastante para que se pierda una batalla donde luchan cien mil hombres, y esto consiste en que inutilizada una rueda, un simple tornillo, no puede funcionar el resto de la máquina.

Todo plan es una cadena: los detalles no son más que eslabones, y como están enlazados los unos á los otros, claro es que al falsear uno, el conjunto se inutiliza.

En los detalles, pues, debia Felipe encontrar los

grandes inconvenientes, y los encontró; pues en vano al dia siguiente aguzó su ingenio para hacerse dueño de una cuerda bastante larga y fuerte que le sirviera para bajar al patio y reanudar su conversacion con Marcelo.

En el convento no faltaban cuerdas á próposito; pero las que estaban á la vista, tenian su aplicacion y no le era posible apoderarse de ellas sin que las echasen de menos.

La cuerda de una campana, la de un pozo ó cualquiera otra era buena para Felipe; pero cuando se hubiese dicho que habia desaparecido aquella cuerda sin saber cómo ni cuándo, esto lo hubiese oido fray Fulgencio y habria pensado en el novicio de quien aún desconfiaba, habria hecho suposiciones y deducciones y habria concluido por adivinar la verdad.

El mancebo vió pasar los dias, que le parecieron interminables.

Nada habia adelantado.

Seguian espiándolo y él hacia cuanto le era posible por espiar á fray Fulgencio.

Esto nada significaba, ninguna ventaja daba á la situacion del jóven, pues el astuto capuchino no hacia nada de particular.

Cuatro dias pasaron así.

Llegó el domingo.

A las nueve de la mañana el templo estaba casi lleno de devotos que habian acudido á la misa mayor.

En el coro se encontraba la comunidad, escepto los indivíduos que habian quedado al cuidado del enfermo,

cuyo estado era siempre el mismo á despecho de todos los cálculos de los hombres de la ciencia.

Resonaba la voz de los frailes.

Repetíanse los ecos armoniosos del órgano.

Vibraban las campanillas.

El humo del incienso se esparcia y se elevaba, se desvanecia y embalsamaba la atmósfera.

Los fieles, casi siempre arrodillados, estaban en la misma actitud, todos con la cabeza inclinada.

Las mujeres, que eran muchas, estaban todas vestidas de negro y envueltas en los anchos mantos de tal modo, que apenas dejaban ver los semblantes, pues en aquella época, ninguna mujer se permitia entrar en el templo con ropa de color ni con vistosos adornos, ni mucho menos con la cabeza medio descubierta y de manera que pudiesen adivinarse las formas de su cuerpo.

Hipocresía, fanatismo ó verdadero respeto, fuese lo que fuese ello es que así sucedia y rara vez en el sagrado recinto se cambiaba una mirada que revelase mundanos y pecaminosos pensamientos, rara vez se cometia una irreverencia, salvo los casos en que el uso y la costumbre habia quitado la importancia á lo que eran verderos escándalos, como sucedia los miércoles santos durante las tinieblas, y en otras festividades.

De vez en cuando resonaba una tos aquí ó allí; pero ningun otro ruido producian los concurrentes del templo.

Si otras veces por estar muy preocupado, por entregarse á sus dolorosos recuerdos no rezaba Felipe, aquel dia tampoco se ocupaba en dirigir al Omnipotente palabras de fervor, de súplica y de humildad.

Ya no queria el mancebo huir del mundo, y por consiguiente en el mundo pensaba.

Ya habia para él algo grato además de la salvacion eterna, ya no estaba su espíritu como el que ha perdido hasta el último rayo de esperanza, como el que ha visto desvanecerse hasta la última de sus ilusiones, porque Felipe esperaba y aun soñaba con la realizacion de una dicha que tal vez era imposible.

Tenia una gran mision que cumplir, mision terrible; pero sagrada para él, y que consistia en vengar á su madre.

Y al vengarla, al castigar á don Iñigo de Covadonga, el mancebo recuperaria el nombre y la herencia que le habian robado.

Aquel nombre ilustre le halagaba.

A pesar de su desinterés, le halagaba tambien la fortuna que le pertenecia.

Noble y rico, no habria ninguna mujer que lo rechazase.

Don Alfonso de Guevara le abriria los brazos al hijo de don Felipe de Covadonga y quedaria muy satisfecho por haber emparentado con persona de tan noble calidad.

Para esto era menester que Angélica viviese; pero Felipe se empeñaba en seguir creyendo que la infeliz jóven vivia.

La seguridad de que no se equivocaba no debia producirle ya ningun trastorno, sino que por el contrario, decirle que se engañaba hubiera sido lo mismo que asestarle un golpe mortal.

Alguna vez tuvo miedo el jóven de equivocarse; pero no por esto cambió de opinion.

El tiempo menguaba considerablemente la paciencia de Felipe.

Sobre este punto no se habia equivocado el astuto capuchino: con la juventud está reñida la paciencia.

El dia en que estamos, el novicio se sentia escitado vivamente, y aunque se esforzaba para disimular, en algunos momentos, olvidando su papel, levantaba enérgimente la cabeza y dejaba que por sus negros ojos se escapasen llamaradas del fuego de su espíritu.

Entonces no era Felipe el novicio humilde, no era el jóven agoviado por las desgracias y el dolor, y que cansado de su existencia penosa no deseaba más que la muerte: era el hombre que sufre y se rebela contra la desgracia, que quiere vivir para luchar y que está resuelto á luchar hasta vencer ó morir.

Afortunadamente en los momentos en que esto sucedia, no se habia fijado en el mancebo la mirada escudriñadora del astuto capuchino.

Pensaba, como ya hemos dicho, en su crítica situacion el antiguo paje y con ojos de envidia contemplaba de vez en cuando á los devotos que se apiñaban en el templo.

Aquella gente podria no ser dichosa; pero tenia libertad para ir y venir donde le conviniese.

Felipe se hizo esta pregunta:

—¿Hay entre todos ellos alguno tan infeliz como yo, alguno que se encuentre como yo me encuentro con las manos atadas y amenazado por un puñal?

Y despues de esta pregunta le ocurrió decir:

—Quiero en cuanto me sea posible observar los semblantes de esa gente y ver si en algunos se pintan sufrimientos que se parezcan al mio.

Esto no era más que un capricho, puesto que no podia conducir á ninguna ventaja práctica; pero prueba que el ánimo de Felipe estaba ya completamente despejado, que era el mismo que habia sido siempre.

Hasta para satisfacer este capricho encontraba inconvenientes, puesto que desde el coro no veia más que la espalda de los que estaban en el templo y le era preciso esperar y acechar hasta que alguno volviese la cabeza.

El mancebo, con la paciencia y la minuciosidad del que no tiene otra cosa que hacer, empezó á mirar á los devotos uno por uno y como si se hubiese propuesto contarlos.

No hacia distincion entre hombres ni mujeres.

Para él todos eran entonces completamente iguales, puesto que buscaba rostros que expresasen los sufrimientos que él esperimentaba.

Por algunos momentos fijaba la mirada en cada una de las personas, y así empleó unos veinte minutos.

A nadie le habia ocurrido moverse ni volver la cabeza, cuando una dama, porque dama rica y noble debia ser á juzgar por su rico manto de seda y por la anciana dueña que á su lado estaba, tosió dos ó tres veces, movióse, y cansada de permanecer de rodillas, sentóse en el suelo, de manera que presentó casualmente una parte del costado izquierdo hácia el coro.

Su dueña estaba detrás.

Felipe comprendió que era mucho más fácil ver el rostro de aquella mujer que el de cualquiera otro y dijo para sí:

—Bien puede suceder que se le ocurra dirigir la palabra á la otra, que parece ser su dueña, y entonces, si se entreabre su manto, podré contemplarla fácilmente. Es una noble dama, y jóven si he de juzgar por la energía de sus ademanes, y precisamente lo que yo quiero es encontrar los grandes sufrimientos en la juventud.

La dama dejaba ver sus manos cubiertas con finísimos guantes y con las que sostenia un rosario de cuentas de coral y engarce de oro, y un libro de oraciones ricamente encuadernado con piel negra y cantoneras y broches de plata.

Màs de un hombre habia interrumpido el rezo para dirigir furtivas y ardientes miradas á la jóven del manto de seda y las camándulas de coral; pero ella habia permanecido hasta entonces con la cabeza inclinada y absorta en la lectura.

Cerró el libro al sentarse y rezó mientras pasaba las cuentas de su rosario.

Trascurrieron tres ó cuatro minutos.

Felipe, sin que supiese por qué, permanecia con la mirada fija y afanosa en aquella mujer, como si á ello le obligase un poder irresistible y misterioso.

¿Quién era?

El mancebo, á pesar de que tenia que ocuparse de su gravísima situacion, hubiera hecho cualquier sacrificio por acercarse á la dama.

—Es noble y rica,—pensó el novicio,—y de seguro la reconoceré si consigo verle el rostro. Tal vez he hablado muchas veces con ella en los salones de palacio, tal vez es una de las que se interesaban en mi suerte, de las que me han dado pruebas del más sincero cariño... ¡Oh!... Quiero verla, quiero verla, porque no puedo dejar de conocer á una mujer de su clase.

Entre la dama y el mancebo habia bastante distancia.

Medio cerró él los ojos para recoger los rayos de luz y distinguir mejor.

Las nubes del incienso se habian disipado y la llama rojiza de los cirios brillaba intensamente, esparciendo su claridad y dando un tinte casi lúgubre á todos los objetos.

El calor se dejaba sentir bastante y alguna mujer se permitió entreabrir el manto con que recataba el rostro.

La dama del rosario de corales hizo lo mismo.

Felipe se extremeció.

¿Por qué?

Porque creia que habia llegado el momento de ver aquel semblante.

No se equivocaba.

La jóven volvió la cabeza para dirigir á su dueña algunas palabras, y al mismo tiempo levantó los ojos como si quisiese mirar hácia el sitio donde se encontraban los frailes.

Los ojos de aquella mujer no podian confundirse con ningunos, tal vez no tenian igual.

Eran grandes, rasgados, negros, de un negro como el del azabache.

Brillaban las pupilas como si constantemente dejasen escapar dos corrientes de fuego.

La mirada era enérgica, atrevida, una de esas miradas verdaderamente audaces que se arrostran con dificultad, una mirada profunda, una de esas miradas que no tienen calificacion, que no pueden describirse.

Y el rostro de aquella mujer era ligeramente moreno.

Hubiérase dicho que el fuego de sus propios ojos lo habia tostado como tuestan los rayos del sol.

Al mover los lábios para hablar, lábios frescos y rojos, lábios tentadores, lábios que eran una provocacion constante, pudieron distinguirse dos hileras de blanquísimos dientes.

Felipe tuvo que hacer un gran esfuerzo verdaderamente sobrenatural para contener un grito de sorpresa y de alegría.

Apenas habia examinado el rostro de la dama; pero habia visto los ojos y no necesitaba mas para reconocerla, porque ya hemos dicho que en aquellos ojos habia no sabemos qué de inexplicable y no podian confundirse con ningunos.

Tan vivamente impresionado, tan conmovido, tan profundamente trastornado se sintió Felipe, que por algunos segundos no pudo respirar.

Latieron con violencia las arterias de sus sienes.

No latió su corazon, sino que se revolvió en su pecho.

Temblaron sus manos, que tenia cruzadas y una con otra las oprimió con fuerza inconcebible, con la fuerza del convulso, hasta clavarse las uñas y hacer saltar la sangre.

Muy difícilmente pudo permanecer en pié el mancebo.

Empero su trastorno no debia prolongarse muchos minutos, y bien pronto logró dominarlo.

¿Quién era la dama?

Era doña Margarita.

Su presencia allí se la explicó fácilmente el novicio.

Margarita lo buscaba, queria ponerse en comunicacion con él; pero de modo que no pudiese infundir sospechas al astuto capuchino.

¿Qué hacer en semejante situacion?

Nunca como entonces tuvo Felipe necesidad de todo su ardiente y fecundo ingénio.

Margarita ignoraba lo que habia sido de aquel hombre que se llamaba Marcelo, y era preciso indicarle siquiera lo que habia sucedido pocos dias antes.

Además la jóven era en aquella ocasion un auxiliar muy útil.

¿Pero cómo acercarse á ella, ni mucho menos hablarle sin que lo viese fray Fulgencio ó lo observasen los espias?

Esto parecia imposible.

Si la doncella habia ido á buscar al jóven, no saldria del templo cuándo saliesen todos los fieles, sino que esperaria.

Ningun plan debia tener ella para realizar sus

deseos, sino que esperaria solamente á que se le presentase una circunstancia favorable.

Ella aguardaba, y á él le tocaba abrir el camino.

Era, pues, absolutamente preciso aprovechar el tiempo y la ocasion.

El desgraciado mancebo permaneció con la mirada fija en la noble doncella, y entretanto caviló, buscando el medio que necesitaba para salir del apuro.

Tres ó cuatro veces, ya con pretexto de cambiar de postura, ya con el de hablar á su dueña, volvió la cabeza Margarita y siempre su mirada se dirigió al coro.

Continuó la misa.

Media hora despues habia terminado.

Los padres que oficiaban se volvieron á la sacristia y los demás empezaron á salir del coro seguidos de los legos y novicios, lo mismo que el dia en que Marcelo se presentó.

Un lego cuidaba de observar á Felipe.

Este lo sabia muy bien y tuvo cuidado de no volver la cabeza atras, ni hacer un solo movimiento sospechoso.

Separáronse al fin para volver cada cual á su celda.

El jóven entró en la suya.

—¡Gracias á Dios que estoy solo!—exclamó.

Aún no habia podido trazar un plan.

Entonces pensó que le sería mucho más fácil entregar á Margarita un papel que dirigirle la palabra, pero no tenia papel ni nada de lo necesario para escribir, porque esto no podian hacerlo los novicios sin la debida autorizacion.

—¡Vive el cielo!—exclamó desesperadamente el jóven.

Y miró á su alrededor como si se empeñase en encontrar lo que no habia.

Luego quedó inmóvil y cerró los ojos.

Pocos momentos despues los abrió.

Sus negras pupilas relumbraban como dos carbunclos.

—¡Ah!—murmuró con acento de la mas viva alegría.

Y se acercó á la mesa donde habia tres ó cuatro libros, tomó uno, lo abrió y contempló con delicia la primera hoja que estaba en blanco.

Ya tenia la mitad de lo que buscaba, y la otra mitad se la proporcionaria quizá más facilmente.

Volvió á dejar el libro y á mirar á su alrededor.

Cinco minutos despues decia:

—Tengo que esperar á la noche y entretanto debo hacer entender á doña Margarita que debe volver porque hoy es imposible que nos pongamos en comunicacion.

Felipe salió de la celda con lentos pasos, la cabeza inclinada y el aspecto triste como siempre se le veia.

Nada tenia de particular que volviese otra vez al coro, puesto que esto lo hacia con frecuencia y no podia llamar la atencion de fray Fulgencio, ni mucho ménos despertar sospechas.

El que sufre y se separa del mundo para ocuparse solamente de Dios y de la salvacion de su alma, reza á todas horas y busca el silencio en la soledad, y para rezar ningun sitio mas á próposito que el templo.

A nadie encontró en el pasillo.

—¿Han dejado de espiarme?—se preguntó.

Llegó al coro y allí encontró á un lego, que era sin duda el encargado de observar.

Arrodillóse Felipe, dejando al otro á su espalda.

En la iglesia quedaban muy pocas personas, y estas empezaban á levantarse, á tomar agua bendita y á salir.

Aún estaba allí Margarita con su dueña.

Para la noble jóven no habia pasado desapercibida la circunstancia de que un novicio habia vuelto al coro.

Unos diez minutos trascurrieron.

El lego, sin duda para disimular mejor, santiguóse y se fué.

Debia esperar al novicio en los pasillos ó habitaciones inmediatas.

—Ahora estoy completamente solo,—pensó Felipe,—y sin temor alguno podré hacer alguna seña para llamar la atencion de doña Margarita, y que me reconozca, si es que ya no me ha reconocido, á pesar de que mi rapada cabeza de ahora no se parece á mi cabeza de otro tiempo.

Tosió Felipe.

La noble doncella hizo lo mismo como si respondiese, y luego volvió la cabeza.

Aunque la luz era ya escasa, porque habian apagado los cirios, los dos jóvenes cruzaron una mirada ardiente y devoradora, se contemplaron con afan indescriptible.

Brillaron sus ojos.

Se habian reconocido, no podian dudarlo ya, se ha-

bian reconocido y tal vez se habian entendido, porque almas como las suyas necesitan muy poco para entenderse.

—¡Ah!—exclamó el mancebo.—No me han olvidado mis amigos, están dispuestos á sacrificarse por mí... ¿Tengo derecho á quejarme de la fortuna?

Por segunda vez miró al coro Margarita, y entonces Felipe colocó la mano derecha sobre la palma de la izquierda y la movió como cuando se escribe.

La doncella hizo un gesto que significaba:

Entiendo.

Ella debia comprender todas las dificultades que tenia que vencer el novicio, y sin duda para darle tiempo, determinó irse.

Las dos mujeres estaban ya solas en el templo.

Santiguáronse y pusieronse en pié.

Para salir tenian que andar en direccion al coro.

Entonces los dos jóvenes pudieron contemplarse cómodamente, porque ellas adelantaban muy despacio.

Felipe miró con más afan que nunca.

La doncella á su vez se sirvió de los ojos y de las manos para hablar, mirando de cierto modo á su dueña y señalándola con un dedo al moverse para arreglar el manto.

Era evidente que queria llamar la atencion del jóven hácia la criada.

—Entiendo, entiendo,—dijo para sí Felipe:—quiere que me fije en la dueña para que me sea posible reconocerla otro dia... ¡Oh!... La reconoceré, porque la he visto muchas veces.

Tomaron las dos mujeres agua bendita y salieron del templo, alejándose calle de las Infantas abajo.

Margarita miró á su alrededor, y cuando se convenció de que nadie las espiaba ni las observaba, dijo á la vieja:

—Escuchadme con atencion.

—Ya os escucho, señora mia.

—Diariamente vendreis á esta iglesia á la misma hora que hoy hemos venido.

—Lo haré con mucho gusto por ser cosa santa.

—Oireis misa, colocándoos siempre en el mismo sitio en que hoy nos hemos colocado.

—¿Y qué más dá un sitio que otro?

—No seais curiosa,—replicó severamente Margarita.

—¿Tenemos otro enredo entre manos?—replicó la dueña.

—Tenemos que servir á su majestad, ya lo sabeis.

—Así me lo habeis dicho muchas veces; pero...

—Habeis ganado bastante, ¿no es verdad?

—Mi noble señora, todo el mundo sabe que soy desinteresada, y si he aceptado...

—Quiero haceros rica y que paseis tranquilamente vuestra vejez; quiero que en vez de servir, tengais criados que os sirvan.

—¡Jesús!

—Pero en cambio habeis de servirme con lealtad, habeis de ser discreta.

—¿Pero no puede todo esto venir á parar en algo que perjudique vuestra reputacion?

—Todo esto concluirá por un beneficio á personas

muy desgraciadas y que se ven injustamente perseguidas.

—No lo entiendo.

—Ni es menester que lo entendais. ¿Qué os importa si haceis vuestra fortuna?

—Las consecuencias...

—Y si no quereis servirme, os despediré, y vos tendreis muy buen cuidado de no ir con quejas ni cuentos á mi familia, porque como se trata de asuntos muy reservados de la reina...

—¡Dios mio!

—¿Entendeis?

—Demasiado entiendo: me amenazais...

—Os ofrezco la dicha. ¿La quereis?

—¿Que he de hacer si de buenas á primeras me poneis entre la espada y pared?

—La más ligera indiscrecion puede costaros muy cara, porque ya sabeis que los reyes no perdonan jamás cierta clase de faltas que pueden poner en peligro su dignidad ó comprometer los negocios de Estado.

—A todo estoy dispuesta.

—Pues bien, vendreis todos los dias á esta iglesia, donde permanecereis lo menos media hora despues de concluida la misa.

—Así lo haré aunque me comprometa.

—No es eso todo.

—¿Más aún?

—Supongo que vos sabreis distinguir entre un fraile y un novicio.

—Claro es que sí.

—Suponed que uno de los novicios pasa por vuestro

lado y al pasar deja caer un papel ó un objeto cualquiera.

—¿Qué he de hacer entonces?

—Recogerlo con tal disimulo que nadie pueda apercibirse de lo que haceis.

—¡Un papel!

—¿Qué os admira?

—Esto parece cosa de amores, y en el templo de Dios y con un novicio... ¡Jesús!

—Os conozco demasiado bien, y es inútil os tomeis el trabajo de ser hipócrita.

—Señora mia...

—Tengo noticias de vuestra juventud, y no ignoro que aun despues de los cuarenta años...

—¡Virgen Santa!...

—No perdais el tiempo en lamentaciones.

—Toda mi vida...

—Basta.

La vieja exhaló un suspiro.

Margarita prosiguió diciendo:

—Si al pasar por vuestro lado habla el novicio, escuchad bien sus palabras y guardadlas en la memoria para poder repetírmelas con toda exactitud, y si os hace alguna seña indicando que debeis seguirlo, obedeced inmediatamente, y si la seña quiere decir que os acerqueis á otra parte, hacedlo inmediatamente, y allí buscad, que de seguro encontrareis algun papel ó cualquiera otra cosa.

—¿Y si el novicio no se acerca?

—Alguna otra persona os hablará de su parte; pero

en ese caso concretaos á escuchar, y tened cuidado de no responder á ninguna pregunta.

—Este enredo es para volver loco á cualquiera.

—Cuando quereis sois astuta.

—¡Astuta yo!...

—A nadie habeis de decir que estais á mi servicio, y antes de volver á palacio, debeis recorrer unas cuantas calles y aun entrar en alguna otra iglesia por si os espian.

—Por Dios, mi noble señora, pensad que es un gran pecado distraer á los que se dedican al servicio de Dios, porque esto equivale á separarlos del camino de la salvacion eterna y hacerles marchar por el del infierno.

Margarita miró desdeñosamente á su dueña, y replicó:

—No se trata de hacer nada que no sea bueno; pero si vuestra conciencia es tan excrupulosa...

—Obedeceré, obedeceré,—dijo la vieja, que de todo era capaz por satisfacer su codicia.

—Segun lo que suceda os daré otro dia nuevas instrucciones, y ahora os haré la última advertencia.

—Decid.

—El novicio en cuestion es un mancebo á quien habeis visto muchas veces en palacio.

—Sí, ya supongo que debe ser cosa antigua...

—Podreis no ser astuta; pero sois sobradamente maliciosa.

—Paciencia,—murmuró la vieja tristemente.

—Y como lo habeis visto muchas veces es posible que lo reconozcais; pero no manifesteis sorpresa, porque

una exclamacion, una palabra imprudente, un gesto no más, puede ponerme en el más grave compromiso y producir las más horribles consecuencias.

—Es decir que si lo conozco...

—Hareis como si nunca lo hubiéseis visto.

—Deberíais decirme quién es...

—No.

—Puesto que he de verlo...

—Entonces lo sabreis contra la voluntad de la reina y la mia, y tendremos paciencia como se tiene siempre que sobreviene una desgracia inevitable.

La dueña no hizo más observaciones.

Estaba decidida á ser fiel y no podia suceder otra cosa despues que se le habia puesto en la alternativa de caer en desgracia de la reina ó hacerla rica.

La eleccion no era dudosa.

CAPITULO XLV.

En la cámara de la reina.

Siempre seguida de su dueña entró doña Margarita en palacio, fué á su aposento, desnudóse apresuradamente, púsose su vestido de riquísima tela de seda, cambió de guantes, y sin detenerse más fué á la cámara de doña Isabel.

Esta la esperaba ansiosamente, como la habia esperado otras mañanas, puesto que no habia sido la primera que la jóven habia ido á la misma hora al templo de capuchinos.

Los negros ojos de la noble doncella decian claramente que aquel dia habia sucedido algo de importancia, y la reina no tuvo que hacer más que mirarla para comprenderlo así, y exclamar con acento de la más viva alegría:

—¡Lo has visto!...

—Sí.

—Siéntate, Margarita,—repuso doña Isabel con agitada voz, y mientras continuaba mirando afanosamente á la doncella,—siéntate, mi buena amiga, díme todo lo que ha sucedido, no olvides ningun detalle, ninguno, porque el más insignificante tiene en esta situacion un interés vivísimo.

—Lo he visto, señora, lo he visto como otros dias.

—¿Nada más?—preguntó la reina, cuya frente se contrajo por un instante.

—Y él tambien me ha visto.

—¡Ah!...

—Y hemos hablado...

—¡Dios mio!...

—Pero con el lenguaje de los ojos.

—Lo habrás entendido, porque los ojos de Felipe...

Interrumpióse doña Isabel, y sus mejillas se tiñeron de vivo carmin.

—Los ojos de Felipe,—dijo la doncella,—son demasiado expresivos y el más torpe comprenderia el significado de sus miradas.

—Díme lo que tú has comprendido, lo que has adivinado en sus ojos, lo que con sus miradas te ha dicho... ¡Ah!... ¡Pobre criatura!

—Me ha preguntado por vuestra majestad, me ha dicho que siempre os ama.

En los lábios de la reina vagó una leve, muy leve, pero desgarradoramente amarga sonrisa.

La doncella fingió no apercibirse de esta circunstancia, y prosiguió diciendo:

—El desgraciado Felipe debe haber sufrido mucho, muchísimo; pero ya no sufre tanto, os respondo de ello, porque en sus ojos he visto su alma.

—¿Qué deduces de eso?

—Que sino conoce ya el secreto de la existencia de Angélica, está en camino de conocerlo, sospecha, abriga esperanzas, y sus esperanzas han devuelto la energía á su abatido espíritu.

—El honrado Marcelo ha debido ver á Felipe y darle algunas explicaciones.

—No lo sabemos, porque Marcelo ha desaparecido, ha debido caer en algun lazo tendido por fray Fulgengencio, y no es posible adivinar si esto ha sucedido antes ó despues de que tuviese ocasion de hablar á Felipe; pero en el convento ha sucedido algo extraordinario, algo de muchísima importancia, y debe creerse así porque de otro modo no se explica que Felipe se haya reanimado.

—Prosigue.

—Despues de terminada la misa, el pobre novicio volvió al coro, y entonces con más libertad me hizo seña, significando que escribiria, y yo le hice seña tambien para que comprendiese que á mi dueña y no á mí era á quien debia dirigirse cuando encontrase la ocasion.

—¿Y luego?

—Nos despedimos con una mirada, y la suya me dijo que habia entendido perfectamente.

—Mis esperanzas renacen.

—¿Por qué Felipe, despues que ha cambiado su estado moral, no ha dejado el convento?

—Eso es tan inexplicable como la desaparicion de Marcelo.

—¿Y María?

—Tampoco ha vuelto á palacio.

—¿No debemos suponer que lo mismo que Marcelo es la infeliz víctima del capuchino?

—Debemos creerlo así. ¡Oh!—exclamó la reina.—El misterio se pondrá en claro, porque Dios nos protege, y pronto llegará el dia en que los criminales sientan los efectos de mi cólera.

—Algunas explicaciones nos dará Felipe.

—Tú no dejarás de ir un solo dia al convento.

—Irá mi dueña, porque si fray Fulgencio me vé, lo cual es muy fácil, adivinará que busco á Felipe y todo se perderá.

—Soy de tu opinion.

—Nada olvido, señora, nada, porque amo demasiado á mi amiga Angélica y al desgraciado Felipe, y porque anhelo el castigo del señor de Covadonga.

—Pondremos en claro nuestras dudas con respecto á Felipe; pero Angélica...

—Tambien averiguaremos donde está.

—Su padre es completamente ageno á esta intriga, á pesar de que ha servido de instrumento al fraile.

—Pero descuidad, que triunfaremos al fin, ó yo dejaré de ser quien soy,—dijo Margarita con acento de profunda conviccion.

Por espacio de media hora siguieron la conversacion, empeñándose en explicarse los misteriosos y extraños sucesos que habian tenido lugar los dias anteriores, y

adivinar cómo don Alfonso de Guevara habia ayudado al astuto capuchino sin apercibirse de que se trataba de su propia hija.

Sobradamente comprendió la reina que la intriga no podia haberse llevado tan allá sin auxilio de una persona poderosísima, y esa persona debia necesariamente ser doña Isabel de Farnesio.

Empero sobre este punto no tenian tampoco seguridad alguna, pues el jóven rey continuaba encerrado en la más profunda reserva, y ni habia vuelto á dirigir á su esposa la palabra sobre Angélica, Marcelo ó el paje, ni parecia que se acordase siquiera de semejante asunto.

Cualquiera que fuese la intencion del monarca, probado estaba que á pesar de su juventud era capaz de hacer lo que el hombre de más juicio y más inquebrantable firmeza de carácter.

Todavía no es tiempo de que digamos al lector lo que Luis I pensaba, y por qué observaba aquella conducta, y por consiguiente nos concretaremos á dar á conocer ligeramente el estado del corazon de la reina.

La agitacion de ésta crecia.

Con frecuencia, y durante el curso de la conversacion, puso las manos sobre su palpitante pecho.

Unas veces enrojecia su rostro como si fuese á brotar la sangre, y otras se cubria de mate palidez.

Tan pronto lágrimas ardientes brotaban de sus ojos, como sus pupilas brillaban con el fuego inequívoco de la fiebre.

Como en otras muchas ocasiones, una lucha desgar-

radora sosteníase en el alma de la infeliz, lucha entre su fatal pasion y sus nobles sentimientos.

Esto era sobrado para que Margarita se convenciese más y más de lo que pasaba en el corazon de su augusta y desgraciada señora; pero la doncella disimulaba siempre, aparentando que nada comprendia.

—Déjame,—dijo por fin la reina,—que si permaneces mucho tiempo aquí, harán comentarios que pueden ser peligrosos.

—Además ya sabeis,—repuso la doncella,—que á estas horas viene don Iñigo de Covadonga para rendirme el homenaje de su amor, y aunque todavía no es oportuno dar el golpe decisivo, no quiero dejar que pase un dia sin añadir nuevo combustible á la llama que devora su corazon.

Salió Margarita para ir á reunirse con sus compañeras.

Doña Isabel exhaló un suspiro, cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó inmóvil.

La lucha continuaba; pero debemos decir que el fuego de su pasion iba debilitándose, ya porque todas sus esperanzas se habian desvanecido, ya porque era firmísima su voluntad de cumplir sus deberes de esposa, y sobre todo porque así se lo aconsejaba su dignidad y aun su amor propio de mujer.

Felipe era su mejor amigo y hubiera dado por ella la vida; pero no la amaba.

El corazon de Felipe era de otra mujer.

¿Qué debia esperarse del mancebo?

Todo lo más, y aun esto era dudoso, fingidas caricias

que no podian satisfacer á quien amaba como la jóven reina.

Preciso es no olvidar otra circunstancia, porque es quizá la más importante de todas.

El corazon de doña Isabel, sin que ella misma lo supiese, se inclinaba más á su esposo que á ningun otro hombre.

Fray Fulgencio habia dicho la verdad, faltaba solamente que uno de los esposos diese el primer paso, pronunciase la primera palabra de ternura.

Ya hemos visto cómo la fatalidad levantó un obstáculo siempre que esto iba á suceder.

Decidido á pronunciar la primera palabra fué don Luis en el silencio de la noche á la cámara de su esposa, y aquella noche hubiera sido de dicha incomparable sin la coincidencia fatal de marcharse doña Isabel fuera de palacio.

Despues no habia intentado la reconciliacion el jóven monarca, porque habia pensado solamente que era el rey, así como ella habia pensado tambien que era la señora.

Felipe V, ó más bien doña Isabel de Farnesio, continuaba preparando cuanto era menester para realizar el divorcio de los dos jóvenes.

Este asunto empezaba á ser conocido ya por el público; la reina sabia lo que se preparaba; pero no quiso hacer nada, absolutamente nada para estorbarlo, y dejó al tiempo y las circunstancias la ocasion y los medios de defenderse y aniquilar á sus enemigos.

Luis I no hacia nada tampoco; pero dejaba hacer sin

que se le ocultase que todo era obra de su astuta madrastra.

Muy cerca de una hora pasó la jóven reina sin cambiar de postura.

Hubiérase dicho que dormia profundamente.

Por fin levantó la cabeza y abrió los ojos.

Su semblante revelaba entonces alguna tranquilidad de espíritu, lo cual quiere decir que sus nobles sentimientos triunfaban sobre su desdichada pasion.

—Sí,—dijo,—tengo valor, valor sobrado, y cumpliré mis deberes, y además de valor, decidida voluntad, vivos deseos de dar una pruba más que anonade á los que me calumnian. Dejaré de amar á Felipe, dejaré de amarlo como lo amé y lo amo todavía, seré su mejor amiga, su hermana, lo que él es para mí. ¿Por qué no ha de suceder esto? Ya los celos no me atormentan tanto, y los celos son la medida de la intensidad de mi pasion.

Tal vez la infeliz no se equivocaba.

Entretanto en uno de los salones donde habia otras damas, la hechicera Margarita escuchaba con fingido agrado las palabras de ternura de don Iñigo de Covadonga, cuyo amor iba creciendo tanto, cuanto más tiempo pasaba sin conseguir la satisfaccion de sus deseos.

Tal era la extraña situacion de los moradores del palacio real, y una vez que la hemos dado á conocer, aunque ligeramente, dejaremos pasar el dia y volveremos al convento de Capuchinos de la Paciencia para saber cómo se ingenió Felipe y si encontró al fin medios de escribir á doña Margarita.

CAPITULO XLVI.

Cómo se ingenió Felipe.

En los conventos habia una hora señalada para que todos los indivíduos se recogiesen en sus celdas, y otra hora para que apagasen la luz y se acostasen.

A los frailes, es decir, á los indivíduos profesos, se les permitia sobre este punto cierta libertad; pero á los novicios se les obligaba rigorosamente á cumplir esta órden, por lo cual en la celda de ninguno de ellos brillaba una luz á la hora en que estaba mandado que todas se apagasen.

El noviciado era muy duro, y solo podia soportarse con la esperanza de disfrutar algun dia de las libertades que disfrutaban los padres profesos, que fingiendo cumplir excrupulosamente sus deberes, no cumplian ninguno porque sabian que para ellos, como vulgarmente se dice, se hacia la vista gorda.

Felipe se encontraba en el caso de mostrarse más exacto y escrupuloso que ninguno, pues de otro modo hubiera dado lugar á que su arrepentimiento fuese puesto en duda por el astuto capuchino.

Durante el dia y despues que Margarita habia salido de la iglesia, el novicio hizo lo mismo que siempre, rezó en el coro ó en el templo á la hora en que las puertas estaban cerradas, se paseó por los claustros, habló con algunos de sus compañeros y dedicó algunas horas al estudio.

No habia, pues, motivo para que fray Fulgencio recelase, y cuando llegó la noche y la hora marcada, retiróse el novicio á su celda, sentóse y volvió á tomar los libros para continuar estudiando hasta el momento en que debia apagar la luz.

No debia temer que entonces llegase nadie á interrumpirlo, porque hasta más tarde no se empezaba á vigilar y con todo descuido pudo entregarse á su tarea.

—Manos á la obra,—dijo mientras brillaban sus expresivos ojos como habian brillado en otro tiempo.

Y echando atrás la capucha y acomodándose de espaldas á la puerta, arrancó la hoja en blanco que al final tenia uno de los libros.

¿Habia conseguido hacerse de pluma ó lápiz para escribir?

No; pero esto era bien poca cosa para el jóven.

Durante sus paseos y mientras vagaba por el patio principal, habia recogido como distraidamente una pequeña astilla de pino, que dividió en varios trozos de los que arrojó en distintas direcciones unos cuantos.

Esto, para el que lo veia, no significaba más que una inocente diversion, una de esas cosas que se hacen maquinalmente y en los momentos de preocupacion.

Si entonces era observado Felipe, nada debia temer, porque á nadie le hubiera ocurrido pensar que semejante entretenimiento fuese encubridor de graves ideas y de intenciones que debian producir no menos graves resultados.

Largo rato pasó el jóven arrojando pedacitos de la astilla y como si se complaciese en ver adonde iban á parar; pero tuvo buen cuidado de ocultar el mayor de los trozos en una de sus mangas, y lo sacó apenas hubo arrancado del libro la hoja en que debia escribir á Margarita.

Por algunos momentos y con indecible satisfaccion contempló el desdichado mancebo el pequeño trozo de madera, acercándolo despues á la luz por su extremo más delgado.

El fuego prendió en seguida, y cuando el combustible estaba encendido, lo separó de la luz, lo dejó arder algunos momentos y luego lo apagó, resultando así que una parte de la madera quedó carbonizada.

Felipe volvió á sonreir, contemplando su obra, y murmuró:

—¿No es esto un lapiz servible como otro cualquiera?... Poco me importa que se borre fácilmente con tal que sus señales queden en el papel hasta que sean vistas por doña Margarita de Cienfuegos.

Ya no necesitaba más.

Con aquello podia escribir, y aunque el trozo car-

bonizado debia gastarse muy pronto, remediaría esto con repetir la operacion.

Algun olor quedó en la celda que no hubiera pasado desapercibido para el olfato de fray Fulgencio y que le hubiera hecho sospechar; pero debia desaparecer bien pronto, porque lo mismo que la noche anterior, el jóven habia cuidado de dejar la ventana de par en par abierta.

La carta debia ser lacónica, porque el papel era escaso y las letras con el trozo de carbon no podian hacerse pequeñas; pero á Felipe le bastaba hacer algunas indicaciones sobre la suerte de Marcelo, sobre su propia situacion y sus dudas, y pedir además lo que necesitaba para proseguir su obra.

—En nombre de Dios,—dijo.

Y sin esperar más escribió lo siguiente:

«Se presentó un hombre que dice llamarse Marcelo: quiso darme explicaciones; pero antes de que lo hiciese se apoderaron de él y se encuentra aquí en un calabozo.

»He conseguido despues hablarle.

»Ya sé quien fué mi padre; pero ignoro lo que significan ciertas palabras de un loco sobre la suerte de Angélica. He sospechado que la infeliz vive. No pude poner en claro mis dudas, porque tuve que interrumpir mi conversacion con Marcelo.

»Ignoro la suerte de la que me ha servido de madre y que ha desaparecido.

»Disimulo y he conseguido engañar á nuestro enemigo.

»No saldré de aquí hasta volver la libertad al preso y apoderarme de los papeles.

«Necesito una escala ó una cuerda bastante larga y fuerte, y además dos limas ó dos instrumentos con que poder cortar prontamente los barrotes de una reja.

»Quiero vengar á mi madre.

»Todo mi corazon es de las personas de quienes siempre ha sido.

«Los objetos que necesito pueden dejarse en la capilla de santa Rita tras uno de los pedestales que sostienen las efigies de los santos Pedro y Pablo, y que están á los lados del altar.

»Espero que Dios me concederá la gracia de proporcionarme ocasion en que poder dar pruebas de gratitud á los que me aman y favorecen.»

No pudo escribir más Felipe, porque no le quedaba más papel.

A nadie le habia ocurrido acercarse á la celda.

El jóven dobló cuidadosamente el papel y lo ocultó sobre su pecho y bajo la camisa.

De buena gana y como un recuerdo de mucho valor para él hubiera guardado el trozo de madera que acababa de prestarle tan gran servicio; pero la prudencia le aconsejaba sacrificar aquel recuerdo, y levantándose, se asomó á la ventana y lo arrojó al patio.

Ninguna huella quedaba que descubriese su ingeniosa travesura, y nada debia temer á menos que el papel se perdiese ó le fuese robado.

—No,—dijo para sí,—no se me perderá, ni tampoco me lo quitarán, porque para guardarlo bien no me permitiré ni siquiera dormir.

Nosotros tampoco tememos que se le perdiese la car-

ta, que en aquella situacion era un verdadero tesoro.

El novicio fijó la mirada en la reja de la prision, ó más bien en el sitio donde sabia que la reja estaba, recordando todos los incidentes del suceso de la noche anterior.

¿Habia observado Marcelo lo que hizo Felipe para escapar de las garras del capuchino?

Era probable que no, porque la parte de más interés de aquella escena muda, tuvo lugar cuando el fraile reconocia la reja, y entonces el preso debia haberse retirado á uno de los rincones del calabozo.

De esto dedujo el jóven que Marcelo debia sufrir atormentado por las dudas de lo que al fin habria sucedido; pero no habia medio de disipar aquellas dudas para tranquilizarlo.

Nada tenia que hacer entonces Felipe y empezó á calcular sobre los medios de devolver la libertad al fingido hidalgo.

Con la escala ó la cuerda que enviase doña Margarita podia el novicio todas las noches bajar al patio, y ponerse en comunicacion con el que ya consideraba su amigo.

Las dos limas que habia pedido bastaban para romper los barrotes de la reja antes de que fray Fulgencio á media noche se presentase á revisar como lo habia hecho la anterior.

Aunque trabajosamente, Marcelo podria salir por la pequeña ventana, y una vez en el patio, treparia por la escala hasta la celda del novicio.

¿Y despues?

Aquí empezaban las dificultades; pero no eran invencibles.

Aunque con peligro de ser descubiertos, Felipe y Marcelo podrian salir de la celda, burlando la vigilancia del lego que se situaba en el pasillo, y yendo á parar á una de las habitaciones que tenian ventanas á la calle, el preso se serviria nuevamente de la escala para huir.

El plan no podia ser mejor; pero presentaba un gravísimo inconveniente, ó mas bien un peligro en que hasta entonces no habia pensado Felipe, porque no era posible que pensase en todo.

Fray Fulgencio encontraria rotos los barrotes de la reja y veria que por allí se habia evadido el antiguo sacristan.

¿A dónde habia ido?

Al patio.

En el patio no lo encontrarian.

¿Por dónde habia salido del patio?

Por la puerta, no; porque la encontrarian intacta y estaba vigilada además.

En semejante caso debia ocurrirle al más torpe que el preso habia salido por una de las ventanas, sirviéndose de una escala ó de una cuerda, y la ventana no podia ser otra que la de la celda de Felipe, puesto que éste ere el único interesado en que el otro recobrase la libertad.

El mancebo debia, pues, ser responsable de todo, y seria inmediatamente encerrado en el calabozo más oscuro, inutilizándose por consiguiente para proseguir su

obra, para continuar la lucha que habia comenzado tan afortunada aunque tan dificilmente.

Felipe no tenia miedo, lo sabemos ya; pero no renunciaba á vengar á su madre ni á poner en claro sus dudas con respecto é la existencia de Angélica, y para cumplir estos deseos necesitaba encontrarse libre y seguir inspirando confianza á fray Fulgencio.

La frente de nuestro jóven se contrajo.

En un instante habia visto hundirse el artificio ingenioso de su plan y nuevamente se ocupó en buscar otros medios.

Empero todos ofrecian el mismo resultado. La fuga de Marcelo, cualquiera que fuese el modo como se llevase á cabo, haría recaer todas las sospechas sobre Felipe.

Difícil era decir si interesaba mas que recobrase la libertad Marcelo ó que el novicio continuase representando su papel de arrepentido y engañando al fraile.

Las dos cosas no podian hacerse á la vez, porque la una imposibilitaba la práctica de la otra.

Por de pronto no estarian demás las limas y la escala, y por consiguiente no habia para qué variar el contenido de la carta.

Llegó la hora y el novicio apagó la luz, acostándose vestido como la noche anterior.

Poco tiempo despues resonaron al otro lado de la puerta los pasos del lego que vigilaba.

Y trascurrieron las horas.

Y el sueño huia de los ojos del novicio, ó más bien se esforzaba para ahuyentar el sueño.

A su pesar durmió cuando se acercaba el dia.

El sonido de la campana lo despertó bien pronto obligándole á dejar el lecho para acudir al coro y tomar parte en el rezo de maitines.

Dejó el sol ver sus luces.

La noche habia pasado sin novedad.

Felipe contaba los minutos con un afan inconcebible.

Con frecuencia llevaba la mano á su pecho para convencerse de que no se habia perdido el papel.

Antes de que principiase la misa mayor, la dueña de doña Margarita entró en el templo, situándose lo mismo que el dia anterior á la derecha y no lejos de uno de los púlpitos.

Principiaron los oficios divinos.

La comunidad estaba en el coro, y con la comunidad estaba Felipe.

Tenia la cabeza inclinada sobre el pecho; pero su mirada buscó entre los concurrentes al templo, que no eran tantos como el dia anterior.

Bien pronto encontró á la vieja, reconociéndola fácilmente, porque ella á pesar de sus deseos de aparecer devota, sentíase bastante desasosegada y se movia con frecuencia.

Desde aquel momento no hizo más que cavilar.

Siguió pasando el tiempo con penosa lentitud para el jóven.

Concluyó la misa.

Salieron los fieles, quedando la dueña sola.

Esta se santiguó, inclinóse tres veces y besó el suelo.

Luego empezó á mover los lábios y á pasar las cuentas de su rosario.

De vez en cuando se daba fuertes golpes con la diestra sobre el pecho.

Habia llegado el instante.

Felipe, que se habia retirado á su celda, salió y volvió al coro donde permaneció arrodillado algunos minutos.

Del coro fué á la sacristia y allí habló con algunos de sus compañeros.

Luego salió á la iglesia y se puso á rezar al pié del altar mayor.

Cuando concluyó dirigióse á una de las capillas y rezó tambien.

Entonces llegó un lego, que se situó junto á un confesonario, arrodillándose y rezando tambien.

Era el espía.

La vieja habia visto al novicio.

No lo habia reconocido; pero habia dicho para sí:

—¿Será ese?

Y esperó mientras continuaba dándose golpes de pecho.

Era imposible que aquella mujer infundiese sospechas.

El mismo fray Fulgencio la hubiera mirado con indiferencia.

Felipe parecia completamente absorto en sus místicos pensamientos.

Cuando salió de la capilla, su cabeza se inclinó mucho mas que antes.

Tal era su aspecto, que el lego espía dijo para sí:

—El pobre no se apercibe de lo que pasa á su alrededor.

Muy lentamente atravesó el templo Felipe en direccion al sitio donde se encontraba la vieja envuelta en la sombra proyectada por el púlpito.

El lego creyó que nuestro jóven andaba maquinalmente y sin ver por donde iba, convenciéndose de esto con el incidente que tuvo lugar.

Llegó el novicio donde estaba la vieja y en vez de separarse á un lado, de detenerse ó de retroceder, siguió avanzando como si no hubiese nada que le estorbase, de lo cual resultó que uno de sus piés se enredase entre la basquiña y el ancho manto de la dueña, perdiendo el equilibrio, vacilando algunos instantes y cayendo al fin mientras extendia los brazos para buscar un punto de apoyo.

—¡Jesús!—exclamó asustada la vieja.

—Llevaos eso,—dijo con voz concentrada Felipe.

Y se revolvió un momento, levantándose como despavorido y huyendo hácia una de las capillas en tanto que el lego acudia en su auxilio.

La dueña, invocando á todos los santos de la corte celestial, moviéndose de un lado para otro, vió entre sus ropas un papel, lo recogió con la mano izquierda, santiguóse con la derecha, y arreglándose el manto, púsose en pié y se dirigió hácia Felipe, llegando á él cuando tambien llegaba el lego y diciéndole:

—¡Válgame Dios!... ¿Os habeis hecho mal?... Yo no me aparté, porque creí que me habíais visto.

—No os ví,—respondió el mancebo con muestras de gran turbacion y bajando humildemente los ojos.—Perdonad...

—No hay por qué.

—Hermano,—dijo el lego entonces,—distraidamente habeis venido á la iglesia sin pensar que aún no se habian cerrado las puertas y no os estaba permitido permanecer aquí.

Como si quisiese reconocer el lugar, miró á su alrededor el mancebo y murmuró:

—Es verdad.

Luego elevó al cielo una mirada dolorosa y exclamó:

—¡Dios mio!

Otra vez se inclinó su cabeza como si no pudiese soportar el enorme peso de sus sufrimientos, y se dirigió hácia la sacristia.

—¡Infeliz!—murmuró el lego.—Su vida es un misterio para todos; pero no hay duda que á pesar de su juventud ha sufrido ya horribles desengaños.

La vieja tomó agua bendita y se apresuró á salir del templo.

Cuando estuvo en la calle exclamó:

—¡Jesús, María y José!... ¿No me engañan mis ojos?... Lo he visto bien, muy bien, y estoy segura de que no me equivoco... Es el paje, el travieso paje que desapareció sin saber cómo, y de quien se cuentan tantos enredos. Ahora lo comprendo todo: mi noble señora estaba enamorada de él, y por eso... No, no debe ser cosa de mi señora... ¡Líbreme Dios de los malos pensamientos!...

No sé, no sé: pero ello es que algunas veces se ha murmurado del cariño que la reina tenia á su hermoso paje, y bien puede suceder que por eso mi señora... ¡Otra vez los malos pensamientos!... Está visto, hoy Satanás me pone en el camino de la perdicion, pues de todo ello resulta que aquí hay una intriga de amores, y que estos amores no tienen nada de santos, porque al fin el mancebo está dedicado al servicio de Dios, será muy pronto un sacerdote, y... Verdad es que he visto algunos ejemplos de extravios como éste, porque aún recuerdo al padre Francisco, que dicho sea de paso, era todo un buen mozo, y no se me olvidará el empeño que mostraba para conseguir mis favores... ¡Ay!... Fuí débil; pero estoy arrepentida, y es firme mi propósito de no caer más en tan horrenda tentacion.

Miró la vieja á todos lados, y convenciéndose de que nadie la seguia, apresuróse á volver á palacio por el camino más corto, cuidando de que el papel no se escapase de su mano.

La hipócrita vieja no sabia leer, pues si hubiese sabido, habríase enterado del contenido de la carta de Felipe.

Una hora despues el lego espía entraba en la celda de fray Fulgencio.

—¿Hay novedad?—preguntó éste.

—El hermano Felipe continúa lo mismo que siempre y aún más triste, más preocupado, si he de juzgar por lo que hoy ha sucedido.

—Hablad, que todo lo que suceda tiene importancia.

—Antes de que se cerrasen las puertas de la iglesia,

salió el hermano Felipe y se puso á rezar junto al altar mayor.

—¿Quedaba alguien en el templo?

—Nadie más que una pobre mujer de bastante edad.

—Sus señas.

—Curiosamente vestida, vieja y fea.

—Proseguid.

—Desde el altar mayor fué el hermano á la capilla de San José, y desde allí se dirigió á la de Santa Rita; pero iba tan distraido, tan absorto en sus tristes pensamientos que ni siquiera vió á la anciana y tropezó con la ropa de ella y cayó.

Arrugóse el entrecejo del capuchino, que se apresuró á preguntar:

—¿Dónde estábais vos?

—Muy cerca de allí, junto á un confesonario.

—¿Qué hizo la anciana?

—Asustada invocó á nuestro Señor Jesucristo.

—¿Qué dijo el hermano Felipe?

—No pronunció una palabra.

—¿Y qué hizo?

—Revolvióse y levantóse como pudo, y muy turbado huyó á la vez que yo acudia para socorrerlo.

—¿No le hicísteis observar la inconveniencia de haber entrado en el templo antes de que las puertas se cerrasen para los fieles?

—Sí, y se mostró sorprendido, y miró al cielo con expresion dolorosa, exclamando: «¡Dios mio!» Os aseguro, reverendo padre, que el infeliz me infundió lástima, porque debia sufrir mucho, muchísimo.

—¡Desgraciada criatura!—murmuró tristemente el fraile.

—La anciana se fué...

—¿Y qué más?

—El hermano Felipe volvió á la sacristía y ahora lo he dejado en su celda.

Fray Fulgencio reflexionó, preguntando despues de algunos momentos:

—¿Estais seguro de que el hermano Felipe no dirigió la palabra á esa mujer?

—Segurísimo, padre, porque ya os he dicho que yo me encontraba muy cerca de allí.

—¿Reconoceríais á la anciana si volviéseis á verla?

—Tal vez, aunque me parece que no.

—Sin embargo, observad mañana por si la veis, y avisadme.

—Sereis obedecido.

—Y si otro dia,—repuso el fraile,—sale el hermano Felipe al templo antes de que las puertas se hayan cerrado, olvidando así la terminante prohibicion hecha á los novicios...

—Se lo estorbaré.

—No; pero lo observareis más cuidadosamente que nunca sin ponerle inconveniente alguno, á menos que intentase pasar de la iglesia á la calle.

—Comprendo.

—Tened entendido que este asunto es muy delicado, porque esa criatura infeliz está á todas horas amenazada por algunos miserables que quieren hacerlo instrumento de criminales intrigas, y un descuido cualquiera

por nuestra parte, produciría las más tristes consecuencias.

—Cumpliré mi deber.

—Dejadme, hermano.

El lego salió.

Fray Fulgencio dijo para sí:

—No es para infundir sospechas lo que ha sucedido; pero no lo olvidaré.

CAPITULO XLVII.

Fray Fulgencio se mueve en vano.

Al dia siguiente, y algunos minutos antes de que diese principio la misa, la dueña entró en el templo; pero en vez de situarse junto al púlpito, penetró en la capilla indicada por Felipe, que era la más oscura de todas.

Nadie la observaba, ni podia verla entonces, porque en el templo no habia más que tres ó cuatro personas.

Los indivíduos de la comunidad se disponian á ir al coro.

La ocasion no podia ser más propicia, y la dueña, despues de mirar á su alrededor, acercóse al pedestal que sostenia la imágen de San Pedro y se arrodilló, inclinándose como si fuese á besar el pavimento.

Entre el pedestal y la pared habia un pequeño espacio que estaba completamente oscuro, y allí era donde debia dejar los objetos pedidos por Felipe.

Doña Margarita no se equivocaba, pues la vieja era astuta y lista cuando le convenia.

No permaneció en aquel sitio más que un minuto, levantándose y volviendo á la nave principal para arrodillarse donde lo habia estado el dia anterior.

No bien hizo esto cuando el lego, obedeciendo las órdenes del capuchino, entró en la iglesia y empezó á examinar los rostros de las tres mujeres que allí habia.

Dos eran jóvenes, y el lego no pudo dudar; pero la tercera le hizo decir:

—Me parece que es esa.

Y la miró atentamente, convenciéndose al fin de que no se equivocaba.

Inmediatamente volvió á la sacristia, y dirigiéndose al coro, llegó en los momentos que entraba la comunidad.

La mirada de fray Fulgencio, una mirada interrogadora, se fijó en el lego.

Este hizo un leve movimiento de cabeza como si quisiese decir:

—Sí.

No fué menester más.

El capuchino se separó de sus compañeros, dirigiendo al lego otra mirada para indicarle que lo siguiese.

Desaparecieron ambos, y la comunidad entró en el coro.

Cuando el capuchino llegó á la puerta de su celda detúvose, y el lego, que lo seguia, se le acercó, diciéndole en voz baja:

—En la iglesia está.

—¿Y en qué sitio?—preguntó fray Fulgencio.

—En el mismo que ayer, cerca del púlpito de la derecha.

—Pues colocaos donde os sea posible observarla.

—Así lo haré.

—Durante un cuarto de hora no la perdereis ni un momento de vista.

—¿Y luego?

—La dejareis y volvereis al coro.

—¿Y si antes quiere irse?

—Le saldreis al encuentro y la detendreis con pretexto de hablarle de las consecuencias de la caida del hermano Felipe, diciéndole que se ha dislocado un pié, y sosteniendo la conversacion hasta que calculeis que han pasado los quince minutos.

—Todo eso es fácil.

—Lo más difícil es la discrecion.

—Padre...

—En vos confio, hermano.

—Gracias.

—No os detengais.

El lego se alejó.

Fray Fulgencio entró en su celda.

Diez minutos despues se abrió otra vez la puerta y salió, no el capuchino de la luenga barba, sino el caballero del vestido de paño verde oscuro, que rápidamente atravesó pasillos y galerías, dejando atrás el claustro y saliendo al fin por la portería sin que de él se cuidase el hermano portero.

Sin detenerse un instante tomó hácia la calle de las

Infantas, adonde salió bien pronto, dando algunos pasos y deteniéndose á la puerta del templo.

Algunos fieles más llegaban entonces y confundido con ellos entró el capuchino en la iglesia, quitándose el sombrero, que sostenido con la mano izquierda le sirvió para ocultar una parte de su rostro.

Acababa de principiar la misa.

El fingido caballero tomó agua bendita, dirigió una rápida mirada á su alrededor y descubrió á la vieja que permanecia arrodillada cerca del púlpito y parecia rezar con fervor.

No lejos de allí, en el fondo de una capilla estaba el lego.

Fray Fulgencio, siempre procurando ocultar una parte del rostro, atravesó la iglesia y fué á colocarse debajo del púlpito y desde donde podia cómodamente examinar el rostro de la dueña.

Así lo hizo la mirada escudriñadora del intrigante capuchino, que pocos momentos despues decia para sí:

—No la conozco... ¿Quién es?... No es una dama, y sin embargo, su ropa no es la de una pobre... ¡Ah!... Esto es claro... Una dueña... ¿Quién es su señora?... No tardaré en saberlo.

Debemos considerar perdido al desdichado Felipe, porque apenas supiese el capuchino á quien servia la dueña, comprenderia que el tropezon que habia parecido casual, era intencionado.

Y fray Fulgencio no cometeria una torpeza, porque no era hombre que las cometiese, pues con el disimulo y habilidad de que tantas pruebas habia dado, seguiria á

la vieja á todas partes, y concluiria por verla entrar en palacio y averiguar que estaba al servicio de doña Margarita.

¿De qué le servirian al novicio las limas y la escala?

Era probable que estos objetos cayesen en poder del capuchino, y si así no sucedia tampoco serían útiles para salvar á Marcelo, ni para que éste continuase la interrumpida conversacion con nuestro jóven.

Escrito parecia que Felipe habia de ignorar constantemente que Angélica de Guevara existía, pues cada vez que se le proporcionaba ocasion para aclarar sus dudas sobre este punto, levantábase un nuevo obstáculo, mayor que los que el infeliz habia conseguido vencer.

Algunas personas más entraron en el templo.

La dueña no tenia órden de detenerse aquella mañana tanto tiempo como las anteriores, pues una vez que depositase los objetos que llevaba, no habia para qué permaneciese allí.

Más de un cuarto de hora trascurrió.

El lego, que calculaba bien el tiempo, dijo para sí:

—Ya puedo irme.

Y se dirigió á la sacristia y desde allí fué al coro, donde entró y empezó á buscar con la mirada á fray Fulgencio para hacerle una seña, diciéndole que creia haber cumplido su deber y que la vieja beata permanecia en el sitio donde se habia colocado.

Empero el capuchino no estaba en el coro.

Quien habia era Felipe, que á pesar de que permanecia con la cabeza inclinada, no dejaba ni un instante de mirar á la vieja.

El desgraciado mancebo abrigaba en aquellos momentos dudas y temores que le hacian sufrir bastante.

¿Habia enviado doña Margarita los objetos que se le habian pedido?

Era probable que sí; pero tambien, aunque no probable, era posible que una casualidad, una coincidencia imprevista diese ocasion para que los objetos se descubriesen.

Y si esto sucedia, no era posible dudar con qué fin se habian colocado en aquel sitio.

Las limas debian necesariamente servir para romper los hierros de una reja, y nadie tenia interés en hacer esto más que la persona que se encontraba aprisionada.

Pálida y contraida estaba la frente del mancebo.

Muchas veces su mirada era sombría.

Si sus planes eran descubiertos, si llegaba un momento en que ya no le fuese posible fingir, ¿qué resolucion deberia tomar?

Felipe no estaba dispuesto á entregarse, sino firmemente decidido á luchar, pasando del terreno del disimulo y de la astucia al de la violencia, y produciendo un escándalo cuando otro recurso no le quedase.

Esto no era ni más ni menos que una locura: pero locuras comete el que se encuentra en situaciones semejantes y cuando llega el momento de ver desvanecidas todas sus esperanzas.

La fortuna lo habia protegido los dias anteriores; pero la fortuna es loca y era muy fácil que volviese la espalda al pobre novicio.

Terminó la misa.

Fray Fulgencio no se habia movido.

La vieja no esperó, santiguóse, púsose en pié, fué á tomar agua bendita y salió al mismo tiempo que lo hacian los demás devotos.

Cuando estuvo en la calle se detuvo algunos momentos, viendo que á pocos pasos de distancia habia un caballero, que se habia detenido tambien para arreglar su corbata, sin duda descompuesta al salir del templo.

Esto nada tenia de particular.

Gente debia haber en la calle, y la vieja nada temia como no advirtiese que alguien la seguia.

Descuidadamente tomó calle abajo para buscar la del Barquillo, salir á la de Alcalá y entrar luego por el Puente Verde en el Prado.

Fray Fulgencio la dejó alejarse, y cuando ella llegaba cerca de la tapia de la huerta del convento del Cármen, siguiola él de modo que ni la perdiese de vista ni menguase la distancia que mediaba entre ambos.

En las revueltas de la estrechísima calle que seguia la direccion de la tapia, debia la dueña convencerse de que nadie la seguia, pues al volver la cabeza á nadie debia ver.

Con esta circunstancia contaba el capuchino.

Siguieron así y despues de algunos minutos la sirviente se internó en la estrechísima calle, adonde tambien llegó fray Fulgencio; pero al ir á entrar tuvo que detenerse para dejar el paso libre á un hombre muy grueso que iba en direccion contraria.

En aquella estrecha calle no cabian cómodamente dos personas.

Detúvose, como deciamos, el capuchino sin cuidarse del otro más que para dejarlo pasar; pero el que salia se detuvo tambien y mirando sorprendido al fraile exclamó:

—¡Ah!

Fray Fulgencio volvió la cabeza, fijó su excudriñadora mirada en el transeunte y arrugó el entrecejo.

—¿No me conoceis?—preguntó el otro.—Pues yo sí os he reconocido, caballero, y me alegro mucho encontraros, porque tengo que haceros una advertencia...

—No olvideis las mias, doctor Cebollino,—replicó el fraile con aspereza.

—No las olvido; pero es el caso...

—Dejadme pasar.

—Os dejaré como es muy justo, y no me ocuparé de seguiros; pero antes os diré que no os he autorizado...

—Dejadme,—interrumpió el capuchino con viva impaciencia.

Y se echó á un lado para pasar.

Empero el doctor, que era terco, atajóle nuevamente el paso, empeñándose en hacerse escuchar.

Y entretanto la vieja se alejaba despues de haber desaparecido tras el recodo que formaba la calle.

Relumbraron con el fuego de la ira los ojos de fray Fulgencio, que con voz reconcentrada exclamó:

—¡A un lado!

—Escuchadme...

—Tengo prisa, iré á veros y os escucharé...



.....le hizo perder el equilibrio y caer pesadamente

—Ignoro quién sois y no me satisface esa promesa.

—Dejadme os digo...

—Un momento no mas.

—¡Vive el cielo!—gritó el capuchino, que quizá por primera vez en su vida perdia la calma.

—¿Me amenazais?

—Y os aplastaré,—dijo el fraile mientras pugnaba por pasar y el doctor se lo estorbaba, porque no creia que á semejante hora y en aquel sitio se atreviese á cometer un abuso el misterioso caballero.

—Dejásteis en mi casa un bolsillo...

—Está bien.

—Y debo advertiros...

—Basta,—interrumpió fray Fulgencio.

Y extendió los brazos y asió los de Cebollino, oprimiéndolos fuertemente.

Entonces tuvo miedo el pobre doctor, pero instintivamente revolvióse para desasirse, resultando que ni el uno ni el otro pudieron continuar en la direccion que llevaban.

La lucha debia ser breve, porque fray Fulgencio estaba dotado de fuerzas hercúleas.

—Que gritaré, que pediré socorro...

—Llamad al mismo Lucifer en vuestra ayuda,—replicó fuera de sí el fraile.

Y sacudiendo rudamente á su desdichada víctima, le hizo perder el equilibrio y caer pesadamente.

Empezó el infeliz doctor á exhalar lastimeros ayes, pero por cima de su cuerpo saltó el capuchino, corrió, volvió á la derecha y desapareció.

Poco tiempo habia perdido, pero el suficiente para que se alejase la dueña.

Salió fray Fulgencio á la calle del Barquillo y allí tuvo que detenerse.

Miró hácia la izquierda sin descubrir mas que á dos ó tres personas que en nada se parecian á la que buscaba.

Volvióse hácia la derecha y miró tambien.

Desde allí descubría la calle de Alcalá por donde en aquellos momentos cruzaban varios hombres y mujeres.

Ninguna de ellas era la vieja beata.

Al paso de esta no era posible que estuviese muy lejos; pero, ¿habia tomado por la calle de Alcalá ó por alguna de las que arrancan desde la del Barquillo?

Esto era imposible adivinarlo.

Convencióse fray Fulgencio de que le era absolutamente preciso entregarse á la casualidad.

Por segunda vez el doctor Cebollino, el hombre de quien nada debia temerse, presentábase á trastornar los planes del capuchino.

No parecia sino que el pobre doctor estaba predestinado á representar contra su voluntad un importante papel en aquella intriga.

La mirada de fray Fulgencio, profundamente sombría, hubiera infundido terror en aquellos momentos en que vacilaba y perdia un tiempo precioso.

Tal vez la dueña se encontraba ya en la morada de su señora.

Quedábale al fraile la esperanza de seguir á la vieja,

al otro dia; pero fray Fulgencio no era hombre que se contentase con esperanzas, y poniéndose otra vez en movimiento, dirigióse rápidamente hácia la calle de Alcalá.

No le engañaba su instinto; pero al salir á esta calle encontróse con el mismo inconveniente que pocos minutos antes.

¿Hácia qué lado habia tomado la dueña?

Tuvo que detenerse otra vez.

No descubrió á la vieja y pensó que tal vez ésta habia atravesado la calle para entrar en la del Turco.

Nuevamente corrió el capuchino.

¿Para qué hemos de seguirlo?

Diez minutos despues se convenció de que se esforzaba en vano y volvió á su convento, entrando en su celda, dejando el disfraz y poniéndose los hábitos.

Hecho esto llamó al lego espía, preguntándole si algo de particular habia sucedido.

—Nada, absolutamente nada, reverendo padre.

—Redoblad vuestra vigilancia, pero con más disimulo que nunca.

—No lo perderé de vista.

—Idos.

Felipe, despues de la misa, se habia encerrado en su celda, poniéndose á estudiar ó fingiendo que estudiaba, y de allí no se movió hasta que se cerraron las puertas del templo y anunció la campana que habia llegado la hora de comer.

Desde que salian del refectorio hasta la hora de vísperas, nada tenian que hacer los frailes, y entonces el

templo, incluso el coro, veíase completamente vacío, salvo el caso raro de que algun fraile muy devoto entrase allí á rezar.

Esta era la ocasion que el novicio aguardaba.

El lego estaba decidido á cumplir su deber mientras se preguntaba qué clase de enredo era aquel en que estaba metido el hermano Felipe.

Salió éste de su celda á la una del dia y fué á la iglesia, arrodillándose en el centro de la nave principal.

El lego dijo entonces para sí:

—Se me recomienda el mayor disimulo, y por consiguiente debo observar desde el coro, aunque me parece inútil, porque, ¿qué ha de hacer el pobre novicio cuando está solo en la iglesia? Fray Fulgencio lo dispone así y es preciso obedecer.

Entró el lego en el coro, arrodillándose y procurando quedar oculto tras los asientos ó sillería.

Allí era casi imposible que lo descubriese el novicio.

Permaneció éste largo rato, dándose golpes en el pecho y besando de vez en cuando las losas frias del pavimento.

No podia pedírsele más fervor ni más humildad.

Cuando se levantó, entró en la capilla de San José.

Entonces no podia ser visto por el espía.

Cinco minutos despues salió el jóven, atravesó la iglesia y penetró en la otra capilla.

Una vez allí, volvió atras la cabeza y escuchó.

Seguro estaba de que nadie podia observarlo.

Los instantes eran preciosos.

Su rostro se cubrió de nerviosa palidez.

Brillaron sus pupilas.

Temblaron sus manos.

—¡Oh!—murmuró con voz reconcentrada.

Y se acercó al pedestal, inclinóse, extendió los brazos, y sus manos tocaron un bulto.

Difícilmente pudo reprimir un grito de alegría.

Un momento despues habia sacado del escondite un envoltorio de lienzo fuertemente cosido por todos lados, y que debia encerrar la escala, las limas y quizá algun otro objeto, porque pesaba bastante y abultaba regularmente.

Apresuróse el mancebo á ocultar aquel tesoro bajo su sayal, disimulando el bulto con los brazos que cruzó, y á los pocos minutos salió de la capilla, dirigióse al altar mayor, arrodillóse y fingió que rezaba.

Inmóvil permaneció allí por espacio de un cuarto de hora, y al fin salió del templo y lentamente atravesó claustros, habitaciones y pasillos y volvió á su celda, ocultando el envoltorio bajo el pobre colchon de su más pobre lecho.

Hasta entonces no pudo respirar libremente.

—¡Ah!—exclamó.

Y se dejó caer en una silla como si se hubiesen agotado sus fuerzas.

Hasta que llegara la noche no podia examinar los objetos que le habian enviado sus fieles amigas y protectoras.

Para aguardar tuvo que hacer grandes esfuerzos, porque su impaciencia era creciente.

¡Con cuánta lentitud pasó desde entonces el tiempo para el novicio!

Felipe no abandonó su celda sino cuando le era absolutamente preciso para cumplir sus deberes, y no hacerse sospechoso.

Su porvenir dependia de una circunstancia cualquiera, de una casualidad.

CAPITULO XLVIII.

Lo que habia en el envoltorio.

Fray Fulgencio cavilaba; pero no encontraba motivo para poner en duda la sinceridad de Felipe, y más de una vez pensó que ya era tiempo de dejar al infeliz jóven alguna más libertad, pues parecia que el espionaje era completamente inútil.

Sin embargo, el capuchino no olvidaba á la vieja devota, ni la casualidad de haberse encontrado con el doctor Cebollino.

—¿Ha nacido ese hombre para mi tormento?—se preguntó muchas veces el fraile.—Es tímido, tiene poca inteligencia, y no puede ponerse en duda su honradez, y á pesar de esto me infunde más temor que todos mis adversarios. ¿Qué me importa que sus intenciones sean las mejores del mundo? Si me estorba, si aun contra su voluntad trastorna todos mis planes, el resultado es el peor para mí.

La calma que por algunos momentos habia perdido el fraile la recobró fácilmente, ya porque no tenia gran importancia la desaparicion de la vieja, ya porque estaba casi seguro de verla al dia siguiente, pues parecia que ella tenia la costumbre de ir todas las mañanas á la hora de la misa mayor.

La noche habia llegado, esparciéndose las tinieblas negras como los pensamientos del capuchino.

Dió la hora señalada para que los indivíduos de la comunidad se recogiesen en sus celdas, es decir, habia llegado el momento dichoso para Felipe, el momento de examinar lo que el envoltorio contenia, y aprovechando el tiempo, y despues de convencerse de que en el pasillo aún no habia vigilante alguno, acercóse á su cama y levantó el colchon.

Colocado de espaldas á la puerta, rompió fácilmente el hilo que sujetaba el trapo, y desdoblado éste, presentóse su contenido á la vista del mancebo.

—¡Ah!—exclamó con acento de júbilo y sorpresa:

Doña Margarita le habia enviado mucho más de lo que él habia pedido, y todo de mucha utilidad en aquella situacion.

Hé aquí lo que el envoltorio contenia:

Una escala de seda y sobradamente larga para descender al patio.

Dos grandes limas enteramente nuevas, que en poco tiempo podrian romper los barrotes de la reja.

Un puñal con mango de marfil y oro y vaina de terciopelo azul con contera de plata.

Un par de pistolas de las más pequeñas que en aque-

llos tiempos se hacian, pero con las que á bastante distancia podia matarse con seguridad á una persona. Las pistolas eran de mucho valor lo mismo que el puñal.

Una bolsa de seda verde llena de monedas de oro.

Un papel escrito, otros en blanco y un lapicero.

Un ovillo de hilo bastante abultado.

Y por último, otro papel en que habia envuelta una cosa que Felipe no supo lo que era, unos pedazitos muy pequeños de color oscuro.

El manuscrito lo sacaria de dudas.

Felipe examinó uno por uno los objetos, dejando escapar exclamaciones de sorpresa y de alegría.

Su corazon palpitaba con violencia.

La reina y doña Margarita no habian podido ser más previsoras.

Las pistolas estaban cargadas.

—¿Para qué me envian este hilo?—se preguntó el mancebo.—¿Creen que necesito coser ó que quiero entretenerme en hacer calceta?

El novicio estaba alegre, y así lo probaba su lenguaje.

—Veamos,—dijo.

Tomó el papel escrito, volvió á ocultar lo demás, se acercó á la mesa, sentóse, abrió un libro por si alguien lo sorprendia, y con afan indescriptible leyó lo siguiente:

«Muy bien, mi querido amigo, muy bien. Habeis probado que valeis mucho. Un momento de debilidad tuvísteis; pero, ¿quién no tiene en el trascurso de su vida un momento fatal?

»No puedo haceros comprender el efecto que en *nosotras* ha producido vuestra carta: si hubiéseis estado en acecho y hubiéseis visto nuestros rostros, si hubiéseis puesto la mano sobre nuestros corazones, si hubiéseis escuchado nuestras palabras, visto nuestro llanto y nuestras sonrisas, habríais podido comprender...

Interrumpióse Felipe, y con voz ahogada exclamó:

—¡Nobles corazones!... ¡Oh!... He sido ingrato al abandonarlos en los momentos de mi desesperacion; he sido ingrato, estúpido y débil, lo reconozco.

Volvió á leer.

»¡Preso nuestro mejor amigo, preso el hombre á quien Dios ha querido hacer instrumento de su inexorable justicia!...

»No importa, amigo mio, no importa, porque ese hombre se salvará.

»Depositad en él la más ciega confianza, porque cuanto os diga es verdad.

»Ya sabeis que teneis derecho á llevar un nombre ilustre y á disfrutar una gran fortuna.

»¿Sospechais que Angélica de Guevara vive?

»¿Qué os dice vuestro corazon?

»Angélica no há muerto...

Felipe exhaló un grito, que pudo ser su perdicion.

La luz huyó de sus ojos.

Sintió afluir á su cabeza toda su sangre.

Un momento despues pareciale que todos los objetos giraban á su alrededor.

La carta se escapó de sus manos, cayendo sobre el libro, y sobre la carta cayó la frente del infeliz mancebo.

Por espacio de cinco minutos permaneció inmóvil.

Esto debia suceder, y si antes de que sospechase nada, le hubiesen dicho á Felipe que Angélica vivia, el desdichado habria perdido la razon.

Empero ya el trastorno no debia producir fatales consecuencias.

Levantó por fin la cabeza, se oprimió las sienes y y luego el pecho, aspirando con avidez el aire puro y fresco que entraba por la ventana.

—¡Angélica!—exclamó despues de algunos momentos.—¡Vive, vive!... ¡Ya soy dichoso!... ¡Oh!... Que me separen ahora del mundo, de ese mundo que miré con horror y que ahora es para mí mansion celestial, porque Angélica vive.

Su mirada volvió á fijarse en el escrito, besándolo repetidas veces donde la mano de Margarita habia estampado el nombre de la hija de don Alfonso.

Luego se puso en pié el novicio, se asomó á la ventana y levantó los ojos.

El cielo le pareció mas trasparente que nunca.

¿No era aquella noche más intenso el fulgor de las estrellas?

Al mancebo le pareció que sí.

—¡Ah!—exclamó.—Este aire que aspiro es el mismo que respira ella; este céfiro que acaricia mi abrasada frente ha besado tambien la frente pura de Angélica. Y en estos momentos quizá tambien ella contempla el cielo y la luz fulgurante de los astros; ella quizá tambien...

Guardó silencio Felipe, exhaló un suspiro penoso y murmuró:

—¿Pero me ama?... Margarita conoce los secretos del corazon de su amiga y me alentaba... Quiero acabar con mis dudas.

Volvió el mancebo á la mesa y leyó otra vez:

»Angélica no ha muerto; fué sacada del ataud; pero la infeliz, temerosa de que su padre quisiese obligarla á casarse con don Iñigo, ocultó su existencia hasta para nosotras.

»El hombre que la sacó del ataud, que la salvó, que echó sobre sí la gravísima responsabilidad de protegerla y ocultarla, no es otro que Marcelo.

»Y Marcelo tambien hacia diez y siete años que buscaba al que puede llamarse asesino de vuestra madre, al que os privó de vuestro nombre, al que os ha robado vuestra inmensa fortuna.

»Y Marcelo tambien era dueño de los documentos que probaban la legitimidad de vuestro nacimiento.

»Y por último, Marcelo es el testigo ocular de los horrorosos crímenes cometidos por vuestro tio.

»Desde lo que podemos llamar su resurreccion, hasta hace pocos dias ha permanecido Angélica en la humilde morada de su protector.

»Dios habia querido que fuese allí, muy cerca de la virtuosa mujer que os ha servido de madre y adonde vos ibais diariamente.

»Allí debísteis encontrarla si no os hubieseis dejado arrebatar por la desesperacion.

»Marcelo os referirá todo esto detalladamente; yo no me detendré á deciros más sino que Angélica os ama...

Otra vez se interrumpió el mancebo.

—¡Me ama, me ama!—exclamó.—¿Qué me falta para ser la más dichosa de todas las criaturas? Vengar á mi madre, vengarla y ya nada tendré que desear... ¡Oh!... Esta noche es inolvidable para mí... ¡Angélica me ama!

El mancebo apenas podia respirar, tal era su emocion.

Su mirada afanosa y ardiente volvió á fijarse en el manuscrito.

»Angélica os ama con una ternura que es por lo menos igual á la vuestra, os ama y su amor es inextinguible, y si verdaderamente no ha dejado de existir, ha sido porque la alienta la esperanza de encontraros.

»Le hemos dado á conocer el estado de vuestro corazon; leyó vuestra primera carta...

»No ha podido leer la segunda, porque ha caido en un lazo preparado hábilmente por nuestro comun enemigo, ha sido engañada y creyendo obedecer á su padre, abandonó la vivienda del hombre generoso que la habia salvado.

»¿A dónde la han llevado?

»Nadié lo sabe; pero si hemos conseguido descubrir vuestro paradero á pesar de que vos hacíais lo posible para huir de nosòtras, debo creer que con más facilidad conseguiremos averiguar donde se encuentra mi desgraciada amiga.

»Sobre este punto tambien os dará Marcelo detalladas explicaciones.

»La virtuosa María me entregó vuestra segunda carta; le revelé el secreto de la existencia de Angélica y ella impaciente corrió á llevaros la nueva feliz.

»¿Dónde está?

»Decís que ha desaparecido y esto debe ser obra de nuestro enemigo comun.

»No se os ocultará que hay empeño en que profeseis para reclamar despues vuestra herencia, enriqueciendo así á la comunidad; pero si este plan no pueden realizarlo tan pronto como desean, acudirán al otro recurso, y entregarán á don Iñigo los documentos á cambio de una crecida cantidad, consiguiendo realizar así en una parte sus deseos, ya que no pueden satisfacerlos completamente.

»¿Qué sucederia si abandonáseis el convento?

»No es posible que se os oculten las consecuencias.

»Por eso Marcelo os ha aconsejado disimular y fingir, y de vuestro disimulo depende la salvacion de todos y el castigo del criminal.

»Os envio la escala, limas y lo demás que me ha parecido puede seros útil, añadiendo una cantidad de opio por si teneis necesidad y ocasion de hacer dormir á cualquiera como recurso para realizar vuestros planes.

»De las pistolas y el puñal hareis el uso que os parezca conveniente.

»Ahora os diré mi opinion sobre vuestra conducta, opinion enteramente igual á la de otra persona que os ama muy de verás, y cuyo nombre adivinareis fácilmente.

»Cualquiera que sea el medio de que os valgais para que Marcelo recobre la libertad, cuando hayais conseguido esto, sereis sospechoso, y por consiguiente parécenos mucho más acertado que nuestro amigo permanezca en su encierro.

»Sin embargo, como vosotros conoceis mejor que nadie vuestra propia situacion, determinad lo que mejor os parezca despues de haber reflexionado con calma.

»Ante todo me parece que lo más interesante es que estemos en contínua comunicacion, sin que pase un solo dia que dejeis de escribirme, dándome minuciosas noticias de todo, y haciendo yo lo mismo; pero las cartas no pueden ir y venir por medio de la persona que ha traido la vuestra y lleva la presente, porque sin despertar sospechas no podeis hacer dos veces una misma cosa, sobre todo cuando tenemos que habérnoslas con un enemigo tan astuto, tan suspicaz y tan hábil como el nuestro.

»En el convento debe haber alguna habitacion abandonada, y cuyas ventanas den á la calle, y me parece que fácil os será acercaros cada noche á esa ventana y dejar caer, pendiente de un hilo, vuestras cartas, de manera que quedando colgadas así y á cierta altura para que no puedan alcanzarse sin levantar el brazo, una persona de mi confianza ó yo misma, irá á recogerlas y dejará las mias allí mismo.

»En la oscuridad de la noche no es posible que nadie vea el papel ni el hilo.

»Para saber el sitio donde dejareis vuestras cartas, mañana á la noche la persona que ha de recogerlas recorrerá todo alrededor del convento, palpando las paredes, sin dejar rincon, ni hueco de puerta, ni sitio alguno, y por si observais, conocereis á esa persona en que de vez en cuando descubre una linterna, cuyo cristal rojo dará á la luz el mismo color, evitando así que

pueda confundirse con ninguna, pues nadie acostumbra á usar linternas con cristales de colores.

»Ya teneis explicado el por qué os envio un ovillo de hilo.

»Mucho más puede deciros Marcelo, que os hablará tambien de mis amores con don Iñigo, tranquilizándoos completamente sobre este punto.

»Ya sabeis, amigo mio, que amé y aun amo á un hombre digno de mí, que fuí correspondida, y aun lo soy aunque nuestras relaciones estén interrumpidas por motivos que conoceis perfectamente. Seré la esposa de ese hombre ó de ninguno, y esto no debiérais haberlo olvidado.

»¿Qué más he de deciros?

»Pensamos en vos á todas horas, entendedlo bien, pensamos, y como conoceis perfectamente nuestro corazon y nuestros sentimientos, nada debo deciros.

»Esperamos con impaciencia vuestras cartas, y mientras llega el dichoso dia en que podamos vernos, os envia un abrazo vuestra mejor amiga.»

Todo lo habia previsto, ningun detalle habia olvidado la ingeniosa Margarita.

Podria suceder que hasta entonces hubiese hecho algo inútil, algo que estuviese de mas; pero nada de menos.

Felipe guardó la carta hasta que tuviese ocasion de hacerla desaparecer sin dejar vestigio alguno, lo cual era fácil.

Luego apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos y reflexionó, pensando ante todo en Marcelo, porque Marcelo era el salvador de Angélica, el hombre

generoso que la habia protegido y que por ella y tan desinteresadamente habia arrostrado todos los peligros.

De menos echaba el jóven entre las explicaciones de Margarita algo sobre aquel loco que se habia introducido en la cámara del rey; pero era probable que Marcelo tuviese noticias de este suceso.

Pasó cerca de media hora y llegó la en que debian apagarse las luces.

La celda quedó completamente á oscuras, y el novicio se dejó caer sobre su lecho para aguardar el momento oportuno de servirse de la escala.

Cuando dieron las once se entreabrió la puerta y asomó la cabeza del vigilante.

Felipe roncaba.

Apenas la puerta se cerró, incorporóse el mancebo, y dijo para sí:

—Puedo disponer por lo menos de una hora y sabré aprovecharla.

Saltó del lecho, buscó el envoltorio y sacó las pistolas, la escala y el puñal.

Luego se quitó los hábitos y los colocó lo mismo que dos noches antes.

En seguida acomodó entre sus calzoncillos el puñal y las pistolas, se acercó á la ventana, miró y escuchó, enganchó la escala y la dejó caer.

Un momento despues descendia rápidamente y desaparecia en la oscuridad del patio.

No debemos seguirlo porque la conversacion que iba á tener con Marcelo debia reducirse á explicaciones sobre la negra historia de don Iñigo, y sobre los sucesos que

pocos dias antes habian tenido lugar en palacio y en la casa de Tocame-Roque.

Por lo demás, el honrado Marcelo debia estar completamente de acuerdo con la opinion de doña Margarita, es decir, que por entonces no creia oportuno salir de su prision.

Una hora despues trepó el novicio por la escala que dejó puesta, entró en su celda, y se acomodó en su lecho.

Eran las doce y la puerta se abrió; pero por segunda vez dejó Felipe la cama y volvió al patio para continuar la conversacion que tanto le interesaba.

A la una de la madrugada habia concluido de hablar y estaban de acuerdo en la conducta que debian seguir.

El mancebo volvió á su celda, recogió la escala y la guardó con el hilo, el ópio, el papel y los lapiceros, introduciéndolo todo entonces entre la lana del colchon.

Las pistolas, el puñal y las limas habian quedado en poder de Marcelo.

Estos objetos eran completamente inútiles para el novicio, y el antiguo sacristan podia ocultarlos perfectamente entre la paja que ya hemos dicho le servia de lecho.

Felipe pudo al fin dormir descuidadamente.

A la siguiente mañana no fué al templo la dueña, lo cual disgustó mucho á fray Fulgencio.

Llegó otra noche y á las diez, hora en que las calles de Madrid estaban casi desiertas, distinguióse confusamente el bulto de un hombre que andaba con lentitud

sin separarse de los muros del convento de Capuchinos.

De vez en cuando aquel hombre sacaba una linterna sorda, la abria, y dejando que la luz se esparciese un momento, cerrábala otra vez y continuaba andando con la misma lentitud.

La luz que se escapaba de la linterna era roja, y si alguno de los supersticiosos vecinos hubiese estado en observacion, habría creido firmemente que un sér fantástico vagaba por los alrededores del convento, abriendo de vez en cuando un ojo descomunal y encendido con el fuego de la mansion satánica.

Tres dias despues creyó fray Fulgencio que era inútil espiar á todas horas á Felipe y que bastaba adoptar algunas precauciones para que no pudiese el infeliz salir del convento.

Apercibióse el mancebo de que ya no era observado como antes.

Esto fué considerado por él con mucha razon como una gran fortuna.

CAPITULO XLIX.

La mona y el gato.

El sacristan y demandadero del convento de Maravillas, ó sea el hermano Crisanto, como le llamaban las monjas, ó el señor Crisanto como en el barrio le decian, habia sido tentado una y otra vez por Satanás, y las tentaciones iban haciéndose tan frecuentes y de tal naturaleza, que llegaron á ponerlo en cuidado grandísimo y á levantar en su conciencia escrúpulos que no le dejaban reposo.

Con la mejor intencion habia hecho Crisanto todo lo posible para librarse de aquellas tentaciones, pero débil criatura al fin, no lo consiguió, sino que por el contrario, parecia que sus esfuerzos eran como la leña que al fuego se añade.

Mas de una noche se desveló el pobre sacristan y dió vueltas y más vueltas en su duro lecho, y se incor-

poró y aun tuvo que levantarse y arrancar chispas del eslabon y el pedernal para encender luz, apelando inútilmente al medio de rezar, invocando la misericordia divina y pidiendo proteccion á su santo tutelar y á santa Rita, que es abogada de los imposibles.

Durante el dia veíasele preocupado, y aun solia descuidar el cumplimiento de sus deberes, por lo cual hubo de sufrir alguna aunque dulce reconvencion del padre capellan.

No encontrando remedio para su mal concluyó Crisanto por hacerse la siguiente reflexion:

—Me parece que no es un pecado amar cuando se ama con buen fin, y como mis intenciones son las más sanas, doy pruebas de ser un necio al atormentarme como me atormento ahora para sacar del alma lo que del alma ya no puede salir. Pobre y humilde soy, y ella es pobre y humilde, y aunque en edad no somos iguales, tampoco soy viejo, puesto que no he cumplido ni los cuarenta y nueve.

Todo fué uno el pensar esto y el dejarse llevar por la fuerza de su pasion.

Crisanto buscó todos los pretextos imaginables para entrar con frecuencia en la parte de edificio reservado á la comunidad, haciendo esto con la esperanza de ver alguna otra vez, como veia, á la bellísima y misteriosa mujer de los rubios cabellos, y cuando no encontraba pretexto alguno, vagaba por los patios y miraba disimuladamente á las ventanas, consiguiendo así muchas veces satisfacer su deseo.

De esto debia resultar lo que resultó, que Crisanto

pensase en todo lo que habia sucedido desde que la jóven estaba en el convento, y aun desde antes que fuese.

Si estaba enamorado el sacristan, si su deseo era unir su suerte á la de aquella mujer, natural era tambien que quisiese poner en claro todos los misterios, porque nadie se casa sin conocer los antecedentes de la persona á quien liga su porvenir.

Primero se decia que la jóven estaba loca.

Despues habíase asegurado que no existia semejante locura.

Habíase llamado al doctor Cebollino con mucha urgencia, y luego se le habia despedido y aun se le habia prohibido que volviese al convento.

¿Y por qué para llamar al doctor se habia pedido permiso á fray Fulgencio?

¿Y por qué cuando llevaron al convento á la jóven habia ella entrado por una puerta mientras los otros entraban por otra?

Además de todo esto recordaba el sacristan que el capuchino habia visitado á la superiora y habia tenido una conversacion reservada con el padre capellan, conversacion de la que involuntariamente oyó algunas palabras graves el buen Crisanto.

Tambien se le habia prohibido terminantemente por el anciano sacerdote ocuparse de aquel asunto, y aunque el honrado demandadero era reservado, pensó que sus amorosos planes lo autorizaban para dar algun paso con cierto disimulo y penetrar en cuanto le fuese posible aquel misterio.

¿A quién acudiria?

No tenia ocasiones de hablar descuidadamente con Angélica, ni le pareció prudente decirle una palabra mientras no supiera á qué atenerse; pero en cambio el doctor Cebollino podria dar luz siquiera fuese en cuanto á la locura.

Si efectivamente la jóven estaba loca, era preciso olvidarla.

El doctor no debia volver al convento, y por consiguiente no habia peligro de que dijese á la superiora si el sacristan habia ido á buscarlo y le habia hecho tales ó cuales preguntas.

—Veré al doctor,—dijo Crisanto,—y creo que me complacerá, porque siempre me ha mostrado benevolencia.

No esperó más que el momento oportuno en que nada tenia que hacer, y á las tres de la tarde se encaminó á la vivienda del buen Cebollino á quien encontró cavilando tambien sobre el mismo asunto y muy particularmente sobre el desconocido caballero á quien la casualidad le habia presentado por segunda vez y por quien habia sido maltratado sin ninguna consideracion.

Sorprendióse el médico al ver al sacristan y creyó por un momento que la superiora, dando tregua á su enojo, lo perdonaba y mandaba que lo buscasen; empero esta esperanza se desvaneció al decir el demandadero:

—Perdonadme, señor doctor, si vengo á molestaros para que me hagais un favor que me interesa mucho.

—¿Os envia la reverenda superiora?

—No, y por eso digo que el favor es para mí y que espero me perdoneis.

—¿Estais enfermo, señor Crisanto?—preguntó el médico con su candidez natural.

—A Dios gracias gozo de la mas perfecta salud, y digo esto, porque no me parece que debe considerarse enfermedad la falta de sosiego producida por las cavilaciones.

Cebollino hizo un gesto que queria decir:

—No os entiendo.

Y luego, mirando de piés á cabeza al sacristan, hízose el doctor las siguientes reflexiones:

—Todo lo que pasa en el convento debe saberlo este hombre y tal vez pueda aclarar mis dudas respecto á lo que aún es inexplicable para mí. Alguien me ha espiado por órden de la superiora. ¿Me dirá Crisanto quién es ese alguien?

Desde aquel momento la conversacion presentaba tambien cierto interés para Cebollino, y queriendo conquistar la voluntad del demandadero, ofrecióle con palabras cariñosas una silla y le dijo:

—Buen Crisanto, ya sabeis que siempre os he profesado mucha estimacion, y si en algo puedo serviros no teneis mas que mandar, pues con mucho gusto os complaceré. Ya no me honro con el título de médico de la comunidad de Maravillas, y hasta se me ha prohibido la entrada en el convento; pero lo cortés no quita lo valiente, vos no sois responsable de tamaña injusticia y no he de haceros pagar culpas agenas.

—¡Ay, señor doctor de mi alma!—exclamó el enamorado demandadero con tono dolorido y suspirando lánguidamente.

—¿Vos tambien habeis experimentado alguna desgracia?

—Mi desgracia consiste en no saber si soy desgraciado, porque no entiendo lo que sucede desde hace algunos dias, y cavilo á todas horas y me parece que siguiendo así concluiré por perder el juicio como la jóven de los cabellos rubios, sin que me consuele la esperanza de que me devolvais la razon tan pronto como lo habeis hecho con ella.

Al oir nombrar á la mujer misteriosa extremecióse el doctor y arrugó el entrecejo en tanto que su rostro se ponia amoratado como una remolacha.

Quitose luego las gafas, sacó su pañuelo, limpió los cristales, volvió á ponerselas y miró al sacristan como se mira á la persona de quien no se sabe si es un amigo ó un enemigo.

El señor Crisanto arqueó las cejas y exhaló otro suspiro.

Tambien el médico, sin darse cuenta de lo que hacia, suspiró demasiado ruidosamente.

Guardaron silencio por algunos minutos y se contemplaron con expresion indefinible.

Hubiérase dicho que se adivinaban, que ya se habian entendido y con elocuente silencio lamentaban su desdicha.

Y sin embargo, ninguno de los dos sospechaba lo que el otro sentia, lo que el otro pensaba, lo que deseaba ó se proponia el otro.

El doctor Cebollino y el señor Crisanto eran dos criaturas verdaderamente angelicales, dos inocentones,

aunque con carácter completamente opuesto, pues mientras que el del doctor era pacífico, el del otro, segun hemos dicho ya, era violento.

Siquiera fuese por su instruccion y por su experiencia, el médico tenia una gran ventaja sobre el sacristan y debia ser mucho más hábil en la especie de lucha que iba á tener lugar y que no vacilamos para calificar de diplomática.

Cebollino rompió al fin el silencio para decir:

—Explicaos, que os escucharé como merece un hombre tan honrado como vos.

—Gracias, señor doctor, lo mismo digo yo y reconozco que estoy obligado á serviros en cuanto pueda mi humilde persona.

—Hablad, pues.

—¿Puede alguien escucharnos?

—Nadie más que Dios, porque la señora Pancracia, á quien ya conoceis, sobre no ser curiosa, me mira con demasiado respeto para atreverse á cometer una indiscrecion.

—Pues es el caso que yo tengo necesidad, una necesidad absoluta de que me digais en confianza si está verdaderamente loca la jóven para quien se os llamó hace pocos dias, pues despues de haberlo asegurado así la reverenda madre superiora, sale de repente con que esa pobre mujer está en su juicio cabal, y manda que se la trate con todo el respeto y consideracion que merece una criatura desgraciada.

El médico movió los lábios como quien deshace en su boca un caramelo; pero no pronunció una palabra.

—¿Me habeis entendido?—preguntó el sacristan.

—Perfectamente.

—¿Y quereis contestarme?

—Con mucho gusto.

—Me toca escuchar.

—Principiaré por daros la explicacion patológica de lo que es el extravío de la razon, haciéndoos luego comprender las diversas clases y grados de esta enfermedad terrible y contra la que la ciencia apenas tiene recursos.

—Me parece, señor doctor, que podeis evitaros la molestia de esa explicacion completamente inútil para mi rudeza, y tambien inútil para el caso de que se trata, pues lo que me interesa es saber si efectivamente está loca esa mujer que tan pronto se llama Angélica como María.

—Preciso es daros esas explicaciones para convenceros de que ningun médico puede asegurar que una persona ha perdido el juicio sino despues de larga observacion y de un conocimiento exacto de los antecedentes de la vida del enfermo, y como yo no he visto á esa jóven más que una vez y por espacio de algunos minutos, y como me han prohibido hacer averiguaciones de sus antecedentes, me es imposible satisfacer vuestra pregunta con claridad y seguridad.

—¡Qué os lo han prohibido!—exclamó con extrañeza el demandadero.

—Lo que sí puedo daros es un buen consejo y vos ganareis mucho en seguirlo.

—De agradecer es vuestra buena voluntad; pero...

—¿Estais contento en vuestra modesta posicion?

—No soy ambicioso.

—¿Quereis seguir siendo demandadero y sacristan?

—Claro es que sí,—respondió Crisanto,—porque con la sacristía vivo.

—¿Quereis libraros de grandes conflictos?

—Me gusta la tranquilidad.

—Pues olvidaos de esa jóven misteriosa, y sobre todo no os ocupeis de averiguar si está loca ó en su cabal juicio, pues si otra cosa haceis puede suceder que el dia menos pensado la muy reverenda superiora haga con vos lo que conmigo ha hecho, y alguien que no sea la superiora os amenace además con algo mucho peor que la privacion de vuestro empleo.

Brincó en la silla el señor Crisanto y miró con sorpresa profunda al doctor.

Este sacó su caja de rapé, tomó un polvo y volvió á guardar silencio.

—Señor Cebollino,—dijo el demandadero despues de algunos segundos,—lo que estais diciendo, sobre ser muy grave, es incomprensible.

—Mejor para vos, si no lo entendeis.

—Os equivocais.

—¿No quereis seguir mi consejo?

—Imposible, señor doctor.

—¿Y por qué es imposible, amigo Crisanto?

—Por la sencilla razon de que no puedo olvidar un solo instante á esa mujer.

—¿Qué estais diciendo?

—Nadie más que vos me escucha,—repuso arrebatadamente el sacristan,—y como vos sois un hombre hon-

rado á quien se pueden confiar los más graves secretos...

—¡Señor Crisanto!...

—Mi corazon está encendido por el fuego de una pasion...

—¡Ah!—exclamó el médico, poniéndose en pié como impulsado por un resorte y fijando una mirada profunda en el demandadero.

Este prosiguió diciendo con la misma vehemencia

—El amor no es un crímen cuando el fin es legítimo y santo. Yo no he pronunciado votos de castidad y no tengo por qué avergonzarme. Callo porque así me parece prudente, pues las apariencias hacen suponer que es muy grave la situacion; pero hablaré cuando llegue el momento oportuno, y si esa mujer encantadora me corresponde y se digna aceptar mi mano, no retrocederé ante obstáculo de ninguna clase, lucharé con la reverenda superiora, si se opone á mis deseos, y aun con todas las monjas del mundo, porque yo no he de subordinar mi dicha y mi porvenir á la voluntad y los caprichos de una vieja.

—Bien, señor Crisanto, muy bien,—dijo al doctor con voz reconcentrada.

Y siguió mirando al demandadero como se mira á un rival.

—Pero antes de dar paso alguno que me comprometa, ántes de que nadie trasluzca lo que pasa en mi corazon, necesito saber si está en su juicio cabal la mujer que ha inflamado la hoguera de mi pasion; porque si está loca, claro es que debo renunciar á mis deseos aunque tenga

que violentarme hasta el punto de concluir con mi pobre existencia.

—Me parece que os sublimais demasiado, hermano sacristan,—replicó el médico con un si es no es de burlona ironía.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que no puedo sacaros del apuro, porque en conciencia nada me está permitido asegurar, y que lo mismo que os digo ahora os diré otro dia, porque como se me ha prohibido terminantemente hacer cierta clase de averiguaciones...

—¿Y quién os lo ha prohibido?

—Ya lo sabeis, la reverenda madre superiora.

—Señor doctor, me confundís más y más.

Volvió el médico á sentarse mientras pensaba en lo que se dice de las monas que sacan del fuego las castañas con la mano del gato, y pareciéndole bien este ejemplo de astucia, quiso seguirlo, haciendo el papel de mona, convirtiendo en gato al sacristan y suponiendo que la castaña era la jóven de los rubios cabellos, así como el fuego estaba representado por la anciana monja y por el desconocido caballero que amenazaba con calabozos y puñales.

—Señor Crisanto, de vos digo lo que vos habeis dicho antes de mí: sois un hombre honrado y no tengo inconveniente en deciros lo que á nadie diria, porque estoy seguro de que os dejareis matar antes que comprometerme.

—No os equivocais, os lo juro.

—No sé más que lo que he visto y he oido, y eso mis-

mo sabreis vos, quedando en libertad de hacer las deducciones que mejor os parezcan; pero tened entendido que no haré en este asunto mas de lo que hice, aunque me duele la desgracia de esa infeliz, que me parece víctima de una trama horrenda.

—Si me revelais lo que sabeis...

—Lo que me ha sucedido y nada más.

—Os escucho ansiosamente, señor doctor.

—Fuí al convento y la superiora me dijo que se trataba de una loca, cuya mania era la de asegurar que habia resucitado...

—Sí, que era hija de don Alfonso de Guevara, es decir, del noble caballero que en compañía de fray Fulgencio se presentó una noche con esa infeliz, entrando ella por una puerta y ellos por otra.

—Misterios, ya lo veis.

—Examinásteis á la jóven...

—No encontré síntomas de extravío mental, pedí antecedentes y ella misma me dijo con palabras muy juiciosas, que los antecedentes de su enfermedad me los daria primeramente un hombre llamado Marcelo que vive en la casa de Tocame-Roque, y además el mismo don Alfonso de Guevara.

—Y vos, para cumplir vuestro deber...

—Fuí á buscar á ese Marcelo; pero me encontré conque habia desaparecido y una vecina suya me habló de la jóven de los cabellos rubios y los negros ojos, diciéndome que con Marcelo habia vivido algunos meses, que allí habia ido sin que nadie supiese cómo, y que de allí se fué con el capuchino y el señor de Guevara.

--¿Pero la locura?...
—Nadie tenia noticias de semejante enfermedad.
—¿Y qué hicísteis despues?
—Ni mas ni menos que lo que estoy haciendo ahora.
—No os comprendo.
—Quiero decir que no hice nada, porque apenas dí ese paso, impulsado, no por una pasion como la vuestra, sino por el deseo de cumplir mis humanitarios deberes y por un sentimiento de caridad cristiana, la reverenda madre superiora me reconvino durísimamente, me despidió y aun me amenazó con entregarme al Santo Oficio.
—¡Oh!...
—Pensé si á pesar de todo esto debia continuar mis gestiones, dirigiéndome á don Alfonso de Guevara; pero me contuvo una nueva amenaza y hube de renunciar á mis nobles propósitos.

Puede figurarse el lector el efecto que estas revelaciones producirian en el sacristan.

Nada de particular habia dicho el médico; no era posible acusarlo de haber abusado de secreto alguno, pues se habia concretado á referir lo que le habia sucedido sin meterse en otras consideraciones ni hacer ningun comentario, y aun llevando su prudencia al extremo de opinar y aconsejar que se olvidase aquel enojoso asunto.

Empero sus palabras eran más que suficientes para escitar la curiosidad y el interés vivísimo del hermano Crisanto y ponerlo en la resbaladiza pendiente que debia conducirlo al precipicio.

Muy hábil se mostraba el doctor, si bien es cierto

que poca habilidad se necesitaba para alucinar y hacer caer en el lazo al infeliz demandadero.

Lo que éste sintió no puede explicarse.

Siempre se dejaba arrebatar fácilmente, y en aquella ocasion exaltóse mucho más.

Convencido quedó de la buena fé de Cebollino, no vió en este mas que una víctima de intrigas tenebrosas, y como nunca, creyó que la jóven de los rubios cabellos estaba en su juicio cabal.

Menester era poner en claro aquel misterio, y para conseguirlo no habia medio alguno mas que acudir á las personas que conocian á la jóven antes de que esta fuese llevada al convento.

Marcelo habia desaparecido, pero quedaba el noble don Alfonso.

En cuanto al capuchino no habia que pensar, pues fácil era comprender que trabajaba en favor de los enemigos de la desgraciada Angélica.

—Doctor,—dijo el damandadero despues de algunos minutos,—estoy decidido á cumplir mi deber sin que amenazas ni peligros me detengan. Amo á esa mujer...

—¿Pero sois correspondido?

—Lo ignoro.

—Entonces...

—Mis sentimientos son más elevados, más nobles mis intenciones de lo que puede creerse, pues ante todo quiero dar una prueba de desinterés.

—Pensad que esa jóven es un misterio.

—Misterio que yo pondré en claro mal que pese á la reverenda superiora y al padre Fulgencio.

—Me parece,—repuso con fingida indiferencia el doctor,—que el capuchino no tendrá ninguna parte en este asunto, porque ya veis, un sacerdote tan virtuoso y severo como él...

—Perdonad.

—¿Acaso me equivoco?

—Creo que sí.

—Tal vez.

—Antes de avisaros para que fuéseis á ver á la jóven, busqué á fray Fulgencio de parte de la madre superiora y le pregunté si habia algun inconveniente en que se os llamase, porque la enferma se habia empeñado en que la viese un médico.

—¿Y qué respondió el reverendo padre?

—Que no habia ningun inconveniente si habíais de ser vos el que fuese á visitarla.

Cebollino desplegó una sonrisa maliciosa.

—Entiendo,—dijo.

—No se me alcanza qué diferencia pueda haber entre vos y otro médico cualquiera.

—Alguna habrá.

—Fuísteis por la noche: al otro dia por la tarde se presentó el capuchino, y luego al oscurecer...

—Sí, la reverenda madre me despidió, lo cual prueba sin ningun género de duda que el padre Fulgencio fué el que llevó la noticia de que yo habia estado en la casa de Tocame-Roque, porque el padre Fulgencio debe conocer y estar en relaciones íntimas con...

Interrumpióse el buen doctor, porque no le pareció conveniente hablar del desconocido caballero.

—En fin,—añadió despues de algunos instantes,—esto es un enredo diabólico, y como estimo en mucho mi tranquilidad...

—Yo tambien; pero estoy enamorado.

—Señor Crisanto, haced lo que mejor os parezca, porque yo nada os prohibo; pero conste que obrais por vuestra propia cuenta, y cualquiera que sea el resultado...

—La responsabilidad será mia, ya lo sé.

—Pensad en vuestro empleo.

—Si me despiden Dios me protegerá. Soy honrado y trabajador y no ha de faltarme donde ganar el sustento.

—Pero si despues de todos esos sacrificios no correspondiese la jóven á vuestro amor...

—Siempre tendré la satisfaccion de haber cumplido mi deber.

—Teneis un gran corazon, señor Crisanto.

—Ya vereis cómo no me arredran las amenazas y cómo pongo en claro el misterio de la historia de esa infeliz.

—¿Qué pensais hacer?

—Soy enemigo de andar por las ramas y me iré derecho al tronco, á la raiz.

—Me parece que en este asunto la raiz es don Alfonso de Guevara.

—Tal creo.

—A pesar de todo os aconsejo otra vez la prudencia...

—Seré prudente, pero no retrocederé,—dijo el sacristan poniéndose en pié.

—¿Ya os vais?

—Vuelvo al convento para meditar.

—Repito que quiero ser completamente ageno á esa intriga; pero...

—Entiendo, señor doctor, os alegraríais saber lo que sucede.

—Sí, por mera curiosidad, ó mas bien porque esa jóven me inspira compasion.

—De cuanto suceda os daré noticia.

—Gracias.

—Soy agradecido y corresponderé como debo á la confianza que habeis depositado en mí.

Cebollino pronunció algunas otras frases cariñosas y despidió al sacristan.

Este salió completamente aturdido.

Una vez en la calle tuvo que detenerse para aspirar el aire libre y dar tiempo á recobrar alguna calma.

—Cada vez se pone peor este asunto,—decia para sí. —¿Quién es ella? ¿Qué tiene que ver en todo esto el muy noble don Alfonso de Guevara? ¿Por qué el padre Fulgencio danza en el negocio? ¿Por qué han llevado tan á mal que el doctor haya ido á la casa de Tocame-Roque en busca de ese Marcelo? Yo lo sabré todo, y si la jóven es una víctima la salvaré, y cuando la haya salvado, le diré que la adoro, y ella, siquiera sea por gratitud, me corresponderá y consentirá en darme su mano y hacerme dichoso.

¡Pobre Crisanto!

¿Qué le sucedería el dia que supiese que la jóven misteriosa era nada menos que la hija del noble don Al-

fonso de Guevara, la heredera de una gran fortuna?

El sacristan volvió al convento decidido á emprender la lucha al dia siguiente.

¿Se descubriría el misterio?

No abrigamos esta esperanza á pesar del giro que tomaba la situacion.

Por de pronto amenazaban á Crisanto grandes peligros.

CAPITULO L.

Tropiezos y coincidencias.

Reflexionó el señor Crisanto, afirmándose cada vez más en su propósito, y á la siguiente mañana cuando hubo cumplido sus obligaciones, pidió licencia al capellan y salió del convento, encaminándose á la suntuosa vivienda de don Alfonso de Guevara.

No habia pensado el infeliz que un hombre de su clase debia ser sospechoso para un personaje como el padre de Angélica; pero debe tenerse presente que el demandadero estaba enamorado y debia cometer todo género de torpezas, porque el amor en ciertas situaciones oscurece las inteligencias más claras.

Apenas hubo entrado en el anchuroso portal de la casa de don Alfonso, salióle al encuentro y atajóle el paso el portero, que lo miró de piés á cabeza con desden y le preguntó con aspereza:

—¿A dónde vais?

—A solicitar la honra de ver al señor don Alfonso de Guevara.

—¿Y os parece cosa tan fácil alcanzar esa honra?

—No sé si es fácil ó díficil,—replicó bruscamente el sacristan;—pero lo solicito porque á ello me obliga una necesidad imperiosa.

—¡Necesidad!... Muchos necesitados vienen, y si á todos hubiera de recibirlos y socorrerlos mi noble señor, no tendria bastante con todas sus riquezas.

—No vengo á pedir una limosna. Miradme bien y comprendereis que no soy un mendigo.

—Como hablais de necesidad...

—Porque necesidad tengo de tratar de un asunto grave y muy urgente con el señor don Alfonso.

—Está bien, está bien: eso mismo dicen todos los que vienen á pedir, y cuando cometo la torpeza de dejarlos pasar, resulta que el negocio de que tratan se reduce á súplicas para que mi noble señor abra el bolsillo, lo cual me ha costado más de un disgusto.

—A pesar de eso me dejareis pasar,—replicó Crisanto con impaciencia.

—O no.

—O dispondreis que se pase á vuestro noble señor un aviso.

—Eso sí lo haré con tal que digais quién sois y de qué asunto habeis de tratar.

—Pues ni lo uno ni lo otro os diré, porque el asunto es reservado.

—Entonces...

—Dejadme.

—Salid.

—Pensad lo que haceis,—dijo el sacristan, empezando á dejarse arrebatar por la cólera y lanzando al portero una furibunda mirada.

Empero el orgulloso guardian, envalentonado con los medios de que podia disponer, mantúvose firme y replicó enérgicamente:

—Si no salís ahora mismo, llamaré para que acudan otros criados y castiguen vuestra audacia. Verdad será lo que decís; pero á mí no me consta, cumplo órdenes de mi señor y nada más tengo que hacer.

—¡Vive el cielo!...

—Escribid al señor don Alfonso y entonces su señoría dispondrá lo que tenga por conveniente.

—Y mientras escribo y me contesta se perderá un tiempo precioso y Dios sabe lo que sucederá.

—No puedo remediarlo.

—Además hay cosas que no pueden fiarse al papel, porque lo que se escribe se queda escrito, y una carta se pierde, y hay secretos de tal naturaleza...

—Todo eso es música celestial.

—¡Y tengo paciencia para escucharos!...

—Y si no la teneis, peor para vos.

—Acabemos.

—Ya hemos concluido: salid...

—No.

—Haré que os echen á palos.

—¡A mí!

—Sí, á vos,—repuso el portero con una calma que

era entonces mil veces más terrible que la cólera de Crisanto.

Por trastornado que éste se encontrase, comprendió que insistir era dar lugar á un escándalo, y que del escándalo resultaria que don Alfonso y todos sus criados quisieran averiguar quién era aquel hombre que á tal extremo llevaba su obstinacion.

Y esto precisamente era lo que queria evitar el demandadero, porque no le convenia que se supiese quién era hasta averiguar qué clase de papel representaba don Alfonso en la intriga de la mujer misteriosa.

Forzoso, pues, le era dominarse y buscar otros medios de conseguir lo que deseaba, pues estaba visto que el portero no cederia poco ni mucho de su firme propósito, de su inquebrantable resolucion.

—Bien,—dijo el sacristan despues de haber reflexionado,—tendré paciencia y perderé algunas horas.

—Y aun algunos dias, si así lo tiene á bien mi noble señor.

—Más ó menos tarde saldrá don Alfonso, —repuso el sacristan,—y cuando esto suceda, nadie me estorbará dirigirle la palabra.

—Si quiere escucharos...

—Eso no os importa.

—Por de pronto, salid.

Aunque de muy mala gana, salió Crisanto, situándose en la calle y frente á la puerta de la casa.

El portero lo miró con desconfianza mientras decia para sí:

—¿Quién sabe si este hombre es algun asesino? Por

si acaso viene con malas intenciones, será prudente que mi señor tenga noticia de lo que pasa.

Y tirando de un cordon hizo sonar una campanilla.

Pocos momentos despues bajó un criado, acercándose al portero y preguntándole:

—¿Qué te ocurre?

—Mira con disimulo,—dijo el guardian de la puerta.

—¿Y qué he de mirar?

—¿No ves un hombre que hay parado allí en frente?

—Sí.

—¿No te parece que tiene mala traza?

—Por lo menos es feísimo.

—Repara bien en sus ojos.

—Tienes razon: nos echa unas miradas que no son tranquilizadoras.

—Pues hace un momento que ese hombre se empeñó en subir con pretexto de que tenia que tratar con nuestro señor de un asunto de mucha importancia. Figúrate qué clase de asuntos podrá tener semejante hombre con una persona como nuestro amo.

—Tú no lo has dejado pasar...

—Y se ha plantado allí decidido á esperar á que salga don Alfonso, y como puede suceder que sus intenciones sean criminales, me parece prudente vivir prevenidos.

—Diré al señor lo que sucede y que disponga lo que mejor le parezca.

—Esa es mi opinion.

—Ahora mismo lo haré, porque creo que ya ha despertado.

—Así salvaremos nuestra responsabilidad.

El criado volvió á subir y fué al aposento donde se encontraba don Alfonso.

Aún estaba éste aturdido por el sueño y sentado en un ancho sillon, habia comenzado á pensar en los extraños sucesos y en las inexplicables intrigas que tantos disgustos le habian dado los dias anteriores.

Admirábase don Alfonso de que lo hubiesen dejado tranquilo y parecíale mentira que ya nadie pronunciase en su presencia el nombre de su desgraciada hija.

El señor de Guevara habia vuelto á ser dichoso, porque para serlo no le faltaba más que la paz, y ya la habia conseguido.

—¿Qué quieres?—preguntó con aspereza al criado que se le presentó.

—Perdone vuestra señoría,—dijo el sirviente;—pero es el caso...

—¿De qué caso se trata?

—Vengo á dar parte á vuestra señoría de lo que sucede.

—Alguna necedad tuya.

—En todo caso será exceso de celo por la seguridad de la respetable persona de vuestra señoría.

—¿Qué estás diciendo, bellaco? ¿Pues acaso corre algun peligro mi persona?

—Sospechas, señor, sospechas no más...

—Acaba de explicarte,—dijo don Alfonso empezando á perder la tranquilidad.

—Ha llegado un hombre de mala traza y se ha empeñado en que el portero le deje pasar.

—Y probablemente ese portero estúpido...

—Ha cumplido su deber.

—¿Pero con qué pretexto queria pasar ese hombre?

—Con el de hablar á vuestra señoría de un negocio de mucha importancia y muy reservado.

—¡Negocios conmigo un villano!

—Eso mismo hemos pensado nosotros.

—Y habeis pensado muy bien.

—El portero le ha hecho salir.

—Casi ha debido detenerlo, porque hubiéramos dado aviso á la justicia y se hubieran puesto en claro las intenciones de ese bribon.

—Aún es tiempo, señor, aunque me parece que basta con vivir prevenidos.

—¿Ha dicho si volvería?

—Se ha detenido en la calle, jurando que aguardará hasta que salga vuestra señoría, porque ni quiere dilatar el asunto, ni confiar á una carta cierta clase de secretos.

—¡Secretos!—exclamó don Alfonso extremeciéndose.

—Los secretos y los misterios son siempre sospechosos y terribles.

—Hablas bien, muy bien, Dios te inspira, porque tú no tienes entendimiento para tanto.

—El deseo de servir á vuestra señoría...

—Recompensaré vuestro celo.

—Y en cuanto á ese hombre...

—Oye lo que me parece oportuno.

El criado se inclinó respetuosamente.

—Inmediatamente irás á dar aviso á mi noble amigo

don Pedro de Guzman, alcalde de casa y córte, y si él no puede acudir en persona, ruégale de mi parte que haga venir media docena de corchetes para que se apoderen de ese bribon; y cuando esté encerrado, si no quiere decir la verdad, que le apliquen un par de cuñas...

—Y entonces lo dirá todo, absolutamente todo,—interrumpió una voz que sonó detrás del criado.

Don Alfonso miró sorprendido y vió á fray Fulgencio.

—Padre,—exclamó el caballero, poniéndose en pié.—Nunca habeis venido tan oportunamente.

—Así me lo hace creer lo que al entrar he oido.

—Se trata...

—De un hombre que está en la calle y quiere hablaros, un hombre de aspecto sospechoso, que se presenta misteriosamente...

—Eso es.

—Vos quereis saber quién es ese hombre...

—Sí.

—Peor para vos.

—¿Y por qué?

—Quereis tambien conocer sus intenciones.

—Creo que me conviene así.

—Sin necesidad de que lo pongan en el tormento, declarará, y cuando esto haya sucedido, vos conocereis un secreto...

—¡Padre!...

—Secretos hay que no quereis conocer.

—Comprendo, comprendo.

—Ahora, si bien os parece, mandad que se avise al se-

ñor alcalde de casa y córte y que vengan los corchetes y preparen las cuñas, en tanto que vos...

—Basta, basta.

—Ya lo veis, Dios me ha traido por vuestro bien, y esto no es una coincidencia casual, sino la proteccion que se digna dispensaros la misericordia divina.

El sirviente escuchaba atónito.

—¿Qué he de hacer?—preguntó el caballero.—Aconsejadme, padre mio.

—Dejad á ese hombre.

—Pero si se empeña en hablarme...

—No lo escuchareis.

—Y si continúa en su empeño...

—Llamareis en vuestro auxilio á vuestros criados, y le amenazareis, y en último apuro le direis estas palabras: «Lo sé todo y he determinado callar bajo mi responsabilidad, y si vos quereis saber, preguntadlo á quien mejor os parezca, que yo no estoy dispuesto á daros ninguna explicacion.»

Don Alfonso mandó á su criado que saliese y luego dijo al fraile:

—No comprendo bien, pero...

—Se trata nada menos que del secreto de Estado...

—¡Oh!...

—¿Quereis conocerlo?

—Ya sabeis que no.

—Os advertí que vivieseis prevenido, porque vuestros enemigos no descansarian hasta haceros caer en un lazo.

—Ahora comprendo...

—Ese hombre no es lo que parece.

—¡Dios mio!...

—Disfrazado, con apariencias de un pobre...

—Nada más me digais, padre mio, nada más.

—Si quereis otra vez oir pronunciar el nombre de vuestra hija, á quien Dios tenga en su gloria...

—¡Ah!...

—Si quereis, escuchad á ese hombre.

—¡Jamás!

—De este y de otros medios se valdrán vuestros enemigos.

—Nada conseguirán, porque yo sabré huir de sus asechanzas.

No tenemos que decir que casualmente habia llegado fray Fulgencio y visto al sacristan, á quien conocia demasiado.

No pudo adivinar el fraile por qué el demandadero estaba situado frente á la casa de don Alfonso; pero comprendió que por cualquier motivo que fuese, tratábase de Angélica.

¿Disimulaba la jóven, engañando al capuchino, y habia conseguido sobornar al demandadero?

Esto parecia lo mas probable; pero fray Fulgencio necesitaba convencerse de la verdad.

Cinco minutos no más se detuvo, y este tiempo lo aprovechó para tranquilizar al caballero, diciéndole:

—Al salir haré algunas advertencias á ese hombre, y tal vez consiga os deje en paz.

—Os lo agradeceré como el mayor de los beneficios.

—Y si aún insiste, adoptaré otras precauciones, y si

estas no son bastante, peor para él, porque sufrirá las consecuencias de su temerario empeño.

—De cualquier modo, yo me concretaré á huir de ese miserable.

Despidióse el capuchino y salió.

—Me parece,—dijo entonces don Alfonso,—que debo conocer personalmente á ese miserable, porque de otro modo me seria imposible huir de él y evitar que me dirigiese la palabra.

Y como el hacerlo así no se lo habia prohibido fray Fulgencio, el señor de Guevara se acercó al balcon y oculto tras la cortina pudo mirar á la calle sin ser visto.

Un momento despues dejó escarpar una exclamacion de sorpresa y de miedo.

Habia reconocido al sacristan del convento adonde habia ido para conducir á la mujer misteriosa.

En que esto podia suceder no habian pensado el sacristan ni fray Fulgencio.

CAPITULO LI.

Crisanto se espanta de su amor.

Si una coincidencia habia favorecido á fray Fulgencio, otra coincidencia lo perjudicaba, y era posible, casi probable que la segunda produjese más ó menos tarde consecuencias de mucha gravedad.

Un detalle se habia escapado al astuto capuchino; uno de esos detalles apenas perceptibles; pero de lo chico suele engendrarse lo grande, así como de lo grande resulta muchas veces lo pequeño.

Al aconsejar á don Alfonso que se guardase de aquel hombre de mala traza, era preciso que se lo hubiese dado á conocer, pues mal puede uno guardarse de lo que le es desconocido.

El fraile debió haberse concretado á decir: «Yo haré de modo que ese hombre os deje en paz.»

El resultado fué el que hemos visto.

Don Alfonso de Guevara estaba firmemente resuelto á cerrar los oidos á las palabras de aquel hombre misterioso; pero no creia que hubiese ningun peligro en mirarlo, y creyó que mirarlo debia para guardarse mucho mejor.

Todo lo que habia sucedido la noche en que Angélica fué llevada al convento, impresionó demasiado vivamente al señor de Guevara, y no era posible que lo olvidase.

Al primer golpe de vista y aunque hubiesen cambiabiado de ropa, hubiera reconocido el caballero al padre capellan, al sacristan de figura tétrica y á la reverenda superiora.

Estas tres personas tenian algo de fantásticas para don Alfonso, se le habian presentado como se presentan las figuras extrañas durante el sueño, y el semblante indescriptible de un fantasma no se borra jamás de la memoria.

Habia querido la casualidad que el demandadero cuando aquella noche abrió la puerta no estuviese cubierto con su sotana, y esto hizo doblemente fácil que lo reconociese don Alfonso.

Inmóvil, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija permaneció el caballero algunos minutos.

—Es él,—exclamó al fin.

Entretanto fray Fulgencio bajaba la escalera.

Exforzóse el señor de Guevara para desaturdirse y entró en reflexiones hasta el punto que á él le era posible reflexionar.

—Este endiablado asunto,—murmuró,—lo entiendo

menos cada vez; pero cada vez me pone en mayor cuidado. Ahí está, es él, no me cabe duda, es el hombre que aquella noche nos franqueó la entrada de la vivienda del sacerdote, es el sacristan de aquel convento, y el mismo probablemente que recibió á la mujer misteriosa. ¿Para qué me busca? ¿Ha revelado ella el terrible secreto y viene él á descubrírmelo todo? Yo lo escucharia de buena gana para saber á qué atenerme; pero las consecuencias serian fatales y no me atrevo. Por de pronto no me parece que el pobre sacristan sea un asesino; pero el caso es... ¡Oh!... No me entiendo.

Limpió el señor de Guevara el sudor copioso que por su frente corria, y continuó reflexionando y luchando entre su miedo y su curiosidad.

Ya que no otra cosa, hubiera querido saber de qué convento era sacristan el hombre en cuestion, pues no le parecia que hubiese peligro en conocer el lugar donde se encontraba la mujer misteriosa.

Salió en esto el capuchino, y sin sospechar que era observado, atravesó la calle y se acercó á Crisanto, que aún no se habia movido á pesar de que habia visto entrar al fraile.

La situacion no podia ser más crítica para el infeliz demandadero.

Pálido como un cadáver se puso, y su cabeza se inclinó al acercársele fray Fulgencio.

Este, con su inalterable tranquilidad y severo tono le dijo:

—Hermano Crisanto, buenos dias.

—Padre,—balbuceó el demandadero,—aquí estoy...

—Ya lo veo.

—Sin duda vos...

—Si estimais en algo, no precisamente vuestro reposo, sino vuestra vida, venid.

—¡Mi vida!... ¿Pues qué delito he cometido?... Reverendo padre, vuestras palabras me hacen temblar...

—Hermano, estais al borde de un precipicio.

—¿Qué habeis sospechado?

—No sospecho nada: os veo correr á vuestra perdicion, y cumpliendo mis deberes, os detengo, os enseño el peligro, y luego... Luego os dejaré, porque cada cual es dueño de sus acciones; pero mi conciencia quedará tranquila y vos no podreis decir que habeis pecado por ignorancia.

—No comprendo...

—Venid, que este sitio no es á propósito para que hablemos, y si no quereis seguirme, peor para vos.

Y al decir esto el fraile, tomó calle abajo sin cuidarse de volver la cabeza atrás.

Dudó Crisanto por algunos momentos; pero convenciéndose al fin de que estaba perdido, siguió al fraile y ambos desaparecieron en la estrecha calle que desembocaba en la de las Infantas.

Si Crisanto hubiera conseguido ya descubrir el misterio en que aparecia envuelta la bellísima jóven, habríase rebelado contra el capuchino, importándole poco que lo despidiesen del convento; pero cuando nada habia conseguido aún poner en claro, era una gran desgracia verse obligado á abandonar el lugar donde moraba la hechicera jóven de la rubia cabellera.

El doctor Cebollino no había exagerado; sus consejos habian sido prudentes; aquella intriga era demasiado peligrosa.

Todo esto, como era consiguiente, aumentaba la curiosidad del demandadero; pero tambien aumentaba sus temores.

Ya no se trataba de perder el empleo de sacristan, sino de la vida, y esto era demasiado grave.

Silenciosamente adelantaron y entraron en el convento de Capuchinos.

Al atravesar el claustro pasaron junto á Felipe que se paseaba.

Vió el jóven á fray Fulgencio y al sacristan y no dudó que éste iba en seguimiento de aquel.

El aspecto de Crisanto no era para despertar la curiosidad de nadie; pero el mancebo, que continuaba en su sistema de fijar la atencion en todo, creyó que debia espiar á fray Fulgencio y hacer lo posible para averiguar quién era aquel hombre.

Si de esto no resultaba nada provechoso, nada tampoco se perdería.

Llegaron los dos á la celda de fray Fulgencio sin que éste advirtiese que Felipe acechaba oculto al extremo del pasillo.

Entraron, cerrando ambas puertas.

Entonces el novicio hizo lo que ya le vimos hacer el dia en que estuvo allí don Iñigo de Covadonga, y el en que fué el gentil-hombre de parte del monarca, es decir, entró en el primer aposento y se puso á escuchar á la puerta del segundo.

Esto era muy peligroso, porque podia suceder que alguien llegase y lo sorprendiese y ninguna razon podria dar para justificar su presencia allí; pero algo era preciso arriesgar si algo habia de conseguir.

Tal vez aquel hombre de humilde aspecto era uno de los cómplices del capuchino.

Sentóse fray Fulgencio y por algunos segundos contempló con mirada escudriñadora al infeliz Crisanto, que como el reo que espera la sentencia, permanecia en pié, con el sombrero entre las manos y la cabeza tristemente inclinada.

—Hermano Crisanto,—dijo por fin el fraile con grave tono,—sois un hombre honrado y mereceis mi estimacion.

—No os equivocais, padre mio, soy honrado y antes que dejar de serlo perderé la vida.

—Por eso precisamente me duele más veros metido en intrigas de cierta clase; aunque estoy seguro de que os han engañado y abusando de vuestra buena fé os hacen servir de ciego instrumento para sacrificaros despues.

—No,—replicó vivamente Crisanto,—eso no.

—¿Acaso conoceis toda la gravedad del asunto en que os hàbeis metido?

—No la conozco, padre, aunque sospecho que es muy grave el asunto; pero á nadie sirvo de instrumento, no he sido engañado por nadie, porque obro por mi propia cuenta, para mi propia conveniencia y con santos fines.

Estas palabras produjeron en el capuchino la mayor sorpresa.

¿No obedecia el sacristan á la desgraciada hija de don Alfonso?

Así debia suponerse, y sin embargo el demandadero aseguraba obrar por su propia cuenta y para su conveniencia.

¿Qué interés podia tener aquel desdichado en la intriga del fraile?

Esto era incomprensible.

A pesar de que Crisanto no era hombre que acostumbrase á mentir, debian ponerse en duda sus afirmaciones.

—Os creeré,—dijo fray Fulgencio,—pero en cambio vos teneis que explicar vuestra conducta, pues de otro modo dareis lugar á que se suponga que os habeis vendido y que obedeceis á una voluntad que no es la vuestra.

—¡Padre!...

—Habeis ido á buscar á don Alfonso de Guevara.

—Es cierto.

—¿Y para qué?

—Hé ahí en qué consiste mi secreto.

—Yo lo conozco y en vano lo ocultareis.

—Si algo oculto no es con dañada intencion, sino porque así conviene á mi felicidad. Mi situacion la conozco y no se me oculta que estoy perdido si llegais á decir á la reverenda madre superiora que me habeis visto frente á la casa de don Alfonso; pero no lo hareis, porque teneis buen corazon y porque yo os aseguro que no he pensado hacer mal á nadie, ni he querido siquiera meterme en lo que no me importa.

—Ciertamente me será muy doloroso poneros en un conflicto; pero á ello me obliga vuestra conducta, y para convenceros de que me es absolutamente preciso adoptar una resolucion, os recordaré ciertos antecedentes, que no debiérais haber olvidado.

—No es menester, padre mio.

—Preciso es para que no pongais en duda el derecho que me asiste á tomar parte en este asunto.

El sacristan estaba mas turbado cada momento.

¿Cómo explicaría su conducta sin hablar de su amor?

Fray Fulgencio era un sacerdote y bajo el secreto de la confesion todo podia decírsele: pero al mismo tiempo era parte interesada, representaba un papel en aquella misteriosa intriga.

El infeliz guardó silencio y permaneció inmóvil.

El fraile prosiguió diciendo:

—Una noche me presenté en la vivienda del padre capellan y me acompañaba el muy noble caballero don Alfonso de Guevara.

—A mí se me habia dado órden de recibiros sin haceros ninguna pregunta.

—Con el padre capellan, pasamos á ver á la muy reverenda madre superiora.

—Y entretanto yo fuí á la sacristía, salí á la iglesia, abrí un postigo de la puerta que está bajo el coro y me encontré con un coche.

—De aquel coche salió una mujer...

—Padre Fulgencio,—interrumpió Crisanto con voz angustiosa,—no necesitais convencerme, porque estoy

convencido, ni ahora importa tampoco lo que entonces sucedió, sino lo que sucede. Reconozco vuestro derecho á pedirme cuentas, y reconozco tambien que una palabra vuestra basta para perderme.

El rostro del fraile cambió de expresion, tornándose sombrío.

—¡Desgraciado!—exclamó repentinamente.—¿Sabeis lo que os espera?

—Puedo perder mi empleo...

—Eso no es nada.

—De nada pueden acusarme...

—Os habeis dejado sobornar por los que conspiran contra la seguridad del Estado...

—¡Ah!...

—Sois cómplice...

—No y mil veces no,—replicó el sacristan enérgicamente:—á nadie obedezco, á nadie quiero favorecer.

—¿Teneis medios de probarlo así?

—La prueba está en los móviles de mi conducta.

—¿Habeis ido á buscar á don Alfonso de Guevara para hablarle de esa mujer?

—Escuchadme; padre mio,—dijo desesperadamente el demandadero.

—¿Qué podeis decir que yo no adivine?

—Puesto que es preciso, declararé la verdad. Sois un sacerdote y bajo el secreto de la confesion se os puede decir todo. No he tratado de favorecer ninguna intriga, no he imaginado siquiera llevar á cabo ninguna empresa criminal, no quiero hacer mal á nadie, sino bien á todos.

—Eso es lo mismo que decir que nada quereis, que nada os proponeis, y entonces...

—¡Compadecedme!—exclamó el sacristan.

Y se dejó caer de rodillas, cruzó las manos, fijó en el capuchino una mirada suplicante y dijo:

—Se trata de mi corazon, no mas que de mi pobre corazon

—¿Habeis perdido el juicio?

—Reverendo padre, no me rechaceis, porque ahora soy el pecador que confiesa sus extravíos, que revela sus pasiones, que pide consejos.

Fray Fulgencio fijó su mirada profunda y dominadora en el infeliz Crisanto y dijo con grave tono:

—Te escucho en nombre de Dios Omnipotente, justiciero y misericordioso.

El sacristan guardó silencio por algunos segundos.

Su agitacion era cada vez más violenta.

—Padre mio,—dijo al fin,—cuando esa mujer fué al convento, se dijo que estaba loca y así lo creimos todos, porque la vimos empeñarse en sostener que era hija del noble don Alfonso de Guevara.

—La locura de esa mujer es un misterio que nadie ha debido penetrar.

—Despues se dijo que habia recobrado la razon, y ella misma ha desistido de su mania de llamarse Angélica y no lleva á mal que le den el nombre de María.

—¿Y qué os importa nada de eso?

—Me importa mucho, porque contra mi voluntad se ha encendido en mi pecho una pasion devoradora...

El fraile, como si hubiese sentido la mordedura de

una víbora, púsose en pié, fijó en Crisanto una mirada terrible y exclamó:

—¡Desdichado, desdichado!...

—¡Padre mio!...

—¡Horror, horror!

—Pero el amor no es un crímen,—repuso el sacristan; —es un sentimiento noble...

—¡Infeliz!—prosiguió diciendo el fraile, que á cada palabra levantaba más la voz y parecia poseido del más profundo trastorno.

Y luego, cruzando los brazos é inclinando la cabeza sobre el pecho, empezó á recorrer con desiguales pasos la celda, diciendo como si hablase para sí:

—Esto es horrible, verdaderamente horrible... ¡Dios mio, iluminadme!... ¿Qué debo hacer?... Este desgraciado es inocente, y sin embargo... ¡Oh!... ¡Enamorado, enamorado!... No, yo no debo ni puedo dejarlo caer en el precipicio insondable que se abre á sus piés: mi conciencia no quedaría tranquila, y por otra parte, si le revelo el secreto y trastornado por su pasion fatal comete una indiscrecion... No sé, no sé... ¡Pobre Crisanto!... Despues de una vida de honradez sin tacha, cuando parecia tener derecho á ser dichoso, cuando debia esperar la recompensa que merecen sus virtudes... ¡Desdichado!... Hé ahí la obra de Satanás... ¿Qué he de hacer, qué he de hacer?

El capuchino parecia desesperado por sus dudas, y hubiérase dicho que sostenia una lucha espantosa entre sus deseos de cumplir sus deberes y de favorecer al sacristan.

Este, poseido de terror, seguia con la mirada á fray Fulgencio y esperaba con ansiedad.

¿De qué secreto hablaba el capuchino?

¿Dónde estaba el abismo insondable, y en qué consistia la obra de Satanás?

Gravísima debia ser la situacion para que perdiese la calma y se encontrase apurado un hombre como fray Fulgencio.

Grandes peligros debian amenazar cuando un hombre del temple de alma del capuchino temblaba y vacilaba y pedia ayuda al Omnipotente, como si en lo humano fuera el remedio imposible.

No hay que decir que el astuto fraile fingia para aumentar el aturdimiento del pobre Crisanto.

Téngase en cuenta que en aquellos tiempos un fraile inspiraba el respeto más profundo, y mucho más si era un fraile, que como fray Fulgencio, tenia fama de virtuoso hasta el punto de acercarse á la santidad.

El demandadero se sentia anonadado, como si esperase una irrevocable sentencia de muerte.

—Es preciso,—dijo fray Fulgencio despues de algunos minutos, y como si hubiese adoptado una resolucion,—es preciso, porque de otro modo este infeliz se perderia para siempre, su porvenir seria el más horroroso, y quizás desesperado llegaria á dudar de la justicia divina, sufriendo su alma por toda una eternidad despues de haber sufrido en este mundo.

Y se detuvo y volvió á fijar su ardiente y dominadora mirada en el demandadero, diciéndole:

—Escúchame, desgraciada criatura, escúchame y

horrorizate, y cuando todo lo sepas, decide, que de tu resolucion depende tu vida, y quizá la salvacion de tu alma.

—Soy digno de lástima, sí,—murmuró Crisanto, que permanecia de rodillas.

—Lo que voy á decirte nadie puede saberlo.

—Fiad en mi reserva.

—Esa mujer misteriosa, y en cuyos negros ojos está el fuego tentador de los ojos de Satanás, esa mujer cuyos rubios cabellos parecen destellar luces abrasadoras, esa mujer de singular belleza...

—Es la belleza de un ángel; pero tal vez sus encantos son encubridores...

—Dios solo puede penetrar en las conciencias—repuso el capuchino.

—A mí me ha parecido una víctima.

—Yo no puedo decirte si es buena ó mala.

—Yo queria saber quién es y si está loca.

—No, no está loca.

—Entonces...

—Esa infeliz es la hija de don Alfonso de Guevara.

—¡Dios mio!...

—Su hija, á quien los médicos creyeron muerta, y que fué sacada con vida del ataud; pero que en vez de volver al hogar paterno, huyó con un hombre, tomó parte en intrigas de mucha gravedad, y ha sido encerrada al fin...

—Comprendo,—interrumpió Crisanto con voz desfallecida.

Y el desdichado tembló convulsivamente.

Y por su rostro, lívido y descompuesto, corrió un sudor copioso y frio.

—¡La hija de don Alfonso de Guevara, una gran señora, la heredera de una gran fortuna!

—¡Y tú, infeliz sacristan, aspirabas á ser esposo de semejante mujer!

No pudo el demandadero articular una sílaba ni moverse.

El fraile repuso:

—Si don Alfonso supiese que alguien se ocupa en poner en claro este misterio, que hay quien se atreva á levantar obstáculos contra las resoluciones que ha tenido á bien adoptar en uso de sus incontestables derechos, de su autoridad de padre, si esto llegara á saberlo...

—No lo sabrá, porque vos no se lo direis.

—A don Alfonso de Guevara le sobra influencia para hacer que se os encierre en un calabozo, y la reverenda superiora tiene medios tambien para que la Inquisicion os acuse de haber profanado la santa mansion de las castas esposas de Jesucristo...

—¡La Inquisicion!...

—Ahora, si os atreveis, dad rienda suelta á vuestro amor insensato.

—Antes la muerte.

—Y si ella finge corresponderos...

—Ella ignora que ha trastornado mi razon.

—He cumplido mi deber, y de cualquiera desgracia que sobrevenga no me consideraré responsable.

Esto diciendo, el fraile se sentó.

Volvió á callar el demandadero.

Pasaron algunos minutos.

—Levantaos, recobrad la calma y confiad en la misericordia divina.

El señor Crisanto exhaló un suspiro y se puso en pié.

—Por si os queda alguna duda,—dijo fray Fulgencio, —preguntad disimuladamente á los que hayan conocido á la hija de don Alfonso de Guevara, y todos os dirán que la jóven tenia los cabellos rubios y los ojos negros, circunstancia que se encuentra en pocas mujeres.

—Estoy convencido.

—Fijáos además en el lenguaje y las maneras distingüidas de esa mujer, y os convencereis más aún de que no es lo que parece por su ropaje humilde.

—Todo eso es verdad.

—En los primeros dias de estar en el convento no quiso transigir y reveló el secreto que á ella más que á nadie le importa guardar; pero luego ha comprendido que no conseguiria mas que colocarse en peor situacion y se ha sometido, como era su deber, á la voluntad de su padre. Así se explica el cambio que habeis visto tan repentinamente, pasando de la supuesta locura á la razon.

—¡Yo que la habia creido una pobre de humilde cuna!

—Otra persona, para satisfacer su curiosidad ha querido penetrar este secreto y le ha costado...

—Sí, el doctor Cebollino.

—Por de pronto ya sabeis que ha perdido la confianza de la reverenda superiora y la cantidad que se le daba por su asistencia á la comunidad, y mucho más hubiera tenido que sufrir, si más allá hubiera querido llevar sus averiguaciones.

—Padre mio, dadme vuestra bendicion si la merezco.

El capuchino levantó la diestra y bendijo al pobre sacristan.

Este murmuró algunas palabras y se dispuso á salir.

En aquel momento separábase de la puerta Felipe que no habia perdido una sola palabra.

Todo lo habia comprendido: Angélica estaba en un convento y se habia llevado el abuso hasta suponer que se habia vuelto loca.

¿Pero en qué convento se encontraba la infeliz?

Esto no lo habian dicho ni fray Fulgencio ni Crisanto.

Por de pronto el novicio tuvo una nueva seguridad de que Angélica vivia, y de que se encontraba en Madrid.

¿No era posible averiguar en qué convento la tenian encerrada?

Poco tuvo que reflexionar Felipe para trazar su plan.

El demandadero iba á salir, y el novicio pensaba acercársele, preguntarle si era el sacristan de tal ó cual convento, y cuando el otro le contestase sencillamente que no, porque él prestaba sus servicios á tal ó cual comunidad, lo dejaria, pidiéndole perdon por haberse equivocado.

Así sabria Felipe con certeza dónde se encontraba la hija de don Alfonso, y aquella misma noche podria dar la noticia á doña Margarita por medio de la carta que dejaba pendiente del hilo y recogia una mano misteriosa.

Alejóse el mancebo rápidamente y se detuvo en una

habitacion solitaria y por donde necesariamente habia de pasar Crisanto.

Pocos minutos despues oyó ruido de pasos, volvió la cabeza...

Fray Fulgencio acompañaba al sacristan.

Muy poco le faltó al mancebo para cometer una locura; pero consiguió dominarse, pensando que de su prudencia dependia el castigo del miserable don Iñigo de Covadonga.

Hasta la portería fué el capuchino con el demandadero y allí lo despidió con algunas palabras cariñosas.

Felipe escribió aquel dia refiriendo lo que habia sucedido, y añadiendo:

«Estoy tranquilo porque ahora tengo la seguridad de descubrir el paradero de Angélica apenas me sea posible salir de mi encierro. El rostro del sacristan queda fielmente retratado en mi memoria, y lo reconoceré al primer golpe de vista. No necesito, pues, más.»

CAPITULO LII.

Un nuevo personaje.

Preciso es que dejemos por ahora el convento de Capuchinos y el de Maravillas, al desdichado sacristan y al doctor Cebollino, así como á don Alfonso de Guevara, pues á todos ellos tenemos que darles tiempo para que recobren alguna calma y mediten, y entretanto presentaremos á un nuevo personaje, á quien antes no hemos dado á conocer, porque ningun papel tenia que representar en los sucesos que hemos referido.

Doña Margarita de Cienfuegos, al escribir al paje, le recordaba lo que él no debiera haber olvidado, dándole la seguridad de que aún amaba al hombre á quien habia amado siempre y del que esperaba ser esposa, pues debian desaparecer bien pronto los inconvenientes que hasta entonces se habian opuesto á esta union.

¿Quién era aquel hombre?

Vamos á darlo á conocer con la brevedad que nos sea posible.

Don Enrique de Monteagudo, marqués de la Cruzada, era un jóven de veintiseis años, de clara inteligencia, de nobles sentimientos, de agradable carácter y heredero de una pingüe renta.

Dos años antes de dar principio esta historia, habíase interesado su corazon por la belleza singular de doña Margarita.

Su amor fué correspondido; pero conocido apenas, fué desaprobado por las familias de ambos jóvenes entre las cuales de antiguo existian rivalidades y ódios por cuestiones políticas, ódios que se avivaron cuando los distintos partidos políticos que existian en la córte, comenzaron con nuevo ardor la lucha, favoreciendo los unos y oponiéndose los otros á los proyectos de abdicacion de Felipe V.

Además, para los parientes del jóven marqués, Margarita tenia el inconveniente de no ser bastante rica, pues la fortuna de su padre debia pasar á su hermano mayor, sin que ella esperase heredar más que una renta de poca importancia.

A pesar de que los dos jóvenes estaban firmemente resueltos á amarse, cediendo á la fuerza de las circunstancias y á graves razones de conveniencia, hubieron de romper sus relaciones, devolviéndose mútuamente la libertad.

A pesar de esto el marqués de la Cruzada no volvió á ocuparse de mujer alguna, y Margarita no quiso tampoco escuchar las galanterías de ninguno de los caballe-

ros que la asediaban constantemente, ofreciéndole su corazon y sus elevadas posiciones.

Esto hizo comprender á todos que el rompimiento de las tiernas relaciones de los dos amantes era forzado, y que más ó menos tarde concluirian por dejarse llevar otra vez de los impulsos de sus corazones.

Pasaron así dos años.

El tio y tutor del marqués habia dejado de existir y con su muerte entibiáronse los ódios con que ambas familias se miraban y renacieron las esperanzas de los dos enamorados.

El marqués hubiera corrido desde luego en busca de la mujer adorada; pero temia que el tiempo hubiese hecho cambiar los sentimientos de ella, y no quiso dar paso alguno hasta tener sobre este punto pruebas que no le dejasen lugar á duda.

Margarita comprendia los temores de su antiguo amante; pero lo dejaba y aguardaba ocasion para convencerlo de que su corazon sentia lo mismo que siempre habia sentido.

Observábanse ambos y ambos sufrian, aunque disimulaban, y en tal situacion encendióse el pecho de don Iñigo de Covadonga, el cual engañado por las apariencias, quiso probar fortuna, creyendo conseguir lo que ninguno habia conseguido.

Los galanteos del señor de Covadonga no pasaron desapercibidos para los palaciegos, porque en palacio es imposible que haya nada oculto.

El marqués de la Cruzada sintióse horriblemente atormentado por los celos, observó más cuidadosamente

y con la ligereza que carecteriza á los enamorados llegó á creer, como creyeron muchos, que Margarita estaba dispuesta á dar su mano al señor de Covadonga.

El primer impulso del jóven marqués fué el de buscar á don Iñigo para decirle:

—Caballero, yo amaba á doña Margarita y aún la amo, y aunque ningun derecho tengo para mezclarme en su conducta, aunque ella es absoluta dueña de sus acciones, no puedo verla con calma en brazos de otro. La razon no está de mi parte, lo reconozco; pero con razon ó sin ella estoy decidido á poner mi espada entre el corazon de doña Margarita y el hombre que aspire á poseerlo; con razon ó sin ella ódio á quien la ame y lo considero demás en el mundo. Estoy, pues, resuelto á mataros si vos no teneis la fortuna de matarme.

Esto hubiera dicho el marqués á don Iñigo de Covadonga, y como don Iñigo no era cobarde, como tenia que cumplir con las leyes del honor, y como además estaba ciegamente enamorado, la espada habria resuelto la cuestion con la muerte de uno de ellos.

Sin embargo, este paso era demasiado grave y el marqués quiso meditar, y meditando dejó que pasasen algunos dias.

Sus intenciones fueron adivinadas por la noble doncella, que tembló porque conocia perfectamente á su antiguo amante y sabia que don Iñigo responderia sin vacilar á la más ligera provocacion.

Las reflexiones no dieron ningun resultado satisfactorio, sino que por el contrario, sintióse don Enrique de Monteagudo más atormentado por los celos, más ar-

rebatado por la cólera, más trastornado por la desesperacion, y una noche, precisamente la noche que escribia Margarita la carta que debia enviar á Felipe con la escala y demás objetos, el marqués de la Cruzada, que estaba al servicio del rey, á solas en su aposento, exclamó mientras sus ojos brillaban con el fuego de la más reconcentrada ira:

—¡Vive el cielo! que mi prudencia vá pareciéndose ya mucho á la cobardía, y si don Iñigo adivina lo que siento, me mirará desdeñosamente y me insultaria con una sonrisa de triunfo, porque no he sido capaz de poner ningun obstáculo á su dicha. No, no pasará de mañana, y si muero, descansaré, y si lo mato, sufriré mucho menos de lo que ahora sufro.

Esta resolucion firmísima pareció tranquilizar al joven, que durmió con más sosiego que las noches pasadas.

A la mañana siguiente al despertar muy temprano dijo la doncella:

—Hoy es gran dia.

Lo que significaba esto lo sabremos bien pronto.

A las diez los salones de la morada real estaban llenos de cortesanos, que esperaban la honra de saludar á sus majestades.

Todos los dias se presentaban los reyes y hablaban con los cortesanos que tenian entrada en palacio, y acudian á lo que se llamaba la *conversacion*.

Despues el monarca se ocupaba en el despacho de los negocios públicos con los ministros, si no lo habia hecho antes, y la reina se retiraba á su cámara, bien fuera pa-

ra disponerse á salir á pasear, ó para recibir á las personas de su intimidad.

Cuando sus majestades no tenian por conveniente presentarse á la *conversacion*, anunciábase así por los gentiles hombres, y los cortesanos se retiraban hasta el otro dia, volviendo por la noche los que tenian el privilegio de formar la tertulia particular de los reyes.

A las nueve principiaban á llenarse los salones todas las mañanas, aunque sus majestades no se presentaban nunca sino despues de las diez; pero el tiempo que esperaban los cortesanos lo empleaban en hablar unos con otros, ocupándose de amor los jóvenes, y de negocios de Estado los más juiciosos.

Durante aquellas horas de espera tramábanse muchas intrigas, murmurábase mucho, heríanse muchas reputaciones, halagábanse muchas esperanzas y otras muchas se desvanecian.

Damas y caballeros formaban grupos, iban y venian, hablaban en voz baja los unos, otros en voz alta, muchos reian alegremente, otros se esforzaban para disimular su disgusto, y algunos, aunque muy pocos, permanecian indiferentes.

La hora de la *conversacion* era por todos esperada con afan: los enamorados, porque allí se reunian, los intrigantes, porque allí se ponian de acuerdo, y los pretendientes porque allí recibian noticias sobre sus pretensiones.

Don Iñigo de Covadonga habia sido de los primeros en acudir.

Sino pretendia ninguna gracia, sino tenia entónces

parte en ninguna intriga, esperaba ver allí al objeto de su amor, y aquella mañana precisamente fué decidido á explicarse con mucha claridad con doña Margarita y á pedirle que de una vez lo rechazase ó lo hiciese dichoso.

Doña Margarita se presentó tambien de las primeras.

Se habia vestido con más esmero que nunca, y como nunca estaba encantadora.

Al verla sintió don Iñigo que su corazon palpitaba violentamente.

Cambió de expresion el rostro sombrío del caballero, y sus ojos brillaron dejando escapar las llamaradas de su intensa pasion.

Casi estamos por decir que el miserable asesino, á pesar de todos sus crímenes, era digno de lástima.

Nunca como entonces, y tratándose del señor de Covadonga, hubiera podido calificarse de fatal una pasion.

Su amor era quizá el más terrible castigo del caballero, y sino el castigo precisamente, el incentivo que lo llevaba al abismo de su perdicion.

Margarita, la jóven encantadora, en cuyos lábios se veia constantemente la más alegre sonrisa, representaba un papel verdaderamente terrible.

Si alguna mujer puede ser comparada á la fabulosa sirena, que atrae con su dulce voz al caminante para devorarlo, ninguna con tanta razon como la noble doncella.

A la mirada de don Iñigo respondió ella con otra mirada ardiente, profunda, fascinadora, una mirada verdaderamente irresistible.

Encontrábanse á quince ó veinte pasos de distancia.

Ella estaba colocada junto á un balcon.

Entre ambos habia muchas personas.

Hácia el sitio donde se encontraba Margarita dirigióse don Iñigo; pero á cada paso tuvo que detenerse para responder á los saludos de otros caballeros, y saludar á algunas damas.

Entretanto, y por el extremo opuesto del salon, presentóse el marqués de la Cruzada, cuyo rostro de hermosura varonil, estaba ligeramente pálido.

Entre sus cejas marcábanse dos arrugas.

Su mirada tenia aquella mañana algo de sombrío, algo siniestro.

Dió el jóven algunos pasos, detúvose y volvió á todos lados la cabeza.

Al descubrir á don Iñigo se contrajo su frente.

Luego contempló á Margarita, cuyos rojos y frescos lábios, como siempre, estaban entreabiertos para sonreir con una gracia, con un encanto sin igual.

Los lábios del marqués de la Cruzada se entreabrieron entonces tambien; pero su sonrisa fué horriblemente irónica, desgarradoramente amarga.

Su palidez se hizo más densa, porque su ira se encendió más y más.

Habia llegado el momento terrible.

Púsose otra vez el jóven en movimiento para atravesar el salon, llegar hasta don Iñigo, y provocarlo sin miramiento alguno.

La noble doncella miró á su antiguo amante, adivinando las intenciones de éste.

No era posible que ella se equivocase cuando se trataba del marqués.

Por un instante, no más que por un instante, palideció la jóven y se contrajo su frente, volviendo luego á revelar su hechicero semblante la tranquilidad más completa.

—No,—dijo para sí,—no se verá el miserable don Iñigo tan honrado como se veria si fuese provocado por quien tiene un alma noble, un gran corazon y una conciencia pura.

Y mientras los dos rivales, andando el uno hácia el otro acortaban la distancia que los separaba, Margarita dió algunos pasos, y como por casualidad, encontróse frente á frente con el marqués.

Este se inclinó respetuosamente como hubiera podido hacerlo ante cualquiera otra dama, y murmuró un saludo ceremonioso y frio.

Ella sonrió y dijo de modo que solo pudiera ser oida por don Enrique:

—Caballero, vuestra galanteria es proverbial.

—Mi dignidad tambien,—respondió vivamente el jóven,—y por eso no me avengo á representar tristes papeles.

—¿Es papel triste acudir al llamamiento de una dama y servirla cuando ella tiene necesidad del valor y de la hidalguía de un caballero?

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Porque hay una dama que de vos necesita.

—Señora...

—Si quereis probar que aún sois lo que siempre ha-

beis sido, dad media vuelta, retroceded, salid de aquí....

—Ahora no.

—Ahora sí, porque es preciso que vayais á mi aposento y que permanezcais allí hasta que yo me presente. Despues quedareis en libertad y podreis buscar á don Iñigo, á quien fácilmente encontrareis.

Vaciló el marqués.

Margarita lo envolvió en una mirada irresistible, y bajando aún más la voz, le dijo:

—¡Enrique!...

—¡Oh!—murmuró el caballero mientras apretaba los puños con detrimento de sus guantes y de sus vuelos de riquísimo encaje.

Y sin darse cuenta de lo que hacia, como el autómata que obedece á sus resortes, dió media vuelta, avanzó algunos pasos, llegó á una puerta, levantó la cortina y desapareció.

En aquel momento se acercó don Iñigo á la doncella, y usando el lenguaje de moda en aquellos tiempos, le dijo:

—Entre tinieblas he caminado hasta que la fortuna ha querido dejarme ver la luz de vuestros ojos.

—La fortuna ha querido engañaros,—replicó Margarita con ligereza,—ha querido atormentaros, dejándoos ver por pocos momentos una luz que habia de desvanecerse.

—La fortuna sois vos...

—Una fortuna que no es siempre dueña de su voluntad.

—Doña Margarita...!

—Caballero,—replicó la jóven,—os hago la justicia de creer que lo que dicen vuestros lábios lo siente vuestro corazon.

—Os juro...

—No es menester que jureis.

—Escuchadme...

—Me complazco en escucharos.

—¡Ah!...

—Pero ahora me es imposible detenerme, porque su majestad la reina me ha llamado y no puedo hacerla esperar sin cometer una gravísima falta.

Y al decir esto la jóven, desplegó una de sus graciosas sonrisas, saludó á don Iñigo y se alejó desapareciendo bien pronto.

Las palabras de doña Margarita fueron una esperanza mas para el caballero, que dijo para sí:

—Será mia, será mia, mal que pese al presuntuoso marqués... ¡Oh!... La adoro y sin su amor me seria imposible la existencia.

Despues de decir esto pensó el señor de Covadonga en los papeles que guardaba el capuchino, y empezó á reflexionar sobre la conveniencia de reanudar las antiguas y criminales negociaciones que debian dar por resultado la desaparicion de aquellos terribles documentos.

La noble doncella atravesó habitaciones, galerías y pasillos, y cinco minutos despues llegó á su aposento, encontrándose con el marqués de la Cruzada, cuyo semblante revelaba una agitacion mucho mas profunda que cuando trataba de provocar al señor de Covadonga.

Paseaba el jóven con impaciencia y se detuvo al presentársele Margarita.

Quedaron ambos inmóviles como dos estátuas y contemplándose con bien distinta expresion.

Las dudas, los celos atormentaban al marqués.

Ella tenia su conciencia tranquila y en su mirada no habia mas que ternura, una ternura sin igual.

Trascurrieron algunos minutos, durante los cuales hubieran podido contarse los latidos de aquellos dos nobles corazones.

Por fin la doncella extendió el brazo derecho y presentó la mano despojada del guante, al celoso marqués.

Contempló él aquella mano, y aunque su primer impulso fué cogerla y besarla frenéticamente, contúvose y vaciló.

Margarita hizo un gesto doloroso, dejó caer lánguidamente el brazo y murmuró con acento de tristeza y amargura:

—Todo puedo perdonarlo menos la injusticia, menos las ofensas que se me hacen, poniendo en duda mis sentimientos.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el marqués.

—Basta, caballero... Podeis salir, porque ya nada tengo que deciros, ya no necesito vuestra ayuda, ya no necesito vuestra hidalguia.

—¡Margarita, Margarita!...

—Dejadme, marqués.

—Decid que me amais todavía, que me amais como siempre...

—Dejadme, os lo suplico, porque no os he llamado para justificarme...

—¡Estoy loco!—gritó el marqués fuera de sí.

Y antes de que Margarita pudiese evitarlo, cogió él la mórbida mano que acababa de rechazar, la estrechó entre las suyas y la besó repetidas veces.

—Decís bien,—murmuró la doncella mientras se extremecia,—estais loco, sois un niño...

—¡Perdonadme!...

—Ya veremos si lo mereceis.

—He sufrido mucho.

—La culpa no ha sido mia, sino de las circunstancias.

—¡Vos!...

—¿Teneis celos?—replicó la jóven con acento burlon. —Sí, teneis celos á pesar de que no quereis representar papeles ridículos.

—Tengo celos, porque hay otro hombre que os ama.

—¡Otro no mas!... Tal vez muchos, porque yo no dispongo de los sentimientos de nadie, así como habrá quizá mas de una mujer que esté enamorada de vos.

—Pero cuando las apariencias hacen suponer...

—Que yo tambien estoy enamorada, ¿no es verdad?

—Todos creen que estais dispuesta á corresponder á don Iñigo.

—Y yo me alegro de que todos lo crean así; pero entre vos y los demás debe haber mucha diferencia.

—Margarita...

—¿Teneis ó no fé en mi amor?

—Siempre la he tenido.

—Pues de vuestra fé depende todo.

—No os comprendo...

—¿Estais dispuesto á escucharme con calma?

—Sí.

—Entonces hablaremos como buenos amigos, y si es verdad que en mis sentimientos teneis fé, seremos dichosos, pero si dudais, si dais abrigo á sospechas que ofenden mi dignidad, que hieren mi corazon...

—¡Os odoro!

—Sentaos, que no podreis permanecer mucho tiempo aquí sin mengua de mi reputacion.

—Nadie me ha visto entrar.

—Prudente es que nos separemos cuanto antes.

Sentóse el marqués, que empezaba á considerarse feliz.

Margarita recobró la tranquilidad y la alegría que la caracterizaba.

CAPITULO LIII.

El marqués oye y no entiende.

Algunos momentos permanecieron silenciosos.

La jóven dijo:

—No hablemos ahora de nuestro amor.

—¿Y por qué?

—Porque el tiempo lo necesitamos para ocuparnos de otro asunto.

—No se me alcanza que para nosotros pueda haber nada más interesante que nuestro cariño.

—Es muy importante para mí salir del apuro en que me encuentro.

—¿Y puedo yo serviros?

—De mucho.

—Decidme de qué se trata.

—De hacer un gran beneficio y de favorecer la justicia.

—¡Beneficio!... ¿A quién?

—A dos criaturas muy desgraciadas y á quienes profesais el más tierno cariño.

—¿Sus nombres?...

—Debo callarlos ahora.

—Esa reserva...

—Mi querido marqués, habeis cometido una gravísima falta al dudar de mi amor.

—Lo reconozco, os pido perdon...

—Os lo otorgo condicionalmente.

—¿Y esa condicion?...

—Consiste en que os avengais á sufrir resignadamente el castigo que se me antoje imponeros.

—Si el castigo no es dejar de amarme...

—Consiste en mortificaros, picando vuestra curiosidad sin satisfacerla y poniendo además á prueba la fé que asegurais tener en mis sentimientos y en la rectitud de mis intenciones, porque esa prueba me dará la medida de vuestro amor.

—Si pruebas quereis...

—¿Estais dispuesto á dármelas?

—Sí.

—¿Todas las que yo exija?

—Todas,—respondió sin vacilar el marqués.

—Respondeis con mucha ligereza...

—Y cumpliré mis palabras como sé cumplirlas.

—Veamos.

—Os escucho.

—Don Iñigo de Covadonga me ama.

—¡Oh!...

—No esteis celoso.

—Ese hombre...

—Queríais provocar un lance con él.

—Lo aborrezco.

—Don Iñigo es un miserable y pensábais hacerle demasiado honor. ¡Oh!... No, vuestra espada no puede cruzarse con la de un asesino.

—¿Tambien vos dais crédito á esos rumores que hace algun tiempo han esparcido los enemigos del señor de Covadonga?

—No doy crédito á rumores, sino que tengo la seguridad, las pruebas de que don Iñigo de Covadonga es asesino, ladron, incendiario...

—¡Margarita!

—Por ahora no puedo deciros más.

—¡Teneis pruebas!...

—Las tengo y esto debe tranquilizaros, porque yo podré no amaros, marqués; pero no creereis que pueda rebajarme hasta el punto de amar á un hombre depravado que ha cometido los crímenes más horrorosos.

—Me aturdís.

—Aparento corresponder al amor de ese miserable, porque así conviene á la justicia, y vos no me pondreis ningun estorbo, sino que por el contrario me ayudareis, fingiendo que ya no me amais y aun ocupándoos en galantear á otra dama.

El marqués miró atónito á la doncella.

Esta prosiguió diciendo:

—Me habeis prometido ciega fé, que es lo mismo que ciega obediencia.

—¿Pero por qué no me dais más explicaciones?

—Porque necesito aprovechar estos momentos preciosos.

—¿Y me prometeis?...

—Nada os prometo.

El marqués hizo un gesto de resignacion.

—Seguid escuchando,—dijo Margarita.

—Vuelvo á escuchar.

—Suponed que tengo amores con un fraile.

No pudo el jóven contenerse y soltó una ruidosa carcajada.

—Sois adorable, mi hechicera Margarita,—dijo cuando acabó de reir.

—Eso me lo han dicho ya muchos hombres.

—Teneis el don de comunicar vuestra alegría.

—Ya lo veo, porque hace pocos minutos estábais sombrío y ahora reís de la mejor gana.

—Proseguid, que lo del fraile me divierte.

—¿Estais dispuesto á favorecer ese amor que pudiera calificarse de sacrílego?

—Dispuesto me teneis,—dijo alegremente el marqués.

—Os advierto que hablo sériamente.

—Y sériamente os doy mi palabra de favorecer vuestros amores con el fraile.

—¿Y si teneis que arrostrar algun peligro?

—¿Me habeis visto temblar alguna vez?

—Ya sé que os sobra valor, porque lo habeis probado en muchas ocasiones; pero no siempre está uno dispuesto á arriesgar la vida.

—Tratándose de complaceros...

—Acepto la promesa.

—Decidme lo que he de hacer.

—Principiareis por proporcionaros una linterna con cristal rojo.

—Es fácil.

—Con esa linterna cerrada ireis mañana á la noche despues de las diez al convento de Capuchinos de la Paciencia, colocándoos junto á una de sus paredes.

—¿Y qué he de hacer allí?

—Abrireis la linterna, dejando que brille la luz, y volvereis á cerrarla.

—Comprendo, una señal...

—Que repetireis de vez en cuando.

—Lo haré con toda exactitud,—repuso el marqués, que ya no reia porque comprendió que no se trataba de una broma, sino de un asunto sério, de una de tantas intrigas como agitaban á los cortesanos.

—Levantareis un brazo, y palpando la pared mientras andais, registrando los huecos de las puertas y ventanas, dareis vuelta al edificio seguro de encontrar un papel pendiente de un hilo.

—Ingenioso medio de sostener correspondencia con un fraile.

—No tengo que deciros que ese papel es para mí.

—Entendido.

—Todas las noches hareis lo mismo, trayendo una carta, si la encontrais, y llevando una carta mia que dejareis en lugar de la otra.

—¿Y ha de durar mucho tiempo esa inocente diversion?

—No lo sé.

—¿Puedo saber quién es el fraile afortunado?

—Lo sabreis el mismo dia en que me parezca conveniente daros explicaciones sobre la historia horrible y misteriosa de don Iñigo.

Reflexionó el marqués por algunos momentos y luego dijo:

—¿Quereis pruebas de que tengo en vos la más ciega confianza?

—Sí.

—Quedareis complacida.

—Gracias, mi querido Enrique.

—¿Habeis concluido?

—Sí.

Púsose en pié el marqués.

Margarita volvió á ofrecerle su mano, que él estrechó y besó tiernamente, exclamando luego:

—¡Cuánto te amo!

—No más que yo,—dijo la doncella.

Separáronse.

Ya sabemos que á la noche siguiente brilló la luz roja en los alrededores del convento de Capuchinos de la Paciencia.

El marqués de la Cruzada habia empezado á representar un gran papel en las intrigas que nos ocupan.

CAPITULO LIV.

La sirena.

El marqués de la Cruzada volvió donde se encontraban los cortesanos.

Ya no era sombría la mirada del jóven, sino que por el contrario, revelábase en ella la más viva satisfaccion.

Queria disimular, pero la alegría, la felicidad se oculta difícilmente, así como es casi imposible ocultar el dolor.

Don Iñigo de Covadonga andaba de un lado para otro y tambien en su semblante se adivinaba el contento. Pensaba en las últimas y signíficativas palabras de la noble doncella, y se consideraba por lo menos tan dichoso como el marqués.

Media hora despues de haber vuelto éste al salon, presentáronse los reyes.

Margarita era una de las damas que acompañaban á la reina.

El jóven monarca habló con todos afablemente, y doña Isabel se mostró más alegre que nunca.

Cerca de una hora permanecieron allí los augustos personajes, y durante la conversacion la reina dijo que queria aprovechar la primera parte de la noche para pasear en los jardines y aspirar el aire fresco y embalsamado.

Muchos cortesanos apresuráronse á pedir á su majestad licencia para asistir al paseo, y ella les respondió á todos con dulces sonrisas y palabras cariñosas.

No hay que decir que don Iñigo de Covadonga fué uno de los que solicitaron el honor de entrar aquella noche en los extensos jardines de la morada real.

Lo que era el paseo proyectado lo sabia muy bien el señor de Covadonga.

No se trataba de una fiesta, sino de dos horas de solaz agradable, de libertad completa.

Durante estos paseos dejábase muy rara vez ver el monarca, y esto contribuia á que hubiese más espansion entre las damas y caballeros.

Doña Margarita no podia faltar, y era muy probable que el señor de Covadonga tuviese ocasion de hablar con ella sin testigos, y consumar así su anhelada dicha.

Mas de una furtiva, ardiente y tentadora mirada dirigió la noble doncella al enamorado y criminal caballero durante la conversacion.

Don Iñigo estaba cada vez más entusiasmado, y concluyó por sentirse trastornado completamente.

Despidiéronse los reyes y volvieron á sus aposentos.

El marqués de la Cruzada habia desaparecido.

Don Iñigo de Cavadonga volvió á su morada de donde no pensaba salir en todo el dia.

Allí se encontraba perfectamente con sus recuerdos gratos de aquella mañana inolvidable.

Cuando llegó la hora de comer, apenas tomó alimento.

Estaba preocupado y no habia conseguido dominar su trastorno, ni lo conseguiria, porque constantemente veia con los ojos del alma la imágen hechicera de Margarita, y parecíale que aún sentia en su corazon el fuego de la mirada intensa de aquella mujer singular.

Muchas veces cerró el caballero los ojos, haciendo así mas completa su ilusion.

Estaba despierto; pero puede decirse que soñaba.

Llegó la noche.

Don Iñigo se vistió con esmero, poniéndose su más rico traje.

Al mirarse al espejo se creyó rejuvenecido.

¿Era imposible que lo amase una mujer como la doncella?

No.

Antes de las nueve esperaba el coche á la puerta de de la casa del caballero, y quince minutos despues entraba éste en la morada real.

En los jardines se habian encendido algunas luces encerradas en globos de papeles de distintos colores, que pendian de los árboles y oscilaban á impulsos del blando céfiro; pero fuera de las calles y glorietas principales no habia más claridad que el resplandor nacarado de la luna, que se enseñoreaba en un horizonte puro, trasparente y cuajado de estrellas.

Esta circunstancia era precisamente una de las que desagradaban á Luis I, y una de las que daban motivo para que el pueblo murmurase y acusase á la jóven reina exageradamente y con más pasion que juicio.

Las pocas antorchas que habia colocadas junto á las puertas del palacio no eran bastante para iluminar aquella gran extension de terreno, accidentada en unos sitios, y en otros cubierta de vigorosa y espesa vegetacion.

Los farolillos no eran en realidad más que una ceremonia, y si para algo servian era para deslumbrar y hacer más difícil la percepcion de los objetos.

La reina no encontraba en esto nada censurable, y su opinion la fundaba en razones que no dejaban de ser atendibles.

—Las damas nobles y virtuosas,—decia,—acuden las noches de verano al Prado viejo y al de Recoletos, y se pierden en las espesuras de la huerta del Regidor, y ciertamente en ninguno de esos sitios brilla una luz. Y yo misma he paseado allí con beneplácito del rey, y allí ha paseado mi antecesora sin que á nadie le parezca mal. ¿Qué diferencia hay entre los jardines de nuestro palacio y la huerta de Juan Fernandez?

La verdad es que la célebre huerta, de la que ya no existe más que una parte, fué teatro de amorosas intrigas, de escenas que tenian un color erótico demasiado subido, y aprobado lo uno no era posible desaprobar lo otro.

Algunas damas y caballeros habian llegado cuando se presentó don Iñigo, y bien pronto fueron llegando otros muchos.

Media hora despues brillaron más antorchas.

—La reina,—se oia decir.

Las nuevas luces no se separaron de los muros de palacio más que una corta distáncia.

A los pocos minutos dejóse ver la jóven augusta seguida de sus damas y doncellas y de algunos pajes.

Todas ellas iban ricamente vestidas y sin ningun abrigo, porque el calor era sofocante en Madrid en las noches de agosto.

En vano la blancura de las empolvadas cabelleras queria competir con la blancura alabastrina de los turgentes pechos, de las mórbidas espaldas, de los redondos y tentadores hombros, de los torneados brázos, de los rostros juveniles, todos bellos hasta el último grado de la belleza.

El oro, la plata y las piedras preciosas relumbraban al resplandor de la luna ó la dudosa claridad que trabajosamente se escapaba á través del papel de los farolillos.

Todas hablaban, reian, iban y venian alegremente.

Doña Isabel no era en aquellos momentos la reina, era para todos una amiga, no más que una amiga, y nadie experimentaba allí la presion producida por el respeto que infunde la majestad.

No nos detendremos á describir detalladamente el cuadro que presentaba aquella brillante juventud ansiosa de espansiones, de amor y de júbilo; no nos detendremos, porque tenemos que pintar otra escena de mucho más interés para nuestros lectores.

Sucedió lo que siempre sucedia: formáronse grupos

que empezaron á pasear en las calles de árboles que estaban iluminadas; pero el número de aquellos grupos empezó luego á disminuir, y bultos informes viéronse atravesar silenciosamente por entre los bosques más sombríos.

Los enamorados aprovechaban la ocasion.

La reina les dejaba á todos la libertad más completa.

Don Iñigo de Covadonga no habia perdido un instante de vista á la hechicera jóven á quien adoraba, y tambien afanoso esperaba un momento oportuno para cumplir sus deseos.

Margarita habló con todos sin detenerse muchos minutos con nadie.

Luego empezó á cortar flores, que deshojaba, arrojándolas y divirtiéndose en ver cómo el airecillo hacia revolotear los delicados pétalos.

Y cortando y deshojando, saltando aquí un arroyo, salvando allí un matorral, dejaba con demasiada frecuencia en descubierto su pequeño pié, calzado con chapin de tela de seda bordada de plata, y á más del pié la finísima media.

Y como la sombra sigue al cuerpo, don Iñigo de Covadonga, procurando ocultarse entre la espesura, iba en seguimiento de la encantadora jóven, siempre esperando la ocasion que tanto anhelaba.

E insensiblemente llegó Margarita á sitios donde no habia nadie, y creyéndose sola, porque debemos suponer que no habia reparado en el caballero, corrió y saltó con mayor descuido, con descuido tal, que el señor de Cova-

donga sintió que se abrasaba su rostro, parecióle que su sangre, convertida en fuego, circulaba por sus venas y no pudo decir si su corazon latia violentamente ó habia quedado sin movimiento.

En medio de la oscuridad brillaron los ojos de don Iñigo como brillan dos luciérnagas.

El momento habia llegado, porque el lugar no podia ser más á propósito.

Además habia la ventaja de que el marqués, testigo demasiado importuno, no habia podido asistir al paseo, porque estaba de servicio en la cámara del rey.

¿Qué más podia desear don Iñigo?

Su mirada ardiente se dirigió á uno y otro lado sin descubrir á nadie, porque nadie habia cerca de él más que Margarita.

Dió el caballero algunos pasos, acercóse á la jóven, se detuvo y la contempló.

Ella estaba inclinada y precisamente en aquel momento arrancaba la flor que lleva su nombre.

Al enderezarse y volverse vió al caballero, retrocedió un paso y exhaló un grito de sorpresa y de temor.

La margarita se escapó de sus manos, cayendo sobre la verde yerba.

—¡Ah!—exclamó el señor de Covadonga.—Ha de ser mia, ya lo es... ¿Quién sería capaz de arrebatármela sin acabar antes con mi vida?

Y antes de que la doncella pudiese evitarlo, el caballero recogió la flor y la acercó á sus lábios, besándola frenéticamente.

Se contrajo el rostro de Margarita iluminado en aquellos momentos por el resplandor de la luna.

—¿Qué haceis, caballero?—dijo con severo tono.

—¡Doña Margarita!...

—Vuestras demostraciones ofenden mi pudor.

—¡Perdonadme!...

—Alejaos.

—Nadie en el mundo puede respetaros como yo, porque nadie os ama tanto como yo... ¿Por qué me rechazais? ¿Qué temeis de mí? ¿Acaso dudais de mis nobles sentimientos?... No sé si en mi amoroso delirio he ido más allá de donde debia; pero si ha sucedido así, si mis demostraciones de ternura constituyen una falta, si os desagradan, si os ofenden, perdonadme en gracia de mi amor, pensad que el que está trastornado por una pasion, no puede ser completamente juicioso. Debo alejarme, ya lo sé, ó al menos así me lo manda mi razon; pero mi corazon...

—Don Iñigo,—interrumpió la jóven, endulzando su voz, y como si empezase á sentirse conmovida.

—Nada pidais á mi voluntad, señora, porque mi voluntad es impotente, nada pidais á mi razon, porque está ofuscada, porque...

—¡Por Dios, caballero!

—¿No quereis escucharme?

—Vuestra presencia aquí me compromete.

—Nadie nos vé, no puede fijarse en nosotros ninguna mirada mas que la de Dios, y ante Dios os juro que sin vuestro amor mi vida es un tormento insoportable, porque este amor es el primero...

—¡Dios mio!—murmuró la doncella con acento de turbacion profunda.

—¡Escuchadme, escuchadme!...

—¿Qué habeis de decirme que ya no me hayan dicho vuestras miradas?

—Entonces...

—Don Iñigo,—replicó Margarita, dando un paso hácia el caballero y cambiando de tono,—no puedo amaros...

—¡Que no podeis amarme!

—No puedo corresponder á vuestro amor, no puedo aceptarlo.

—¿Qué significan vuestras palabras? No las comprendo bien, no quiero comprenderlas.

La jóven exhaló un triste suspiro, inclinó la cabeza y quedó silenciosa.

El caballero la contempló por algunos minutos, y rompiendo al fin el silencio, dijo con cuanta calma le era posible en aquella situacion:

—Doña Margarita, escuchadme, hablemos con franqueza, porque de nuestra franqueza depende nuestro porvenir; depende mi dicha, quizá depende la salvacion de mi alma. No habeis dicho que no me amais, decís que no podeis amarme, ó mas bien que no podeis aceptar mi amor... ¿Quién os lo estorba, quién os lo prohibe?

—Me pedís explicaciones...

—Sí, os suplicó que me las deis, porque antes que las dudas que me atormentan, prefiero la más espantosa realidad.

—Me haceis sufrir mucho.

—¡Sufrir!... ¿Tanto os desagrada mi ternura?

—A nadie le desagrada ser amado.

—Estais incomprensible.

—Quereis explicaciones de mi conducta, que con razon podeis calificar de extraña, porque habeis visto que no he rechazado vuestras delicadas galanterías y ahora rechazo vuestro amor, lo cual parece probar que me he propuesto divertirme, dejando entrever esperanzas para desvanecerlas despues.

—No digo tanto, señora.

—Contra mi voluntad he aceptado vuestras galanterías, arrepintiéndome cada vez que así ha sucedido; pero haciéndolo otra vez, porque no siempre la voluntad es bastante fuerte para dominar ciertos impulsos.

—Me amais, pues...

—No puedo amaros,—replicó vivamente la jóven.

—¿Cómo he de explicarme lo que veo y lo que escucho?

—Hay secretos que no me está permitido revelar.

Don Iñigo palideció, porque supuso que los inconvenientes á que la jóven se referia eran los rumores esparcidos desde que el loco se presentó en la cámara del rey.

Nunca como entonces comprendió el señor de Covadonga la necesidad de hacer que desapareciesen los documentos terribles que guardaba el capuchino, con fines que no era posible adivinar.

La conversacion tuvo desde aquel instante un doble interés.

El señor de Covadonga tenia necesidad de salir de dudas, no solamente en cuanto al amor de la jóven, sino en cuanto á las indicaciones que esta acababa de hacer.

No contaba el caballero con el enemigo que en aquellos momentos tenia, enemigo contra el que no habia defensa posible, porque era su propia pasion, su trastorno, el vértigo que lo dominaba.

Margarita, que tenia perfectamente estudiado su papel, que era consumada maestra en el arte de fingir, que estaba dotada de una inteligencia superior y que tenia profundo conocimiento del corazon del hombre, dió á su semblante una expresion de tristeza profunda, una expresion dolorosa, angustiosa y para la que no habia indiferencia posible.

Las manos de la jóven, aunque muy levemente, empezaron á temblar.

Su respiracion empezaba á ser desigual y penosa.

Ninguno de estos detalles pasó desapercibido para el caballero, que se sintió doblemente interesado, doblemente aturdido y fascinado y con voz ahogada exclamó:

—¡Oh!... Hablad, hablad... Os amo como no ama criatura alguna, como ninguna amará. Por vos me siento capaz de todo, absolutamente de todo, lo mismo del crímen que de la virtud.

—Callad, don Iñigo, callad, que vuestras palabras me infunden pavor.

—¿Y por qué?

—Vuestra pasion me hace temblar, porque si es tal como la pintais, si sentís lo que estais diciendo, lo que

expresa vuestro semblante; si hay en vuestro pecho el fuego que se escapa por vuestros ojos...

—Más, mucho más.

—¡Dios mio!—murmuró la noble doncella, levantando al cielo sus magníficos ojos que habian empezado á humedecerse.

El señor de Covadonga quiso hablar y no pudo.

En el interior de su pecho resonó un rugido sordo.

—Tal vez,—dijo Margarita, despues de algunos momentos,—os he juzgado con el corazon.

—¿Os pesa?

—No, no me pesa, porque mi corazon, que nunca me ha engañado, me dice que no me equivoco.

—Entonces...

—¡Ah!—exclamó la jóven,—dejando al fin escapar dos lágrimas que rodaron por sus tersas mejillas y como dos gotas de rocío fueron á caer sobre la verde yerba.

El trastorno de don Iñigo de Covadonga llegó al último grado.

Sin exagerar puede decirse que estaba loco.

Sus pupilas se dilataron, iluminándose con el fuego inequívoco de la fiebre.

Su mirada se fijó con indescriptible afan, con ansiedad inconcebible, con avidez insaciable en la noble doncella.

Y vió que el mórbido pecho de la encantadora jóven se levantaba á impulsos de una respiracion violenta y desigual.

Y que aquellos hombros tentadores, mal encubiertos y destacándose del azul oscuro del ropaje de la donce-

lla, movíanse sin cesar, probando una agitacion profunda.

¿Era posible resistir?

El señor de Covadonga cogió una de las manos de Margarita, estrechándola entre las suyas con toda la fuerza de la desesperacion.

—¡Don Iñigo, don Iñigo!—exclamó la jóven con acento suplicante,—compadecedme... Alejaos.

—No, no.

—Se agotan mis fuerzas...

—Decid que me amais...

—No puedo.

—¡Esto es horrible!...

—Basta, basta de debilidad,—replicó Margarita como si hiciese un supremo esfuerzo.

Y separó su mano de las de don Iñigo, y limpió sus ojos y dijo:

—Olvidad lo que acaba de suceder, olvidadlo...

—No es posible olvidar los momentos de suprema dicha, de goce infinito...

—Momentos fatales para mí.

—Doña Margarita...

—Tengo ciega fé en vuestros nobles sentimientos, ciega fé á pesar de que vuestros enemigos os crean descorazonado.

—¿Qué me importan mis enemigos si vos me amais?

—El secreto de mi debilidad quedará sepultado en lo más recóndito de vuestra alma, porque lo pongo bajo la salvaguardia de vuestro honor.

—No habeis sido débil.

—Sí, porque sé que nuestra dicha es imposible.

—¡Imposible!... ¿Otra vez pronunciais esas palabras misteriosas?

—Nadie sabe lo que sucederá el dia de mañana; pero ahora nuestro amor...

—En nombre de lo que mas respeteis, en nombre de la madre que perdísteis y cuya vida fué un ejemplo constante de raras virtudes...

—No, no, don Iñigo, no puedo daros explicaciones.

El caballero dudó algunos instantes, arriesgándose al fin á preguntar:

—¿Hay alguien que ponga en duda mi honra?

—Os he juzgado y eso basta para mi corazon, ya os lo he dicho.

—Vuestro juicio me es favorable.

—No soy dueña de mi voluntad.

—Creeis que vuestra familia...

—No me obligueis á decir poco á poco lo que quiero callar.

—¿Pero me amais?

Margarita miró á todos lados como si temiera que alguien la escuchase, y luego, en vez de contestar, preguntó:

—¿Teneis en mis sentimientos tan ciega confianza como yo en los vuestros?

—Sí,—respondió sin vacilar don Iñigo.

—¿Creeis en mi virtud como yo creo en vuestro honor?

—Sí, sí.

—¿Dudareis de mi amor si para conseguir mi objeto,

para conseguir vuestra dicha, finjo y engaño al mundo con apariencias?

—No.

—Pues bien, don Iñigo, yo no amo, no puedo amar como las demás mujeres.

—Porque no os pareceis á ninguna, porque sois una escepcion, un ser extraordinario.

—Los grados de virtud no los aprecio como los aprecia todo el mundo y por eso concedo á muchas personas cualidades que le niegan las demás. No olvido las conveniencias sociales, porque en la sociedad tengo que vivir; pero miro con lástima al pobre mundo que siempre juzga por engañosas apariencias, y cuando los ojos del mundo no se fijan en mí, cuando no me ven más que las personas que han sabido apreciar mis sentimientos y tienen confianza en mi virtud, entonces hago lo que mi conciencia me dice que debo hacer.

Don Iñigo entendia cada vez menos y miraba con asombro á doña Margarita.

Esta prosiguió diciendo:

—Os amo...

—¡Ah!...

—Pero nuestro amor ha de ser un secreto hasta que yo haya vencido todas las dificultades, hasta que me sea posible anonadar á los que se oponen á nuestra dicha, y cuando llegue el momento, os avisaré, iré á buscaros y... No puedo deciros más.

—¡Margarita!...

—Separemonos.

—¡Ah! pero es preciso que yo tambien luche.

—Preciso es que hagais un sacrificio, uno no más.

—Decid.

—Esperar, no más que esperar sin temores ni dudas, esperar con la fé que los buenos creyentes esperan en la justicia divina.

—Eso es poco, muy poco.

—Yo creo que es mucho y dudo que para tanto tengais fuerzas.

—Me sobran.

—Prometedmelo por vuestro honor.

—¿Y cuándo os lo haya prometido?...

—Seré vuestra.

—Os lo juro por mi honor,—dijo arrebatadamente el caballero.

—Guardad esa flor que tiene mi nombre, guardadla como recuerdo de esta noche...

—Sobre mi corazon la llevaré siempre colocada.

—Y cuando llegue el momento decisivo, cuando yo os diga: «venid...»

—Yo...

—Si vacilais un instante siquiera...

—No vacilaré.

—Si dudais...

—No, no.

Margarita alargó la diestra al caballero.

Este la estrechó y quiso besarla; pero ella exhaló un grito y huyó velozmente, desapareciendo entre la espesura.

El señor de Covadonga quedó inmóvil como una estátua.

Cinco minutos despues se pasó las manos por la frente, que tenia empapada en frio sudor.

—¡Ah!—exclamó con voz ronca.

Luego contempló la margarita...

La pobre flor se habia marchitado.

Miró á su alrededor el trastornado caballero.

Aún estaba solo.

A sus oidos llegó el rumor de las voces de los que paseaban.

¿Cuánto tiempo habia permanecido allí?

No lo sabia.

Esforzóse para aparecer tranquilo y con pasos vacilantes se dirigió hácia donde estaban los demás.

Bien pronto se encontró entre las alegres damas que rodeaban á la reina.

Allí estaba tambien doña Margarita; allí estaba tambien, y como siempre, hablaba y reia como rien los que son completamente dichosos.

Los negros ojos de la doncella volviéronse por un instante hácia don Iñigo, enviándole una mirada abrasadora.

El señor de Covadonga se extremeció y suspiró.

Lo repetimos, era digno de lástima.

Sin embargo él se consideraba la más dichosa de todas las criaturas, si bien para su dicha le faltaba conseguir que el fraile le entregara los terribles documentos.

Una hora despues se despidió la reina de los cortesanos y seguida de sus damas y pajes volvió á la morada real.

Don Iñigo de Covadonga saludó tambien á sus más

íntimos amigos y fué donde lo esperaba su coche entrando en él y diciendo al lacayo:

—A casa.

El carruaje se puso en movimiento.

Diez minutos despues se detenia en la calle de Segovia.

Don Iñigo entró en su vivienda.

Iban á dar las once.

CAPITULO LV.

El fraile se decide.

Un criado acudió, presentando á don Iñigo una bata de riquísima tela, mientras otro se disponia á tomar el sombrero y la espada de su señor; pero éste, despues de haber mirado el relój, les dijo:

—Mi capa.

Corrió uno de los sirvientes para obedecer.

El otro preguntó:

—¿Ha de esperar el coche?

—No.

—¿Quien ha de acompañar á vuestra señoría?

—Nadie.

—¿Quiere vuestra señoría linterna?

—Brilla la luna.

—¿Cenará en casa vuestra señoría?

—Sí; pero no sé á que hora volveré.

El criado se inclinó respetuosamente.

El otro se presentó con una capa de paño verde oscuro, colocándola sobre los hombros del caballero.

¿A donde iba éste?

No es dificil adivinarlo: iba al convento de Capuchinos de la Paciencia decidido á ofrecer á fray Fulgencio montones de oro á cambio de los papeles.

La situacion cambiaba, era crítica y don Iñigo no debia perder un momento, porque cuando menos lo pensase, se le presentaría Margarita, diciéndole:

—Ha llegado la hora.

Y entonces era preciso que el señor de Covadonga estuviese completamente libre de toda responsabilidad, era preciso hacer que desapareciesen las armas con que sus enemigos podian atacarle y aniquilarlo, haciendo desaparecer en un instante toda aquella dicha tan deseada.

¿Conseguiria vencer la resistencia del capuchino?

Tal vez, porque en el convento habia tenido lugar un suceso de gravísima importancia y fray Fulgencio empezaba á modificar sus planes.

Rápidamente dejó atras calles y calles el caballero, llegando á la portería del convento y llamando.

El ventanillo se abrió, dejando salir algunos rayos de luz y oyéndose la voz del hermano portero, que preguntaba:

—¿Quién es?

—Necesito ver al padre Fulgencio,—respondió el señor de Covadonga.

—¡Ah!... Me parece que os reconozco...

—Muchas veces me habeis visto... Abrid.

La puerta se abrió, porque el donado tenia órden de recibir á todas horas al noble caballero.

Entró éste, y aquel, tomando un farolillo, dijo con respetuoso tono:

—Perdone vuestra señoría; pero habré de hacerle esperar, y le suplico no haga como aquella noche...

—Esperaré,—replicó ásperamente don Iñigo.

Y se sentó en un banco.

El donado salió.

No reinaba en el interior del edificio el mismo silencio que otras noches, pues de vez en cuando sonaba ruido de pasos y voces, lo cual probaba que algo extraordinario sucedia, para que así quebrantasen las reglas de la comunidad.

Cinco minutos despues volvió el portero.

—Creí,—dijo,—que no podia vuestra señoría ver esta noche al reverendo padre Fulgencio.

—¿Por qué?

—Nuestro santo prior, que lleva algunos dias de estar entre la vida y la muerte...

—¿Ha dejado de existir?

—No; pero está agonizando, y esto nos tiene á todos muy afligidos, y como es consiguiente, muy ocupados; pero el padre Fulgencio, que acaba de volver á su celda para descansar algunos instantes, me ha dicho que puede vuestra señoría pasar.

Don Iñigo siguió al donado, encontrando algunos frailes, legos y novicios que iban y venian en distintas direcciones.

¿No era ninguno de ellos Felipe?

Caminaban tan presurosamente que no era fácil distinguir sus facciones, y debemos suponer que el desgraciado mancebo no se apercibió de que estaba en el convento el señor de Covadonga.

Entró éste en la celda, encontrándose con fray Fulgencio, cuyo semblante revelaba una tristeza profunda.

—En mala ocasion llegais,—dijo el capuchino al caballero.

—Ya sé que vuestro superior se encuentra en la agonía.

—Desgraciadamente.

—Pero la muerte de ese santo varon, si es una gran desgracia para la comunidad, no es motivo para que yo olvide lo que me interesa, lo que es para mí más que la vida.

—¿Otra vez quereis que tratemos de vuestro asunto?

—Sí, padre, y vengo decidido á no salir de aquí sin haber puesto término á mi horrible situacion, porque si no habeis de ceder, quiero saberlo para adoptar la resolucion que más me convenga.

—Don Iñigo, debeis comprender que en estos momentos estoy muy preocupado.

—¿Por la muerte de vuestro superior?

—Claro es que sí.

—No me parece que para vos sea eso una gran desgracia, porque si el prior se muere, vos sereis elegido para sustituirlo.

—Tal vez,—dijo el fraile con indiferencia.

—Y no en mal momento, sino en el mejor quizás he

llegado, porque, ¿quién sabe si esa eleccion depende de la situacion en que nosotros quedemos?

El capuchino fijó su penetrante mirada en el caballero, y dijo despues de algunos instantes:

—Vais demasiado lejos.

—Hablo con franqueza como nosotros debemos hablar.

—Ciertamente.

—Si yo os ofrezco cien mil duros...

—No los aceptaré, porque el dinero no le sirve para nada á un pobre fraile.

—¡Vive el cielo!

—¿Ya os impacientais?

—¿Hemos de hablar con claridad?

—Ya hemos convenido en que sí.

—Pues escuchadme y luego responded terminantemente, porque ya os he dicho que de una vez quiero quedar dentro ó fuera.

—De poco tiempo puedo disponer; pero ya que os empeñais en que ha de ser ahora mismo, hablad.

Y al decir esto, sacó el fraile su caja, la golpeó suavemente, la abrió y tomó un polvo, que aspiró con delicia.

—¿Estais dispuesto á transigir?

Reflexionó fray Fulgencio.

—Segun,—dijo.

—Suponed que cuando muera el prior os escribo una carta diciéndoos que si la comunidad hace justicia á vuestras virtudes y os elige su prior, yo le haré el donativo de dos millones, comprometiéndome desde luego

á reconocer esta obligacion como una deuda cualquiera que los tribunales pueden hacerme pagar.

Fray Fulgencio desplegó una leve sonrisa.

—¿Qué os parece esta idea?—preguntó el caballero.

—Proseguid, que luego os contestaré.

—Ya he concluido.

—Bien poco teníais que decirme.

—No necesitamos hablar mucho, porque ya hemos hablado otras veces, y bastante, de este negocio.

—No me parece mal lo de la carta.

—Entonces...

—Pero lo de los cien mil duros, aunque hayais de comprometeros á entregarlos en oro, no me parece bien.

—Padre...

—¿Habeis olvidado que hace algunos meses os exigí ciento cincuenta mil?

—¡Tres millones!...

—Precisamente la cantidad que representa toda vuestra fortuna legítima, dejándoos libre la usurpada, ó lo que es igual, la que perteneció á vuestro hermano, y de derecho pertenece á su hijo Felipe.

—¡Oh!...

—Conozco demasiado bien la importancia de vuestras riquezas, y á mí, caballero, no podeis engañarme.

—No pienso engañaros, y reconozco que es verdad que de mi padre heredé una fortuna que representa próximamente tres millones de reales.

—Pues esos, si me decido á transigir, son los que han de venir á manos de la comunidad de Capuchinos de la

Paciencia, solamente que no quiero fincas, ni capitales en juros, ni ningunos otros valores mas que dinero en oro, porque lo teneis y podeis darlo.

El señor de Covadonga se mordió el lábio inferior.

—Yo,—añadió el capuchino,—indigno y último siervo de Dios, último tambien de los indivíduos que componen esta santa comunidad, tengo el deber...

—Comprendo.

—No abrigo ambiciones...

—¡Vive Dios!... Con vuestra hipocresía me haceis perder la paciencia. ¿Qué me importan vuestras virtudes? Lo que me importa es el dinero que me exigís á cambio del arma terrible de que os habeis hecho dueño no sé cómo, y con la que podeis aniquilarme.

—Todo sea por Dios,—murmuró el capuchino con seráfica dulzura.

—Concluyamos, padre, concluyamos, porque tiempo habeis tenido de meditar.

—Aún no es bastante; pero en todo caso si llego á decidirme...

—¿Insistireis en los tres millones?

—Sin rebajar un solo maravedí.

—Cuando fijásteis esa cantidad no se trataba solamente de los documentos, sino tambien de vuestra influencia para que yo consiguiese la mano de Angélica de Guevara.

—Es verdad.

—Aquel casamiento suponia un aumento muy considerable de mis riquezas, porque las de don Alfonso habian de pasar á mis manos más ó menos tarde.

—Todo eso es verdad.

—Yo iba, por consiguiente, á recibir de vos dos beneficios: el uno consistia en que me entregáseis esos documentos, y el otro en proporcionarme una boda que me haria doblemente rico de lo que soy.

—Continuad.

—¿Qué me importaba dar entonces ciento cincuenta mil duros si habia de encontrar sobradísima compensacion en la fortuna de Angélica de Guevara?

—Fuí moderado, vos mismo lo reconoceis.

—La situacion no es la misma. Podeis entregarme esos papeles, podeis perderme ó salvarme; pero no duplicar mi caudal.

—¿Habeis concluido?

—Sí.

Tomó el fraile otro polvo, desplegó una leve sonrisa y dijo con su inalterable calma:

—No os proporcionaré un nuevo caudal que duplique el vuestro; pero ya que no puedo haceros ese beneficio, os haré otro de no menor importancia para vos.

—No os comprendo.

—Doña Margarita de Cienfuegos...

—¡Ah!...

—¿La habeis olvidado?

—¿Y qué tiene que ver doña Margarita en este asunto?

—De la hija de don Alfonso no estábais enamorado; pero de doña Margarita sí, y si yo pongo inconvenientes á la realizacion de vuestros amorosos deseos, sufrireis mucho, sereis muy desgraciado.

—Padre...

—¿Acaso para vos no vale el corazon de doña Margarita tanto ó más que valia el dinero de doña Angélica?

—No.

—Perdonad, don Iñigo; pero ahora no decís la verdad.

—Os juro...

—Yo no he de arreglar mi conducta por vuestros juramentos, sino por mi conveniencia; no he de guiarme por lo que decís, sino por lo que sentís.

—Pensad que podeis equivocaros.

—Bien puede ser; pero si me equivoco, deseo que el resultado de mi equivocacion esté representado por cincuenta mil duros de más en favor de mi convento, y no por cincuenta mil duros de menos.

—¿Y qué clase de estorbos podeis poner en lo relativo á mis pretensiones amorosas?

—¿Eso me preguntais?—replicó irónicamente el capuchino.—En verdad, caballero, que esta noche teneis un tanto ofuscada la razon. Reconoceis que puedo perderos, y luego preguntais qué clase de estorbos me es dado levantar ante vuestras aspiraciones amorosas.

—¿Os atreveríais?...

—Poco valor se necesita para atreverse á favorecer la justicia.

—Bien; pero por mucho que para mí valga el amor de doña Margarita...

—Os cansais en vano.

—¿No estais dispuesto á aceptar menos de tres millones?

—Es posible que se me antoje pediros algo más.

—¡Padre!...

—Y más exigiré cuanto más inaceptables os parezcan mis proposiciones.

Meditó el caballero, aunque era completamente inútil meditar.

Tenia que sucumbir.

Si algo debia sorprender en las proposiciones de fray Fulgencio, era que no hubiese pedido más de los tres millones.

—Sea,—dijo don Iñigo despues de algunos minutos.

—¿Estais decidido?

—Sí.

—Pues ahora falta que yo tambien me decida, lo cual no haré sino despues que el prior haya dejado de existir y me convenza del espíritu de la comunidad en cuanto á eleccion de nuevo superior.

—Decís que está agonizando...

—Y creo que al amanecer volará su alma á la eternidad.

—Entonces mañana...

—No vengais,—interrumpió el astuto capuchino,—porque no os recibiré.

—Pasado mañana...

—Tampoco.

—¿Cuándo ha de ser?

—Yo iré á buscaros cuando sea conveniente.

El señor de Covadonga se puso en pié.

Estaba completamente tranquilo, porque ya todo era cuestion de algunos dias.

Tenia que hacer el sacrificio de ciento cincuenta mil

duros; pero bien valia esto y mucho más el amor de Margarita.

Despidióse el caballero y salió con el fraile, que lo acompañó hasta la portería.

Luego volvió el capuchino á su celda, sonrió y dijo:

—El negocio será completo. Le entregaré los papeles y tomaré los tres millones, y despues, si puedo conseguir que Felipe profese, con la partida de casamiento de su padre y la de bautismo del jóven, reclamaré la herencia, sin que á don Iñigo le quede ni aun esos tres millones que legítimamente le pertenecen, y si acaso Felipe no profesa, habré asegurado esa cantidad, importándome poco que doña Margarita se case con el señor de Covadonga y que Angélica vuelva al lado de su padre.

No hizo más reflexiones el capuchino, porque el plan lo tenia bien combinado y meditado.

A los pocos minutos salió de su celda para volver á la del moribundo prior.

¿Conseguiria Felipe descubrir los papeles y apoderarse de ellos?

Poco tiempo tenia para llevar á cabo tan difícil empresa.

CAPITULO LVI.

Felipe avanza.

No se equivocó fray Fulgencio, porque al brillar los primeros resplandores del matutino crepúsculo, el anciano prior dejó de existir.

Este triste suceso era esperado, y sin embargo produjo en la comunidad la conmocion que era consiguiente.

Una hora despues de haber amanecido cundió por todo Madrid la noticia, y á las nueve de la mañana el rey se dignó enviar algunas frases cariñosas á fray Fulgencio, encargándole las repitiese á la comunidad.

Ningun fraile se permitió salir del convento aquel dia.

El cadáver fué colocado en el templo, cuyas puertas permanecieron abiertas para que pudiesen entrar los devotos á todas horas.

En el coro no faltaban ni un solo momento frailes que rezaban por el alma del difunto.

El dia siguiente era el designado para dar sepultura al cadáver, pero antes de que esto sucediese debian agitarse las ambiciones de los que aspiraban á ocupar el puesto vacante.

Entre los frailes no habia lazos de cariño y la muerte de cualquiera de ellos era mirada con fria indiferencia por los demás.

Cuando dejaba de existir un prior, producíase en el interior del convento una conmocion mucho más violenta, mucho más trascendental que la que producen en nuestros dias las luchas políticas cuando se trata de elecciones.

Se apelaba á toda clase de medios, poníanse en juego toda clase de intrigas y las pasiones se excitaban hasta un punto increible.

No bien habia muerto el prior cuando los frailes dieron principio á la lucha.

Hablaban unos con otros, poníanse estos de acuerdo, mirábanse aquellos con desconfianza, y todos discurrian aun en los momentos en que se encontraban en el coro y rezaban maquinalmente.

Felipe contemplaba todo aquello con asombro, convenciéndose de que á pesar de lo mucho que hasta entonces habia visto, no conocia bastante bien á los frailes.

Fray Fulgencio contaba con muchos partidarios para ser elegido; pero habia otro fraile que tenia tambien á su favor muchos votos y la eleccion debia considerarse hasta entonces dudosa.

Sin embargo, el capuchino intrigante aparecia completamente tranquilo; y en realidad lo estaba, porque contaba con un arma terrible, se habia reservado el último golpe para el momento decisivo y tenia la seguridad del triunfo.

Los tres millones de don Iñigo de Covadonga debian producir un efecto mágico; contra aquellos tres millones debian estrellarse todos los esfuerzos, todas las intrigas, toda la ifluencia del candidato contrario.

Llegó la noche.

Los frailes, lo mismo que los legos y novicios, debian ir alternando de modo que ni un solo momento faltase en el coro quien rezase.

Felipe debia tener mucha más libertad que las noches anteriores, pues sobre inspirar ya más confianza á fray Fulgencio, no podian cuidarse de él.

A las nueve el astuto capuchino, lo mismo que algunos de sus hermanos, salió del coro.

Nuestro jóven hizo lo mismo, yendo á su celda, sentándose en la cama, arrugando el entrecejo y exclamando:

—¡Se acerca el instante!

Esto paracia indicar que habia escuchado la noche anterior lo que hablaron don Iñigo de Covadonga y fray Fulgencio, y si habia sucedido así, no era posible que al jóven se le ocultase la gravedad de la situacion.

Todo era ya cuestion de tres ó cuatro dias.

El intrigante capuchino, con la segunda intencion que conocemos, estaba decidido á entregar los papeles al señor de Covadonga, y una vez que éste los tuviese

en su poder, los convertiria en cenizas, que el viento se llevaria con todas las esperanzas de nuestros desgraciados amigos.

¿Y cómo evitar que así sucediese?

Para evitarlo no habia más medio que apoderarse de aquellos papeles antes que fuesen entregados al criminal.

Esto era precisamente lo que proyectaba el desdichado Felipe; y solo para conseguir esto permanecia en el convento.

El jóven habia calculado y habia hecho todas las suposiciones y deducciones imaginables para adivinar donde el capuchino guardaba lo que podia llamarse su tesoro.

En la celda, y segun ya sabemos, habia un arca grande de nogal con fuerte cerradura.

Allí tenia el fraile su disfráz, y esto no lo ignoraba Felipe; pero; ¿tenia tambien allí los papeles?

Así debia suponerse; pero una suposicion no era bastante para decidir en situacion tan crítica.

Desde que no se le espiaba tan cuidadosamente, habia podido el mancebo aprovechar más de una ocasion para forzar la cerradura del arca y apoderarse del tesoro; pero si despues de hacerlo así no encontraba los papeles, su situacion se haria doblemente grave, le sería preciso abandonar el convento y renunciar para siempre á su anhelada venganza.

Un golpe en falso significaba la completa perdicion, y esto era lo que á Felipe le detenia.

Fundándose en estas mismas consideraciones habia

opinado Margarita que Marcelo debia permanecer en su prision.

Hasta el dia en que estamos pudo resignarse Felipe, porque el peligro estaba lejano todavía; pero la cuestion variaba, el peligro era inminente desde que fray Fulgencio habia decidido acceder á las súplicas del señor de Covadonga, y entregarle los papeles á cambio de los tres millones.

Un dia, una hora, un minuto quizá que se perdiese, podia ser causa de la perdicion completa del novicio.

No debe, pues, extrañarse que éste se encontrara muy preocupado, y se sintiera á veces arrebatado por la desesperacion.

En aquellas circunstancias no tenia más medios, más recurso, más defensa que redoblar su vigilancia, sus observaciones, su espionaje.

La noche anterior habia consultado con Marcelo; pero éste tampoco habia encontrado traza alguna para salir del apuro.

Por espacio de cinco minutos meditó el mancebo y dudó si ocuparse entonces en escribir á Margarita ó en espiar á fray Fulgencio, que habia vuelto á su celda para descansar.

Felipe decidió hacer lo segundo, porque lo primero no le proporcionaba ninguna ventaja positiva en aquellos momentos. Más tarde podia escribir, suponiendo que la persona que fuese á recoger la carta, volveria despues ó esperaria sino la encontraba como todas las noches.

Salió el novicio de su celda.

Nadie habia en el pasillo, porque era demasiado tem-

prano, y porque tampoco aquella noche habia de cuidarse nadie de vigilar.

Miró Felipe á todos lados y cuando se convenció de que nadie lo observaba, respiró como respira el cautivo que recobra la libertad.

—¡Ah!—exclamó.—Mentira me parece que no me sigan como la sombra sigue al cuerpo.

Con silenciosos pasos adelantó el novicio, y aunque encontró algun religioso, no pudo infundir sospechas, porque aquella noche era excepcional, y no debia extrañarse que los novicios estuviesen fuera de sus dormitorios.

Llegó á la celda de fray Fulgencio.

Por allí no se percibia ni el más leve rumor.

Puso el jóven la mano en el picaporte, haciéndolo girar tan suavemente que no produjo ruido alguno.

La puerta se abrió sin crugir.

Entró el mancebo en la primera habitacion, que ya sabemos estaba completamente vacía, volvió á cerrar y quedó entre tinieblas.

Por las rendijas y por el ojo de la cerradura de la segunda puerta escapábase alguna claridad, y guiado por ella adelantó Felipe.

Su perdicion era segura si en aquellos momentos salia el capuchino.

Colocóse el jóven junto á la segunda puerta.

Era inútil que escuchase, porque fray Fulgencio estaba solo y no tenia para qué hablar.

Por el agujero de la cerradura podia descubrir una pequeña parte de la celda.

Todo dependia primeramente del sitio en que estuviese colocado el capuchino, y despues de lo que éste hiciese, pues si leia ó dormia, nada se adelantaba con observarlo.

Inclinóse Felipe y miró por el estrecho agujero, obstruido en parte por la llave, que estaba puesta en la cerradura.

Hé aquí lo que vió.

La mitad inferior del cuerpo del capuchino, que estaba sentado; una parte de la mesa; la palmatoria con la luz, y por último el arca.

Ni siquiera podia descubrir el rostro de fray Fulgencio, ni saber si éste leia ó meditaba.

Felipe era de carácter vivo; pero la costumbre hace mucho y ya sabia dominar su impaciencia.

Lo que veia nada tenia de particular, nada le decia, de nada podia servirle; pero el jóven permaneció inmóvil como una estátua, y decidido á no moverse de allí hasta que trascurriese por lo menos una hora.

Diez minutos pasaron.

Felipe vió que fray Fulgencio cambiaba de postura, y oyó que murmuraba algunas palabras, aunque no pudo entenderlas.

Luego el fraile se puso en pié, dió dos pasos, se detuvo junto al arca y se arrodilló.

—¿Pensará disfrazarse para salir?—pensó el mancebo.
—No me parece que se atreva á semejante cosa en una noche como esta.

Sacó de entre los hábitos el capuchino una llave, la introdujo en la cerradura del arca, y dió dos vueltas.

El ruido que produjo, aunque leve, hizo extremecer á Felipe.

Fray Fulgencio abrió el arca, introduciendo en ella los brazos, que empezó á mover, aunque sin sacar nada.

A los pocos segundos oyó Felipe un crugido, que resonó en el fondo del mueble, y poco despues sacó el fraile los brazos, dejando ver entre sus manos unos papeles.

Volvió á temblar el jóven, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener un grito de júbilo.

Aquellos papeles debian ser los codiciados por unos y otros.

La viva imaginacion del mancebo calculó entonces lo que significaba el crugido que habia sonado en el interior del arca: debia ser producido por el resorte de un segundo fondo secreto.

El capuchino cerró otra vez el arca y volvió á sentarse; pero acercándose más á la luz y poniendo los brazos y los papeles sobre la mesa.

Felipe miraba con creciente afan.

No era posible que para él pasase desapercibido detalle alguno.

Los papeles tenian ese color amarillento que indica la antigüedad, y estaban cuidadosamente atados con una cinta negra, como si con esto hubiera querido significarse que contenian el secreto de una historia negra tambien y horrible.

El capuchino los desató y desdobló, poniéndose á leer y quedando inmóvil como si se hubiese petrificado.

Toda su atencion se fijaba en aquel tesoro inapreciable.

Habíase inclinado sobre la mesa, y aunque de perfil, dejaba su rostro en descubierto para la mirada excudriñadora del novicio.

Cinco minutos despues vió éste que los delgados lábios de fray Fulgencio se dilataban para desplegar una sonrisa de diabólica satisfaccion.

Luego hojeó como si buscase determinados puntos del manuscrito.

¿Para qué revisaba aquellos papeles que debian serle muy conocidos?

No hacia nada en balde fray Fulgencio.

Tomó otro papel en blanco de los que habia sobre la mesa, luego la pluma y se puso á escribir, hojeando y mirando los documentos.

—Toma apuntes,—pensó Felipe.—¿Con qué fin?

No se equivocaba; pero el fin era imposible adivinarlo.

Un cuarto de hora despues habia concluido el fraile su tarea y dobló los documentos, atándolos con la cinta lo mismo que antes estaban.

Tambien dobló el papel donde acababa de escribir, y tomándolos todos, levantóse, acercóse al arca, que nuevamente abrió introduciendo en ella los brazos.

El crugido volvió á sonar.

Segunda vez quedó cerrado el mueble.

Entonces no se sentó el capuchino, sino que atravesó la celda desapareciendo á la vista de Felipe.

Percibióse otro ruido.

—Se acuesta,—dijo para sí el mancebo.

Ya no tenia éste nada que hacer allí.

Fray Fulgencio iba á dormir y luego saldria para volver al coro.

Felipe se separó entonces de la puerta, llegó á la otra, salió y cerró silenciosamente, y se alejó.

Una vez en su celda, sacó la escala, la enganchó en la ventana, y descendió al patio.

Los negros ojos del novicio brillaban con el fuego de la más viva alegría.

Ya sabia donde se encontraban los documentos: pero aún faltaba lo más difícil.

Su conferencia con Marcelo no duró aquella noche más de media hora.

Antes de las diez volvió Felipe á su celda, guardó la escala, sacó papel y lápiz y se puso á escribir.

Al cabo de otra media hora habia concluido.

Ningun inconveniente encontró tampoco aquella noche para hacer llegar su carta á manos del desconocido.

Llegó el nuevo dia.

El templo se llenó de gente.

Habia llegado la hora de dar sepultura al cadáver y resonó en las elevadas bóvedas el imponente *de profundis*.

Entre los que habian acudido á presenciar la triste ceremonia, veíase á la dueña de doña Margarita.

Aquella mañana nadie se cuidó de ella, que permaneció allí hasta quedar completamente sola.

Entonces entró en la capilla de Santa Rita y se ar-

rodilló junto al pedestal que sostenia la efigie de San Pedro.

Pocos momentos despues se levantó, santiguóse y salió de la iglesia.

Las puertas de esta se cerraron á la hora de costumbre.

Los indivíduos de la comunidad habian pasado mala noche y casi todos se retiraron á descansar despues de haber comido.

Felipe aprovechó la ocasion para ir á la iglesia y rezar al pié de algunos altares, concluyendo por arrodillarse junto al de Santa Rita.

Tras el pedestal habia un envoltorio.

El mancebo lo cogió, lo guardó bajo su hábito, fué á su celda y lo ocultó perfectamente entre el colchon y la manta.

Muy difícilmente podia Felipe disimular aquel dia su agitacion.

¿Qué contenia el envoltorio enviado por doña Margarita?

Debemos suponer que eran instrumentos á propósito para romper con prontitud y silencio el arca.

Otro paso más; pero repetimos que aún faltaba lo más difícil.

Felipe no podia intentar siquiera apoderarse de los papeles sino en ocasion en que el capuchino estuviese fuera del convento, porque por pronto que llevase á cabo la difícil y peligrosa operacion de romper el arca, necesitaria siquiera una hora, que era tiempo sobrado para que lo sorprendiesen.

Y una vez que de los papeles se hubiese apoderado, tendria que huir inmediatamente del convento, lo cual no debia hacer sin haber devuelto la libertad á Marcelo, pues de otro modo éste seria el blanco de las iras y la venganza del implacable capuchino.

Y hacer ambas cosas á la vez, en un momento dado, ya fuese de dia ó de noche, era casi imposible.

Mientras Felipe se ocupaba en salvar á Marcelo, no podia dedicarse á romper el arca, y si principiaba por los papeles no podia ayudar al preso.

A pesar de todas estas dificultades no se arredró el jóven, ni por un solo momento pensó retroceder.

Estaba decidido á luchar hasta morir, y lucharia.

El recuerdo de su desgraciada madre y el amor de Angélica le infundian sobrados alientos.

—¡Un esfuerzo, uno no más y triunfaré!—exclamó.

Efectivamente, con un solo esfuerzo bastaba; pero era un esfuerzo humanamente imposible.

Fray Fulgencio tampoco salió en todo aquel dia, porque su ocupacion más interesante la tenia en el convento.

Llegó la noche.

A las once bajó Felipe al patio y se acercó á la reja del calabozo.

Marcelo lo esperaba y le preguntó afanosamente.

—¿Os han enviado lo que pedísteis?

—Sí, ya tengo en mi poder cuanto necesito, bien para agujerear el arca por el lado que se me antoje, ó para romper la cerradura.

—Lo primero me parece que será más fácil.

—Esa es mi opinion.

—¿Y fray Fulgencio?

—No ha salido.

—Tampoco ha venido á verme hoy, lo cual prueba que está muy preocupado con la eleccion.

—A mí tambien me deja en completa libertad.

—Ahora más que nunca necesitais prudencia y calma.

—Descuidad.

—Antes de tres dias, segun todas las probabilidades, será preciso dar el golpe.

—Así lo creo.

—Por consiguiente debemos ponernos de acuerdo para no cometer ninguna torpeza.

—Os diré lo que he pensado, y si os parece bien lo pondremos en práctica.

—Os escucho.

—¿Cuánto tiempo necesitareis para limar estos hierros?

—Creo que ménos de una hora.

—Una hora tambien escasamente necesitaré yo para romper el arca.

—¿Pero cuándo podreis disponer de esa hora? Hé ahí la dificultad. Si es de noche, todo será más fácil; pero si es de dia tendremos que vencer mayores obstáculos y arrostrar mayores peligros.

—Supongamos que la ocasion se nos presenta de noche.

—Supuesto.

—Vendré, os avisaré, y mientras vos rompeis esta reja, yo iré en busca de los papeles.

—Si concluís antes que yo, volvereis para ayudarme.

—Y si sucede lo contrario...

—Habreis dejado puesta la escala y os esperaré en vuestra celda oculto debajo de la cama, porque como no conozco el interior del edificio, no podré ir á buscaros.

—Estamos de acuerdo.

—Ahora supongamos que la ocasion se nos presenta de dia. ¿Cómo me dareis aviso para que yo principie á romper esta reja?

—No dormireis sino desde las doce de la noche hasta el amanecer, horas en que no parece probable que tengamos ocasion de poner en práctica nuestro plan, y así podeis estar en observacion todo el dia.

—Muy bien.

—Cuando llegue el momento,—repuso Felipe,—tomaré un jarro lleno de agua, que arrojaré á este patio por la ventana de mi celda y además toseré tres ó cuatro veces. Esta será la señal.

—Convenidos.

—En medio del dia es fácil que os vean salir al patio, y esto no lo hareis hasta que yo haya concluido y observeis desde aquí que dejo caer la escala. Entonces saldreis, correreis, trepareis con cuanta velocidad os sea posible y podreis entrar en mi celda antes de que acudan los que os hayan visto desde cualquiera de estas ventanas.

—Si desgraciadamente sucediera así, ya no habria disimulo posible; pero disponemos de un par de pistolas y de un puñal, y aprovechando los primeros momentos de confusion y sorpresa, nos abriremos paso, y saldremos del convento sin que nos importe ser perseguidos, porque

correremos hasta llegar á palacio y allí encontraremos proteccion.

—Habeis adivinado mi pensamiento.

—¡Oh!... Se ácerca la hora...

—Sí,—dijo Felipe con reconcentrada voz,—se acerca la hora de la justicia, la hora de vengar á mi madre.

Muy poco más hablaron.

Estrecháronse la diestra y se separaron.

El novicio volvió á su celda.

Cinco minutos despues reinaba en el edificio el silencio más profundo.

¿Conseguiria triunfar el desgraciado mancebo?

Poco tardaremos en salir de dudas.

CAPITULO LVII.

Incertidumbre horrible.

Tres dias pasaron que parecieron tres siglos á Felipe y á Marcelo, tres dias de afan y de temor, de angustioso anhelo, de verdadera agonía.

El capuchino no habia salido del convento á ninguna hora: como los demás frailes, habiase ocupado sola y exclusivamente de las intrigas electorales, poniendo en juego toda su influencia, toda su habilidad, y concluyendo por dejar entrever la esperanza de un donativo de tres millones, si se le concedia la honra de elegirlo prior.

Esto produjo el efecto que era consiguiente y se comentó á todas horas por los frailes; pero el candidato opuesto sonrió desdeñosamente, poniendo en duda la realizacion de tal promesa, que calificó de engañoso ardid.

Fray Fulgencio tenia por consiguiente que dar una prueba de que sus promesas no eran vanas, y esta prueba no podia ser otra que el documento que se habia comprometido á firmar el señor de Covadonga.

La presentacion de este documento debia ser un golpe decisivo, un golpe terrible, mortal para el otro candidato.

Felipe sabia todo esto, y lo que no se decia lo adivinaba: lo que no pudo adivinar por mas que caviló fué el objeto que habia guiado al capuchino á tomar algunos apuntes de los documentos en cuestion.

Una casualidad, que debia ser considerada como un aviso del cielo, hizo comprender al jóven que el momento habia llegado.

Eran las once de la mañana cuando paseándose Felipe por el claustro con otros compañeros, vió á un donado que llevaba un papel, dirigiéndose á la portería.

Uno de los novicios, demasiado curioso, quiso detenerlo preguntándole adonde iba, pero el donado, mientras continuaba su camino, mostró el papel y sin sospechar la importancia de sus palabras, dijo:

—No puedo detenerme, hermano, porque tengo que ir nada menos que á la calle de Segovia para entregar esta carta del padre Fulgencio al muy noble caballero don Iñigo de Covadonga, y ya sabeis que las órdenes del padre Fulgencio deben obedecerse con prontitud hoy más que nunca.

Quedó Felipe como petrificado al oir ésto.

La mitad de su vida hubiera dado por apoderarse de aquella carta; pero ésto era imposible.

¿Qué le decia el capuchino al señor de Covadonga?

Reflexionó el novicio y acabó por creer que aquella carta no era mas que una cita para hacer la entrega de los preciosos documentos.

¿Cuándo debian verse los dos intrigantes?

¿Debia fray Fulgencio ir á casa de don Iñigo, ó éste al convento?

—Procuraré averiguarlo,—dijo para sí Felipe.

Y continuó paseando cerca de la portería y decidido á esperar á que volviese el donado que habia llevado la carta.

No tardó esto en suceder mas de media hora.

Dirigióse el donado á la celda de fray Fulgencio.

El novicio lo siguió disimuladamente.

Entró el primero, y el segundo, con la temeraria audacia de que habia dado tantas pruebas, hizo lo mismo y se colocó junto á la puerta para escuchar.

—Pronto habeis vuelto, hermano,—dijo fray Fulgencio.—¿Acaso no estaba el señor don Iñigo en su vivienda?

—Estaba; pero no me ha hecho esperar ni un solo instante.

—¿Leyó mi carta?

—Sí, reverendo padre.

—¿No os ha dado ninguna?

—Me ha dicho lo siguiente: «Haced presentes mis respetos y mi profunda consideracion al virtuoso padre Fulgencio, manifestándole que me parece muy bien cuanto me participa y que toda la noche estaré aquí y daré los órdenes convenientes á mis criados, para que

reciban como deben hacerlo á la persona que ha de honrarme con su visita.»

—Está bien.

—Nada mas me dijo sino algunas palabras benévolas para despedirme.

—Retiraos, hermano, y que Dios os bendiga.

No bien hubo pronunciado estas palabras el capuchino, cuando el mancebo se separó de la puerta y se alejó muy velozmente.

No necesitaba más para comprenderlo todo: fray Fulgencio debia ir aquella noche á casa de don Iñigo de Covadanga.

Era de suponer que le llevase los papeles para cambiarlos por el otro documento.

Los frailes no andaban de noche por las calles, como no fuese para cumplir los deberes de su sagrado ministerio, y de todo esto dedujo Felipe que el capuchino saldría disfrazado.

¿A qué hora?

Tomándose el trabajo de acechar, lo sabria nuestro jóven.

Por de pronto iba é tener una hora de libertad completa, porque una hora lo menos necesitaba el capuchino para ir á la calle de Segovia, arreglar aquel grave asunto y volver al convento.

¿No era esto un suceso afortunado?

Sí lo era, y sin embargo arrugóse el entrecejo de Felipe y su mirada se tornó sombría.

Si fray Fulgencio se llevaba los papeles para entregarlos á don Iñigo, ¿de qué le serviria al mancebo aque-

lla hora de libertad, de qué le serviria romper el arca?

Dueño el señor de Covadonga de los papeles, los haria pedazos, los convertiria en cenizas y todo se habria perdido, no quedándole al mancebo más que el tristísimo recurso, el criminal desahogo de la venganza, cometiendo á su vez un crímen.

Y que sucediese así era lo más probable, pues la visita del capuchino no podia tener otro objeto que el de entregar los preciosos papeles.

¿Habia medio de estorbárselo?

Ninguno.

¿Podia Felipe apoderarse de los documentos antes de que el capuchino saliese?

Tampoco le era posible hacer esto mientras el fraile permaneciese en su celda.

Caviló el desdichado mancebo; pero en vano.

No habia salvacion, y su trastorno acrecentaba por instantes.

Pocas veces habia sufrido tanto como sufrió durante aquel dia.

Desesperado y sin paciencia ya para disimular, estuvo mas de una vez cerca de ir en busca del capuchino, arrojar la máscara y pedirle cuentas de su criminal proceder; pero afortunadamente se contuvo, porque con facilidad se convenció de que semejante paso haria doblemente crítica su situacion ya demasiado grave, porque fray Fulgencio lo miraria con desden y sin ninguna consideracion haría con el jóven lo que habia hecho con Marcelo.

Las horas de aquel dia pasaron para Felipe con una lentitud horriblemente atormentadora.

Cuando llegó la noche, el infeliz mancebo empezó á pasearse por claustros y galerías cavilando aun de qué medio podria valerse para detener el golpe, y observando si el capuchino salia; pero dieron las nueve y fray Fulgencio permanecia en su celda.

El mancebo se detuvo en un oscuro pasillo y apoyó su abrasada frente en la fria pared.

Así permaneció cinco ó seis minutos al cabo de los que levantó la cabeza.

En medio de aquella oscuridad relumbraban sus ojos como dos carbunclos.

—Sucumbiré,—dijo con voz reconcentrada,—sucumbiré; pero no sin luchar... ¡Oh!... Podrán acusarme de torpe, pero no de cobarde.

Y al pronunciar estas palabras dirigióse rápidamente á su celda, sacó un lápiz y papel, volvió á salir, corrió y fué á situarse bajo un farol que habia al extremo de un largo pasillo.

Por allí tenia necesariamente que pasar fray Fulgencio cuando saliese.

—Mientras escribo, escucharé,—dijo para sí el mancebo,—y al sentir ruido de pasos me ocultaré.

Puso en tierra una rodilla, colocó el papel sobre la otra, y á la escasa y rojiza luz del farol escribió lo siguiente:

«De un momento á otro todo se habrá perdido sin que nos quede ninguna esperanza.

»Esta mañana á las once envió fray Fulgencio una

carta á don Iñigo y éste respondió que esperaria toda la noche la visita que se le anunciaba.

»¿Comprendeis, señora?

»Tendré por lo menos una hora de libertad, pero debo suponer que los papeles habrán desaparecido, porque se los llevará el fraile para entregarlos á mi verdugo.

»Aquí nada me es posible hacer, porque me encerrarian en el *in pace* apenas me despojase de la máscara con que he conseguido inspirar confianza á mi enemigo.

»¿Podeis vos hacer algo?

»Creo que fray Fulgencio irá disfrazado, sin la barba, con su vestido de paño verde.

»Se me ocurre el siguiente medio: sorprenderlo en la calle y quitarle los papeles.

»Para esto se necesitan tres ó cuatro hombres muy valerosos y muy leales.

»El desconocido de la luz roja puede ser uno; pero solo nada conseguiría, porque tendría que sostener una lucha de dudoso resultado.

»No olvideis que á fray Fulgencio le dá incontrastable ventaja su sangre fria y que está dotado de una fuerza muscular nada comun.

»Supongo que sabe manejar la espada como el mejor caballero y es de temer que se prevenga con un par de pistolas, en cuyo caso de nada serviría el arrojo de tres hombres.

»Ignoro á qué hora debe salir mi enemigo del convento.

»¿Llegará á tiempo esta carta á vuestras manos?

»Lo dudo.

»¿Podeis hacer algo con la prontitud que el caso requiere?

»Lo dudo tambien.

»Estoy desesperado.

»No sé si me será posible conservar alguna calma, aunque reconozco que nunca la he necesitado como en estos momentos críticos.

»Como la salvacion de los preciosos documentos depende ya solamente de vos, considero que nada tengo que hacer aquí, y apenas salga fray Fulgencio romperé el arca para que no me quede duda de que han desaparecido los papeles, sacaré de su prision á Marcelo y abandonaremos este lugar.

»Si todo se pierde, no respondo de lo que haré, no respondo de la vida del señor de Covadonga, ni mucho menos de la del fraile.

»Desde aquí iremos á buscaros y haré cuanto me sea posible para veros antes de que amanezca.

»Adios, mi noble amiga, hasta dentro de pocas horas que seré la criatura más feliz ó la más desdichada.»

Dobló Felipe el papel, lo ató con el hilo, y separándose del farol, colocóse en el rincon más oscuro del pasillo.

¿Saldría fray Fulgencio mientras él iba á llevar la carta?

Esta nueva duda atormentó á Felipe.

Antes de las diez se presentaba todas las noches el misterioso personaje de la luz roja.

Eran las nueve y media.

El novicio determinó llevar la carta, porque cada minuto debia considerarse un tesoro.

Alejóse, pues, atravesó rápidamente galerías y aposentos solitarios de los que muchos estaban completamente á oscuras, y llegó por fin junto á una ventana, que abrió sin producir el más leve ruido.

No brillaba aquella noche la luna.

Felipe se asomó y miró á la calle.

A nadie vió, ni percibió ruido alguno.

Dejó caer la carta, sujetando el hilo al marco de la ventana como todas las noches hacia.

Deseaba permanecer allí para ver si tardaba mucho en llegar el hombre de la linterna; pero entretanto podia suceder que fray Fulgencio saliese.

Presa de una incertidumbre horrible, separóse el mancebo de la ventana y volvió al pasillo, ocultándose en un rincon desde donde podia ver sin ser descubierto.

Dieron las diez.

Pasaron cinco minutos.

Crugió una puerta.

Felipe miró afanosamente.

De la celda de fray Fulgencio salió un hombre envuelto en ancha capa por bajo de la que asomaba la reluciente contera de la espada.

Era fray Fulgencio.

El jóven contuvo dificilmente un grito de desesperacion, y más dificilmente se contuvo para permanecer inmóvil, pues su primer impulso fué correr tras el frai-

le para caer sobre él, matarlo si era preciso y apoderarse de los papeles.

El capuchino desapareció bien pronto.

La más reconcentrada ira hacia temblar al jóven.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

Un fulgor siniestro iluminaba sus negros ojos.

Todo debia considerarse perdido, porque apenas habia tiempo para que la carta hubiese llegado á manos de Margarita.

Trastornado por el dolor y la desesperacion corrió Felipe á su celda, colocó la escala, bajó al patio y se acercó á la reja de la prision, exclamando apenas hubo llegado allí:

—¡Todo se ha perdido!

—¿Qué estais diciendo?—replicó el generoso protector de Angélica.

—Acaba de salir fray Fulgencio disfrazado.

—Y bien...

—Va á casa de don Iñigo de Covadonga, á quien escribió esta mañana para que lo esperase.

Marcelo rugió sordamente.

—¿Comprendeis lo que esto significa?—repuso desesperadamente el mancebo.

—¿Y qué habeis hecho?

—He escrito á doña Margarita, advirtiéndole lo que pasa y proponiéndole el medio de que tres ó cuatro hombres valerosos acometan en la calle al capuchino y le quiten los papeles.

—¿Pero vuestra carta?...

—Hace media hora que la dejé pendiente del hilo, y

aunque haya sido recogida inmediatamente, apenas ha pasado tiempo para que llegue á manos de doña Margarita.

—Ya es inútil romper el arca.

—Quiero convencerme de que fray Fulgencio se ha llevado los documentos.

—Perdereis un tiempo precioso.

—No podemos hacer otra cosa...

—Esperad.

—¿Qué se os ocurre?

—Marcelo no contestó.

—Separóse de la reja y volvió á los pocos momentos con las dos limas, presentando una á Felipe y diciéndole:

—Tomad y ayudadme: así concluiremos más pronto.

—Pero...

—Manos á la obra.

—¡Oh!...

—Silencio,—replicó Marcelo con imperioso tono.

Vaciló un momento Felipe; pero al fin obedeció.

No pronunciaron una palabra más.

El silencio profundo que por allí reinaba fué interrumpido por el ruido sordo de las limas, que pulverizaban el hierro.

El rostro de Felipe estaba cubierto de sudor.

Su respiracion era violenta.

Empero sus fuerzas se acrecentaban en vez de disminuir, eran las fuerzas de la ira, las fuerzas de la desesperacion.

Veinte minutos pasaron.

Felipe arrojó la lima.

Marcelo hizo lo mismo.

La operacion habia terminado.

El jóven quitó los hierros.

El protector de Angélica tomó el puñal y las pistolas, dando una á Felipe y diciéndole:

—Apartaos.

Y apoyó las manos en la ventana, saltó y salió.

—En nombre de Dios,—dijo.

—Ahora el arca,—murmuró el mancebo.

—Ahora fuera de aquí, á la calle de Segovia, á palacio...

—¡Es tarde, es tarde!...

—¿Perdeis la fé?... Vamos.

Atravesaron el patio.

Uno tras otro treparon por la escala, que desengancharon despues de estar en la celda.

—Ahora guiad.

—Por aquí...

Marcelo no habia perdido por un solo instante su fria calma.

Felipe lo contempló con tanta admiracion como respeto y no se atrevió á replicar.

—Por aquí,—dijo.

Sin detenerse más que algunos minutos para observar y escuchar, salieron de la celda y luego del largo pasillo.

Ya no debian temer que nadie los sorprendiese.

Por espacio de unos diez minutos adelantaron con el silencio de dos sombras.

Cuando atravesaban algun sitio donde no habia luz,

asíase Marcelo de los hábitos de Felipe, que conocia perfectamente el interior del edificio.

Detuviéronse al fin.

—¿Qué hora es?—preguntó Marcelo.

La campana del relój del convento se encargó de contestarle.

Dieron las once.

—Ya lo veis,—dijo el protector de Angélica,—si hubiesemos perdido tiempo en romper el arca no podríamos salir, porque es probable que fray Fulgencio vuelva muy pronto.

—Habeis calculado mejor que yo, lo reconozco y estoy dispuesto á obedeceros.

—¿Hemos de salir por esa ventana?

—Sí.

—¿Alcanzará la escala?

—Sobradamente; pero antes veré si han recogido mi carta y me han dejado otra.

—Me parece bien.

Acercóse el mancebo á la ventana, cogió el hilo y lo subió encontrando un papel.

—¿Es vuestra carta?—preguntó Marcelo.

—No.

—Conviene saber lo que dice doña Margarita. ¿No hay por aquí cerca luz?

—Sí, aguardad.

—Os acompañaré, porque el corazon me dice que doña Margarita contesta á vuestra carta de esta noche.

—Venid, pues.

Echaron á andar, atravesaron un pasillo y se en-

contraron en una galería débilmente iluminada por un farol.

Acercáronse á este.

Felipe desdobló el papel y leyó lo siguiente:

«Me parece inútil que os tomeis el trabajo de romper el arca, porque cuando llegue á vuestras manos esta carta, los preciosos documentos habrán sido entregados á don Iñigo.

»No habia tiempo para poner en práctica vuestro plan, y así lo habreis comprendido despues.

»Abandonad el convento, porque ya nada teneis que hacer ahí, y con Marcelo venid á palacio, entrando por la puerta que el mismo Marcelo os designará, y que os abrirá una persona de mi confianza, pues ante todo es preciso que cambieis de ropa, volviendo á poneros la que siempre os ha servido, y que encontrareis en vuestra antigua habitacion.

»Por ahora no puedo deciros más sino que os tranquiliceis, porque aún para luchar quedan medios á vuestra mejor amiga.»

Claro estaba ya que doña Margarita habia recibido la última carta de Felipe, y que el hombre de la linterna roja habia vuelto con la contestacion.

Más aturdido que nunca quedó el mancebo al leer las últimas palabras que le dirigia la noble doncella.

Aseguraba ésta que aún no se habian agotado los medios de luchar, y que no debia perderse la esperanza.

¿Cómo podria lucharse despues que desapareciesen los preciosos documentos convertidos por el fraile en medio de satisfacer sus ambiciones?

Esto era incomprensible.

Marcelo tambien dudó.

Creia firmemente que ya era tarde para remediar la desgracia, y se hizo doblemente sombría la expresion de su semblante.

Por algunos minutos guardaron ambos silencio.

Felipe volvió á leer aquella carta escrita con tanta tranquilidad, casi con frialdad.

¿Era posible que doña Margarita se entregase á ilusiones y esperanzas irrealizables?

Cavilaron ambos para adivinar los proyectos de la noble doncella.

Luego se miraron por un instante.

—¡Oh!—exclamó Felipe con reconcentrada voz.

—Vamos, vamos,—se concretó á decir Marcelo.

—¿Hemos de hacer lo que nos dice doña Margarita?

—Sin duda, porque con vuestros hábitos no podeis presentaros en ninguna parte.

—¿Y por qué no me ha enviado ropa con el hombre de la linterna?

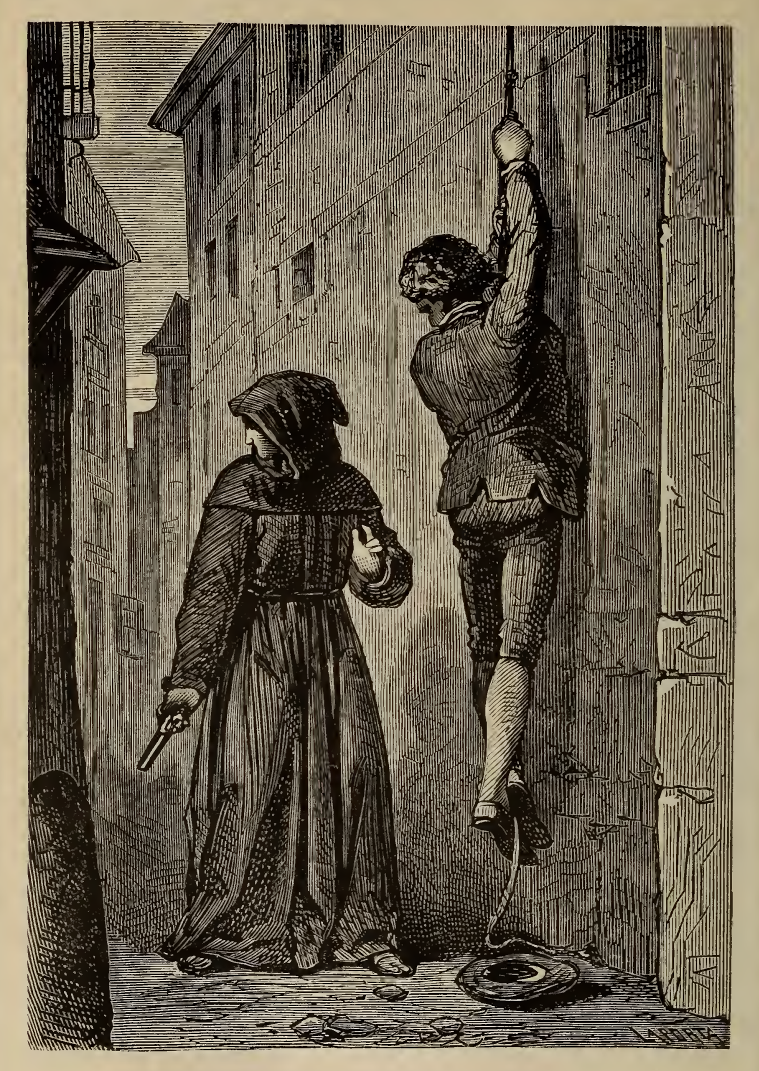
—Ella lo sabrá.

—¿Y qué hemos de hacer en palacio, cuando mi suerte se decide en el extremo opuesto de Madrid?

—Me parece que cometemos la mayor torpeza, empleando en hacer suposiciones el tiempo que necesitamos para obrar.

—¡Vive Dios!...

—De un momento á otro volverá fray Fulgencio, y entonces aunque luchemos desesperadamente y matemos tres ó cuatro frailes...



En seguida hizo lo mismo el protector de Angélica.

—Es verdad... ¡Estoy loco, loco de ira, de desesperacion!

Dos centellas se escaparon de los negros ojos de Felipe, y sus dientes rechinaron.

No hablaron más: abandonaron la galería y volvieron junto á la ventana.

Marcelo enganchó la escala, dejándola pendiente.

Luego miró á la calle sin descubrir bulto alguno ni percibir el más leve ruido.

—Salid,—dijo.

Felipe empezó á descender con la agilidad que le era propia.

En seguida hizo lo mismo el protector de Angélica, encontrándose ambos en la solitaria calle.

Parecióles inútil detenerse para desenganchar y recoger la escala, lo cual no era fácil hacer en un momento.

¿Qué les importaba dejar aquella huella más de su fuga?

La reja del calabozo y los objetos que debian encontrar en la celda de Felipe eran sobradas pruebas para acusar á éste, para que fray Fulgencio comprendiese cuanto habia sucedido.

—A palacio,—dijo Marcelo mientras amartillaba la pistola.

El desdichado jóven lo imitó, y ambos se alejaron rápidamente, internándose en el laberinto de calles del barrio de San Anton para buscar luego la del Barquillo y de Alcalá.

El capuchino no habia vuelto, lo cual probaba que

se prolongaba su conferencia con don Iñigo de Cavodonga.

Si en vez de dirigirse á palacio hubieran corrido Felipe y Marcelo á la calle de Segovia, tal vez habrian llegado á tiempo para salvar los preciosos papeles; pero quisieron obedecer á doña Margarita sin pensar que ésta podia equivocarse, como equivocarse puede toda criatura, podia haber olvidado algun detalle, alguna circunstancia, haber dejado algun cabo suelto, como el capuchino los dejaba tambien á pesar de su privilegiada inteligencia, de su perspicacia y de su refinada astucia.

Empero bien ó mal hecho, ello es que Marcelo y Felipe se apresuraron á ir á la morada real, donde debian penetrar por la puertecilla de que ya hemos visto servirse en varias ocasiones á la noble doncella.

Y adelantaban silenciosamente, pues sus pasos apenas producian ruido alguno, como no fuese cuando por efecto de la densa oscuridad de aquella noche, tropezaban en alguna piedra.

Dios parecia protegerlos, puesto que no encontraron alma viviente.

Era muy agitada la respiracion de ambos.

Si hubiese dado con ellos una ronda, ¿qué se habria pensado al ver á tales horas á un humilde novicio fuera de su convento y armado de una pistola?

Mucho habrian tenido que sentir si así hubiese sucedido; pero es el caso que no sucedió, y que llegaron felizmente á la morada real.

No tuvo Marcelo que designar la puerta, porque Felipe supuso acertadamente cuál debia ser.

Perdona, lector, si abandonamos á estos dos personajes en los momentos precisamente en que iba á tener lugar una escena interesantísima; pero necesitamos retroceder para buscar al capuchino, y entrar con él en la suntuosa morada de don Iñigo de Covadonga, donde debian tener lugar escenas de muchísimo interés.

CAPITULO LVIII.

Sigue el fraile atormentando á don Iñigo.

A las diez en punto un criado entró en el aposento donde se encontraba el señor de Covadonga contando los instantes que faltaban para verse dueño de los codiciados papeles y considerarse dichoso.

Creyó el caballero que, contra las órdenes que habia dado, el sirviente entraba para anunciarle la visita del capuchino; pero se equivocó, porque el criado le presentó en una bandeja de plata un papel, diciéndole:

—Señor, una dueña que no ha querido decir el nombre de su señora, acaba de traer esta carta.

—¡Una dueña!—murmuró sorprendido el caballero.

Y tomó el papel, rompió el sello, lo desdobló y antes de leer buscó la firma.

No pudo contener un grito.



Acercó el papel á una de las bujías.

Sus ojos se iluminaron y sus mejillas enrojecieron como si fuese á brotar la sangre.

Aquella carta que tales efectos producia, principiaba diciendo:

«Caballero, os hago depositario de mi honor...»

Y concluia con las siguientes palabras:

«Quemad este papel.»

Como si aún dudase leyó segunda y tercera vez don Iñigo; pero al fin hubo de convencerse, acercó el papel á la llama de una de las bujías y lo quemó, contemplando distraidamente la llama y las pavesas, que se exparcieron y desaparecieron.

El criado continuaba inmóvil.

—¿Y la dueña?—preguntó el señor de Covadonga.

—Se fué.

Reflexionó el caballero por algunos segundos, y despidió al sirviente.

Luego salió del aposento, llamó á otros dos de sus criados, dándoles algunas órdenes, y como si desconfiase de todos, bajó él mismo al portal y habló con el portero, concluyendo por dirigirle terribles amenazas sino cumplia con la más escrupulosa exactitud las instrucciones que acababa de recibir.

El señor de Covadonga volvió á su gabinete, sentóse, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Entretanto sus criados se miraban con extrañeza como si quisieran decirse:

—¿Qué significa todo esto?

Pero ninguno se atrevió á pronunciar una palabra,

porque con sobrada razon todos tenian miedo á la terrible cólera de don Iñigo.

Quince minutos pasaron.

La cortina de una de las puertas se agitó, se levantó y dió paso á un caballero envuelto en una capa verde y con el embozo sobre la nariz.

Don Iñigo no se apercibió de la presencia de aquel hombre, que adelantó algunos pasos, detúvose y se desembozó, tosiendo luego.

Extremecióse el señor de Covadonga, levantó la cabeza y abrió los ojos y contempló con sorpresa profunda al recien llegado.

Este desplegó una dulce sonrisa.

—¡Ah!—exclamó don Iñigo restregándose los ojos y poniéndose en pié.

—No lo dudeis,—dijo el capuchino,—soy yo... ¿Acaso no me reconoceis?

—Ahora sí.

—Las circunstancias nos obligan muchas veces á hacer lo mas contrario á nuestra voluntad. Vos no debíais ir al convento en estos dias, yo no podia venir de noche con mis hábitos y he tenido que procurarme este disfraz, esperando que Dios me perdone en gracia del beneficio que os hago, á la vez que favorezco á la santa comunidad á que tengo la honra de pertenecer.

El señor de Covadonga se olvidó en un instante de la carta que habia recibido y que habia producido en él tan profunda conmocion.

—¿Traeis los papeles?—preguntó con un afan indescriptible.

—No he venido para otra cosa.

—Dadme, dadme...

—Poco á poco,—interrumpió el capuchino con su fria calma,—que no vengo solamente para dar, sino tambien para recibir.

—Todo lo tengo dispuesto segun hemos convenido.

—Lo supongo.

—Y si en vez de un documento quereis el dinero, pondré á vuestra disposicion algunos de mis criados para que os lo lleven.

—Ciento cincuenta mil duros en oro hacen necesarias las fuerzas de cuatro hombres, de tres por lo menos, y tanta gente llamaria la atencion. Con el documento tengo bastante.

El señor de Covadonga abrió una papelera y sacó un papel que presentó al capuchino.

Este lo tomó, sentóse cerca de la luz y empezó á leer muy detenidamente.

Cuando hubo concluido, reflexionó.

Despues leyó nuevamente y mas despacio.

Por segunda vez volvió á reflexionar y en todo esto no pasaron menos de doce ó quince minutos.

El señor de Covadonga permaneció como una estátua, con la mirada fija y afanosa en el fraile y hasta procurando contener la respiracion para no interrumpirlo:

Por fin fray Fulgencio puso el papel sobre la mesa y dijo tranquilamente:

—Bien, muy bien.

—Y si bien no os parece, firmaré otro...

—No es menester.

—Entonces hemos concluido... Entregadme esos documentos terribles...

—Antes me permitiré algunas observaciones.

—¡Oh!...

—Dominad vuestra impaciencia, porque os conviene escucharme.

—Ya os escucho,—dijo don Iñigo, que no podia tranquilizarse mientras no tuviese en su poder y hubiese quemado los documentos.

El fraile sacó su caja de rapé, tomó un polvo y dijo:

—Yo no soy un miserable de esos que lo sacrifican todo á sus miras ambiciosas.

—Como no os he acusado, me parece inútil que os justifiqueis.

—No pienso justificarme, ni mucho menos para con vos.

—Entonces no se comprende...

—Escuchadme, don Iñigo, que ya comprendereis.

—Decid.

—Sospecho que vive el hijo de vuestro hermano y que no está muy lejos de nosotros.

—¡Padre!—replicó el caballero,—todo lo sabeis lo mismo que yo, y por consiguiente es inútil disimular. El hijo de mi hermano es el mancebo que desapareció hace pocos meses, el paje de la reina, mi rival cuando quise casarme con la hija de don Alfonso.

—Me parece que sí,—dijo con indiferencia el fraile.

—Ese niño, cuya vida he respetado, cometiendo tal vez así una torpeza, ha desaparecido...

—Pero es posible que el mejor dia se presente, posible tambien que llegue á conocer el secreto de su existencia y que...

—¿Qué me importa si han desaparecido los documentos con que podria justificar que es el heredero de mi hermano?

—Un hijo es siempre heredero de su padre y no necesita testamento para que lo pongan en posesion de sus bienes los tribunales.

—Pero ese niño no puede justificar que es el hijo de mi hermano, ni tampoco que mi hermano se casó.

—¿Y el libro parroquial?

—Como si no existiese, porque arranqué y reduje á cenizas la hoja en que estaba la partida de casamiento.

—Esa hoja pudo sustituirse con declaraciones nuevas de los testigos.

—Padre, yo no hago las cosas á medias.

—Los testigos murieron, ¿no es verdad?

—Con uno de ellos tuve un lance de honor y lo ví sin vida á mis piés, y al otro, que era mas viejo, quiso Dios llevársele por aquellos dias.

—Si estais seguro de que no puede presentarse la prueba del casamiento de vuestro hermano...

—No existen mas documentos que el que vos guardais, ni personas que puedan declarar.

—Perfectamente.

—Y en cuanto á la partida de bautismo de Felipe...

—Habreis hecho algo parecido...

—Sí.

—Yo os entregaré estos documentos porque así os ha-

go un gran beneficio y favorezco tambien los intereses de mi comunidad; pero en ningun caso estoy dispuesto á ponerme frente á la justicia y á luchar para favoreceros, porque esto sería ya demasiado, y debo advertíroslo así con noble franqueza para que no conteis conmigo en ningun apuro, pues los tres millones que ha de recibir la comunidad, los dais á cambio solamente de esos documentos; pero no en pago de otros servicios, que repito no os prestaré.

—Cuando yo haya hecho desaparecer esos papeles, para nada os necesitaré.

El capuchino desplegó una sonrisa y miró con expresion de lástima al caballero.

—No,—añadió éste,—no os necesitaré para nada.

—Pedídselo á Dios, cuya omnipotente voluntad lo dispone todo.

—Padre mio...

—Voy á concluir.

—Sí, sí.

—¿Os considerais completamente satisfecho cuando yo os haya entregado el testamento que en Guadarrama otorgó vuestro hermano don Felipe, y las partidas de su casamiento y del bautismo de su hijo?

—Sí.

—¿Nada más teneis que pedirme?

—Antes os pedia tambien vuestra influencia para con don Alfonso de Guevara; pero ya no la necesito.

—¿Os creeis con derecho á pedirme algo más?

—No.

—Pensadlo bien...

—Lo he pensado.

—Vuestras respuestas son terminantes.

—Dadme los documentos, llevaos ese otro y estamos en paz.

—Puesto que así lo declarais, mi conciencia queda tranquila,—dijo el capuchino.

Y sacó de uno de sus bolsillos los papeles, poniéndolos sobre la mesa y añadiendo:

—Examinadlos detenidamente.

El señor de Covadonga quitó la cinta, desdobló los papeles y empezó á leerlos con el cuidado y el detenimiento que el caso requería.

Pocos minutos despues se iluminaron sus ojos con el fuego de una alegría satánica.

Habia triunfado.

Bien pronto aquellos documentos quedarian reducidos á cenizas, sin que Felipe pudiera sustituirlos, porque si bien le seria fácil probar que don Felipe de Covadonga se habia casado, no podria hacer las justificaciones necesarias sobre su nacimiento, pues solo el capuchino tenia medios de obtener una segunda partida de bautismo.

Mientras leia temblaban convulsivamente las manos del caballero y sus ojos brillaron más y más.

Cuando hubo concluido, exclamó:

—¡Por fin!...

—¿Quereis saber cómo esos documentos vinieron á mis manos?—preguntó entonces el fraile.

—¿Y qué me importa?

—Por lo menos os interesa saber quien los tuvo en su

poder antes que yo y por espacio de diez y siete años.

—Satisfaré mi curiosidad.

—El escribano de Guadarrama tenia un criado, un escribiente, un...

—Lo ignoro.

—Fué el testigo del asesinato...

—Dejemos ese asunto, porque es demasiado desagradable: ambos murieron...

—Os equivocais.

—¡Oh!—murmuró don Iñigo, cuya frente se contrajo.

—Aquel hombre se salvó y salvó esos papeles; pero no os delató, porque no os conocia, y queriendo vengar á su desgraciado amo, al que le habia servido de padre, abandonó la aldea y se vino á Madrid.

—¿Y cómo habia de reconocerme?

—Por vuestro rostro y por la cicatriz que debia haber quedado en vuestra mano izquierda, como quedó, á consecuencia de la mordedura del perro.

Don Iñigo miró la cicatriz y ocultó la mano como si aún temiese que se presentara el testigo.

El fraile, con voz reposada, prosiguió diciendo:

—Os buscó y no os encontró, y mientras os buscaba ganaba el sustento siendo sacristan de la parroquia de San José.

—¿Y al fin?...

—Os encontró.

Extremecióse violentamente el señor de Covadonga.

—Averiguó quién era el incendiario y el asesino,

quiso hacer uso de esos papeles... Ya era tarde, porque estaban en mi poder.

—¿Pero ese hombre?...

—Tuvo que resignarse, y mientras procuraba averiguar quién le habia robado los papeles, murió doña Angélica de Guevara...

—¿Y qué tiene que ver doña Angélica en este asunto?

—Vereis lo que son las casualidades, las coincidencias,—repuso el fraile mientras sonreia como si se tratara del negocio más pueril.

—Acabad.

—Ese hombre, que se llama Marcelo, tuvo que cumplir su deber y colocar en la cripta el ataud que encerraba el cuerpo de la hija de don Alfonso: pero sucedió que al hacerlo así, oyó ruido en el interior del ataud, apresurose á romper la cerradura...

—¡Padre, padre!—exclamó don Iñigo con acento de profundo terror.

—¿De qué os admirais?—preguntó fray Fulgencio con la mayor sencillez.—Lo que os refiero podrá ser raro, pero no sobrenatural. Mas de una vez ha sucedido que los médicos crean que está muerta una persona que aún conserva la vida, y del ataud han salido algunos que se suponian cadáveres, para vivir muchos años más.

Por la frente del señor de Covadonga corrieron algunas gotas de frio sudor.

Sus ojos estaban extremadamente abiertos y sus pupilas empezaban á dilatarse.

Imposible le hubiera sido explicar lo que sentia.

Con la mirada fija en el capuchino y más violen-

tamente agitado cada momento, siguió escuchando.

Fray Fulgencio prosiguió:

—Parece que la sorpresa os trastorna, y digo la sorpresa, porque otra cosa no puede ser. Nunca estuvisteis enamorado de la hija de don Alfonso, y poco debe importaros que se encuentre viva ó muerta. Además la belleza de otra mujer ha encendido vuestro corazon, creeis ser correspondido y esperais la mas completa dicha: por consiguiente, el secreto que os descubro no os interesa sino en tanto cuanto os prueba que teneis un enemigo más, y un enemigo verdaderamente terrible, tan terrible como lo es la mujer cuando lucha porque ha sido herida en ciertas fibras de su corazon.

—¡Oh!—murmuró por fin el caballero con voz ahogada.—Ahora comprendo esos rumores...

—Ya sabeis aquel refran que dice que cuando el rio suena...

—¿Y el loco que en palacio se atrevió á penetrar en la cámara del rey?

—Aquel loco era Marcelo.

—¿Pero doña Angélica?...

—No quiso volver al lado de su padre porque temia que éste quisiera obligarla nuevamente á ser vuestra esposa, y Marcelo la llevó á su casa y la ocultó, y yo descubrí el secreto de su existencia...

—¡Padre Fulgencio!—interrumpió don Iñigo mientras se oprimia las sienes,—siento mi cabeza á punto de estallar; apenas comprendo lo que me decís... ¿Por qué ese hombre fué á palacio?

—¿Acaso no lo adivinais?

—¿Fué para acusarme como lo hizo, para revelar el secreto de la existencia de mi prometida?...

—Sí.

—Pero afortunadamente el rey...

—Mandó que lo encerrasen.

—Y creo que lo han llevado á Segovia y que allí acabará su existencia en un calabozo.

—Eso dicen.

—¿No es verdad?

—Marcelo consiguió recobrar la libertad á los pocos dias y empezó sin descanso á trabajar para averiguar el paradero de Felipe y el de doña Angélica.

—¿No decís que él la tenia en su casa?

—Sí, allí la tenia oculta, pero alguien la sacó de allí engañada y mientras él se encontraba ausente y ahora...

—¿Dónde está Angélica?

—En un convento.

—¿Pero es verdad que vive?

—Os presentaré la prueba si lo dudais.

—Permitidme discurrir, coordinar mis ideas, porque de otro modo acabaré por perder el juicio.

—Don Alfonso ignora que vive su hija: ésta conoce vuestra historia, y Felipe, que no ha muerto, que ni siquiera ha salido de Madrid, tuvo ocasion de descubrir tambien vuestros secretos, si bien ignora que él es precisamente vuestra víctima, es el hijo de vuestro hermano.

—¿Y cómo ha llegado á conocer esos secretos?

—Porque vos cometísteis la imprudencia de ir á buscarme y hablar lo que no debíais, y él escuchó la conversacion.

El señor de Covadonga quedó mas aturdido que nunca.

—Os he servido en cuanto me ha sido posible, y hé aquí lo que en vuestro favor he hecho. Separé á vuestros enemigos llevando á doña Angélica á un convento, y encerrando en un calabozo á ese hombre, testigo ocular de vuestros crímenes.

—¿Es decir que todos están en vuestro poder?

—Todos sin esceptuar á vuestro sobrino, que se refugió en mi convento y hace allí su noviciado con resolucion firme de profesar.

—¿Y entretanto la reina?...

—No sé lo que piensa de todo esto, ni cuales son sus intenciones.

—Y doña Margarita de Cienfuegos...

—A sus oidos habrán llegado los rumores esparcidos no se sabe cómo, y sostenidos por las revelaciones que en alta voz hizo Marcelo, en la cámara del rey.

—Comprendo, comprendo.

—Vuestra situacion ha mejorado; sois dueño de esos papeles, y cuando los hayais reducido á cenizas, podreis levantar la cabeza y retar á todo el mundo sin temor de que nadie pueda presentar una sola prueba de vuestros crímenes.

—Sí,—dijo el señor de Covadonga, empezando á reanimarse,—estos papeles se convertirán en cenizas que el viento se llevará, y si alguien se atreve á poner en duda mi honra...

—Tendreis derecho á pedir que se le castigue como calumniador; pero es el caso...

Interrumpióse el fraile, volvió á sacar su caja y la abrió mientras don Iñigo decia:

—Proseguid.

—Iba á decir que vuestros enemigos son muchos, y aunque los he separado y no pueden obrar de acuerdo, no sabemos lo que puede suceder. Hace como una semana faltó muy poco para que vuestro sobrino conociese el secreto de su nacimiento y el de la existencia de doña Angélica. Pude evitarlo; pero si llega á suceder otro dia, comprendereis que el mancebo aun en los momentos de pronunciar los sagrados votos, huiria del convento si supiese que vive la mujer á quien ama.

—Nada podría hacer sin estos documentos.

—Felipe es un niño, pero vale mucho; vale por lo menos tanto como Marcelo.

—Lo teneis encerrado.

—No es probable que recobre la libertad, pero es posible. ¿Quién responde de lo porvenir? Y además teneis á doña Angélica, que os aborrece.

—Pero siempre resulta lo mismo; sin estos papeles...

—Seguro estais de que la partida original de casamiento no se sustituyó con una justificacion de testigos, y esto me tranquiliza; pero...

—Acabad de una vez, padre mio.

—Que vuestros enemigos son muchos, que entre ellos hay mujeres, y las mujeres... ¡Oh!... Guardaos, don Iñigo, guardaos y en cuanto á doña Margarita de Cienfuegos, mirad bien si os ama, porque como tambien es mujer, desconfío de ella lo mismo que de todas.

—Ahora haced deducciones, colocaos en el terreno práctico, dentro de la situacion real en que me encuentro.

—Nunca hago deducciones; porque no quiero equivocarme.

—Pero...

—Soy vuestro mejor amigo y os doy un buen consejo.

—¿Pero ese consejo, en qué consiste?

—Guardaos, no os digo más, porque bastante es para un hombre como vos, para un hombre de inteligencia clara y que nunca hace las cosas á medias.

—Sin vuestra ayuda no conseguiré conjurar la tormenta.

—Os ayudaré en todo aquello que no haya de comprometerme.

—Teneis encerrado á Marcelo...

—Lo guardaré hasta que profese vuestro sobrino.

—Y en cuanto á doña Angélica de Guevara...

—Algo podeis hacer para evitar que salga del convento donde se encuentra, y si os decidís á tomar parte en el asunto, hablaremos otro dia y determinareis lo que mejor os parezca.

—Hablemos ahora.

—Es tarde y tengo que volver á mi convento, así como vos necesitais descansar.

Acordóse entonces el señor de Covadonga de la carta que habia recibido, miró el relój y repuso:

—Bien, hablaremos otro dia, mañana mismo.

—De otra persona os habeis olvidado.

—¿De quién?

—De la sencilla mujer que amparó á vuestro sobrino.

—¿Qué ha sido de ella?

—Ha sufrido la misma suerte que Marcelo.

—¡Ah!...

—Mi conciencia queda tranquila, porque he procedido con vos de buena fé, y si alguna desgracia os acontece, no será la culpa mia, y si vos cometeis alguna torpeza, si os dejais engañar por vuestros enemigos, no podreis quejaros de nadie más que de vos, porque advertido estais y de nadie más que de vos será la culpa. Con vuestros tres millones seré prior, lo cual es para vos un beneficio, porque si el elegido por la comunidad fuese otro, no me seria posible retener á Marcelo, ni incomunicar completamente con el mundo á Felipe, resultando así, que el dinero que dais es en vuestro provecho, en tanto que yo, prior ó no de mi comunidad, siempre seré un pobre y humilde fraile, que nada espera en este mundo, que á nada aspira más que á la salvacion en la eternidad.

Y al decir esto el capuchino púsose en pié.

Don Iñigo no sabia qué contestar.

Levantóse tambien maquinalmente.

Tenia ya en su poder las pruebas de su crímen; y sin embargo no recobraba la tranquilidad.

Iba á despedir al fraile á una de las habitaciones inmediatas.

Fray Fulgencio lo detuvo con un ademan y diciéndole:

—No salgais.

—Mereceis toda mi consideracion...

—Mientras yo me alejo echad la última ojeada á esos papeles y quemadlos: asíaprovechareis mejor el tiempo.

—¿Cuándo he de veros?

—Vendré á buscaros pronto.

—Padre mio, á pesar de los ciento cincuenta mil duros...

—No me hableis de vuestra gratitud.

—Será eterna...

—Dios os proteja,—dijo el fraile.

Y salió, atravesando tres ó cuatro aposentos mientras recataba el semblante con el embozo de su capa verde, para evitar las miradas curiosas de los criados que andaban por allí.

Al pasar por una antecámara, extremecióse y arrugó el entrecejo, porque en un rincon adonde no llegaba la luz y envuelta en un anchísimo manto, vió una mujer que sin duda esperaba.

Fray Fulgenció no se detuvo.

—¿Quién puede ser?—se preguntó.

Y mientras llegaba á la escalera, dijo para sí:

—Yo lo averiguaré... ¡Oh!... Mucho temo que don Iñigo se olvide de mis advertencias.

Salió de la casa el fingido caballero.

No tenemos para que seguirlo, sino que volveremos á la habitacion donde hemos dejado al señor de Covadonga.

Como acabamos de ver, fray Fulgencio no habia renunciando al proyecto de que todas las riquezas que pertenecian á Felipe fuesen á la comunidad de Capuchinos.

Para esto necesitaba nuevos auxiliares, y muy poderoso debia serlo el mismo don Iñigo, que concluiria por ser tambien una de las víctimas.

No queria el fraile echar sobre sí la responsabilidad de cierta clase de abusos; pero lo que él no hiciese, lo haria sin miramiento alguno el señor de Covadonga, porque ya sabemos que no era hombre que se detuviese ante ninguna consideracion, que para él la conciencia no era un estorbo.

CAPITULO LIX.

Doña Margarita continúa representando su papel de sirena.

Apenas salió el fraile, volvió á sentarse don Iñigo de Covadonga y fijó la mirada en los papeles, que aún estaban sobre la mesa; pero en vez de quemarlos inmediatamente, los contempló mientras pensaba en lo que acababa de decirle el capuchino.

Momentos hubo en que dudó si estaba soñando.

Pasóse las manos por la frente como si quisiera disipar la nube que oscurecia en aquellos momentos su inteligencia, y luego murmuró:

—¡Angélica vive!... Ante todo reduciré á ceniza estas pruebas terribles, porque *ella* no tardará en venir en busca de otra clase de pruebas, de las pruebas de mi amor... Tengo muchos enemigos, la lucha será tenaz; pero, ¿por qué tiemblo? ¿Há de faltarme el valor ahora

que soy dueño del arma terrible con que antes me han amenazado?... Aun en medio de esa lucha seré dichoso con el amor de Margarita... Concluyamos.

Y al decir esto, tomó los papeles para acercarlos á la luz; pero en aquel instante se levantó la cortina y entró presurosa y profundamente agitada la mujer del ancho manto que habia llamado la atencion del capuchino.

Descubrióse el rostro al entrar.

El señor de Covadonga exhaló un grito, no de sorpresa, sino de terror y sus manos convulsas doblaron precipitadamente los papeles, introduciéndoles en uno de sus bolsillos.

Luego se puso en pié y su mirada ardiente y devoradora se fijó en la tapada.

Nuestros lectores habrán adivinado que aquella mujer era Margarita, Margarita que una vez más probaba que su atrevimiento no tenia límites, que su audácia rayaba en la temeridad.

Margarita sola, en medio de la noche, sola en la vivienda de don Iñigo y despues de haber atravesado la poblacion de un extremo á otro.

Contemplóla el caballero como se contempla todo lo grande, todo lo singular, lo extraordinario, lo inverosímil.

Aquella mujer no tenia igual; pero por lo mismo que no se parecia á ninguna, que como ninguna pensaba ni sentia, por lo mismo que era capáz de lo que ninguna otra mujer, sintió el caballero encenderse más y más su pasion.

Cuando la persona á quien amamos se levanta como

un gigante sobre todas las demás y se hace digna de admiracion, el amor raya en frenesí.

Ya no amaba don Iñigo, sino que adoraba.

A sus ojos presentábase Margarita demasiado grande, y él tuvo que reconocerse pequeño.

¿No debia estar orgulloso el hombre que consiguiese conquistar el corazon de aquella mujer extraordinaria?

El caballero se sintió envanecido.

Y desde aquel momento parecióle tambien doña Margarita, más virtuosa, más pura.

Y sin embargo, aún ignoraba el señor de Covadonga qué es lo que se proponia la noble doncella.

Bajó ella los ojos como avergonzada, sus mejillas se tiñeron de vivo carmin y llevó las manos á su pecho, que oprimió fuertemente como si quisiera contener los latidos violentos de su corazon.

Don Iñigo la contemplaba, no con entusiasmo, no con pasion, sino con verdadera embriaguez, y así como antes, ante los peligros de que el fraile hablaba; habíase olvidado el caballero de la carta de Margarita, despues, en presencia de esta, bajo la influencia de aquella belleza incitante y fascinadora, olvidóse de Angelica y de Felipe, de Marcelo, y lo que era mucho peor, de las advertencias y prudentes consejos del capuchino.

El señor de Covadonga debia considerarse perdido.

Ya sabemos que la noble doncella le tendia un lazo. y en aquel lazo debia caer, ó habia caido ya el miserable asesino.

—Levantad la frente,—dijo al fin el caballero,—levantadla con orgullo y con valor, que no teneis por qué

avergonzaros. Habeis puesto vuestro honor bajo la salvaguardia del mio, y yo probaré que soy digno de tan honrosa confianza.

—Sí,—respondió la jóven, levantando la cabeza y fijando su mirada ardiente en el señor de Covadonga,—digno sois de la ciega fé que me inspirais, digno sois por más que vuestros enemigos intenten poner en duda la elevacion y pureza de vuestros sentimientos.

—¡Mis enemigos!—murmuró el caballero con acento de profundo desden y mientras acercaba un sillon para que se sentase la doncella.—¿Dónde están? ¿Por qué no se me presentan frente á frente? ¡Cobardes!... Dejan escapar la calumnia como el asesino que se embosca, lanza el proyectil mortífero y huye; pero nada conseguirán, porque mi honra está tan alta que no pueden llegar á ella los tiros alevosos de esos miserables. Me habeis hecho justicia, pero quizá dudais...

—No, no dudo, porque en vano he pedido pruebas...

—Perdonad, doña Margarita.

—Escuchadme vos, porque no puedo perder un solo minuto... ¡Dios mio!... Si se llegase á saber que me encuentro á estas horas fuera de palacio, si al salir de esta casa me descubriesen...

—No sucederá.

—Ya es tarde para retroceder...

—Tranquilizaos.

—No me tranquilizaré hasta convencerme de que no he cometido una ligereza, dejándome llevar de los impulsos de mi corazon.

—No os comprendo.

Doña Margarita movió los lábios para hablar: pero no pronunció una palabra.

Parecia dudar, vacilar, hubiérase dicho que tenia miedo.

Así le pareció á don Iñigo, y para animarla le dijo:

—Puesto que no os pareceis á las demás mujeres...

—Caballero...

—¿Os falta el valor?

—No,—repuso ella como si hiciese un supremo esfuerzo.

—Dadme á conocer vuestra situacion, decidme lo que vuestro corazon siente... ¡Oh!... Ahora nadie nos escucha, nadie más que Dios, testigo tambien de mi amor intenso y del respeto que me inspirais, testigo de la fé ciega que tengo en vuestra virtud. No va á juzgaros el mundo...

—Soy ambiciosa, insaciable,—dijo repentinamente doña Margarita, cuyos negros ojos se iluminaron, envolviendo á don Iñigo en una mirada irresistible.

—¡Ambiciosa, insaciable!

—Sí, ambiciosa de amor, porque quiero para mí tanta ternura, tanto fuego como hay en mi alma; quiero un amor infinito, quiero tal vez lo irrealizable, lo imposible; aspiro quizás á lo absurdo...

—¡Ah!—exclamó el caballero, cogiendo y estrechando entre las suyas temblorosas y ardientes, una de las preciosas manos de la doncella.—No os amo, porque os adoro...

—Don Iñigo...

—¿Dudais de mi amor?

—Sí,—respondió ella resueltamente.

—¡Margarita!...

—Mas que dudas de lo presente, son temores para lo porvenir.

—¿Y por qué temeis que ninguna mujer pueda disputaros mi corazon?

—Habeis amado y la fria losa del sepulcro fué colocada por la mano del Omnipotente entre vuestro corazon y la mujer objeto de vuestra ternura.

El caballero se extremeció y fijó una mirada penetrante en la doncella.

Esta prosiguió diciendo:

—Si esa mujer no hubiese dejado de existir...

—Queden los muertos en paz.

—¡Los muertos!...

—¿Tendríais celos de un cadáver, celos de lo que fué, celos de un recuerdo que las circunstancias han debilitado y que el tiempo acabará de borrar?

—No, los cadáveres no pueden inspirarme temores, lo que fué no enciende mis celos.

—Entonces...

—¿Qué sucederia si mi desgraciada amiga Angélia no hubiese muerto?

—Yo no la amaba como os amo á vos.

—Pero decid, ¿qué sucederia?

—Esas suposiciones...

—Responded.

—Pues bien; si doña Angélica viviese, yo es adoraria como os adoro; pero es el caso que no vive...

—Don Iñigo,—interrumpió la jóven con misterioso tono,—voy á revelaros un secreto y...

—Acabad.

—Luego decidireis, se decidirá nuestro porvenir...

—Aún no entiendo...

—Mi amiga Angélica de Guevara no murió.

—¡Doña Margarita!...

—Angélica vive, vive la mujer á quien amásteis, vive vuestra prometida... ¡Oh!...

La noble doncella se cubrió el rostro con las manos.

Ya no podia dudar don Iñigo: el fraile le habia dicho la verdad.

Por algunos minutos quedaron ambos silenciosos.

Por fin la jóven se descubrió el semblante, exhaló un penoso suspiro y exclamó:

—¡Ah!... El egoismo de mi amor me trastorna... No, caballero, no soy digna de la ternura de un hombre como vos...

—Me atormentais horriblemente,—replicó el señor de Covadonga con acento de desesperacion.

—Angélica es mi amiga...

—Pero yo os amo.

—Es vuestra prometida...

—No me considero obligado á ser su esposo, porque su muerte aparente ó real, me dejó en libertad completa, y si es verdad que doña Angélica vive y otra vez se presenta en medio del mundo...

—¿Qué haríais si la vieseis?

—Haria lo que me aconseja mi corazon y lo que exige mi dignidad, porque Angélica no me amaba y hubiera

sido mi esposa por obedecer á su padre, se hubiera unido á mí como la víctima destinada al sacrificio se resigna á ser devorada por la hoguera. Yo no puedo ni debo aceptar ese sacrificio; no debo hacer desgraciada á una criatura que por sus virtudes tiene derecho á ser feliz, no quiero ser yo mismo desgraciado. Si tuvo un momento de ofuscacion, lo deploro, y ahora doy á Dios gracias porque dispuso que no se consumase aquel sacrificio. Ponedme en presencia de doña Angélica y os convencereis de la verdad de mis palabras.

—Pensad, don Iñigo, pensad bien lo que prometeis.

—No prometo nunca en vano.

—Pensad que del dicho al hecho...

—La prueba, la prueba,—dijo el caballero arrebatadamente.

—¿Estais dispuesto á darla?

—Sí,—respondió el señor de Covadonga sin vacilar.

—¿Cuándo yo lo exija?

—Ahora mismo si quereis.

—Y cuando me hayais dado esa prueba...

—¿Qué más exigireis de mí?

—Yo confundiré entonces á vuestros enemigos, declararé que os amo y á despecho del mundo, sin que nada me detenga, sin que ningun peligro me haga retroceder...

—¿Sereis mia?

—Vuestra seré.

—¡Ah!—exclamó don Iñigo en el último grado del trastorno.

—Y entonces tambien os daré explicaciones sobre mi

conducta extraña y misteriosa lo comprendereis todo...

—¡Cuánto os amo!

—Pero aún es preciso que tengais ciega confianza en mí.

—Ciega, sí, absolutamente ciega.

—¿No vacilareis para hacer lo que yo os pida?

—¡Vacilar!...

—¿No tendreis miedo de seguirme adonde yo quiera llevaros?

—¡Miedo!—exclamó don Iñigo, poniéndose en pié como impulsado por un resorte.—¿Qué habeis dicho, señora?... Podeis dudar de mi amor mientras no os dé pruebas incontestables; pero hacerme la ofensa de suponer que puedo temblar, que soy cobarde... ¡Oh!...

—Veamos,—dijo doña Margarita, poniéndose en pié.

—¿Qué he de hacer?—preguntó el caballero, cuyos ojos brillaban como dos carbunclos.

—He puesto mi honor bajo la salvaguardia del vuestro; me habeis prometido...

—Concluyamos, concluyamos.

—Venid si no habeis de hacerme ninguna pregunta, y cuando llegue el nuevo dia seremos las criaturas más dichosas ó más desdichadas.

No vaciló un instante el señor de Covadonga, ni era posible que vacilase cuando se trataba de poner á prueba su valor.

—¡Juan, Juan!—gritó.

Presentóse un criado mientras la jóven se apresuraba á ocultar el rostro.

—Mi capa, mi sombrero, mi espada... Pronto.

—¿Luz tambien?—preguntó el criado.

—Una linterna sorda.

El sirviente desapareció, volviendo á los pocos minutos con cuanto se le habia pedido.

Ciñó la espada el caballero, púsose el sombrero, envolvióse en su capa, tomó la linterna, y dijo:

—Estoy dispuesto.

La noble doncella, cuidando siempre de recatar el semblante, salió con don Iñigo.

Este abrió la linterna cuando estuvieron en la calle.

Luego desenvainó la espada y ofreció un brazo á la jóven.

Ella pareció dudar un momento; pero aceptó al fin.

Don Iñigo no desconfiaba, porque estaba trastornado profundamente y no podia discurrir, apenas acertaba á darse cuenta de su extraña situacion.

Tomaron calle arriba.

La doncella estaba muy agitada y respiraba trabajosamente.

De vez en cuando se extremecia, oprimiendo involuntariamente el brazo de don Iñigo.

No era posible que éste recobrase la calma, sino que por el contrario, sentíase más aturdido, más embriagado cada vez.

Cuando dieron quince ó veinte pasos, un negro bulto salió del hueco de una puerta.

Era un hombre, que adelantando sin separarse de la pared, y sin producir ruido alguno, siguió á doña Margarita y á don Iñigo.

Llegaron estos á Puerta Cerrada, tomaron despues

por la calle de Toledo y Plaza Mayor, dirigiéndose á la Puerta del Sol y Carrera de San Gerónimo.

El señor de Covadonga habia prometido no hacer ninguna pregunta, y cumplió su palabra.

Iba con doña Margarita, con la encantadora mujer á quien amaba frenéticamente.

¿Qué le importaba lo demás?

Podian llevarlo al infierno; pero el infierno con aquella mujer, se convertiria en paraiso de delicias sin fin.

Quiso el caballero hablar de su amor; pero la jóven le impuso silencio.

Veinte minutos pasaron.

Habian atravesado el Prado viejo y se acercaban á la morada real.

El señor de Covadonga nada temia porque ya era dueño de las pruebas de sus crímenes.

CAPITULO LX.

El tocador de doña Margarita.

Detuviéronse junto á la puertecilla que ya conocemos.

Doña Margarita sacó una llave y abrió, mientras don Iñigo envainaba la espada, y preguntaba:

—¿He de ocultar la luz?

—No, porque ha de servirnos ahora.

Entraron y volvieron á cerrar.

—Cuidado,—dijo entonces la doncella,—no hagais ruido, porque si nos descubriesen, mi perdicion no tendria remedio.

—Mientras yo os ame, mientras yo no dude de vuestra virtud ¿qué os importa lo demás?

—Silencio.

Adelantaron por un estrecho y largo pasillo, luego

subieron una empinada escalerilla, y atravesaron algunas habitaciones apenas amuebladas.

La agitacion de la noble doncella parecia ir en aumento.

Continuaba silenciosa; pero de vez en cuando lanzaba á don Iñigo miradas demasiado elocuentes.

Cinco minutos despues cerró el caballero la linterna, porque habia luz en las habitaciones que atravesaban, y recorriendo otros pasillos, subiendo y bajando otras escaleras, llegaron al fin al aposento de la jóven.

Esta se quitó el manto arrojándolo sobre una silla, y dejando ver así todos los encantos de su rostro.

—Disponed,—dijo el señor de Covadonga.

—Preparaos, porque la prueba es ruda.

—¿He de ver á doña Angélica?

—Tal vez.

—Permitidme que os haga una pregunta y si os parece indiscreta no me contesteis.

—Decid.

—Hace no sé cuántos dias se introdujo en la cámara del rey un hombre á quien se suponia loco.

—No debia estarlo.

—Aquel hombre aseguró que doña Angélica vivia.

—No se equivocaba.

—Pronunció tambien mi nombre...

—Caro le costará.

—¿Sabeis quién es ese hombre?

—No.

—¿Habeis hablado con él?

—Ni siquiera lo he visto.

—Se supone que fué llevado á Segovia y encerrado en un calabozo.

—Tengo motivos para dudarlo.

—Yo tambien.

—De cualquier modo, nada me importa ese hombre.

—Si no estaba loco...

—Es un impostor, un miserable.

—Gracias, señora.

—Don Iñigo, los que os han calumniado tendrán que pediros perdon ó yo dejaré de ser quien soy... ¡Oh!... Venid, venid.

Como un autómata que obedece á sus resortes, siguió el caballero á la doncella, que abrió una puertecilla, entrando ambos en una habitacion amueblada, no con riqueza, sino con el mas delicado gusto.

Era el tocador de doña Margarita.

Dos bujías puestas en un candelabro de plata, esparcian su dulce luz.

Don Iñigo miró con avidez á todos lados, con avidez y con envidia como si cada uno de aquellos muebles y adornos hubieran podido gozar al ver los tentadores encantos que descuidadamente dejaba en descubierto en aquel lugar la jóven.

La atmósfora era allí pesada; pero estaba embalsamada y era verdaderamente embriagadora.

—Sentaos,—dijo la doncella, señalando á un sillon forrado de terciopelo azul.

Obedeció maquinalmente el caballero.

—Ahora esperad,—añadió ella,—y si tardo en volver no os impacienteis.

– Largos son para mí los minutos que de vos estoy separado, pero...

—Tomad,—dijo Margarita.

Y abrió uno de los cajoncitos de un mueble y sacó un medallon con una miniatura.

Era su retrato.

—Así no estareis completamente solo, así no estaré ausente...

—¡Ah!... Sois adorable...

—Respetad esa imágen como habeis respetado mi persona, respetadla, porque á vuestro honor he fiado el mio, y á vuestra delicadeza fio mi pudor.

—Os juro que la respetaré.

No pronunció una palabra más la jóven y salió, cerrando la puerta.

Don Iñigo de Covadonga queria cumplir con escrupulosidad religiosa sus promesas y fijó una mirada ardiente en el retrato, contemplándolo con delicia; pero nada mas.

Empezó á sentir el caballero que su sangre se encendia y afluia á su cabeza.

Pocos minutos despues respiró con dificultad aquella atmósfera excesivamente perfumada y densa.

Luego se sintió languidecer.

Trascurrieron cinco minutos.

Don Iñigo seguia contemplando con extasis la bellísima imágen.

Sus ideas empezaron á ser confusas.

No tenia ya conciencia del tiempo que pasaba.

Al cabo de otros cinco minutos sintió en su cabeza,

particularmente en la parte anterior y sobre los ojos, una pesadez irresistible.

Parecíale que lo agoviaba un enorme peso y como si la atmósfera se solidificase y amenazase aplastarlo.

Sin darse cuenta de lo que hacia, se restregó los ojos.

—¡Oh!—murmuró.—Me siento como embriagado... Nunca he sabido lo que es el amor, no he podido concebir estas delicias.

Interrumpióse, volvió á restregarse los ojos y á contemplar el retrato.

Bien pronto le pareció que la luz palidecia como si la envolviese una espesa nube.

La cabeza de don Iñigo se inclinaba lentamente sobre su pecho.

Sus fuerzas disminuian con rapidez.

Iban bajando sus brazos y quedaron al fin sus manos apoyadas en las rodillas.

Cerrábanse sus ojos á despecho de su voluntad.

—Esta atmósfera es sofocante... Abriré esa ventana, —murmuró con voz insegura.

Hizo un esfuerzo, quiso levantarse; pero cayó pesadamente sobre el sillon y el retrato se escapó de sus manos.

La luz huyó de sus ojos.

—¡Margarita!—murmuró.

Extremecióse violentamente, se dobló su cabeza y quedó inmóvil.

Habia perdido el conocimiento, estaba dormido profundamente, aletargado por aquella atmósfera hábil-

mente preparada para producir los efectos de un narcótico.

¡Pobre don Iñigo!

No bien habia quedado inmóvil cuando se abrió la puertecilla y asomó la cabeza de doña Margarita.

El rostro de la jóven habia cambiado de expresion.

Su mirada era sombría y terrible.

Por un momento contempló á su víctima y volvió á desaparecer cerrando la puerta.

Otros diez minutos pasaron.

Perdona, lector, tenemos que interrumpirnos y volver al instante en que dejamos á Felipe y Marcelo junto á la puerta por donde debian penetrar en la morada real.

CAPITULO LXI.

Felipe vuelve á su aposento y don Iñigo á su casa.

Felipe quedó inmóvil y con la mirada fija en aquellos muros que encerraban tantos recuerdos de dolor y de ternura, de tristeza y de alegría, de felicidad y de espantosos sufrimientos.

Allí habia sentido por primera vez; allí habia gozado y habia sonreido; allí habia derramado lágrimas al pensar en sus desconocidos padres, y allí precisamente iba á decidirse muy pronto su porvenir, iba á vengar á su virtuosa y desgraciada madre.

No puede hacerse comprender lo que sintió el mancebo.

Su corazon palpitó con violencia, y sus negros ojos, iluminados antes por la desesperacion y la ira, humedeciéronse con dos lágrimas arrancadas por el dolor y por la ternura.

Marcelo levantó la diestra para llamar; pero el jóven lo detuvo, diciéndole con voz ahogada:

—Esperad.

Y siguió contemplando las elevadas paredes, y escuchó afanosamente.

Empero ningun ruido percibió.

¿Habian dejado de existir los que moraban entre aquellos muros?

A las once de la noche Madrid estaba silencioso, pero en el palacio real no se habian entregado al sueño los régios huéspedes ni sus nobles servidores.

Por algunas ventanas escapábanse rayos de luz, que se perdian en el inmenso espacio.

Exhaló Felipe un profundo suspiro.

—El tiempo que pasa no vuelve,—dijo Marcelo despues de algunos minutos.

—Es verdad,—murmuró el jóven.

Y haciendo un esfuerzo para dominar su emocion, dejó caer una de sus manos sobre la puertecilla.

Inmediatamente rechinó la llave al girar en la cerradura.

La puerta se abrió sin que se viese ninguna luz, sino presentando un fondo tenebroso, en medio del que no era posible distinguir ningun objeto.

Felipe atravesó el umbral seguido del protector de Angélica, y oyó el ruido leve de una respiracion anhelante, y aun casi hubiera podido percibir los latidos violentos y desiguales de un corazon.

¿Quién se encontraba allí?

Debia suponerse qué era doña Margarita; pero una

voz secreta le dijo al mancebo que no era la noble doncella quien lo esperaba.

Extendió Felipe los brazos.

Sus manos encontraron otras manos abrasadas por la fiebre, otras manos convulsas...

Estrecháronse las unas con las otras.

Un grito ahogado resonó.

—¡Ah!—exclamó el jóven.—Señora...

—Silencio, — interrumpió una voz de mujer, voz fresca y dulce; pero insegura y que revelaba la más profunda agitacion.

Y aquella voz, despues de un instante y con el acento de quien pide lo más contrario á sus sentimientos y á su voluntad, con el acento de quien obedece á la razon y se sacrifica para cumplir un deber, dijo:

—La luz.

Una linterna se abrió, dejando escapar lo que en aquel sitio y en medio de aquellas tinieblas parecia un torrente de vivísima luz, aunque era escasa y rojiza.

Y al mismo tiempo las manos que se enlazaban y estrechaban, separáronse vivamente, y la puerta se cerró.

Entonces pudo verse á la jóven y desgraciada reina.

Su rostro estaba cubierto de mortal palidez y desfigurado hasta el punto de que era difícil reconocerlo.

Brillaban sus ojos con fuego que pudiéramos calificar de extraño...

Era la última llamarada de la hoguera que ardia en el pecho de aquella infeliz, la última llamarada; pero tambien la más viva, la más intensa.

Su palidez mortal, ¡cosa extraña! la embellecia, la

hacia doblemente interesante, doblemente conmovedora.

¡Cuánto debia sufrir en aquellos momentos!

Quedó inmóvil, con la mirada fija y las manos sobre el corazon, que se revolvia en su pecho como si amenazara romperse.

Felipe la contempló con expresion indefinible.

Algunos minutos pasaron de silencio absoluto, silencio verdaderamente religioso, imponente.

A dos pasos de la reina habia un hombre.

Era el marqués de la Cruzada.

La frente de Marcelo se habia contraido.

No sabemos lo que pensaba ni lo que sentia.

Contemplaba aquel cuadro y esperaba.

Esto es cuanto podemos decir del protector de Angélica.

En cuanto al marqués, permanecia en actitud respetuosa.

Su mision no era entonces mas que la de acompañar á la reina.

Habia ésta querido recibir á su antiguo paje, dándole así una prueba de honrosa distincion y del más tierno cariño.

Si la infeliz se hubiese dejado llevar de los impulsos de su corazon, habria ido sola; pero midió sus fuerzas, y se convenció de que el valor le faltaria en los momentos críticos de aquella prueba suprema.

Si en circunstancias tales se hubiese encontrado la infeliz á solas con el mancebo, en vano habria luchado su virtud, porque habria concluido por triunfar su fatal pasion.

Poco á poco fué cambiando la expresion de su semblante, endulzóse su mirada, y al fin sus ojos, secos y ardientes, se humedecieron, dejando escapar dos lágrimas.

—Mi vida es poco,—dijo entonces el mancebo,—muy poco para pagar tanto cariño, tanta honra...

—Silencio,—volvió á decir doña Isabel.—¿Has olvidado que aquí escuchan las paredes? ¿No piensas que son un tesoro inapreciable los momentos que pasan?

—¡Ya es tarde!—exclamó Felipe, volviendo á recobrar toda su energía.—El verdugo de mi virtuosa madre...

—Vamos, que tenemos mucho que hacer y no podemos ocuparnos en exhalar quejas que no han de remediar la situacion.

Esforzáronse todos para dominarse.

Felipe saludó cariñosamente al marqués, y por solitarios pasillos y habitaciones dirigiéronse silenciosamente hasta una contigua á la cámara de la reina.

—Señora,—dijo el mancebo,—¿quereis darme ahora explicaciones sobre lo que no puedo entender? Segun la carta de doña Margarita, no debemos perder la esperanza, y sin embargo no adivino lo que puede hacerse despues que el señor de Covadonga es dueño de los papeles que justifican mis derechos y prueban sus horrendos crímenes.

—Aún hay esperanza, aún podemos luchar.

—¿Pero cómo?

—Antes de una hora estará en palacio don Iñigo, y no saldrá sin que hayan venido á nuestro poder esos pre-

ciosos documentos; pero ésta no es la ocasion oportuna para entrar en explicaciones. Ante todo debes ir á tu aposento y cambiar ese sayal por tu antigua ropa.

—¿Y luego?

—Esperarás con el buen Marcelo hasta que Margarita ó el marqués os avisen que ha llegado el momento de obrar.

—Aún no comprendo...

—Lo comprenderás todo en breve.

Algunas palabras más cruzaron, y Felipe y Marcelo aturdidos aún, separáronse de la reina y del marqués, llevándose la linterna que éste traia.

Pocos minutos despues se encontraban en la reducida habitacion que siempre habia ocupado Felipe.

Todo estaba allí lo mismo que el jóven lo habia dejado, y por consiguiente le fué fácil cambiar de ropa, vistiéndose como lo hemos dado á conocer, escepto su cabellera hecha bucles y empolvada, porque ya sabemos que de ella se habia despojado el dia que entró en el convento.

Apenas dejó el sayal, tomó una expresion distinta el rostro del mancebo.

Sus ojos brillaron como habian brillado siempre.

Su mirada dejó de ser melancólica, no reveló el dolor, sino la alegría y la felicidad, porque las últimas palabras de la reina habian infundido nuevas esperanzas en el desgraciado jóven.

Ya era otra vez lo que siempre habia sido.

Cuando acabó de vestirse contempló con delicia su imágen en un espejo.

Luego miró á todos lados.

Parecióle que su pecho se dilataba al aspirar aquella atmósfera.

—¡Ah!—exclamó.—Ahora me siento con valor para todo, ahora me avergüenzo de mi debilidad, y me parece estúpida mi desesperacion. Vengaré á mi madre, recobraré mi nombre y mis derechos, seré dichoso con el amor de Angélica... ¡Ah!... ¿Y María, mi segunda madre?... ¡Vive el cielo!... Si su existencia no ha sido respetada por el intrigante capuchino, todos los tormentos me parecerán pocos para castigar á ese miserable.

Despues de estas palabras con que desahogó su enojo, entabló el jóven conversacion con Marcelo.

Entonces podian hablar sosegadamente y se ocuparon de la situacion, calculando lo que podia suceder y queriendo adivinar los planes de la ingeniosa y atrevida doncella.

Esto no pudieron conseguirlo, porque era imposible que sospechasen que Margarita tuviese valor para hacer lo que ya hemos visto.

Los minutos parecian interminables á Felipe y á Marcelo.

Una hora pasó durante la cual resonó en uno ó en otro sitio ruido de pasos y de voces de los palaciegos; pero ni el marqués ni Margarita se habian presentado.

Por fin, la puerta se abrió y apareció la noble doncella.

Queria ésta evitar emociones violentas que en aquellos momentos eran peligrosas, porque ofuscaban y aturdian, y para conseguirlo dió á su rostro la expresion

de la más viva alegría, cuidando de no hacer demostracion alguna que indicase ni ligeramente la gravedad de la situacion.

Margarita miró á Felipe y á Marcelo como si de ambos no hubiese estado separada mas que algunas horas, y señalando hácia el tosco sayal, que estaba sobre una silla, soltó una carcajada burlona, y dijo:

—Bonita figura habrá presentado el apuesto paje de su majestad la reina con ese saco de lana burda.

—¡Doña Margarita!—exclamó el mancebo.

Ella alargó la diestra á Felipe y le dijo alegremente:

—Por Dios, dejad las lamentaciones, los suspiros y las lágrimas para cuando volvais al convento, porque á mí me parecen ridículos los hombres que lloran.

Y sin dar tiempo á que el mancebo contestase, la jóven se dirigió al protector de Angélica, diciéndole:

—Señor Marcelo, me complazco al veros en libertad.

—¿Es ya tiempo de que nos expliqueis lo que pasa?—preguntó con impaciencia el paje.

—¿Acaso no habeis adivinado mi plan?

—No.

—Pues por primera vez en vuestra vida sois torpe, señor Felipe.

—Lo reconozco.

—Don Iñigo de Covadonga, á quien he ido á visitar esta noche...

—¡A visitar á don Iñigo!—exclamaron á la vez Felipe y Marcelo.

—¿Qué encontrais en eso de particular?—replicó con sencillez la noble doncella.—Dice que me ama y yo lo

amo; pero tengo celos, he querido una prueba de que es verdadero su amor, de que es un amor que se sobrepondrá á todas las circunstancias, y he ido á revelarle el secreto de la existencia de mi amiga Angélica.

Felipe y Marcelo miraban casi con estupor á la jóven.

Esta prosiguió diciendo:

—Cuando llegué estaba el señor de Covadonga en conferencia íntima con un caballero vestido de paño verde.

—Fray Fulgencio...

—Esperé en una antecámara, se fué el caballero, entré donde estaba don Iñigo y lo encontré ocupado en acercar á la luz unos papeles amarillentos que en las manos tenia.

—¡Oh!—exclamó Felipe extremeciéndose.

—Guardó en un bolsillo los papeles el señor de Covadonga, me escuchó, me prometió toda clase de pruebas, le rogué que me acompañase, y como buen caballero, no vaciló para complacerme.

—Pero...

—Hemos llegado, le hice entrar en mi tocador...

—Acabad, acabad.

—Le dije que esperase

—¿Lo habeis dejado solo?

—¿Temeis que se entretenga en quemar los papeles?

—De seguro habrá aprovechado la ocasion...

—Os equivocais, porque con el buen fin de que no se le hiciese largo el tiempo, le entregué un retrato mio para que lo contemplase.

—A pesar de eso...

—Don Iñigo debe haber contemplado el retrato como quien está loco de amor.

—No lo dudo.

—La atmósfera de mi habitacion estaba convenientemente preparada, perfumada... ¡Oh!... El señor de Covadonga, que estaba trastornado ya, debe haberse sentido embriagado. Vengo de ver lo que le ha sucedido. Mi pobre retrato está en el suelo á sus piés.

—¡Ah!...

—Y él duerme con el más profundo y más dulce de los sueños, duerme y de seguro con los ojos del alma sigue contemplando mi graciosa imágen... No lo dudeis, en estos momentos el señor de Covadonga es el más feliz de los hombres, en estos momentos goza como quizá no ha gozado ninguna criatura. No puede quejarse de mí.

—Pero entretanto los papeles...

—En uno de sus bolsillos están.

Felipe no pudo contenerse, y cogiendo una de las manos de la traviesa Margarita, la estrechó y la besó repetidas veces.

Marcelo la contemplaba admirado mientras murmuraba:

—Hé aquí una mujer singular.

—Cuidado,—dijo alegremente la doncella,—mucho cuidado, señor Felipe, que el marqués es celoso como un turco y si vé que me besais...

—¡Cuánto os debo!

—Ya tendreis ocasion de pagarme, que en este mundo se pagan todas las deudas.

—Doña Margarita...

—Basta de explicaciones y de palabras inútiles. Venid que tenemos que terminar la obra.

Salieron y á los pocos minutos se encontraron en el aposento de la noble doncella.

Allí estaba el marqués con dos de sus criados de la mayor confianza.

La jóven abrió la puertecilla y todos entraron en el tocador.

Don Iñigo de Covadonga continuaba en la misma actitud.

Aún debian trascurrir algunas horas antes de que volviese de su letargo.

—Acabemos pronto,—dijo doña Margarita,—porque no podemos permaner aquí mucho tiempo sin sufrir los efectos del narcótico.

Quiso Felipe acercarse al señor de Covadonga para quitarle los papeles; pero la doncella lo contuvo diciéndole:

—Esos documentos han sido robados á Marcelo, y á él le toca recuperarlos. Mientras lo hace, tened la bondad de abrir esa ventana para que empiece á renovarse esta atmósfera.

No perdió un instante Marcelo: acercóse á don Iñigo y empezó á buscar los papeles que encontró bien pronto y sacó, mientras exclamaba:

—¡Otra vez son mios!... ¡Gracias, Dios Omnipotente y justiciero!

El marqués de la Cruzada dijo entonces á sus criados:

—Ya sabeis lo que teneis que hacer.

—¿No despertará?

—No.

Los dos sirvientes cogieron y levantaron á don Iñigo, que no dió señales de vida, y lo sacaron de entre aquella atmósfera emponzoñada.

Doña Margarita, su amante, Felipe y Marcelo, salieron tambien, cerrando la puertecilla.

—Hasta luego,—dijo el marqués.

Y se fué con sus criados.

Cuidando de hacer el menor ruido posible, atravesaron habitaciones y galerías, encontrándose al cabo de diez minutos fuera de la morada real.

El marqués desenvainó la espada.

Alejáronse en direccion del Prado de San Gerónimo.

Allí, oculta entre la arboleda, habia una silla de manos con otros dos sirvientes.

El señor de Covadonga fué colocado en el estrecho vehículo.

Entonces se extremeció; pero tampoco se interrumpió su pesado sueño.

—Tú,—dijo el marqués á uno de sus criados,—conmigo, y tú cumple mis instrucciones,—añadió dirigiéndose al otro.

Volvió el jóven hácia palacio.

Dos de los sirvientes suspendieron la silla.

El otro desenvainó la espada y abrió una linterna de que iba provisto.

Pusiéronse todos en movimiento hácia la carrera de San Gerónimo.

Pocos momentos despues salió de entre la arboleda un hombre.

Era fray Fulgencio, que siguió á los que llevaban la silla.

Adelantaron estos silenciosamente.

En la puerta del Sol se encontraron con una ronda que se hizo á un lado para dejarlos pasar.

Llegaron por fin á la calle de Segovia y se detuvieron á la puerta de la casa de don Iñigo, sacaron á éste de la silla y lo colocaron en el suelo junto al umbral.

—Idos,—dijo el de la linterna,—y esperadme en Puerta Cerrada, á menos que os llame con un silbido, en cuyo caso acudireis prontamente y dispuestos á prestarme ayuda segun ha mandado nuestro señor.

Alejáronse los otros con la silla de manos y cuando se hubieron perdido de vista, el sirviente que habia quedado allí cogió el aldabon y descargó algunos recios golpes.

El portero no se habia acostado, porque esperaba á su señor, y creyendo que era éste quien llamaba, acudió presurosamente mientras decia:

—Voy al momento.

Empero no bien empezaron á rechinar la llave y los cerrojos, el criado del marqués ocultó la linterna y huyó.

Abrióse la puerta.

—¿Pero qué es esto?—dijo el portero, mirando sin descubrir persona alguna.—Algun gracioso que ha querido divertirse y...

Interrumpióse porque casualmente inclinó la cabeza

y se apercibió de que en el suelo habia un hombre, que parecia estar sin vida.

Retrocedió espantado el portero y sin cuidarse de cerrar, empezó á dar grandes voces pidiendo auxilio.

En tropel acudieron inmediatamente muchos criados armados algunos con espadas, porque creyeron que en la casa habian entrado ladrones.

—¿Qué sucede?—preguntaron algunos.

—Ahí... Miradlo,—decia el portero.

—¿Pero qué hemos de ver?

—Miradlo... Ese hombre...

—¡Vive Dios!...

—Llamaron y abrí...

Uno de los criados, el que menos turbado estaba, tomó el belon que el portero tenia en su cuarto, corrió á la puerta, inclinóse y un momento despues dejaba escapar una exclamacion de terror y de sorpresa.

Acudieron todos.

—¡Nuestro noble señor!...

—¡Muerto!...

—¡Lo han asesinado!...

—Debia venir gravemente herido; pero no muerto, puesto que llamó y mientras yo acudia para abrir, debe haber caido.

—Esta noche es todo incomprensible, todo misterioso...

—¿Pero qué hacemos mirando á nuestro pobre señor?

—Busquemos al asesino.

—Tiempo le sobra para haberse alejado.

—Veamos donde tiene la herida.

Buscaron inútilmente.

—¡No está herido!—exclamaron con sorpresa.

—Es una enfermedad repentina...

—Veamos si vive.

El corazon de don Iñigo palpitaba.

Lo levantaron y lo llevaron á su lecho.

Tampoco entonces despertó.

Creyéndolo enfermo gravemente, uno de los criados corrió en busca de un médico.

Entretanto los demás se ocuparon en rociar con agua fria el rostro de su señor y en hacerle aspirar vinagre.

Nada consiguieron.

Una hora despues el médico examinaba cuidadosamente al supuesto enfermo.

CAPITULO LXII.

El señor de Covadonga se explica al fin su sueño.

Los criados de don Iñigo rodeaban la cama de su señor y esperaban con ansiedad las palabras del médico.

Este habia quedado pensativo, y como sino acertase á comprender lo que sucedia, volvió á pulsar al paciente, le levantó uno de los párpados y luego el otro, queriendo examinar las pupilas, le puso una mano sobre el corazon, aplicó el oido junto al pecho y acabó por decir:

—Es extraño.

—¿Pero qué tiene?—preguntó uno de los criados.

—Antes de fallar necesito más noticias, más antecedentes.

—No podemos deciros sino lo que ha pasado.

—Me atrevo á jurar que vuestro señor no está enfermo; y sin embargo tampoco se encuentra en estado verdaderamente normal.

—Pues enfermo está y muy de veras.

—Se le pulsa y examina y es preciso creer que duerme; pero no despierta: su sueño es pesado, muy pesado... Referidme otra vez cuanto sepais.

—El aldabon de la puerta de la calle resonó con muy récios golpes y el portero acudió presurosamente para abrir.

—Bien.

—Abrió y á nadie vió,—repuso el sirviente;—pero mirando bien encontróse con nuestro noble señor tendido junto al umbral y sin que diese señales de vida, lo cual parecia probar que habia llamado, y que perdiendo las fuerzas, habia caido sin conocimiento mientras el portero acudia.

—¿Hacía mucho tiempo que el señor de Covadonga habia salido?

—Aún no hace tres horas que se encontraba aquí y gozaba de la más perfecta salud. Vino á visitarlo un caballero.

—¿Salió con él?

—Salió con una dama que llegó despues y tambien habló con su señoría.

—¿Era jóven?

—Creemos que sí, aunque ocultaba el rostro con el manto y no nos fué posible verla bien.

El médico desplegó una sonrisa maliciosa.

—Vuestro señor,—dijo,—no está enfermo; duerme y su sueño es muy pesado; se encontraba bien y salió con una dama; ha vuelto, ha podido llamar y antes de que le abriesen ha caido sin poder resistir al sueño que cerra-

ba sus ojos... ¡Oh!... Me parece que podeis estar tranquilos.

—No entendemos.

—Probablemente vuestro señor se alegrará de que no me hayais entendido; sin embargo os recordaré que el noble don Iñigo es jóven aún, soltero y rico.

—Ciertamente.

—Nada tiene de particular que haya querido cenar en compañía de esa dama jóven y de algunos otros amigos.

—Pero...

—Cuando se cena, se bebe, y no siempre el cuerpo se encuentra en disposicion de resistir todo lo que quieren darle.

—Eso significa que nuestro señor está borracho.

—Líbreme Dios de pensar semejante cosa.

—Preciso es que sepais que su señoría bebe mucho siempre que come, y nosotros lo hemos visto vaciar botellas y más botellas sin que se altere en lo más mínimo.

—Es una buena organizacion, una cabeza firme, ya lo sé; pero...

—Decid con franqueza que no lo entendeis,—replicó uno de los criados.

—Vuestro señor duerme y nada más.

—Llamaremos á otro médico.

—Os dirá que el cerebro del señor don Iñigo se encuentra como el de toda persona que duerme, y como en su corazon no se advierte nada de particular...

—¿Y hemos de dejarlo así?

—Eso...

—¿Recetareis?

—Ahora mismo y los efectos de mi receta probarán que no me equivoco.

—Nuestra responsabilidad es muy grande.

—Descuidad.

El médico pidió papel y pluma y escribió mientras decia para sí:

—No es viejo don Iñigo; pero tampoco está en edad de hacer cierta clase de locuras un hombre de su posicion y de su carácter... Esto es ridículo... ¿Quién habia de creerlo?

Firmó la receta y mandó que fuesen á la botica en busca de un líquido con el que debian frotar las sienes, el pecho y las muñecas del señor de Covadonga.

Media hora despues el caballero abria los ojos, exhalaba un suspiro y miraba con extrañeza á su alrededor, encontrándose con todos sus criados y con el médico, que aún sonreia maliciosamente.

—¿Cómo me encuentro aquí?—preguntó don Iñigo, sentándose en el lecho.

—Vuestros criados,—respondió el médico,—oyeron llamar, abrieron y os encontraron junto á la puerta. Me avisaron, he venido...

—¿Y qué?—interrumpió el señor de Covadonga, cuya mirada era profundamente sombría.

—Me han dicho que habíais salido con una dama, y he adivinado lo demás: habeis cenado, y sin duda vuestro estomágo no se encontraba en buena disposicion...

—Eso es.

—Me parece que para nada me necesitareis...

—Gracias, doctor, gracias... Dejadme porque me encuentro completamente bien.

El médico cruzó con los criados una mirada de inteligencia, despidióse y salió.

Bajó don Iñigo del lecho y dijo á sus sirvientes:

—Ahora dadme cuenta con todos sus detalles de cuanto ha sucedido desde el momento en que salí con la dama.

Le refirieron lo poco que tenian que decir.

—¿Qué más?

—Nada más sino que llamamos al médico y nos felicitamos de ver á vuestra señoría en completa salud.

—¿Ha venido alguien antes de que yo volviese?

—Nadie.

—Idos,—dijo el señor de Covadonga con aspereza.

Los criados se apresuraron á salir.

Don Iñigo se pasó las manos por la frente, miró á su alrededor y exclamó con voz reconcentrada:

—¡Rayos del infierno!... ¿No estoy soñando?... Aquí estuvo doña Margarita, me reveló el secreto de la existencia de Angélica de Guevara, puso en duda mi amor, me exigió una prueba... ¡Oh!... La prueba debia consistir en que yo cara á cara dijese á la hija de don Alfonso que no la amaba ya... Me sentí con valor para todo, porque las miradas de Margarita me abrasaban el pecho, me fascinaban, producian en mí un vértigo... ¡Truenos y rayos!...

El señor de Covadonga se interrumpió, porque apenas podia respirar.

Su agitacion era la más violenta.

Apretó los puños y dejó escapar dos centellas de sus ojos.

En aquellos momentos no hubiera podido mirársele sin experimentar terror.

—Calma,—dijo despues de algunos minutos,—necesito mucha calma y la desesperacion me trastorna... ¿No conseguiré coordinar mis recuerdos?... Sí, puesto que nada he olvidado... Salí con Margarita, uno de sus brazos se apoyaba en el mio; corrientes de fuego circulaban por mis venas; yo habia prometido respetarla, y la respeté... ¡Oh!... Fuimos á palacio, entramos por una puertecilla y llegamos á una habitacion... Aquella atmósfera me embriagaba, porque estaba embalsamada con el aliento de Margarita. Ella me entregó su retrato, lo contemplé... Nada más. Dicen que he dormido y yo creia estar aún despierto y contemplando la imágen hechicera de esa mujer... Al despertar me encuentro en mi casa, entre mis criados y el médico... Indudablemente me han traido dejándome á la puerta y llamando para que salieran á recogerme... ¿Y Margarita? ¿Y la prueba que se me habia exigido? ¿Y Angélica de Guevara? Se han burlado de mí, no debo dudarlo; pero, ¿con qué fin? Si habian de traerme, ¿para qué llevarme? Todo esto se explicaria si hubiesen intentado asesinarme; pero es el caso que ni el daño más leve me han hecho. ¿Han querido ponerme en ridículo? Tampoco, porque la primera víctima seria entonces doña Margarita de Cienfuegos... ¡Oh!... Si esta noche no me vuelvo loco, debe ser de acero mi cabeza.

Aún no le habia ocurrido al caballero pensar en los

papeles, y por consiguiente era imposible que se explicase la extraña conducta de la traviesa jóven.

A pesar de cuanto acababa de suceder, el recuerdo de Margarita encendia la sangre de don Iñigo de Covadonga.

La amaba lo mismo que antes, quizá más que nunca.

Pudiera decirse que la noble doncella habia hechizado al caballero y que éste no podia sustraerse á la influencia del sobrenatural maleficio.

Largo rato pasó sin que el señor de Covadonga hiciese otra cosa que recorrer con pasos desiguales y en todas direcciones el aposento.

Su cabeza se abrasaba.

Y cuanto más cavilaba para adivinar, mayor era su trastorno.

Motivos sobrados tenia para poner en duda el amor de la noble doncella, y esto lo atormentaba horrible-blemente.

Al fin, el caballero, muy fatigado, dejóse caer en una silla y murmuró:

—Me es forzoso esperar á mañana para aclarar mis dudas... ¡Oh!... Ahora que se me presentaba tan risueño el porvenir; cuando nada tengo que temer del capuchino ni de Felipe...

Se interrumpió, dándose una palmada en la frente y exclamando:

—¡Ah!... Aún no he quemado los papeles, y como estarán mejor convertidos en ceniza... Concluyamos este asunto, y así podré ocuparme de mi amor sin tener que pensar en otra cosa. Precisamente en los momentos en

que acerqué á la luz los papeles fatales, se presentó Margarita... Ahora nadie me interrumpirá.

Por si alguno de sus criados cometia una indiscrecion, cerró la puerta del aposento, dando vuelta á llave.

Luego llevó la diestra á uno de sus bolsillos.

Los papeles no estaban allí.

Metió la mano en otro.

Tampoco los encontró.

Tornóse lívido el rostro del caballero.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

Temblaron sus miembros.

Volvió á registrarse.

¡Los papeles habian desaparecido!

—¡Oh! —exclamó con voz ronca. —¿Acaso no los guardé?

Miró sobre la mesa y en los cajones mientras decia:

—Lo recuerdo perfectamente... Me sorprendió Margarita y tuve buen cuidado de meterme los papeles en uno de mis bolsillos. ¿Se me habrán caido en la calle cuando me trajeron ó me dejaron á la puerta?

Una sospecha horrible atravesó la mente del caballero.

—¿Me habrán sacado de mi casa, haciéndome perder el conocimiento para robarme esos papeles?

No es posible pintar el estado de agitacion de don Iñigo en aquellos momentos terribles.

Su rostro se habia desfigurado y parecia el de un cadáver.

Como impulsado por un vértigo, corrió hácia la

puerta, la abrió y empezó á gritar llamando á sus sirvientes.

Todos acudieron en tropel.

—Luces, muchas luces,—dijo don Iñigo con el acento de la desesperacion,—todas las antorchas que haya en la casa... Pronto, pronto... ¡Vive Dios!... ¿Qué haceis, villanos?... Corred.

Creyeron los sirvientes que el señor de Covadonga habia perdido el juicio á consecuencia de la embriaguez, ó que esta continuaba y se manifestaba con accesos de furor; pero obedecieron prontamente y la luz rojiza de muchas antorchas se esparció por las habitaciones.

—Venid,—dijo el caballero.

Obedecieron los criados silenciosamente mientras cruzaban miradas que revelaban sus temores.

Salieron de la casa.

—He perdido unos papeles,—dijo el señor de Covadonga.—Buscad por el camino que yo os señale.

Todos se inclinaron mirando al suelo.

La escena no podia ser más extraña.

Ni una palabra más pronunciaron.

Poco á poco, siempre con la mirada fija en tierra, adelantaron calle de Segovia arriba.

Afortunadamente era ya demasiado tarde, pues á otra hora hubiesen llamado la atencion y se habrian visto asediados por curiosos.

Cuando la verdad es demasiado horrible no la aceptamos fácilmente, y don Iñigo de Covadonga se resistia á convencerse de que los documentos le habian sido robados por doña Margarita.

Cerca de tres horas les costó llegar hasta la régia morada.

Una ronda habian encontrado; pero al reconocer á don Iñigo y decir este que buscaba unos papeles que se le habian perdido, le dejaron en paz.

El capuchino, que aún no habia vuelto á su convento, observaba cuidadosamente cuanto hacia don Iñigo, siguiéndolo desde la calle de Segovia hasta el Prado.

No necesitaba fray Fulgencio más explicaciones para adivinar lo que habia sucedido.

Mal que le pesase, tuvo el caballero que convencerse al fin.

Su desesperacion no puede concebirse.

Mandó apagar las antorchas, disponiendo que sus criados se retirasen.

Cuando estuvo solo se apoyó en el tronco de un árbol, porque las fuerzas le faltaban.

El miserable habia tenido valor para todo mientras contaba con la impunidad; pero se sintió anonadado desde el instante en que se convenció de que podian probarse todos sus crímenes.

Otro motivo de sufrimiento tenia: si doña Margarita le habia tendido el lazo para apoderarse de los papeles, claro es que no lo amaba, sino que por el contrario debia odiarlo tanto por lo menos como Felipe.

Apenas podia respirar el caballero y permaneció largo rato sin moverse.

—¿Quién me ayudará, quién me salvará?—se preguntaba.

Y despues de media hora concluyó por decir:

—No hay en el mundo mas que un hombre capaz de dominar todos los peligros que me rodean... ¿Querrá prestarme ayuda?... Si le ofrezco la mitad de mis riquezas, me salvará... ¡Oh!... Quiero luchar hasta el fin y lucharé.

No hay que decir que el hombre á quien don Iñigo se referia era fray Fulgencio.

No era posible que el caballero dejase para el dia siguiente aquel asunto.

Hizo el último esfuerzo, separóse del árbol y tomó Prado arriba.

Mientras andaba cavilaba buscando medios de defenderse; pero no los encontraba y le parecia imposible que tampoco los encontrase el capuchino.

En medio de la oscuridad brillaban sus ojos como dos luces fosfóricas.

Llegó al Puente Verde, lo atravesó y tomó calle de Alcalá arriba.

Hacia media hora que el capuchino habia pasado por allí y debemos seguirlo hasta el convento, donde luego hemos de ver al señor de Covadonga; pero ante todo es preciso que sepamos el efecto que en el fraile produjo la desaparicion de Felipe y de Marcelo.

CAPITULO LXIII.

De cómo el fraile acabó de conocer la situacion.

Las tinieblas envolvian á fray Fulgencio y no nos es posible observar su rostro para deducir lo que sentia; pero suponemos que más de una vez habíase contraido su espaciosa frente y que su mirada era sombría.

No le importaba la perdicion de don Iñigo de Covadonga; pero sí que como consecuencia de lo sucedido aquella noche, dejase Felipe de profesar, pues esto seria causa de que la comunidad de Capuchinos tuviera que renunciar para siempre á los bienes cuantiosos que habia dejado al morir don Felipe.

Por de pronto era dueño el capuchino de tres millones de reales, cantidad más que suficiente para que la comunidad le diera sus votos eligiéndolo prior.

Sin cesar se preguntaba el astuto fraile:

—¿Ha tenido tiempo este bribon para quemar los pa-

peles? ¿Qué se propone doña Margarita de Cienfuegos?... Las mujeres son muy temibles.

Al ver que el señor de Covadonga salia de su casa y recorria las calles hasta el palacio real con antorchas y mirando siempre al suelo, supuso el capuchino que los documentos no se habian quemado, y acabó por creer que se encontraban en manos de la noble doncella.

Muy preocupado volvió al convento.

Tal vez el asunto se complicaba; tal vez la situacion se hacia doblemente crítica.

No olvidaba el capuchino que aún habia muchos cabos sueltos y que era muy difícil atender á todo de una vez.

La curiosidad de don Alfonso de Guevara, la enloquecedora pasion del sacristan; las indiscreciones del doctor Cebollino; la reserva del jóven monarca; las iras de Angélica, cuando comprendiese la verdad; la astucia de doña Margarita, y por último la influencia y la tenacidad de la esposa del rey don Luis.

A todo esto tenia que atender el fraile, y esto era demasiado para un solo hombre.

Y á más de todo esto estaban las casualidades, las coincidencias y todo aquello que no puede prever la persona más astuta.

¿Por qué doña Margarita habia ido á visitar á don Iñigo la misma noche y precisamente en los mismos momentos en que éste habia recibido los papeles?

¿Era todo esto casual?

—No, no es casual,—dijo para sí fray Fulgencio.

En parte habia adivinado la verdad; pero ni siquiera

remotamente sospechó que Felipe se encontrase fuera del convento y que Marcelo hubiera recobrado tambien la libertad.

—Todo se pondrá en claro,—pensó el fraile al llegar á la calle de las Infantas,—por de pronto mi situacion es ventajosa, porque tengo en rehenes á esa pobre mujer que ha servido de madre á Felipe, y el mancebo á nada se atreverá mientras le amenacen con la muerte de la infeliz María.

Esta reflexion hizo que fray Fulgencio recobrase completamente toda su calma.

Por la puertecilla que le habia servido para salir, entró en el convento y sin detenerse fué á su celda donde ardia la misma luz que habia dejado encendida.

Quitóse el disfraz, púsose la barba y los hábitos, guardó en el arca el precioso papel firmado por el señor de Covadonga y exclamó:

—¡Oh!... Ahora veamos.

Tomó la palmatoria y salió de la celda, dirigiéndose á la que debia ocupar el mancebo.

Abrió y entró.

El novicio no estaba allí.

Por un momento se arrugó la frente del astuto religioso.

Acercóse á la ventana y miró al patio; pero no vió nada de particular.

—Esto empieza á desagradarme,—dijo.

Salió de la celda.

Atravesó galerías, habitaciones y pasillos, bajó algunas escaleras y llegó al sitio donde estaban los dos dona-

dos que vigilaban en la puerta por donde se entraba al patio.

Pusiéronse estos en pié y saludaron respetuosamente al fraile.

—¿No hay novedad, hermanos?—preguntó fray Fulgencio.

—Ninguna,—respondieron los otros.

—¿Nadie á venido por aquí?

—Absolutamente nadie.

—¿No ha sonado ningun ruido?

—Ni el más leve.

—Bien, muy bien.

—¿Vais á entrar, reverendo padre?

—No,—respondió fray Fulgencio.

Y se encaminó al calabozo del protector de Angélica.

Antes de entrar escuchó sin percibir el más leve ruido.

—Debe dormir.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió.

La luz esparció trabajosamente sus rayos en el húmedo calabozo.

El capuchino puso á manera de pantalla una mano junto á sus ojos y miró á todos lados.

Lo que sintió no puede explicarse.

El preso habia desparecido.

Por algunos minutos permaneció el religioso inmóvil como una estátua.

Era aquella la vez primera en su vida que se sentia aturdido, la vez primera que perdia la calma y que tenia miedo.

Dió por fin algunos pasos.

Volvió á mirar, y como si no quisiera convencerse, revolvió el monton de paja que servia de lecho al honrado sacristan.

Luego se acercó á la reja.

Ya no necesitaba más explicaciones, puesto que todo estaba claro. Los barrotes de hierro habian sido rotos, el preso habia sálido al patio y desde allí se habia introducido en la celda de Felipe.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por la pálida frente del capuchino.

Cubrióse su rostro de nerviosa palidez.

—¡Oh!—exclamó despues de algunos minutos con voz reconcentrada.

Y dos centellas se escaparon de sus negros ojos.

No el miedo, sino la ira hizo que temblasen convulsivamente las manos del capuchino.

Como un rugido sordo y espantable resonó en el interior de su pecho.

Era la primera vez que lo habian derrotado en una lucha de inteligencia, de astucia, de fingimiento y de calma.

¿Y quién se habia burlado de él?

Una mujer y un niño.

Fray Fulgencio se sintió horriblemente mortificado.

No habria sufrido tanto si otro fraile lo hubiese vencido; pero, ¡un niño y una mujer!...

Esto era para él verdaderamente horrible.

¿Se habia escapado el preso antes de que don Iñigo recibiera los preciosos papeles?

Así lo supuso el capuchino, pero en último caso esto no tenia gran importancia.

—Pierdo la calma,—murmuró despues de algunos minutos,—pierdo la calma y empiezo á ser el hombre más vulgar. ¿Acaso se ha perdido todo?... No, puesto que tengo en mi poder tres millones, y más tendré si el valor no me falta para continuar la lucha. Preciso será quitarse estorbos de en medio. El rey es un niño; pero una vez en su vida ha querido ser hombre, y no hay nada mas temible que un niño cuando es hombre por algunos minutos.

Despues de decir esto debió pensar algo muy horrible el capuchino, porque se entreabrieron sus lábios para sonreir con expresion diabólica.

—Peor para él,—murmuró.—Dice que no quiere ser rey... Dejará pronto de serlo.

Salió el fraile del calabozo, volvió adonde estaban los donados, los miró fijamente y les dijo con severo tono:

—No habeis cumplido vuestro deber.

—¡Padre!—exclamaron aquellos dos infelices.

—Me obligais á imponeros el castigo que merece vuestro descuido, pues acabo de tener la prueba de que no hay nada que produzca peores resultados que la compasion y la generosidad.

Los infelices donados empezaron á temblar.

—El preso no está en el calabozo,—añadió fray Fulgencio.

—¡Que no está!...

—Eso es, que se ha ido.

—¿Cuándo y por dónde?

—¿No lo adivinais?

—Reverendo padre, no podemos acusarnos de haber dormido, puesto que no teníamos sueño. Si el preso salía de su calabozo, tenia que pasar por aquí ó quedarse en esas habitaciones, y á menos que pueda hacerse invisible cuando le convenga...

—No.

—Entonces...

—Ha salido por el patio.

—¡Por el patio!

—Rompiendo los hierros de la reja.

—No nos hemos movido de aquí, y esa puerta...

—Ha tenido quien le ayude para subir á una ventana.

—Entonces...

—¿Pero cómo ha limado los barrotes sin que vosotros lo hayais sentido?

No acertaron á responder los donados.

—Ahora se registrará el convento.

—Empecemos por el patio...

—Es igual.

Abrieron la puertecilla, y pocos momentos despues encontraron junto á la reja las limas de que se habian servido los fugitivos.

Rápidamente cundió la voz.

Púsose en movimiento la comunidad.

Registróse hasta el último rincon, y al fin un fraile que nada tenia de torpe acertó con la escala, que aún estaba pendiente del marco de la ventana.

No era justo culpar á nadie, puesto que estaba claro que el preso no habia tenido más cómplices que Felipe.

Propusieron algunos ir en busca de éste; pero fray Fulgencio desplegó una irónica sonrisa y dijo:

—En palacio lo teneis; y si alguno de vosotros tiene bastante valor y autoridad para sacarlo de la cámara de la reina...

—¡Ah!...

—Olvidaos de este asunto, que el Omnipotente hará justicia. Por de pronto tengo la satisfaccion de ofrecer á la comunidad tres millones de reales, aunque siento que la persona que ha de darlos imponga condiciones que ofenden mi humildad.

A nadie le estaba permitido pedir más explicaciones á fray Fulgencio, porque éste hacia entonces las veces de prior y porque habia dicho ya lo único que para los frailes tenia interés, declarando que tres millones de reales estaban en el umbral de la puerta del convento.

Haciendo comentarios, retiráronse todos á sus celdas.

Fray Fulgencio quedó en la suya, sentóse, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos.

Hubiérase creido que dormia; pero nunca habia estado tan despierto.

Recios y descompasados golpes resonaron en la calle.

Era don Iñigo de Covadonga que llamaba.

El hermano portero acudió, abriendo el ventanillo y preguntando:

—¿Quién es?

—Abrid,—dijo imperiosamente el caballero.

—¿Quién sois y qué quereis?

—¿No me habeis conocido?

—En la oscuridad no conozco á nadie, hermano.

—¡Rayos del infierno!...

—Si jurais no os escucharé.

—Soy don Iñigo de Covadonga...

—¡Ah!...

—Abrid.

—Supongo que deseais ver al respetable fray Fulgencio.

—Sí.

—Pues llegais en mala hora, porque en estos momentos la comunidad se ocupa de asuntos muy graves.

—Mas grave es el mio.

—No lo niego; pero...

—Abrid y avisad á fray Fulgencio.

El portero abrió, y sonriendo estúpidamente, dijo al caballero:

—Repito que ahora...

—Avisad.

—Lo haré.

—Necesito aprovechar los instantes.

—Si no llevais á mal que os deje sin luz...

—Lo que llevo muy á mal es vuestra calma.

—Perdonad, caballero.

—Concluyamos.

—Allá voy, allá voy.

El donado se alejó.

El señor de Covadonga, aunque estaba en medio de la oscuridad más completa, empezó á pasearse como un tigre enjaulado.

Pocos minutos despues volvió el portero.

—Venid,—dijo.

—Viendo estais ya que me habeis hecho perder el tiempo inútilmente.

—Lo siento mucho; pero mis obligaciones...

—Basta.

Dejaron atrás el claustro, subieron la ancha escalera y pocos minutos despues llegaban á la celda de fray Fulgencio.

El donado abrió la puerta, y dijo:

—Reverendo padre, aquí está el noble caballero don Iñigo de Covadonga.

El miserable asesino penetró en la celda.

CAPITULO LXIV.

La generosa ayuda de fray Fulgencio.

Fray Fulgencio habia recobrado ya toda su calma.

Expresaba su rostro la tranquilidad más absoluta.

¿Quién hubiera creido que una borrasca espantosa se agitaba en su alma en aquellos momentos?

Cerró y dejó el libro que tenia en las manos, y señalando hácia una silla, dijo con grave y pausado tono:

—Dios os bendiga como yo lo hago en su santo nombre... Sentaos y explicadme, si á bien lo teneis, el objeto de esta visita, que no esperaba.

Lívido y desfigurado estaba el rostro del señor de Covadonga.

Sus manos temblaban y sus ojos despedian llamaradas de iracundo fuego.

—¡Me han engañado!—exclamó con voz ahogada por la cólera.—¡Me han engañado!... ¡Estoy perdido!...

—¿Qué sucede para que así os falte la calma? ¿No os considerábais dichoso hace pocas horas? ¿Quién ha podido engañaros? ¿Qué temeis cuando ya se habrán convertido en pavesas los documentos que debian robaros el reposo, y que podian ser causa de vuestra perdicion?... En verdad, don Iñigo, que ni adivino por qué os desesperais, ni tampoco se me alcanza por qué venís á buscarme á estas horas y con tanta prisa.

—¡Me han robado los papeles!

—¡Que os han robado los papeles!—dijo el fraile con acento de extrañeza.

—Y si vengo á buscaros es porque vos sois la única persona que puede salvarme.

—¡Yo!...

—¿Qué os sorprende?

—Cuando estuve en vuestra casa me deciais con insensato orgullo: «Ya para nada os necesito.» Y yo os contesté: «Rogad á Dios que no os equivoqueis.»

—¡Oh!...

—Y para haceros comprender que aún era muy delicada vuestra situacion, os revelé el secreto de la existencia de doña Angélica de Guevara.

—Es verdad,—murmuró el señor de Covadonga como si repentinamente hubiera perdido las fuerzas.

Y se dejó caer en una silla y se pasó las manos por la frente, que tenia empapada en frio sudor.

—Os hablé tambien de Marcelo...

—Pero si lo teneis encerrado...

—Los presos recobran algunas veces la libertad, y esto precisamente ha sucedido mientras yo hablaba con vos.

—¡Se ha ido ese hombre!...

—Y vuestro sobrino Felipe con él.

El señor de Covadonga fijó una mirada de estravío en el fraile.

Sacó éste su caja de rapé, la golpeó suavemente, la abrió, presentóla á don Iñigo, y le preguntó con dulzura:

—¿No quereis un polvo?

—¡Vive el cielo!...

—¿Por qué os enfadais?

—Me desespera vuestra calma.

—Suponed que me dejo arrebatar como vos. ¿Qué habré conseguido? Aturdirme hasta el punto de no servir para nada. Un niño me ha engañado, se ha burlado de mí... ¡Oh!... Líbreme Dios de dejarme arrebatar por la cólera. Mi deber es resignarme y me resigno.

Y esto diciendo el fraile, introdujo en la caja sus dedos índice y pulgar, tomó una buena porcion de tabaco y lo aspiró con delicia.

—De vos se ha burlado un niño...

—Eso es; pero como no tengo amor propio, esto no me mortifica.

—Pues de mí se ha burlado una mujer.

—Doña Margarita, ¿no es verdad?

—Sí.

—¡Las mujeres!...

—Me habia hecho creer que me amaba.

—¡El amor!... Hé ahí el resultado de las pasiones. Cuando la criatura no sabe dominar los arrebatos de sus impurezas...

—Fray Fulgencio, no he venido para escuchar sermones, ni mucho menos para que me deis una prueba más de vuestra hipocresía.

—Bendito sea el sacrosanto nombre de Dios uno y trino que todo lo dispone.

—¡Vive el cielo!...

—Señor de Covadonga, os suplico que no jureis, porque en este sagrado recinto...

—Concluyamos.

—Por mi parte he concluido,—dijo el fraile con su calma glacial y guardando la caja del rapé.

—Doña Margarita ha ido á buscarme, me ha pedido pruebas de mi amor, me ha trastornado con sus miradas, me ha obligado á seguirla...

—La fábula de la sirena.

—Llegó en los momentos en que yo me disponia á quemar los papeles.

—Os aconsejé que no olvidáseis las casualidades, y hé ahí una casualidad que os ha perdido.

—Yo no era dueño de mi razon.

—Satanás se habia posesionado de vuestra alma...

—¡Rayos del infierno!... Si el alma me pidiera Satanás...

—Silencio, hermano.

—Habíase convertido mi sangre en fuego...

—Entiendo, entiendo.

—Llegamos á la morada real.

—Al foco de las intrigas, de los desórdenes, de los vicios... ¡Oh!... Los decretos del Omnipotente deben cumplirse.

—¿Y qué tiene que ver la Providencia en este endiablado asunto?

—Blasfemais, hermano.

—Me llevó doña Margarita á su aposento, al mismo en que se viste y se peina...

—¡Horror!...

—Aspiré con delicia aquella atmósfera embalsamada con el aliento de la mujer á quien adoro todavía.

—Bebísteis la ponzoña...

—Sí, emponzoñado estaba el aire allí, porque me sentí aturdido, y mientras contemplaba un retrato de la venenosa serpiente...

—¿Pero ella?...

—Me habia dejado solo.

—Y sin duda os dormísteis para soñar, porque en sueños son mas gratas las amorosas ilusiones... ¡Jesús!... Perdonadme, Dios mio... Proseguid.

—Cuando volví de mi letargo, me encontré en mi lecho, y los papeles...

—Se os habrian caido en la calle.

—Los he buscado inútilmente...

—Entonces deben estar en manos de doña Margarita de Cienfuegos, y como vuestro sobrino se encuentra en palacio...

—Eso es horrible.

—No es muy agradable.

—El rey tendrá ya las pruebas de mis crímenes.

—Tal vez...

—Y apenas salga el sol, antes quizá...

—Me parece que caminais demasiado aprisa, y esto

consiste en que no conoceis á vuestros adversarios.

—¿Creeis que me dejarán tranquilo?

—Eso no, porque vuestro sobrino necesita recuperar su nombre y su fortuna.

—Entonces...

—Me parece que el dia de mañana pasará sin que experimenteis un nuevo disgusto.

—¿Y qué me importa ese breve plazo?

—Os importa mucho, porque tendreis tiempo para prepararos á la defensa.

—¿Hay defensa posible?

—Si creeis que es imposible la lucha, el tiempo que perdeis en conferenciar conmigo, debeis aprovecharlo en huir, llevándoos algun dinero que os permita vivir en un rincon del mundo.

—Una esperanza abrigo.

—Sepamos en qué consiste.

—Vos, padre mio...

—Para nada me necesitais,—replicó irónicamente fray Fulgencio.

—Sois cruel...

—Soy justo.

—Si vos quereis ayudarme...

—Antes de contestaros hemos de hablar mucho.

El señor de Covadonga hizo un esfuerzo para dominarse y dijo:

—Dispuesto me teneis á escuchar.

—¿Os considerais completamente perdido?

—Sí.

—No olvideis lo que estais diciendo.

—No lo olvidaré.

—Supongo que habreis buscado medios para detener el golpe.

—He cavilado; pero inútilmente.

—Bien, muy bien, caballero,—dijo el fraile con su fria tranquilidad.

—Padre mio, los momentos son preciosos.

—Ya sé que no hay nada que valga tanto como el tiempo.

—Sin embargo,—replicó don Iñigo,—lo malgastamos lastimosamente.

—Os equivocais.

—Los documentos están en poder de doña Margarita, tal vez en manos del rey...

—¿Acaso es mia la culpa?

—Pero sino nos apresuramos...

—Siento deciros que se ha trastornado vuestra razon. Si en manos de su majestad se encuentran ya los papeles, si de vuestra suerte se ha decidido, inútilmente nos apresuraremos. Además debeis tener presente que no contamos con medios seguros para evitar la desgracia, y por consiguiente...

—¿Podeis ó no ayudarme?

—¿Os habeis dado por vencido?

—Sí.

—Y si yo consigo salvaros...

—Os deberé más que la vida. Olvidad las palabras que con tanta ligereza pronuncié. Me trastornaba la alegría, no era yo dueño de mi razon, y en mi arrebato...

—Basta, don Iñigo.

—¿Es posible obligar á mi sobrino á que renuncie á su nombre y á sus riquezas?

—Tal vez.

—Porque todo eso es necesario para que yo me considere libre.

—Pero no dichoso.

—¡Dichoso!—exclamó el señor de Covadonga con acento de amarga ironía.—La dicha es imposible para mí, es imposible, porque...

—Estais enamorado.

—¡Pasion fatal!

—Las debilidades, las debilidades... ¡Pobre humanidad!... Creíais que doña Margarita de Cienfuegos os amaba.

—Ella me lo habia dicho,—repuso el señor de Covadonga con creciente arrebato,—me habia dado pruebas arriesgando hasta su reputacion.

—No conoceis á las mujeres.

—Por mi desgracia.

—Señor don Iñigo, os hablaré con la misma franqueza que siempre y así os probaré que habeis sido injusto al llamarme hipócrita.

—Perdonad.

—Despues de un fraile, no hay en el mundo enemigo tan temible como una mujer, y aun casi estoy por deciros que una mujer es por lo menos tan temible como un fraile. Manchada nace la criatura, perdida está la familia humana y la causa de todo ha sido la debilidad de la primera mujer, lo cual prueba que es propio de su organizacion...

—No puedo mas,—interrumpió don Iñigo, poniéndose en pié.

—Sentaos, caballero.

—Si comprendiéseis lo que sufro...

—Voy á concluir.

El señor de Covadonga volvió á dejarse caer en la silla.

El fraile meditó y luego dijo:

—Ya sabeis que nada ambiciono para mí; pero la comunidad á que pertenezco...

—Padre, os pido un servicio y si me lo haceis, os lo pagaré.

—No exijo ninguna recompensa; pero sí deseo que hagais una buena obra.

—¡Una buena obra!...

—Eso es.

—¿Y en qué ha de consistir?

—Otra limosna á la comunidad de Capuchinos de la Paciencia.

—Segun la cantidad...

—Antes es preciso que sepais todo lo que debeis esperar de mí.

—Ya os escucho.

—Si aún no se encuentran los documentos en manos del rey, me obligo á hacer de modo que vuestro sobrino no proceda contra vos.

—Pero mientras esos papeles existan, mientras él los guarde...

—Habrá siempre un peligro, ya lo sé.

—Entonces...

—Recuperar esos papeles seria un segundo servicio. Ocupémonos ahora del primero.

—Está bien.

—Cuando sepais positivamente que el paje ha decidido por ahora no reclamar contra vos, me entregareis veinticinco mil duros, y cuando por segunda vez vuelvan á vuestras manos esos documentos para que los quemeis, hareis á la comunidad de capuchinos una limosna de tres millones de reales.

—¡Tres millones!...

—Y otros tres que puede decirse habeis dado ya, serán seis, con más medio millon que por el pronto os exijo.

—Fray Fulgencio...

—¿Os parece mucho?

—Sí.

—Peor será que os arrebaten todas vuestras riquezas, que os acusen de asesino, y que os entreguen al verdugo.

Don Iñigo se extremeció violentamente.

Un sudor copioso y frio volvió á inundar su rostro cadavéricamente pálido.

—Suponed,—añadió el fraile,—que os pido toda vuestra fortuna.

—En ese caso...

—Ganaríais mucho, puesto que os quedaria la libertad y el derecho de decir que sois un hombre honrado.

—¿Y con qué medios contais para conseguir todo eso?

—No os importa.

—Me parece...

—Lo único que os interesa es el resultado.

El caballero miró con asombro al capuchino.

Otra vez sacó éste su caja y tomó un polvo.

¡Pobre don Iñigo!

Poco á poco cuanto poseia pasaria de sus manos á las de fray Fulgencio, y al fin el crímen se probária.

En cuanto al fraile, no era posible acusarlo de nada hasta entonces.

La lucha parecia ya imposible, y sin embargo, fray Fulgencio se atrevia á luchar.

¿Qué le era posible hacer?

Por espacio de algunos minutos reflexionó el caballero en cuanto le era posible reflexionar entonces.

Queria poner término á la conversacion; y sin entrar en más explicaciones, dijo:

—Acepto.

—Pues retiraos á descansar, y si mañana os digo que nada teneis que temer, presentaos en palácio y en todas partes con el mayor descuido.

Preciso era convencerse de que fray Fulgencio hacia milagros á pesar de que no era un santo, sino un demonio.

Pocas palabras más cruzaron.

El señor de Covadonga se despidió.

El capuchino tomó la palmatoria y lo acompañó hasta la portería, bendiciéndolo allí.

Cuando volvió á su celda, desplegó una sonrisa, y dijo:

—¡Pobre mancebo!... Cree que ya ha triunfado, y nunca se ha encontrado tan lejos de la felicidad que anhela. La culpa no es mia. ¿Quién le manda meterse á

luchar con un fraile?... Se ha burlado de mí esta noche, pero le pesará. No me conoce todavía, y cuando llegue á conocerme será tarde para remediar su desgracia.

Meditó fray Fulgencio, y despues de algunos minutos, dijo:

—Aún soy dueño de Angélica y de la pobre María. ¿Se atreverán á provocar mi enojo?... No, no se atreverán.

Quince minutos despues, el capuchino dormia profundamente.

En cambio don Iñigo de Covadonga se revolvia en su lecho, sin que le fuese posible dominar su agitacion y reposar.

Cuando se dejaron ver los primeros rayos del sol, el miserable asesino estaba despierto.

Lo mucho que sufria revelábase en su semblante lívido y desfigurado.

A pesar de las promesas de fray Fulgencio, el señor de Covadonga se sentia poseido de terror.

Saltó del lecho, y sin llamar á sus criados vistióse y esperó, contando los minutos como el reo condenado á muerte.

¿Seria tiempo aún?

Esto se preguntaba sin cesar.

Y pensaba en Marcelo, testigo de sus crímenes, y en Angélica de Guevara, que por él sufria.

Y en el hijo de su hermano, que era su víctima inocente.

Y en Margarita de Cienfuegos...

¡Margarita!...

¿Aún la amaba don Iñigo?

Mucho más que el dia anterior.

Con razon sobrada habia calificado aquella pasion de fatal, pues era su castigo.

La noble doncella no debia ser ya para el caballero más que un demonio; pero un demonio que lo fascinaba, un demonio tentador á cuya influencia era imposible sustraerse.

—Es el mismo Satanás,—murmuró el señor de Covadonga, pensando en doña Margarita.

Empero luego añadió:

—De Satanás estoy enamorado, mi alma es de Satanás y tengo el infierno dentro del corazon.

No exageraba el caballero al hablar de su amor desdichado.

No sabemos por qué se le ocurrió tambien pensar en el marqués de la Cruzada, y como si aún no fuese bastante lo que ya sufria, sintióse horriblemente atormentado por los celos.

—¡Lo mataré!—exclamó don Iñigo.—Así haré sufrir á doña Margarita y yo me complaceré en terminar la existencia del que es un estorbo á mi felicidad. Puede la fortuna volverme la espalda; pero, ¿qué me importa?... Si muero, acabaré de sufrir.

El señor de Covadonga recobró toda su energía, llamó á sus criados y mandó que le trajesen su mejor ropa y que le sirviesen el almuerzo.

Dos horas despues salia de su casa.

CAPITULO LXV.

La provocacion.

No sabemos si doña Margarita habia previsto que el señor de Covadonga debia pensar en el marqués de la Cruzada, y pensar como se piensa siempre en los rivales.

Lo que fray Fulgencio hiciese no tenia nada que ver con el jóven marqués de la Cruzada, y por consiguiente don Iñigo no se detuvo y se dejó arrebatar por la ira.

Antes de quince minutos encontrábase frente al amante de la noble doncella, lo saludaba cortesmente y le decia:

—Caballero, tal vez os sorprenda mi visita.

—No,—respondió sencillamente el marqués.

—¿Me esperábais?

—Sí.

—Eso es incomprensible para mí.

—Despues de lo que anoche sucedió...

—¡Vive el cielo!...

—¿De qué os admirais?

—¿Acaso sabeis?...

—Todo lo sé, puesto que tomé parte en la intriga.

El rostro de don Iñigo enrojeció como si fuese á brotar la sangre.

Nunca se habia sentido su orgullo herido tan profundamente.

Su rival, aquel rival á quien odiaba, se habia gozado la noche anterior, se habia reido al ver que el señor de Covadonga representaba el papel más triste y más ridículo.

Tal fué la agitacion de don Iñigo, que en algunos minutos no acertó á pronunciar una palabra.

El jóven marqués, con la mas perfecta calma, prosiguió diciendo:

—Tuve el honor de acompañar á doña Margarita cuando fué á vuestra casa.

—¡Oh!...

—Os seguí hasta palacio.

—Basta, basta...

—Me tomé la molestia despues de dar algunas órdenes para que mis criados os llevasen á vuestra casa y os colocasen en el umbral de la puerta.

—Señor marqués, despues de todo eso comprendereis que no cabemos los dos en el mundo.

—Por mi parte declaro que no me estorbais.

—Amo á doña Margarita.

—Amadla en buen hora.

—¡Caballero!...

—Yo la amo tambien, y precisamente por eso debo alegrarme de que no la mireis con ódio.

—Soy vuestro rival.

—¡Ilusiones!... ¡Mi rival!... No lo sois mientras doña Margarita no os corresponda.

—Os aborrezco,—dijo don Iñigo fuera de sí.

—Reconozco que teneis sobrada razon para aborrecerme, puesto que á mí me sucederia lo mismo si me encontrara en vuestro lugar.

—Si no os estorbo, vos me estorbais.

—Lo siento.

—Me habeis ofendido.

—No lo niego, señor de Covadonga, porque yo acepto la responsabilidad de todas mis acciones.

—Me debeis una satisfaccion...

—Pero no os la daré.

—¿Os negareis á desenvainar la espada?

—Si he de cruzarla con la vuestra, no la desenvainaré, porque el descendiente de los marqueses de la Cruzada no puede hacer tanto honor á un miserable bandido.

El señor de Covadonga rugió como un tigre.

—Con los ladrones, con los asesinos se entiende el verdugo.

—Públicamente os llamaré cobarde y os escupiré al rostro...

—Y yo á los que presencien el ultraje, les diré: «Apoderaos de ese hombre, que es un criminal y la justicia lo reclama.» Y esta acusacion la justificaré con do-

cumentos, con pruebas incontestables, y el verdugo no tardará en darme cumplida satisfaccion, y el mundo me respetará mas que ahora. ¿Cómo habeis podido imaginar que un caballero como yo se rebaje hasta el punto de batirse con un miserable asesino?

El señor de Covadonga, sin darse cuenta de lo que hacia, llevó su diestra convulsa á la empuñadura de su espada.

Centellas de ira escapáronse de sus ojos.

—Mirad lo que haceis,—dijo el marqués.

—Os obligaré á defenderos...

—Me obligareis á llamar á mis lacayos para que á latigazos os arrojen de aquí.

Imposible es pintar la agitacion de don Iñigo.

Púsose en pié, movióse desconcertadamente y volvió á rugir sin articular una sílaba.

Su situacion no podia ser mas horrible, doblemente horrible si se tiene en cuenta su carácter, su orgullo y todas sus circunstancias.

El marqués de la Cruzada se levantó tambien y dijo:

—Señor de Covadonga, no me provoqueis... Salid.

Y sin pronunciar una palabra mas, dió algunos pasos, levantó una cortina y desapareció.

El primer impulso de don Iñigo fué seguir á su rival; pero se contuvo.

Al provocar aquel lance buscaba un consuelo de que acababa de verse privado.

Si publicamente ofendia al marqués, éste lo acusaria públicamente tambien.

Y al hacer la acusacion, presentaria las pruebas, puesto que estaban en poder de doña Margarita.

Salió de la casa el caballero.

Sentíase trastornado por la ira.

—¡Oh!—murmuró con voz ronca.—Torpe ha sido el fraile, pues si en vez de tres millones me hubiera pedido cuanto poseo, se lo habria dado y mi alma tambien á trueque de ver convertidos en cenizas los documentos que prueban mis crímenes... Ahora sufriré, devoraré en silencio mi rabiosa ira; pero cuando hayan desaparecido esas pruebas horribles, mal que pese á mi rival, tendrá que batirse conmigo y lo mataré, porque quiero matarlo, lo mataré, porque no es posible que Lucifer me abandone en los instantes más supremos de mi vida.

Volvió don Iñigo á su casa, dejóse caer en un sillon y quedó inmóvil.

Media hora despues se le presentó un criado.

—¿Qué buscas?—le preguntó el caballero con áspero tono.

—Acaba de llegar un donado del convento de Capuchinos...

—Que entre, que entre.

Pocos momentos despues se presentó el donado, y saludó humildemente al señor de Covadonga.

Este preguntó:

—¿Me traeis alguna carta?

—Solamente un recado, que procuraré dar con exactitud.

—Decid.

—El muy reverendo padre Fulgencio me ha dicho es-

tas palabras: «Ireis á casa del noble caballero don Iñigo de Covadonga, le preguntareis por su salud y le hareis presente que, á Dios gracias, la mia es buena y que por consiguiente puede estar completamente tranquilo.»

—¿Nada más?

—Nada, caballero.

—Pues de mi parte podeis decir al padre Fulgencio que le agradezco su atencion.

—Así lo haré, y si otra cosa no tiene que mandarme vuestra señoría...

—Gracias.

—Que el Omnipotente haga dichoso á vuestra señoría.

El donado salió.

—¡Ah!—exclamó el caballero.—El primer golpe lo hemos parado... Puedo respirar, he ganado tiempo... ¿Quién sabe lo que sucederá el dia de mañana?... Aún puedo triunfar.

Meditó.

—A palacio,—dijo despues de algunos minutos.

Llamó á su ayuda de cámara y pidió unos guantes nuevos.

Iba á ver á doña Margarita.

Tal vez iba á encontrarse con Felipe, aunque no tenia seguridad de que este hubiera vuelto á la morada real, porque era muy poco lo que le habia dicho el fraile de lo sucedido en el convento la noche anterior.

Cuando fray Fulgencio habia enviado á decir al caballero que estuviese tranquilo, debia ser porque ya tenia la seguridad completa de que Felipe no haria uso por entonces de los terribles documentos.

¿De qué medios se habia valido el astuto fraile?

Fácil es adivinarlo; pero sobre este punto daremos oportunamente las más detalladas explicaciones y acabará de convencerse el lector de que la situacion no era tan risueña como habia parecido á nuestros amigos.

Don Iñigo de Covadonga llegó á la morada real precisamente cuando los salones estaban llenos de cortesanos.

CAPITULO LXVI.

Otra vez el rey niño.

Casi toda la noche la pasaron conferenciando secretamente la reina, Felipe, doña Margarita, Marcelo y el marqués de la Cruzada.

Sus opiniones eran distintas; pero concluyeron por estar de acuerdo todos, pues á ninguno de ellos se les ocultaba que habia tantas ventajas como peligros en descargar desde luego el último golpe contra don Iñigo de Covadonga.

Aún no habia podido averiguarse el paradero de Angélica, y nada tampoco se sabia de la suerte de la infeliz y virtuosa mujer que habia servido de madre á Felipe.

Fácilmente podian anonadar á fray Fulgencio; pero tambien éste con mucha facilidad podia vengarse y acabar con la existencia de María, y aun quizá con la de Angélica de Guevara.

Era preciso continuar disimulando y luchar todavía, si bien la situacion de nuestros amigos era ya mucho más ventajosa.

A las siete de la mañana llamó doña Isabel á una de sus doncellas y le dijo:

—Pregunta si ha despertado el rey.

La doncella obedeció, volviendo á los pocos minutos para responder afirmativamente.

—Pues vuelve á la cámara de su majestad y que se le diga que mi paje Felipe desea tener la honra de saludarlo.

La doncella abrió desmesuradamente los ojos y fijó en su señora una mirada de estupor.

—¿No me has entendido?—preguntó la reina.

—Creo que vuestra majestad ha dicho que Felipe...

—Eso es.

—Bien, bien.

—¿Ignoras que mi paje ha vuelto á palacio?

—Perdone vuestra majestad; pero...

—Pronto lo vereis entre vosotras. No ha muerto ni tampoco ha dejado de ser lo que siempre ha sido.

La doncella, completamente aturdida, fué á la cámara del rey.

Este se concretó á responder:

—Puede Felipe venir cuando quiera.

Un cuarto de hora despues no se hablaba en la morada real de otro asunto que de la aparicion del travieso paje.

Todos hacian comentarios; pero nadie pudo adivinar la verdad.

A las siete y media, el sobrino de el señor de Covadonga, lujosamente vestido y con peluca primorosamente peinada y empolvada de blanco, presentóse en la antecámara del jóven rey.

Levantaba el paje la cabeza con un si es no es de orgullo.

Sus negros y magníficos ojos brillaban como nunca.

Su rostro estaba pálido y se veian en él las señales del insomnio; pero esto nada tenia de particular.

Lo rodearon cuantas personas se encontraban allí, haciéndole demostraciones cariñosas y asediándolo á preguntas.

—¿De dónde sales?—le decian unos.

—¿Qué ha sido de tí?—le preguntaban los otros.

—Desapareces sin que nadie pueda adquirir noticias tuyas, y apareces cuando nadie te esperaba.

—No niegues que te has metido en intrigas demasiado graves.

—Cuidado, Felipe, que los que se mezclan en cierta clase de asuntos, tienen siempre los piés sobre una pendiente resbaladiza que puede conducirlos al abismo.

Y como todos hablaban casi á la vez, no le daban al paje tiempo para contestar.

El mancebo miraba á los unos y á los otros, sonreia y concluyó por decir:

—¿Quereis dejarme en paz?

—¿Y por qué no respondes?

—Tengo siete razones muy poderosas para no responder.

—Siete... Queremos conocerlas.

—Pues escuchad.

—Ya te escuchamos.

La curiosidad de todos se habia encendido, y deseaban conocer aquellas siete razones.

Felipe dijo:

—La primera razon que tengo para no contestar, es que no quiero, ¿lo entendeis bien?

—Ya no es menester que digas las otras seis.

—Pues ahora dejadme, porque su majestad me espera y no ignorais que al rey no puede hacérsele esperar.

—¿Has visto ya á la reina?—preguntó maliciosamente un gentil hombre.

—A mí no debiérais preguntármelo.

—¿Pues á quién?

—A la augusta esposa de su majestad el rey.

—Siempre has sido desvergonzado; pero ahora...

—Mas que nunca, os lo advierto lealmente.

—¿Sabes lo que se murmura?

—Lo sé todo.

—Dicen que don Alfonso de Guevara...

—Tiene una hija tan virtuosa como bella.

—La tuvo.

—Digo que la tiene, porque doña Angélica no ha muerto.

—Tú tambien...

—Sí, yo tambien acuso á don Iñigo de Covadonga de asesino y de ladron á pesar de los lazos de parentesco que nos unen.

—¿Has perdido el juicio?

—Sí, y por eso debeis dejarme.

Conocian todos demasiado bien á Felipe y sus palabras produjeron una verdadera conmocion.

Separóse el paje de los curiosos y pocos minutos despues se encontraba en presencia de Luis I.

No creas, lector, que iban á darse amplias explicaciones sobre todo lo sucedido.

El jóven se habia trazado una línea de conducta, se habia propuesto sér una vez siquiera verdadero hombre, y por nada del mundo cambiaría de resolucion.

Si el paje cometia la torpeza de dejarse llevar del sentimiento, debia considerarse perdido.

La situacion era muy delicada y para que terminase bien se necesitaba la experiencia, el talento, la astucia y la sangre fria del capuchino.

Felipe valia mucho, pero era un niño al fin y no podia valer tanto como fray Fulgencio.

El continente de Luis I, era aquella mañana majestuoso como nunca.

El rostro y la actitud de Felipe no expresaban mas que respeto.

Entró en la cámara, saludó sin olvidar el más leve detalle de la etiqueta y quedó inmóvil.

—Bien venido seas,—dijo con voz tranquila el monarca.

—Gracias, señor.

—¿Cuándo has vuelto á palacio?

—Anoche.

—¿Y por qué no has hecho que nos pasen aviso?

—Vuestra majestad dormia y además yo no me encontraba convenientemente vestido.

El monarca guardó silencio y fijó en el paje una mirada escudriñadora.

Este, mostrándose siempre esclavo de las leyes de la etiqueta, esperó á que se le preguntase.

—Te ausentaste sin nuestra licencia,—dijo el rey despues de algunos minutos.

—Señor, cometí una gràve falta y vengo á implorar el perdon de vuestra majestad.

—¿Dónde has estado?

—En el convento de Capuchinos de la Paciencia donde me refugié trastornado por el dolor.

—¿Acaso no eras feliz?

—Ni todavía lo soy, aunque mi situacion ha mejorado mucho.

Como se vé, la conversacion la habia colocado el rey en el terreno puramente ceremonioso y Felipe tuvo el talento de no permitirse la más ligera libertad.

—¿Y qué has hecho en el convento de Capuchinos?

—Entré como novicio, enfermé, he recuperado la salud, he pedido á Dios que me favorezca y ya me encuentro màs tranquilo.

—Queremos conocer los motivos de tu desgracia.

—Estoy enamorado,—dijo sencillamente el paje.

—¿Y quién es el objeto de tu amor?

—Doña Angélica de Guevara.

—¡Oh!... Doña Angélica dejó de existir, y por consiguiente tus aspiraciones àmorosas son un imposible.

—Yo, lo mismo que todos, creí que doña Angélica habia muerto, y en mi desesperacion huí del mundo, anhelando la muerte tambien; pero despues he sabido

que doña Angélica vive, aunque ha desaparecido y nadie sabe donde se encuentra, sufriendo así la misma suerte que Maria la honrada mujer que me ha servido de madre.

Se arrugó el entrecejo del monarca; pero con la misma frialdad que antes, dijo:

—Has tenido ocasion de conocer á fray Fulgencio.

—Demasiado bien, señor.

—Mientras tú has estado en esa santa casa, la murmuracion ha dicho cosas muy grandes.

—No ignoro que han acusado á mi tio de asesino y de ladron.

—¿Y quién es tu tio?—preguntó con fingida extrañeza el rey.

—El hermano de mi noble padre, á quien Dios haya dado gloria.

—¡Tu padre!... Siempre has ignorado quién lo fué.

—Ahora no lo ignoro.

—¿Cómo se llamaba?

—Don Felipe de Covadonga, que murió en Méjico, sirviendo honrada y lealmente á su pátria y al augusto padre de vuestra majestad.

Hubiérase creido que el monarca iba á hacer muchas preguntas sobre este punto: pero como si se tratase del asunto mas sencillo, se concretó á decir friamente:

—Si eres hijo del difunto don Felipe de Covadonga, tienes mucho que agradecer á la fortuna.

—Muy agradecido estoy al Omnipotente.

—No teníamos noticia de que don Felipe se hubiera casado.

—Se unió con doña Luisa de Benavente, recibiendo la bendicion nupcial del cura de la parroquia de San Justo.

—¿Murió tu madre?

—Murió antes de recibir la noticia de la muerte de mi padre.

—¿Y quién te ha dado á conocer el secreto de la resurreccion de Angélica de Guevara?

—Un hombre que se llama Marcelo.

—¿Dónde lo has visto?

—Fué á buscarme al convento, allí lo encerraron y anoche hemos conseguido los dos recuperar nuestra libertad.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Por de pronto no me ocuparé mas que en servir á vuestras majestades.

—Eso me agrada.

—Vuelvo á suplicar á vuestra majestad que me perdone siquiera en gracia de lo mucho que he sufrido.

—Estás perdonado.

—Señor...

—¿No tienes mas que decirnos?

—Nada mas.

—Puedes retirarte.

Felipe hizo una profunda reverencia, y andando hácia atrás se dirigió á la puerta de la cámara.

Cuando iba á salir le dijo el rey:

—Escucha.

El paje se detuvo.

—Algunas veces los niños,—dijo Luis I,—tienen ne-

cesidad de ser hombres. Cuida de serlo si te encuentras en ciertas circunstancias, porque si cometes la torpeza de dar un golpe en falso, te perderas para siempre.

—Prometo á vuestra majestad que he de ser hombre, tan hombre como el más experimentado.

—Ya sabes que te distinguimos con nuestra estimacion.

—Vuestra majestad me honra más de lo que merezco.

—Adios, buen Felipe,—dijo el monarca, sonriendo benévolamente.

El paje salió.

La frente de Luis I se contrajo.

Cubrióse su rostro de palidez nerviosa.

—¡Oh!—murmuró con voz reconcentrada.—Esto es horrible, verdaderamente horrible; pero aunque no sea más que una vez en mi vida probaré que valgo tanto como cualquier hombre y haré justicia.

Púsose en pié el monarca, cruzó los brazos y empezó á pasearse.

Diez minutos despues se sentó junto á una mesa y empezó á escribir.

No nos creemos autorizados para leer lo que escribia, y como otra cosa no tenemos que hacer en la régia cámara, saldremos para ir en busca de don Iñigo de Covadonga, á quien dejamos cuando penetró en la morada real.

CAPITULO LXVII.

La situacion de don Iñigo.

Don Iñigo de Covadonga advirtió que todas las miradas se fijaban en él como se fijan en lo que algo tiene de raro.

Esto debia suceder despues de la inesperada aparicion del paje y de cuanto se habia dicho sobre Angélica de Guevara.

Las miradas de los palaciegos desagradaron mucho al señor de Covadonga, que por algunos minutos se sintió bastante turbado.

Parecíale que todos le acusaban, y hubo momentos en que se sintió impulsado á retroceder y huir.

Pero hizo un esfuerzo, saludó á los que más cerca tenia, y de todos recibió afectuosos saludos.

Esto empezó á tranquilizarlo.

Su mirada se dirigió á todos lados, como si buscase á determinadas personas.

De repente cambió su rostro de expresion, enrojeciendo y brillando intensamente sus ojos.

Acababa de ver á doña Margarita de Cienfuegos, que más alegre que nunca, hablaba con unos y con otros y reia sin cesar.

A don Iñigo de Covadonga le pareció que la noble doncella estaba aquel dia mucho más encantadora que los anteriores.

Tal vez el júbilo de que estaba poseida, embelleció á la fiel amiga de Felipe.

Latió con desigual violencia el corazon del caballero.

El infeliz, porque lo era mucho, sintió como si una corriente de fuego circulase por sus venas.

Por aquella mujer habia sido engañado; aquella mujer le habia hecho representar el papel más triste y más ridículo, y como si esto no fuese bastante, habíase apoderado de los documentos que probaban los crímenes de don Iñigo.

Y sin embargo, don Iñigo la amaba como nunca.

¿Cómo se explica esto?

No sabemos explicarlo, ni tampoco acertaba á comprenderlo el señor de Covadonga.

La causa nos importa poco, pues en aquella situacion lo que tenia interés eran los resultados.

¡Qué magníficos, qué fascinadores eran aquella mañana los ojos de Margarita!

¡Qué tentadores eran sus lábios!

El señor de Covadonga se extremeció convulsivamente y apretó los puños sin consideracion á sus guan-

tes finísimos, ni á los vuelos de riquísimo encaje que rodeaban sus muñecas.

Por fortuna suya, Margarita dió algunos pasos y quedó oculta en el hueco de un balcon.

El señor de Covadonga se pasó la diestra por la frente, y volvió la cabeza á otro lado.

Su rostro, rojo como el carmin, tornóse pálido como la cera.

Dos arrugas se marcaron en su entrecejo.

Contrajéronse violentamente sus lábios.

Acababa de ver á Felipe, que tambien hablaba y reia como la criatura mas dichosa.

—¡El paje!—exclamó don Iñigo sin poder contenerse.

—No os equivocais,—dijo un caballero que á su lado se encontraba.

Volvióse el señor de Covadonga y miró al que le hablaba.

—Sí, es el travieso Felipe, que desapareció sin que nadie supiera adonde habia ido, y que ahora se presenta sin que nadie sepa cómo. Allí lo teneis, charlatan como siempre y mas que nunca desvergonzado, segun él mismo asegura. Ha visto á su majestad; pero nadie sabe lo que han hablado; pero es lo cierto que ese niño tiene licencia para hacer cuanto se le antoja.

—¿Desde cuándo se encuentra en palacio?—preguntó don Iñigo con voz insegura.

—Desde hace algunas horas. ¿Cómo os explicais todo esto?

—No lo sé, ni me importa.

—Su presencia ha recordado lo que se murmuró de doña Angélica de Guevara.

—¡Angélica!...

—Fué vuestra prometida, ¿no es verdad?

—Ya he olvidado eso,—replicó ásperamente el señor de Covadonga.

El otro, que era hablador en demasía, prosiguió diciendo:

—Y otra vez aseguran que está viva la hija de don Alfonso.

—Tanto mejor para su padre.

—Pero si vive vos teneis derecho á su mano.

—No la quiero.

—Señor de Covadonga, parece que hoy no estais de buen humor.

—¿No os ha parecido algunos dias que todo es desagradable?

—Sí, y eso dicen los médicos que es efecto de la bilis.

—Pues bien, la mia está sin duda demasiado exaltada.

—Lo siento por vos.

—Sentidlo tambien por el impertinente que se me ponga delante.

El palaciego se encogió de hombros y se alejó para buscar otra persona que estuviera de mejor humor.

Don Iñigo volvió á fijar la mirada en Felipe.

Es imposible explicar lo que sintió.

Tampoco puede darse idea de sus sombríos pensamientos.

Allí estaba el hijo de su hermano, su enemigo mas temible, el que podia aniquilarlo con solo pronunciar algunas palabras y presentar unos pedazos de papel.

—No puedo mas,—murmuró el señor de Covadonga.

Y volviéndose, dirigióse hácia donde estaba doña Margarita de Cienfuegos.

La noble doncella acababa de separarse de los galanteadores que la asediaban.

—Señora,—le dijo don Iñigo á media voz,—es preciso que hablemos.

Margarita miró de piés á cabeza al caballero y luego respondió:

—Señor de Covadonga, yo no escucho mas que á los hombres honrados.

—¡Oh!...

—Tenedlo así entendido para siempre.

—Pensad que puedo concluir con vuestra reputacion...

—Hablad y yo hablaré, referid el suceso de anoche, y por si algun detalle se os olvida, yo los daré á conocer todos y mis palabras las justificaré con documentos irrecusables.

El caballero no pudo articular una sílaba.

Su rostro se tornó lívido.

Doña Margarita se alejó.

Cinco minutos despues y como si él mismo se empeñase en hacer mas horrible su tormento, acercóse á Felipe.

—Guárdeos Dios, señor de Covadonga,—dijo el paje con alegre tono.—Otra vez me teneis en palacio: me

perdí y ya he parecido. Los curiosos se empeñan en adivinar por qué me fuí, adonde y por qué he vuelto, y yo les digo que tal vez vos podreis sacarlos de dudas.

—Lo que deseo,—replicó el caballero,—es que hablemos á solas, porque tenemos que tratar de un asunto muy grave.

—Pues ya os escucho.

—Aquí no estamos bien.

—Entonces hablaremos otro dia, cuando me lo permitan mis ocupaciones, pero entretanto os daré una noticia muy agradable.

—No te he preguntado...

—No es menester que me pregunteis para que yo os diga que tengo pruebas de que vive vuestra prometida Angélica de Guevara.

—Cuidado, rapaz, que mi paciencia tiene sus limites.

—Tambien deseo que sepais que ya he conseguido averiguar quién fué mi padre.

—¡Oh!...

—Tengo derecho á un nombre ilustre,—añadió el audaz Felipe, levantando la voz para que todos lo oyesen.

Muchos de los que estaban por allí se acercaron, pues las palabras del mancebo eran para picar la curiosidad del más indiferente.

Comprendió entonces el señor de Covadonga que estaba cometiendo una torpeza, y sin detenerse un instante, se alejó.

A los pocos minutos salia del palacio real.

Su frente se abrasaba.

¿Debia creer que el fraile no habia cumplido su promesa?

Quiso salir de dudas y se dirigió al convento de Capuchinos.

Fray Fulgencio acababa de salir del coro y se encontraba en su celda.

Su mirada penetrante se fijó en el caballero.

Luego desplegó una leve sonrisa, se encogió de hombros, y como si adivinase todo lo que habia sucedido, dijo con indiferencia:

—Está visto, no servís más que para intrigas de cierta clase. Teneis valor para clavar un puñal; pero os falta sangre fria, y sobre todo habilidad.

—Tambien me falta calma para escucharos,—replicó el señor de Covadonga sin poder contenerse.

—En ese caso no se comprende por qué venís á buscarme.

—Me obliga la necesidad.

—Que es lo mismo que decir que me odiais; pero que disimulais porque así es preciso.

Don Iñigo se dejó caer en una silla.

—Me parece,—dijo,—que me debeis una explicacion.

—Tal vez.

—Esta mañana he recibido un recado vuestro.

—Supongo que os lo habrán dado con exactitud, porque la persona á quien hice el encargo sabe cumplir su deber.

—Se me dijo que me tranquilizase, porque vuestra salud era perfecta.

—¿Y eso?...

—Entendí que ya habíais cumplido la primera parte de vuestro ofrecimiento y que por el pronto ningun peligro me amenazaba.

—No os equivocásteis, señor de Covadonga.

—Sin embargo...

—Perdonad,—interrumpió el fraile.

—¿Qué quereis?

—Supongo que habeis cometido mas de una locura y mas de una torpeza, y sino teneis bastante fuerza de voluntad para dominaros, de nada me es posible responder. Si vos habeis de arreglar este asunto, para nada me necesitais y hemos concluido, y si he de hacerlo yo, dejadme en completa libertad ó por lo menos no vayais á deshacer lo que yo hago.

—¡Padre!...

—¿Con quién habeis hablado?

—Fuí á ver al marqués de la Cruzada, á mi rival, porque lo aborrezco, y esto nada tiene que ver con los derechos de mi sobrino.

—Y el marqués de la Cruzada, que debe haber tomado parte en esta intriga, os habrá respondido que no puede cruzar su espada con la de un criminal que pertenece al verdugo.

—¡Oh!...

—Esto es lógico, caballero, y si hubiérais reflexionado, os habríais evitado un gran disgusto.

—No os equivocais,—dijo el señor de Covadonga inclinando la cabeza.

—¿Y luego?

—Fuí á palacio.

—Sino habeis cometido la torpeza de dirigir la palabra á doña Margarita...

—Era para mí una necesidad echarle en cara su ruin proceder.

—Estais trastornado, don Iñigo... Doña Margarita os habrá contestado poco mas ó menos lo mismo que el jóven marqués, y si habeis concluido por dirigir la palabra al paje...

—¡Vive el cielo!...

—Se habrá burlado de vos, ¿no es verdad? Os habrá hablado de su dicha, de doña Angélica de Guevara, de su ilustre nombre y gran fortuna...

—¿Sois adivino?

—Para adivinar esto no se necesita más que saber discurrir.

—Bien, padre, pero mis dudas son las mismas.

—¿Y en qué consisten?... Aún no lo habeis dicho.

—¿Habeis hablado con el paje?

—Eso no os importa.

—¡Que no me importa!...

—Lo único que os interesa saber es si vuestro sobrino piensa hacer uso de los documentos que habeis dejado que os roben.

—Es igual.

—¿No os he dicho ya que por ahora podeis estar tranquilo?

—Sí.

—Pues entonces tranquilizaos: pero no os acerqueis á doña Margarita de Cienfuegos, ni al paje ni al marqués de la Cruzada, ni á vuestro amigo don Alfonso, ni á na-

die que mas ó menos directamente entienda ó haya entendido en este asunto, pues de otro modo repito que de nada puedo responder. Si haceis lo que os digo, nadie os molestará.

—Pero es que sufro mucho.

—¿Y por qué?

—Esta pasion fatal que enciende mi pecho...

—Si yo fuese una mujer bella podria consolaros.

—¿Os burlàis?

—Quien de vos se ha burlado es doña Margarita y la amais como nunca.

—¡Irà de Satanás!...

—Cuidado, hermano.

—Me parece que todos me acusan con sus miràdas, y las miradas de todos pesan sobre mí, como si el horizonte se aplanase para hundirme en el abismo.

—Eso podrá ser efecto de la conciencia, y tampoco puedo ofreceros consuelo alguno. De vos no se dice hoy más de lo que ayer se decia. Por algunos se ha puesto en duda vuestra honradez, pero es la verdad que el mundo no ha fallado, porque le faltan pruebas.

—Pero es el caso que entretanto yo...

—¿Os falta el valor?... Si es así, no intenteis sostener la lucha, recoged algun dinero y alejàos de España.

—¡Declararme vencido!...

—Eso es.

—¡Dejar en paz al marqués de la Cruzada!...

—Para que sea dichoso con doña Margarita.

—Y que el hijo de mi hermano disfrute ahora las riquezas que me han costado tantos sacrificios...

—Sí.

—¡Jamás, jamás!

—Entonces...

—Lucharé, padre, lucharé.

—Como mejor os parezca,—repuso el fraile cuya calma no se habia alterado un momento.

—El valor me sobra.

—Lo veremos.

—¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—Dispuesto me teneis á cumplir lo prometido.

—Yo tambien lo cumpliré.

—¿No teneis mas que decirme?

—Nada mas.

—Pues escuchadme.

—¿Qué quereis?

—Dentro de ocho dias seré elegido superior de esta comunidad.

—Os felicito.

—Inmediatamente se os reclamarán los ciento cincuenta mil duros.

—Los entregaré en oro segun lo estipulado.

—Y los otros veinticinco mil...

—Pero...

—Ocho dias es plazo suficiente para que quedeis convencido de que el paje no piensa por ahora hacer uso de sus derechos.

—Está bien.

—Ahora os ruego que me dejeis, porque mis sagrados deberes me reclaman.

El señor de Covadonga se puso en pié.

—Conviene,—dijo el fraile,—que no me hagais muchas visitas.

—Descuidad.

—Vuestro sobrino sabe demasiado bien á qué atenerse con respecto á mí, y por consiguiente...

—Comprendo.

Salió el señor de Covadonga y volvió á su casa.

No lo atormentaba su conciencia; pero tenia miedo á pesar de las palabras tranquilizadoras del capuchino.

Desde que los documentos estaban en poder de Felipe, era imposible que don Iñigo tuviera reposo.

Al fin fray Fulgencio era un hombre que podia equivocarse. Verdad es que hasta entonces habia triunfado; pero bien podia suceder que en los instantes más críticos fuese vencido por sus adversarios.

Haciéndose estas reflexiones y pensando á la vez en los fascinadores ojos de doña Margarita de Cienfuegos, pasó el señor de Covadonga todo el dia.

Cuando cerró la noche salió de su casa sin permitir que lo acompañase ninguno de sus criados.

Recorrió muchas calles sin darse cuenta de lo que hacia.

Con avidez aspiraba el aire fresco de la noche.

A la una de la madrugada volvió á su vivienda.

A la mañana siguiente y cuando el alba empezó á sonreir, dos poderosas mulas con dos ginetes salieron del convento de Capuchinos de la Paciencia.

Los ginetes eran un fraile y un donado.

No necesitamos decir que el fraile se llamaba fray Fulgencio.

¿A dónde iba?

Sospechamos que se encaminaba al real sitio de San Ildefonso.

La situacion debia complicarse y llegar á ser muy pronto verdaderamente horrible.

Cuando fray Fulgencio se habia decidido á viajar, algun nuevo golpe meditaba.

CAPITULO LXVIII.

Felipe busca.

Aún no podia Marcelo presentarse al rey, y permaneció oculto en la habitacion del paje.

A las doce y media reuniéronse ambos para conferenciar.

El rostro del mancebo no expresaba ya la alegria, sino la más profunda tristeza y el dolor.

Natural era que sucediese así.

Felipe no era dichoso, ni podia serlo mientras no encontrase á la virtuosa mujer que lo habia criado, y á la que amaba como puede amarse á una madre.

Seguro estaba el paje de averiguar el paradero de Angélica; pero como no era egoista no podia considerarse feliz con la realizacion de su amoroso anhelo.

¿Habian respetado la existencia de María?

Era de suponer que sí; pero como sobre este punto

no habia prueba alguna, las dudas atormentaban horriblemente al paje.

Y aunque María viviese, debia sufrir mucho, no solamente por lo penoso de su situacion, sino porque la mortificaria la idea de que el mancebo continuaba en el convento de Capuchinos ignorando que vivia la hija de don Alfonso de Guevara y siendo desgraciado cuando podia ser dichoso.

Para encontrar á la bellísima Angélica contaba Felipe con la casualidad que le habia proporcionado ocasion de conocer al sacristan del convento donde habian encerrado á la jóven, pues el lector recordará que cuando el pobre Crisanto estuvo en la celda de fray Fulgencio, fué espiado por Felipe; pero para encontrar á María, ninguna casualidad se habia presentado á favorecer á nuestros amigos.

La virtuosa mujer no habia dejado huella alguna ni habia ningun indicio que pudiera conducir al esclarecimiento de la verdad.

Al volver al convento de Capuchinos, encontróse María con dos hombres vestidos de negro: con ellos habló y con ellos se fué.

Esto era cuanto habia visto una vecina curiosa sin que pudiera decir más, y esto era bien poco.

Nuestros amigos habian pensado si á consecuencia de una delacion falsa habrian encerrado á María en la Inquisicion: pero bien pronto debian convencerse de que no habia sucedido semejante cosa.

Amenazar al capuchino era equivalente á darle motivo para que se gozase en su triunfo. Por el contrario

el astuto fraile era el que amenazaba con tener encerrada á María, y con algo más si el paje hacia uso de sus derechos para recobrar su ilustre nombre y su herencia.

Ya vamos viendo que la situacion no era para nuestros amigos tan risueña como parecia cuando doña Margarita de Cienfuegos consiguió engañar al señor de Covadonga y apoderarse de los papeles.

Verdad es que para don Iñigo no era tampoco la más agradable aquella situacion angustiosa de dudas horribles, de temores incesantes; pero su tormento no aliviaba el de sus nobles é inocentes víctimas.

Contempláronse por algunos momentos Marcelo y Felipe.

Este desplegó una sonrisa desgarradoramente amarga, y dijo con acento irónico:

—Ya hemos triunfado, puesto que en nuestro poder se encuentran los deseados papeles, y como hemos triunfado, debemos considerarnos felices.

—No me direis eso para echarme en cara que yo me haya entregado á vanas ilusiones, pues en mi opinion ahora es cuando empieza la verdadera lucha, porque ahora nos conocemos todos y sabemos á qué atenernos.

—¿Qué hemos de hacer, amigo mio?

—Trabajar sin descanso,—respondió Marcelo con su calma inalterable.

—¡Trabajar!... ¡Oh!... ¿Y quién me responde entretanto de la vida de esa infeliz á quien considero mi madre? De fray Fulgencio debe esperarse todo, hasta lo más horrible. Ya habeis visto lo que ha hecho hoy.

—Sí, con un cinismo sin igual ha venido á buscarme,

y como si se hablase del asunto más indiferente nos ha hablado de la infeliz María, y como él dice os ha dado prudentes consejos.

—¡Aún me amenaza ese miserable!...

—Puede hacerlo, porque aún le sobran armas para herir, y no se considera vencido.

—Pero si ha tomado el dinero que don Iñigo le ofrecia á cambio de los papeles, ¿qué interés puede tener ya en este asunto?

—El señor de Covadonga le habrá ofrecido más.

Guardó el paje silencio y empezó á pasearse por la habitacion.

—El tiempo pasa y se pierde,—dijo Marcelo despues de algunos minutos.

—Ya lo sé; pero...

—Debemos aprovecharlo para trabajar y no para lamentarnos de nuestra desgracia.

—¿Pero es posible hacer algo?—replicó Felipe con impaciencia.

—Medios teneis para averiguar en qué convento han encerrado á la hija de don Alfonso.

—¿Y María?

—Todo no puede hacerse á la vez.

—¡Vive el cielo!...

—Si perdeis la calma todo se perderá. Hace diez y siete años que espero, y algunos dias, algunos meses más...

—Os miro con envidia.

—Cuando tengais mis años y hayais sufrido tanto como yo...

—Esperaré;—dijo Felipe con acento de forzada resignacion.

—¿No habeis visto la mano Omnipotente en todo lo que ha sucedido?

—Sí.

—Pues si teneis fé, Dios no nos abandonará.

—Voy á recorrer todos los conventos de monjas de de Madrid, y cuando encuentre á ese sacristan que se llama Crisanto y cuyo rostro está grabado en mi memoria...

—¿Qué hareis entonces?

—Sin miramiento alguno...

—Cometereis alguna locura, ¿no es verdad? Valeis mucho; pero teneis pocos años, y sino sabeis conteneros...

—¿Pues que he de hacer cuando encuentre á ese hombre?

—Sin perder un momento ireis á buscarme: luego dareis parte á la reina y á doña Margarita, y reflexionando detenidamente veremos lo que nos conviene hacer. Sin violencia salió de mi casa doña Angélica; la llevaron á un convento y allí permanece sin hacer nada para ponerse en comunicacion con sus amigos. ¿Cómo os explicais esto? Algo hay que no podemos adivinar, y Dios sabe si una ligereza puede costarnos muy cara.

—Recuerdo perfectamente cuanto el sacristan dijo á fray Fulgencio.

—Sí, ese hombre sencillo habló de sospechas de que la hija de don Alfonso estuviese loca, y segun se deduce de sus palabras, entró la infeliz en el convento, no como

hija de don Alfonso, sino en concepto de una mujer que tenia parte en intrigas de mucha importancia. Es probable que la superiora de la comunidad no sospeche siquiera quien es la infeliz puesta bajo su vigilancia.

—Y entretanto Angélica guarda silencio, parece que se resigna... ¿En qué consiste esto?

—Ya lo veis, no conocemos el fondo de la intriga, y por consiguiente debemos proceder con mucho cuidado. Cuando hayais conseguido averiguar de qué convento es sacristan ese hombre, dominaos y meditaremos como el caso requiere, pues un dia más ó ménos ninguna importancia tiene en nuestra situacion.

Convencióse Felipe de que eran prudentes los consejos de su buen amigo y respondió:

—Descuidad.

—Yo tambien saldré ahora de palacio, porque ya sabeis que no puedo permanecer aquí sin gran peligro.

—¿A dónde ireis?

—Por de pronto á la hostería de la calle de la Montera, y despues buscaré habitacion, puesto que me está prohibido volver á la casa de Tocame-Roque.

—¿Cómo os explicais la conducta del rey?

—Creo que hará justicia sin miramiento alguno; pero debemos ser muy reservados y no decirle una palabra sino cuando pregunte.

—Demos principio á nuestra obra.

No hablaron entonces más.

Salieron de la habitacion, atravesaron galerías y pasillos, y bien pronto se encontraron fuera de palacio.

Nadie se habia cuidado de Marcelo; pero en cambio

todas las miradas se fijaban con sorpresa y asombro en el desgraciado paje, á quien detenian á cada paso para hacerle preguntas sobre su desaparicion inexplicable y su aparicion inesperada.

Ya sabemos que sobre este punto no decia Felipe más que frases vagas.

En el Prado se separaron, tomando Marcelo hácia la calle de Alcalá y subiendo Felipe por la Carrera de San Gerónimo para entrar en el convento de Santa Catalina.

Principiaba sus pesquisas por el extremo opuesto de Madrid al que debiera haberlas principiado.

¡Pobre mancebo!

El sacristan del convento de Santa Catalina andaba por la iglesia apagando luces y disponiéndose á cerrar.

Era un hombre de sesenta años, de escasa estatura y bastante grueso.

No podia confundírsele con Crisanto.

—¡No es él!—exclamó Felipe con desaliento.

Y salió de la iglesia y siguió calle arriba para entrar en otro convento.

La hora no era la mas á propósito para sus investigaciones, puesto que todos los conventos estaban ya cerrados ó para cerrarse.

Tan aturdido se encontraba Felipe que no habia pensado en esta circunstancia; pero comprendiendo al fin que habia cometido una torpeza, tuvo que dejar para el siguiente dia su tarea penosa.

No era imposible conseguir lo que deseaba el paje; pero sí muy difícil, pues hay que tener en cuenta el cre-

cido número de conventos de monjas que en Madrid habia.

Principiando por el extremo Sur de la poblacion, necesitábanse algunos dias para visitar las iglesias de todos los conventos y llegar al de Maravillas que se encontraba en el extremo Norte.

No se volvió á palacio el mancebo, sino que vagó de calle en calle, pensando en sus desdichas y mirando á cuantos pasaban por si la casualidad le ponia delante al señor Crisanto.

Tres horas despues fué á la hostería donde encontró á Marcelo, que tambien habia andado mucho en busca de nueva vivienda.

Juntos comieron y se separaron al anochecer.

Nada tenian que hacer entonces ni los unos ni los otros, ó más bien nada les era posible hacer.

La noche anterior la habian pasado sin dormir, no habian descansado en todo el dia, y el sueño los rindió al fin.

Esto fué una felicidad, pues siquiera por algunas horas dejaron de sufrir, pudiendo así recobrar las fuerzas del espíritu y del cuerpo.

Don Iñigo de Covadonga durmió tambien profundamente, pues á pesar de todos sus temores, no podia sustraerse á las leyes de la naturaleza.

Pasó la noche.

Dejáronse ver los primeros rayos del sol, y Felipe, que ya se habia levantado, tomó su sombrero y salió de la morada real.

Sentíase reanimado y con fuerzas para todo.

Se habia despejado su cabeza y era ya lo que siempre habia sido.

Volvió á dar principio á sus averiguaciones.

Su desgracia quiso que continuase recorriendo las calles del Sur de la poblacion.

Penetraba en una iglesia, miraba á todos lados, y sino veia al sacristan, entraba en la sacristía.

Pocos instantes despues de hacer esto, unas veces con tristeza y otras con desesperacion, se le oia exclamar:

—¡No es él!

Y salia, dirigiéndose á otro templo.

Y así el desdichado anduvo hasta despues de las doce.

Se encontraba rendido.

Fué á buscar á Marcelo, hablaron de lo que tanto les interesaba y comieron juntos.

¡Otro dia perdido!

Y entretanto fray Fulgencio adelantaba hácia el Real sitio de San Ildefonso, y cuál era su intento, Dios y él lo sabian.

Un nuevo dia lució.

El jóven rey continuaba encerrado en su reserva.

La reina no salia de su habitacion sino á las horas de comer.

Asegurábase que todo el dia lo pasaba leyendo.

Verdad es que en las manos tenia un libro; pero nosotros sabemos que no leia.

Doña Margarita, al parecer, no se ocupaba más que de su amor y aprovechaba todas las ocasiones para es-

cuchar dulces palabras del jóven marqués y contestarlas con otras no ménos dulces.

Los cortesanos decian:

—Poco tiempo ha sonreido la fortuna á don Iñigo de Covadonga, pues la encantadora morena se entusiasma otra vez con su antiguo amante.

—Es una mariposa que vuela de flor en flor.

—Es una mujer inconstante.

—Pero tiene unos ojos...

—Dios nos libre de ella.

Nosotros sabemos á qué atenernos en cuanto á la constancia de doña Margarita, y el marqués de la Cruzada lo sabia tambien, estaba tranquilo y se consideraba completamente dichoso.

Felipe, que se impacientaba, no quiso aquella mañana dirigirse hácia el Sur, sino que se encaminó á Recoletos, entrando en el convento de San Pascual.

Desde allí subió por los derrumbaderos que ya han desaparecido y que iban á parar á la calle del Barquillo.

Contempló la célebre casa de Tocame-Roque, donde tantos recuerdos tenia, suspiró penosamente y entró en la calle de Belen.

—Segun aseguran los vecinos,—murmuró,—por aquí se alejaron los coches con Angélica, su padre y el capuchino.

En aquel barrio habia tambien muchos conventos de monjas de los que aún existen algunos.

En todos ellos fué entrando el paje, y de todos salia diciendo:

—¡No es él, no es él!

No habia encontrado un solo sacristan que ni siquiera se pareciese al señor Crisanto.

Y calle trás calle y sin saber cómo, encontróse junto al palacio de Monteleon.

Frente á este se levantaba el convento de Maravillas derribado hace poco tiempo para regularizar la plaza en cuyo centro ha quedado el sencillo pórtico que recuerda uno de los hechos más gloriosos para nuestra patria.

Eran ya las diez y media.

—Aquí,—dijo Felipe.

Y entró en la pequeña Iglesia, que es la única parte del edificio que no se ha derribado.

No habia en el templo más que tres ó cuatro personas.

El sacristan no andaba por allí.

Felipe se santiguó y permaneció inmóvil algunos momentos.

Luego volvió la cabeza á todos lados.

Su mirada se fijó particularmente en el coro pareciéndole distinguir, aunque confusamente alguna monja arrodillada tras la doble reja.

Sin que supiese por qué, sintió el mancebo que su corazon se oprimia.

Exhaló un suspiro.

De buena gana hubiera permanecido allí más tiempo, pero le era preciso aprovechar los minutos.

Atravesó la iglesia y entró en la sacristía.

Allí estaba el anciano sacerdote; pero no el sacristan.

Volvió á salir el mancebo, colocándose á un lado del

altar mayor para que le fuese más fácil examinar la iglesia y mirar á la vez á la reja del coro.

Este parecia ser entonces el objeto preferente de su atencion.

¿Por qué?

El infeliz lo ignoraba.

Con desigual violencia palpitaba su corazon.

Más de una vez temblaron sus manos.

Sus mejillas enrojecian unas veces como si fuese á brotar la sangre, mientras que otras se cubrian de nerviosa palidez.

Acostumbrados sus ojos á la escasa luz del templo, pudo ver que la religiosa que en el coro habia movíase sin cesar.

—¡Si fuese Angélica!—murmuró Felipe.

Tal vez no se equivocaba.

CAPITULO LXIX.

Nuevas desdichas de Crisanto.

Tenemos que retroceder para pintar algunas escenas muy interesantes que habian tenido lugar en el convento de Maravillas.

Horrorizado de sí mismo y dominado por un terror profundo, separóse el infeliz Crisanto del astuto fraile, volviendo inmediatamente á su morada, metiéndose en su dormitorio y dejándose caer en su pobre lecho porque apenas podia sostenerse.

Creyó el infeliz que su cabeza iba á estallar.

¿Era verdad todo lo que habia dicho el fraile?

Verdad debia ser, pues solo así se explicaba la conducta de Angélica y cuanto sucedia con la reverenda madre y lo que habia pasado con el doctor Cebollino. Además un sacerdote como fray Fulgencio no podia mentir, á lo menos así lo opinaba el buen sacristan.

¡Enamorado de una gran señora!

Esto se habia repetido mil veces el señor Crisanto.

¿Empero habia concluido su amor?

No hubiera podido decirlo.

Entonces tenia miedo y nada mas.

La fiebre acabó de trastornarlo y cuando quiso levantarse no pudo.

El resto del dia, lo pasó en el estado más triste.

El padre capellan acudió en su auxilio, prodigándole toda clase de cuidados y esperando á que llegase el otro dia para llamar á un médico si el paciente no se mejoraba.

Afortunadamente la crísis tuvo un término feliz aquella noche y el sacristan se sintió mucho mas aliviado cuando llegó el nuevo dia.

De este suceso dió el sacerdote parte á la superiora y toda la comunidad supo que el sacristan se encontraba enfermo.

Mostraron tambien las buenas monjas el más vivo interés por la salud de Crisanto y preguntaron muchas veces si se mejoraba.

Otro dia pasó.

El sacristan pudo al fin dejar el lecho.

Su cabeza se habia despejado.

Sus fuerzas empezaban á renacer.

Lo primero que hizo fué entrar en reflexiones sobre la intriga que habia sido causa de su trastorno, examinando á la vez su corazon para saber si habia conseguido que su desdichado amor se extinguiese.

Sobre este punto empezó por dudar, pues si bien al

pronto creyó que no quedaban mas que cenizas de la hoguera devoradora de su pasion, cuando recordaba los negros y magníficos ojos y la rubia y sedosa cabellera de la hija de don Alfonso, experimentaba el infeliz extrañas conmociones que eran mas que suficiente para hacerle perder la tranquilidad.

Sin embargo, se creyó por lo menos fuerte para luchar con aquella tentacion satánica y triunfar al fin. Podria sufrir mucho; pero no se daría por vencido aunque hubiese de morir.

Pensó acudir al padre capellan y confiarle el secreto, pidiéndole que fortaleciese su espíritu; pero no lo hizo, porque comprendió que iba á colocarse en una situacion muy falsa para lo porvenir.

¿Y por qué don Alfonso de Guevara habia encerrado en el convento á su hija cambiándole el nombre?

Esto es lo que no acertaba á explicarse el buen Crisanto, ni era posible que acertase sin conocer toda la intriga fraguada por fray Fulgencio.

¿Habia cometido la jóven algun crímen?

Cuando el sacristan se hizo esta pregunta, se apresuró á contestarse:

—Imposible, imposible. Es un ángel y así lo dice su rostro.

Cualquiera que fuese la causa y la significacion de aquel extraño enredo, comprendió Crisanto que le convenia concluir con su pasion, pero no se le ocultaba que esto era muy difícil mientras estuviese tan cerca de la encantadora jóven, mientras la viese, aun contra su voluntad, á todas horas.

Contemplar á la hechicera rubia sin adorarla, era imposible.

¿Cuándo saldria la jóven del convento?

Esto tal vez no lo sabia nadie, pues era probable que dependiese de las circunstancias.

Si el buen Crisanto hubiera visto un término á tan penosa situacion, se habria resignado á sufrir algunos dias más, y aun algunos meses; pero el término no lo veia y por consiguiente creyó que debia adoptar valerosamente una resolucion.

Esta no podia consistir mas que abandonar el convento, buscando otro medio de subsistencia.

Allí habia pasado Crisanto casi toda su vida, pues aún no tenia nueve años cuando ya fué nombrado monaguillo por la superiora y á propuesta del capellan antecesor al que hemos conocido.

A los diez y ocho años era ya sacristan.

Entre aquellas paredes habia crecido y se habia desarrollado su razon; entre aquellas paredes habia sufrido y gozado, y allí pensaba terminar su existencia.

El convento era para el buen sacristan lo que la concha para el galápago, y de su concha no podia separarse sin exponerse á morir.

Puede decirse que no comprendia la existencia sino en aquel lugar.

¿Con qué medios contaba para vivir fuera del convento?

No habia aprendido ningun oficio, ni tenia relaciones de ninguna clase y le seria muy difícil, mas bien imposible adquirir un pedazo de pan.

Muy poco necesitaba Crisanto para satisfacer sus necesidades; pero aquello poco no lo encontraria.

Estas dificultades prácticas le pusieron en mayor apuro y todo el dia lo pasó cavilando sin conseguir encontrar la solucion que necesitaba.

Vagando por patios y galerías, quiso su desgracia que Angélica se le pusiese delante sin saber cómo.

El sacristan se extremeció violentamente, dió los buenos dias á la jóven y quiso seguir ádelante; pero ella lo detuvo, diciéndole con una dulzura encantadora:

—Ya he tenido noticias de vuestra enfermedad y doy á Dios gracias porque os encontrais mejor.

El sacristan no acertó á responder.

Su corazon latió violentamente y sintió abrasársele las mejillas.

Levantó la cabeza y miró á la hija de don Alfonso, pareciéndole que nunca habia estado tan bella.

La dulce y profunda mirada de la jóven fijábase aquel dia con cierta insistencia en el infeliz Crisanto.

¿Era esto casual?

Suponemos que no.

Angélica habia dejado pasar los dias mientras reflexionaba sobre su crítica situacion.

No queria cometer una ligereza porque esto hubiera sido retroceder, pero tampoco se habia resignado á permanecer mucho tiempo entre las monjas.

Sabemos ya que no habia creido á fray Fulgencio, sino que habia fingido creerlo lo mismo que ántes habia hecho Felipe.

Pensó la infeliz jóven si en el convento habria al-

guien que pudiese ó quisiese favorecerla, llevando un aviso á la reina ó á Margarita y una carta á don Alfonso, pidiéndole respetuosamente explicacion sobre lo que ella misma no acertaba á comprender.

Al padre capellan era inútil acudir.

Con la anciana superiora nada podria conseguirse.

A las monjas era inútil decirles una palabra.

Angélica pensó en el sacristan.

Tenia éste fama de hombre honrado; pero á pesar de su honradez y de la aspereza de su carácter, podia muy bien conmoverse ante el dolor ó las súplicas, ó ceder ante deslumbradores ofrecimientos.

Despues de mucho meditar, decidióse al fin la jóven y esperó una ocasion oportuna.

Con frecuencia se paseaba por los patios, galerías y habitaciones donde era posible que encontrase á Crisanto, como lo habia encontrado muchas veces, y así sucedió aquel dia.

He ahí por qué hemos dicho que suponemos que no por casualidad fijaba Angelica la mirada intensamente en el pobre enamorado.

Algunos minutos trascurrieron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

Angélica desplegó una sonrisa dulce y encantadora que acabó de trastornar á Crisanto.

—Gracias,—dijo por fin éste:—sois muy buena...

Y se movió para hacerse aun lado y seguir su camino.

Empero la jóven lo detuvo, preguntando:

—¿No os ha visto el médico?

—No, porque la indisposicion ha sido de poca importancia... Os agradezco vuestro interés...

—Lo mereceis, buen Crisanto.

Por segunda vez se movió el sacristan con muestras del mayor desasiego.

—Parece que vais muy de prisa,—dijo Angélica.

—No... Es decir, voy de prisa... Perdonad...

—¿Os aguarda la superiora?

—La reverenda madre... No la he visto, y...

—Pues por aquí no ireis á ver al padre capellan.

—Tampoco... Es que...

El más torpe hubiera conocido la turbacion del pobre Crisanto.

No acertaba á alejarse, ni queria, ni apenas su trastorno le permitia articular una sílaba.

Su rostro, que habia enrojecido, palideció nerviosamente, y por más que se esforzaba no podia evitar que un ligero temblor agitara sus miembros.

Angélica, que sabia hacer de sus ojos el uso que hacen todas las mujeres, envolvió al sacristan en una mirada fascinadora, y le dijo despues de algunos instantes:

—¿Acaso os está prohibido hablarme?

—¡Prohibido!—exclamó el sacristan con un acento indefinible.

—Parece como que os encontrais mal á mi lado.

—¡Mal á vuestro lado!—exclamó el infeliz.

Y abrió desmesuradamente los ojos, fijó en Angélica una mirada de extravío, y quedó inmóvil como una estátua.

—No os encontrais bien, no,—repuso Angélica como

quien tiene la seguridad de no equivocarse.—Algo os sucede, y algo de muchísima gravedad... ¿Os encontrais en algun apuro?... No me lo oculteis, porque vuestra suerte me interesa... ¿Por qué no me contestais?... Soy rica, sabedlo. Me sobra influencia para haceros á vos tambien rico y dichoso, y si esto lo dudais...

—Ya lo sé, ya lo sé,—murmuró Crisanto sin comprender toda la gravedad de sus palabras.

—¡Que lo sabeis!...

—Sí, me lo ha dicho, y... Pero descuidad, soy discreto... ¡Oh! .. Os suplico que me perdoneis... Tengo prisa,—añadió Crisanto con creciente exaltacion,—no puedo perder un instante; necesito correr, huir, huir para siempre... ¡Dios mio!... Satanás se ha posesionado de mi alma... Estoy horrorizado de mí mismo.

—¿Habeis perdido la razon?

—Sí, estoy trastornado... ¡Tened compasion de mí!—exclamó el desdichado con acento de súplica desgarradora.

Por un instante se contrajo la frente de Angélica.

—¿Pero qué os sucede?—preguntó.

—Dejadme...

—No,—replicó la jóven con firmeza.

Y sus manos, admirablemente modeladas y mórbidas, asieron las del infeliz sacristan.

Este exhaló un grito.

Sintió como si su sangre se convirtiese en fuego al contacto de las manos de Angélica.

Aún no pudo ésta adivinar que Crisanto la amaba, y replicó:

—Estais trastornado, gritais... ¿No habeis pensado que pueden oirnos?

Estas palabras recordaron al sacristan el peligro que le amenazaba, le devolvieron las fuerzas para dominarse, y murmuró:

—Es verdad, pueden observarnos... ¡Ah!... Permitidme que me aleje...

—Antes habeis dicho que teneis necesidad de huir.

—Así es la verdad.

—Los criminales son los que huyen, y es imposible que vos hayais cometido un crímen.

—¡Yo criminal!... Bien sabe Dios que nunca he dejado de ser honrado.

—Entonces...

—Nada más puedo deciros, noble señora, ni una palabra más.

—Pues yo quiero saberlo,—replicó Angélica con un tono que tenia tanto de dulce y suplicante como de imperioso.

El sacristan estaba subyugado.

Despues de las torpezas que acababa de cometer, y en el estado de trastorno en que se encontraba, no era posible que hiciese resistencia.

La jóven, que queria aprovechar aquellos momentos y aquella turbacion, cuya causa le era desconocida, prosiguió diciendo:

—Puesto que sabeis quién soy, no pondreis en duda que puedo haceros feliz. Si de la proteccion de alguien teneis necesidad, no rechaceis la mia. Asegurais que os es absolutamente necesario huir de esta santa mansion.

—Sí, sí,—respondió Crisanto, por cuyo pálido rostro corria un sudor copioso y frio.

—¿Y á donde ireis?

—No lo sé... Soy honrado y trabajador, y creo que encontraré donde ganar un pedazo de pan.

—¿Contais con buenas relaciones?

—¡Pobre de mí!...

—Pues bien, ahora mismo ireis á palacio.

—¡A palacio!—exclamó el sacristan con acento de profunda sorpresa.

—Allí preguntareis por una de las doncellas de la reina.

—¡Señora!...

—Se llama doña Margarita de Cienfuegos, no olvideis este nombre, doña Margarita...

—¿No estoy soñando?

—No.

—Pero...

—Y á doña Margarita le direis estas palabras: «Señora, soy el sacristan del convento de Maravillas y vuestra amiga doña Angélica me asegura que con presentarme á vos haré mi fortuna.»

Crisanto fijó una mirada de asombro en la jóven.

—Fácilmente podreis salir de dudas,—añadió Angélica.—Inmediatamente obtendreis una colocacion en palacio, si os agrada allí, y para toda vuestra vida tendreis protectores.

No es posible comprender el efecto que estas palabras produjeron en Crisanto.

¿Debia aceptar lo que Angélica le ofrecia?

Haciéndolo así podria irse del convento sin temor á los azares del porvenir, temor que hasta entonces lo habia detenido para separarse de la encantadora rubia y poder así olvidarla.

Y si quereis una carta, os la daré para mi amiga doña Margarita de Cienfuegos ó para la reina.

—¡La reina!...

—Proporcionadme papel y pluma, siquiera un lapiz.

—Voy á volverme loco.

—Pero en cambio deseo saber quién os ha hablado de mí, quién os ha dicho mi verdadero nombre.

—¡Oh!...

—Decid.

—Debeis adivinar que no puede habérmelo dicho otra persona mas que fray Fulgencio.

—¡El capuchino!...

—Pero fué para hacerme un bien, pues como me encontró frente á vuestra casa y supo que yo habia mostrado empeño en hablar con vuestro padre, para convencerme, haciéndome comprender mi locura... No acierto á explicarme; pero ello es que fray Fulgencio me ha hecho un gran beneficio, porque yo, ignorando la verdad, creyendo que vos... Perdonadme, noble señora, perdonadme.

Y al decir esto Crisanto, se dejó caer de rodillas.

—¿En que me habeis ofendido?

—Un pobre, un desdichado como yo...

—Tranquilizaos...

—Perdonadme, porque he sufrido mucho.

—Levantaos.

—No me moveré de aquí sin que me hayais perdonado.

Volvió la jóven á coger las manos del sacristan para obligarlo á que se levantase; pero en aquel momento quiso la casualidad que apareciese la anciana superiora.

Angélica exhaló un grito.

El pobre Crisanto se puso en pié y poseido de terror, huyó precipitadamente.

La religiosa no se explicaba bien lo que veia; pero ello es que el sacristan se encontraba á los piés de la encantadora rubia, y la miraba con encendidos ojos, mientras que ella le alargaba cariñosamente las manos.

Y al ser descubiertos, la jóven habia gritado y él habia huido.

Pocos momentos antes habia dicho Angélica que los criminales son los que huyen, y esto precisamente le ocurrió pensar á la superiora, que se detuvo, santiguóse y exclamó horrorizada:

—¡Jesús bendito!... ¡Dios misericordioso!... ¡Vírgen santa!... ¿No me engañan mis ojos?

Dió algunos pasos la noble doncella, y con la cabeza erguida como quien nada teme, quiso dirigir la palabra á la reverenda; pero ésta, santiguándose otra vez, dijo:

—Dejadme ahora... Despues hablaremos.

Y se alejó.

Entretanto el sacristan andaba dando vueltas por todo el convento como el raton que huye del gato buscando su madriguera sin encontrarla.

Cinco minutos despues le salió al encuentro el padre capellan, diciéndole severamente:

—Hermano, escuchad.

Crisanto se detuvo sin aliento, cruzó las manos y se arrodilló.

El sacerdote lo miró con lástima, y exclamó:

—¡Infeliz!... No has sabido resistir á la tentacion, y tu alma se perderá lo mismo que tu cuerpo.

—¡Padre mio!...

—Has sido débil y has sucumbido...

—La olvidaré, os lo juro... Ya no la amo...

—Así evitarás que caigan sobre tí grandes males en este mundo, y que tu alma se pierda en el otro; pero hay desgracias que ya no tienen remedio, y que son justo castigo á tus flaquezas. Pobre Crisanto, hace muchos años que te conozco, y no puedo mirar con indiferencia tu suerte; pero ello es preciso sufrir el golpe y resignarse. Ahora mismo tomarás tu ropa y saldrás de esta santa casa, quedándote prohibido acercarte siquiera á sus alrededores, y prohibido tambien hablar con nadie que siquiera conozca á esa mujer de quien Satanás se ha servido como cebo para apoderarse de tu alma. Siento no poder ofrecerte otra proteccion ni otra ayuda que una parte de mis pocos ahorros para que puedas cubrir tus necesidades en tanto que encuentras medios para subsistir; pero repito que ni siquiera te acerques á esta calle, y que sino quieres sufrir lo que ninguna criatura ha sufrido...

—Comprendo.

—Dios te proteja,—dijo el sacerdote.

Y exhalando un triste suspiro, se separó de Crisanto.

Este volvió á todos lados la cabeza, se pasó las ma-

nos por la frente, que tenia empapada en sudor, se restregó los ojos y se puso en pié.

Ya no sufria, y aun casi habia recobrado la calma, porque su sensibilidad se habia embotado.

Además, ¿no era víctima de una injusticia?

Esto se preguntó, y el convencimiento de que se le trataba injustamente le devolvió las fuerzas.

Queria dominar aquella pasion que no podia ofrecerle más que sufrimientos; pero esto nada tenia que ver con lo demás.

¿Por qué habia de someterse y dejarse maltratar?

Ya habia perdido cuanto tenia que perder.

¡Y aún le amenazaban!

Crisanto, por mas que fuese pobre, tenia tambien en el alma su dósis de dignidad y hasta de orgullo, y su dignidad acababa de ser profundamente herida.

Sin detenerse fué á su aposento, hizo un lío con su ropa, y sin dignarse dar el último adios al padre capellan, ni mucho menos aceptar el dinero que éste le habia ofrecido, salió del convento.

Una vez en la calle, registró sus bolsillos.

Era dueño de tres duros, con cuya cantidad podría vivir algunos dias.

Por de pronto podia comer y tenia tiempo para reflexionar.

¿Concluiria por aceptar los ofrecimientos de Angélica?

No podemos adivinarlo.

El sacristan no se detuvo en la calle mas que para pensar hácia dónde debia por de pronto dirigirse.

Pocos minutos despues tomó hácia la calle de San Bernardo.

Sus lábios se entreabrieron para desplegar una sonrisa amarga.

—La madre superiora,—dijo,—es una estúpida, y empiezo á creer que el padre capellan es un hipócrita, y en cuanto á fray Fulgencio, debo tambien desconfiar. Entre todos ellos me han hecho infeliz... ¡Vive el cielo!... Ahora voy á ser hombre, conoceré el mundo, sabré lo que es vivir... ¡Voto á Lucifer!

El señor Crisanto se sentia orgulloso porque juraba sin escrúpulo de su conciencia.

Ya no estaba dispuesto á postrarse de hinojos ni á suplicar.

CAPITULO LXX.

Angélica quiere jugar el todo por el todo.

Angélica volvió á su celda y esperó una hora.

—Concluyamos,—dijo enérgicamente.

Y sin miramiento alguno fué á buscar á la anciana superiora, presentándose á ella, no como quien ha cometido una falta, sino como quien tiene que pedir cuentas porque ha recibido una ofensa grave.

La cándida monja fijó su débil mirada en la jóven y dijo:

—¿Pero es posible, hija mia?... Lo he visto y aún no lo creo... ¡Jesús!... ¿Tanto es el poder de Satanás?

La jóven fijó en la superiora una mirada de compasion, desplegó una sonrisa irónica y dijo:

—Así son las cosas del mundo.

—¡Vírgen santa!...

—Madre,—replicó la jóven,—he venido para que hablemos como es preciso hablar en la situacion en que nos encontramos.

—Ya he puesto el remedio.

—¿A qué?—preguntó la hija de don Alfonso, con acento de extrañeza.

—No volvereis á ver á ese desdichado, y con el tiempo y la penitencia...

—Basta,—replicó Angélica enérgicamente.—¿Qué habeis creido?... Todo lo toleraré, menos cierta clase de ofensas, porque no olvido quien soy, no puedo desentenderme de que llevo un nombre ilustre, y sobre todo, hay en mi alma un fondo de dignidad que se subleva cuando se me dirigen cierta clase de ataques.

El tono conque hablaba la jóven era imponente.

La anciana la miró de piés á cabeza mientras decia para sí:

—¿Vuelve á perder el juicio?

Y luego añadió en voz alta:

—Es preciso que esto concluya.

—Sí, preciso.

—Razones que no desconoceis...

—Os dije una vez que erais víctima de una intriga, y ahora os lo repito.

—¡Dios mio!...

—He sufrido y he disimulado; pero ni mis sufrimientos ni mi resignacion dan otro resultado que el de hacer doblemente crítica, doblemente insostenible esta situacion.

—Pues señor, no lo entiendo.

—Yo tampoco puedo daros explicaciones mas que á medias.

—He visto á vuestros piés al infeliz Crisanto, vuestras manos estaban entre las suyas... ¡Jesús, Jesús!...—exclamó la abadesa.

Y se puso en pié, acercóse á una pililla, tomó agua bendita y se hizo cruces en la frente y en la boca como si así quisiese borrar el pecado que habia cometido, pensando en la escena que acababa de ver y diciendo que las manos de la encantadora jóven estaban entre las del señor Crisanto.

—Ese hombre honrado,—replicó Angélica,—creyó haberme ofendido y me pedia perdon. Alargué mis manos para hacerle levantar, haciéndole comprender que no hay ofensa posible de parte de quien tiene un corazon como el suyo.

—¿Y en qué creia haberos ofendido?

—Conoce el secreto más importante de mi vida y pronunció algunas palabras que le parecieron inconvenientes.

—Es decir, que el pobre sacristan sabe de estos graves asuntos mucho más que yo.

—Porque la casualidad le ha proporcionado pruebas.

—No lo entiendo, no lo entiendo,—repuso la superiora, que empezaba á sentirse sofocada.

—Pues todo ello es muy sencillo.

—¿Y por qué queria Crisanto alejarse de esta santa casa? Tened entendido que muchas de sus palabras llegaron á mis oidos.

—Crisanto,—respondió la infeliz jóven,—no quiere estar en el foco de intrigas tan espantosas como de la que yo soy víctima.

—¿Qué estais diciendo?

—Está agotada mi paciencia y de una vez voy á concluir.

—Pero...

—Aun á riesgo de que sospecheis que he perdido la razon...

—¡Otra vez!...

—Soy la hija de don Alfonso de Guevara.

—¡Vírgen santísima!—exclamó la religiosa con acento de terror.

—Me llamo Angélica, y no permaneceré más aquí si mi padre no se presenta y así me lo manda terminantemente.

—El que decís que es vuestro padre...

—Su conducta es incomprensible y supongo que ha sido engañado por fray Fulgencio.

—Pensad que hablais de un sacerdote.

—De un miserable.

—¡Horror, horror!...

—Veinticuatro horas teneis, reverenda madre, veinticuatro horas...

—¿Para qué?

—Para decidir.

—¿Y qué quereis que yo haga?

—Le escribireis á don Alfonso de Guevara, diciéndole que aquí hay una mujer que asegura ser su hija, su desgraciada hija, que no habia muerto y salió del ataud,

siendo amparada por el sacristan de la parroquia de San José.

El rostro de la anciana superiora se tornó lívido.

Angélica prosiguió diciendo:

—Don Alfonso vendrá, no lo dudeis, vendrá siquiera por galantería, y cuando me vea...

—Líbreme Dios de cometer semejante locura.

—Pues si no lo haceis, me iré.

—¿Creeis que de aquí puede salir nadie sin mi licencia?

—Pediré socorro, gritaré, produciré un escándalo...

—Ireis á los calabozos de la Inquisicion.

—Esa será mi dicha.

—Está visto,—murmuró la religiosa,—ha perdido la razon.

—Porque ante el tribunal del Santo Oficio diré quién soy, y mi padre será llamado á declarar, y cuando me vea, me reconocerá, pues aunque es severo, aunque cree que lo he ofendido al rechazar al miserable que se me destinaba para esposo, es mi padre al fin, y no negará que soy su hija.

La pobre monja temblaba, estaba aturdida y no sabia qué decir ni qué hacer.

Angélica, decidida á arrostrarlo todo, añadió:

—A vos os dice fray Fulgencio que me llamo María, y á Crisanto no le oculta la verdad.

—¿Pues qué fray Fulgencio...

—Ha dicho al honrado sacristan que soy la hija de don Alfonso.

—¡Imposible, imposible!

—Preguntádselo.

—¡Ah!... Tal vez se encuentre en el convento aún... Yo tambien quiero concluir.

La anciana agitó una campanilla.

Una novicia se presentó.

—Corred, que busquen al padre capellan y que le digan que venga inmediatamente con Crisanto.

Cinco minutos despues se presentaba solo el anciano sacerdote.

—¿Y el sacristan?—le preguntó la superiora.

—Están cumplidas vuestras órdenes y ya ha salido del convento.

—¡Se ha ido!...

—Y no volverá, ni tampoco se atreverá á pasar por estas calles.

—Buena la hemos hecho.

—¿Pero qué sucede?—dijo el sacerdote.—Asegurábais reverenda madre, que habíais visto al pobre Crisanto á los piés de esta jóven, y que se estrechaban las manos, y que se decian...

—Callad, callad. ¿Olvidais que no puedo escuchar ciertas palabras sin exponerme á que mi alma se pierda por toda una eternidad?

—Ya callo.

—¿Sabeis cómo ha venido aquí esta desgraciada?

—No sé más sino que la trajo fray Fulgencio.

—Y con fray Fulgencio...

—Vino don Alfonso de Guevara.

—Pero ya se os dijo...

—Sí, que esta infeliz habia perdido la razon á conse-

cuencia de la muerte de su noble señora la hija de don Alfonso, y que su manía era creer...

—¡Miserables!—exclamó Angélica con acento de profunda indignacion.

—Perdonad,—dijo el padre capellan, dirigiéndose á la jóven.

—Vos no me habeis ofendido, ni es posible que me ofenda quien es tan virtuoso.

—He visto ciertas cosas...

—¿Creeis que mi razon está trastornada?

—No.

—Eso opinaba tambien el doctor Cebollino,—murmuró la religiosa.

—Nada tengo que ver en este asunto, ni quiero mezclarme en él,—dijo el sacerdote;—pero declaro que creo que sois la hija de don Alfonso de Guevara.

—¡Ah!...

—Nada mas tengo que decir.

Y sin escuchar las palabras de la superiora, se alejó el anciano.

—Teneis veinticuatro horas,—dijo Angélica.

Y tambien salió.

La pobre monja quedó aturdida.

Media hora despues escribia una carta á fray Fulgencio y disponia que inmediatamente la llevase un monaguillo al convento de Capuchinos de la Paciencia.

El monaguillo volvió diciendo que el reverendo padre no se encontraba en Madrid.

Esto fué un golpe terrible para la anciana.

Despues de reflexionar, decidió no hacer nada mien-

tras no volviese el capuchino, y si Angélica ponia en práctica su desesperada resolucion, mandaria que la encerrasen.

No podia suceder nada peor para la infeliz Angélica. Si se esperaba á que fray Fulgencio volviese, no habria salvacion para la infeliz, porque el fraile apelaria á toda clase de medios con tal de llegar al fin.

No volvió la jóven á su celda, sino que fué al coro, donde se arrodilló para dirigir al Omnipotente fervorosas súplicas.

Allí se encontraba cuando Felipe entró en la iglesia.

CAPITULO LXXI.

Lo que hizo el paje.

Ya sabemos que Felipe habia entrado en la sacristía, buscando en vano al sacristan, y que sin saber por qué, volvió á detenerse en el presbiterio y junto al altar mayor.

Más de una vez intentó moverse; pero no pudo, pues parecia que una mano de hierro lo sujetaba.

¿Por qué creyó que era Angélica la mujer que habia en el coro?

No lo sabia; pero ello es que lo supuso así: se lo decia su corazon al latir violentamente.

¿Debia irse?

No habia visto al sacristan, y esta era una razon para que el mancebo no saliese de allí.

Posible era y aun probable que en aquel convento

no se encontrase el llamado Crisanto; pero posible era tambien que sí.

Mientras no viese al sacristan, no podia decidir.

Y como no lo habia visto, no queria moverse de allí.

Pasaron diez minutos, que no sabemos si parecieron breves ó largos al paje.

El monaguillo que habia ido á llevar la carta, salió de la sacristía y atravesó el templo, haciendo sonar un manojo de llaves.

Así ávisaba á los devotos para que saliesen, porque iba á cerrarse.

Felipe atravesó tambien el templo, se detuvo junto á la puerta y dijo al muchacho:

—Escucha.

El monaguillo miró la lujosa ropa del mancebo y contestó respetuosamente:

—¿Qué teneis que mandar?

—¿No hay sacristan en esta iglesia?

—Claro es que sí, caballero.

—¿Y dónde está?

—No lo sé, porque hace tres ó cuatro horas que lo echo de menos y supongo que estará cumpliendo alguna órden del padre capellan.

—¿Y cómo se llama?

—¿Quién?

—El sacristan.

—Se llama Crisanto.

—¡Crisanto!—exclamó el mancebo.

Y se extremeció violentamente, en tanto que su rostro se cubria de nerviosa palidez.

—¿Qué os sorprende?—dijo el muchacho.

—¡Crisanto, Crisanto!...

—Eso es.

—Es flaco, moreno...

—Exactamente.

—¡El mismo!...

—¿Lo buscábais?

—Sí... No... Es decir...

—No lo entiendo.

—Ven, ven,—dijo Felipe saliendo del templo.

El monaguillo lo siguió maquinalmente.

Cuando estuvieron en la calle, se detuvieron.

—¿Qué quereis, mi noble señor?—preguntó el muchacho.

Por toda contestacion metió Felipe la mano en uno de sus bolsillos y sacó una moneda de oro, enseñándola al monaguillo y preguntándole:

—¿Te agrada esto?

—¡Ah!...

—Para tí será si respondes á todas mis preguntas.

—Si no he de hacer mal á nadie...

—Mal no puede hacerse cuando se dice la verdad.

—Entonces...

—En este convento hay una mujer jóven que no es monja.

—Hay más de una.

—Es rubia, con los ojos negros.

—La loca,—murmuró el monaguillo.

No necesitaba Felipe más explicaciones; sin embargo preguntó:

—¿Todavía está esa jóven loca en el convento?

—Sí.

—Toma, toma.

—Pero...

—Si alguien te pregunta de dónde has sacado esta moneda, debes decir que te la has encontrado, pues si otra cosa respondes, tu perdicion será cierta.

—¡Caballero!...

—Y si haces lo que te digo, antes de un mes serás rico.

No dijo una palabra más Felipe.

Alejóse y desapareció por la calle de la Palma.

El muchacho quedó aturdido y cuando pudo darse cuenta de lo que acababa de sucederle, murmuró:

—No, no sabrá nadie que soy dueño de cuatro duros, y no sabiéndolo, no me preguntarán cómo han venido á mis manos.

Contempló la moneda y la guardó.

Entró en el templo, cuya puerta cerró.

El paje corrió hasta llegar á la calle de la Montera, pero Marcelo no se encontraba en la hostería.

Sin descansar un instante, fué hasta la Puerta del Sol, tomó por la calle de Alcalá, siguió por el Prado y á los pocos minutos entraba en la morada real.

Bien pronto llegó á la habitacion de doña Margarita.

Allí estaba la noble doncella, que fijó en el rostro lívido de Felipe una intensa mirada, y le preguntó:

—¿Qué os sucede?

El mancebo, sin poder apenas respirar, dejóse caer

en una silla y despues de algunos instantes, exclamó:

—¡He conseguido encontrarla!...

—¡Ah!...

—Está en el convento de Maravillas...

—¡Triunfaremos!—dijo doña Margarita, cuyos negros ojos brillaron como dos carbunclos.

—¡Angélica, Angélica!—murmuró Felipe con voz dulcísima.

La doncella no quiso perder un instante, y salió, dirigiéndose á la cámara de la reina.

Empero cinco minutos despues cambió de expresion el rostro del desdichado mancebo.

—¡Madre mia!—exclamó con acento que revelaba un dolor profundo.

¿Era más feliz por haber encontrado á la hija de don Alfonso?

No.

CAPITULO LXXII.

Una escena indescriptible.

A las cuatro de la tarde salió la reina de su cámara seguida de dos de sus doncellas y cuatro pajes entre los que iba Felipe.

El rostro de éste veíase todavía cubierto de nerviosa palidez, y su mirada continuaba siendo sombría.

¿Quién hubiera creido que iba á ver á la mujer á quien amaba con verdadero delirio?

Otro más egoista se hubiera considerado completamente dichoso en aquellos momentos; pero Felipe sufria horriblemente.

Nunca habia pensado tanto en María como entonces.

Dos veces habia ido á buscar á Marcelo; pero éste tampoco se encontraba en la hostería.

En un carruaje entró la reina con sus dos nobles sirvientes.

No tenemos que decir que una de éstas era doña Margarita de Cienfuegos.

En otro coche se acomodaron los pajes.

El marqués de la Cruzada, caballerizo mayor de doña Isabel de Orleans, debia formar parte de la comitiva, y una escolta de ginetes debia cerrar la marcha.

—¿A dónde vá su majestad?—preguntaron algunos.

—A visitar á las monjas del convento de Maravillas, —respondieron otros.

—¿Y no se ha dado aviso á la comunidad?

—No, porque su majestad no lo ha dispuesto.

Partió la régia comitiva.

Antes de media hora entraba en la calle de San José y se detenia junto al convento.

El barrio puede decirse que se puso en conmocion.

—La reina, la reina,—se oia decir por todas partes.

Y hombres, mujeres y niños salian de su casa y corrian para contemplar á la augusta jóven.

Los carruajes y los deslumbradores vestidos era más que suficiente para llamar la atencion.

Los pajes salieron del coche que ocupaban.

Los hombres de la escolta se ocuparon en contener á la multitud, que esperaba con ansiedad.

Verdad es que más de un infeliz creia que su majestad dejaria en el barrio pruebas de su munificencia.

Sobre este punto no se equivocaban.

—Felipe,—dijo la reina.

—Espero las órdenes de vuestra majestad,—respondió el paje, quitándose el sombrero y colocándose frente á la portezuela en actitud respetuosa.

—Entra en el convento y que de nuestra parte den aviso á la reverenda superiora.

El mancebo se inclinó y se dirigió á la portería para cumplir esta órden.

Apenas hubo manifestado que la reina se encontraba allí, la hermana portera prorumpió en exclamaciones de sorpresa y corrió, atravesando habitaciones y pasillos mientras decia:

—La reina, la reina.

Así llegó á la celda de la anciana.

—¿Qué sucede?—preguntó ésta.

—Reverenda madre, su majestad la reina nos hace la honra de visitarnos.

—¡Dios mio!...

—Os advierto que espera, segun me ha dicho un paje ricamente vestido y muy hermoso.

—¿Qué estais diciendo, hermana?—replicó severamente la superiora.—¿Os habeis atrevido á levantar la cabeza para mirar el rostro al paje?

—No; pero...

—¡Jesús!... ¡Y no estamos prevenidas!... La comunidad, la comunidad... ¿Qué hacen las hermanas?... Todas aquí... La reina, la reina... Pronto, pronto... Hoy no tendré un momento de tranquilidad.

Y mientras esto decia la anciana, iba y venia en todas direcciones.

Estaba completamente aturdida.

En los claustros, en los pasillos y en las celdas se repetia sin cesar:

—¡La reina, la reina!

Y estas voces llegaron á oidos de la hija de don Alfonso.

Lo que sintió no puede explicarse.

No pudo contener un grito.

—¡La reina en el convento!

La comunidad se reunió, y en dos largas filas fué á recibir á su majestad.

De par en par se abrieron las puertas.

La esposa de Luis I, salió del coche.

—¡Viva la reina!—gritó la muchedumbre.

Con sus doncellas entró la augusta jóven en el convento.

Entretanto Felipe, que ya habia recibido las órdenes oportunas, sacó un taleguillo, y empezó á repartir monedas de plata entre los curiosos.

Esto debia aumentar el entusiasmo.

Las manos del mancebo temblaban convulsivamente.

El monaguillo, que habia acudido tambien, lo miraba y decia para sí:

—Es el mismo de esta mañana... ¡Oh!... Un paje de la reina... Ahora si creo que tengo hecha mi fortuna.

Y procuró colocarse en sitio donde pudiera ser visto por Felipe.

—Señora,—dijo la anciana superiora al ver á su majestad,—esta inesperada honra...

—He querido visitaros como una de vuestras amigas,—contestó la reina,—y por eso no he dispuesto que se os avise.

—Pero es el caso...

—Tranquilizaos, reverenda madre, que no vengo á

buscar demostraciones de humildad, sino de cariño.

Y mientras esto decia, sonreia dulcemente doña Isabel.

Y luego dirigió la palabra á muchas religiosas.

Encantábales á todas tanta amabilidad y tanta llaneza.

Preguntó la anciana si debian dirigirse antes al templo; pero la reina manifestó el deseo de descansar antes en la celda prioral.

Angélica permaneció en la suya, porque ni como profesa ni novicia formaba parte de la comunidad.

A los diez minutos la reina ocupaba el ancho sillon de la superiora.

Tras ella se colocaron en pié y en actitud respetuosa sus doncellas.

Las demás religiosas habian quedado en otra habitacion.

—Sentaos,—dijo su majestad con afable tono á la anciana.

—Señora...

—Sentaos os digo, que bien merece esta distincion quien está adornada de tantas virtudes como las vuestras.

La superiora, sin poder dominar su turbacion, sentóse en un taburete.

—Deseo,—dijo doña Isabel,—conocer una por una á todas las criaturas angelicales que moran en esta santa casa, y sino hay ningun inconveniente, me teneis dispuesta á recibirlas.

—¡Inconvenientes para que se cumplan los deseos de vuestra majestad!... Ninguno puede haber.

Ni remotamente sospechó la superiora el verdadero objeto de aquella visita. Si lo hubiese sospechado habria temblado.

La mirada penetrante de Margarita, fijábase en todos lados y lo escudriñaba todo.

La reina estaba ligeramente pálida; pero sonreia.

Su sonrisa dulce era encubridora de una borrasca la más horrible.

Nunca como entonces habia puesto á prueba la fuerza de su voluntad.

Iba á buscar á la infeliz Angélica, lo cual era equivalente á ponerla ella misma en brazos de Felipe.

¿Puede explicarse lo que doña Isabel sufrió en aquellos momentos?

Empero aquella prueba terrible era la última.

Más de una vez habia triunfado, y aquel dia tambien debia triunfar.

Una por una, y pronunciando sus nombres, fué la superiora presentando á las religiosas.

Para todas tuvo la reina benévolas frases.

—Ahora las novicias tambien,—dijo.

La anciana obedeció.

—¿No hay más?—preguntó la reina cuando terminaron las presentaciones.

—Ninguna más, señora.

—¿Y no teneis pupilas?

—Una,—respondió la monja con voz insegura.

—Tambien quiero conocerla.

La sencilla anciana quedó como si se hubiera petrificado.

—¿No me habeis entendido?—preguntó su majestad despues de algunos momentos.

—Sí, señora; pero es el caso...

—¿Qué?

—La pupila no goza de completa salud.

—Si está postrada, iré á su celda, pues no creo que mi visita le haga ningun mal.

—No está postrada; pero...

—¿Qué inconveniente hay para que yo la conozca?

—Ninguno; pero,—respondió la superiora, como si la palabra *pero* fuese la única que supiese pronunciar.

—Concluyamos,—dijo doña Isabel sin ocultar su impaciencia.

Doña Margarita de Cienfuegos desplegó una irónica sonrisa.

Ya no dudaba que allí se encontraba la hija de don Alfonso.

La anciana dijo:

—Es que la enfermedad de la pupila...

—¿Es contagiosa?

—No; pero sí peligrosa, segun lo que se me ha dicho.

—No comprendo bien.

—Aseguran que la infeliz está demente.

—¿Y se enfurece con frecuencia?

—Nunca; pero se le ocurre decir unas cosas...

—Picais mi curiosidad, reverenda madre.

—Si vuestra majestad se empeña...

—Lo quiero,—dijo la reina con imperioso tono.

Llamó la superiora, diciendo á la novicia que se presentó:

--Que venga la hermana María.

Un minuto despues entraba la hija de don Alfonso.

—¡Angélica!—exclamaron doña Isabel y Margarita.

—¡Ah!...

No dijeron más.

La reina se puso en pié y abrió los brazos, recibiendo en ellos á la desdichada jóven.

—¡Vírgen santa!—exclamó la superiora con acento de terror.—Se llama Angélica... ¡Oh!... ¿Qué vá á suceder?... No sé lo que siento... ¿Será verdad que es hija de don Alfonso de Guevara? ¿Será verdad que me han engañado?... Apenas puedo sostenerme... ¡Dios mio, dadme fuerzas!... Pero fray Fulgencio es un varon santo... No lo entiendo... Los unos dicen que se llama María, los otros que Angélica; unos aseguran que está loca... ¿Será mi razon la que se haya trastornado?

La sencilla anciana temblaba convulsivamente.

De los brazos de la reina pasó la hija de don Alfonso á los de Margarita y luego á los de la otra doncella, que era su amiga tambien.

Hay escenas que no pueden pintarse, y esta es una.

No pasó menos de un cuarto de hora antes de que recobraran la calma suficiente al menos para poder hablar.

El llanto corria en abundancia por las pálidas mejillas de Angélica.

Dos lágrimas se habian escapado tambien de los negros ojos de Margarita.

La otra doncella se pasó muchas veces las manos por la frente y se restregó los ojos, mirando á su antigua compañera con el asombro que era consiguiente.

La reina no habia llorado, y volviéndose hácia la anciana superiora, fijó en ella una intensa mirada y le preguntó:

—¿Es esta la infeliz demente?

—Señora...

—¿Cómo ha venido aquí?

—¡Ah!...

—Responded clara y terminantemente.

—Apenas puedo decir...

—Esta jóven es una de mis doncellas y se llama Angélica de Guevara.

—¡Compadézcame vuestra majestad!...

—Su presencia en este sitio significa un crímen.

—¡Un crímen!...

—Vos sereis inocente; pero os condenan las apariencias.

—¡Horror, horror!...

Angélica limpió sus ojos, y tomando parte en la conversacion, dijo:

—Señora, la reverenda madre superiora ha sido engañada, y yo soy la primera en reconocer su inocencia. Pronto sabrá vuestra majestad cómo vine aquí, y ahora no diré más sino que el crímen lo ha cometido fray Fulgencio, sin que me sea posible adivinar con qué fin.

No pudo resistir más la pobre anciana y cayó sin conocimiento.

Angélica llamó y acudieron algunas religiosas para socorrer á la reverenda madre.

—Me parece,—dijo la reina,—que hace aquí más falta un médico que nosotras.

—Señora...

—Vamos, y tú, mi querida Angélica, ven; pero reune todas tus fuerzas, porque la alegría puede matar lo mismo que el dolor.

La hija de don Alfonso, sin darse cuenta de lo que decia, murmuró con voz ahogada:

—Felipe.

—Sí,—dijo doña Isabel,—Felipe vive, lo hemos encontrado y ahora vas á verlo...

—¡Ah!...

—Valor, Angélica, valor... Yo te doy el ejemplo.

—Valor me sobra,—respondió la jóven.

Su rostro cambió de expresion, y sus magníficos ojos brillaron como habian brillado siempre.

Las monjas no acertaban á comprender lo que veian.

La reina, seguida de las tres nobles jóvenes, salió de la celda.

Guiadas por una novicia, llegaron á la portería.

Encontráronse las miradas intensas de Angélica y Felipe.

Ambos llevaron las manos al pecho como si quisiesen contener los violentos latidos de sus corazones.

Los rostros de ambos enrojecieron como si fuese á brotar la sangre.

Apenas podian respirar.

Entreabrieron los lábios para exhalar un grito; pero ni el sonido mas leve se escapó de sus gargantas.

Quisieron moverse y no pudieron.

Felipe hizo al fin un esfuerzo sobrenatural, y tambaleándose como si estuviese ébrio, acercóse al coche que

debia ocupar, entró en él y se dejó caer pesadamente en uno de los asientos.

Angélica se apoyó en uno de los brazos de Margarita, dió algunos pasos vacilantes y entró en el otro coche tras de la reina.

Entretanto la multitud aclamaba á su majestad.

Los pesados vehículos se pusieron en movimiento, haciendo retemblar los edificios.

Cinco minutos despues, la calle habia quedado solitaria y silenciosa.

La anciana reverenda recobraba tambien el sentido, sin acertar á darse cuenta de lo que acababa de suceder.

CAPITULO LXXIII.

Una sorpresa que puede matar.

La régia comitiva llegó á palacio.

La reina dispuso que nadie se acercase á su carruaje para evitar así que reconociesen á la hija de don Alfonso.

Esta, acompañada de Margarita, dirigióse por escusados pasillos á la habitacion que habia ocupado en otro tiempo, quedando allí al lado de su amiga.

La visita hecha al convento fué objeto de comentarios.

Los guardias hablaron de una mujer vestida á la usanza del pueblo, pero cuyo rostro no habian podido ver.

La mujer en cuestion, segun ellos decian, habia salido del convento y entrado en el carruaje de su majestad.

Esto fué bastante para que los murmuradores inventasen una historia, que de boca en boca corrió, haciendo las delicias de los curiosos y desocupados.

Media hora despues volvió á salir el paje, dirigiéndose á la calle de la Montera; pero tampoco entonces encontró al honrado Marcelo.

¿Qué habia sido de éste?

No era posible adivinarlo.

Temió Felipe que al protector de Angélica se le hubiese tendido tambien algun lazo, y que por consiguiente hubiera que deplorar una nueva desgracia.

Por nuestra parte nada podemos decir sobre este punto, pues ignoramos lo que Marcelo hacia, si bien abrigamos la esperanza de averiguarlo muy pronto.

Triste y cabizbajo regresó el paje á la morada real.

Cuando acababa de ocultarse el sol y del dia no quedaba más luz que la dudosa del crepúsculo, Felipe buscó nuevamente á su leal amigo.

En la hostería le dieron la misma contestacion que antes, diciéndole:

—Salió despues de almorzar y no ha venido ni para comer.

Ya no dudaba el mancebo de que al antiguo sacristan le hubiese sobrevenido alguna gran desgracia.

De otro modo no se explicaba lo que podemos llamar su desaparicion.

Preciso era resignarse y esperar.

Pasaron las horas, no sabemos si con rapidez ó con penosa lentitud para nuestros amigos.

A media noche aún no habia parecido el honrado Marcelo.

Brilló la luz de un nuevo dia.

Como sino hubiera tenido otra cosa de que ocuparse, el noble mancebo volvió á las seis á la calle de la Montera.

—No ha venido á dormir,—le dijeron.

A las diez le sucedió lo mismo.

—Esperad,—dijo Margarita á Felipe.

—¡Qué espere!—exclamó el paje.

—Nunca me ha engañado mi corazon.

—¿Y qué debo deducir de eso?

—Mi corazon me dice que á Marcelo no le ha sucedido ninguna desgracia.

—¡Oh!...

—Calma y paciencia.

Eran las diez y media.

Hacia una hora que don Alfonso de Guevara habia almorzado, y segun su costumbre, acomodóse en un sillon quedándose dormido.

Uno de sus criados se atrevió á penetrar en el aposento, movió una silla y tosió, y como el noble caballero no despertase, vióse obligado á decirle en voz bastante alta:

—Mi noble señor...

El padre de Angélica abrió los ojos y fijó una mirada vaga en su sirviente, volviendo á cerrarlos mientras pronunciaba algunas frases ininteligibles.

—Señor, mi noble señor,—volvió á decir en voz bastante alta el criado.

Por segunda vez abrió los ojos el caballero, preguntando entonces:

—¿Qué ocurre?

—De parte de su majestad...

—¡Su majestad!—exclamó don Alfonso.

Y brincó en su asiento, restregóse los ojos, miró á su criado y le dijo con aspereza:

—No sé por qué me incomodas.

—Es que esperan...

—¿Qué me importa?

—De parte de su majestad...

—¿Y por qué no me has avisado?... Pronto, que entren...

—De su majestad la reina...

—¡Oh!... ¡La reina!... Obedece.

El criado salió.

Don Alfonso se puso en pié, apresurándose á colocar bien su peluca, que se habia torcido, dejándole medio oculto un ojo.

Volvió á levantarse la cortina y apareció Felipe.

Nuevamente se restregó los ojos el caballero.

Dudó si soñaba.

Hacia ya muchos dias que no habia ido á palacio, ni hablado con nadie que le pudiera dar noticias, y por consiguiente ignoraba que el mancebo hubiese vuelto á la morada real.

—¡Vos aquí!—exclamó con acento de la más profunda sorpresa.

—Viéndolo estais, caballero,—dijo el paje con perfecta calma.

—Sí; pero...

—¿De qué os admirais?

—Habíais desaparecido...

—Nadie me ha visto en la morada real, porque he tenido que hacer en otra parte, y ahora he vuelto para continuar cumpliendo mis deberes al lado de su majestad.

La vista del mancebo era muy desagradable para el señor de Guevara, pues le recordaba sucesos que hubiera querido olvidar.

Aquel niño sin nombre y sin fortuna se habia atrevido á poner los ojos en su hija y habia sido causa de que ésta rechazase á don Iñigo de Covadonga.

Arrugó el entrecejo don Alfonso y dijo para sí:

—Hé aquí un pájaro de mal agüero. Recuerdo que otra vez vino á verme y á los pocos dias mi hija enfermó y murió. Veamos que nueva desgracia me anuncia.

Y luego añadió en voz alta:

—Me han dicho que venís de parte de su majestad la reina.

—Así es.

—Dispuesto me teneis á escuchar y no menos dispuesto á cumplir las órdenes que su majestad tenga á bien darme.

—Estos dias han sucedido en palacio cosas muy extrañas.

—Nada sé, porque desde que perdí á mi adorada hija vivo casi aislado.

Felipe fijó una mirada intensa en don Alfonso, y despues de algunos momentos dijo:

—Señor de Guevara, quiero aprovechar esta ocasion para haceros algunas indicaciones de interés.

—¿Lo manda así su majestad?

—No.

—¿Y olvidais las órdenes de la reina?

—Las cumpliré y despues hablaremos si quereis escucharme.

—Decid.

—A las doce en punto debeis estar en palacio, y como son las diez y media...

—Me sobra tiempo, es verdad.

—Ya he cumplido la comision que se me habia confiado.

—Está bien.

—Y ahora...

—Comprendo... Sentaos.

Hiciéronlo así.

El señor don Alfonso de Guevara no acababa de tranquilizarse.

Pensó primero no escuchar al atrevido paje; pero despues cambió de resolucion.

Algunos segundos pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

El paje rompió el silencio para decir:

—He pensado muchas veces en la hija que la muerte os arrebató.

—¡Que habeis pensado!... ¿Y qué me importa?—replicó ásperamente el caballero.

—Creí que lo agradeceríais.

Don Alfonso no pudo ya contenerse, y dejándose lle-

var de uno de los arrebatos de cólera tan frecuentes en él, dijo:

—Basta, jóven atrevido. No ignoro que llevásteis vuestra audacia hasta el punto de pretender que mi hija os amase, y si no acudí en queja á su majestad para que se os impusiese el castigo que merecíais, fué porque obedecí á mis generosos impulsos; pero si me provocais, si recrudeceis mi dolor, os trataré como mereceis.

El paje no se alteró.

Desplegó una dulce sonrisa, y dijo:

—Señor don Alfonso, me tratais con demasiada dureza.

—Como mereceis.

—¿En qué os he ofendido?

—¿Os parece pequeña ofensa que un rapaz advenedizo levante los ojos hasta una dama heredera de una gran fortuna y del ilustre nombre de mis abuelos? Y ahora, á la burla añadís el escarnio, y con un cinismo sin igual intentais sin duda decirme que yo tengo la culpa de que mi hija se haya muerto porque no la dejé ser vuestra esposa. ¡Oh!... Esto es demasiado,—añadió el caballero, que empezaba á sofocarse, y tuvo que sacar su pañuelo para limpiar el sudor que por su frente corria.—No es posible resucitar á los muertos; pero si mi hija resucitase, mil veces la dejaria morir antes que manchar la honra de mi familia, consintiendo la union con un bastardo, que probablemente debe su existencia á la liviandad. Dicen que teneis mucho talento; pero os falta experiencia y no habeis comprendido...

—Perdonad.

—Hemos terminado.

—No he querido acusaros de la muerte de vuestra hija, ni mucho menos hablar de mi amor.

—Entonces...

—Decís que si los muertos resucitasen...

Felipe se interrumpió, miró fijamente al caballero y luego dijo:

—Cuando el Omnipotente lo dispuso, Lázaro resucitó, y Dios tiene ahora el mismo poder que entonces tenia, y teniendo el mismo poder...

—¡Oh!—exclamó don Alfonso con voz ahogada.

Y su mirada se fijó con terror en el paje.

Otra vez le hablaban de la posibilidad de que Angélica viviese.

—Esto es horrible,—murmuró.

Y levantándose, empezó á pasearse por el aposento.

—Suponed que vuestra hija viviese.

—¡Tambien este rapaz!...

—¿Acaso otra persona ha hecho la misma suposicion?

—Dejadme, dejadme...

—Ya he averiguado cuanto deseaba,—dijo Felipe poniéndose en pié.

—¿Y qué habeis averiguado?—preguntó con mayor sorpresa el caballero.

—Sois inocente y han abusado de vuestra candidez; os han engañado...

—Esas palabras necesitan explicacion.

—Señor de Guevara, preparaos á todo, porque la situacion es grave, y no dudeis de la Omnipotencia divina.

—¿Qué dice este muchacho?

—No puedo detenerme, porque me espera su majestad.

—Pues ahora no saldreis...

—Sí saldré.

—Señor Felipe...

—En nombre de la reina,—replicó el paje.

Y dió algunos pasos, llegó á la puerta y añadió con grave tono:

—No os olvideis de que á las doce en punto debeis estar en la cámara de la reina, y además tened presente que si los muertos no resucitan, los médicos se equivocan alguna vez y entierran á los vivos.

Desapareció el paje.

Don Alfonso de Guevara exhaló un grito de pavor.

Un sudor copioso y frio corrió por su lívido rostro.

Dejóse caer en el sillon y quedó inmóvil.

¿Qué significaban las palabras del paje?

Otro cualquiera las hubiera entendido perfectamente; pero no así el señor de Guevara.

De Angélica le habia hablado más de una vez el capuchino.

De Angélica le habló el rey.

Tambien el paje hablaba de Angélica como si ésta viviese.

Temia el señor de Guevara que su hija saliese de la sepultura y se le presentase envuelta en el blanco sudario.

No puede hacerse comprender lo que en aquellos momentos sufrió.

Arrepintióse de haber dejado salir á Felipe sin obligarlo á que diese más explicaciones.

Digno era de lástima el estúpido caballero.

El infeliz, porque lo era mucho, miró el relój.

No le quedaba más que el tiempo preciso para vestirse convenientemente y llegar á la morada real.

Si hubiera contado con quince minutos más, habria ido á buscar á fray Fulgencio para pedirle consejo y ayuda.

El capuchino se presentaba siempre á tiempo sin que lo llamasen; pero entonces no sucedió así.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer don Alfonso para recobrar un tanto la calma.

Llamó á sus criados, mandó que preparasen el coche y se vistió.

A las doce menos cuarto salió de su casa, y cinco minutos despues se encontraba en el palacio real y entre algunas de las damas de la reina.

A todas las saludó muy cortesmente el caballero.

—Esperad,—le dijeron,—que vamos á dar aviso á su majestad.

El señor de Guevara se sentó.

Las doce daban cuando doña Margarita de Cienfuegos se presentó para decirle:

—Entrad, don Alfonso.

Este dió algunos pasos y penetró en la cámara de doña Isabel.

Encontrábase la reina sentada y apoyando un brazo en un pequeño velador que cerca de sí tenia.

A su lado y en pié habia otra persona.

Era una jóven, una de sus doncellas ricamente vestida y cuyos negros y rasgados ojos destacábanse sobre el blanco mate de su rostro encantador.

Atento á las severas leyes de la etiqueta, no fijó don Alfonso la atencion en la jóven de los ojos negros, y haciendo profundas reverencias, adelantó hasta el centro de la cámara.

Aunque ligeramente, se arrugó el entrecejo de doña Isabel.

Palidez cadavérica cubrió el rostro de su doncella.

Debió ésta sentir que las fuerzas la abandonaban, porque sin miramiento alguno alargó una mano y se apoyó en el respaldo del sillon que ocupaba su señora.

La otra mano la colocó sobre su pecho.

Hubieran podido contarse entonces los latidos violentos de su corazon.

Con afan indescriptible fijóse su mirada en el caballero.

Reinó por algunos instantes un silencio profundo.

El señor de Guevara esperó en actitud respetuosa, ó más bien humilde, con la cabeza inclinada y fija la mirada en el pavimento.

Por fin dijo la reina:

—He de hablaros de sucesos desagradables; pero concluiré por haceros feliz.

—Señora, me considero muy honrado al escuchar á vuestra majestad.

—¿Recordais todas las circunstancias de la muerte de vuestra hija?

—¡Mi hija!—exclamó don Alfonso, extremeciéndose



—¡Angélica!—gritó el caballero con voz sorda.

convulsivamente.—¡Otra vez mi hija!... ¡Ah!... Señora, suplico á vuestra majestad...

—Espero vuestra contestacion.

—¡La muerte de mi hija!—murmuró don Alfonso.

Y levantó la cabeza para dirigir al cielo una mirada suplicante.

La escena que entonces tuvo lugar no puede describirse.

Su mirada encontró la de Angélica.

Permaneció ésta inmóvil como una estátua.

Todos sus miembros temblaban convulsivamente.

—¡Angélica!—gritó el caballero con voz sorda.

El sombrero se escapó de sus manos.

—¡La sombra de mi hija!—exclamó.

Y extendió los brazos y empezó á retroceder como quien huye de un fantasma.

Sus ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, habian perdido el brillo.

El desdichado lo vió todo confuso, todo informe.

Sus fuerzas empezaron á menguar rápidamente.

Doblábanse sus rodillas.

Un sudor copioso y frio inundaba su rostro.

Apenas podia respirar.

Retrocediendo llegó hasta una de las paredes, apoyando allí la espalda.

Su voz ronca murmuraba sin cesar.

—¡Angélica, Angélica!... ¡Mi hija!... ¡Su sombra!... Huye... No me acuses, porque mi deber es mirar por la honra de la familia... Compadéceme, hija mia, compadéceme y aléjate, vuelve á tu sepultura...

—¡Padre mio!—exclamó al fin la desdichada jóven sin poder contenerse.

—Aparta, aparta...

—Soy vuestra hija,—dijo Angélica, corriendo para abrazar á su padre.

—Sí; pero...

—Me creyeron muerta; pero estaba viva, y sino volví á vuestro lado, fué por temor de que me obligáseis á ser esposa del miserable don Iñigo.

—¡Oh!...

—Abrazadme y os convencereis de que no soy un espíritu... Un hombre generoso me amparó, y apenas nuestra soberana descubrió el secreto de mi existencia, cuando se os iba á decir que vuestra desgraciada hija vivia, fray Fulgencio os engañó y me llevásteis al convento de Maravillas...

—No entiendo... Sí, ya recuerdo... No sé... ¡Ah!... Mi cabeza, mi cabeza... ¿Pero es verdad que no has muerto?

—Abrazadla,—dijo imperiosamente la reina.

Maquinalmente estrechó don Alfonso á su hija contra su pecho.

—No puedo mas, no puedo mas,—dijo con voz que por instantes se oscurecia.

Y apenas se desprendió el señor de Guevara de los brazos de Angélica, tambaleóse y cayó pesadamente sobre el pavimento.

—¡Padre de mi alma!—gritó Angélica fuera de sí.—Lo hemos matado...

—No,—dijo la reina.

Arrodillóse la jóven y levantó cariñosamente la cabeza de su padre.

Doña Isabel llamó.

—Un médico,—dijo,—todos los médicos de Madrid... Corred, corred.

Mientras los unos obedecian esta órden, otros levantaban al caballero y lo llevaban á una habitacion, colocándolo en una cama.

La reina quedó sola.

¿Qué sentia y qué pensaba la infeliz en aquellos momentos?

Lo único que podemos decir es que colocó ambas manos sobre su pecho, oprimiéndoselo con fuerza convulsiva y exclamando:

—¡Ah!... Pronto serán felices, completamente felices... ¿Y yo?

—Tambien,—respondió una voz varonil.

Y se levantó una cortina y apareció el jóven monarca.

Extremecióse la reina, volvióse, miró á su esposo, exhaló un grito incalificable y exclamó con acento que parecia llevarse tras sí el alma:

—¡Luis, Luis!

—¡Isabel, Isabel!

No pudieron articular una sílaba más.

Estrecháronse entre sus brazos.

Juntos latian aquellos dos corazones henchidos de ternura.

Al fin se habia pronunciado la primera palabra.

Habian sufrido mucho, habian sido las criaturas más

desdichadas; pero en aquellos momentos eran completamente felices.

¿Cuánto tiempo duraria su felicidad?

Muchos años si no hubiese tenido en contra el ódio de doña Isabel de Farnesio; muchos años si el astuto capuchino hubiera dejado de existir al emprender su viaje al real sitio de San Ildefonso.

Una hora despues habia recobrado el conocimiento el padre de Angélica.

Los médicos declararon que la enfermedad estaba en el cerebro y habia sido producida por una violenta conmocion; pero aseguraron que el caballero se salvaria.

En poco tiempo era el segundo ataque de esta clase, pues el lector recordará que lo mismo habia sucedido al señor de Guevara el dia en que Angélica fué llevada al convento.

Las seguridades de los médicos devolvieron la tranquilidad á la infeliz jóven.

Aún quedaba por resolver el asunto del casamiento; pero sobre este punto no abrigaban temores nuestros amigos.

Cundió rápidamente la noticia de la resurreccion de Angélica de Guevara.

Todos sus amigos fueron á verla; pero ella á nadie recibió, porque queria ocuparse solamente de su padre.

Tambien á oidos del señor de Covadonga llegó el relato del suceso.

No debia sorprenderse don Iñigo, puesto que ya sabia que no habia muerto Angélica de Guevara; pero sí le desagradó mucho que ésta se encontrase en palacio,

pues su aparicion era señal positiva de que Felipe iba ganando terreno.

El rey volvió á su cámara sin que nadie se apercibiese de que habia visto á su esposa.

Un júbilo inmenso hacia sonreir á la jóven y desdichada reina.

—¡Ya he triunfado!—exclamó.

Así era, puesto que pensaba en Angélica como hubiera podido pensar en una hermana, y desde aquella noche miró al paje como al mejor de sus amigos, como á un hermano; pero nada más.

¿Y Marcelo?

Aún no habia parecido.

Doña Margarita y el paje pensaban á todas horas en el antiguo sacristan.

Las explicaciones que Angélica dió á sus amigos hicieron que éstos se sorprendiesen al ver que Crisanto no se presentaba tampoco.

Fácilmente averiguaron que fray Fulgencio habia salido de Madrid.

¿Cómo habia hecho esto en vísperas de la eleccion que tan directamente le interesaba?

Grave debia ser el asunto que le habia obligado á salir de Madrid.

No era grave, sino espantoso, horrible.

Fray Fulgencio debia regresar á la córte con un decreto de muerte.

Luis I habia querido ser hombre siquiera una vez en su vida, y esto le pareció muy peligroso á sus adversarios.

El dia en que el niño fuese hombre, seria tambien verdadero rey.

¿Qué esperanzas quedarian entonces á doña Isabel de Farnesio?

Ninguna que halagase su ambicion, y no era posible que ella se resignase á representar siempre el papel que entonces representaba.

¡Morir en el solitario retiro de San Ildefonso!

Esto, jamás.

CAPITULO LXXIV.

A quién encontró Crisanto.

Tenemos que retroceder al momento en que nos separamos del sacristan y demandadero del convento de Maravillas.

Ya dijimos que el señor Crisanto habia bajado por la calle de la Palma hasta la de San Bernardo, y añadiremos ahora que siguió por ésta en direccion á la plaza de Santo Domingo.

Más de una vez volvió á jurar como un desalmado, y siempre se sentia orgulloso, creyendo que entonces era cuando empezaba á ser hombre.

Tan radical fué el cambio que en él se operó, que pudo pensar en Angélica con la más completa calma, pareciéndole ridículo que un hombre se enamorase hasta el punto que él se habia enamorado.

—¿A dónde debo dirigirme?—se preguntaba al llegar á la embocadura de la calle de la Justa.

Y como para contestarle, atajóle el paso un hombre que le dijo:

—No tan de prisa, mi buen amigo Crisanto.

Detúvose éste, levantó la cabeza y fijó la mirada en el interpelante, que era un hombrecillo de cinco piés apenas de estatura, bastante grueso, de dulce mirada y no menos dulce sonrisa.

—¡Señor Pancracio!—exclamó sorprendido el ex-sacristan.

—El mismo soy en cuerpo y alma.

—¿A dónde vais por aquí?

—Eso debiera yo preguntároslo, pues con el lío de ropa que bajo el brazo llevais, diríase que os disponeis á emprender un viaje, mientras que yo salgo de mi casa para dar un paseo hasta la hora de comer.

—Pues si he de hablaros con franqueza, amigo Pancracio, no sé si dentro de algunas horas estaré en la córte, porque me han sucedido cosas muy extrañas y tengo que adoptar un nuevo sistema de vida.

—¿Acaso habeis dejado la sacristía?

—No la he dejado; pero me la han hecho dejar por un quítame allá esas pajas.

—Comprendo, acabais de ser víctima de una injusticia.

—Ni mas ni menos.

—Ahora os convencereis...

—Sí, recuerdo lo que muchas veces me habeis dicho.

—Os asustábais...

—Ya no me asusto de nada. ¡Vive el cielo!... Acabo de recibir una leccion demasiado elocuente. ¡Tripas de Lucifer!... La aprovecharé, os lo prometo.

—Jurais como un descreido.

—Porque ahora soy hombre,—repuso Crisanto,—mientras que antes...

—Entiendo, entiendo,—dijo Pancracio con melifluo tono y volviendo á sonreir.

—Acabo de salir del convento.

—¿Y con qué contais para vivir?

—Con mi buena fortuna.

—¿Y á dónde os dirigís?

—No lo sé.

—Pero cuando hayais consumido vuestros ahorros...

—Soy dueño de tres duros.

—Vivireis una semana, dos... ¿Y luego?

Crisanto se encogió de hombros.

—¿Pretendereis otra sacristía?—le preguntó Pancracio.

—Jamás.

—¿Habeis aprendido algun oficio?

—Ninguno.

—Entonces...

—Cuando un hombre está resuelto á hacerlo todo, no puede morirse de hambre.

El señor Pancracio fijó una mirada escudriñadora en su amigo.

Éste prosiguió diciendo:

—Vos tampoco habeis aprendido á trabajar. ¿Cómo vivís? Vuestra ropa no indica la miseria, pues es mejor

que la mia, y estais gordo y colorado, lo cual prueba que no ayunais.

—Ayuno los dias que debe ayunar todo buen cristiano, y cómo de vigilia cuando así lo manda la Santa madre Iglesia; pero los demás no me quedo sin almorzar una buena tortilla, comer un buen trozo de carne y cenar un par de pichones con su pan correspondiente y un cuartillo de vino.

—¡Oh!...

—Tengo entre manos algunos negocios y abrigo la esperanza de ser rico.

—¿Y qué negocios son esos que os permiten comer tortillas, carne y pichones?

—Señor Crisanto, no todo lo que se hace puede decirse. Soy un hombre honrado y tengo que mirar mucho por mi reputacion.

—¿Desconfiais de mí?

—No desconfio; pero habeis vivido siempre entre curas y monjas, habeis tomado por lo serio sus sermones y resulta...

—Perdonad.

—¿Me equivoco?

—Estoy convencido de que la gente que me ha rodeado es la peor, pues el que no es estúpido es hipócrita.

—¿Qué estais diciendo?

—Os hablo con franqueza.

—¡Jesús!...

—¿Os asustais?

—No me asusto; pero...

—Señor Pancracio, aunque he sido crédulo hasta hoy, no soy tonto.

—Lo cual significa...

—Que adivino lo que no habeis querido decirme.

—Podeis equivocaros...

—No me equivoco.

—Voy á deciros...

—Lo que quiero saber es si en vuestros negocios puedo tener parte.

—¿Qué habeis hecho de vuestra conciencia?—preguntó el señor Pancracio maliciosamente.

—La he dejado en la sacristía del convento.

—Pues siendo así...

—Concluyamos.

—Venid, que vamos á echar un trago en esa taberna y hablaremos como deben hablar dos buenos amigos.

—Me parece bien.

—Y si quereis que comamos juntos...

—Comeremos, porque tengo apetito, y como hay en mi bolsa tres duros...

—Yo pagaré, señor Crisanto.

—He de pagar yo, y mañana vos lo hareis.

—Por eso no hemos de reñir.

Precisamente en la misma calle de San Bernardo y á poca distancia del sitio en que estaban, habia una taberna con honores de bodegon donde Pancracio habia comido muchas veces, asegurando que allí servian á las mil maravillas.

Dirigiéronse hácia la taberna, y entusiasmado el ex-sacristan, exclamó mientras atravesaban la calle.

—¡Dia feliz!

—Señor Crisanto, estais desconocido.

—¿Pues qué dirian las reverendas madres si me viesen ahora?

Estas palabras fueron oidas por un hombre que casualmente acertó á pasar por allí.

Entraron los dos amigos en la taberna.

El transeunte se habia detenido y murmuraba:

—Crisanto, Crisanto... Habla de unas monjas... Lo que parece más insignificante tiene á veces mucho valor... Veamos... Me es enteramente igual comer aquí que en otra parte.

Y atravesó la calle tambien, y entró en la taberna.

Los dos amigos habíanse situado en el más apartado rincon.

No lejos de ellos se sentó el otro; pero volviéndoles la espalda, sin duda para no infundir sospechas.

Pancracio llamó al tabernero, diciéndole:

—Traed lo mejor que haya en vuestra casa, pues hoy queremos comer como canónigos.

El otro pidió jamon, huevos y vino.

Si el lector tiene buena memoria recordará quien es el hombrecillo de la dulce sonrisa, puesto que ya lo ha visto otra vez.

CAPITULO LXXV.

Cómo empezó Crisanto á representar su papel de desalmado.

Una hora despues salieron de la taberna.

La frente de Marcelo estaba muy contraida.

Su cabeza se inclinaba sobre el pecho.

Lo mismo el señor Crisanto que su amigo, habian bebido más de lo que aconsejaba la prudencia, y no se apercibieron de que los espiaban.

Tambien habian hablado más de lo que debian y sin cuidarse de bajar la voz, resultando de esto, que Marcelo oyese más de una vez pronunciar el nombre del célebre capuchino.

Los dos amigos, riendo á carcajadas, entraron en la calle de la Justa y se detuvieron junto á la puerta de una casa que no nos es desconocida.

Por espacio de algunos minutos continuaron allí la conversacion, que terminaron diciendo:

—¿Pero qué hacemos aquí?

—Es verdad.

—¿Estais decidido?

—Y no me arrepentiré.

—Pues entonces...

—Vamos, vamos.

Metiéronse en la casa, cuyo portal era estrecho y bastante oscuro.

Marcelo continuaba acechando.

Otra media hora trascurrió.

—Me parece,—dijo el protector de Angélica,—que por ahora nada tengo que hacer aquí.

Y se alejó, empezando á vagar por los alrededores del convento de Santo Domingo.

Acercábase el sol á su ocaso, cuando el buen Marcelo volvió á la calle de la Justa y resueltamente entró en el húmedo y oscuro portal de la miserable casa, deteniéndose junto á la puertecilla por donde habian desaparecido los otros.

Escuchó por el ojo de la cerradura y oyó la voz de dos ó tres personas que hablaban.

Si entendió lo que decian, no lo sabemos, pues únicamente podemos decir, que se separó de la puerta despues de veinte minutos y que poco despues se perdió en el laberinto de estrechas calles de los alrededores de Santa Catalina.

¿Necesitamos dar explicaciones para que se comprenda la verdadera situacion de estos personajes?

Creemos que basta recordar que la infeliz María se encontraba en las cuevas de aquella casa, y que el hom-

brecillo de la dulce voz, era uno de los que se habian fingido alguaciles de la Inquisicion.

Este miserable habia quedado definitivamente encargado de vigilar á la prisionera, y como el cumplimiento de esta obligacion apenas le dejaba algunas horas de libertad, creyó que podia sin peligro alguno compartir el trabajo con su amigo Crisanto.

Éste, en el arrebato de su desesperacion, habia aceptado las proposiciones de su amigo; pero ya sabemos que no era el señor Crisanto un miserable, y por consiguiente, cuando recobrara la calma, concluiria por arrepentirse de lo que acababa de hacer.

Cerró la noche.

Eran las ocho, y el señor Pancracio quiso salir para respirar el aire libre hasta las once.

Entretanto su amigo debia entrar en la cueva para dar algun alimento á la infeliz María.

El calor era sofocante aquella noche, porque no hay que olvidar que estamos en el mes de agosto.

Cuando quedó solo Crisanto, empezó á discurrir sobre su situacion.

Su excitacion empezaba á calmarse.

Hasta entonces habia estado aturdido.

Se pasó las manos por la frente, miró á todos lados y dijo:

—Parece que me ha caido una maldicion. Salgo de Herodes y caigo en poder de Pilatos... ¿Quiere Dios poner á prueba mi paciencia?... Creo que sí. Mas ó menos directamente, fray Fulgencio ha sido la causa de todos mis sufrimientos. Quiero huir de la comunidad, de la

encantadora rubia y de todo cuanto pueda recordarme lo que he sufrido, y la primera persona que encuentro y que me ofrece un pedazo de pan, me habla del capuchino. ¿Quién es esta mujer que está encerrada y que ha cometido, segun dice Pancracio, grandes crímenes? Lo peor de todo es que cuando fray Fulgencio sepa que yo he tomado parte en este asunto, me mirará con malos ojos, creyendo que estoy destinado á servirle de estorbo en todas sus intrigas. ¿No me encuentro ahora en peor situacion que antes? Empiezo á creer que sí. ¿Por qué no he ido á palacio á buscar á esa doña Margarita de Cienfuegos? Tal vez sin exigirme nada malo me hubiese proporcionado un pedazo de pan.

Crisanto se puso en pié y dió algunos paseos por la habitacion.

—Este lugar es triste,—decia,—y vivir aquí siempre encerrado... No, no me agrada esto; pero es el caso que ya me he comprometido, y si retrocedo será Pancracio muy capaz de cumplir su amenaza.

Hasta las nueve y media estuvo Crisanto haciéndose reflexiones sobre su extraña situacion.

La verdad es que hasta entonces no se habia dado cuenta de su propia conducta, pues aún estaba trastornado cuando encontró á su amigo.

¿Le era posible retroceder?

Por lo menos era muy peligroso hacerlo así. Le habian confiado un secreto de muchísima importancia, y no era posible que el capuchino permitiese que Crisanto quedase en libertad de cometer un abuso.

Por de pronto tenia que cumplir sus compromisos.

Tomó un pedazo de pan que habia sobre una mesa, una llave y el belon, y á los pocos minutos bajaba la resbaladiza escalera del subterráneo.

Allí se encontraba María.

Sobre un monton de paja, estaba la infeliz.

Hubiera sido difícil reconocerla.

Sus fuerzas habian menguado considerablemente, hasta el punto de que le era muy difícil sostenerse en pié.

Palidez cadavérica cubria su rostro.

Los primeros dias abrigó alguna esperanza de salir de su prision; pero la esperanza se habia desvanecido.

Más de una vez habia gritado pidiendo socorro; pero tuvo que convencerse de que su voz se ahogaba entre aquellos gruesos muros.

Habia intentado conmover con lágrimas y súplicas á su carcelero; pero éste se concretaba á suspirar y á decir:

—Veremos, veremos.

Y salia del subterráneo, dejando á la infeliz á solas con sus negras ideas.

¿Por qué la habian encerrado?

Por más que caviló, no lo adivinó.

¿Quiénes eran sus enemigos?

No los conocia, ni tampoco sospechó de fray Fulgencio, por más que Felipe hubiera asegurado que el capuchino era un miserable.

Ni por un solo momento dejó María de pensar en el desgraciado mancebo.

¿Qué habia sido de éste?

¿Habia conseguido saber que Angélica vivia?

¿Estaba todavía en el convento?

María se hubiera considerado la mujer más dichosa del mundo si hubiese tenido la seguridad de que Felipe era ya dichoso; pero esto lo ignoraba.

Lo que sufrió la virtuosa mujer no es posible concebirlo.

Fray Fulgencio no habia querido matarla, y sin embargo, la infeliz perderia la existencia en un breve plazo, ya porque no era posible vivir mucho tiempo en medio de aquella atmósfera corrompida, ya porque los sufrimientos morales aniquilaban rápidamente su organizacion.

Habíase convencido María de que el hombre de las dulces sonrisas era un miserable sin corazon, y dejó de suplicarle, mirándolo con tanto horror como desprecio.

Al crugir la puerta y acercarse Crisanto, abrió María los ojos, no precisamente para mirar á su carcelero, sino para contemplar la luz de que á todas horas carecia.

Sorprendida quedó al ver que su guardian era otro.

¿Tendria éste el corazon igualmente duro que su compañero?

Hé ahí lo que se preguntó la buena mujer, pensando además que nada perdia por hacer la prueba.

Por algunos instantes se contemplaron.

El ex-sacristan se sintió conmovido, porque no era posible mirar con indiferencia á la desdichada víctima de fray Fulgencio.

—Buenas noches,—dijo.

—Dios os guarde,—respondió María.

—Aquí os traigo la cena, que no es mejor porque otra cosa no me han dado.

María fijó en él una mirada intensa, y le dijo despues de algunos momentos:

—¿Y qué os importa que la cena sea mala?

—Pues claro es que me importa, porque á Dios gracias no tengo entrañas de tigre, y si las circunstancias obligan á ciertas personas á teneros aquí, no por eso es menos sensible que lo paseis mal.

—Perdonad,—dijo dulcemente María,—que no he querido ofenderos.

—Perdonada estais.

—¿Teneis licencia para hablar conmigo?

—Segun.

—No quiero que me digais lo que os hayan mandado callar, sino solamente que me hableis, pues como á nadie veo...

—Entiendo.

—¿Por qué no viene el otro?

—Vendrá mañana.

—Creí que lo habíais sustituido.

—Le ayudo á cumplir su penoso deber, y francamente...

Crisanto se interrumpió, porque comprendió que iba á cometer una imprudencia.

—Proseguid,—le dijo María.

—Ya no recuerdo lo que iba á decir.

—¿Sabeis por qué me tienen aquí encerrada?

—Ni lo sé, ni quiero saberlo.

—Yo tambien lo ignoro.

—Resignaos, que Dios es misericordioso y justo, y andando el tiempo...

—No,—interrumpió la pobre mujer,—no abrigo esperanza de salir de este sepulcro.

—La esperanza no debe perderse nunca.

—¿Creeis que me importa morir?

—Bien mirado, la vida es poco agradable,—dijo Crisanto sin pensar que hablaba más de lo que debia.

—Lo que me importa, lo que me atormenta horriblemente son los sufrimientos de las personas á quienes amo, de las inocentes criaturas que podrian ser dichosas si yo pronunciase una palabra, y que tal vez morirán en medio de la más horrible desesperacion. Que me condenen á pasar aquí lo que me resta de vida; que me hagan sufrir todos los tormentos imaginables, pero que no padezcan los que no han cometido ningun crímen, ni siquiera la más leve falta, que no padezcan los infelices que desde su niñez han sido víctimas de las más espantosas maldades.

Crisanto se olvidó del papel que tenia que representar, y fijó en María una mirada de profunda sorpresa.

—¿Teneis parientes?—preguntó:

—Hay una desgraciada criatura que me dá el nombre de madre.

—¿Dónde se encuentra?

—Si quereis escucharme os daré á conocer su situacion.

Creyó Crisanto que por escuchar nada perdia, y dejando en el suelo la luz, sentóse sobre una piedra y dijo:

—Ahora no tengo nada que hacer y os escucharé.

—Un miserable robó su fortuna y su nombre á un niño que no tenia más defensa que la de su pobre madre. El niño fué amparado por mí, y cuando ha llegado á ser hombre ha tenido la desgracia de enamorarse de una mujer rica y de elevada posicion.

—Esa historia se parece á la mia en lo del amor,—pensó Crisanto.

María continuó diciendo:

—La mujer amada enfermó y murió, segun aseguraron los médicos; pero en realidad no habia dejado de existir.

—Tambien eso,—dijo para sí el ex-sacristan,—se parece á lo que dicen de la encantadora rubia.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y cómo se llama esa mujer?

—Angélica de Guevara.

No es posible explicar el efecto que este nombre produjo en Crisanto.

Como si le hubiese picado una víbora, púsose en pié, fijó en María una mirada indescriptible y exclamó:

—¡Angélica!...

—Eso he dicho.

—¡La rubia de los negros ojos!...

—¿Acaso la conoceis?

—¡Angélica, Angélica!...

—Sí, la hija de don Alfonso.

—¡Oh!...

—No ha muerto, no ha muerto, y mi querido Felipe,

desesperado y trastornado por el dolor, se ha refugiado en el convento de Capuchinos de la Paciencia.

—¡Otra vez el capuchino!...

—Y dentro de pocos dias profesará, y cuando sepa que no ha muerto la mujer á quien tanto ama y que esa mujer corresponde á su amor...

—No puedo más,—gritó Crisanto.

Y llevó las manos á su cabeza y se oprimió las sienes.

Entonces fué la pobre María la que se sorprendió y aturdió.

¿Por qué sus palabras habian producido la más violenta conmocion en el nuevo guardian?

Algunos minutos pasaron sin que ninguno de los dos acertase á pronunciar una palabra.

Por fin Crisanto rompió el silencio para decir:

—Estoy aturdido... Entre unos y otros se han empeñado en hacerme perder la razon... Siempre el capuchino, siempre doña Angélica de Guevara... ¿De qué me ha servido alejarme de ella?... ¿No estoy soñando?... ¡Dios mio!...

—¿Pero qué os sucede?—preguntó María.

—¿Pues no lo estais oyendo?

—No entiendo lo que decís.

—Me hablais de la hija de don Alfonso de Guevara,—repuso Crisanto.

—Que no ha muerto.

—Lo sé por mi desgracia.

—Vos tambien conoceis ese secreto...

—Y caro me cuesta.

—¡Ah!... No, vos no sois un miserable descorazonado.

—Soy un hombre honrado, sabedlo bien; y por ser honrado me encuentro en la miseria. ¿Habíais creido que yo era un bribon como el señor Pancracio? Pues os equivocais y os lo probaré.

—Entonces no comprendo cómo os encontrais aquí.

—Las circunstancias.

—Conoceis á doña Angélica...

—Sí.

—Tal vez conocereis á mi Felipe.

—¿Y quién es ese Felipe? ¡Vive el cielo!... Quiero acabar de una vez.

—Felipe es mi ahijado.

—Sí, el que se enamoró de la hija de don Alfonso y se ha ido al convento de Capuchinos.

—Antes era paje...

—Me parece que un paje no ha debido aspirar á la mano de una mujer como doña Angélica de Guevara. Yo era un pobre sacristan, y cuando conocí el secreto...

—Tened entendido que mi Felipe era paje de la reina.

—¡Paje de la reina!

—Y sus padres eran muy ricos y de noble cuna.

—Eso es otra cosa; pero...

—Decís que sois un hombre honrado.

—¿Lo dudais?

—Me habeis ofrecido pruebas...

—Sí.

—Pues si teneis corazon, sino sois un miserable como

los que me han encerrado aquí, debeis ir á palacio, preguntando allí por doña Margarita de Cienfuegos.

—¡Otra vez doña Margarita!

—¿Quién os ha hablado antes de esa ilustre dama?

—¿Quién ha de ser sino doña Angélica?

—Pero si la hija de don Alfonso habia desaparecido...

—Sí; pero como yo era el sacristan, aunque dijeron que se llamaba María y que estaba loca, es el caso que sus negros ojos... ¡Vive el cielo!... El doctor Cebollino empezó á sacarme de dudas, y como no pude encontrar á Marcelo...

—¡Marcelo!...

—Eso es, el que vivia en la casa de Tocame-Roque.

—¡Dios mio!...

—Me fuí derechito á don Alfonso, y aunque el capuchino es un bribon, me hizo un gran beneficio, porque me dijo la verdad, y luego ella... ¡Oh!... Con sus manos blanquísimas y suaves... De todo ello resulta que la reverenda superiora es una estúpida y que el padre capellan, sino es tonto, es hipócrita, y yo he pagado agenas culpas, mientras que los demás se rien y lo pasan muy bien.

El pobre Crisanto se pasó las manos por la frente, que tenia inundada de sudor, y con desiguales pasos empezó á recorrer la cueva.

Lo que acababa de decir era incomprensible.

La infeliz y sencilla mujer estaba cada vez más confusa y aturdida.

El fraile, la monja, el capellan, los conventos, el doctor Cebollino, Marcelo y la casa de Tocame-Roque,

don Alfonso de Guevara y doña Margarita de Cienfuegos.

¿Qué significaba todo esto?

Era imposible que lo entendiese María.

Sin embargo, la infeliz sentia reanimarse.

—Sosegaos,—dijo.

—¡Que me sosiegue!...

—Debemos explicarnos con calma y así nos entenderemos.

—No puedo permanecer mucho tiempo aquí.

—Habeis dicho antes que desde hoy compartís con el otro carcelero el trabajo de vigilarme.

—Sí.

—Pues bien; hablaremos más tarde ó mañana.

—Cada minuto ha de parecerme un siglo.

—Creo que os han engañado...

—Tal vez.

—Se os presenta la mejor ocasion de hacer vuestra fortuna.

—Lo que deseo es vivir en paz.

—En este asunto está interesada la reina.

—¡San Crisanto me asista!—exclamó el ex-sacristan con acento de terror.

—Y tambien el rey.

—¡Jesús!...

—Y otros personajes.

—Basta, basta.

—Idos; pero no os olvideis...

—Descuidad, descuidad.

El señor Pancracio no debia tardar en volver, y

Crisanto tomó la luz, despidióse de María y salió de la cueva.

El buen hombre era otra vez lo que siempre habia sido.

Apenas pudo dormir aquella noche.

A la mañana siguiente volvió á salir Pancracio para ir al convento de Capuchinos á preguntar si habia vuelto fray Fulgencio.

Crisanto aprovechó la ocasion para entrar en explicaciones con la prisionera.

¿Para qué hemos de repetir su conversacion?

Hablaron detenidamente y con la mayor franqueza.

Una hora despues salió Crisanto poseido de horror.

Su primer impulso habia sido devolver á la prisionera la libertad; pero no lo hizo porque temió ser víctima de un engaño.

Antes de adoptar resolucion alguna, quiso reflexionar.

A las once volvió Pancracio y pregunto á su amigo.

—¿No quieres salir á dar un paseo?

—Sí,—respondió Crisanto.

—Pues yo entraré la comida á nuestra prisionera.

—Pronto volveré, porque no tengo que hacer otra cosa que respirar el aire libre.

Y tomando su capa y su sombrero, salió el ex-sacristan.

CAPITULO LXXVI.

Susto tras susto.

No sabia Crisanto adonde dirigirse: habia salido para moverse, para respirar el aire libre, desaturdirse y reflexionar.

Su conciencia no le dejaba vivir.

Acababa de comprender que se habia hecho cómplice de un crímen horrible, y á toda costa queria poner remedio al mal.

Su amigo le habia amenazado; pero entre las amenazas y lo que sufria, no hubiera podido decir lo que era peor.

No bien hubo dado diez ó doce pasos fuera de la casa, cuando sintió que una mano se ponia sobre uno de sus hombros.

Detúvose Crisanto, extremecióse violentamente y volvió la cabeza, encontrándose con un hombre que le era completamente desconocido.

El rostro de éste aparecia contraido, y su mirada era penetrante y dominadora.

—Supongo que os habeis equivocado,—dijo Crisanto.

—No, no me equivoco,—respondió el de la contraida frente, que era Marcelo.

—¿Acaso me conoceis?

—Sí.

—Pues yo no recuerdo haberos visto en mi vida.

—Lo cual no es inconveniente para que hablemos,—repuso el protector de Angélica.

—Ya os escucho.

—Habreis de tomaros la molestia de acompañarme, porque este sitio no es el más á propósito para tratar de asuntos graves.

Acrecentó la intranquilidad de Crisanto.

—Debeis comprender,—replicó,—que tratándose de un desconocido...

—Señor Crisanto, os conviene escucharme.

—¿Sabeis mi nombre?...

—Y que hace dos dias erais sacristan en un convento de monjas.

—No tengo por qué negarlo: sacristan he sido en el convento de Maravillas.

—Donde se encuentra una jóven de maneras distinguidas, de rubia cabellera, blanca tez y ojos negros...

—¡Vos tambien!...

—¿No quereis venir?

—¿Pero á dónde?

—Podemos entrar en esa taberna, donde comísteis ayer con vuestro amigo Pancracio y donde arreglásteis

cierto negocio, con el que os prometeis hacer vuestra fortuna.

Tembló Crisanto.

No dudó de que su crímen habia sido descubierto.

Quiso hablar y no pudo.

—Vamos, vamos,—dijo Marcelo con fria calma.

El infeliz Crisanto lo siguió.

Entraron en la taberna y pidieron vino por pedir algo.

El protector de Angélica rompió el silencio para decir:

—En esa casa de donde acabais de salir, hay encerrada una infeliz mujer.

El rostro de Crisanto se tornó lívido.

Algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

No pudo hacer más que exhalar un suspiro.

Marcelo añadió:

—¿Me equivoco?

Y como el otro no contestase, dijo:

—Si no quereis hablar, es inútil que permanezcamos aquí.

—No os entiendo.

—Esa mujer está encerrada por órden de fray Fulgencio.

—¡Ah!...

—Ya debeis haberla visto...

—Os equivocais, os equivocais.

—Entonces hemos concluido,—dijo Marcelo, poniéndose en pié.

—¿Ya os vais?

—Sí, porque acabo de convencerme de que este asunto no puede ponerlo en claro sino la justicia.

—Soy un hombre honrado.

—No lo dudo.

—Mi honradez y mi buen corazon, me han puesto en la situacion más crítica...

—Señor Crisanto, quiero creer que habeis tenido un momento de ofuscacion.

—Me han obligado, tratándome injustamente.

—Sin embargo, cuando la justicia os pida cuentas de vuestro proceder...

—¿Quién sois, quién sois?

—Un pobre como vos.

—Os juro otra vez que soy honrado...

—No hace mucho tiempo era yo sacristan de la parroquia de San José.

—¡La parroquia de San José!...

—Vivia en la casa de Tocame-Roque...

—¡Marcelo, Marcelo!—exclamó Crisanto.

—¿Cómo habeis adivinado mi nombre?

—¡Oh!...

—Responded.

—¡Dios mio!...

—No saldreis de aquí sin haberme dado explicaciones, y en vez de volver á esa casa donde se comete un crímen, ireis á la cárcel.

—¡Compasion, compasion!...

—Hablad, hablad,—replicó el protector de Angélica con imperioso tono.

No es posible comprender el estado de agitacion

violenta y turbacion profunda del infeliz Crisanto.

No necesitaba Marcelo que le dijese más para convencerse de que en la casa de la calle de la Justa se encontraba la infeliz María.

Y en cuanto á la hija de don Alfonso, tampoco podia dudar que estaba en el convento de Maravillas.

Quiso Crisanto reflexionar; pero sus ideas eran confusas.

No habia nacido para ser malo.

Su energía, al verse tratado injustamente, era una energía falsa, y habia desaparecido.

Además se le presentaba la ocasion de acabar de poner en claro todo el misterio que habia sido causa de su perdicion, y como el que cierra los ojos para saltar y salvar un abismo, como único medio de librarse del enemigo que lo persigue, así el pobre Crisanto, sin más meditacion, decidióse á decir la verdad.

Esta resolucion tenia por lo menos la ventaja de probar su honradez.

—Escuchad,—dijo.

Marcelo volvió á sentarse, apoyó los brazos en la mesa y fijó su penetrante mirada en el buen Crisanto.

Entonces éste, como mejor pudo, refirió cuanto le habia sucedido desde el dia en que Angélica entró en el convento, terminando con lo que habia hecho en la casa de la calle de la Justa.

Marcelo escuchó sin articular una sílaba, y luego con su inalterable calma dijo:

—Reflexionad, y os convencereis de que habeis cometido una torpeza, pues ante todo debísteis ir á palacio

y presentaros á doña Margarita de Cienfuegos; pero aún no es tarde, y favoreciendo la justicia y dando una prueba más de honradez, podeis hacer vuestra fortuna.

—Sí, veré á doña Margarita de Cienfuegos, declararé la verdad y me complaceré en que los criminales queden castigados. Ahora comprendo que me trastornó la desesperacion; pero no sirvo para criminal, y el tiempo no os dejará duda de la rectitud de mis intenciones.

—Este asunto terminará muy pronto.

—Decidme lo que he de hacer.

—Volvereis á esa casa y continuareis representando vuestro papel.

—No, eso no.

—Es preciso.

—Pero si la justicia descubre el crímen...

—Descuidad, que uno de vuestros protectores será el mismo rey.

—¡El rey!...

—Mañana á estas horas volvereis á salir con pretesto de pasear.

—¿Os encontraré por aquí?

—No.

—Entonces...

—Ireis adonde se os antoje y á las cuatro de la tarde os presentareis en palacio, que para entonces todo habrá concluido.

—Tengo miedo.

—Algo habeis de sufrir para hacer vuestra fortuna.

—Señor Marcelo...

—No os detengais, porque es preciso evitar que sospeche el miserable Pancracio.

—¿Y fray Fulgencio?

—No está en Madrid.

—Pero volverá, y os confieso que un fraile me infunde más terror que todos los alguaciles y calabozos del mundo.

—Descuidad, que conozco demasiado bien á los frailes y ya sé cómo he de entenderme con ellos.

No acababa de tranquilizarse Crisanto, pero le fué preciso obedecer.

Salieron de la taberna y se separaron.

Marcelo tomó hácia Santo Domingo.

El otro se volvió á la calle de la Justa.

CAPITULO LXXVII.

Marcelo es cruel cuando quiere ser generoso.

Llegó la noche.

Dieron las nueve.

Don Iñigo de Covadonga encontrábase en su casa.

Solo en un gabinete habíase paseado por espacio de media hora.

Luego se habia dejado caer en un sillon y cruzando los brazos y cerrando los ojos, quedó inmóvil.

No dormia.

¿En qué pensaba?

Fácil es adivinarlo: pensaba en su crítica situacion y en doña Margarita de Cienfuegos.

¡Margarita!...

No podia olvidarla el caballero.

La amaba con más ardor cada dia y su pasion empezaba ya á ser un vértigo.

Aquel dia habia sufrido como nunca el señor de Covadonga.

Habia ido al convento de Capuchinos en busca de la tranquilidad, pero fray Fulgencio no habia regresado.

¿Qué sucederia si el capuchino prolongaba su ausencia?

Esto se preguntaba don Iñigo cuando se presentó un criado diciéndole:

—Señor, acaba de llegar un hombre decentemente vestido y que pide hablar con vuestra señoría para un asunto muy grave y muy reservado.

Se contrajo más de lo que estaba la frente de don Iñigo.

—¿Cómo se llama?—preguntó.

—No lo ha dicho.

—Pues no lo recibiré.

El criado salió, volviendo á los pocos segundos para decir:

—Ese hombre insiste en ver á vuestra señoría.

—¡Vive el cielo!...

—Asegura que vuestra señoría no lo conoce; pero que viene de parte de un sobrino de vuestra señoría.

Estas palabras hicieron temblar al caballero, que dudó algunos instantes y luego dijo:

—Que entre.

Presentóse Marcelo.

No parecia el mismo que siempre.

Aquella noche, sin que se supiese por qué, era imponente su aspecto, ó al menos así le pareció á don Iñigo de Covadonga.

Sin pronunciar una palabra se contemplaron aquellos dos hombres.

El semblante del protector de Angélica revelaba la más perfecta tranquilidad.

Don Iñigo empezó á tener miedo.

—¿Quién sois?—preguntó con voz insegura.

Marcelo respondió con una calma que en aquellos momentos era espantosa:

—Hace diez y siete años era yo feliz...

—¡Oh!...

—Pronto perdeis la paciencia, don Iñigo.

—Sois Marcelo...

—No os equivocais: soy el pobre Marcelo, el testigo de vuestros crímenes, y por si lo dudais, os enseñaré la cicatriz de la herida que abrió en mi pecho vuestra cobarde mano.

—¡Miserable!—gritó el caballero fuera de sí y poniéndose en pié.

—Don Iñigo de Covadonga,—repuso Marcelo,—ha llegado el momento y es preciso que me escucheis, porque vengo para daros la última prueba de generosidad, vengo á salvaros.

El señor de Covadonga, con los ojos extremadamente abiertos, permaneció inmóvil.

Marcelo, siempre con la misma calma, prosiguió diciendo:

—Ya no puede amenazarnos vuestro cómplice el capuchino, porque se ha salvado doña Angélica de Guevara...

—No lo ignoro.

—Se ha salvado tambien la infeliz á quien Felipe da el nombre de madre.

Don Iñigo rugió sordamente.

—Vuestro sobrino se contenia, porque la virtuosa mujer que lo ha criado estaba en poder de sus enemigos; pero ya no se detendrá ante ninguna consideracion, y ansioso de castigar al que le ha robado su nombre y su fortuna, y más ansioso aún de vengar á su desgraciada madre, os entregará mañana mismo á la justicia para que el verdugo acabe con vuestra existencia.

El señor de Covadonga volvió á sentarse.

Llamaradas de ira se escapaban de sus ojos.

Apenas podia respirar.

—Yo,—prosiguió diciendo Marcelo,—no quiero que vuestra vida acabe en manos del verdugo; quiero que la justicia triunfe, quiero que los inocentes dejen de sufrir; pero no quiero que se consume la venganza. Habeis sido criminal, escapareis á la justicia de los hombres; pero más tarde sereis juzgado por el Omnipotente. Hemos luchado, hemos triunfado, y no deseo más. Si yo permitiese que Felipe se vengase, algun dia el recuerdo de su venganza satisfecha, turbaria su felicidad.

—¡Venís á salvarme!—murmuró con voz sorda y amargo tono el caballero.

—Sí, os salvaré, para que vuestro noble sobrino pueda ser completamente dichoso. Reunid vuestro dinero y alhajas, huid, y cuando hayais desaparecido, pondré en brazos de Felipe á la mujer que le ha servido de madre. Entonces, sin temor alguno, pedirá para vos el castigo más terrible: pero como no os encontrarán...

—Comprendo, comprendo... ¡Oh!...

—Yo tambien he tenido sed de venganza. Cuando asesinásteis al hombre honrado á quien amé como á un padre, sufrí, os lo confieso, porque creí que en el mismo crímen habíais encontrado el castigo, terminando vuestra existencia sin que yo hubiera podido gozar con vuestra agonía.

—¿Y por qué suponíais eso?

—Mirad vuestra mano izquierda.

—Sí, la cicatriz de la mordedura del perro...

—El perro murió con síntomas de hidrofobia, y debí suponer...

No pudo Marcelo proseguir, porque el señor de Covadonga lo interrumpió con un grito incalificable.

Una violenta sacudida nerviosa le hizo ponerse en pié.

Su mirada se fijó con extravío en Marcelo.

Se sintió éste tan vivamente impresionado, que no acertó á pronunciar una palabra.

No comprendia por qué lo que acababa de decir, habia producido semejante efecto en el señor de Covadonga.

Quedó inmóvil el caballero.

Parecia haberse petrificado.

Sus ojos se abrian más y más.

Respiraba muy trabajosamente.

Un temblor convulsivo agitaba sus miembros.

—¿Qué habeis dicho?—preguntó despues de algunos minutos.

—La verdad.

—Creíais que yo... ¡Ah!... Creíais...

—Sí, creí que habíais muerto á consecuencia de la espantosa enfermedad, cuyos síntomas se presentaron en el fiel mastin. Confieso francamente mi pecado, y tuve un pesar porque no podia vengarme, porque segun os he dicho, no podia gozar con los tormentos de vuestra agonía. Consulté con un médico, y me dijo que la hidrofobia no tiene un período fijo de incubacion, si bien es lo general que se desarrolle á los cuarenta dias. Refirióme algun caso, cuyo período de incubacion habia durado más de veinte años, y esto hizo renacer mis esperanzas, que reconozco eran criminales; pero ahora que puedo satisfacer mi venganza, renuncio á ella y hago mucho más, pues estoy firmemente decidido á estorbar que se vengue Felipe.

Sintió don Iñigo que se erizaban sus cabellos.

—Sois generoso,—murmuró.

Y dejó escapar una carcajada nerviosa.

Luego retrocedió algunos pasos.

Su rostro se desfiguraba por instantes.

Su mirada se fijaba con terror profundo en Marcelo.

Volvió á dejarse caer en una silla.

—Proseguid,—dijo.

—Fray Fulgencio, como debeis saber, ha detenido el golpe, amenazando con quitar la vida á la virtuosa mujer que ha servido de madre á Felipe.

—Es verdad.

—Pero yo he conseguido averiguar dónde María se encuentra, la he libertado de la saña de su verdugo, y la devolveré al que ama como á un hijo.

—Bien, muy bien,—repuso el caballero como si hablase maquinalmente.

—Esta misma noche podeis partir, y caminando todo el dia de mañana...

—Me alejaré, sí, me alejaré...

—Pasado mañana será tarde.

—Gracias,—dijo irónicamente el señor de Covadonga.

—No he venido á buscar vuestra gratitud, sino á cumplir mi deber. Huid, ocultaos, arrepentíos y suplicad al Omnipotente que os perdone como yo os perdono.

El caballero siguió mirando con expresion estóica al honrado Marcelo.

Aún no habia comprendido éste que al querer mostrarse generoso, habia sido cruel hasta el último grado de la crueldad.

—Dios os proteja,—dijo.

Y salió.

Don Iñigo miró á todos lados, se oprimió las sienes y exclamó:

—¡Rabioso, rabioso!... ¡Oh!...

Y llevó las manos á su pecho, y se preguntó:

—¿Qué tengo aquí?... ¿Es la hoguera de mi pasion fatal?... ¿Es el veneno inoculado en mi mano por la dentadura del fiero mastin?... Quiero salir de dudas.

Don Iñigo hizo un esfuerzo verdaderamente sobrenatural, tomó la campanilla que habia sobre una mesa, y la agitó con fuerza convulsiva.

Presentóse un criado.

—Corred,—gritó el caballero,—buscad al médico,

que venga inmediatamente, y si no lo encontrais, buscad otro... Pronto, pronto.

El sirviente salió.

Don Iñigo empezó á pasearse.

Su agitacion crecia; pero se esforzaba para disimular.

Una hora pasó, que fué para el miserable una eternidad de espantosa agonía.

Deseaba salir de dudas, y esto era lo peor que podia sucederle.

—Ese hombre exagera,—solia decir,—ha querido atormentarme... ¡Oh!... Huiré, sí... ¿Y fray Fulgencio?... El miserable hipócrita me abandona... Me ha robado, porque no es otra cosa lo que ha hecho... ¿Por qué no lo he matado?... Es más criminal que yo, mucho más, y sin embargo quedará tranquilo... ¡Ah!... Lo acusaré y me vengaré.

Presentóse el médico.

—Sentaos,—le dijo el señor de Covadonga.

—¿Estais enfermo?... Vuestro criado me ha sorprendido desagradablemente...

—Me encuentro en buena salud.

El hombre de la ciencia fijó su mirada inteligente en don Iñigo, y dijo para sí:

—Eso no es verdad.

Y luego añadió en voz alta:

—Estoy á vuestra disposicion, caballero.

—Cuando haya terminado la consulta, que os parecerá extraña, os daré explicaciones; pero ahora no es menester deciros más, sino que se trata de un amigo mio á

quien quiero como á un hermano, y deseo salir de dudas, porque su vida me interesa mucho.

—Sin ver al enfermo, poco ó nada podré deciros.

—No es menester que lo veais para que me saqueis de dudas.

—Decid.

—¿Hay algun ejemplo de personas que despues de haber sido mordidas por un perro rabioso se hayan librado de la muerte?

—No tengo noticias de ningun caso.

—Dicen que el período de incubacion de la hidrofobia dura por lo general cuarenta dias.

—Así es.

—¿Y puede durar mucho más?

—Algunos meses tambien.

—¿Y años?

—Sí.

—¿Muchos?

—Casos hay,—repuso friamente el médico,—en que la enfermedad no se ha desenvuelto sino despues de más de veinte años.

—¡Veinte años!—murmuró don Iñigo con sorda voz.

—Desgraciadamente la ciencia no ha podido hacer muchos progresos sobre ese punto. El período de incubacion no puede fijarse con seguridad; no puede tampoco decirse qué circunstancias influyen para que ese período sea mas ó menos largo, y por último, y esto es lo peor, no se conoce remedio para combatir el mal.

—Y la agonía debe ser...

—La más espantosa.

—Y hasta los parientes más cercanos del enfermo, hasta sus propios hijos...

—Todos huyen.

—El enfermo se vé abandonado...

—No, porque se aprovecha uno de los períodos de calma, una de las reacciones en que el paciente queda enervado, y se le sujeta fuertemente, dejándolo así hasta que concluye su existencia.

—Basta, doctor, basta.

—Siento no poderos dar noticias más consoladoras, y si vuestro amigo...

—Hace diez y siete años fué mordido por un perro, que presentó los síntomas de la hidrofobia; pero no se sabe si murió de esta enfermedad, ó á consecuencia de la puñalada que le dió mi amigo para defenderse.

El médico movió tristemente la cabeza.

—Mi amigo ha ignorado esta circunstancia.

—No es prudente decirle que el perro estaba hidrofóbico, porque la imaginacion ejerce en nuestros órganos una influencia poderosísima, y el temor de verse atacado de tan espantosa enfermedad, es bastante para que ésta se desarrolle.

—¿Lo creeis así?

—Os referiré un caso.

—Sí.

—Dos personas fueron mordidas por un perro. La mordedura fué muy leve. Uno de ellos partió aquel mismo dia para América, y preocupado con su viaje y sus negocios, no volvió á pensar en el perro. El que quedó en España murió antes de dos meses.

—¿Y el otro?

—Trascurrieron más de veinte años. Se habia establecido en América, y encontrándose casualmente con otro español, pensó en su antiguo amigo, y preguntó si aún vivia. «Murió hace más de veinte años, le respondieron, á consecuencia de una leve mordedura de un perro rabioso.»

—¡Oh!...

—A las veinticuatro horas se desenvolvió la hidrofobia en el que habia pasado tranquilamente más de veinte años, lo cual prueba la influencia de la imaginacion sobre las funciones de nuestros órganos.

—No necesito saber más,—replicó don Iñigo con voz insegura.

—Mucho debeis querer á vuestro amigo, porque estais pálido, agitado...

—Sí, mucho lo quiero... En caso de apuro os avisare... Buenas noches, doctor.

El médico se despidió cortesmente y salió.

—Necesito olvidar,—dijo el caballero,—necesito olvidar... ¿Lo conseguiré?... ¡Oh!...

Y empezó á ocuparse en reunir sus alhajas de más valor y todo el oro de que podia disponer.

Queria partir al rayar el dia, y á la una de la madrugada se acostó para descansar dos ó tres horas, dando antes las órdenes oportunas para que estuviese preparado lo más preciso de su equipaje.

Empero no pudo conciliar el sueño, y á las cinco de la mañana se levantó.

Estaba convulso.

Su rostro se habia desfigurado hasta el punto de llamar la atencion de sus sirvientes.

Con uno de estos no más debia partir; pero cuando intentó hacerlo comprendió que le faltaban las fuerzas para montar á caballo.

Determinó entonces ir en uno de sus carruajes aunque no pudiese caminar con tanta rapidez.

Para hacerlo así dió nuevas órdenes.

No tardaron en cumplirlas más de media hora.

En tan poco tiempo se habian agotada las fuerzas de don Iñigo.

No le era posible al desdichado apartar un instante de su memoria el perro.

Lo que sufria en aquellos momentos terribles no puede hacerse comprender.

Las explicaciones que le habia dado el médico le infundian doble terror.

Le era forzoso perder al menos algunas horas.

Puesto que Marcelo le dejaba todo aquel dia y la noche, tenia tiempo para consultar nuevamente con el médico.

Mandó que buscaran á éste.

A las nueve de la mañana el señor de Covadonga se encontraba en el lecho.

El médico no se habia movido de allí.

Recetaba sin cesar y observaba.

Los criados iban y venian.

A las doce se sabia en Madrid que el señor de Covadonga estaba enfermo; pero nadie sabia cuál era su enfermedad.

Algunos amigos fueron á visitarlo; pero ninguno fué recibido por el paciente.

Ni éste queria ver á nadie, ni el médico tampoco lo permitia, pues era preciso evitar á toda costa que se sospechase la verdad antes de que ya no quedase duda de la clase de enfermedad.

Lo dejaremos para saber lo que en palacio sucedia.

CAPITULO LXXVIII.

Nuestros amigos corren inútilmente.

A las ocho de la mañana empezó á decirse en la morada real:

—El rey está enfermo.

Acudieron los médicos, pero no les fué posible clasificar la enfermedad, pues no encontraron mas que una fiebre bastante intensa, que algunos calificaron de sintomática.

La reina se situó junto al lecho de su esposo, resuelta á no moverse de allí.

A las doce su majestad se encontraba peor.

A las cuatro de la tarde era grave su estado, y á esta hora Marcelo se situó cerca del palacio para aguardar á Crisanto y estorbar que éste hablase con doña Margarita, cumpliendo así su promesa de dejar á don Iñigo en completa libertad hasta el dia siguiente; pero

sucedió que Crisanto, en vez de subir por el camino que desde el Prado conducia á la morada real, internóse entre la arboleda y no fué visto por Marcelo.

Este aguardaba mientras aquel entró en palacio, preguntando por doña Margarita de Cienfuegos.

Quiso la casualidad que la pregunta la hiciese á un empleado de carácter bondadoso, que mostrándose atento, llevó á Crisanto adonde se encontraba la dueña de doña Margarita.

Y la casualidad quiso tambien que de buen humor aquel dia, la vieja sirviente diese aviso á su señora.

Inmediatamente recibió la doncella al ex-sacristan, diciéndole con afable tono:

—Os he esperado uno y otro dia, porque mi buena amiga doña Angélica me habia anunciado ya vuestra visita.

—¡Doña Angélica!... ¿Acaso la habeis visto?

—Sí, porque averiguamos su paradero y fué su majestad la reina al convento de Maravillas. Nada teneis que decirme, porque conozco vuestra situacion, y desde ahora os aseguro que podeis contar con medios sobrados para vivir.

—Noble señora,—dijo Crisanto,—lo que necesito es paz.

—Estais agitado.

—Estoy aturdido, medio loco... Al salir del convento me dejé arrebatar por la desesperacion, acepté las proposiciones de un amigo y me hice cómplice de un crimen... ¡Ah!... Compadecedme y perdonadme, porque ya he recobrado la razon y estoy arrepentido.

—¡Vos criminal!... Es imposible.

—Dios lo ha querido así, porque mi debilidad ha producido un bien. Me comprometí á ser carcelero de una infeliz mujer que está encerrada en una cueva, y como esa mujer es la que ha criado á un paje de su majestad...

—¡Ah!...

—¿Comprendeis?

—María, la virtuosa María...

—La teneis en la calle de la Justa.

—Bien decís, la mano del Omnipotente... Esperad, esperad.

—Dispuesto me teneis á obedecer vuestras órdenes, noble señora.

—El rey ha caido enfermo; pero no se ocupa mas que de este asunto. Tiene el presentimiento de morir y quiere hacer justicia... Ya no podrá amenazarnos el capuchino.

No dijo mas doña Margarita.

Salió del aposento.

Pocos minutos despues hablaba con la reina, y bien pronto el rey tuvo noticia de cuanto pasaba.

—Moriré,—díjo el jóven monarca,—pero daré una prueba de que soy hombre.

Y sin consideracion á su grave estado, dió algunas órdenes que debian cumplirse inmediatamente.

Volvió á su aposento doña Margarita, reanudó la conversacion con Crisanto y entonces supo lo que habia hecho Marcelo.

Sin perder un instante habló la doncella con Felipe

y este salió de palacio, encontrando al protector de Angélica.

Entretanto se cumplian las órdenes que habia dado su majestad, y entretanto tambien fray Fulgencio llegaba á Madrid y decia:

—El rey debe estar enfermo.

¿Qué significaban estas palabras?

El capuchino debia ser depositario de algun secreto espantoso.

—Tal vez,—añadió el fraile,—quiera el niño en su agonía seguir probando que es hombre; pero en último caso, nada perderé, porque está en mi poder el dinero de don Iñigo y porque mañana seré elegido prior. ¿Qué me importará entonces la cólera de su majestad?

Felipe y Marcelo se dieron explicaciones.

La frente del segundo se contrajo mas de lo que estaba.

—Es preciso,—dijo,—que busqueis un medio para que las órdenes del rey no se cumplan hasta mañana, porque prometí á vuestro tio dejarle un plazo.

—¿Y cómo he de hacerlo?

—Don Iñigo no se ha movido de Madrid, dicen que está enfermo...

—El rey tambien, y es absolutamente imposible hablarle de ningun asunto.

—¿Y la reina?

—Al lado de su esposo.

—Pues venid.

—¿A dónde?

—A ver al señor de Covadonga para decirle que la

justicia irá á buscarlo antes de que se ponga el sol, obligándole á que huya ó se oculte, pues si así no lo hacemos, terminará su vida en manos del verdugo.

El mancebo permaneció silencioso.

—¿Vacilais?—añadió severamente Marcelo.

—No sé...

—En nombre de vuestra madre, que desde el cielo os contempla, perdonad y proteged á vuestro enemigo.

—¡Madre mia!...

—Vuestra vacilacion es una cobardía, es un crímen...

—Ya no vacilo.

Dos centellas se escaparon de los negros ojos de Felipe.

Corrieron hasta llegar á la calle de Segovia.

Entraron en la vivienda de don Iñigo.

—¿A dónde vais?—les preguntó el portero.

—A ver al señor de Covadonga,—respondió Felipe.

—Pues deteneos.

—¿Sabeis quién soy?

—No os prohibo subir, sino que os doy un consejo por vuestro bien.

Marcelo y el paje fijaron en el portero una mirada de extrañeza.

Este prosiguió diciendo:

—Ya no puede ocultarse.

—¿Pero qué sucede?

—Mi noble señor está enfermo.

—No lo ignoramos.

—De seguro no sabeis cuál es su enfermedad.

—Concluid.

—Hace diez y siete años que al señor don Iñigo le mordió un perro rabioso, y...

—¡Ah!...

—Mi noble señor está atacado de hidrofobia, han tenido que atarlo y no puede mirársele sin horror.

Nuestros dos amigos quedaron inmóviles y mudos.

Lívidos se tornaron sus rostros.

Lo que sentian no puede explicarse.

Marcelo comprendió entonces que al querer hacer un beneficio al señor de Covadonga, le habia hecho un mal.

Trascurrieron algunos minutos sin que pronunciasen una palabra.

—Ya lo sabeis,—dijo al fin el portero,—y ahora podeis hacer lo que mejor os parezca.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Si lo dudais, subid y el médico os lo dirá. Ya se ha dispuesto que venga un confesor por si es posible aprovechar un período de calma.

—Ya lo veis, mi buen amigo,—dijo tristemente á Marcelo.

—Sí, yo he querido salvarlo, pero... Siempre la mano del Omnipotente.

Inclinaron ambos la cabeza y salieron de la casa sin reparar que en aquellos momentos entraba un fraile.

Era fray Fulgencio.

—Oportunamente llegais, reverendo padre,—dijo el portero al capuchino.

—¿Pues qué sucede, hermano?

—Que se muere mi noble señor.

—¡Que se muere!...

—Y de una enfermedad horrorosa.

—Todas son iguales cuando quitan la vida.

—Hace diez y siete años le mordió un perro rabioso...

—Ya lo sé, hermano.

—Y ahora...

—Cúmplase la voluntad de Dios,—dijo gravemente el capuchino.

Y dando á besar la diestra al portero, subió la escalera.

Con las manos cruzadas y la cabeza cubierta con la capucha é inclinada sobre el pecho, presentose el fraile al desdichado don Iñigo.

Hubiera sido imposible reconocer á éste.

Sus ojos inyectados en sangre, volviéronse y fijaron en fray Fulgencio una mirada indescriptible.

—¡Ese, ese!—gritó.

Sanguinolenta espuma cubrió sus secos lábios.

Revolvióse el infeliz en cuanto se lo permitian sus ligaduras.

El portero no habia exagerado, pues era imposible mirar sin horror al caballero.

Exhaló el fraile un triste suspiro, elevó al cielo una mirada y murmuró:

—Señor Omnipotente, tened misericordia de este infeliz.

No eran momentos oportunos para que el señor de Covadonga cumpliera sus cristianos deberes, y el capuchino volvió la espalda y se alejó lentamente.

—Esto ha concluido,—dijo mientras tomaba calle de Segovia arriba.

Diez minutos despues entraba en la calle de la Justa y en el estrecho portal de la casa que ya conocemos.

Dió algunos golpes en la puertecilla.

Pancracio abrió, exclamando con acento de sorpresa:

—¡Vos aquí!...

—Hermano, no perdais un instante,—dijo el capuchino.

—¿Qué he de hacer, reverendo padre?

—Ahora mismo dejareis en libertad á esa mujer.

—Pero...

—Luego ireis á ocultaros donde mejor os parezca, y dentro de algunos dias y con las debidas precauciones, buscadme y os daré dinero suficiente para que podais alejaros de la córte y vivir como un hombre honrado.

—Me haceis temblar...

—Si temblais y os turbais, peor para vos.

—Tengo que deciros...

—Me lo direis otro dia,—interrumpió el fraile.

Y volvió á salir de la casa, encaminándose á su convento.

Pancracio no comprendia bien lo que significaba la determinacion del capuchino, pero se le mandaba huir y ocultarse y esto probaba que algun peligro amenazaba muy de cerca.

Abrió la cueva el señor Pancracio, y sin perder tiempo en bajar, gritó:

—Podeis salir cuando se os antoje, porque nadie os

estorbará el paso y encontrareis abiertas de par en par todas las puertas.

En el interior de la cueva resonó un grito.

Pancracio tomó su capa y su sombrero, salió de la casa y desapareció en pocos instantes.

Entretanto la infeliz María atravesó el subterráneo, subió la escalerilla y aspiró con avidez el aire libre.

La luz del dia hirió demasiado vivamente sus ojos, que tuvo que cerrar.

¿Por qué tan repentinamente le devolvian la libertad?

Cualquiera que fuese el motivo, era lo cierto que podia salir de su prision y volver al lado de su querido Felipe.

Empero eran muy escasas las fuerzas de la infeliz, y tuvo que sentarse para recobrar el aliento y desaturdirse.

Antes de que se diera cuenta de su extraña situacion, en la habitacion inmediata sonó ruido de pasos y de voces.

Un momento despues se presentaron algunos hombres vestidos de negro.

Eran alguaciles con un alcalde.

Delante de ellos iban Marcelo y Felipe.

—¡Madre mia!—exclamó el paje.

—¡Hijo de mi alma!—gritó María.

Abrió los brazos, hizo el último esfuerzo, extrechó contra su pecho al jóven y perdió el sentido.

CAPITULO LXXIX.

El último apuro del doctor.

Al dia siguiente dejó de existir don Iñigo de Covadonga, despues de una agonía la más espantosa, la más horrible que puede imaginarse.

Y mientras exhalaba el último suspiro, en el convento de Capuchinos de la Paciencia tenia lugar la eleccion, siendo los votos de la comunidad favorables á fray Fulgencio.

Este contraste no necesita comentarios.

¿Era posible acusar al astuto capuchino?

Ningunas pruebas podian presentarse contra él.

Sus adversarios lo habian vencido; pero no habia medio de dirigir ataque alguno contra su envidiable reputacion.

Además, para que los tribunales ordinarios pudiesen proceder contra el último de los frailes, era menester

que se justificasen causas gravísimas, pues la correccion de cualquiera otra falta correspondia, segun fuero, á la comunidad, á las autoridades eclesiásticas.

¿Quién se atreveria á decir que fray Fulgencio era un criminal?

Nadie, ni el mismo rey; y si el jóven monarca habia decidido continuar dando pruebas de que era hombre, su enfermedad no le permitia adoptar ninguna resolucion.

Imposible fué ocultar los crímenes del señor de Covadonga, porque para ocultarlos hubiera sido preciso que Felipe renunciase á sus derechos.

No se habló de otro asunto en la córte.

El paje se vió asediado por una turba de aduladores que lo felicitaban despues de haberlo mirado antes, con desden los unos, con envidia otros y con ódio algunos.

Ocho dias despues, era muy grave el estado del monarca. Se habian declarado unas viruelas malignas, complicadas con otra enfermedad que ningun médico acertó á calificar.

Quisieron que la reina se separase del lecho del augusto enfermo, para evitar así el contagio; pero la jóven declaró resuelta y terminantemente que de allí no se moveria, aunque hubiese de morir.

La jóven reina, tan torpemente juzgada, dió un ejemplo raro de abnegacion y de ternura conyugal, y preciso fué que todos la mirasen con respeto.

Uno y otro dia pasó la infeliz sin desnudarse, sin acostarse, durmiendo algunos ratos en el mismo sillon en que estaba sentada, y en los momentos en que remi-

tia un poco la fiebre, dirigia la desdichada jóven palabras de inmensa ternura á su esposo.

—Enfermo estoy y al borde del sepulcro, —decia Luis I;—pero en tan triste situacion me considero la más dichosa de todas las criaturas. Mi querida Isabel, he sido injusto contigo; quizá la fria mano de la muerte va á separarnos...

—No, no,—interrumpia desesperadamente doña Isabel.—Ahora se comprenden nuestros corazones, y no ha de ser tan cruel nuestro destino...

—Yo he nacido para sufrir, y por eso cuando empiezo á tocar la dicha, debo morir.

Ni aun sus enemigos hubieran podido escuchar con indiferencia las conversaciones íntimas de aquellas dos criaturas desgraciadas.

Entretanto don Alfonso de Guevara habia recobrado la salud, y no es menester decir que se habia reconciliado con el paje.

No podia suceder otra cosa, puesto que Felipe era ya, además de rico, noble por todos cuatro costados, y si Luis I no moria, el paje representaria un importante papel.

Felipe debia, pues, casarse con la bellísima Angélica, y el marqués de la Cruzada seria tambien dichoso con doña Margarita de Cienfuegos.

Marcelo habia cumplido su mision, y ya nada tenia que hacer.

En cuanto á María, nada deseaba.

El señor Crisanto habia recibido un empleo, y por indicaciones de Angélica, fué llamado para visitar tam-

bien al rey el doctor Cebollino, lo cual debia ser bastante para que se diese á conocer entre la gente rica.

No sabemos si el pobre Crisanto pudo al fin dominar su pasion: lo que podemos decir es que se le dió un empleo en la servidumbre real, y que sonreia como si fuese completamente feliz.

Fray Fulgencio iba diariamente á palacio y más de una vez, y con una serenidad inconcebible llegó hasta el lecho del monarca y dirigió á la reina dulces palabras de consuelo.

Doña Isabel habia tenido que contentarse con lanzar al capuchino miradas de desden ó de ódio.

Cuando se declaró que no habia salvacion posible para la vida de Luis I, otorgó éste su testamento, legando la corona á su padre.

La ambicion de doña Isabel de Farnesio quedó así satisfecha.

Cuando esto sucedió, y á las ocho de la mañana presentóse Felipe en la vivienda del doctor Cebollino.

—¡Vos en mi casa!—exclamó éste sorprendido.—¿Por qué no me habeis llamado?

—Por la sencilla razon de que no quiero que nadie sepa que he conferenciado con vos.

—Si se trata de un asunto reservado...

—Y muy grave.

—Estoy á vuestras órdenes,—dijo el médico con el acento respetuoso que se habla á la persona de quien se espera la fortuna.

El mancebo fijó su intensa mirada en Cebollino, diciéndole despues de algunos instantes:

—Doctor, á pesar de que habeis vivido oscurecido, valeis por lo menos tanto como los médicos que han adquirido más reputacion.

—Me honrais demasiado, caballero.

—Además os reconozco nobles cualidades, y creo que es imposible que de vuestros lábios salga una mentira.

—En cuanto á eso...

—Quiero haceros algunas preguntas.

—Os responderé con franqueza.

—Así me complacereis, y no os pesará.

—Señor don Felipe, os serviré por el solo placer de serviros.

—Gracias, doctor.

—Tengo el honor de escucharos.

—Habeis visto al rey.

—Ya sabeis que sí.

—Vuestra opinion difiere algo de la de vuestros compañeros.

—Algo, sí, algo en ciertos detalles, en pequeñeces; pero en la esencia, en el fondo, no. Su majestad tiene viruelas, y para conocerlo así no es menester haber estudiado medicina.

—Ciertamente; pero vos habeis sido el primero en decir que algo más que las viruelas hay.

Cebollino, que no sabia fingir, hizo un gesto de disgusto, y con voz insegura replicó:

—Sí, algo más... Complicaciones... Hay humores... Todo esto hace más difícil la curacion...

—Me habeis prometido hablarme con franqueza.

—Nada os oculto, caballero.

—El rey se muere, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Lo matan las viruelas?

—¿Y os parece poco?

—Me contestais con otra pregunta.

—Es que...

—Doctor, concluyamos, —replicó ásperamente el mancebo.

Palideció el médico y algunas gotas de frio sudor corrieron por su frente.

Felipe prosiguió diciendo:

—Habeis asegurado que algo más que las viruelas tiene el rey.

—Es verdad.

—Quiero saber el nombre de ese algo. ¿Me entendeis ahora? Supongamos que las viruelas se hubiesen complicado con una pulmonía: en este caso quiero que me digais terminantemente: «Además de la erupcion, tiene su majestad una pulmonía, que por sí sola bastaria para acabar con su existencia.» Si no es posible salvar la vida del rey, no la salveis; pero todas las enfermedades tienen un nombre, y el nombre de esa otra enfermedad es el que yo quiero conocer.

El pobre médico no acertó á contestar.

Quitóse las gafas, las limpió, volvió á ponérselas, tosió tres ó cuatro veces, sacó su caja de rapé, tomó un polvo y lo aspiró, consiguiendo emplear algunos momentos en estornudar.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los lábios de Felipe.

—Espero vuestra explicacion,—dijo.

—En verdad que me poneis en grandísimo apuro.

—¿Y por qué?

—Porque no sé cómo explicaros lo que no habeis de entender. Si hubiéseis estudiado medicina, seria distinto; pero, ¿qué conseguireis con oirme pronunciar unas cuantas palabras en griego ó en latin?

—No importa.

—Puesto que os empeñais...

—Sí.

—He de principiar diciendo que el temperamento linfático nervioso de su majestad, ocasiona ciertos movimientos de los humores que llenan los vasos del tejido celular, y que excitando ciertas membranas que están en relacion directa...

—Os molestais demasiado, doctor.

—Los médicos no sabemos explicarnos de otro modo.

—¿Concluireis por decir claramente el nombre de la enfermedad?

—Sí,—respondió Cebollino sin saber lo que decia.

—Pues figuraos ya que me habeis dado toda clase de explicaciones, que estoy enterado y...

—Comprendo, comprendo.

—¿Cómo se llama la enfermedad?

—¡Oh!...

—Hemos concluido, — replicó Felipe, poniéndose en pié.

—¿Os vais?

—Sí, voy á buscar á otro médico que quiera ser más franco.

No pudo el doctor contenerse, y con acento suplicante exclamó:

—¡Compadecedme!...

—¿Y por qué he de teneros lástima?

—Soy muy torpe...

—Todo lo adivino.

—¡Dios mio!...

—Y nada tengo que agradeceros.

—Pues bien, ya que no hay más remedio que jugar la cabeza...

—¿Os decidís?

—Estoy decidido.

—¿Me direis el nombre de la enfermedad?

—Os lo diré.

—Ya escucho.

El rostro del doctor se tornó lívido, y haciendo un supremo esfuerzo y con voz ahogada, dijo al fin:

—Puedo equivocarme como se equivocan todas las criaturas; pero en mi opinion... Su majestad... ¡Oh!... Me parece...

—Acabad.

—Presenta síntomas...

—¿De qué?

—Síntomas de...

—¡Vive el cielo!—exclamó Felipe con impaciencia.

—Acercaos, os lo diré en voz baja, porque tengo que pronunciar una palabra terrible... ¿No veis cómo tiemblo?... Me parece que las paredes han de oirme... ¡Ah!... Vos me protegereis, ¿no es verdad?

—Tranquilizaos.

—Acercaos, porque me faltan las fuerzas para moverme...

—Ya estais complacido,—dijo el mancebo.

Y se acercó á Cebollino, inclinándose para oir la palabra terrible.

El pobre doctor, como si pronunciase su sentencia de muerte, dijo con acento de terror profundo y en voz muy baja:

—Intoxicacion.

Y se dejó caer sobre el respaldo de la silla, como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

El rostro de Felipe se contrajo violentamente, y su mirada se tornó profundamente sombría.

—Tal vez,—dijo el médico despues de algunos instantes,—no sabeis lo que esta palabra significa; pero no puedo daros más explicaciones... Os contentábais con saber el nombre de esa otra enfermedad... Ya lo sabeis, caballero, ya lo sabeis... ¡Me ahogo!... Los demás médicos no han querido entenderme, y vos...

—Entiendo.

—Entonces...

—Para el vulgo esa enfermedad tiene otro nombre.

—No lo sé, señor don Felipe, no lo sé...

—El rey está envenenado.

—Callad, callad...

—Intoxicacion es lo mismo que envenenamiento...

—Callad, os digo, si no quereis verme morir... ¡Dios misericordioso!... ¿Qué va á suceder?... Yo puedo equivocarme, tenedlo así entendido, y la prueba de que me equivoco...

—Descuidad, que nadie sabrá que habeis pronunciado esa terrible palabra.

Un sudor copioso y frio inundaba el pálido y descompuesto rostro de Cebollino, que en aquellos momentos era digno de compasion.

—No os apureis,—le dijo Felipe,—que acabais de hacer vuestra fortuna.

—Mi vida está en vuestras manos.

—Buen doctor, preciso es que me conozcais... He sospechado la horrible verdad, y he querido convencerme para arreglar mi conducta. Cuando el rey haya dejado de existir, me alejaré de palacio, y si algun dia tengo ocasion de castigar al miserable asesino...

—¿Acaso lo conoceis?

—Sí,—respondió sin vacilar el mancebo.

—¡Jesús!...

—Mi desdichado tio ha pagado sus crímenes, y no creo que quedará impune el asesino del rey.

—No quiero saber quién es, no quiero saberlo.

—Os conviene ignorarlo.

—Otra vez òs suplico...

—Adios, mi buen amigo,—dijo el mancebo.

Y salió sin escuchar más.

En todo aquel dia no le fué posible al doctor ocuparse de sus enfermos.

¿Se habia equivocado?

Sobre este punto son distintas las opiniones, y nosotros nada podemos asegurar.

Luis I dejó de existir, y mientras su cadáver era encerrado en la sepultura, la jóven reina caia enferma.

Se habia contagiado.

Felipe V y doña Isabel de Farnesio se presentaron inmediatamente en Madrid, volviendo á ocupar el trono.

La lucha entre las dos reinas habia terminado.

El triunfo fué para doña Isabel de Farnesio; pero aún debia sufrir mucho la infeliz viuda de Luis I.

A éste le habia costado la vida el intento solamente de ser una vez hombre, de ser verdadero rey, y á ella debia costarle más que la vida el haber cumplido sus deberes de esposa y haberse dejado llevar de los nobles impulsos de su tierno corazon.

¡Infeliz!

El paje, lo mismo que Angélica, doña Margarita y el marqués de la Cruzada, tuvieron que permanecer en palacio, porque no era posible que abandonasen á la reina viuda hasta que terminase la enfermedad.

El capuchino continuaba representando el papel de mero espectador.

CAPITULO LXXX.

La despedida.

Desde el primer dia opinaron los médicos que la enfermedad de la reina viuda tendria un término feliz, fundándose en que la organizacion de ella era más resistente que la de su difunto esposo.

Sobre este punto sabia muy bien Felipe á qué atenerse; pero no hizo la más ligera indicacion.

¿Qué podia conseguir con hablar de sus sospechas en cuanto al envenenamiento del jóven rey?

Si este crímen se habia cometido, el criminal se encontraba á demasiada altura para que pudiera alcanzarle el castigo que merecia.

En cuanto á fray Fulgencio, lo mejor que podian hacer sus víctimas era olvidarlo, pues el astuto fraile se encontraba protegido, y en caso necesario seria defendido por doña Isabel de Farnesio, lo cual significa que

contaba con la proteccion de Felipe V, pues éste no hacia más que lo que á su esposa le agradaba.

La enfermedad de la jóven viuda siguió su curso, y como los médicos habian anunciado, terminó felizmente; pero la infeliz quedó con el rostro tan señalado y desfigurado, que era muy difícil reconocerla.

Esta desgracia no le hizo sufrir á doña Isabel de Orleans, pues no aspiraba al amor de otro hombre.

¿Por qué no hemos de ser justos?

Pasó la convalecencia.

¿En qué situacion debia quedar la esposa de don Luis?

No tenia más amigos que los que ya conocemos, pues otros que habian fingido ser sus partidarios, le volvieron la espalda para llevar sus adulaciones á la nueva reina.

Todos se mostraban enemigos de doña Isabel de Orleans, y á tal punto llegó la ruindad de las pasiones, que la infeliz se vió entonces acusada como no se habia visto nunca.

Hay un refran que dice que del árbol caido todos hacen leña, y nunca como entonces quedó probado que esto es una verdad incontestable.

Precisamente cuando la jóven acababa de dar pruebas de la más noble abnegacion, cuando habia cumplido sus deberes de esposa, arriesgando hasta la vida, precisamente cuando merecia más alabanzas, era cuando la calumnia clavaba en su reputacion el venenoso diente, con saña más implacable.

Faltas cometió doña Isabel de Orleans, ó más bien que faltas, ligerezas propias de su edad y efecto de la educacion que habia recibido, y de que era responsable,

no ella, sino su familia; pero á pesar de todas sus ligerezas y aun de sus extravíos, si es que los hubo, casi puede decirse que la desdichada debe ser considerada como una mártir.

Le esperaba la más triste vida.

Muchas amarguras habia devorado en silencio; pero tenia que devorar más aún.

Felipe V señaló una pension á la jóven viuda, y puso á disposicion de la misma, para que le sirviese de habitacion, la parte que ya estaba terminada del nuevo palacio levantado en la plaza de Oriente sobre los cimientos del antiguo alcázar.

Mucho vaciló doña Isabel de Orleans antes de adoptar una resolucion definitiva; pero comprendiendo que su situacion debia ser muy violenta, concluyó por determinar volver á su país.

¿Qué tenia que hacer en España?

Vivir entre sus más encarnizados enemigos, ver á todas horas á los que tal vez habian puesto término á la vida de su amado esposo, y sufrir además toda clase de humillaciones?

Esto era demasiado horrible, y si tenia valor para aceptarlo y sufrirlo, lo rechazaba su dignidad.

Felipe V no encontró inconveniente para que semejante resolucion la pusiese en práctica la que habia sido esposa de su hijo, y prometió seguir pagando la pension aun cuando la jóven se estableciese en Francia.

No quiso ella partir sin ver unidos con lazo indisoluble á la hija de don Alfonso y á Felipe, así como á doña Margarita y al marqués de la Cruzada.

Hiciéronse apresuradamente todos los preparativos, y los dos casamientos se verificaron.

—Ahora,—dijo la reina viuda cuando esto sucedió,—me considero dichosa hasta donde la dicha es posible para mí.

Todos habian triunfado, todos habian visto realizados sus deseos.

La única víctima, la única persona inocente que vió desvanecidas todas sus esperanzas, fué doña Isabel de Orleans.

Los jóvenes esposos decidieron tambien alejarse de la córte, para gozar tranquilamente de su dicha y borrar más fácilmente los tristísimos y aun horrorosos recuerdos de sus pasadas desgracias.

El honrado Marcelo y María debian seguir á doña Angélica y Felipe, pues estos constituian todas sus afecciones; pero don Alfonso de Guevara decidió quedarse en Madrid, porque con los nuevos reyes podria representar otra vez, segun creia, un brillante papel en la córte.

Llegó el momento de la despedida.

Aún no se habian visto las dos reinas, y fué preciso que se viesen, siquiera para cubrir las apariencias y acallar la murmuracion.

En pocos momentos debia sufrir doña Isabel de Orleans más de lo que habia sufrido desde que se sentó en el trono.

Eran las diez de la mañana.

Felipe V, como siempre, estaba sentado, silencioso y meditabundo.

Frente á él se encontraba doña Isabel de Farnesio.

—Esta es la hora marcada,—dijo ella, mirando á su esposo.

El monarca levantó la cabeza, y despues de algunos momentos respondió maquinalmente:

—Sí.

—Os hacen esperar, señor,—dijo la reina.

Felipe V se encogió de hombros, cambió de postura y volvió á guardar silencio.

—Estais triste... ¿Acaso no os sentís bien?—preguntó doña Isabel con dulzura.

—Muy bien.

—Os espera un sufrimiento que no puedo evitaros.

—Es verdad.

—Al ver á la que ha sido esposa de nuestro malogrado hijo...

—La veré con satisfaccion.

—Y sin embargo...

—No puedo olvidar que esa niña poco juiciosa ha tenido juicio cuando vió en peligro la vida de su esposo, y que con abnegacion bien rara, ha expuesto su vida para endulzar los últimos momentos de mi hijo muy amado. Quiere irse... Lo siento... Si sabe respetar la memoria de su esposo, le daré siempre el nombre de hija.

La reina se mordió el lábio inferior.

Felipe V, como si hubiese hablado mucho y agotado sus fuerzas, volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho.

¿Quién hubiera creido que aquel hombre, cuando salia de entre los muros de su palacio y se ponia á la cabeza de su ejército, era un hombre vigoroso, entusiasta, era un héroe?

Esto parece imposible, y sin embargo, es verdad.

Cinco minutos despues se levantó una cortina y fué anunciada la reina viuda.

Presentóse ésta.

Su primera mirada fué para doña Isabel de Farnesio.

No era posible que nadie apreciase en su verdadero valor aquella mirada intensa.

La esposa de Felipe V se extremeció; pero abrió los brazos para recibir á la jóven.

Esta, como si no se apercibiese del cariñoso ademan, dirigióse al monarca, y exclamó mientras que de sus ojos se escapaban dos lágrimas abrasadoras:

—¡Padre mio!...

—Eso es, vuestro padre... ¡Hija mia!... Abrázame.

Y juntos palpitaron sus corazones.

Doña Isabel de Farnesio tenia que hacer grandes esfuerzos para dominarse.

La entrevista no se prolongó más que algunos minutos, que empleó Felipe V para dar á la jóven prudentes consejos.

Doña Isabel de Orleans se dispuso á salir, y dirigiéndose á su implacable rival, le dijo:

—Señora, me voy con el alma transida por el más intenso dolor; pero con la conciencia tranquila. Injusto ha sido el mundo para mí; pero confío en la justicia de Dios, y á Dios le suplico perdone á mis enemigos crueles como yo los perdono; le suplico que perdone á los que han destrozado mi corazon de esposa y han intentado empañar mi honor de mujer.

Y sin dar tiempo á que doña Isabel de Farnesio res-

pondiese, volvióse la jóven hácia el monarca, y le dijo:

—Señor y padre mio, pensad que las indelebles señales que llevo en mi rostro, son la prueba de que he sabido cumplir mis deberes de esposa, y de que ante nada ni por nada me he detenido para endulzar los últimos momentos del hombre que tanto me amó.

Otra vez abrazó Felipe V á doña Isabel de Orleans.

Media hora despues se alejaba ésta de Madrid.

Aquel mismo dia partieron tambien nuestros amigos.

—¡Ya soy reina otra vez, verdadera reina!—exclamó doña Isabel de Farnesio cuando estuvo sola.

Un año despues, nadie se acordaba del drama terrible que hemos dado á conocer.

Empero no dejaron tranquila en Francia á la reina viuda, y al fin sus enemigos consiguieron que se le quitase la pension. La infeliz se refugió en un convento donde acabó su triste vida.

Fray Fulgencio continuaba siendo prior de la comunidad de Capuchinos, y era mayor que nunca su fama de hombre de gran talento y de sacerdote de raras virtudes.

¿Estaba satisfecha su ambicion?

No; pero tal vez jamás debia ver cumplidos sus deseos, porque la muerte, que á nadie respeta, podia muy bien acabar con la vida del fraile en lo mejor de su edad.

FIN.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

